Jean des Cars

LA SAGA DE LOS HABSBURGO



La dinastía que gobernó Europa durante siete siglos y llevó adelante la Conquista de América

La vida, el tiempo y la corte de la familia que llegó a gobernar el mundo entero

El destino imperial de los Habsburgo nació en 1273, con el conde Rodolfo de Habsburgo, y terminó el 11 de noviembre de 1918, cuando su descendiente Carlos I abdicó la corona imperial de Austria en el palacio de Schönbrunn.

Durante siete siglos, esta dinastía dominó gran parte de Europa, Asia y América. Desde Maximiliano I, que unió la mayor parte del continente europeo mediante matrimonios; su bisnieto Felipe II, quien podía decir con razón que en su Imperio nunca se ponía el sol; la enérgica y reformista María Teresa, de cuyos dieciséis hijos, seis fueron reyes y reinas; Francisco José y la legendaria Sissi, dueña de una belleza incomparable, pero de un destino trágico; hasta Zita, la última emperatriz, cuyo esposo fue beatificado en 2004.

El nombre de los Habsburgo encarna una larga época de florecimiento artístico y enorme poder político. Para reconstruir ese vasto universo, el autor consultó numerosos archivos, visitó todos los lugares familiares clave y entrevistó a la emperatriz Zita y al archiduque Otto de Habsburgo. Un libro tan apasionante como preciso para conocer cómo se gestó el mundo actual.



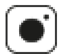
www.editorialelateneo.com.ar



www.editorialelateneo.com.ar



/editorialelateneo



@editorialelateneo

LA SAGA DE LOS HABSBURGO

Jean des Cars

LA SAGA DE LOS HABSBURGO

Traducción de Silvia Kot



Para Victoria, por supuesto…
Y para Hortense.

Introducción

"La historia está llena de majestades individuales, pero los Habsburgo son la majestad dinástica. Elevarse desde la posesión de un torreón suizo hasta la dominación del mundo, saber durar diez siglos, conseguir prolongar el feudalismo hasta nuestros días, constituyó una extraordinaria aventura.

"Ser no ya una familia, representar no ya un país sino una mezcla de naciones, ser los amos de la mitad de Europa y una gran parte de América, llevar una corona aún más pesada que la del Imperio británico, y pasear al mismo tiempo por el Prater, con un paraguas bajo el brazo, es un espectáculo que ya no se volverá a ver.

"Había en ellos un maravilloso equilibrio entre la majestad y la sencillez.

"Están ubicados en la entrada de la historia como los porteros vieneses, antaño, frente a la puerta de los palacios, en verano, con su pantalón blanco y su bastón de sargento primero.

"Al desparecer, los Habsburgo se llevaron su país a la tumba. Frente a nosotros, solo queda una cabeza sin cuerpo: Viena. Los Habsburgo eran Austria". (Paul Morand, *La dama blanca de los Habsburgo*).

Hasta 1804, no se puede hablar, ni en lo político ni en lo jurídico, de un solo "Imperio de Austria", porque los Habsburgo reinaban sobre un conglomerado de posesiones repartidas entre las coronas de Hungría, Bohemia y Polonia (el sur, a partir de 1772, en la primera partición), y de los Estados hereditarios entre los cuales Austria no era más que una provincia bajo el nombre de ducado o archiducado. Se puede admitir que, por su posición geográfica, esta provincia fuera "el armazón de la base política de los Habsburgo".

Esta situación central explica que se reduzca por lo general –y erradamente– su dominio a la Austria que nosotros conocemos. Durante los siglos anteriores, se agregaron a la Austria originaria otros Estados europeos, que, por la extensión del Sacro Imperio Romano Germánico, los Habsburgo dominaron o recibieron como herencia, más o menos impugnada, durante más o menos tiempo: Toscana, Lombardía, Venecia, Países Bajos. Hasta 1918, la soberanía de los Habsburgo se extendió sobre la totalidad o parte de trece Estados europeos actuales: Austria, República Checa, Eslovaquia, Polonia, Ucrania, Rumania, Hungría, Serbia, Croacia, Bosnia, Montenegro, Eslovenia e Italia.

En este contexto histórico, también hay que ser cuidadoso con el significado de la palabra "alemán". En el Imperio de los Habsburgo, un alemán era un súbdito austríaco de lengua y cultura alemanas, como también había minorías germánicas en Bohemia, Moravia, Eslovenia y Croacia. Algunos alemanes de Austria no apreciaban a los alemanes del Reich y otros detestaban a los prusianos. En cambio, otros eran partidarios de las relaciones estrechas con sus vecinos. El idioma en común, con sus

variaciones de acentos y dialectos, constituía un vínculo. O era un motivo de susceptibilidades, burlas y distancia.

Como había sucedido con la división del Imperio romano, la fragmentación del Imperio de Carlomagno fue la clave de las fracturas y los antagonismos europeos. El día en que el Imperio se sustrajo a los Habsburgo, se volvió alemán.

Entre Francia y Austria, era difícil entenderse. Fueron más de cuatrocientos años de desconfianza, guerras, cambios de alianzas, mentiras y manipulaciones. Austria tuvo más simpatía por Francia que a la inversa. Los Habsburgo encarnaron sin duda el más antiguo antagonismo entre una dinastía y los diversos regímenes políticos franceses, porque, hasta 1806, simbolizaron, mayoritariamente, al Sacro Imperio Romano Germánico, disuelto en ese momento por Napoleón, es decir, mucho más que la idea territorial de Austria que, por una cómoda reducción, tenemos en la actualidad.

Prólogo
Siete siglos de conciencia europea

Si hay una dinastía que encarna a Europa, es la de los Habsburgo. En 1919, la caída de los imperios, y luego una arbitraria división geográfica, dictada por una ideología ciega, eliminaron del poder a antiguas y poderosas familias, como los Romanov, los Hohenzollern y los Habsburgo, culpables de haber sido vencidas o derrocadas por revoluciones. Después de reinar durante siglos, los borraron del mapa, los asesinaron o debieron exiliarse. Pero mientras que las casas imperiales de Rusia y de Alemania debieron conformarse, según los casos, con nostalgias silenciosas, lamentables acuerdos o rehabilitaciones tardías, tan sorprendentes como diversas, los Habsburgo resistieron a su eliminación e incluso al ostracismo que les impusieron. Aunque debieron atravesar dificultades y experiencias humillantes, lograron vivir, recuperar su imagen, volver a existir, hacer respetar su nombre antes de la década de 1940 y ocupar un lugar tanto en la memoria de la vieja Europa como en la nueva construcción europea: esto es, sin duda, algo excepcional.

¿Qué memoria? ¿Qué lugar? Al principio, ocultos y discretos, pero luego fueron espectaculares y suscitaron nuevos debates, incluso fuertes polémicas, especialmente en la Austria y la Francia republicanas. Constituyó una lucha por la justicia y una verdad incómoda, durante casi noventa años.

El Tratado de Versalles del 28 de junio de 1919, firmado en la Galería de los Espejos, en el mismo lugar en que se había proclamado el Imperio alemán el 18 de enero de 1871, era muy severo. Los Aliados, vencedores, representados por Clemenceau por Francia, Lloyd George por el Reino Unido, Wilson por los Estados Unidos y Orlando por Italia, le impusieron a la Alemania de Guillermo II, el káiser, estrictas condiciones territoriales, económicas y militares.

La intransigencia de esas cláusulas sería denunciada por un austríaco de nacimiento, Adolf Hitler, que convirtió al *diktat* de Versalles en uno de los temas fundamentales de su conquista del poder y de su política. Una circunstancia agravante fue que no invitaron a la Alemania derrotada, cuyo destino estaba en juego, a la mesa de negociaciones. Fue un error. Como se sabe, las ilusiones de paz, forjadas en nombre de la fraternidad, pronto se diluyeron en una trágica realidad de la que Hitler, por supuesto, y también Stalin sabrían sacar provecho, para desgracia de decenas de millones de hombres, mujeres y niños.

Algunas de las consecuencias desastrosas de los demás tratados que se firmaron en la engañosa euforia de la victoria, causaron heridas que siguen abiertas y generaron rencores persistentes que aún pueden observarse y no

parecen estar cerca de solucionarse. Por ejemplo, el Tratado de Trianon, firmado el 4 de junio de 1920, le amputó a Hungría las dos terceras partes de su territorio, cedidas parcialmente a nuevos Estados: Yugoslavia y Checoslovaquia. Millones de húngaros se convirtieron en rumanos o eslovacos, y en 2010, las reivindicaciones del gobierno de Budapest, en ese momento a cargo de los conservadores, provocaron nuevos disturbios y reclamos, especialmente el 4 de junio, en el 90° aniversario de ese nefasto tratado. Esas tensiones estaban justificadas: los delegados de 1919 y 1920 no supieron leer el mapa etnográfico de Europa e ignoraron sus realidades geográficas. Además, el Tratado de Saint-Germain-en-Laye, del 10 de septiembre de 1919, le adjudicaba el Tirol del Sud y el Trentino a Italia, una decisión que aún hoy suscita odios, frustraciones y fricciones, sobre todo lingüísticas, en la vida política italiana. Esos diplomáticos vestidos de etiqueta se admiraron demasiado a sí mismos en los espejos de los castillos que rodean a París, donde desmembraron el cadáver de Austria-Hungría. El Imperio otomano sufrió el mismo destino: todos se disputaban sus despojos y, en el tiempo que lleva fumar un habano, se dibujó un nuevo Estado en el mapa. Esos presidentes y ministros deberían haber recordado dos declaraciones fundamentales y complementarias. Una de Napoleón: "En historia, manda la geografía"; la otra, de Bismarck: "De todos los datos de la historia, la geografía es la única que no cambia nunca". Contrariando esta evidencia, se cortaron algunas ciudades en dos, por ejemplo, la húngara Komárom, cuya parte eslovaca, Komárno, está del otro lado del Danubio, con los antagonismos que podemos imaginar...

Por lo tanto, Versalles y las convenciones relacionadas con él no fueron más que una ilusión, reemplazada unos diez años más tarde por las dictaduras. Y ese espejismo despreció los nacionalismos de Europa central. Por esta razón, Clemenceau nunca tuvo ni tendrá una estatua, ni una calle o un plaza con su nombre en Budapest, como me lo señaló, poco después de la caída del muro de Berlín, Imre Pozsgay, primer jefe del gobierno de la Hungría poscomunista.

¿Y qué pasó con Austria tras su derrumbe? Reducida a la novena parte de su antigua superficie imperial del tiempo de la doble monarquía austrohúngara, quedó reducida al mínimo indispensable. "¿Austria? Es lo que queda", según la cínica expresión de Clemenceau. En 1815, durante el Congreso de Viena, Talleyrand, más lúcido, había advertido: "No destruyamos nunca Austria. Es la muralla de Europa". En 1920, mientras Viena contraía una "fiebre roja", como Berlín y Petrogrado, y se convertía en una municipalidad socialista hasta 1934 (mientras el sentimiento monárquico aún permanecía muy vivo en el país reducido), comenzó un largo y doloroso exilio para los Habsburgo. No se habló tanto de esto porque los Habsburgo no sufrieron el destino de los Romanov, asesinados por los bolcheviques. Fue un dolor distinto el que sufrió Carlos I, el último emperador de Austria, forzado a retirarse del poder. No fue una abdicación,

sino un retiro de la acción política. El último monarca Habsburgo firmó con lápiz su renuncia al trono en un salón del Palacio de Schönbrunn, el 11 de noviembre de 1918 al mediodía. Se refugió en Suiza y siguió siendo el rey Carlos IV de Hungría: intentó dos restauraciones de la monarquía en Budapest, que fracasaron. Acompañado por su esposa Zita y sus hijos, fue confinado a Madeira. El sobrino nieto de Francisco José era un hombre de paz que lo intentó todo para detener la matanza. Ferviente cristiano, interesado en el progreso social, este innovador fue incomprendido. Desde entonces, él y los suyos debieron sobrevivir sin recursos. La familia imperial afrontó con dignidad esa difícil situación, en medio de la indiferencia de los vencedores. El ex monarca murió en Madeira el 1° de abril de 1922, de neumonía, sin atención médica, mientras su esposa Zita estaba embarazada de su novena hija. Carlos falleció en la miseria, a los treinta y cuatro años, pronunciando el nombre de Jesús. Para Zita, sostenida por su fe y una valentía ejemplar, siguió el calvario del olvido, del desprecio y del odio. Cuando, tras una serie de increíbles peripecias, que incluyeron amenazas de muerte, la última emperatriz y reina de Austria-Hungría –que había sucedido a la mítica Sissi en esa función– regresó finalmente a Viena, el 10 de noviembre de 1982, el mundo había cambiado otra vez. Después de los tratados de Roma, en 1957, la nueva Europa se buscaba a sí misma, se construía trabajosamente, mientras el universo comunista se resquebrajaba poco a poco en el fracaso después del terror y la represión, sobre todo, la de Hungría. La otra Europa, la anterior a 1914, reapareció en la primera plana de los diarios en la persona de esa pequeña mujer vestida de negro, una gran dama del pasado. Un espectro que muchos creían desaparecido, un fantasma digno del talento magistral del biógrafo Stefan Zweig. Miles de jóvenes llevaban chaquetas con el escudo de armas de los Habsburgo y cantaron *Gott erhalte*, el antiguo himno imperial. Zita incluso le quitó protagonismo a Leonid Brézhnev, que acababa de morir. Seis años más tarde, el 1° de abril de 1989, la enorme multitud que asistió a su funeral en Viena demostró que la mayoría de los austríacos, a pesar de algunas voces discordantes, se reconocía en la difunta. Viena recuperó su memoria. Era la Austria antigua la que inhumaban en la Cripta de los Capucinos, o Cripta Imperial de Viena. Varios países transmitieron en directo por televisión esa ceremonia de otros tiempos. En 2004, al cabo de un proceso comenzado medio siglo atrás, el papa Juan Pablo II beatificó a Carlos de Habsburgo-Lorena porque "vivió como un santo y murió como un santo". Y, como condición imperativa, la Iglesia le atribuyó un milagro: la curación, sin explicación científica, de una religiosa. Algunas impugnaciones no impidieron que un Habsburgo fuera oficialmente declarado "beato", y que su retrato, gigantesco, fuera exhibido en un balcón de San Pedro de Roma. Luego, empezó a instruirse un legajo de beatificación de Zita.

Millones de personas, sorprendidas o emocionadas, se enteraron de las

manifestaciones que rodearon a la última pareja imperial. Muchos se asombraron al saber que durante su breve reinado, desde la muerte de Francisco José hasta el armisticio, de 1916 a 1918, Carlos I y Zita fueron honrados en quince idiomas y les rezaban los fieles de cinco religiones.

Pero entre su alejamiento de la escena pública y su retorno, ¿qué fue de los Habsburgo? ¿Qué pasó desde 1920 hasta 1980?

Resistieron. Con dignidad y sencillez, y enfrentando una situación material precaria. Pero también, y quizá sobre todo, con el presentimiento de que era inevitable una nueva guerra, y por lo tanto, una nueva fragmentación europea. Fue el hijo mayor de Carlos y Zita, el archiduque Otto, nacido en 1912, quien enfrentó el desafío más audaz para un hombre que llevaba un nombre tan importante. No se limitó a honrar su ilustre patronímico, sino que le dio un nuevo sentido. Fue un hombre muy inteligente, un visionario, un observador notablemente informado, que hablaba siete idiomas, despertaba simpatía y luego afecto, y tuvo la valentía de prevenir a los amos del mundo de que el amo de Alemania quería la guerra, su revancha por el Tratado de Versalles, y que no descansaría hasta dominar y aplastar a Europa. En 1933, en Berlín, Hitler trató de encontrarse con el joven archiduque, que no tenía ningún deseo de conocerlo y quien diría: "Es el único hombre con el que nunca quise conversar". Después de leer *Mein Kampf*, Otto sabía que su autor detestaba a los Habsburgo, cuyo Imperio había sido un mosaico de pueblos y religiones. Después del fracaso de un nuevo intento de Goering para concertar un encuentro, el 20 de abril de 1938 se emitió una orden de arresto contra el archiduque por "alta traición", porque Otto había pedido la ayuda de potencias extranjeras para impedir el *Anschluss*, la anexión de Austria al Tercer Reich. La prensa de lengua alemana lo presentó entonces como "un vástago degenerado de los Habsburgo" y un "criminal en fuga". Para vengarse, Hitler le dio al *Anschluss* un nombre en clave significativo: "Operación Otto", justamente como el aristócrata que se había opuesto a la dictadura nacionalsocialista.

Pocos escucharon a este hombre de ideas político-diplomáticas agudas que, tras decirle tres veces "no" a Hitler, huyó de sus comandos, que lo perseguían, y se convirtió en su pesadilla. Más tarde, Otto se enteró de que Hitler había ordenado matarlo en cuanto lo encontraran. Entre los escasos políticos que comprendieron la advertencia del heredero de la Casa de Austria estaba el francés Georges Mandel, diputado de derecha y luego ministro. Su apoyo al archiduque no deja de ser extraño, cuando se sabe que Mandel era jefe de Gabinete de Clemenceau en 1919 y, por lo tanto, había participado en la destrucción política de Austria-Hungría. Refugiado en París en la primavera de 1940, el archiduque logró organizar la huida, vía España, de muchos austríacos católicos, de judíos, de comunistas e incluso de ex integrantes de las Brigadas Internacionales que habían luchado en la Guerra Civil española. El 11 de septiembre de 1940, Otto

llegó a los Estados Unidos y fue recibido por el presidente Roosevelt. Permaneció en ese país hasta 1944. No se puede olvidar la manera en que el exiliado se presentó antes las autoridades norteamericanas. ¿Identidad? “Otto de Austria, duque de Bar”: una referencia a la Lorena de sus antepasados. ¿Actividad? “Trabajar por la liberación de mi patria”. ¿Nacionalidad? Él mismo me lo contó: “Europea”. ¡Una declaración que dejó perplejos a los aduaneros y a los policías estadounidenses!

Después de la guerra, Austria y Viena permanecieron ocupadas hasta 1955, y el archiduque Otto, emblemático diputado europeo durante veinte años con el modesto nombre de “Dr. Habsburg”, pudo devolverles definitivamente a los Habsburgo una situación digna, con honor. Sus libros, sus editoriales, sus conferencias y sus charlas lo convirtieron en el faro de la identidad europea. Sus hijos y sus sobrinos siguieron ese camino, activos y presentes en muchos terrenos. ¿Un prestigio restaurado? Sin duda, ya que personajes tan diferentes como el general de Gaulle (a quien admiraba) y el presidente Mitterrand, pasando por el canciller Kohl, lo consultaban. Gracias al archiduque Otto, los Habsburgo ya no representaban solo un pasado obsoleto, sino el presente y el porvenir. Los desafíos del mañana no deben ignorar las lecciones del ayer. La familia Habsburgo ya no era solo historia, sino también el presente, y aspiraba a desempeñar un papel en el futuro. Cuando Hungría se liberó del yugo comunista, le pidieron a ese hombre que había tenido, entre otros títulos, el de príncipe real de ese país, que fuera el presidente de la Republica de Hungría. Otto rechazó el ofrecimiento... ¡en razón de su edad! El archiduque hacía gala de un fino humor. Cuando, a principios de los años ochenta, el Parlamento Europeo, en Estrasburgo, estaba presidido por Simone Veil, una noche alguien le pregunto al “Dr. Habsburg” si vería por televisión un partido de fútbol. Él quiso saber qué equipos jugaban.

—Austria-Hungría, monseñor.

Con una sonrisa, ese hombre de curiosidad universal preguntó:

—¿Contra quién?

Y este mismo personaje me dijo, cuando ya existía la Comunidad Europea: “Debemos construir rápidamente la Unión Europea”.

¿Por qué? Porque en las venas de este auténtico príncipe de Occidente corre, entre otras, la sangre de Carlos V y porque desciende de la gran emperatriz María Teresa de Austria. Esta prodigiosa aventura comenzó hace más de siete siglos, en un austero y modesto castillo, que era sólido, pero no impresionaba a nadie. La primera cita de la historia con los Habsburgo tuvo lugar el 1° de octubre de 1273 cuando un tal Rodolfo, sin una gota de sangre imperial, fue elegido, ante la gran sorpresa de todos, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

1
Los fundadores obstinados: de Rodolfo I a Alberto II (1273-1439)

Domingo 16 de mayo de 2010. En la Suiza alemana, en el cantón de Argovia, a unos cincuenta kilómetros al oeste de Zúrich, el castillo de los Habsburgo sirve como escenografía para una manifestación singular: el retorno a las fuentes de una formidable historia que es, en muchos aspectos, la historia misma de Europa. Vestidos con trajes de la Edad Media, algunos narradores, historiadores locales y enamorados del pasado reviven los grandes momentos y los pequeños secretos de un monumento emblemático. Durante cinco horas, algunos hablan de los personajes que dieron origen a un destino excepcional, otros relatan pormenores de las costumbres de aquellos tiempos lejanos, señalan algún lugar entre los campos, los bosques y la red vial, se entusiasman frente a tal o cual detalle arquitectónico. En un clima sereno, se reúnen las leyendas y los hechos comprobados. En esta Noche Europea de los Museos, ese antiguo feudo restaurado vuelve a ocupar su lugar en un pasado agitado. A la bandera suiza que flamea en lo alto de la torre, le han agregado un estandarte que representa a un león, erguido sobre sus patas traseras, considerado el primer emblema de los Habsburgo. Los visitantes avanzan lentamente, fascinados. Aquí aparece una escalera de madera, allí se abre un sótano: se ven cuatro amplias habitaciones principales y una exposición destaca las etapas de la reconstrucción del monumento. La fortaleza, deteriorada, descuidada durante siglos –extraña falta de interés, cuando la dinastía gozaba de un prestigio sin precedentes–, fue objeto de un primer salvataje en 1866. Había sido una decisión de su propietario desde 1804, el cantón suizo de Argovia, refundado en ese comienzo del siglo XIX.

Hubo otras restauraciones entre 1897 y 1996. Además de las excavaciones arqueológicas, se renovaron las instalaciones para hacer más fáciles los accesos, y en el proceso se descubrieron muchas cosas, como una muralla cuyo espesor (1,90 m) demostraba su carácter defensivo, y un pozo, lleno a medias, de una profundidad calculada en sesenta y ocho metros. En cambio, los restos de la capilla, destruida en 1680 y que debía tener dos pisos, aún no se habían identificado a principios del siglo XX. Aquel domingo de primavera de 2010, las amables conversaciones prosiguieron durante una colación medieval servida en las cuatro salas del albergue preparado detrás de los viejos muros y en diferentes niveles por la familia Suter, que administra ese famoso restaurante desde 1979. El menú incluyó cordero y lentejas, muy apreciadas. La visita es gratuita. Esa jornada, dedicada al turismo cultural, fue al mismo tiempo un día de recuerdo y la prueba de que la huella de los siglos no se había borrado.

Aquí, la memoria estaba viva, mantenida y revitalizada con mucha atención, sobre todo porque más tarde simbolizaría el nacimiento de la identidad suiza en reacción contra la presencia de los Habsburgo. En efecto, para esta dinastía, todo comenzó aquí, al menos en forma oficial, sobre este pico que se erige a quinientos metros al sur del Rin, aproximadamente entre Basilea y Zúrich. Algunos mapas, un árbol genealógico y una instalación en video, realizada por la Escuela de Artes Aplicadas de Lucerna, recuerdan cómo una familia, simbolizada por ese castillo bien situado pero que hoy nos parece modesto, ha podido ser el crisol en el que se forjó un enorme poder político, incluso allende los mares. El linaje de los Habsburgo ha dominado una gran parte de Europa y de América. Esta familia reinó sobre varios mundos y enfrentó grandes conmociones: la cristiandad, el Sacro Imperio Romano Germánico, las angustias del año mil, la resplandeciente Edad Media, los agitados debates del Renacimiento, la fractura espiritual de la Reforma, las doradas suntuosidades del Barroco, las sutilezas del Siglo de las Luces, las revoluciones de los Estados vecinos, el surgimiento de los nacionalismos, los conflictos armados hasta la conflagración de 1914-1918, esa guerra civil europea que terminó siendo mundial, suicida, y apagó el resplandor de los Habsburgo, destruyó sus Estados y asesinó a la Europa de ayer, la verdadera, como la consideran muchos expertos que no aprecian demasiado la Europa tecnocrática, sin culto de la memoria y anónima de Bruselas.

A la derecha del garaje y del camino, una pequeña cuesta lleva a fragmentos de murallas consolidadas. Desde allí puede verse el castillo de perfil, en su longitud actual, reducida a un centenar de metros. El monumento, que se ajusta a la cima ligeramente inclinada del Wülpelsberg, está compuesto por la torre fortificada y la residencia señorial, pero se articula en tres partes: esto se confirma en una vista aérea. Aunque “es una de las obras fortificadas más grandes de Argovia”, no deja de sorprender, e incluso decepcionar, el aspecto austero de lo que se ve en la actualidad. Sin duda, su ubicación le otorga presencia y se la divisa a gran distancia, pero no se parece en nada a esas construcciones imponentes de Europa que, aun en ruinas, revelan la ambición de una aventura colosal. Sin embargo, no hay que olvidar que, en su origen, esa construcción, como todas las del siglo XI, era principalmente de madera. El castillo fue cambiando, como sus comanditarios y propietarios. No parece amenazar a nadie, no ofrece nada espectacular y sin embargo, en ese *Burg* sólido y nada romántico nació una familia poderosa. Desde el principio, se adueñó del lugar una bonita leyenda concerniente al enigma de su nombre.

Había una vez en Suiza un castillo que era un refugio de aves rapaces...

Muy cerca de la pequeña ciudad de Brugg, el castillo de los orígenes, edificado hacia el año 1020 por un tal Radbot, se llamó inicialmente Habichtsburg, "castillo de los halcones", es decir, un refugio de aves rapaces diurnas. Fue un primer nombre novelesco. Desde el amanecer hasta el crepúsculo, las aves giraban en el cielo encima de un torreón y se posaban sobre él. Es posible que algunos halcones fueran adiestrados para la caza. Según la leyenda, Radbot perdió, y luego encontró, uno de sus pájaros en esa roca: entonces consideró que era el lugar ideal para construir allí un *Burg*. Rápidamente, el término Habichtsburg se redujo y se transformó en Habsburg, una palabra más fácil de usar. La ubicación del feudo no era casual. Desde siempre, ese era un cruce de caminos que unía el sur con el norte, Italia con Alemania, el Rin con el lago Leman. Los romanos habían instalado un campamento en Vindonissa (hoy Windisch) que era, en el primer siglo de nuestra era, el cuartel general de la Helvecia bajo el control de Roma. Los restos de un anfiteatro, en el que entraban por lo menos diez mil espectadores, muestran todavía la importancia de la guarnición, la de la 11ª legión. Aunque el paisaje fue invadido por las estructuras de la vida moderna, la geografía explica la elección del constructor: nos encontramos en el valle del Aar, un afluente de la margen izquierda del Rin. El río es angosto y se desliza entre los últimos relieves del Jura y la suave pendiente de la meseta suiza. El pico de la montaña es un sitio ideal para afirmar una autoridad, ya que se lo ve de lejos.

Así como en Rusia la dinastía imperial de los Romanov fue precedida por otro linaje, antes de los Habsburgo, la Marca Oriental de Baviera, ampliada con los territorios tomados a los húngaros, había pasado, a fines del siglo X y con el nombre de Ostarrichi, a manos de Leopoldo de Babenberg, primer margrave hereditario de Austria. Durante ciento sesenta y dos años, de 994 a 1156, varios Babenberg se sucedieron como margraves de Austria. Uno de ellos fijó su residencia en Melk, sobre el Danubio, donde hay en la actualidad una espléndida abadía provista de una de las más bellas bibliotecas de Europa. Otro se estableció cerca de Viena; un tercero, Leopoldo III (1096-1136), canonizado en el siglo XV, envió a sus hijos a estudiar Teología a París y mandó llevar a unos monjes franceses de Cîteaux, vestidos de blanco, a la abadía de Heiligenkreuz, cuyo nombre proviene de un fragmento de la Vera Cruz, traída desde Tierra Santa por un duque de Austria. Esta abadía, cercana a Mayerling, que adquiriría una trágica notoriedad en 1889, presenta varios retratos de los Babenberg. Federico II Barbarroja, emperador en 1250, elevó el margraviato a ducado de Austria, y el nuevo duque estableció su capital en Viena. Otro duque de Austria, Leopoldo V, encerró en el castillo de Durnstein, sobre el Danubio, a Ricardo Corazón de León, al regreso de la tercera cruzada, porque el rey lo había humillado en el sitio de Acre. Entre el final del siglo XII y el comienzo del XIII, su sucesor Leopoldo VI de Babenberg se hizo famoso por su apoyo al comercio y a la vida literaria.

En 1246, Federico el Belicoso –su apodo se debía a sus permanentes disputas con el emperador– murió sin heredero. Fue el último duque de Austria de la Casa de Babenberg. Su desaparición coincidió con la de Federico II de Hohenstaufen, que dejó a Europa central en la anarquía. Ese caos duró veinticinco años y permitió que grandes vasallos, como el rey Otakar II de Bohemia, se apoderaran de varios territorios del sur de Austria, Estiria y Carintia, y pretendieran la corona imperial. ¿Cómo poner fin a esos sangrientos desórdenes? ¿Cómo reducir ese conflicto permanente entre los partidarios del papado (los güelfos) y los del Imperio (los gibelinos), que minaban la vida europea, en particular en los Estados alemanes e italianos? El papa Gregorio X, elegido en 1272, halló la solución provocando la elección de un oscuro noble a quien valoraba por su gran religiosidad: Rodolfo de Habsburgo, un personaje de origen modesto, a quien nadie temía porque parecía ser un hombre "ni demasiado rico ni demasiado poderoso". Su rival, Otakar II de Bohemia, lo depreciaba, diciendo que era "un pequeño conde sin dinero". Los electores reunidos en Fráncfort pensaron que con la elección de ese provinciano no existía ningún peligro de que hubiera una transmisión hereditaria del poder. Enceguecidos por sus maniobras tendientes a apartar a los candidatos demasiado influyentes, y al elegir a alguien que parecía tener un bajo perfil, los siete príncipes alemanes electores se equivocaron. Siempre es un error menospreciar a hombres sin demasiado brillo, creyendo que se los puede manipular. Cuando el candidato fue rápidamente elegido el 1º de octubre de 1273, al cabo de tres días de deliberaciones, el obispo de Basilea, que tuvo conflictos con ese Habsburgo y pudo comprobar su combatividad, declaró: "Dulce Señor Dios: aférrate bien a tu trono, pues de lo contrario pronto Rodolfo se sentará en él". Esta frase era ingeniosa, pero estaba bien fundamentada: los que se burlaban de la capacidad política de Rodolfo incurrieron en un increíble error de juicio. La elección de este hombre de cincuenta y cinco años, nacido en 1218, terminó con el agitado período que se denominó el Gran Interregno, iniciado en 1254, con la extinción de los Hohenstaufen, que se extendió durante diecinueve años llenos de conmociones.

Rodolfo IV, astuto, experto en intrigas, fue un precursor de Luis XI

El origen de la familia de Habsburgo se sitúa en Alsacia, donde sus nobles fundaron algunas abadías. Uno de ellos habría sido obispo de Estrasburgo, y además, protector de pintores y escritores. También se encuentran algunos ascendientes en Suabia. Estos tenían tierras en Argovia, en particular su feudo histórico, el famoso castillo de Habsburgo anteriormente mencionado, cuya sencillez es engañosa: durante el último tercio del siglo XI, la fortaleza se alargó y duplicó su volumen con la construcción de

un segundo castillo. Hábil negociador, Rodolfo supo sacar partido de las disputas familiares, incluso de las más insignificantes. Fue especialmente eficiente para recibir herencias y negociar matrimonios convenientes. Poco a poco, sus dominios se extendieron desde el lago de Constanza hasta los Vosgos y desde el San Gotardo hasta la Selva Negra. Él los llamaba sus "tierras altas". Las convirtió en una Austria en expansión. Varias ciudades helvéticas lo eligieron como "protector" y la ciudad de Zúrich le confió incluso el mando de sus soldados. Venció en innumerables conflictos y demostró sus cualidades de hábil administrador y financista eficaz. Decían que era avaro porque él mismo remendaba su ropa: esta prudencia divertía a algunos y tranquilizaba a otros.

No era nada obstinado: era realista. Calculador, experto en intrigas y digno precursor de Luis XI, sabía que un arreglo era preferible a una lucha interminable. Actuó mucho en Italia, perfecto caballero junto a Federico II, y su fe, sincera, hizo que el Papa lo apoyara como pretendiente al trono, por consejo del arzobispo de Maguncia. Rodolfo de Habsburgo era un hombre importante y lo rodeaba un prestigio tan grande que nos preguntamos cómo pudieron considerarlo los electores imperiales, mayoritariamente, como un peón al que podrían manejar.

Inmediatamente después de ser elegido –es posible que comprara algunos votos...–, el nuevo "rey de Germania" se dirigió a Aix-la-Chapelle. Él y su esposa, Gertrudis de Hohenberg, con quien se había casado en 1245 (esto le aportó tierras, especialmente en la alta Alsacia), fueron coronados el 24 de octubre. Aunque no fue el Papa quien le confirió la dignidad imperial, desde ese momento se lo consideró, *de facto* aunque no *de jure*, como el emperador, el soberano de un conglomerado de Estados gobernados por príncipes turbulentos. El Sacro Imperio no era una monarquía absoluta sino una especie de contrato asociativo para regular la vida en común, cuyo jefe se imponía sobre todos los demás soberanos europeos. Era un mundo unificado por la fe cristiana, un acuerdo supranacional: en su coronación, el monarca se revistió con los hábitos de un obispo y comulgó bajo las dos especies, como un sacerdote. Luego, la multitud dio su consentimiento a la elección. De modo que este fue el resultado de una doble elección: la de los príncipes y, al comienzo, la del pueblo.

En aquel momento, la Dieta germánica, que vigilaba estrechamente al emperador, se reunía en forma irregular en diferentes ciudades como Ratisbona, Augsburgo, Núremberg y Worms.

El nuevo soberano, que actuaba en forma sencilla, estaba cerca de sus hombres y compartía su potaje en campaña, era muy alto y no vacilaba en mofarse de sus defectos físicos. Su rostro, por ejemplo, estaba provisto de una larga nariz que, como la de Cyrano, "lo precedía un cuarto de hora"... Bromeaba sin problemas sobre su apéndice nasal, en forma de pico de águila, imposible de ignorar, porque era mejor burlarse de uno mismo que dejarle ese placer a otros. Rodolfo fue el primero en llevar ese nombre que

luego sería frecuente en los miembros de la dinastía, en la gloria pero también en el infortunio. El pequeño castillo de Habsburgo revelaría un destino prestigioso: el de un monarca que sus detractores no esperaban, y que, por causa de su edad, que en esa época se consideraba avanzada, probablemente no reinaría mucho tiempo. Como lo escribió con precisión el historiador Henry Bogdan, "la familia de los pequeños señores de Argovia entró así en el mundo de los poderosos".

Para su juego diplomático, Rodolfo tenía una gran ventaja: seis hijas casaderas. En esto también demostró su habilidad, inaugurando una política de alianzas matrimoniales que sería uno de los fundamentos del poder dinástico de los Habsburgo. El duque Alberto de Sajonia, el marqués Otón III de Brandeburgo y el duque Otón de Baja Baviera se convirtieron en yernos del emperador. Pero eso no le bastó a Rodolfo, que pretendía consolidar su poder territorial en el este. Debía enfrentar a Otakar de Bohemia, que seguía furioso por no haber sido elegido. Otakar se negaba a devolverle al Imperio los territorios austríacos que había tomado en 1251 tras la extinción de los Babenberg. Para legitimar su poder, se casó con Margarita, hermana del último Babenberg: una astuta estrategia que no se le escapó a Rodolfo, consciente de que a veces los lazos de sangre son más seguros que las conquistas armadas. Decidido a no someterse, el vengativo rey de Bohemia fue proscripto por el Imperio cuyas leyes había violado: a esta condena se agregó su excomunión, pronunciada por el arzobispo de Salzburgo. Aislado, debilitado por algunas defecciones, Otakar debió inclinarse, literalmente, ante Rodolfo: en 1276, a las puertas de Viena, a la que solo había controlado durante dos años, el rey de Bohemia se arrodilló frente al emperador. Otakar renunció a Austria y a los territorios del sur, Estiria, Carintia, Carniola (hoy en Eslovenia) y, como era de esperar, a la Marca de Windisch, donde se encontraba el castillo de los Habsburgo. En compensación, recibió de Rodolfo la investidura para reinar sobre Bohemia y Moravia. Si recibió también la tierra de Eger, al nordeste de la actual Hungría, fue únicamente como dote ofrecida por Rodolfo a su hija Judith, que se casó con un hijo de Otakar, Wenceslao II. Este matrimonio entre los hijos de los dos rivales, ¿garantizaría la paz después de la sumisión? No. El conflicto se reanudó, y recién terminaría con la batalla de Dürnkrut, en Marchfeld, la llanura pantanosa al nordeste de Viena, el 26 de agosto de 1278.

En su huida, Otakar fue muerto por austríacos de su propio entorno. Los privilegios que le había otorgado a la burguesía alemana no pudieron salvarlo. En su victoria, el emperador había recibido la ayuda de los tiroleses.

El primer emperador Habsburgo eligió Viena como residencia

Rodolfo falleció el 15 de julio de 1291 en Espira (Speyer), una de las siete ciudades libres del Sacro Imperio y residencia imperial a orillas del Rin, donde se reunieron más de cincuenta Dietas. Con sus setenta y tres años, el primer emperador Habsburgo había reinado durante dieciocho años, un largo período que ninguno de sus detractores hubiera imaginado. ¿Cuál fue el balance? Hizo de Viena su residencia oficial en 1282, y de este modo comenzó la más larga unión entre una ciudad y una dinastía: durante seis siglos y medio, Viena le debería su desarrollo y su prestigio a los Habsburgo. También su caída y sus sufrimientos… Con energía, el emperador resolvió el problema más delicado que se le planteaba para afirmar su autoridad: la recuperación, para el Imperio, de los territorios perdidos durante el Gran Interregno. Aunque no pudo imponer la transmisión hereditaria de la corona a sus descendientes, estableció las bases del poder de los Habsburgo y de la evolución posterior del Imperio. Austria y Estiria habían estado destinadas a sus dos hijos, Alberto I y Rodolfo II, pero este último murió antes que su padre, en 1290. Wenceslao II, el yerno de Rodolfo, conservó Bohemia y Moravia.

En Espira, en la cripta de la catedral romana de cuatro torres y dos cúpulas, llamada “cripta de los emperadores” porque allí reposan ocho de ellos, fue inhumado el primer Habsburgo que reinó en el Imperio considerado heredero del de Carlomagno, y a través de él, del Imperio romano de Occidente. La entrada de la cripta, una de las más grandes y bellas de Alemania, parece estar custodiada por su lápida. Llama la atención la simplicidad grandiosa y la majestuosa austeridad de ese lugar. En la figura yacente de Rodolfo se destacan sus ojos penetrantes y sus profundas arrugas. Su rostro tiene una expresión al mismo tiempo ruda e irónica. Y su famosa nariz es como un desafío a la adversidad.

Pero quince días después del deceso del emperador, se manifestó en Suiza la resistencia contra los Habsburgo. Tres comunidades (Uri, Schwyz y Unterwald) firmaron un pacto de defensa mutua. El juramento de Rütli (o pacto federal de alianza perpetua) tuvo como objetivo oponerse a las ambiciones de los Habsburgo, que ya controlaban Argovia y cobraban impuesto allí, especialmente sobre… las vacas. La importancia estratégica de esos tres cantones, que habían proclamado su independencia casi medio siglo atrás, era una realidad desde la apertura del paso de San Gotardo. El juramento de Rütli se realizó en una pradera a orillas de un lago, en la intersección de los tres cantones, y fue redactado en latín. No se trata, como se ha dicho, de una declaración de independencia, sino de una asociación militar, legítima en ese período de tensiones, para salvaguardar los particularismos administrativos y judiciales. En efecto, en ese momento no se sabía quién sucedería a Rodolfo y cuál sería la actitud de su hijo Alberto. En aquel 1° de agosto de 1291 se ubica la leyenda de Guillermo Tell y el episodio, al mismo tiempo discutido y arraigado en la tradición, de la manzana colocada sobre la cabeza del hijo de Guillermo, que este habría

atravesado con una flecha de su ballesta. A pesar de las dudas sobre la realidad histórica de este hecho, que inspiraría a tantos autores, el 1° de agosto es considerado como la fecha de la creación de la Confederación Helvética y es el día de la fiesta nacional. Al morir, Rodolfo de Habsburgo hizo nacer el sentimiento de la identidad suiza. Una amenaza que se cernía sobre el castillo de los Habsburgo…

Alberto I, nombrado duque de Austria por su padre en 1282, no fue elegido emperador. Desconfiaban de él. Tras largas negociaciones, la corona real e imperial recayó sobre un príncipe de Renania, Adolfo de Nassau, el 5 de mayo de 1292. Otro personaje modesto, que no logró imponerse a los montañeses rebeldes de los cantones suizos, a pesar de haberles dado algunas garantías. Su comportamiento expansionista (se alió a Eduardo I de Inglaterra contra Francia en 1294) no mejoró su reputación. Decepcionados, y luego preocupados, los príncipes electores, reunidos en Maguncia, votaron su destitución el 23 de junio de 1298, por cinco votos sobre siete. Tras esta sorprendente decisión, eligieron a su antiguo rival, aquel que había sido firmemente rechazado: ¡Alberto de Habsburgo! Cabe preguntar entonces: si el príncipe de Nassau hubiera respondido a las expectativas de la Dieta, ¿habrían llegado a ser los Habsburgo lo que fueron durante más de seis siglos, casi sin interrupción?

Aquí estaban, frente a frente, Adolfo, el emperador destituido, y Alberto, el nuevo emperador instituido. Con sus tropas. Se enfrentaron el 2 de julio, cerca de Worms, en el Palatinado renano. Allí, Adolfo perdió la vida. Quedó un solo emperador, el que había sido investido casi por descarte, ante la furia de los príncipes renanos: Alberto I de Habsburgo. ¡Otro Habsburgo! Elegido el 27 de julio, coronado el 24 de agosto, el segundo emperador de la familia se había casado con la hija del más fiel aliado de su padre Rodolfo, un conde del Tirol, con la esperanza de incorporar esa región a Austria. La política de los matrimonios políticos continuó, hacia el oeste, con la promesa de unir, en 1300, a su propio hijo con Blanca, hermana del rey Felipe IV: esto permitiría una alianza francesa. Al este, el emperador apoyó el advenimiento de un descendiente de Otakar de Bohemia al trono de Polonia. Pero lamentablemente, el emperador Habsburgo sufrió muchas derrotas militares en Alemania, Alsacia y como siempre, en los cantones suizos. Pronto se urdió una conjura contra el emperador, a quien consideraban debilitado. El 1° de mayo de 1308, Alberto I fue asesinado por uno de sus sobrinos, Juan de Suabia, llamado, curiosamente, Juan el Parricida, al parecer, por un grave descuerdo sobre una sucesión de familia. En diez años de reinado, el hijo de Rodolfo no había podido reconstruir la obra de su padre. Y como Rodolfo, no había recibido la corona de manos del Papa, Bonifacio VIII, aunque este lo apoyaba. El intransigente Bonifacio VIII, generalmente considerado como el último gran papa de la Edad Media, se había negado a coronar a Adolfo de Nassau y canonizó a san Luis. ¿Podría desconocer el Imperio por mucho tiempo la unción papal?

Al morir Alberto I, el esquema anterior se repitió: la sucesión dinástica no estaba garantizada y el trono estaba vacío. Una vez más, los príncipes alemanes apartaron a los Habsburgo de la candidatura al trono imperial, con la aprobación de Bonifacio VIII. Así quedó excluido el nombre de Federico el Hermoso, hijo mayor del difunto emperador. Este debería conformarse con su título de duque de Austria. Al parecer, veían a los Habsburgo demasiado interesados por los asuntos alemanes. Sin embargo, los Habsburgo no fueron los únicos que sufrieron el ostracismo: Carlos de Valois, hermano del rey de Francia Felipe IV el Hermoso, ciñó la corona imperial, pero por sus complejas ambiciones dinásticas, sus matrimonios, sus campañas por su hermano y sus deudas, también fue eliminado. Recordemos que, cinco años antes, Felipe IV había mandado detener a Bonifacio VIII, acusándolo de herejía: el Papa fue liberado al cabo de dos meses y murió cuatro semanas después. Como consecuencia del "ultraje de Anagni", en el cual el rey de Francia había desafiado y humillado al Papa, los nietos de san Luis no gozaban de la simpatía de la curia romana.

Una política de matrimonios y alianzas para preparar el futuro

El 27 de noviembre de 1308, al elegir al conde Enrique de Luxemburgo con el apoyo de su hermano Balduino, arzobispo de Tréveris, entre otros, los electores (por seis votos a uno) eligieron a un hombre de lengua y cultura francesas, que en el pasado se había reconocido como vasallo de Felipe IV y privilegiaba las vías pacíficas para consolidar el deteriorado poder imperial. Nacido, según algunas fuentes, en Valenciennes, el nuevo rey de Germania, coronado emperador en 1310 con el nombre de Enrique VII, se ganó la voluntad de los Habsburgo reconociendo sus derechos, especialmente en Suiza. Como contrapartida, los hijos de Alberto I apoyaron a Enrique VII en la candidatura de su propio hijo al trono de Bohemia. De este modo, aunque alejados de la dignidad imperial, los Habsburgo no quedaron olvidados ni inactivos: su papel, más o menos oficioso, les permitió mantener sus dominios y preparar el futuro por medio de alianzas con familias reinantes. Una situación de espera, muy alejada de las ambiciones de su abuelo Rodolfo, pero que los mantenía en reserva.

Después de solo tres años de reinado, Enrique VII murió, cerca de Siena, el 24 de agosto de 1313. Los Habsburgo esperaban obtener su revancha con Federico el Hermoso, pero una vez más, había un rival. Sin embargo, se produjo una situación sin precedentes, ya que los electores no lograban decidirse entre los dos candidatos: Federico de Habsburgo y un Wittelsbach, Luis IV de Baviera. Estos eran primos y habían recibido en Viena la educación de los caballeros. Y ahora, ambos eran pretendientes. El 20 de octubre de 1314, Luis fue elegido por cinco votos sobre siete, pero Federico,

elegido en forma paralela, se convirtió en un antirrey, como luego habría antipapas en Aviñón y en Roma. Una increíble doble elección, germen de interminables disputas. La imposibilidad de obtener un voto unánime e indiscutible en favor de uno de ellos transformó su rivalidad electiva en conflicto armado. Ese cisma, sin precedentes en el Imperio, se agregaba a la resistencia de los suizos contra los Habsburgo. Los helvecios eran cada vez más susceptibles en cuanto al mantenimiento de su independencia: para preservar y defender sus intereses comunes, los tres cantones aliados se habían confederado. Durante más de dos años, hubo ataques a castillos, asesinatos, confiscaciones de monasterios y excomuniones. Los soldados del duque de Austria combatieron contra campesinos con armas rústicas, pero apoyados por el bávaro. El Wittelsbach deshacía lo que hacía el Habsburgo y viceversa.

El 15 de noviembre de 1315 se produjo un enfrentamiento decisivo en Morgarten, un estrecho desfiladero en la ruta de Zúrich a Schwyz. Entre el pequeño lago de Aegeri y las montañas, los soldados de caballería y de infantería a sueldo del duque de Austria Federico el Hermoso recibieron lluvias de piedras y –al estilo Guillermo Tell– flechas de ballesta.

Fue una verdadera masacre, en la que los confederados se mostraron inflexibles. Los sobrevivientes se ahogaron al tratar de escapar por el lago, que era su única salida, ya que los desfiladeros estaban custodiados por sus adversarios. La batalla de Morgarten se hizo famosa por varias razones. En primer lugar, fue una tremenda derrota del Habsburgo, que estuvo a punto de ser capturado. El vencedor, Luis IV, el Wittelsbach que había hecho tambalear el poder austríaco, no olvidó expresarles su reconocimiento a los confederados confirmando sus privilegios. Al retirarles a los Habsburgo el control de la ruta del San Gotardo, Luis IV de Baviera los privó de fuertes ingresos fiscales. En la región, el duque de Austria solo pudo salvar, principalmente, sus posesiones de Argovia, y por lo tanto, su famoso castillo, que, dividido en dos partes, estaba en manos de dos familias, personas de la pequeña nobleza y escuderos. Para los Habsburgo, la restricción de sus dominios constituía un humillante retorno al pasado.

La feroz batalla de Morgarten tuvo otras dos consecuencias importantes. Por un lado, los confederados tenían razón al creer en la eficacia de su asociación. La reforzaron entonces cuatro meses más tarde firmando un nuevo pacto, redactado esta vez en alemán y no en latín: esto le otorgó un alcance mucho mayor, que llegó hasta el fondo de los valles más alejados. Por otro lado –y este fue quizás el efecto más fuerte por su simbolismo y su repercusión–, una milicia montañesa compuesta por “hordas campesinas toscas e impías”, a menudo armadas con hachas, había vencido a un ejército regular. El combate caballeresco y la tradición medieval fueron superados por el fervor de los campesinos que a veces solo llevaban horquillas. Estos combatientes improvisados de la Suiza central dieron origen a generaciones de soldados famosos por su bravura y también de

experimentados mercenarios, con la condición de ser remunerados en la medida de su compromiso.

Para los dos hermanos, Federico el Hermoso y Leopoldo, los tiempos eran particularmente difíciles. Derrotado en varias oportunidades a pesar del apoyo de contingentes húngaros, Federico el Hermoso sufrió la vergüenza de ser capturado el 28 de septiembre de 1322: debió intervenir el Papa para que lo liberaran. Para garantizar la paz, algunos intentaron un arreglo inédito en 1325 bajo la forma de un doble gobierno del Imperio a cargo de Luis de Baviera y Federico de Austria. Esta solución, desconocida en la tradición imperial, fue rechazada por los electores. Un año más tarde, Leopoldo murió sin heredero, y Federico, aunque era corregente, no quiso seguir ejerciendo el poder y se retiró a la Baja Austria, al castillo de Gutenstein, al sur de Viena. Los bienes de los Habsburgo pasaron a manos de sus dos hermanos menores, Alberto II y Otón, que renunciaron a sus pretensiones y reconocieron lo que Luis IV de Baviera había hecho admitir por medio de un acto de fuerza contra el Papa en Aviñón –¡supremo desafío!–, el 17 de enero de 1328: que él era el único rey de Germania y emperador.

Los dos Habsburgo se dedicaron a sus dominios austríacos, Carintia y Carniola, y trataron de sustraer el Tirol a la autoridad de los Wittelsbach. En realidad, el Tirol y Baviera estaban geográficamente tan cerca que la absorción de uno por parte del otro sería una tentación casi permanente.

Mucho más preocupante era la situación en Suiza. Allí, la fidelidad a los Habsburgo era inestable: a veces la impugnaban y a veces la reafirmaban. La ciudad de Lucerna, que tenía los mismos intereses que los Habsburgo en el control comercial de la ruta de San Gotardo, decidió unirse, por medio de un juramento, a los confederados.

Algunos cantones suizos se opusieron a los privilegios de los Habsburgo

Este viraje puso fin a cuarenta y un años de fidelidad y a un poder político en Suiza central. Hubo otras adhesiones a los confederados: en 1351, a pesar de dos asedios realizados por Alberto II de Habsburgo, Zúrich se unió a ellos. Zug, entre Lucerna y Zúrich, que había pertenecido a varias familias, consideró que su castillo del siglo XIII, hoy restaurado, estaba en peligro. En un primer momento, la ciudad contaba con el apoyo de su soberano, pero “al no recibir la ayuda solicitada a sus amos, se entregó al cabo de dos semanas a los confederados”. ¡Un pretexto perfecto!

Sin embargo, esos cambios de humor helvético solían ser transitorios, y muchas veces las alianzas matrimoniales les restablecían a los Habsburgo sus derechos, amputados o completos. En efecto, Inés de Habsburgo, hija de Alberto I, intervino para lograr el regreso de Zug y de Glaris al seno de los

Habsburgo, pero en 1352, Zug fue el séptimo cantón que se incorporó a la alianza confederal. En cambio, Schwyz y Unterwald, aunque habían estado al comienzo de la rebelión y fueron promotores del juramento de Rütli, reconocieron las propiedades de los Habsburgo, aunque sin admitir los derechos derivados a ellas: la adhesión era parcial y otorgada con desconfianza. En muchas partes, la debilitada autoridad austríaca era disputada, envidiada y a menudo combatida. A la fragilidad de esta situación política se añadió, en el sur de la actual Austria, una serie de desastres naturales devastadores de los que las poblaciones acusaron a los recién llegados, sobre todo si eran “extranjeros”. Pronto se designaron a los culpables. Las inundaciones, los terremotos y las sorpresivas invasiones de langostas se atribuyeron, ciegamente, a los judíos, en razón de una maldición multisecular: hasta en la aldea más pequeña se ejercieron represalias contra la comunidad judía, que fue perseguida. Durante unos veinte años, de 1330 a 1350, los temores populares se mostraron totalmente irracionales, mientras se enterraba a decena de miles de víctimas. Valientemente, Alberto II intentó calmar los ánimos y moderar a sus súbditos más violentos. La histeria alcanzó su punto máximo cuando se propagó la Gran Peste o Peste Negra, proveniente de Asia, por Europa central. Ante la magnitud de la catástrofe, noche y día, las altas llamas de las hogueras calcinaban cadáveres. El emperador trató de proteger a los judíos, acusados de haber propagado la peste envenenando los pozos de agua y perseguidos por absurdas venganzas.

Al morir Alberto II, en el verano de 1358, era evidente que ese duque de Austria había aumentado los territorios controlados por los Habsburgo, aunque no logró que el Tirol dejara de estar sometido a Baviera. Dos años antes de su muerte, incluso había podido emprender, en un gesto más que simbólico, la reconstrucción y la ampliación de la Catedral de San Esteban de Viena, aun cuando la ciudad todavía no contaba con un obispado. Como el poder político se demostraba con el dominio geográfico, sus cuatro hijos querían consolidar lo que se llamaba el *dominium Austriae*, el “dominio austríaco”.

Aunque, según el testamento de su padre, ambos hijos tenían iguales derechos, solo el mayor, Rodolfo –de dieciocho años–, asumió la dirección de los asuntos familiares. Obsesionado por lograr la preeminencia de los Habsburgo, Rodolfo IV ya había seguido la política de las alianzas matrimoniales: tres años antes de la desaparición de su padre, se convirtió en yerno del emperador Carlos IV, de la Casa de Luxemburgo, al casarse con su hija Catalina. Luego, solo en el mando, Rodolfo IV se atrevió a presentarle documentos falsos a su suegro. Según esos textos, cuya autenticidad era improbable pero que mostraban una singular audacia y una afirmación del rango de los Habsburgo, el duque de Austria se arrogaba el título de “primero de los duques”, cuyas tierras eran indivisibles. Más aún: la sucesión podía incluir a las mujeres en caso de ausencia de

herederos varones. Y todavía más: si el ejército imperial recurría a las tropas de los Habsburgo, esta contribución se limitaría "a doce hombres por un mes en caso de guerra contra Hungría", como señala Henry Bogdan. ¿Cómo reaccionó el imperial suegro frente a las maniobras de su yerno? Tuvo la elegancia de aceptar, aunque formuló varias objeciones. Se demuestra así que en el origen de las grandes dinastías hay, necesariamente, hombres de acción y de imaginación. ¿Por qué semejante audacia? Para apoderarse del Tirol: esto se produjo en febrero de 1364 y fue ratificado por el emperador, decididamente conciliador. Era una estratagema geopolítica, porque, después de perder el control de la ruta del San Gotardo, ahora en manos de los confederados suizos, el archiduque Habsburgo recuperó el eje del Brenner, el desfiladero que unía a la Alemania meridional con el norte de Italia y, en particular, con Venecia. Para dejar su impronta, Rodolfo IV fundó la universidad de Viena, la más antigua de lengua alemana después de la de Praga. En ese momento, Viena estaba una situación difícil porque la Peste Negra, como en todas partes, había exterminado a sus habitantes: gracias a algunas ventajas fiscales, una nueva población se radicó a orillas del Danubio. Se erigió la primera iglesia de los agustinos, y en el *Kohlmarkt*, los comerciantes abrieron sus tiendas. Pero la noticia de que los turcos habían cruzado el Bósforo provocó cierta inquietud: los turcos ocuparon Tracia, el antiguo granero de Roma, a la que más tarde se llamaría la Turquía de Europa. Después de las inundaciones, las epidemias y la miseria, ¿habría que temer a nuevos invasores? ¿Estaba en peligro la cristiandad?

Aunque el "reinado" de Rodolfo IV duró solo siete años, cuando murió, en julio de 1365 en Milán, a los veinticinco años, había fortalecido el prestigio de los Habsburgo. El trono imperial permaneció fuera de su alcance durante la segunda mitad del siglo XIV, y sin embargo, el empecinamiento de los suizos en luchar contra los Habsburgo seguía siendo un peligro permanente. El segundo hijo de Alberto II, Leopoldo III, envió su ejército contra Lucerna, que amenazaba a Argovia: un riesgo enorme para el duque de Austria. Era inconcebible que se conquistara el castillo donde todo había comenzado. El 9 de julio de 1386, el duque se puso al mando de sus hombres en Sempach, una ciudad fundada por los Habsburgo en la época en que controlaban la vía que vinculaba Basilea con Milán, por Lucerna y el San Gotardo. La batalla fue muy violenta. Uno de los confederados, Arnold von Winkelried, se adelantó para abrir una brecha en la formación austríaca. Se apoderó de varias de sus lanzas. El gesto, valiente y decisivo, les dio la victoria a los suizos: Leopoldo III perdió la vida en la batalla. La Confederación –la palabra apareció en 1370– obtuvo un brillante triunfo. Dos años más tarde, el 9 de abril de 1388, en Näfels, cerca de Glaris, Alberto III, el hermano mayor de Leopoldo III, fue vencido, tras haber sufrido severas pérdidas.

Los suizos, valerosos combatientes, necesitaban disciplina

Los sobrevivientes huyeron y el duque se vio obligado a negociar una paz difícil. Los Habsburgo solo conservaron Argovia y Turgovia. Después de esas dos victorias helvéticas, en 1393 los suizos decidieron que ningún soldado podría realizar saqueos sin recibir la orden de sus jefes. ¡Había que introducir un poco de disciplina entre esos combatientes valerosos pero un poco desordenados! ¿Y el Sacro Imperio? Carlos IV, señor de la Casa de Luxemburgo, había muerto en 1378. Lo sucedió su hijo menor, Wenceslao IV. Desde hacía más de un siglo, es decir, desde la muerte del nieto de Federico II de Hohenstaufen, como ya no se ejercía el dominio imperial sobre Italia, el emperador reinaba en el mundo alemán, ese conjunto de territorios celosos de sus respectivos derechos de soberanía. Entre sucesiones tempestuosas y disputas armadas, entre atrocidades y represalias, los clanes se consumían. Siempre al acecho de las debilidades del Imperio, los suizos aprovecharon para romper la paz, aunque esta se revalidó en 1412: la idea de la independencia avanzaba en los cantones. Para los Habsburgo, el hecho más trágico fue la pérdida de Argovia, la cuna de la dinastía. De sus posesiones helvéticas, solo conservaron Turgovia, junto al lago de Constanza.

Esta situación precaria no era el único motivo de resentimiento y preocupación para los Habsburgo. En Bohemia, a dos días de caballo de Viena, se estaba produciendo una grave crisis religiosa. En ese comienzo del siglo XV, la ciudad de Praga se entusiasmaba con un predicador de unos treinta años, Jan Hus, nacido en Husinec (de ahí su apellido). Aunque pertenecía a una familia de campesinos pobres, había estudiado en la universidad de Praga, fundada en 1348 por Carlos de Luxemburgo.

Se consagró sacerdote en 1400, fue nombrado decano de la Facultad de Teología en 1401, y en 1409, tras su reapertura, rector de la universidad. Hus se rebeló contra los escándalos de la jerarquía eclesiástica. Denunciaba la riqueza de la Iglesia, y pedía la comunión bajo las dos especies y el retorno al Evangelio. Precursor de los grandes reformadores espirituales del siguiente siglo, exigió, en voz alta, una reforma de la religión católica. Tenía muchos oyentes, sobre todo porque no se expresaba en alemán sino en checo: esto le confería a su prédica y a sus escritos un tinte patriótico. Se hizo muy popular y pronto fue considerado como el campeón de la oposición checa a la minoría germánica que ocupaba los mejores puestos. Por lo tanto, la crisis que provocó Jan Hus también fue política, pero se insertaba en otra crisis, muy grave: el gran cisma de Occidente, la interminable rivalidad entre el papado de Roma y el de Aviñón. El desorden provocado dañó seriamente la autoridad de la Iglesia.

En 1409, el rey de Bohemia le dio su apoyo, ampliando la competencia de la Universidad de Praga en detrimento de las demás instituciones de

Baviera, Sajonia y Polonia. El patriotismo checo salió fortalecido de ese “golpe de Estado universitario”. La universidad se había alzado contra la Iglesia: un hecho sin precedentes. Pero, por defender las teorías de un teólogo reformador inglés, Jan Hus fue acusado de herejía y excomulgado por el arzobispo de Praga en julio de1410, y luego, en 1412, por el antipapa Juan XXIII. Hus fue encerrado en un castillo de Bohemia meridional, donde escribió su libro *De Ecclesia* en latín y en checo, que tuvo un enorme éxito. Mucho antes que Lutero, Jan Hus representó, entonces, una amenaza para la cristiandad.

Jan Hus fue citado para comparecer ante el Concilio de Constanza en 1414. Poseía un salvoconducto otorgado por el nuevo emperador, Segismundo de Luxemburgo: un libertino, bastante gastador, un viudo que se había vuelto a casar con una mujer veinte años más joven que él. Se suponía que con ese “pasaporte imperial”, Jan Hus podría defenderse y justificarse. Viajó a Constanza, pero se negó a retractarse y fue condenado por “hereje”. Aparentemente para intentar calmar el ambiente, Segismundo decidió dejar actuar a la justicia religiosa: Jan Hus fue quemado vivo el 6 de julio de 1415. Cinco siglos más tarde, en plena Primera Guerra Mundial, en la plaza del Ayuntamiento de Praga, se inauguró un impresionante grupo de estatuas para conmemorar ese suplicio. Se destaca en él la alta silueta de Jan Hus: la hoguera de bronce contrasta con los vivos colores de las casas reconstruidas en el siglo XIX.

El abandono del famoso predicador por parte del monarca fue un grave error. No solo Jan Hus obtuvo la aureola del martirio, sino que Segismundo fue considerado responsable de su muerte. Su ejecución provocó un levantamiento nacional. Al negarse el emperador a satisfacer las exigencias de los partidarios de Jan Hus (en particular, la libertad de predicar y el castigo de los pecados mortales por parte de las autoridades civiles), la rebelión religiosa fue también una insurrección nacionalista. La guerra civil no enfrentó a los católicos con los reformadores porque los propios partidarios de Jan Hus estaban divididos en dos corrientes.

Durante más de diez años, las guerras husitas agitaron a Bohemia: esto perjudicó tanto al Imperio como a la Iglesia. Frente a los disturbios, más allá de los casos de conciencia que planteaba el conflicto político-religioso, nada cambió entre los Habsburgo: más que nunca, la estrategia matrimonial fue el arma más eficaz para imponerse, sobre todo si se le agregaba la paciencia.

Una novedad: Hungría y Bohemia tuvieron un mismo soberano

En 1422, el duque Alberto V de Austria se casó con Isabel de Luxemburgo, hija del emperador Segismundo. Su suegro le entregó algunos

feudos, rogándole que los defendiera contra las rebeliones husitas. Gracias a su yerno y a sus tropas, Segismundo pudo reconquistar Bohemia y finalmente, asumir como su soberano en 1436. Cuando murió a fines de 1437, el último de la rama mayor de los Luxemburgo le dejó todos sus bienes a su hija, y por lo tanto, al duque de Austria, su marido, que ya compartía varias de sus prerrogativas. Segismundo había sido rey de Hungría por matrimonio, emperador germánico por elección y rey de Bohemia por la guerra. Su yerno, que ya era rey de Hungría, fue elegido emperador por la Dieta reunida en Fráncfort en marzo de 1438, y luego rey de Bohemia, impugnado por los radicales husitas pero coronado, de todos modos, en Praga, el 29 de junio del mismo año.

Por primera vez desde hacía ciento treinta años, desde el asesinato de Alberto I en 1308, un Habsburgo, que llevaba el mismo nombre, era elegido para encabezar el Sacro Imperio. A los cuarenta y un años, ese hombre que era, desde 1404, Alberto V, duque de Austria, se convirtió en el emperador Alberto II. Por primera vez también, Hungría y Bohemia tenían un soberano Habsburgo, con una superposición de cargos que tendría enormes consecuencias. Así nació el brillante triángulo de oro de Europa central: Viena, Praga y Buda-Pest eran casi equidistantes. La *Mitteleuropa* estaría impregnada del poder de los Habsburgo. Este se basaría en una constante: los matrimonios, a menudo bien preparados, y sus objetivos danubianos del sudeste. Pero el peligro turco avanzaba desde el este, remontando el Danubio. En el verano de 1438, Transilvania (en la actual Rumania) fue devastada, y el Imperio otomano amenazaba ahora a Hungría, que había sido tempranamente cristianizada. El emperador-rey no podía hacer otra cosa que acudir en ayuda de los húngaros. Alberto II murió en tierra magiar, en Neszmély, el 27 de octubre de 1439.

A pesar de haber reinado sobre el Sacro Imperio durante solo diecinueve meses, inauguró una cuasi herencia de la dignidad suprema en la Casa de Austria. Los Habsburgo encarnarían una parte importante del destino de Europa. Se atribuirían a sí mismos la función de guías de Occidente.

2
Federico III, el perezoso visionario (1440-1493)

Su apodo no era demasiado atractivo: ¡lo llamaban el duque de los labios gruesos! Tenía fama de ser indolente y débil, y su apariencia era modesta. Su reinado fue considerado a menudo como uno de los episodios más opacos de la historia germánica. Y la verdad es que nunca fue popular ni brillante. No obstante, este hombre oscuro, nacido en Innsbruck en 1415, encarnó una etapa importante de la constitución del Estado austríaco. Su arma era la paciencia. Como lo ha señalado su lejano descendiente, el archiduque Otto de Habsburgo, que lo consideraba el gran pensador de la familia y un modelo, "venció a sus enemigos sobreviviéndolos. Fue un maestro en el arte de sobrevivir, al tiempo que colocó jalones para la posteridad. Su horizonte no se limitaba a su época". Auténtico filósofo político y visionario, "su mayor mérito fue haber tenido la sabiduría de no precipitar las cosas, es decir, de mirar más allá de su siglo. No tenía nada en común con algunos de sus contemporáneos, realmente obsesionados por los resultados inmediatos y las victorias militares". Recordando que los antiguos emperadores de China detenían la arena que marcaba el paso de las horas, Federico III tomaba su tiempo para entenderlo mejor y convertirlo en su aliado, porque la precipitación es mala consejera.

Simple duque de Estiria y Carintia con el nombre de Federico V, fue elegido rey de Germania el 2 de febrero de 1440. Tenía veinticinco años. Más tarde, el 17 de junio de 1442, fue elegido emperador como sucesor de su primo Alberto II. Su entronización tuvo lugar en la Catedral de Aix-la-Chapelle donde, siguiendo el ejemplo de Carlomagno, treinta príncipes alemanes habían sido o serían entronizados de 936 a 1531. Pero la originalidad de quien se convirtió en Federico III fue la de ser el único emperador Habsburgo coronado en Roma y el último soberano alemán que tuvo el privilegio de ese ritual sagrado. El rey de Germania partió hacia Roma acompañado por su sobrino segundo, el muy joven Ladislao el Póstumo, rey de Hungría y Bohemia, sobre quien ejercía una severa tutela, con la ambición de someter a los húngaros y los checos. El invierno obstaculizó su viaje y le llevó tres meses llegar a Roma. Aprovechó para casarse con la princesa Leonor, hija del rey Eduardo de Portugal, con la que tuvo cinco hijos. Este matrimonio fue un elemento importante en la diplomacia de los Habsburgo, ya que unió a un emperador "alemán" con la hija de un soberano de la rama de Nápoles-Aragón: esto revelaba una voluntad de llevar su prestigio más allá de los Alpes y los Pirineos.

La consagración romana de Federico III –este acontecimiento era de una enorme importancia– tuvo lugar el 19 de marzo de 1452 en una ciudad devastada por la malaria, con una población de alrededor de 35.000

habitantes que vivían principalmente en ruinas. Calixto III, el 209º papa, que ungió a Federico III, era, por excelencia, un sumo pontífice del Renacimiento, que mantenía una corte de letrados, emprendió grandes trabajos y fundó la Biblioteca Vaticana. Esa entronización tenía, por lo tanto, tanta importancia para el nuevo prestigio del papado tras el cisma, como para el jefe de la Casa de Habsburgo, que por las disputas sobre sus tierras y sus maltrechas finanzas se veía obligado a mantener absurdas pretensiones de conquista. El emperador no tenía los medios para cumplir sus ambiciones. El reconocimiento de Roma le garantizaba un apoyo que les había faltado a muchos de sus predecesores. La obediencia del Habsburgo a la sede pontificia fue esencial: ya había sido reafirmada cuatro años antes con el tratado, llamado "concordato de Viena", firmado entre el Papa y el emperador, que siguió en vigor hasta 1806, es decir, hasta la disolución del Sacro Imperio por parte de Napoleón. Durante tres siglos y medio, a pesar de las burlas por su denominación plural, el Imperio mereció los adjetivos de "sacro" y "romano". Al cuidarse de intervenir en las disputas internas de la Iglesia, especialmente en el turbulento Concilio de Basilea, y optar por la neutralidad, Federico III se congració con el Vaticano, donde Nicolás V acababa de transferir los servicios pontificios.

Esta proximidad espiritual era muy valiosa, sobre todo porque el peligro turco no había desaparecido. En el mismo lugar en el que, un siglo antes, la resistencia serbia había sido destruida por los otomanos en la famosa batalla de Kosovo Polje ("el campo de los merlos"), una nueva derrota húngara y la animosidad entre serbios y húngaros fragilizaban más al cristianismo en los Balcanes. El 29 de mayo de 1453, la caída de Constantinopla provocó una conmoción rayana con el pánico en los Estados cristianos, pero no produjo ninguna reacción organizada frente al avance turco a lo largo del Danubio. Tres años más tarde, un húngaro detuvo al sultán Mehmet II, que había llevado a cabo el sitio frente a Belgrado. El 22 de julio de 1456, los atacantes musulmanes fueron rechazados. Pero ¿hasta cuándo?

Federico III, cuya lentitud de acción se hizo legendaria, no podía iniciar una cruzada. No tenía ni la posibilidad material, ni el deseo de hacerlo: el tiempo de esos lejanos y azarosos viajes había pasado. Él prefería defender sus tierras austríacas (convertidas en archiducado en 1453) y proteger Viena, ya que los turcos se habían atrevido a sitiar Belgrado. Viena, capital de los países austríacos, ganó importancia gracias a Federico III. La ciudad contaba ahora con un obispado y adquirió una buena reputación universitaria que la transformó en un centro del humanismo centroeuropeo.

En 1457, con la muerte de su sobrino segundo Ladislao el Póstumo, el emperador heredó la Alta y la Baja Austria. Esta ampliación confirmó su idea de que el verdadero poder imperial se basaba sobre todo en territorios importantes: estaba convencido de que un emperador sería escuchado y

respetado en función del tamaño de su patrimonio. Esto se demostró con el mayor acceso al mar Adriático, debido a la acción de Federico III: los Habsburgo, ya dueños de Trieste desde hacía casi cien años, adquirieron un puerta en la margen oriental que, mucho más tarde, se convertiría en Fiume para Italia, luego en Rijeka para Yugoslavia y hoy en Croacia.

Los dos aliados de Federico III eran el duque de Borgoña y Luis XI

Sin embargo, el gran objetivo del jefe de la Casa de Habsburgo era de una audacia asombrosa. Intentaría un avance hacia el oeste, es decir, en dirección a las dos potencias rivales: el ducado de Borgoña y el reino de Francia. El Estado borgoñón, ya geográficamente complejo, lo era aún más en su funcionamiento, porque algunos de los elementos de ese rompecabezas eran también tierras del Imperio, como el Franco Condado o el ducado de Brabante. Dicho de otro modo: el duque de Borgoña era a veces un vasallo del emperador. Lo era también del rey de Francia en otros casos, por ejemplo en Flandes. Soberanía y vasallaje se superponían o se anulaban bajo la mirada interesada de Luis XI, que estaba al acecho de los errores del borgoñón o las debilidades del Habsburgo.

En esa mitad del siglo XV, dos aspiraciones se contraponían en Federico III: una tendía a aliarse con el duque de Borgoña contra el rey de Francia, y la otra, a hacer lo contrario, según las circunstancias. Pero este empirismo excluía toda operación militar y privilegiaba la diplomacia. En los Habsburgo, la diplomacia pasaba por los matrimonios: a menudo rendían más que las conquistas y eran mucho menos onerosos… Desde su advenimiento, en 1443, el emperador debió enfrentarse a las pretensiones borgoñonas, pues el duque Felipe el Bueno había invadido el ducado de Luxemburgo, una de las tierras de Ladislao el Póstumo, el sobrino segundo de Federico III. Este último recurrió entonces al rey de Francia, Carlos VII, que envió mercenarios: una acción brutal que contrarió a todo el mundo. Pero, convencido de que Francia y el archiducado de Austria tenían interés en ponerse de acuerdo, Federico III intentó otra maniobra: casar a Ladislao con la hija de Carlos VII, Magdalena de Francia. Esa unión sería perfecta, ya que tomaría posesión de varios feudos borgoñones. Recordemos también que, casi cuarenta años atrás, en la famosa emboscada de Montereau, habían matado al duque de Borgoña Juan sin Miedo con el mudo consentimiento de quien en ese momento no era más que el delfín, y luego fue Luis XI, que había querido vengar el asesinato de su tío Luis de Orleans.

Se firmó el contrato de matrimonio entre Ladislao y Magdalena: un verdadero tratado. Lamentablemente, el 23 de noviembre de 1457, ese proyecto nupcial se frustró porque Ladislao murió súbitamente, en Praga, cuando apenas tenía diecisiete años. Se dijo que la causa fue la peste, pero

era más probable un envenenamiento, dado el odio que sentían por él los húngaros. Ladislao había encarcelado a varios aristócratas magiares indomables.

Diez años más tarde, el nuevo duque de Borgoña, Carlos el Temerario, vasallo del rey de Francia pero más poderoso que Luis XI, adquirió, por medio de hipotecas, algunos territorios renanos y de la Alta Alsacia que eran tierras imperiales. Al Habsburgo, que seguía sin contar con suficientes medios, no le gustó esa maniobra humillante. El insaciable apetito del fastuoso duque le desagradaba al emperador empobrecido. ¿Cómo impedir que el Temerario, agresivamente rico, lo dominara? Asociándolo a su destino: una idea tan simple como astuta, ya que el adversario se convertiría en su pariente, y quizá también en un aliado. Federico III propuso entonces el casamiento de su hijo Maximiliano, nacido en 1459, con María de Borgoña, hija y única heredera de Carlos el Temerario y su segunda esposa, Isabel de Borbón. La propuesta sedujo al duque, que tenía grandes ambiciones y, en particular, la de ceñir una corona real, la de un Estado entre Francia y el Imperio. Sentía que le faltaba esa corona para su prestigio. Un emisario de Federico III fue recibido entonces en Brujas, donde se ofrecieron grandes fiestas ducales en su honor. La negociación comenzó bien. Carlos el Temerario aceptó entregar a su hija, pero con la condición de ser elegido rey de los romanos: una nueva pretensión. ¿Por qué no? Gracias a su posición, el emperador estaba en condiciones de gratificar al duque con ese título de rey que tanto ambicionaba. El honor y el dinero podían llegar a un acuerdo.

Raspando el fondo de sus arcas vacías, Federico III recibió suntuosamente al duque de Borgoña en Tréveris, en 1473. A orillas del Mosela, la ciudad con los más importantes vestigios romanos conocidos en territorio alemán estaba de fiesta: su arzobispo era un poderoso príncipe elector imperial. Para tratar bien a su huésped –era casi imposible rivalizar con el lujo y el refinamiento de la corte de Borgoña, cuyos tapices, cuadros y manuscritos iluminados eran admirables–, el emperador debió pedir dinero prestado a una familia de financistas amigos. Su única y verdadera riqueza era la esperanza y la confianza, infalibles, que tenía en el futuro de la Casa de Habsburgo. Digamos también que era astuto, y en ese aspecto como en muchos otros, podía encontrarse en él la desconfianza y la mente calculadora de Luis XI, el más decidido enemigo del Temerario. Este se sintió defraudado: el emperador ponía una condición inesperada para ese matrimonio entre Austria y Borgoña, que se celebraría solo después de la muerte del duque. Federico III exhibió un juego fino, obligando al borgoñón a seguir su ritmo, es decir, a esperar. El duque de Borgoña, seguramente furioso, volvió a lanzar una campaña –para aumentar sus dominios, solo sabía hacer la guerra– e invadió imprudentemente Suiza con un mal pretexto, pero su ejército fue vencido. Moralmente debilitado, puso sitio a Nancy, donde halló la muerte.

Para protegerse, María de Borgoña se casó con el archiduque Maximiliano

Nacida en Bruselas el 13 de febrero de 1457, María de Borgoña tenía veinte años cuando su padre murió bajo las murallas de Nancy, el 5 de enero de 1477. Heredó las vastas provincias codiciadas por Luis XI: este esperaba que María se casara con su hijo Carlos, el delfín. ¡Era un proyecto fantasioso, ya que este tenía apenas siete años! Para Luis XI, la gran diferencia de edad no era un obstáculo: ¡se atrevió a considerar a María como una ahijada, una repentina ahijada a la que debía proteger! Aprovechando el dolor de la joven duquesa, el rey, apodado "la araña universal", tejió su tela para apoderarse de una gran cantidad de tierras: se apropió no solo del ducado de Borgoña, sino que invadió Picardía, Boulonnais y Artois, y luego incitó a rebelarse a Flandes y Brabante. Luis XI, que había esperado esa oportunidad durante años, se sentía feliz. El 11 de febrero, los ganteses excitados obligaron a la duquesa a firmar un documento que les reconocía un "gran privilegio": un texto que destruyó la obra centralizadora de los duques de Borgoña. Pero los Estados Generales que María reunió con urgencia en Gante le permitieron obtener subsidios para resistir la invasión francesa. El 3 de abril de 1477, dos fieles consejeros de la joven duquesa, Hugonnet y Humbercourt, fueron sometidos a tortura y decapitados por los rebeldes. Ante esta situación que amenazaba su herencia, María decidió colocarse bajo la protección del marido que le habían elegido: el archiduque Maximiliano de Habsburgo. ¡Una unión que a su padre le habría encantado ver!

La boda se realizó en Gante, finalmente pacificada, apenas seis meses después de la muerte del Temerario, el 18 de agosto de 1477. La novia usaba un sencillo vestido negro. Las consecuencias de esta unión no fueron las previstas, pero tuvieron una importancia decisiva. En primer lugar, esa alianza político-financiera fue también un matrimonio por amor. Después de intercambiar sus respectivos retratos durante cuatro años, los muy jóvenes príncipes se habían enamorado. Además, a Maximiliano le gustaban las fiestas borgoñesas. "Bailé mucho –escribió–, luego participé en un torneo de lanzas y asistí al carnaval. Le hice la corte a las damas, lo que me valió muchos cumplidos". El archiduque estaba bien predispuesto. Y evidentemente, su temperamento era muy diferente del de su padre.

María solo hablaba francés y Maximiliano, solo alemán, pero eso no importó: se adoraban y su lenguaje era el amor. De su pasión nacieron dos hijos: Felipe el Hermoso, que sería rey de Castilla, y Margarita de Austria, futura regente de los Países Bajos. Esa felicidad duró solo cinco años: en marzo de 1482, María murió como consecuencia de una caída de caballo ocurrida durante una partida de caza. Por pudor, se había negado a que un médico examinara su muslo herido. Fue inhumada en la iglesia de Nuestra Señora de Brujas. Por otra parte, aunque a causa de Luis XI, la herencia

había disminuido seriamente y el intento de reconstrucción de un Estado entre Francia y el Imperio había fracasado, el emperador Habsburgo había acrecentado considerablemente su poder. Si se piensa que sus únicas fuentes genuinas de ingresos eran las minas de plata del Tirol, gravadas con hipotecas, puede apreciarse la magnitud de su éxito. A pesar de sus innumerables frustraciones territoriales, en especial con Hungría y Bohemia que se le habían escapado, el matrimonio de su hijo le aportó a su dinastía riquezas patrimoniales y también artísticas que prefiguraron el espíritu del Renacimiento. Agreguemos que Luis XI no quería a María de Borgoña porque ella había elegido al austríaco y no al delfín de Francia, futuro Carlos VIII, su pequeño hijo. Y Maximiliano había tenido el placer de infligirle a Luis XI la derrota de Guinegatte, el 17 de agosto de 1479, en el actual paso de Calais: la victoria del Habsburgo sobre los franceses había salvado a Flandes. ¡Luis XI tenía muchos motivos para sentirse ofendido!

En esa constante que era la política matrimonial de los Habsburgo, Federico III, que no era un emperador tan perezoso como se ha dicho, se mostró sutil y eficaz. Ese matrimonio, que fue un éxito en todo sentido, sacó a Austria de su marco habitual y la hizo avanzar desde la Europa central hacia la Europa occidental. El 16 de febrero de 1486, Maximiliano fue reconocido como “rey de los romanos” (el título que ansiaba el difunto duque de Borgoña) sin que Federico III abandonara la dirección de los asuntos gubernamentales: por supuesto, eso no facilitó la tarea de su hijo. El emperador era una mezcla de largas esperas y autoritarismo brusco, muy desconcertante. Ante el éxito de su empresa, su más famoso enemigo, Matías Corvino, rey de Hungría, que soñaba con edificar un reino de Gran Hungría en detrimento de los Habsburgo, le envió a Federico III un epigrama que se hizo famoso y adquirió la importancia de una divisa nacional en Austria:

Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube.
Nam quae Mars aliis, dat tibi regna Venus.

Es decir:

Que otros hagan la guerra; tú, feliz Austria, haz matrimonios.
Los reinos que Marte les da a otros, a ti te los da Venus.

En realidad, Matías Corvino apelaba a la ironía para felicitar al Habsburgo por su talento de casamentero, porque Federico III no había respondido a los llamados de los húngaros para luchar contra los turcos. Como ese emperador solo combatía bien en el terreno del matrimonio, Matías Corvino, él mismo hijo de un héroe nacional húngaro, tomó Viena, la Baja Austria, Estiria y Carintia. El Habsburgo se vio obligado a defender sus tierras emblemáticas, pero fue vencido. Matías Corvino se instaló en

Viena en 1485 y permaneció allí hasta su muerte, cinco años más tarde, el 6 de abril de 1490. El 19 de agosto, en nombre de su padre, Maximiliano recuperó Viena. Aunque su éxito político frente al Habsburgo resultó efímero y su sueño de la Gran Hungría se desvaneció, Corvino dejó su impronta en la fundación de la Universidad de Presburgo.

A Federico III le llevó unos veinticinco años hacer triunfar su método, y debió enfrentar muchos fracasos hasta que se le ocurrió la genial idea de casar a su hijo. No era, como se creía, un hombre débil, sino un ser obstinado que escondía un formidable orgullo detrás de su aparente falta de carácter. En 1437 –tenía diecisiete años y solo era el joven duque de Estiria–, Federico de Habsburgo escribió: “Toda la tierra está sometida a Austria”. ¡Un programa prometedor! Después de lograr su objetivo, el emperador adoptó una nueva formulación de esta divisa, precedida por la sigla “aeiou”: en latín, *Austriae est imperare orbi universo* (“El destino de Austria es gobernar el mundo entero”). Al parecer, las letras “aeiou” estaban pintadas o grabadas en los platos del servicio imperial. Federico III falleció en Linz el 19 de agosto de 1493, a los setenta y ocho años. En las sombras y luego a la luz, hizo todo lo posible por restaurar el poder de los Habsburgo. Así como su contemporáneo Luis XI tuvo el presentimiento de la Francia unida y fue su primer artífice, aunque no gozó de popularidad, Federico III, igualmente temido, e incluso despreciado, tuvo conciencia de una Austria dominante y poderosa. Cuando murió, el Imperio, sacro, romano y germánico, estaba listo para volverse europeo. A la espera de algo mejor…

3
Con Maximiliano, los matrimonios agrandaron el Imperio (1493-1519)

Al suceder a su padre, Maximiliano, de treinta y cuatro años, era finalmente el amo de los territorios que constituían su herencia austríaca. Era una revancha por la actitud severa de Federico III, que, en vida, le había negado toda participación en el poder. Pero, y esta era una novedad importante, por primera vez un soberano Habsburgo se encontraba también a la cabeza de otro Estado, el de Borgoña, porque su esposa, la bonita María, había muerto en forma prematura once años atrás. Maximiliano actuaba como regente de los Países Bajos en nombre de su hijo menor de edad, nacido en 1478, nuevo duque de Borgoña y futuro Felipe el Hermoso. Podía pensarse entonces que haría todo lo que estuviera a su alcance para consolidar sus dos herencias y asegurar el poder de sus sucesores.

Pero había una tercera herencia, que al rey de Germania (había sido elegido en 1486, en su primer año de viudez, por unanimidad, por los príncipes alemanes) no le interesaba asumir: la rivalidad permanente entre Francia y los Habsburgo por la sucesión de Borgoña. En 1482, un año antes de la muerte de Luis XI, el tratado de Arras, conseguido por un rey de Francia contento (aunque casi paralizado en su castillo de Plessis-lès-Tours) al enterarse de la muerte de su “ahijada” María, había aportado una aparente solución definitiva a ese conflicto. Francia recibió Picardía y el ducado de Borgoña, mientras que Maximiliano conservó los Países Bajos. El archiduque de Austria estaba orgulloso de que los habitantes de Arras se hubieran adherido a él: era un pobre consuelo frente a la pérdida del ducado de Borgoña propiamente dicho y su bella capital, Dijon. El Tratado de Arras organizó también el casamiento del delfín Carlos y la hija de Maximiliano, Margarita de Austria, que recibió como dote el Franco Condado y Artois. De modo que Luis XI no había renunciado a una alianza matrimonial para atrapar a su adversario en sus redes, puesto que ese método le había dado resultado a Federico III. Rencoroso, ese gran monarca que fue Luis XI no tenía ningún escrúpulo para lograr sus objetivos. Su hijo, Carlos VIII, raquítico, con las piernas torcidas y el pecho hundido, consideraba a la Casa de Austria como el más temible rival de Francia, ya que el Estado borgoñón dividido, y por lo tanto, muy debilitado, había perdido ese legendario poder que exasperaba a Luis XI.

Aunque solo fuera por la geografía, todas esas disposiciones le otorgaron a Maximiliano un papel de árbitro en la política europea. Y sin embargo, Borgoña y Austria le hicieron pasar por dolorosas experiencias. Desde la muerte de su amada esposa, Maximiliano sufrió muchas afrentas. Diversos

Estados y ciudades como Gante y Lieja, que seguramente no confiaban en él y lo consideraban como un borgoñón por matrimonio, se rebelaron. El yerno de Carlos el Temerario debería soportar más de diez años de amargas humillaciones en la región. El comportamiento de los vieneses fue aún más desagradable, ya que en 1485, durante la invasión de las tropas de Matías Corvino y la ocupación húngara, Maximiliano fue encarcelado durante cuatro meses por los súbditos de Federico III, indignados por las campañas ruinosas y sin sentido de la oportunidad que había realizado, antes de decidir reemplazarlas por la diplomacia. Cuatro meses de prisión en Viena, la capital de su padre: ese castigo le resultó insoportable, mientras Matías Corvino gobernaba en el palacio Hofburg, semejante al antiguo Louvre de los reyes de Francia.

Francia se opuso a su casamiento con Ana de Bretaña

Cuando, en 1490, Matías Corvino murió en Viena, afortunadamente sin un heredero legítimo, y el hijo de Federico III pudo recuperar su lugar en el Hofburg, Maximiliano de Habsburgo se ocupó de su capital. Creó una universidad y un ejército permanente: una novedad en la época en que se contrataban mercenarios bien remunerados. Luego, sentó las bases de una centralización moderna, instituyendo una cancillería y un tribunal supremo. La cancillería implicaba que el símbolo del poder político, el sello del soberano celosamente guardado por un funcionario especial, debía conservarse en Viena. Además, la justicia se impartiría, de ser posible, en un lugar fijo, aunque en caso de urgencia, los juicios seguirían a la corte en sus desplazamientos, como antes. El poder imperial se sedentarizó en Viena.

En 1490, Maximiliano, viudo desde hacía ocho años, se comprometió con la duquesa reinante, Ana de Bretaña, hija mayor y heredera del último duque de Bretaña. Ella se casó por poder, esperando preservar así la independencia de su ducado. ¿Por qué se casó Maximiliano a distancia? Porque todavía estaba echando a los húngaros que persistían en sus actitudes belicosas en la Baja Austria. Entonces, le encargó a uno de sus embajadores que lo representara introduciendo su pierna desnuda (!), según la tradición, en la cama de la duquesa Ana, de veintitrés años. El simbolismo de ese ritual no deja de ser divertido…

Pero se trató de un mal cálculo, porque la corona de Francia se opuso firmemente a la unión de Austria con Bretaña, el único ducado limítrofe de Francia que aún no había sido absorbido por un reino en plena expansión. El matrimonio, evidentemente no consumado, se anuló al año siguiente. Hasta ese momento, Maximiliano no parecía haber tenido demasiado éxito en sus elecciones matrimoniales personales, seguramente por no medir el peligro que representaría, para Francia, el aumento del poder del

Habsburgo borgoñón. Maximiliano, humillado, empezó a buscar otra esposa, y sobre todo, dinero. Al contrario de su padre, que se obligaba a la austeridad, Maximiliano no quería vivir con dificultades: no soportaba el déficit crónico de su Tesoro. En 1493, eligió a una rica heredera, Bianca Sforza, sobrina del duque de Milán, un ambicioso regente apodado "el Moro", por su tez morena o, tal vez, por la hoja de morera que adornaba su escudo de armas. Que la joven fuera de origen campesino no era muy importante: Maximiliano permaneció indiferente ante los comentarios desagradables de las cortes europeas cuando conocieron sus intenciones. La fortuna de la joven milanesa servía como genealogía. ¡Y la fortuna era grande! Su dote ascendía a 300.000 ducados de oro, más 100.000 ducados en joyas y ropa suntuosa. Bianca era, sin duda, encantadora, pero, adornada con tales riquezas, sería una esposa verdaderamente irresistible. Una vez más, el casamiento se hizo en principio por poder en Milán, aunque en este caso, el rito quedó en segundo plano frente a la magnificencia de la fiesta, que fue organizada por un pintor, escultor, arquitecto, ingeniero y fascinante teórico de unos cuarenta años: Leonardo da Vinci. Ese genio de innumerables talentos, que había decidido poner su saber al servicio de los príncipes, trabajaba para el duque de Milán desde 1482. La ceremonia encargada por el fastuoso y brillante duque Ludovico para su sobrina fue inolvidable y hasta extravagante. ¿Una boda? Mucho más: un espectáculo, admirablemente puesto en escena... ¡en el que solo faltaba el esposo! Más tarde, le reprocharían su ausencia.

Había que alegrarse de que la Casa de Austria pudiera alcanzar por fin el rango que anhelaba. Sin embargo, en las líneas del contrato matrimonial se habían deslizado algunos malentendidos desafortunados. En primer lugar, Maximiliano debía ir al encuentro de su esposa, pero sin ninguna urgencia. En el invierno de 1493, Bianca encabezó una verdadera caravana que avanzó dificultosamente a través de los Alpes nevados para llegar a Innsbruck, la capital del Tirol. Hay que imaginar ese cortejo de caballos, mulas y carretas cargadas con un ajuar impresionante. Vajilla, fuentes, alhajas, sábanas con las armas de los Sforza... El inventario de esa mudanza a través de los helados desfiladeros incluía también un calentador para la cama y un indispensable orinal de plata, así como tres mil agujas de oro para bordar. Se ignora si esos accesorios y utensilios domésticos lograron superar intactos el traqueteo y los montículos de nieve, pero Bianca llegó a Innsbruck en vísperas de Navidad. Con una lamentable falta de prisa y de galantería, Maximiliano llegó en marzo... La ceremonia se realizó en la iglesia parroquial St. Jakob y finalmente el matrimonio se consumó. La alianza entre los Habsburgo y la poderosa familia Sforza, que gobernaba Milán desde 1450, se hizo realidad. Maximiliano estaba muy apegado a Innsbruck y al Tirol, conquistado por su familia un siglo atrás. Se hizo representar allí con un monumento en el que aparecía junto a sus dos esposas, la difunta y la viva, recordando que el segundo nombre de esta era

María, como el de la fallecida, su gran amor, al que no podía olvidar.

Más tarde, Maximiliano descubrió que su nueva esposa no era demasiado sensata. ¿Recibió algún informe? ¿Tuvo un presentimiento? En todo caso, se quejó, por escrito, ante el embajador del duque de Milán diciendo que si bien era cierto que Bianca era tan bonita como su difunta esposa, era "extremadamente inferior en sabiduría y sentido común". Sin embargo, esperaba que "con el tiempo, quizás hiciera progresos". ¿Quizás? En realidad, Maximiliano debió enfrentarse con lo contrario. Aunque él mismo había estado obligado a empeñar muchas veces las joyas que le había dejado su padre, su nueva esposa resultó muy gastadora y tenía actitudes extrañas que a menudo rozaban la locura. ¿Bianca era demasiado pródiga? Seguramente. ¿Inconsciente? Sin duda. Que hubiera querido comer en el piso frente a un embajador de su tío no era grave sino poco protocolar. Pero que durante un viaje a una región miserable de los Países Bajos, pidiera que le prepararan lenguas de ganso para la cena era más inquietante. Mucho más preocupante fue la actitud de Bianca en el verano de 1494, cuando la pareja festejó, en los Países Bajos, la mayoría de edad del hijo que Maximiliano había tenido con María, Felipe, que sería gobernador de esos mismos Países Bajos al año siguiente. Fue un momento solemne: en la Catedral de Malinas, donde se reunieron los Estados Generales, Maximiliano rompió los sellos que se habían utilizado en la regencia cuando Felipe era menor de edad. Ahora ya podía suceder a su padre. Pero después de esa ceremonia que instaló al príncipe legítimo, el emperador se alarmó al enterarse de que, en un solo día, su esposa había gastado 3000 florines, es decir, la suma que la ciudad de Colonia les había regalado para su casamiento. Maximiliano tuvo que empeñar algunas de sus joyas para pagar las cuentas del hospedaje y la comida del séquito de su esposa durante los festejos. Se reinició la pesadilla de las deudas: algo que no podía dejar de arruinar la armonía conyugal.

Después de gastar todo su dinero, ¡Bianca empeñó su ropa interior!

Aunque era amonestada por su familia, Bianca persistía en sus "descuidos" financieros. Ahora compraba alhajas a crédito. Luego, dos años más tarde, los consejeros del emperador en la Dieta de Worms le enviaron, con gran urgencia, un mensajero que reclamaba subsidios en efectivo porque "la reina y sus mujeres solo tenían dinero para tres o cuatro días, y si en ese plazo, no les llegaba dinero, hasta sus provisiones para vivir se habrían agotado". En esa época, Bianca se superó a sí misma, alcanzando un récord, cuando le explicó a su marido, sin la menor vergüenza, que se había visto forzada a empeñar su ropa interior (!) y como se sentía incómoda, le pedía lo necesario para recuperarla. Maximiliano consideró

más prudente viajar lejos de su esposa: aunque parecía amarla, no soportaba sus excentricidades. El marido y la esposa tenían un punto en común: ¡gastaban todo lo que tenían y hasta lo que no tenían!

Finalmente, a esos problemas de administración doméstica se agregó, de pronto, un hecho puramente político que había sido imposible de prever. Al casarse con Bianca, Maximiliano quedó atrapado en el engranaje, infernal, de las guerras de Italia: eso era mucho más arriesgado que vivir a crédito. Pero ¿en qué lado debía ubicarse el emperador?

En 1494, el rey de Francia Carlos VIII invadió el norte de Italia para imprimir la marca de su poder personal, que había empezado a ejercer cuatro años atrás, después de haber soportado la regencia, torturante y autoritaria, pero eficaz, de su hermana Ana de Beaujeu y una "guerra loca" de tres años. Imbuido de novelas de caballería, apasionado por la epopeya de las cruzadas, en las que le hubiera gustado participar, el rey de baja estatura y miembros largos y delgados cabalgaba hacia Italia con una motivación feudal. Su padre, Luis XI, ya había planeado muy seriamente esa expedición, pero sus dificultades interiores le habían impedido realizarla. Luego, Carlos VIII hizo suyo ese atractivo sueño. Su aventura estaba fuera de época y su pretexto era muy pobre: quería hacer valer ciertos derechos, endebles, que le habían legado los últimos príncipes de la Casa de Anjou a su familia. ¿Acaso no había sido nombrado un hermano de san Luis, Carlos de Anjou, por un papa –francés– "rey de Sicilia y Jerusalén"? El objetivo, en cambio, era más claro: conquistar el reino de Nápoles. Pero este quedaba lejos y, antes de llegar a Nápoles, había que cabalgar por la llanura del Po. En Italia, mosaico de Estados en los que brillaban los talentos del *Quattrocento*, los franceses encontrarían sorpresas y embelesamientos, victorias y desastres. Mientras tanto, para tratar de disminuir la importancia de su nariz en forma de pico de águila, Carlos VIII se dejó crecer la barba antes de entrar a Nápoles, seguro de que allí esperaban el regreso de los franceses.

Aunque Maximiliano gozaba de la dignidad imperial sin haber sido elegido oficialmente emperador, no podía olvidar que Italia había sido el centro espiritual del Sacro Imperio, ni que su padre había sido coronado en Roma. El heredero de Federico III no se llevaba bien con su vecino francés: desde los Países Bajos, los mercenarios del emperador fueron a saquear los campos de los alrededores de Arras. Maximiliano era el más codicioso de los soberanos cuyas tierras lindaban con las de Carlos VIII. El Tratado de Senlis, firmado el 23 de mayo de 1493, le devolvió al emperador –o, más bien, a su hijo, Felipe el Hermoso– Artois y el Franco Condado, que habían sido cedidos en el pasado a Luis XI por el Tratado de Arras. En realidad, esas dos provincias constituían la dote de Margarita de Austria, hermana de Felipe el Hermoso, que había estado comprometida con Carlos VIII. Pero como este había despedido sin miramientos a la pequeña princesa para casarse con Ana de Bretaña, era lógico que devolviera la dote. Una buena

actitud tras una mala acción.

En Italia, Maximiliano se apoderó de las arcas de Carlos VIII

Después de garantizar, a cambio de dinero, su libre paso por varios Estados, Carlos VIII y sus 30.000 hombres, de los cuales 7500 eran mercenarios suizos, obtuvieron sucesivas victorias hasta su llegada triunfal a Nápoles. Para Maximiliano, el regreso, glorioso y fulminante, de los franceses a Italia era insoportable. Desconociendo los tratados que ellos mismos habían firmado, el emperador y los reyes de Aragón y de Castilla constituyeron una Liga el 1º de abril de 1495 para expulsar a los invasores. La importancia de esta coalición del Habsburgo con soberanos ibéricos solo se entendería más tarde. Se produjo entonces una catarata de traiciones y virajes, entre ellos el de Ludovico el Moro, en Milán, que no fue el menor… ¡ni el último! En el cruce de los Apeninos, difícil para los franceses, salvo para sus auxiliares suizos habituados a las montañas, la Liga asaltó las mulas cargadas de cajas, porque, como siempre, Maximiliano estaba corto de dinero. Le había sacado todo lo posible a la Dieta, pero no era suficiente. Aunque el sueño italiano de Carlos VIII se frustró, los artistas y artesanos que logró atraer abrieron Francia a la influencia del Renacimiento, y esto constituyó, con un leve retraso, una conquista infinitamente más valiosa y duradera que una ocupación militar.

Maximiliano estaba muy interesado en la vida intelectual. Era un hombre curioso de todo, un "espíritu universal" apasionado también por la música y la arquitectura. El pintor alemán más grande del Renacimiento, Alberto Durero, que era su amigo, nos dejó un magnífico retrato de él, seguramente fechado en 1512, que puede verse hoy en Viena. Con el rostro de tres cuartos perfil, un sombrero negro de ala ancha, vestido con pieles sobre un abrigo púrpura, el emperador tiene en su mano izquierda una granada abierta: ese fruto es el símbolo de la resurrección. Pero el detalle más significativo del cuadro se sitúa arriba a la izquierda: allí se ve el escudo de armas de los Habsburgo con el águila de dos cabezas y un pequeño escudo rojo y blanco (estos siguen siendo los dos colores de la Austria actual), rodeados con la cadena de la Orden del Toisón de Oro. En esa época, Durero trabajaba mucho para Maximiliano, especialmente en un proyecto de decoración de un arco de triunfo y algunas ilustraciones para su libro de oraciones. El aprecio del emperador se refleja en la siguiente anécdota relatada por Heinrich Fichtenau: "Un día en que la Dieta sesionaba en Augsburgo, Alberto Durero estaba pintando un fresco en la parte superior de una pared de la gran sala. Maximiliano le pidió a un gentilhombre que estaba cerca de él que le sostuviera la escalera. El gentilhombre respondió con arrogancia que eso era contrario a su dignidad. El emperador replicó:

—Yo puedo tomar a cualquier campesino y convertirlo en un noble, cuando me venga en gana. Pero me es imposible hacer de un noble, cualquiera sea, un artista como Durero.

Y de inmediato hizo noble a Durero.

Pero había llegado el momento de pensar en el futuro. Maximiliano no tuvo hijos con Bianca. Sus bastardos –se le adjudican siete– no podían ser presentados como potenciales sucesores. El emperador era atractivo: les gustaba a las mujeres y le gustaban las mujeres. Como le encantaban las fiestas, los disfraces y el baile, los relatos de sus aventuras femeninas eran a menudo picantes y con pinceladas de humor. Este es un ejemplo. La escena tiene lugar en Ratisbona (Regensburg), una antigua ciudad al norte de Múnich, en el meandro más septentrional del Danubio, navegable desde ese lugar hasta el mar Negro: el desarrollo del comercio fluvial había convertido a Ratisbona en la capital de la Alemania medieval. Allí sesionaría una Dieta, siguiendo una tradición que se remontaba a 1245. En el salón gótico del antiguo Ayuntamiento, se discutirían cuestiones importantes sobre la paz interior en el Imperio dividido, pero también se trataría la seguridad exterior. Cuando se reunió la Dieta, se cerraron las puertas de la ciudad, dominadas por torres a la italiana y la flecha de la catedral. Nada debía perturbar a las asambleas en ese momento tan serio. Pero también se les impidió la entrada a unas mujeres púdicamente llamadas "viajeras" porque ofrecían sus encantos de ciudad en ciudad, sobre todo en épocas de ferias, y por lo tanto, ellas no podían ejercer allí su actividad. Lograron hablar con el emperador, que no se escandalizó en absoluto por su protesta y su insistencia. Maximiliano aceptó que entraran a escondidas a Ratisbona, pero con una condición, que parecía una broma, o una provocación. Una de esas mujeres que parecían dispuestas a todo, debía engancharse a la cola del caballo del emperador. La segunda debía engancharse a la cola del vestido de la primera, la tercera a la de la segunda, etc. Encantadas, las "viajeras" formaron inmediatamente ese alegre cortejo, que siguió al más digno cortejo de Maximiliano. Y bajo la divertida mirada de los hombres, entraron a la ciudad, que recordaría durante mucho tiempo esa audacia. ¡Maximiliano merecía su apodo de "último caballero"!

Una idea brillante: el doble matrimonio de los hijos del emperador

Maximiliano tenía solo dos hijos legítimos, los que había tenido con María: Felipe y Margarita. Fiel a lo que ya era una larga tradición Habsburgo, decidió casar a Margarita con el heredero de los Reyes

Católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Estos tenían un único hijo varón: Juan. España, unificada desde 1496, era una aliada ideal para el Imperio de Maximiliano. Margarita, nacida en Bruselas en 1480, era una rubia atractiva. Se debía a sí misma un desquite con respecto al matrimonio, ya que a los tres años, había estado comprometida con el delfín de Francia, hijo de Luis XI y futuro Carlos VIII. Fue educada en la corte de los Valois, pero se la devolvieron sin ningún escrúpulo a su padre cuando Carlos VIII consideró más conveniente casarse con Ana de Bretaña. Este rechazo, cuando solo tenía once años, le había causado a la princesa una inmensa humillación. Pero el galeón español que la llevaba hacia la península y hacia su futuro esposo se vio envuelto en una tempestad y sintió miedo. Frente al mar desencadenado, tomó dos precauciones. La primera fue atarse a la muñeca una bolsa llena de ducados de oro para que le hicieran un funeral de princesa real, si se producía un naufragio y moría. La segunda fue espiritual, destinada a que la identificaran. Con gran sentido del humor, escribió sobre un pequeño papel su propio epitafio:

> Aquí yace Margot, la gentil damisela
> que tuvo dos maridos y murió doncella.

Pero llegó a buen puerto. Se enamoró perdidamente de su esposo, hasta el punto de que la reina Isabel se preocupó por la salud de su hijo, visiblemente agotado por sus deberes conyugales. Encantado por el éxito de esa primera boda, Maximiliano repitió la experiencia. Felipe el Hermoso, su único hijo varón, se casó con la hermana de Juan, la infanta Juana. ¿Felipe era realmente “hermoso”, como para merecer ese apodo? Aunque desde aquella época los cánones de belleza masculina han cambiado, hay que decir que tenía una elegante prestancia, con sus largas piernas enfundadas en calzas ajustadas, su boca sensual y su larga nariz, que no era aguileña como la de su padre. Nació en Brujas y recibió una educación que se podría llamar borgoñona. Era gobernador de los Países Bajos desde 1495, tenía el encanto de su padre y fama de libertino. En cuanto a Juana, su novia, había nacido en Toledo y tenía diecisiete años. Su rostro era serio, tenía cabello negro y bonitos ojos “verde mar”. En 1496, los dos jóvenes se enamoraron de inmediato. Felipe, que había reventado sus caballos para ir a ver a Juana, quiso casarse el mismo día de su encuentro, y su unión se celebró esa misma tarde, con una alegre muchedumbre que empujó hasta el lugar al obispo de la diócesis.

Juana, que había tenido una triste infancia dedicada a la religión, porque su madre, Isabel la Católica, solo se interesaba por la política, vivió con su marido una pasión devoradora hasta la locura. Esta pasión abrumó a Felipe, que pronto se cansó de los embates de su esposa y, según el embajador de Venecia, terminó por prohibirle que se acercara al lecho conyugal. Se produjeron escenas terribles y tempestuosas discusiones.

Tenía razón Isabel la Católica al rogarle a su nuera que moderara sus ardores con su hijo, ya que, dieciocho meses después de su casamiento y sus volcánicas relaciones con Margarita, Juan murió, el 4 de octubre de 1497, en los brazos de su esposa, en Salamanca. Oficialmente, falleció como consecuencia de una fiebre: esto es posible, pero los españoles consideraron más apropiado decir que el príncipe heredero había muerto de amor. Y en cierto modo era verdad. Después de esa muerte tan imprevisible se produjo la muerte, no menos repentina, de la hermana mayor de Juan, así como la del hijo de esta. Estos dramas convirtieron a la ferviente Juana en la única heredera de la corona de España. Las alianzas entre España y la Casa de Austria terminarían en una unión política, ya que finalmente Felipe y Juana fueron, por la fatalidad, los herederos hipotéticos de un inmenso Imperio: una hipótesis que no habían imaginado ni Maximiliano ni los Reyes Católicos. El surgimiento de un Imperio en el cual nunca se pondría el sol y que fascinaría al mundo fue, entonces, el resultado del azar. Cuando se resolvieron las dos bodas en Bruselas, símbolos de una "alianza total y perpetua" entre los Habsburgo y España, nadie pudo prever que esas uniones irían más allá del marco familiar, ni que esos matrimonios, puramente políticos, serían también matrimonios de amor.

Juana, la enamorada, ¿estaba loca?

Lejos de España, Juana vivió sobre todo en los Países Bajos, y en nueve años, tuvo seis hijos, entre ellos, dos varones. El 24 de febrero de 1500, en Gante, nació el archiduque Carlos, el futuro Carlos V. El carácter de la hija de los Reyes Católicos había empezado a preocupar. Su pasión por Felipe se traducía en celos enfermizos, aunque justificados. Su sensualidad tomó la forma de una devoción perturbada, casi religiosa, por el cuerpo de su marido. Se producían frecuentes escenas: Felipe apodó a su esposa "el terror". En cuanto lo perdía de vista, Juana sospechaba que le era infiel: montaba en cólera y luego se hundía en un sombrío silencio. Cuando su marido estaba junto a ella, Juana no lo dejaba en paz. Si se ausentaba, lo esperaba, sufriente, en un rincón, con la mirada vacía. Tanto en el ambiente de los Habsburgo como en el de los españoles, todos estaban secretamente alarmados por ese desequilibrio, pero nadie se atrevía a hablar de la demencia que habían sufrido los padres y el hermano de Isabel la Católica.

En noviembre de 1501, Juana debía viajar a España, a Valladolid, para prestar juramento, según la costumbre, ante las Cortes y ser oficialmente investida de su rango de princesa heredera. Esta costumbre planteó por primera vez en profundidad, y en una situación geopolítica inédita, un problema que no dejaría de complicar las relaciones entre la Casa de Austria, el reino de Francia y la corona de España: ¿era mejor ir de los

Países Bajos a España por mar o por tierra? Por barco, el riesgo era principalmente el mal tiempo, una tempestad, incluso un naufragio. A caballo o en carroza, existían muchas posibilidades de tener que afrontar algún encuentro desagradable o peligroso. Además, muchos territorios habían cambiado de manos, y atravesar algunos Estados extranjeros constituía a veces un problema diplomático. Había derechos de paso. En Europa occidental, las relaciones entre vecinos, fueran amigos o enemigos, caracterizarían los siglos siguientes, por la ubicación geográfica de Francia entre los Países Bajos y España. Se podía realizar el viaje terrestre por invitación del monarca francés o por pedido del viajante extranjero, en general en invierno, cuando el mar, especialmente frente al golfo de Vizcaya, retrasaba considerablemente las travesías. Pero para eso, las dos partes debían estar en paz.

Luis XII invitó a Felipe el Hermoso a ir a España atravesando Francia. Maximiliano se enfureció ante ese gesto de aparente cortesía, porque el hijo de Carlos VIII estaba entusiasmado, como su padre, con el espejismo italiano: una ilusión que había vuelto a despertar su ímpetu bélico. Esa ilusión se había apoderado de la persona del duque de Milán (el tío de Bianca), a quien él había mandado encerrar en el castillo de Loches, en Turena. En su celda, en uno de los pisos de esa siniestra construcción subterránea que se llamaba Le Martelet, el ex protector de Leonardo da Vinci expiaba sus engaños y sus traiciones garabateando las paredes húmedas. Además, Maximiliano sospechaba que Luis XII quería acercarse a Fernando de Aragón, el padre de Juana, para intentar una nueva invasión al reino de Nápoles.

Felipe el Hermoso y su esposa no vivieron del mismo modo ese extraño viaje a través de Francia. Mientras al gobernante de los Países Bajos le encantaban las fiestas y el asedio de las mujeres que ansiaban acercarse a él, Juana, que habría debido sentirse feliz por acompañar a su marido, estaba irritable y enferma de celos, y se comportó como una verdadera aguafiestas. Cuando el rey Luis XII quiso darle un beso en la mejilla, montó en cólera. Cuando la reina, Ana de Bretaña, quiso ser amable con ella, pues al fin y al cabo, había estado a punto de ser la segunda esposa de Maximiliano, suegro de Juana, esta la despreció y pretendió pasar delante de ella cuando el cortejo se dirigió hacia el comedor. Los padres de Juana se angustiaron al volver a ver a su hija, que acababa de llegar de Valladolid. ¡Cómo había cambiado! Parecía tener mil enfermedades, sin que se supiera cuáles. Quizás estuviera cansada por su tercer embarazo. Después de jurar ante las Cortes, Juana no pudo emprender el viaje de regreso. Su marido dijo que no podía estar más tiempo ausente de los Países Bajos, y partió solo.

Felipe el Hermoso encerró a Juana en su palacio

de Bruselas

Mientras su marido se liberaba del yugo doméstico, Juana empezó a mostrar signos de demencia. Felipe fue advertido, y regresó para tratar de calmar a su esposa, que estaba otra vez encinta. Luego volvió a partir. Ella no soportó lo que creía que era una nueva fuga de su esposo, y mandó emisarios tras él para saber qué hacía y a quién veía. En marzo de 1503, después de dar a luz a un cuarto hijo, su segundo varón, Fernando, la desequilibrada Juana no pudo regresar a los Países Bajos porque el mar estaba demasiado agitado. Y su actitud agresiva en Francia le impidió solicitar un permiso para atravesar la frontera del reino.

Cada vez más preocupada, Isabel la Católica obligó a su hija a instalarse en el castillo de la Mota, una altiva construcción de ladrillos flanqueada por un torreón que dominaba el burgo de Medina del Campo, famoso en esa época por sus ferias. La reina había comprendido que, lamentablemente, debía aislar a su hija, sobre todo cuando su marido estaba ausente. Pero Juana, dotada de una imaginación maliciosa, burló la vigilancia. En una noche de tormenta, corrió, semidesnuda, hasta el puesto de la guardia, a la entrada del castillo. Los guardias, estupefactos, la oyeron gritar a voz en cuello que quería ver a su marido. Intentaron hacerla entrar en razones, pero fue en vano. Apenas aceptó una vestimenta para tapar su cuerpo desnudo, que temblaba de frío. Esa crisis, de una violencia sin precedentes, duró una noche y un día. Como Juana no se calmaba, llamaron a la reina Isabel, que se encontraba en Segovia. Al ver a su hija, que no le mostró ningún respeto y decía palabras soeces, Isabel llegó a la conclusión de que la pobre Juana había perdido el juicio. Finalmente pasó el mal tiempo y Juana se embarcó hacia los Países Bajos, dejando al pequeño Fernando en Castilla.

Algunos cortesanos habían tenido la esperanza de que al reunirse con su esposo, Juana se tranquilizara un poco. Las reconciliaciones entre ellos eran frecuentes, aunque no duraban demasiado. Pero esta vez, Felipe, exasperado por los permanentes reproches y lamentos de su mujer, no resistió más. Que tuviera una amante no llamó la atención. Tampoco el hecho de que, al enterarse, Juana, con sus sospechas confirmadas, se arrojara sobre la joven rubia con unas tijeras y le cortara el cabello, hiriéndola. Entonces Felipe, “el más hermoso de los maridos”, según su mujer (¡que quizá no debió decir eso públicamente!), encerró, en Bruselas, a la más insoportable de las esposas. Sin duda, ella merecía su apodo de “terror”. Entre la neurastenia y la histeria, a veces Juana de Castilla razonaba y hacía observaciones pertinentes, desbaratando lo que ella llamaba trampas para hacerla pasar por loca. Y aunque mentalmente era imprevisible y débil, físicamente era robusta. En septiembre de 1505, dio a luz por quinta vez: su tercera hija mujer, María.

Felipe el Hermoso ansiaba suceder a Isabel la Católica

Esos desórdenes mentales habían llevado a la reina Isabel a apartar a Juana de la sucesión al trono. A la soberana que hacía reactivado la Reconquista y financiado el viaje de Cristóbal Colón que lo llevó a América, de enormes consecuencias, y unificó los reinos españoles, le resultaba imposible dejar esa fantástica herencia en manos de Juana. Al morir Isabel, en 1504, se le encomendó la regencia a su marido, Fernando, que actuó como si su yerno no existiera. Esa decisión enfureció a Felipe el Hermoso, inesperadamente apoyado por los nobles de Castilla, felices de recordarle a Fernando que solo era el rey de Aragón. La nobleza, que nunca olvidó que no tenía la obligación de descubrirse frente al rey de España, dio señales de rebeldía. Al principio, Felipe el Hermoso defendió los derechos de su esposa, pero luego, al ver que los problemas mentales de Juana se intensificaban, quiso suceder él mismo a la reina Isabel como soberano de Castilla. Pronto, el hijo del emperador tuvo otro motivo de preocupación. En efecto, a dos años apenas de la desaparición de la reina Isabel, Fernando, astuto diplomático y marido rápidamente consolado, se casó con Germana de Foix, sobrina de Luis XII de Francia. Ella tenía dieciocho años, y él, cincuenta y cuatro. Pero lo que le molestaba a Felipe el Hermoso era que la joven, cuya madre era una princesa de Orleans, tenía derechos sobre los reinos de Nápoles y Navarra. Y si Germana de Foix tenía hijos con Fernando, la herencia de los hijos de Felipe y Juana podría estar en peligro.

Con una formidable energía, Felipe el Hermoso abogó por él mismo y por su esposa frente a las Cortes y obtuvo su apoyo. Fernando anunció que renunciaba a la regencia y partió hacia Nápoles con la bonita Germana de Foix.

Hay que reconocer que, a pesar de sus excentricidades, Felipe el Hermoso no vivía una situación fácil. Su nueva estadía en España estuvo llena de incidentes con Juana, que no abandonaba el duelo, severo y muy ibérico, por su madre: siempre vestía de negro y permanecía postrada en su cuarto. Maximiliano, muy preocupado, recibió de uno de sus emisarios un correo, por el que supo que Juana trataba a Felipe como un enemigo: “su comportamiento está más allá de toda descripción que yo pueda hacerle a Su Majestad”. Al mismo tiempo, Felipe incomodaba a los castellanos con su entorno flamenco. Un día de verano de 1506, de un calor sofocante, después de intervenir en un juego de pelota, el marido de Juana bebió litros de agua demasiado fría. Durante cinco días, la fiebre lo paralizó, escupió sangre y cayó en coma, sin que sus médicos llegaran a entender qué le pasaba. Falleció el 25 de septiembre, cuando apenas tenía veintiocho años, víctima, como se dijo bellamente, “del clima y de las damas”… ¿Fue así? Esa muerte repentina de un hombre lleno de vida pero que, sin duda, no se cuidaba, dio pie al inevitable rumor de la sospecha. En toda Europa, se

hablaba, sin pruebas, de un envenenamiento, con dos posibles culpables: Juana, su esposa, que habría actuado en un ataque de celos mudo, pero más terrible que los anteriores, o su suegro Fernando, que le habría encargado esa tarea a un boticario.

Al morir su marido, Juana de Castilla se convirtió en Juana la Loca

Ya gravemente perturbada antes del drama, Juana quedó sumida en un dolor comprensible, pero que tomó formas inquietantes. Obsesionada por el cuerpo del hermoso Felipe, se negaba a creer en su muerte. Todos los días, iba al monasterio donde descansaba Felipe, hacía abrir el ataúd del difunto embalsamado y lo besaba con vigor. En cada visita, usaba ropa nueva, siempre negra, y luego ordenaba que la quemaran. Se oponía a que enterraran a su marido. Al parecer, dando crédito a las macabras predicciones de un adivino, pensaba que su esposo sólo estaba dormido y despertaría. Le habían dicho que a veces se producían esa clase de milagros. Le hicieron creer que algunos muertos habían vuelto a la vida catorce años después de su muerte... Es posible que en medio de su delirio, Juana quisiera que su esposo conociera a su última hija: estaba embarazada al morir Felipe, y en la primavera de 1507 dio a luz a su hija Catalina.

Juana solo vivía de noche, siempre junto al féretro de Felipe, al que velaba con un fervor mórbido, pasando de las lágrimas a la postración. Esta vez, ya no cabía ninguna duda: había perdido totalmente la razón. La viuda deambulaba por el campo, acompañada por su increíble cortejo fúnebre. Juana de Castilla se convirtió en "Juana la Loca". Al enterarse de su lamentable estado, Fernando regresó de Nápoles. Tras comprobar que Juana parecía ya incapaz de participar en los asuntos del gobierno, su padre la mandó encerrar en el castillo de Tordesillas, una ciudad a orillas del Duero, cerca de Valladolid. Confinada en la desesperación, Juana renunció al poder en favor de su padre, que se lo devolvería en el caso de que ella recobrara la razón.

A la espera de esta hipótesis poco probable, el rey de Aragón restauró un poder absoluto: seguramente una revancha por el hecho de que en vida de Isabel, nunca había tenido una verdadera autoridad sobre los Estados de su esposa.

La sucesión quedó organizada, ya que, al morir Fernando, el hijo de Juana, el futuro Carlos V, se convertiría en rey de España. Con una sola excepción, en 1520, Juana no volvió a salir nunca más de su residencia forzada, donde vivió durante más de cuarenta y seis años, siempre esperando el regreso de ese hombre al que había amado inmoderadamente.

Preocupado por la locura de su nuera y las maniobras del rey Fernando, Maximiliano consideró indispensable ser coronado en Roma por el Papa.

Esta ceremonia sagrada reforzaría su posición y su autoridad. El Imperio, que se había vuelto muy "germánico", ganaría en prestigio si, mediante esa consagración, se hacía más "romano". Aunque en un primer momento, Maximiliano había dudado en emprender el viaje a Roma, por los gastos que habría debido afrontar, se decidió a hacerlo en 1507, tras la repentina muerte de su hijo Felipe. Pero cuando el emperador llegó, desde su querida ciudad de Innsbruck, por la ruta del Brennero, a la frontera de la república de Venecia, que acababa de conquistar algunas ciudades de la llanura del Po, como Cremona, le negaron el paso. Hay que decir que después del descubrimiento de América, las nuevas rutas marítimas, y por lo tanto, comerciales, representaban una fuerte competencia para Venecia, y las estrechas relaciones que se habían establecido a través de los matrimonios entre los Habsburgo y España, beneficiaria del oro del Nuevo Mundo, inevitablemente le desagradaban a Venecia, celosa de su riqueza y de su prestigio. Venecia se concentró en la tierra para compensar lo que había perdido en el mar, y el León de San Marcos mostró sus garras en las Dolomitas.

Maximiliano, un emperador elegido pero no coronado

El cortejo de Maximiliano se detuvo en Trento, sobre el Adigio. Trento era una ciudad libre, pero también una tierra imperial gobernada por un príncipe-obispo: esto le permitió a Maximiliano, que estaba en su territorio, pero ofendido por ser rechazado por los venecianos a pocos kilómetros de allí, leer una declaración solemne, cuya importancia, considerable, residía en las palabras que la encabezaban: "Maximiliano, por la gracia de Dios, emperador electo". En ese momento, la dignidad imperial ya no dependía de la doble autoridad constituida por la Dieta y el Papa, una por el poder político y la otra por su carácter sagrado. La unción otorgada por Roma ya no era necesaria: todos los poderes de Maximiliano procedían de la Dieta, que lo había elegido en Fráncfort quince años atrás. A causa de un incidente de frontera y de una susceptibilidad de comerciantes característica de Venecia, en una frase, el Imperio se liberó de la tutela vaticana. Con esta ruptura, y al contrario de su padre, Maximiliano I nunca sería coronado, y mucho menos consagrado. El Imperio era claramente menos *sacro* y *romano* que antes, y se reforzaba su aspecto *germánico*. Sin embargo, la proclamación de Maximiliano era una idea personal impuesta por las circunstancias. En cambio, su nieto, Carlos V, cuya concepción del poder aún sería feudal, tendría el privilegio de ser coronado por el Papa. Hay que aclarar también que cuando el emperador escribió esas palabras, el Papa, en ese caso Julio II, no tuvo nada que ver con el asunto y, al igual que Maximiliano, rechazó la actitud de Venecia.

Un año más tarde, en 1509, Maximiliano, como represalia, Julio II y el rey de Francia Luis XII, hábilmente manipulado por el emperador, constituyeron la Liga de Cambrai contra Venecia. Los Valois seguían soñando con Italia. En esa campaña, la comunidad de intereses era solo una fachada: cada uno tenía sus propios objetivos. En 1510, por iniciativa de Julio II, Maximiliano se alió a Venecia para “echar a los bárbaros”, es decir, a los franceses, obstinados en sus pretensiones italianas. El engranaje de las guerras de Italia giraba hacia un lado, se detenía y giraba en el otro sentido, con una asombrosa regularidad.

Maximiliano siguió reorganizando el Imperio y sus Estados, tratando de reforzar la administración central bajo su autoridad, pero los príncipes, celosos de sus prerrogativas, no apoyaron esa iniciativa. El emperador estaba preocupado por el destino de su última nieta, Catalina, la hija póstuma de Felipe el Hermoso, que estaba encerrada con su madre Juana la Loca tras los muros de Tordesillas. Es fácil imaginar la infancia traumatizada de Catalina, que debía soportar el espectáculo de su madre, ya definitivamente hundida en la locura. Hija de la reconciliación final y la tragedia, Catalina se evadiría de ese infierno psiquiátrico casándose, a los dieciocho años, con el rey Juan III de Portugal. Su hermano Fernando también había sido educado en España. En cambio –y esta era una curiosidad familiar que reflejaba la lejanía geográfica entre España y el Imperio–, los otros cuatro nietos de Maximiliano crecieron en los Países Bajos, bajo la atenta mirada de su tía Margarita de Austria, gobernadora de esos Estados desde 1506. Viuda de su segundo marido Filiberto el Hermoso, duque de Saboya, a quien adoraba (se había casado con él tras la muerte de su primer esposo, el infante Juan), Margarita, de treinta años, decidió no volver a casarse y se dedicó a los hijos huérfanos de su hermano y su cuñada, al tiempo que desempeñaba un importante papel en la política europea y privilegiaba la neutralidad en los interminables conflictos. No hay que olvidar entonces que los seis hijos de Felipe y Juana, separados en dos grupos por miles de kilómetros, se conocieron muy tardíamente. Dos hermanos y cuatro hermanas: ¡seis príncipes educados de manera diferente y que, durante muchos años, no se conocieron por carecer del permiso para emprender un largo viaje!

Margarita, una mujer notable, tan ahorrativa como pródigo era su padre, reinó, en la parte septentrional del Imperio, desde su palacio de Malinas (Mechelen), realizado por el arquitecto malinés Keldermans. Con Margarita de Austria, la ciudad recuperó la importancia que le había conferido Carlos el Temerario al instalar allí, en 1473, su Tribunal de Cuentas, que en esa época reunía a los de Lille y Bruselas. Agreguemos que la hija de Maximiliano I, muy erudita e instruida en las artes, se rodeó de los mejores talentos de Flandes, incluso para la construcción de hermosas residencias y de una torre, al mismo tiempo poderosa y ligera, que, más tarde, despertaría la admiración de Vauban: este la consideraba la octava

maravilla del mundo. A comienzos del siglo XVI, Malinas era un lugar digno de constituir la sede de la Corte y del Parlamento, llamado Gran Consejo.

El emperador y su hija tenían una relación muy estrecha. Ella le enviaba dulces de Malinas –¡a él le encantaban!– y camisas que confeccionaba ella misma para atenuar la rugosidad de su armadura (el mercado de telas de Malinas era famoso), y él le escribía, con cierta incomodidad, para decirle dónde había empeñado sus joyas (¡una vez más!): de ese modo ella podría recuperarlas si él moría y entregárselas "a nuestros queridísimos y amadísimos nietos". Cada campaña militar le exigía a Maximiliano patéticas acrobacias financieras, porque no tenía grandes cualidades de guerrero. La correspondencia entre el emperador y Margarita atestigua que mientras esta gran dama permanecía voluntariamente en Malinas (una estatua en la plaza principal sigue honrando su memoria), su padre recorría permanentemente sus diversas tierras, con la ambición de fortalecer el prestigio de Austria. Uno de sus orgullos en Viena, fue la creación del coro de la corte, antecesor del famoso coro de los niños cantores, cuyas voces angelicales siguen fascinando en la actualidad a fieles y visitantes todos los domingos a la mañana en la capilla del Hofburg.

Tras la muerte de su esposa Bianca, el emperador quiso ser… ¡papa!

Invierno de 1510. En Innsbruck, donde residía, Bianca, que siempre llevaba el cabello largo y una gorra a la italiana, pues la prefería al *hennin* borgoñón, se enfermó. No se supo qué tenía y, como siempre, se habló de un mal misterioso. Murió mientras Maximiliano estaba en Friburgo: este le dio la noticia a Margarita casi un año más tarde. En dieciséis años de matrimonio, los esposos habían decidido, muy temprano, vivir separados, y al parecer, el emperador, absorbido por sus giras imperiales, su constante búsqueda de dinero y algunos placeres, no creyó necesario ir al funeral de su esposa: se limitó a encargarle al mariscal de la corte que viajara a Innsbruck para organizarlo. Eso era suficiente, ya que el viudo decía estar convencido de que, como su tercera esposa había recibido los sacramentos, estaba "en el reino del Paraíso". Pero la capital tirolesa conserva el recuerdo de Bianca en un grupo de estatuas que se encuentra en el segundo piso del famoso Goldenes Dachl ("techito de oro"), sobre la baranda de una galería desde la cual los soberanos seguían las fiestas populares y los torneos.

Algunos meses más tarde, el emperador del carácter extraño y complejo le escribió a su hija una carta en la que le comunicaba un proyecto extravagante: "Y, no hallando ninguna razón que indicara que sea bueno para nosotros casarnos, hemos resuelto no acostarnos nunca más junto a una mujer desnuda. Y enviaremos mañana al obispo de Gurk a Roma a ver al Papa y pedirle que encuentre una manera [...] para ser su coadjutor, de

modo tal que después de su muerte podamos estar seguros de obtener el papado, convertirnos en sacerdote y luego, en un santo. Y así, después de mi muerte, usted deberá adorarme".

¡Nada menos! Que Maximiliano, a sus cincuenta y un años, renunciara, por desconfianza o resignación, a los placeres del amor físico, era una actitud extraña, sobre todo porque, como se ha visto, no parecía un viudo desconsolado por la desaparición de la excéntrica Bianca. ¡Pero que el emperador Habsburgo tuviera la insensata idea de residir en el Vaticano junto a Julio II era sorprendente! Sin embargo, esta idea revelaba que el hecho de no haber sido consagrado por el Papa había mortificado profundamente a Maximiliano y por eso buscaba aquella desconcertante compensación. Por otra parte, antes de escribirle a su hija, se había acercado a varios cardenales, convencido de que si les regalaba algunas joyas de la corona, los prelados no dudarían en recibir favorablemente su propuesta. Maximiliano adelantó incluso el monto necesario para convencerlos, entre 2000 y 3000 ducados, entregándole las joyas a un prestamista. ¿Y qué decir de la manera en que el emperador firmó su misiva? "Escrito por la mano de su buen padre Maximiliano, futuro Papa". ¡Futuro Papa! ¡Estaba convencido! Julio II, sumo pontífice desde hacía siete años, tenía otros problemas además de su sucesión, aunque ya le había encargado a Miguel Ángel que le erigiera un sepulcro que expresara la grandeza del papado, después de haber colocado la piedra fundamental de la nueva basílica de San Pedro. Además, Julio II, un personaje impresionante (lo llamaban *Il Terribile*), se aprestaba a fundar la Santa Liga para oponerse a los obstinados franceses, y era considerado como un liberador del territorio. No hace falta decir que Julio II no le dio curso al increíble proyecto de Su Majestad imperial no coronada. Sin embargo, en la mezcla de las confusas ambiciones de Maximiliano, podía verse la atención que le prestaba a la voluntad de Lutero, el reformador alemán, que justamente estaba viajando hacia Roma en esa época, escandalizado por las futilidades mundanas de la corte romana, y que predicaba para que la Iglesia recobrara su alma. El propio Lutero contaba que cuando alguien le preguntó a Maximiliano por qué se reía tan fuerte cuando hablaba de asuntos muy serios, el emperador respondió alegre: "Es que pienso que Dios arregló tan bien las cosas de este mundo que lo espiritual está a cargo de un pontífice borracho y disoluto, y lo temporal, a cargo de un cazador de antílopes".

Era cierto que antes de ser elegido papa, Julio II había tenido tres hijas naturales, pero una vez elegido por el cónclave, su vida fue irreprochable, y se dedicó a restaurar el prestigio, muy deteriorado, de la Iglesia. Para alivio de todos, los intentos "pontificios" de Maximiliano quedaron como letra muerta. Afortunadamente, decidió ocuparse del futuro de sus nietos, y lo hizo de un modo más racional y útil.

Maximiliano o el (difícil) arte de ser un abuelo casamentero

Ese padre con talento de casamentero no podía dejar de ser un abuelo en busca de alianzas interesantes para la siguiente generación. Pero el emperador jugó siempre en función de la situación política o militar, de las cualidades de un pretendiente o de una promesa, modificó sus preferencias y precipitó las negociaciones como si quisiera que los seis hijos de Felipe el Hermoso se casaran cuanto antes. ¡Y en las mejores condiciones! Todos eran muy jóvenes, pero eso no tenía ninguna importancia para Maximiliano, que siempre parecía tener prisa. Uno de sus cortesanos aseguró que había empezado a trazar sus primeros planes de matrimonio para sus nietos cuando estos aún estaban en la cuna…

Cronológicamente, el primero de esos matrimonios fue el de su segunda nieta, Isabel, nacida en 1501. En abril de 1514, tenía trece años y aunque su tía Margarita consideraba que sería una boda prematura, su abuelo se negó a esperar. Mirando al norte europeo, Maximiliano había elegido a Cristián II de Oldenburgo, que sería rey de Dinamarca al año siguiente. Margarita también objetó que el novio ya tenía treinta y tres años. Pero eso no importó. El contrato de matrimonio se firmó en Linz, en la Baja Austria, y luego se despachó una embajada danesa hacia Malinas, donde la tía de Isabel se encargó de organizar, a toda prisa, banquetes, torneos y otros festejos, que se desarrollaron sin la presencia de Maximiliano. Con sus ojos azules, la joven Isabel, vestida de novia, vio cómo, según la costumbre, el embajador de Dinamarca introducía su pierna desnuda en el lecho nupcial en el que ella se encontraba. Fue Margarita de Austria, seguramente intrigada por la precipitación de los acontecimientos, quien descubrió el motivo de la prisa. En realidad, Cristián de Dinamarca tenía una amante de origen holandés. Esto no era grave, pero tenía una madre terrible, una severa guardiana con aspecto de bruja, que se había convertido en el terror del palacio de Copenhague, donde ya no se hacía nada sin su consentimiento. La nobleza y el clero estaban tan furiosos con esta intrigante que el trono del rey Cristián podía llegar a tambalear. Debían encontrarle una novia presentable con una familia conveniente para calmar a la opinión pública. ¡Era urgente!

Lamentablemente, después de casarse, Cristián de Dinamarca no renunció a su concubina, cuya madre se mostraba cada vez más tiránica. Isabel era muy desdichada. Maximiliano exigió que el marido se comportara dignamente y abandonara su vida licenciosa, pero fue en vano. El rey era tan brutal en su intimidad como en su acción política. Unió su país a Suecia y provocó un baño de sangre en Estocolmo: contrariando su promesa, mandó ejecutar a ochenta y dos altos personajes suecos. Su absolutismo provocó la rebelión de Gustavo Vasa: fue expulsado del trono y más tarde, encarcelado. La unión urdida por Maximiliano –que no había

sido informado de la triste realidad– fue, entonces, un lamentable fracaso. La pobre Isabel, madre de tres niños, fue echada de Dinamarca con su marido en 1523. Luego quedó sola, porque el rey destronado intentó recuperar su corona. Y como siempre, fue su tía, la incansable Margarita, quien la recibió. Isabel falleció dos años después, como una víctima de ese desastre. Margarita de Austria, con una dignidad y una eficacia ejemplares, agrandó el orfanato familiar para criar a sus sobrinos nietos...

En forma casi simultánea, el apresurado emperador había organizado la boda de su penúltima nieta, María, nacida en 1505. Ese acto fue de una gran audacia, desde todo punto de vista, porque se trataba de unir a la niña con un príncipe húngaro... ¡que aún no había nacido! Desde que el Habsburgo había firmado la paz con el rey Ladislao, en 1491, todo era posible. ¡Y todo sucedió! Incluso una doble unión con las tierras de Europa central. Al término de un increíble folletín (Maximiliano había apostado que la criatura por nacer sería un varón, y así fue), el emperador logró una doble combinación. En Viena, el 22 de julio de 1515, bajo una lluvia torrencial, en la Catedral de San Esteban reconstruida y ahora coronada por una alta flecha, el monarca Habsburgo asistió al intercambio de las promesas matrimoniales entre su nieto Fernando y la princesa Ana Jagellón, hija del rey Ladislao V de Bohemia y Hungría, por un lado, y entre su nieta María y el príncipe Luis, hijo de Segismundo de Polonia, por el otro. Fue Maximiliano quien tomó el lugar del futuro esposo, ausente. Hay que imaginar la ceremonia y los grandes festejos que se hicieron alrededor de la catedral, que en esa época estaba rodeada de tiendas y puestos apretados unos contra otros.

Detrás de esas fastuosidades, había otro misterio permanente. ¿Con qué fondos financió Maximiliano esas celebraciones? Como de costumbre, contó con la gentileza –¡interesada!– de la familia Fugger. Esos banqueros alemanes, originarios de Augsburgo y famosos desde el siglo XIV, habían desarrollado sus actividades con el Levante, pero también con el Tirol, Carintia, Turingia y Hungría. En Venecia, controlaban el mercado del cobre, y sus ramificaciones se extendían ahora por toda Europa central. Maximiliano mereció toda su vida el mismo apodo que uno de sus antepasados, a quien llamaban "bolsillos vacíos". Con cada préstamo, los bienes de los Habsburgo quedaban amputados o hipotecados, como las minas tirolesas de plata. Pero los Fugger, que solían ser generosos e incluso filántropos, necesitaban autorizaciones, permisos y formalidades para sus actividades. De modo que ambas partes podían entenderse. La suma prestada con urgencia a Maximiliano, calculada en alrededor de 55.000 florines, representó un inmenso alivio para el emperador, que, enfermo, ya no podía sostenerse sobre el caballo, y aspiraba a unir a los suyos con todo el mundo. Sus ambiciones no parecían irrealizables. Un nuevo personaje acababa de surgir en Europa: Francisco I, rey de Francia, yerno, primo y sucesor de Luis XII, quien, por su parte, lo despreciaba y temía que

arruinara a Francia. En realidad, apenas fue coronado, ese caballero alto y seductor se apresuró a reconquistar Milán, perdido por su predecesor. Y dos meses después de las bodas realizadas en Viena, el rey Francisco venció, gracias a su artillería, a los suizos y a la Santa Liga, en Marignano. Esta victoria, que tuvo una gran repercusión en Europa, hizo reflexionar al emperador. Las alianzas cambiaban, se firmaban tratados de paz, Milán estaba ocupada y, por el concordato de Bolonia, el episcopado francés quedó colocado bajo la tutela del rey.

En enero de 1516, Fernando II de Aragón, el Rey Católico, falleció en Extremadura. No había tenido hijos en su matrimonio con Germana de Foix. Como su hija Juana no había recobrado la razón, su nieto lo sucedió en sus derechos sobre el trono de España, donde nunca había estado. Dieciséis años atrás, lo habían llamado Carlos de Gante, en referencia a su ciudad natal. El mundo lo llamaría Carlos V.

4
Carlos V, el emperador universal (1519-1558)

De él, se ha dicho todo. Para describirlo, se han empleado todos los superlativos. Porque su personalidad dominó su época, el fascinante siglo XVI, tan parecido al nuestro por sus cuestionamientos y sus violencias: es una figura incomparable e incluso una excepción en la galería de los personajes más grandes de la historia. Desde muy joven, el primer hijo de Felipe el Hermoso y Juana la Loca se encontró, por azar, en el centro de gigantescas combinaciones políticas. Por su padre, era el heredero del Estado borgoñón y por su madre, el de los reinos de Castilla y Aragón, que dieron origen al reino de España. Acumuló títulos prestigiosos: primero, archiduque de Austria y príncipe de los Países Bajos (1506-1555), luego, primer rey de España con el nombre de Carlos I (1516-1556), emperador germánico con el nombre de Carlos V (1519-1556) y rey de Sicilia con el de Carlos IV (1516-1556). Fue el soberano más poderoso de su tiempo. También fue el más rico, al convertirse, por sus posesiones italianas, en el amo del Mediterráneo, el árbitro del comercio flamenco por sus territorios borgoñones y el principal beneficiario de los metales preciosos gracias a los recursos de las colonias españolas del Nuevo Mundo. ¿Privilegiaba alguna de sus posiciones? Toda su vida, se definió a sí mismo, con preferencia a todos sus demás honores, como un príncipe borgoñón que se había empeñado en crear un Imperio cristiano universal. Fue una cosa, pero fracasó en la otra. A punto de morir, le escribió en su testamento a su amado hijo Felipe: "Nosotros que somos de Borgoña: mire nuestro estandarte". Le habían puesto un nombre bien borgoñón, en homenaje a su bisabuelo, Carlos el Temerario. Para definirlo, podemos apelar a dos reflexiones. La primera es de su descendiente lejano, el archiduque Otto de Habsburgo, que dijo en una conferencia que ofreció en 1950, en castellano, en la Universidad de Salamanca: "Para hacerle justicia, para comprender su grandeza, aunque sea en forma aproximada, habría que describir todo su siglo, en lo que significó para Occidente, para la Iglesia, para el Imperio, para el mundo. Habría que hablar de su figura como soberano, como político, como jefe de guerra, y también desde el punto de vista de la teología y del pensamiento".

La segunda es de Pierre Chaunu, eminente especialista del mundo hispánico, de quien fui alumno: "El personaje me fascina, y en el fondo, también me gusta de Carlos V su voluntad de paz y su odio al perjurio. Para él, no había nada peor que la mentira y el perjurio. Era el anti-Maquiavelo. [...] Es, a mi juicio, una figura magnífica. Como Colón, es de otro tiempo. Pero a fuerza de estar en el pasado, está en el futuro... Me encanta este hombre: es una de las figuras más grandes, que nos reconcilia con la

política, aunque es muy poco político. Es un caballero".

Un caballero como era posible serlo en la antigua corte de Borgoña, pero sin el resplandor, los desbordes de vida, ni el boato que habían marcado la época, brillante, de Felipe el Bueno.

Miremos dos retratos de Carlos V, realizados por Bernard van Orley, uno a los diez años y el otro a los quince. El cabello corto, el rostro fino y alargado, una larga nariz recta, ojos estirados, el "mentón prominente de los Habsburgo", la mandíbula saliente, la boca siempre abierta: algo que no quedaba bien, ya que daba la impresión de que siempre estaba asombrado. Él hacía bromas sobre su expresión más bien ingrata y le dijo a su rival Francisco I que no era "para morder a las personas": una declaración destinada a tranquilizar al rey de Francia, aunque hizo cinco guerras contra él.

Sus contemporáneos agregaban que su lengua era corta y gruesa, su elocución, trabajosa, y masticaba con mucha lentitud la comida. Se expresaba naturalmente en francés, pero siempre le costó hablar el alemán y el castellano. No era alto, pero había heredado de su padre unas piernas delgadas que a pesar de los años pasados a caballo, nunca se curvaron. Era un jinete que no tenía la habitual deformación física. Había nacido en Gante, la antigua capital de Flandes, y tenía seis años en 1506, cuando se produjo la prematura muerte de su padre. Educado en los Países Bajos bajo la tutela de su tía Margarita de Austria, fue proclamado duque de Borgoña y conde de Flandes el 7 de julio de 1507. Su infancia estuvo impregnada de religiosidad. Su preceptor, Adriano de Utrecht, era un flamenco que se oponía al lujo y sería el futuro papa Adriano VI, el 218° papa y el último no italiano hasta el siglo XX. Ese hombre austero inició al joven archiduque en la búsqueda de la vida interior a través del despojamiento: una actitud ya humanista. Esa fe cristiana absoluta sería llamada "devoción moderna". Su tutor, Guillermo de Croÿ, señor de Chièvres, le hablaba del pasado de su familia, de las tradiciones caballerescas de los duques de Borgoña, para inculcarle el sentido del honor. Creció sin cariño, en un ambiente ascético. Paralelamente, Carlos era informado de la situación política europea activada por matrimonios dinásticos. El rey de Inglaterra Enrique VIII, por ejemplo, se casó con la viuda de su hermano, Catalina de Aragón, hermana de Juana de Castilla, y por lo tanto, tía de Carlos.

Como rey de Castilla y Aragón, fue muy mal recibido en España

El 5 de enero de 1515, a pedido de su abuelo Maximiliano, Carlos, que aún no había cumplido quince años, fue emancipado y declarado mayor de edad por los Estados Generales de Flandes. En el verano, el adolescente se enteró de que, después de dos días de batalla en el sur de Milán, Francisco I

había vencido en Marignano: algo muy preocupante para el Imperio. Tras la muerte de su abuelo Fernando de Aragón el 23 de enero de 1516, Carlos fue proclamado, el 13 de marzo, y siempre en los Países Bajos, rey de Castilla y Aragón, aunque su madre Juana la Loca seguía viva y encerrada desde hacía diez años en Tordesillas. Esta sustitución, cuya causa era la demencia, perturbó mucho a ese hijo que, a pesar de los hechos, estaba atormentado por un vago sentimiento de usurpación. Con el nombre de Carlos I, el hijo de Juana entró en posesión de la herencia española de su madre.

En 1517, Carlos I partió finalmente a España, acompañado por muchos nobles de los Países Bajos y por su hermana mayor Leonor, que se casaría con el rey Manuel de Portugal, aunque era evidente que no tenía el menor deseo de hacerlo. Al desembarcar en un pequeño puerto de Asturias, Carlos I vio con amargura que nadie lo esperaba. Salió muy angustiado de una visita a su madre, cuya curación parecía definitivamente descartada. El 31 de octubre, en Wittenberg, cerca del valle del Elba, el predicador Martín Lutero clavó en las puertas de la iglesia del castillo sus noventa y cinco tesis, que denunciaban, principalmente, el tráfico de indulgencias. Carlos se enteró de este incidente mucho más tarde, pero, educado en la más estricta fe cristiana, se sintió intrigado por el examen de conciencia público establecido por ese monje de treinta y cuatro años.

El 21 de marzo de 1518, en Valladolid, en la apertura de las Cortes de Castilla, y luego, a mediados de mayo, en las Cortes de Aragón que sesionaban en Zaragoza, el “visitante” llegado de Flandes recibió una fría acogida. Sus limitaciones lingüísticas lo perjudicaban. ¡Un rey español que no hablaba, o hablaba mal, el castellano! Era lamentable. Y para peor, conoció por fin a su hermano Fernando, tres años menor que él pero con la ventaja de haber nacido y haberse educado en España. Fernando era muy querido y era el más español de los dos. En cambio, Carlos era considerado flamenco. ¡Un pésimo comienzo! Sin embargo, a pesar de su popularidad, Fernando recibió la orden de abandonar España, y su partida fue definitiva. El pretexto que pusieron los consejeros de Carlos fue que había que perfeccionar la educación del príncipe, pero esto no engañó a nadie, porque, justamente, había recibido una educación muy esmerada… Nunca hay que olvidar que, al principio, el futuro Carlos V tuvo grandes dificultades para imponerse en España y hacer respetar su poder. No lo esperaban, no era el preferido, pero era el mayor, y por lo tanto, se sentía herido por la hostilidad que le mostraban. Estaba incómodo, pero no podía enfrentarse con su entorno. Por otra parte, el destino, cruel, separó a los dos hermanos que acababan de conocerse tras quince años de alejamiento.

Sin embargo, otra lucha, titánica, surgió al morir el abuelo de Carlos, el 12 de enero de 1519, a los sesenta años. Maximiliano siempre había trabajado para que su nieto lo sucediera a la cabeza del Sacro Imperio. Pero ya había un pretendiente, el rey de Francia, nimbado por su victoria en

Marignano. La "loca candidatura" de Francisco I no era tan absurda como se decía. Algunos altos personajes estaban preocupados por la hegemonía de los Habsburgo, que ya eran los amos de España y de los Países Bajos, sin hablar de Austria. ¿Un emperador Habsburgo? ¿Otra vez? ¡Sería demasiado! Este temor era una de las cartas de triunfo de Francisco I, pero tenía otras. La monarquía francesa, que parecía unida en torno a una idea nueva emitida por su soberano, el Estado-nación, era rica y sólida bajo la autoridad del elegante Valois. Francia podría servir de muro de contención contra el avance de los turcos, terror de la cristiandad. Los arzobispos de Tréveris y de Maguncia, príncipes electores, así como el margrave de Brandeburgo, ya se habían reunido con el rey francés para rogarle que intensificara el papel estratégico de Francia en el corazón de Europa. Desesperado, Maximiliano movilizó toda su energía para lograr que la Dieta de Augsburgo nombrara a Carlos rey de los romanos, pero el Papa se opuso. Después de Marignano, era lógico que Francisco I, soberano de un reino floreciente, cuya brillante estampa, pintada por Clouet, impresionaba a las multitudes, ansiara la corona imperial.

Tras la muerte de Maximiliano, la vacancia imperial fue inmediatamente objeto de negociaciones. En respuesta a la visita de algunos enviados alemanes hostiles a la candidatura Habsburgo, Francisco I les envió emisarios a los electores del otro lado del Rin, con bolsas llenas de oro (¡120.000 florines para el arzobispo de Maguncia!), para convencerlos. En febrero, el rey pudo contar con tres votos –comprados–, tal vez cuatro. Obligado a enfrentar esa campaña bien orquestada, Carlos se inició bruscamente en la acción política: al pretender ser el unificador de Europa, defendía la herencia de Carlomagno. Formado en la dura escuela del deber, hizo que se propagara el temor de que el rey de Francia, convertido en emperador, amenazaría con su absolutismo la independencia de las poblaciones germánicas. Y usó el arma de su adversario: el dinero. Se ha dicho a menudo que los banqueros Fugger apoyaron financieramente al Habsburgo, y es cierto. ¡Tenían interés en hacerlo! Los Fugger no fueron los únicos: algunos banqueros italianos, que no querían a los franceses, y financistas españoles, que creían en su destino, también le dieron importantes créditos al Habsburgo. Por su parte, Francisco I seguramente gastó más que Carlos, llevando su sentido de la fastuosidad incluso al complot. Sin embargo, se dijo que el borgoñón mandó entregarles 850.000 florines a los electores. Era una suma suficientemente grande como para comprar conciencias, por ejemplo, la del arzobispo de Maguncia, que vendió su voto... ¡seis veces! ¡Era una cuestión de precio! En definitiva, al Tesoro francés le resultaba difícil competir, porque Carlos recibía también los metales preciosos de América que garantizaban los préstamos. El argumento decisivo a favor de Carlos: era el descendiente de Maximiliano y, aunque la dignidad imperial era electiva y no hereditaria, se mostró como un mejor garante de las libertades alemanas que Francisco I.

La Dieta se reunió en Fráncfort el 18 de junio de 1519. La asamblea empezó por oír una misa, llamada del Espíritu Santo, ideal para iluminar las conciencias. Solo el arzobispo de Tréveris apoyaba todavía a Francisco I. Diez días más tarde, el 28 de junio, Carlos de Habsburgo fue elegido rey de los romanos y emperador. Francisco I se enteró del resultado en Poissy. Se dijo que sintió una "gran melancolía", le mandó sus felicitaciones al vencedor, a quien había subestimado. Saludos amargos, porque esa elección terminó por completar el cerco de los Habsburgo a Francia, y eso no podía hacer otra cosa que provocar la guerra. Entre esos dos hombres tan diferentes, hubo un duelo casi permanente y el enfrentamiento fue a menudo personal.

A los veinte años, al derrotar a Francisco I, se convirtió en el emperador Carlos V

La relación de fuerzas había cambiado considerablemente, porque el nuevo emperador poseía las dos terceras partes de Europa. Recordemos que en esa época, a nadie se le habría ocurrido pensar que un mismo soberano pudiera reinar sobre territorios que abarcaran el Franco Condado, Luxemburgo, la Bélgica y la Holanda actuales, el archiducado de Austria y diversas posesiones renanas: todo lo que había constituido la herencia de Carlos cuando tenía seis años. Eso ya era inmenso. Ahora había que agregar España, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, así como algunas colonias de América, ya que la expedición de Hernán Cortés acababa de salir de Cuba hacia Yucatán, México. Alejandro Magno parecía haber sido superado, pero en este caso no eran las conquistas las que estaban en la base de este inédito conjunto de territorios, sino los fallecimientos inesperados, las sucesiones, el azar y la fatalidad, esos actores permanentes pero imprevisibles de la historia. La inmensidad (miles de kilómetros, un mar, un océano) y la diversidad (de la meseta castellana a las montañas del Tirol, de la aridez sarda a las riberas renanas) de ese Imperio que incluía diversos reinos eran simplemente inimaginables. Inmenso, por lo tanto, frágil… Como dijo Pierre Chaunu, Carlos V estaba "sobrecargado de herencias".

En diciembre de 1519, en Valencia, aparecieron las primeras señales de un movimiento insurreccional antialemán: las *germanías*. Cuatro meses más tarde, Carlos V volvió a partir hacia España, confirmando el peso geográfico de sus herencias dispersas. Para conocer su patrimonio político, y hacerse conocer, ese hombre pasaría su vida a caballo, en carroza, en berlina, en barco. Si se agregan las campañas militares a esos viajes que se podrían definir como giras de inspección –raramente de placer–, se obtienen dos cifras sorprendentes: ¡en el transcurso de su vida, Carlos V viajó un día cada cuatro y durmió en por lo menos 3200 camas! En esa época de cortes itinerantes, batió todos los récords este borgoñón que debía

ser, al mismo tiempo y alternativamente, alemán, español, austríaco, siciliano, napolitano, flamenco…

Abril de 1520. En su calidad de rey de España, Carlos I desembarcó en el norte del país, en Santiago de Compostela, para presidir las Cortes de Castilla, que se habían desplazado especialmente desde Valladolid. Sus miembros debían prestarle juramento de lealtad al emperador, pero esta formalidad no tuvo aceptación. Además de la partida, forzada, del hermano de Carlos, que fue considerada como una decisión despreciativa e injusta, la nobleza española mostró que solo había admitido la monarquía unificada de Fernando e Isabel porque era la única manera de expulsar a los moros de la península ibérica. Después, a esos grandes personajes no les gustó que un extranjero subiera al trono de los Reyes Católicos, cuando ningún vínculo privilegiado lo unía a España. Algunos fueron incluso más lejos, recordando que, teóricamente, el joven soberano aún compartía el poder con su madre Juana la Loca, a quien le habían jurado fidelidad. Esta mención de una situación dolorosa y desesperante era terrible para Carlos, que había sido declarado rey hasta que su madre recobrara la salud. Juana, que solo era reina de nombre, seguía velando el cuerpo embalsamado de su esposo. Algunas voces llegaron a decir incluso que Carlos no era más que un regente, del que los castellanos podrían librarse en forma más o menos legítima: solo había que esperar una oportunidad… El 20 de mayo, Carlos V se embarcó en La Coruña, Galicia. ¿Cómo llegaría a sus Estados alemanes? Pasando por Inglaterra y los Países Bajos, porque Francisco I, aunque muy elegante y gentil, era ahora adversario del Habsburgo y no tenía ningún motivo para liberarle el acceso al reino de Francia.

Tras la partida de Carlos, en junio, las comunidades de Castilla se rebelaron, sobre una base evidentemente ilusoria: decían actuar por fidelidad hacia la reina Juana, a la que sacaron de su prisión haciéndole creer que el reino estaba a sus órdenes. En septiembre, la Junta Santa de Ávila organizó un levantamiento en nombre de la reina demente. Pero fue en vano. En realidad, después de su patética aparición y sus palabras incoherentes nadie podía invocar ya a la pobre Juana la Loca: volvieron a encerrarla, esta vez hasta su muerte. En el origen de la insurrección, hubo cierta torpeza de parte de los consejeros flamencos del rey, que cuestionaron los privilegios tradicionalmente reservados a las comunas urbanas y a algunas corporaciones de oficios. Toda Castilla estaba indignada y esa insurrección fue una de las más violentas de la historia española. Y para agregar aceite al fuego, algunos afirmaron que los fondos adjudicados por las Cortes estaban destinados, en realidad, a cubrir los gastos del regreso de Carlos a Alemania. ¡Un insulto intolerable! El resentimiento popular se dirigía sobre todo a Adriano de Utrecht, el ex preceptor de Carlos V, que lo había nombrado regente de Castilla.

Lejos de esa grave protesta, Carlos V llegó, tras un largo periplo, a Aix-la-Chapelle. El 22 de octubre de 1520, después de un sonoro *Te Deum*

laudamus, prestó juramento. Al día siguiente, ciñó la corona del Sacro Imperio. Un triunfo acompañado por ciertas reservas. En efecto, algunos electores quedaron decepcionados al ver que, en realidad, el emperador no tenía ninguna ascendencia germánica, había crecido en Gante y su idioma materno era el francés.

Este formidable advenimiento de un hombre de veinte años a la cabeza de la primera potencia de Occidente se situaba en un contexto geopolítico muy particular. Dos meses más tarde, Lutero se atrevió a quemar públicamente la bula papal que lo amenazaba con la excomunión: esto podía provocar la promulgación de un anatema contra él, es decir, la excomunión mayor pronunciada contra los herejes, inevitablemente seguida por una citación para dar explicaciones ante la Dieta. Una crisis en el seno de la Iglesia católica sería un gran problema para el nuevo emperador, porque podía provocar la división del Imperio.

Igualmente preocupante fue la cita que Francisco I le dio a Enrique VIII en el famoso Campo de la Tela de Oro, en territorio francés, cerca de Calais, a principios de junio. Los dos soberanos rivalizaron en fastuosidades, se observaron, se espiaron. Asistieron a desfiles, banquetes y diversos festejos, y se llamaban “querido hermano”. El rey de Inglaterra estaba acompañado por su esposa, Catalina de Aragón, tía de Carlos V. Este, cuya modestia era una religión, se sorprendió cuando le describieron la manera en que Enrique VIII y Francisco I habían tratado de deslumbrarse mutuamente. ¿Cuál sería el verdadero resultado de ese derroche de lujo? El emperador se preocupó: esa extravagante mundanidad ¿sería un pretexto para una alianza en su contra? Lo ignoraba. De una cosa estaba seguro: su dominación molestaba. Carlos V, que en ese momento se dirigía a Alemania, quiso saber más y se detuvo en Gravelinas, cerca de Dunkerque, para encontrarse con Enrique VIII, que regresaba a Inglaterra. La entrevista fue, al contrario de la del Campo de la Tela de Oro, sencilla y cordial, y tuvo lugar en una tienda de campaña. El emperador trató a su visitante con honor y le propuso una alianza, eventualmente un arbitraje, entre Francia y el Imperio. Los dos soberanos firmaron un tratado secreto y se comprometieron a volver a encontrarse. Es posible que el motivo de esa reunión fuera también el surgimiento de otro emperador, Solimán el Magnífico, jefe del inmenso mosaico otomano, que se extendía cada vez más: esto inquietaba a todo el mundo cristiano, menos a Francisco I, que incluso parecía divertirse con ello.

El emperador proscribió a Lutero en el Imperio

Los problemas religiosos nacidos de las ideas reformadoras de Martín Lutero se agravaron. El 28 de enero de 1521, Carlos V convocó al predicador para que se presentara ante la Dieta de Worms. La atmósfera era

pesada, porque la ambición imperial de establecer una monarquía cristiana universal y autoritaria no coincidía con las aspiraciones de los Estados alemanes. Lutero llegó a Worms “como quien marcha al suplicio”, dijo. Ya excomulgado por Roma, compareció los días 17 y 18 de abril. Decidió presentarse, sin vacilaciones, contra la opinión de sus angustiados partidarios: una multitud entusiasta lo aclamó. Algunos consejeros imperiales admiraban al humanista Erasmo, que había crecido en el ambiente espiritual de los Países Bajos. Este erudito es el autor de una *Educación del príncipe cristiano*, escrita para Carlos V en 1516. Los defensores de Lutero esperaban que, gracias a ese libro, el emperador podría prestar un oído atento, incluso benévolo, a la exposición de la doctrina luterana. Y admitir la urgente necesidad de una profunda reforma de la Iglesia. Pero muy pronto, esa esperanza se frustró.

El teólogo se mantuvo de pie, con su sayal de color marrón, y el emperador lo escuchó sentado en un dosel, rodeado de obispos. Era una escena medieval en la forma y moderna en el fondo. Obsesionado por el problema de la salvación del alma, Lutero mantuvo sus críticas a la Iglesia, tanto contra sus instituciones como contra su jerarquía. Como el acusado se negó a retractarse tras el plazo de veinticuatro horas otorgado por Carlos V, el 23 de mayo, el emperador lo proscribió mediante un bando imperial. El edicto, firmado en Worms, colocó a Carlos V y su autoridad frente a la perspectiva de un largo conflicto, pero no fue consciente de ello. Visto en forma retrospectiva, es evidente que el emperador, que tenía una concepción antigua de su función, no había medido la magnitud del fenómeno. No significa denigrar a Lutero recordar que sin el invento de la imprenta, sus tesis jamás habrían obtenido tal difusión en todos los Estados germánicos. Y la quema de sus escritos, según la orden del Edicto de Worms, fue ineficaz. Las planchas de sus textos permanecieron y las prensas podían funcionar clandestinamente: la Reforma, nacida en Alemania, se difundió con la mayor facilidad. El invento de Gutenberg serviría como amplificador de las ideas del teólogo y trastocaría el mundo germano. Ese monumental error de apreciación técnico del joven emperador tendría consecuencias incontrolables. Carlos V no lo previó, pues el día en que firmó el edicto, estaba muy afectado por el fallecimiento de su ex tutor, mentor y confidente, Guillermo de Croÿ… ¿Una señal del cielo? Quizá… Pero Carlos V, seguramente por remordimiento, le otorgó un salvoconducto al proscripto. Gracias a la hospitalidad del duque de Sajonia, Federico el Sabio, que mandó secuestrar al hereje Lutero para ponerlo bajo su protección, el condenado pudo trabajar en su traducción de la Biblia, que sería considerada la primera obra literaria en lengua alemana moderna. El emperador se dio cuenta demasiado tarde de su error. Este provocó una fractura que lo atemorizaría: el luteranismo dejó de ser una doctrina religiosa para convertirse en un movimiento y, sin ninguna duda, en una corriente política. Dividiría en forma definitiva a los alemanes.

Consciente de que no podría estar en todas partes al mismo tiempo, Carlos V le cedió el gobierno de sus cinco ducados austríacos (Alta y Baja Austria, Estiria, Carintia y Carniola) a su hermano Fernando: una compensación después de su humillante eliminación de España. Aprovechó para reactivar la famosa política matrimonial de los Habsburgo y seguir con las combinaciones elaboradas por su abuelo Maximiliano antes de morir: en Linz, a orillas del Danubio, Fernando se casó con Ana Jagellón, llamada Ana de Hungría, mientras que el hermano de esta, Luis II, se unió a María, la hermana menor del emperador. Estas dos alianzas colocaron a Hungría y Bohemia bajo el gobierno de los Habsburgo. Los territorios germánicos del Imperio, en sentido amplio, fueron confiados a Fernando, regente por derecho.

Esta delegación de poderes tenía un motivo: Carlos V, tan poco español, hizo de España la base de sus conflictos armados con Francia, cuya inminencia presentía. Pero debía reprimir en primer lugar la rebelión de los comuneros. El emperador-rey de España dejó que la aristocracia castellana comprendiera que ese combate, que al principio había apoyado, era inútil, y que sus intereses estaban del lado del soberano. De lo contrario, su país corría el riesgo de ser excluido de Europa, tanto en el plano político como en el cultural. Sin duda, la condena de Lutero había impresionado favorablemente a los castellanos: jamás habrían admitido que su rey apoyara a un hereje mientras España reivindicaba su catolicismo. El 21 de abril de 1521, los últimos insurgentes fueron definitivamente derrotados y sus jefes, ejecutados, al tiempo que las germanías sufrieron una serie de reveses. La primera guerra de Carlos V fue una guerra civil, en el país sobre el cual reinaba desde hacía seis años.

Francisco I desafió a Carlos V en sus fronteras y en Italia

Después de su legendaria victoria en Marignano, Francisco I quiso extender sus conquistas italianas: una manera de destruir el creciente poder del emperador, que le molestaba mucho más que el peligro otomano. Para Carlos V el borgoñón, era insoportable que el ducado de Borgoña estuviera en manos de Francia desde 1477. Tras su elección, el bisnieto de Carlos el Temerario había anunciado que haría valer sus derechos sobre esa tierra familiar. ¿Quién iniciaría las hostilidades? Fue Francisco I, a mediados de mayo. El rey de Francia atacó en diversos puntos algunas fronteras comunes al reino y al Imperio. En Navarra, los franceses triunfaron al principio, pero tuvieron la imprudencia de avanzar hasta Castilla, donde sufrieron una derrota general que los obligó a abandonar Navarra. La infantería española mostró su eficacia. En el norte de Francia, se produjo el mismo encadenamiento desastroso de hechos: los franceses obtuvieron

ventaja al ocupar Luxemburgo, pero luego perdieron un tiempo precioso, y Enrique de Nassau, teniente general de Carlos V, abrió una brecha en la frontera francesa y sitió Mézières que, a pesar de la valentía de Bayard, no pudo resistir mucho tiempo. En octubre, los dos ejércitos enemigos volvieron a encontrarse frente a frente, cerca de Valenciennes. Entre ellos, corría el Escalda. Se enfrentaban también los soberanos, por primera vez a distancia de arcabuz, listos para luchar con sus armaduras. Como en la elección imperial, Francisco I, atlético y brillante, cometió el error de subestimar a su adversario. Carlos V no era apuesto ni elegante. Con su boca abierta, tenía siempre una expresión de asombro. Carecía de experiencia. Pero su capacidad de trabajo y su inteligencia forzaban ya la admiración y el respeto: todos los españoles habían terminado por admitirlo, y esto era ya una hazaña.

Carlos V y Francisco I. Nunca dos adversarios europeos se vieron envueltos, como ellos, en semejante maraña de intereses. Sus problemas eran complementarios: al salir de su reino, el francés chocaba con las tierras del Habsburgo, mientras que el borgoñón solo podía llegar a sus tierras dispersas por mar, rodeando Francia. El Imperio mantenía al reino bajo su yugo, una amenaza insoportable para el francés. Este conflicto entre el Valois y el Habsburgo dio origen a un nuevo contencioso que, con el correr de los siglos, se haría franco-austríaco. Hay que señalar, sin embargo, que el agresor era Francisco I, ya que había intentado hacerse coronar emperador, mientras que a Carlos V nunca se le ocurrió tomar el lugar del rey de Francia. Todo los separaba, desde sus infancias hasta sus gustos, pero ambos participaron del espíritu del siglo y los impulsaba una inmensa ambición.

En vísperas del enfrentamiento, Francisco I tenía la ventaja del número: contaba con alrededor de 28.000 hombres y una poderosa artillería que parecía superior por su capacidad de fuego. El emperador solo disponía de 12.000 hombres y 4000 caballos. La persona de Carlos V era vulnerable. ¡Qué éxito sería para el rey si pudiera tomarlo prisionero! Pero en ese momento, siguiendo una tradición familiar, el Habsburgo carecía de fondos y, por lo tanto, pidió, siguiendo otra tradición, una tregua para tener tiempo de reunir el dinero que le faltaba. Con un centenar de jinetes, Carlos V abandonó su ejército y desapareció. Engañado por la bruma que le ocultaba las tropas imperiales, Francisco I perdió tiempo y una buena oportunidad para asestar un golpe decisivo.

El 24 de noviembre, el Habsburgo, que se había burlado del Valois, reforzó la presión sobre él firmando un tratado ofensivo con Enrique VIII y el papa León X. Para Carlos V, una alianza con ese Papa era coherente, ya que era él quien había condenado a Lutero. Y cuando murió, su sucesor en el Vaticano, elegido el 9 de enero, fue Adriano de Utrecht, el antiguo preceptor del joven Carlos, convertido en Adriano VI. ¡Otro fracaso de Francisco I!

En Italia, los asuntos militares de Francia tampoco prosperaron, debido a errores tácticos, brutalidades inútiles y, como circunstancia agravante, la falta de dinero: los suizos se quejaban de que no les habían pagado. La crueldad de los españoles no era menor: algunos destripaban a sus prisioneros muertos y los transformaban... ¡en comederos para sus caballos! Un triste invierno "de frío y vientos", decían los franceses, atascados en Milán, donde también debían enfrentar la hostilidad de la población. ¿Dónde había quedado el tiempo glorioso de las primeras guerras de Italia?

El 27 de abril de 1522, los franceses sitiaron Bicocca, una aldea cercana a Milán. Los capitanes de los mercenarios suizos les advirtieron a los oficiales de Francisco I que debían elegir: "Dinero, rescisión o batalla". Los franceses no tomaron en cuenta la amenaza y atacaron... sin pagarles a los suizos. El saldo fue catastrófico: dos mil muertos, y la pérdida del ducado de Milán y las ciudades de Lodi y Cremona. Los 400.000 escudos prometidos a los suizos y a los efectivos franceses se habían destinado a otros gastos más urgentes que los sueldos. Después de estas buenas noticias, Carlos V firmó, en Windsor, una alianza con Inglaterra contra Francisco I. De camino a España, el emperador se había detenido en Windsor, donde prometió regresar muy pronto. Al llegar a Valladolid, otorgó un perdón general a todos los insurrectos de las comunidades, campesinos, artesanos, burgueses, nobles y eclesiásticos. Esta clemencia fue muy apreciada. La diplomacia del emperador también obtuvo éxitos. Carlos V se transformó: con el objetivo de no parecer ya un extranjero en su reino del sudoeste europeo, se volvió cada vez más español.

Casi toda Europa estaba en contra del rey de Francia

Después de perder sus últimas posesiones en Milán y su prestigio, Francisco I perdió aún más cuando Venecia, tradicional aliada de Francia, se unió a la coalición formada por Carlos V y Enrique VIII. El reino estaba amenazado en sus fronteras, y sus enemigos ya se repartían sus despojos. Incluso el Papa, Adriano VI, que hasta esas derrotas, se había mantenido neutral, se unió, a su vez, a Carlos V, pero dada su antigua relación preceptor-alumno, esa decisión no era sorprendente. ¿Cuál fue entonces la actitud del rey al que se oponía casi toda la Europa dominada por un emperador-rey que le había sido presentado como nervioso y cerrado, y por lo tanto, débil y vulnerable? Francisco trató de alardear frente al gentilhombre ibérico: "Enfrentaré a toda Europa. No temo al emperador: no tiene dinero; ni al rey de Inglaterra: mi frontera de Picardía está bien fortificada; ni a los flamencos: sus tropas son malas. En cuanto a Italia, ¡es asunto mío y me encargaré en persona de ella!".

Lamentablemente, la fatalidad, que a veces interviene en los tiempos

difíciles, se hizo presente en ese momento bajo los rasgos del condestable de Borbón, primo del rey. Era un prestigioso soldado y, por el lado de su esposa, heredero de un inmenso territorio en el corazón de Francia, cuya extensión constituía una amenaza contra el reino en vías de unificación. Francisco I no lo apreciaba, a causa de su lujo ostentoso y sus pretensiones, pero se vio obligado a recompensarlo tras sus éxitos en Milán. Al ser nombrado virrey de esa región, se había creído un soberano, y por eso, perdió su título, sus pensiones y el mando del ejército. El condestable, humillado, alimentaba desde 1521 un fuerte rencor contra el ingrato monarca. Cuando murió la esposa de Carlos de Borbón, la madre de Francisco I, Luisa de Saboya, le disputó una parte de sus bienes. La herencia quedó embargada. Para el condestable, que seguía siendo gran oficial de la corona, se trataba de una denegación de justicia, fomentada por "las trampas del palacio". Ofendido, buscó aliados, sobre todo uno, poderoso, que no era otro que... ¡Carlos V! El 11 de julio de 1523, el condestable se encontró con emisarios del emperador y de Enrique VIII: ambos se disponían a invadir Francia, uno por el sur y el otro por el norte. El calculador Carlos V esperaba que esa espectacular defección provocara la de otros personajes importantes indignados por la expoliación, e incluso un levantamiento popular. Llegó a prometerle al traidor que le entregaría Provenza y Champaña, mientras que él, como se lo había jurado a sí mismo, recuperaría el ducado de Borgoña. Secretamente advertido, Francisco I, que preparaba una nueva campaña trasalpina, quiso verificar esa traición, que le parecía increíble. Fue a ver al condestable, que dijo estar enfermo –era falso–, y los dos hombres intercambiaron algunas palabras sobre el resultado del proceso en curso frente al Parlamento. Ambos mentían y desconfiaban uno del otro. Apenas partió el rey, el condestable huyó bajo un disfraz y se unió a los mercenarios alemanes en el Delfinado, mientras el rey lanzaba a sus soldados en persecución del traidor.

En el verano de 1523, Francia estaba en una situación catastrófica. La vanguardia inglesa se acercaba a Compiègne y París estaba en peligro. En la capital, se organizaron procesiones con la imagen de santa Genoveva, pero muchos parisinos prefirieron refugiarse en Orleans: eso traía recuerdos desagradables. En el sur, Carlos V en persona atacó Fuenterrabía, una ciudad vasca en la frontera franco-española. Solo un milagro podía salvar al reino de Francisco I, que estaba apostado en Lyon pero con pocos efectivos, porque el grueso de sus fuerzas se encontraba en Italia. El milagro se produjo: como los efectivos anglo-flamencos no habían recibido su paga, se negaron a avanzar y Carlos V debió quedarse en Bearne. ¿Y el condestable? Ascendido a teniente general de los ejércitos imperiales, presionó a su nuevo amo para que derrotara al rey de Francia ayudado por el rey de Inglaterra. Había que penetrar "en las entrañas del reino", repetía Carlos de Borbón. Pero una epidemia se abatió sobre los ingleses –volvió el fantasma de la peste– y en el otoño, un frío intenso congeló los pies de los

soldados. Los ingleses se retiraron. Después de esperar que pasara el invierno, Carlos de Borbón, que venía de Aix, decidió invadir Marsella para fortalecer su unión con los españoles. Fue un error, porque si bien el gobernador y la población admitían que el condestable había soportado graves humillaciones, estaban horrorizados por su traición. Se vio obligado a huir y volver a cruzar los Alpes. Gracias al impulso patriótico de los provenzales, Francia se salvó. Provisoriamente…

Después de Pavía, Francisco I quedó prisionero de Carlos V

Para Francisco I, el sueño italiano, exaltado por Marignano, se convirtió en una pesadilla cuando enfrentó al emperador en Pavía, severa ciudad lombarda que los romanos habían transformado en una fortaleza militar, y famosa por su espléndida cartuja inconclusa. Aquel 24 de febrero de 1525, Carlos V confiaba en su destino: era el día de su cumpleaños. Soñaba con la victoria. Pero nadie, ni siquiera él mismo, pudo imaginar lo que pasaría. Al amanecer, se disipó la neblina y apareció el suelo inundado por los brazos del Tesino crecido tras las lluvias torrenciales. Francisco I se había puesto una coraza muy pesada y exhibía una pluma blanca en su casco. Tenía confianza en sus catorce piezas de artillería y no temía a los germano-españoles. Pero la desgracia, consecuencia de una estrategia poco clara, casi inexistente, se abatió sobre los franceses, empezando por la muerte del fiel mariscal de La Palice, herido por un arcabuz a quemarropa. Por la creación de la palabra *lapalissade* –“perogrullada”, es decir, una “verdad” tan obvia que es ridículo decirla–, este personaje permaneció en la memoria de generaciones de escolares franceses, con los siguientes versos:

¡Ay! La Palice ha muerto.
Murió frente a Pavía.
Si no hubiera muerto
estaría aún con vida.

El rey, impaciente, no esperó que sus cañones dispararan todas sus salvas y se lanzó a la batalla. Creía estar en Marignano, pero ese brío fue catastrófico, porque la carga del rey obstaculizó a su artillería, que permaneció muda. Los refuerzos suizos, hundidos en las ciénagas, no pudieron intervenir. Rápidamente, el rey quedó rodeado por napolitanos y españoles. Hicieron sonar lo más fuerte posible el cuerno de batalla para llamar a los refuerzos. Pero nadie acudió en ayuda del monarca herido en una mano y en el rostro, a pesar de su yelmo. En la pelea, Francisco I reconoció al condestable. ¡Era demasiado! Y sin embargo, el Borbón avanzó y con un gesto inaudito trató de besar la mano de quien había sido su amo.

¡Un insulto! A pesar del rechazo del rey, el traidor logró su objetivo. Luego sucedió otra cosa que no puede dejar de sorprendernos: ¡el rey pidió algo para comer! ¿Era realmente el momento adecuado? ¡Sí! La caballería no perdía sus costumbres. A toda prisa, le sirvieron un plato típico regional, una *zuppa pavese*, un caldo con rodajas de pan y huevo crudo, espolvoreado con un exquisito queso parmesano. No cabe duda de que esa sopa, habitualmente deliciosa, tuvo el sabor amargo de una tremenda derrota.

La batalla, que duró una hora y había empezado como una escaramuza, terminó en tragedia, con una noticia increíble: ¡el rey era prisionero del emperador! Un regalo inimaginable para los veinticinco años de Carlos V. Francisco I se había comportado como un valiente: muerto su caballo por veinte disparos de arcabuz, se defendió a pie, mostrando una bravura excepcional y un gran vigor, solo contra veinte atacantes. Un león. Sus mejores camaradas habían muerto: se calculó entre 5000 y 8000 víctimas francesas, pero a ellas se agregaban alrededor de 15.000 prisioneros. ¿Qué le quedaba a Francisco? “De todas las cosas, solo me quedó el honor y la vida”, dijo, y confirmó más tarde, en una carta a su madre, este aspecto positivo de la catástrofe: “¡Todo se ha perdido, señora, menos el honor!”. Más crueles, los poetas no se privaron de escribir y distribuir algunos versos irónicos:

Él pensaba tomar España,
mas los españoles lo tomaron.
¡Ríndete, ríndete, rey de Francia!
¡Ríndete, porque a ti te tomaron!

Para Francia, se acabó el sueño italiano imaginado por Carlos VIII y continuado por Luis XII.

Cuando, el 3 de marzo, recibió la noticia de que su rival estaba en sus manos –se encontraba en España: los mensajeros habían batido un récord–, Carlos V, que se había dejado crecer la barba para atenuar su expresión atontada, quedó estupefacto. Lloraba de alegría, repitiendo: “¡El rey de Francia está en mi poder, gané la batalla!”.

El emperador agradeció al cielo, organizando una misa de acción de gracias y luego una procesión, que siguió a pie, vestido con una capa negra.

El vencedor reflexionó largamente y dio instrucciones para que su prisionero fuera tratado con consideración. En un primer momento, lo encerraron en el segundo piso de una fortaleza cerca de Cremona, detrás de unos muros de 3,25m, bajo la vigilancia de un partidario de Carlos V. Irónicamente, Francisco I había visitado esa ciudadela después de Marignano y se mostró impresionado por esa vigorosa construcción rodeada de agua. Su cautiverio italiano duró ochenta y un días: no fue demasiado duro, aunque las rondas lo vigilaban cada quince minutos. Tenía permiso para hacer ejercicios y solo comía pescado en un plato de

estaño. ¡Nada de *zuppa pavese*! Siempre vestía de negro y, curiosamente, le habían dejado una daga. ¿Tendría miedo? Le escribió una carta muy digna a su carcelero imperial, diciéndole que agradecía las condiciones clementes de su cautiverio, pues de ese modo era "para siempre un rey esclavo en vez de un prisionero inútil": una fórmula un poco enfática. Y firmó: "Su buen hermano y amigo". Estaban entre caballeros.

Pero ¿qué destino le aguardaba al rey que repetía sus errores? Se iniciaron negociaciones con la madre de Francisco I, Luisa de Saboya, porque él era viudo: su esposa, la reina Claudia, con la que tuvo siete hijos, había muerto un año antes. El emperador se tomó su tiempo para analizar todas las variantes posibles. Le sugirieron que recuperara solo la herencia borgoñona y le diera Provenza a monseñor de Borbón, que sería su soberano independiente. Por otra parte, Enrique VIII recobraría las antiguas posesiones inglesas: una fórmula vaga e inquietante. Después de varias semanas de reflexión, Carlos V decidió otorgarle al rey la tregua que le había pedido: un armisticio algo forzado, sin duda, pero que era habitual en esa época: "Me parece honesto no continuar la guerra mientras el rey esté en nuestras manos. Quedaría mal".

El emperador también había demorado su decisión porque estaba preocupado por un movimiento rebelde campesino, conocido en Alemania con el nombre de *Bundschuh*. Había surgido por causas económicas y sociales, pero favorecida por la predicación de las reformas religiosas de Lutero, la agitación llegó a Austria y se extendió hasta el Tirol. Aunque fuera de Austria la represión fue despiadada, en el archiducado los rebeldes obtuvieron algunas satisfacciones. A fines de abril, el emperador hizo conocer sus propuestas. Su prisionero las consideró inaceptables. Luisa de Saboya, regente con mano de hierro, insistió para obtener condiciones menos humillantes para su hijo. Carlos V se enfureció cuando le sugirieron someter el destino del ducado de Borgoña al veredicto de un tribunal arbitral. ¡Borgoña era suya! Y cuando un jurista le hizo ver que el duque de Borgoña era obligatoriamente un vasallo del rey de Francia, el emperador palideció de rabia. Todos esperaban que, desde España, diera la orden de invadir Francia, pero como las arcas imperiales estaban vacías, decidió continuar la "tregua". Venecia se impacientaba, el papa Clemente VII, hijo natural de Juliano de Médicis y sobrino de Lorenzo el Magnífico, quería acercarse al rey de Francia y los napolitanos trataban a los españoles de bárbaros.

Francisco I estaba enfermo y Carlos V le prometió la libertad si se curaba

Curiosamente, Carlos V no sentía el menor deseo de ver a Francisco I. Le bastaba tenerlo a su merced. Es posible que experimentara un complejo

frente a ese prisionero poco común que gozaba de un sorprendente prestigio y se permitía discutir lo que querían imponerle. De modo que no fue el vencedor quien tuvo la idea de trasladar al vencido a España, sino tal vez el arrogante condestable de Borbón, que había recuperado, escandalosamente, su título de virrey de Milán. Embarcado en Génova, el rey desembarcó el 19 de junio en Barcelona. Ante la irritación de Carlos V, que no había sido prevenido de ello, Francisco I fue recibido como un soberano: lo aclamaron, lo festejaron ¡y hasta lo invitaron a participar de una caza! Finalmente, tras esa sorprendente acogida, llevaron al rey a Madrid, al torreón del Alcázar. Permaneció allí más de seis meses, en un pequeño cuarto. El rey de España ya no tenía los modales de un gentilhombre y pretendía doblegar al francés imponiéndole una reclusión severa. El método fue eficaz, ya que el Valois, privado de aire y de ejercicio, estaba deprimido, muy debilitado y abatido por la fiebre. En el verano, su estado era lamentable. Carlos V, satisfecho ya por humillar a su prisionero y bajar su soberbia, le envió a sus médicos. Si Francisco I moría por causa de sus malos tratos, Francia podía conmoverse y, tal vez, reaccionar. Por otra parte, la regente Luisa, muy hábilmente, difundió las vergonzosas condiciones a las que habían sometido a su hijo y esto provocó una ola de patriotismo. Al mismo tiempo, la madre del rey se acercó a Enrique VIII, quien se mostró muy decepcionado por la actitud del emperador después de Pavía y realizó una alianza defensiva con Francia, mediante el pago anual de una fuerte suma por parte del ministro de finanzas de Luisa de Saboya. ¿Con qué dinero? Lo veremos más adelante.

Al enterarse de que Francisco I, con la cabeza hinchada por un absceso, estaba casi moribundo y le rogaba que fuera a Madrid, Carlos V se decidió finalmente a visitar al detenido. Se había propuesto no hacerlo antes de la firma de un tratado, pero el estado del rey se agravaba día tras día. El emperador dejó Toledo, que era en ese momento su principal residencia en España y una de las primeras ciudades que había apoyado la rebelión de los comuneros. En el camino, lo abordaron varios mensajeros: el rey francés parecía estar muy mal. Carlos V espoleó su caballo y entró al cuarto sin quitarse las botas. Francisco I estaba demasiado débil para levantarse. Tendió sus brazos y los dos hombres se abrazaron unos instantes. ¡Dos hermanos! La conversación fue muy breve: el emperador le dijo algunas palabras tranquilizadoras, en francés, a ese hombre que persistía en querer ser su esclavo, le deseó que se recuperara y, con cierta imprudencia, le prometió la libertad si se curaba.

Carlos V regresó al día siguiente. El estado de Francisco I se había agravado. El emperador le repitió sus amables palabras. ¿Pensaba liberar realmente al derrotado de Pavía? Anunciaron la llegada de la hermana del rey, la duquesa de Alenzón, viuda. Margarita estaba toda vestida de blanco, el color de duelo para los Valois. Después de darle un beso en la mejilla, el emperador la llevó a la habitación de su hermano. Margarita, que no había

visto a Francisco desde hacía un año, estalló en lágrimas. Mandó erigir un altar y celebrar una misa. Ante el asombro de los médicos, el absceso se abrió, dejando salir el pus y bajó la fiebre: el enfermo mejoró mucho. Fina e inteligente, la pelirroja duquesa viajó a Toledo para ver al emperador y recordarle su promesa de liberación si el rey se curaba. ¿Pensó que su encanto enternecería al amo del mundo occidental? Insistió, pero, en sus sucesivas visitas, encontró únicamente gentileza, consideración, “ceremonia”, es decir, nada. Margarita descubrió la firmeza de Carlos V, siempre empeñado en recuperar “su” ducado de Borgoña. El emperador ni siquiera cedió ante los tres millones que le mandó ofrecer Francisco I. Su herencia no estaba a la venta. El emperador era obstinado y se mostraba “tan ciego en su avidez, tan tranquilo en su inmoderación, que creía ser generoso al no reclamar más”. Carlos V conocía el valor de su rehén. Pero ¿le servía mantenerlo en prisión? Además, la agitación de los luteranos se incrementaba en Alemania, Enrique VIII apoyaba a Francia, donde los soldados que no cobraban su sueldo se habían convertido en bandidos y los turcos de Solimán remontaban el Danubio. Después de haber pensado en abdicar –aunque esto habría impedido su liberación–, el rey de Francia se resignó finalmente a negociar. Debía ceder, al menos en apariencia. El 14 de enero de 1526, se firmó el Tratado de Madrid elaborado en diciembre y redactado en francés. Carlos V había tomado todas sus precauciones: liberó al rey contra la cesión para él mismo de Flandes, Artois, Nápoles y, por supuesto, Borgoña. Además, Francisco I se comprometió a hacer que los parlamentos del reino ratificaran ese acuerdo: de lo contrario, sería nuevamente encarcelado. Mientras tanto, como garantía, sus dos hijos tomarían su lugar en la prisión. ¡Dos niños, Francisco y Enrique, dos príncipes de ocho y siete años, tomados como rehenes! El 17 de marzo, a las siete de la mañana, cruzaron la frontera española por el Bidasoa sobre un pontón. ¿Era esa una costumbre caballeresca? Fue una terrible humillación, una vergüenza, para quien se jactaba de no haber perdido nunca su honor, pero el emperador sabía que el Valois no cumpliría su compromiso y organizaría alguna acción en su contra, porque se había roto la tregua y, en vísperas de la firma, Francisco I les había dicho a sus consejeros que, al ceder a la presión, ese tratado sería nulo.

El Tratado de Madrid obligaría al rey a casarse con la hermana del emperador

Ese concurso de hipocresía era una verdadera obra maestra. Al volver a la tradición de los matrimonios, el soberano Habsburgo mostró originalidad: le propuso a Francisco I, viudo, pero que siempre había tenido amantes, incluso en su cautiverio, que se casara con su propia hermana mayor, Leonor de Habsburgo, viuda del rey Manuel de Portugal desde hacía

cinco años. ¡Era una partida de ajedrez! Los dos enemigos, el vencedor y el vencido, serían... ¡cuñados! Al principio, para volver a casar a su hermana de veintisiete años, Carlos V había pensado en el condestable de Borbón, que estaba fascinado por la idea de ser, él, el traidor, cuñado del emperador. Pero Leonora no quiso casarse con un hombre a quien toda la nobleza rechazaba por su traición. Y además, Francisco I era muy atractivo, con sus treinta y dos años, su gran estatura y su encanto. ¿Y qué pensaba de todo esto el rey de Francia? Algunos españoles le habían ponderado la belleza de Leonora, nacida en Lovaina. El francés no podía criticarle su figura más bien baja y gruesa ni su boca pequeña y carnosa, porque no estaba en condiciones de rechazar ese matrimonio: era una de las cláusulas del Tratado de Madrid. Para alegrar el encuentro entre los futuros esposos, Carlos V le pidió a su hermana que bailara. El rey se mostró galante, pero no se sabe si fue sincero: ¡también en eso estaba bajo vigilancia! Leonor de Habsburgo, futura reina de Francia, emprendería viaje cuando se ratificara el tratado. En cuanto al emperador, que sin duda disfrutaba de su maniobra, estaba decididamente de un humor nupcial, ya que partió hacia Sevilla para casarse allí, el 7 de abril, con la bonita princesa Isabel de Portugal, hija del rey Manuel. Esas dos alianzas reforzarían el prestigio ibérico.

Francisco I no honró la firma que había estampado al pie del Tratado de Madrid. El 22 de mayo de 1526, en el castillo de Cognac, donde había nacido, hizo una alianza con los Estados italianos, el papado y Enrique VIII, cuyo objetivo, apenas dirigido contra Carlos V, era "poner fin a las guerras que devastaban a la cristiandad". Con gran audacia, esa liga le pidió a Carlos V que se integrara a ella después de evacuar Milán y Lombardía, liberar a los hijos del rey mediante el pago de un rescate y renunciar, definitivamente, al ducado de Borgoña. De modo que Carlos V estaba en lo cierto: se reiniciaban las hostilidades. Esto era grave, sobre todo porque la Europa cristiana debía organizarse para enfrentar al peligro turco. En efecto, Luis II de Hungría, cuñado de Carlos V, había sido abatido por el ejército de Solimán el Magnífico en la batalla de Mohacs, sobre el Danubio. Los otomanos siguieron avanzando y tomaron Budapest. ¿Se atreverían a seguir y atacar Viena? El emperador le pidió a su hermano Fernando que aceptara las coronas reales de Hungría y de Bohemia, consolidando así la unidad austríaca mediante una unión dinástica. Para Carlos V, Francisco I, su futuro ex cuñado, no era más que un renegado. Le prohibió a su hermana Leonor cruzar la frontera. Temía que ese francés perjuro la tomara como rehén. Con un sentido teatral de la revancha, el Habsburgo eligió, para comandar sus tropas en Italia, al más violento y encarnizado de sus partidarios, es decir, al condestable de Borbón, que se animó a hacerle ver que su antiguo amo era muy deshonesto. En Alemania, el emperador recurrió a sus últimas reservas para reclutar mercenarios y los capitanes que los dirigirían. En ese mismo momento, Francisco I firmó una "paz

perpetua" con Enrique VIII, que era, de hecho, una alianza contra Carlos V. Italia volvió a convertirse en el campo de batalla favorito de Francisco I, sin duda para borrar la vergüenza de Pavía.

Al principio, las operaciones parecieron favorables a los franceses, pero luego, como de costumbre, estos perdieron tiempo. El 20 de noviembre de 1526, uno de los grandes oficiales reclutados por el emperador, Georg von Frundsberg, se unió a Carlos de Borbón. Entonces, el papa Clemente VII vaciló: su alianza con Francisco quizá no fuera la mejor opción. Su Santidad pidió una tregua, que se firmó en marzo de 1527 con un Carlos V que, según un famoso cuadro de Vasari conservado en Florencia, llevaba una barba cada vez más nutrida. Fue un brillante resultado de la estrategia imperial, ya que, en seis meses, recuperó la ventaja militar y sus tropas tomaron Italia. Pero el emperador no tenía autoridad sobre el condestable. Roma, capital del mundo católico, fue víctima de un terrible saqueo por parte de los mercenarios del condestable, que, por si fuera poco, tomó prisioneros al Papa y sus cardenales, y los encerró en el Castel Sant'Angelo. El propio Borbón murió en los combates. El saqueo de Roma escandalizó a toda Europa, y Carlos V fue considerado como su verdadero responsable.

El saqueo de Roma por los imperiales desagradó a toda Europa

Su fiel Alarcón, que había sido el carcelero de Francisco I, le escribió a Carlos V: "Las piedras de la cristiandad se levantan contra Su Majestad", piedras rápidamente transformadas en ruinas por hordas que no recibían sus salarios, y carecían de ropa y alimentos. Esos hombres desenfrenados saquearon, violaron, quemaron y, convencidos por las ideas luteranas, devastaron las iglesias y sus tesoros. El saqueo de Roma llegó a tal grado de horror que Francisco I y Enrique VIII unieron sus fuerzas para enviar tropas, que llegaron al cabo de un mes.

Los soldados de Carlos V, diezmados por la peste y extenuados por sus crímenes, lo obligaron a considerar la disminución del rescate establecido para liberar al Papa, ¡que había huido disfrazado de campesino! Francisco I pensó obtener su revancha y exigió la liberación de sus hijos. Pero como el rey y el emperador no se tenían ninguna confianza, este se negó. Una vez más, las armas resolvieron su antagonismo visceral. La escena que se desarrolló en Burgos el 22 de enero de 1528 parecía pertenecer a la Edad Media y no al Renacimiento. Rodeado por los personajes más importantes de la corte de España, Carlos V, sentado en su trono, recibió a los enviados de Francisco I y de Enrique VIII. El acto más imperdonable que le reprocharon fue la detención del Papa. Después de las tres reverencias de rigor, se produjo un violento intercambio de palabras, hasta el punto de que se pensó en organizar un duelo entre el rey de Francia y el emperador, que

finalmente no se hizo. Carlos V se negó a liberar a los príncipes de Francia, diciendo, con altivez y desprecio: “¡Los mantendré de tal forma que nunca los devolveré por la fuerza! ¡No estoy acostumbrado a que me obliguen a hacer las cosas!”.

Y mandó encerrar a los dos heraldos encargados de esa negociación imposible, aunque había garantizado su libertad. La cólera imperial se debía a la negativa de Francisco I a constituirse prisionero en España. Pero también le reprochaba otras cosas al rey: además del secuestro del “representante de Dios en la Tierra”, su culpa residía en no haber “luchado ni contra los turcos, ni contra la herejía de las nuevas sectas que pululaban en medio de la cristiandad”. En esto había algo de verdad.

En la primavera, los ejércitos volvieron a enfrentarse en Italia, con el único resultado de agotar todos los recursos de los beligerantes, aunque, en definitiva, Carlos V ganó y convirtió al Papa en su vasallo.

¿Quién podría detener esa ola de injurias y esas masacres? Hay que saber terminar una guerra. ¿Quién podría hacerlo?

Finalmente, se firmó la paz, gracias a dos mujeres poderosas

Luisa de Saboya, la madre de Francisco I, regente de mano dura, no dejaba de lamentarse por el injusto martirio de sus dos nietos, que seguían prisioneros en Madrid. Tomó la iniciativa de conseguir una paz en nombre de su hijo demasiado impetuoso y acudió a Margarita de Austria, la prudente tía de Carlos V, gobernadora de los Países Bajos en Malinas. La idea de esa reunión era original y muy audaz para la época. Al cabo de diversos preparativos, las dos mujeres se encontraron en Cambrai, el 5 de julio de 1529. Sus dos séquitos eran numerosos. Una se instaló en la residencia Saint-Pol y la otra en la abadía Saint-Aubert. En varias oportunidades, las negociaciones entre ambas mujeres estuvieron a punto de romperse, porque el sobrino de Margarita, aunque al principio había aceptado ese encuentro, no quería renunciar a ninguna de sus pretensiones. Quería “su” ducado de Borgoña, como Francisco I quería “su” ducado de Milán. Las dos damas eran tan inteligentes como obstinadas: finalmente, después de tres semanas de ásperas discusiones, y cuando Luisa estaba al borde de sus fuerzas, se firmó “la Paz de las Damas” en la Catedral de Cambrai y se celebró una misa solemne. Ambas mujeres, pálidas en sus vestidos de terciopelo negro, juraron sobre el Evangelio respetar la paz. *Su* paz. El Tratado de Madrid fue reformado. Francisco I renunció a Flandes, Artois e Italia, y esto lo desesperaba. Fue el verdadero precio del desastre de Pavía. Carlos V abandonó el ducado de Borgoña que le atribuía el primer tratado, y esto lo hirió para siempre. Los hijos de Francisco I fueron liberados mediante un rescate de dos millones de escudos de oro, más

quinientos mil escudos que le pagaría personalmente el emperador al rey de Inglaterra, a expensas de un Tesoro francés ya casi vacío. Fue la factura final de las ruinosas guerras de Italia. Y Francisco I debería casarse con Leonor, una novia que esperaba desde hacía cuatro años.

Esa paz, impulsada por dos mujeres enérgicas y sensatas, llegó a tiempo. Porque Europa tenía otro tema de preocupación con la llegada de Solimán el Magnífico, que, el 27 de septiembre, al frente de un ejército de 120.000 hombres, puso sitio a Viena. Viena era el bastión oriental del Imperio de Carlos V. Los otomanos, calificados como "opresores y ávidos de tributos", sembraban el miedo con sus extrañas armaduras, sus cascos ligeros adornados con un penacho y sus sables largos y curvos. Ya habían expulsado de Rodas a los caballeros de San Juan de Jerusalén, que debieron refugiarse en Malta. Pero al cabo de dieciocho días, Solimán, que no pudo tomar Viena, se retiró. Dieciocho días era poco tiempo, pero también era mucho si se piensa en la angustia de los aterrorizados vieneses. El fracaso otomano alivió a Carlos V (felicitó a su hermano Fernando), que empezó a padecer ataques de gota, y desde ese momento, sufriría al menos uno por año.

Pero en el fondo, él había vencido en ese interminable contencioso con Francia. Solo le faltaba su coronación, un privilegio que le había sido negado a su abuelo Maximiliano. Clemente VII, que había cambiado a menudo de bando, respetó su compromiso, aunque se sentía humillado. Pero era imposible realizar la ceremonia en Roma, que aún no se había repuesto del saqueo imperial. Roma, la ciudad que el emperador quería defender, había sido devastada por sus propias tropas. No poder ser consagrado allí era una ironía del destino y una frustración para quien pretendía ser, entre otras cosas, rey de los romanos. Por eso, el 22 de febrero de 1530, vestido de gala, Carlos V se dirigió a Bolonia, en el extremo sur de la llanura del Po, que pertenecía al papado desde Julio II (y fue así hasta la llegada de Bonaparte). La ciudad estaba suntuosamente decorada. El Papa colocó la corona de hierro de los reyes lombardos sobre la cabeza del emperador. Dos días más tarde, en un ritual magnífico e impresionante, Carlos V ciñó la corona de oro del Sacro Imperio Romano Germánico, bajo el baldaquín del altar mayor de la basílica de San Petronio. En ese mismo momento, en Florencia, algunos pintores cáusticos representaron al Santo Padre, el último papa Médicis, subiendo los peldaños de un cadalso bajo la mirada divertida de Carlos V.

Ese 24 de febrero fue memorable, porque marcó el apogeo del reinado y un punto culminante en la historia de los Habsburgo. El emperador retomó el antiguo sueño de Carlomagno y de los Hohenstaufen. La cristiandad aceptó como defensor y amo indiscutible a Carlos V, que tomó conciencia de sus enormes responsabilidades. Debía mantener la paz en Europa y detener a los infieles, una tarea a la medida de su Imperio…

Fue a conocer a Tiziano a su taller y, en un gesto que se hizo famoso,

recogió el pincel del pintor que se había caído al piso, mostrando así la superioridad del artista sobre el político. El Renacimiento triunfaría, aun cuando en el retrato que le hizo más tarde, Tiziano destacó el mentón alargado del soberano a pesar de su barba. En general, los pintores nunca halagaron al emperador.

Después de su coronación, Carlos V se preocupó por la importancia de la Reforma

El 20 de junio, el emperador, preocupado por los disturbios religiosos en la parte alemana del Imperio, convocó a una Dieta en Augsburgo. La ciudad le debía mucho a la familia de los banqueros Fugger y Carlos V les debía mucho a los Fugger: una deuda estimada en cuatro millones de ducados y que, según se dijo, nunca pagó. Por otra parte, en una oportunidad, Jakob Fugger, llamado el Rico, le enrostró a su ilustre deudor: “Es sabido que, sin mi ayuda, Su Majestad no habría obtenido la corona del Sacro Imperio Romano Germánico”.

Aunque en sus reinos nunca se ponía el sol, Carlos V vivía a crédito. Los sustanciales préstamos otorgados a la Casa de Habsburgo les permitieron a los Fugger controlar los ingresos de las minas de plata del Tirol y de las minas de cobre de Hungría.

El emperador convocó a Augsburgo a todos los príncipes, prelados y magistrados para reflexionar con ellos sobre los problemas espirituales, y por lo tanto, políticos, planteados por el éxito de las tesis luteranas. El teólogo Melanchthon, durante mucho tiempo principal discípulo de Lutero, le presentó al soberano un texto, deliberadamente moderado, que exponía los nuevos dogmas de una manera aceptable para los católicos. Siete príncipes y dos ciudades imperiales firmaron la Confesión de Augsburgo. Esta fue analizada minuciosamente durante seis semanas y luego rechazada: Lutero le prohibió a su autor que volviera a hacer concesiones. La Dieta no logró unanimidad sobre esos temas sensibles. Los reformadores ganaron mayores audiencias y difundieron aún más, con algunas variantes, los fundamentos de la fe luterana. Los católicos, por su parte, presentaron al monje Lutero como un hombre licencioso, pues se había casado, en 1525, con una ex religiosa, Catalina de Bora, con la que tuvo seis hijos. Ese “matrimonio de herejes” fue acusado de pasar la vida sentado a la mesa contando chistes groseros. En realidad, Lutero, muy apegado a su esposa, recibía a todos los pobres que le pedían ayuda y trabajaba enormemente. El drama de la Reforma fue que planteó al principio una guerra de propagandas a través de escritos que tenían, a priori, la fuerza de la verdad. Para ganar tiempo, el Papa prometió organizar un concilio.

El 1° de julio, Francisco I se encontró por fin con sus dos hijos sobre el pontón del Bidasoa. ¡Eso le costó cuatro toneladas de oro! Los príncipes

habían pasado cuatro años encerrados entre los gruesos muros de un viejo palacio de Castilla, en una habitación desnuda apenas iluminada por una alta ventana con barrotes de hierro. Eso los marcó para siempre: el más joven era el futuro rey Enrique II. Tampoco su padre olvidaría nunca esa afrenta. Seis días más tarde, se casó con Leonor. Ella fue la prenda de reconciliación entre el Valois y el Habsburgo. ¿Significó realmente la paz? ¿O fue, una vez más, una especie de tregua? Quizá se tratara de esto último. Porque la muerte de su tía Margarita de Austria, ocurrida poco después, privó a Carlos V de su consejera más sagaz y valiente, y sobre todo, poco belicosa... Y un año más tarde, Luisa de Saboya expiró en los brazos de su hija, sin haber vuelto a ver a su hijo, su "sol": ella lo conocía muy bien y lo había salvado de diversos peligros. Francisco I ordenó exequias reales para su madre y su inhumación en Saint-Denis. Sin esas dos mujeres de notable talento político, poco valía la paz que ninguno de los dos hombres, ahora cuñados pero siempre cegados por la ambición, había sido capaz de conseguir.

Para molestar a Carlos V, Francisco I apoyó a los protestantes

A instancias de su imperial hermano, María de Hungría reemplazó a su tía Margarita de Austria en el gobierno de los Países Bajos. El 5 de enero de 1531, por pedido de Carlos V, su hermano Fernando fue elegido rey de los romanos, convirtiéndose así en su eventual sucesor al trono imperial. Y en España, la esposa de Carlos V, Isabel de Portugal, se encargaba de la regencia cuando el emperador estaba ausente. La voluntad de legar su colosal Imperio y el temor de una interrupción dinástica eran una constante en los Habsburgo.

Mientras en Inglaterra, Enrique VIII, divorciado de Catalina de Aragón y excomulgado, se erigía en jefe de la Iglesia anglicana, en Alemania oriental estallaba una revuelta religiosa. Conocida con el nombre de Liga de Esmalcalda, reunió a príncipes (de Hesse y de Sajonia) y ciudades protestantes que se oponían al emperador y defendían las tesis luteranas. Esta liga quería reformar la Iglesia convocando un concilio "libre y cristiano". Carlos V, furioso, exigió la aplicación del Edicto de Worms y la restitución de los bienes eclesiásticos. La represión imperial fue dura.

Como el emperador estaba en dificultades, Francisco I se presentó como defensor de la liga y protector de los pequeños Estados alemanes. El rey de Francia no temía la contradicción, porque él era, por naturaleza, hostil a todo fanatismo: se había resistido a castigar a los luteranos, diciendo que la verdadera Iglesia estaba en el interior de los seres humanos. En una procesión en París, se vio a Francisco I y a la reina Leonor, ambos vestidos de negro en señal de expiación, a caballo, siguiendo las reliquias de santa

Genoveva. Una hora más tarde, seis herejes eran quemados en la hoguera. Y el soberano había prometido públicamente que extirparía "la podredumbre luterana".

El rey tenía en ese momento una gran oportunidad para molestar a Carlos V (¡su querido cuñado!). Se dedicó a una actividad diplomática intensa y dañina, y le encargó al cardenal Jean Du Bellay, obispo de París, la misión de asegurarles a los príncipes alemanes que contaban con el apoyo francés. Esto era, por supuesto, una provocación, que escandalizó a los católicos. Señalemos que Carlos V y Francisco I tenían, entre otros puntos en común, el de haber incomodado a la cristiandad que debían, en principio, defender: el primero, con el imperdonable saqueo de Roma, y el segundo, al aliarse a los protestantes alemanes mientras ejercía represalias contra los luteranos franceses, antes de firmar, el 16 de julio de 1535, un edicto de amnistía en su favor. Esas actitudes contradictorias tenían una motivación fundamentalmente política: el emperador quería castigar a un Papa vacilante, y el rey quería debilitar a un emperador insaciable. A los contemporáneos les chocaba la incoherencia de esas posiciones. Podríamos añadir que si bien la cristiandad empezaba a sufrir el mayor cisma de su historia, también podía recuperar su unidad frente al peligro musulmán. En 1532, una nueva expedición otomana amenazó a Viena. Aunque los príncipes alemanes habían elegido la fe luterana, hicieron saber que estaban dispuestos a formar un gran ejército para defender la ciudad. Por temor a esa unión reconstituida, los turcos se retiraron, volviendo a cruzar el Danubio, sin que Carlos V y su hermano Fernando hubieran tenido que librar una sola batalla. El miedo de unos había servido como diplomacia de los otros. Nunca había sido tan poderoso el emperador, y su fuerza se reflejaba en su rostro autoritario. En abril, al inaugurarse la Dieta, que esta vez sesionó en Ratisbona, los testigos observaron el "rostro serio y viril de un César, una barba del color del oro fino, cabellos ligeramente rizados, cortados en forma circular, como los de los antiguos emperadores", como señala el historiador Henry Bogdan.

Carlos V reaccionó frente al maltrato a los indios

Después de restablecerse la calma, momentáneamente, en los Estados germánicos, con una tregua firmada en Núremberg, Carlos V regresó a España. En 1533, estaba en Cataluña, y valoraba cada vez más la estabilidad y la paz españolas, ya que la crisis religiosa no había atravesado los Pirineos. Pero existían otros motivos. España recibió los principales galeones cargados de oro y plata llegados de América, aunque también desembarcaban en Amberes. Esos recursos no servían para estimular la economía española, porque eran absorbidos por los enormes gastos militares. En América, pareció lógico bautizar un territorio como Nueva

España (México), cuyo emperador nombró gobernador al conquistador Hernán Cortés, en 1522. Y en Perú, Francisco Pizarro y sus tres hermanos, que llegaron en tres barcos, se convirtieron en amos del Imperio inca. Mientras el emperador era permanentemente molestado y atacado, y se veía obligado a intervenir o luchar, arruinándose, en el nordeste de su Imperio europeo, este crecía considerablemente, sin ningún esfuerzo especial de su parte, del otro lado del océano. El sufrimiento perseguía tanto a sus enviados como a las poblaciones que ellos encontraban y a menudo masacraban, como en la "Noche Triste", con el asesinato del emperador azteca Moctezuma. Esa conquista de la América hispana volvió a poner de moda la tradición medieval de las cruzadas. La pequeña nobleza (hidalguía) encontró allí una vocación. En el comienzo de esa epopeya, entre los religiosos que acompañaron a los conquistadores, fueron muchos los que, al regresar, se manifestaron indignados por la forma en que habían visto tratar a las poblaciones indígenas. El sistema de trabajo llamado *encomienda* les permitía a los colonizadores explotar, en su propio beneficio, el trabajo de los indios. En España, como en la Iglesia, se enfrentaban dos concepciones. Para unos, la servidumbre y la conversión forzadas de seres humanos considerados como salvajes o inferiores, no constituían, en sí mismas, actos moralmente reprochables. Para otros, como los indios eran súbditos de la corona de España, tenían derecho a la protección y a un trato decente. Entre estos, el sacerdote dominico Bartolomé de Las Casas, un sevillano, luchó contra la injusticia y por una colonización más humana. En 1519, cuando accedía a la dignidad imperial, Carlos V había oído, frente a las Cortes, el instructivo y valiente discurso de De Las Casas. El emperador-rey se convenció de que debían crearse "aldeas de indios libres", en las que los colonizadores y los indígenas vivieran pacíficamente, con el objetivo de fundar una nueva civilización. Pero ese proyecto fracasó y De Las Casas, desalentado, renunció a la actividad pública, sin dejar de denunciar la codicia y la brutalidad de los españoles, y de anunciar el inevitable fracaso del dominio hispánico en el Nuevo Mundo. España también estaba agitada. El soberano universal no tenía respiro. En todos sus lugares de residencia estaba permanentemente amenazado en varios frentes: la inmensidad de sus dominios era una debilidad. Cada parte de su Imperio planteaba dificultades, exigía soluciones y, por lo tanto, incesantes viajes. Sin embargo, Carlos V tenía una preferencia por su reino español, al que se sentía cada vez más apegado. Aunque nunca lo dotó de una capital permanente, le encargó al brillante arquitecto Alonso de Covarrubias que transformara a Toledo en una ciudad de majestad casi imperial. Luego, en Granada, en 1528, el palacio del emperador fue una de las primeras construcciones españolas concebidas en el estilo del Renacimiento italiano.

Por causa de Francisco I, el emperador debió

atacar la flota otomana

En 1534, Carlos V estaba en Castilla. Las noticias que recibió del Mediterráneo eran inquietantes. Un jefe pirata cristiano, convertido al islam con el nombre de Jeireddín, apodado Barbarroja por los occidentales de la época, amenazaba las costas españolas. Provenía de una familia de marinos de la isla de Lesbos, se había instalado en Yerba, Túnez, fue nombrado gran almirante de la flota de Solimán y la reorganizó. En 1518, esos berberiscos se habían reconocido vasallos de los turcos, que, aunque habían sido expulsados del valle del Danubio, seguían siendo amenazantes. Hasta ese momento, Carlos V no había librado ninguna batalla marítima fuera de Europa. Le faltaba esa experiencia. Ahora tomaría el mando de sus tropas. En el mayor secreto, el emperador preparó una expedición a Túnez. ¿Era indispensable? Sí, porque su querido cuñado Francisco I, incorregible pendenciero que no cumplía su palabra, no había admitido realmente la paz de Cambrai. Y ya no estaban allí las "damas" para recordarle sus compromisos. Mientras él pretendía proteger, a fuerza de ordenanzas, "la fe católica, fundamento del reino", el rey de Francia no tenía los mismos escrúpulos en la elección de sus aliados. Recibió pomposamente en París a Barbarroja, emisario de Solimán. Luego, envió a un embajador francés, Jean de La Forest, a Constantinopla para presentarle a Solimán un plan del rey. Se trataba, ni más ni menos, que de recuperar los territorios que, a su juicio, le habían arrancado en Cambrai. Un tratado de comercio estipuló que el sultán le otorgaría a Francia el monopolio del comercio en el Imperio otomano. Era extraño pero admisible. En cambio, el establecimiento de un protectorado moral sobre los Santos Lugares, que garantizara la libertad de las peregrinaciones, era peligroso e intolerable para un emperador católico. Era urgente intervenir.

Carlos V precipitó su operación. El 29 de mayo de 1535, al mando de centenares de naves, se embarcó en Barcelona con destino a Túnez.

La empresa se parecía muchos a una cruzada, con sus 12.000 hombres, sus provisiones y sus municiones. Hay que recordar que en esos tiempos de traiciones y virajes, uno de los prestigiosos capitanes de la flota imperial era el genovés Andrea Doria: había derrotado a Carlos V en las costas de Provenza once años atrás pero, decepcionado por Francisco I, pasó definitivamente al servicio del emperador. La elección de Andrea Doria era inteligente, porque tenía mucha práctica y varias victorias sobre los berberiscos. El 15 de junio, los soldados imperiales se encontraban frente a La Goulette, el puerto fortificado que protegía a Túnez, defendido por 3000 turcos e igual cantidad de moros. Después de analizar cuidadosamente la situación y establecer un sitio de tres semanas, Carlos V atacó el 14 de julio. Fue su verdadero bautismo de fuego. ¡Hacía un calor insoportable! La temperatura era de unos 50 °C y no había agua. El emperador le escribió a su hermana María: "Nos moríamos de sed y de calor". Con su caballo

herido bajo su cuerpo, les daba órdenes a los artilleros que, por falta de caballos de tiro, debían arrastrar la artillería por sí mismos. En rebeldía contra sus amos, fueron los esclavos cristianos quienes abrieron las puertas de Túnez. Carlos V los liberó: eran unos 20.000. Esto constituyó una hazaña, ya que por primera vez, los musulmanes eran vencidos en su propio terreno en el Mediterráneo. El emperador acrecentó su triunfo restableciendo al bey Mulay Hassan en su trono, algo que fue apreciado por Solimán. Las ochenta y dos naves de Barbarroja fueron hundidas o capturadas y los españoles tuvieron la sorpresa de descubrir a bordo de ellas algunos cañones adornados con la flor de lis… ¡Un regalo de Francisco I! Eso significaba que la alianza franco-turca era también militar. Esa victoria tuvo una enorme repercusión. Y en lo inmediato, quedaron al descubierto los planes y las trampas del rey de Francia.

La situación entre el Valois y el Habsburgo era extraña. Detrás de las gentilezas de rigor y de un mínimo de respeto y estima, la rivalidad los llevaba a choques de ambiciones, trampas y provocaciones para poner a prueba la resistencia del otro y adivinar su reacción. Francisco y Carlos eran cuñados enemigos, y sus esposas no tenían ni la voluntad, ni la envergadura necesarias para intervenir en sus asuntos. Leonor vivía alejada de la corte de Francia, no desempeñaba ningún papel en ella y no tendría ningún hijo con Francisco I. Con sus piernas muy cortas, que la hacían parecer deforme, la hermana de Carlos V no podía competir con las beldades que jalonaron la vida personal del rey. Este le manifestaba a su esposa una amable indiferencia: ese matrimonio solo fue político.

El triunfo de Carlos V en Túnez puso celoso a Francisco I

Tras su victoria tunecina, el emperador pasó el otoño en sus territorios italianos, en Palermo, Mesina y Nápoles. Recibió allí una acogida triunfal, que le resultó insoportable a Francisco I. En noviembre de 1535, el rey encontró, como siempre, un pretexto, al enterarse del deceso del duque Francesco II Maria Sforza. Este era primo de la famosa Bianca, había recibido el apoyo de Carlos V y después de Pavía, le reintegraron sus derechos sobre el ducado de Milán. ¡Otra vez Milán! Francisco I era incapaz de renunciar a ella, sobre todo porque el duque había muerto sin heredero, y él quería que Milán le perteneciera a su hijo Enrique, el futuro Enrique II. Después de fingir, muy brevemente, que elegía una vía diplomática, el obstinado Valois volvió a tomar las armas y la misma dirección, vía Saboya y Piamonte, que invadió y ocupó sin dificultad. En tres semanas, sus 18.000 hombres, de los cuales 6000 eran mercenarios, llegaron a Turín. Una vez más, el camino a Milán quedaba abierto ante un rey de Francia que nunca dudaba.

En Roma, hacia donde siguió su viaje italiano, Carlos V se enteró de la nueva audacia de Francisco I. El emperador se puso furioso. Convocó al embajador de su cuñado ante el nuevo Papa, Pablo III. Como una señal de gran enojo, Carlos V, que era también rey de España, pronunció su discurso en español –había progresado un poco–: un discurso solemne pero sobre todo, muy severo. Exigió que Francisco I evacuara Saboya en veinte días y cortara su relación ambigua con el Imperio otomano. Si se negaba, estallaría la guerra, a menos que el rey aceptara batirse cuerpo a cuerpo. Pero como eso había ocurrido en 1528, la idea de un duelo era tan absurda que fue inmediatamente abandonada. Francisco I dijo que estaba dispuesto a reanudar las hostilidades pero, tal vez bajo el efecto combinado de la experiencia y la madurez, le dejó la iniciativa a su cuñado. Carlos V invadió Provenza en julio. El condestable de Montmorency, hombre fuerte de Francisco I –prisionero con él después de Pavía, casi cayó en desgracia por preconizar la paz–, puso en práctica la técnica de tierra arrasada. Frente a los imperiales, Provenza ya no era más que un desierto: las cosechas quemadas, la desaparición de los rebaños y el agua de pozo contaminada obligaron a Carlos V a batirse en retirada, dejando "caminos cubiertos de muertos y enfermos", como dijo Martin Du Bellay, noble y cronista, cuyo hermano también había sido prisionero de Carlos V después de Pavía. Durante ese tiempo, el adversario francés, bien alimentado y a resguardo, acampaba cerca de Aviñón y consolidaba sus fortalezas del valle del Ródano. Una vez más, la situación era indefinida, confusa, difícil de comprender, pero decididamente Francisco I no podía resistir mucho tiempo el llamado de Italia ni evitar estar en buenos términos con Solimán. Y la situación de Montmorency ilustraba exactamente el eterno conflicto que se desplazó, se detuvo y volvió a empezar después del invierno como una máquina de Leonardo da Vinci que estuviera accionada por el diablo. El condestable, que no dejaba de pregonar la reconciliación, estaba al servicio de Francisco I, pero también era totalmente leal a la reina Leonor.

Cuando regresó a España a fines de 1536, Carlos V se enteró, con preocupación, de que el joven teólogo Juan Calvino, un hombre bastante tímido, reservado pero enérgico, adepto de las nuevas ideas religiosas, se había refugiado en Basilea, donde publicó *La institución de la religión cristiana* en latín, que luego tradujo él mismo al francés. El emperador temía, con razón, que esa nueva corriente del protestantismo fortaleciera la revolución espiritual llevada a cabo por Lutero. Pero también era posible que Calvino obligara a Francisco I a abandonar sus "malos modales" con Solimán, porque el cristianismo ya estaba en peligro por sus divisiones. Montmorency, que consideraba escandalosa cualquier alianza con los turcos, impulsó al rey a no perseverar en ese camino. ¡Si Francisco I seguía queriendo una guerra, podía atacar a Carlos V en los Países Bajos! La ofensiva se detuvo en las fronteras y se decidió una nueva tregua el 31 de julio. Solimán, cansado de las dilaciones de los franceses, lanzó un nuevo

ejército en Europa central. Esta vez, el emperador, amenazado en dos frentes, necesitaba urgentemente un acuerdo sólido con su cuñado. Hacía doce años que no se veían. Y solo una paz familiar permitiría unir a los cristianos en una nueva cruzada.

Cuando el emperador, el Papa y Venecia constituyeron una liga católica, el 8 de febrero de 1538, la posición francesa fue cada vez más delicada. Montmorency empezó a realizar negociaciones y preparativos para el indispensable encuentro. Este tuvo lugar el 14 de julio, en el calor húmedo del pequeño puerto de Aigues-Mortes, un símbolo fuerte, ya que san Luis se había embarcado allí para la octava cruzada. La reina Leonor llegó en barco, con la felicidad de ver a su hermano, acompañada por grandes damas de la corte, entre ellas, la duquesa de Etampes, que había sido amante del rey a los diecisiete años, y la delfina Catalina de Médicis, sobrina del papa Clemente VII, que se había casado con el futuro Enrique II y a quien Francisco I apreciaba porque era aficionada a la caza y tiraba con ballesta. El emperador no quería bajar de su nave. Dispusieron un gran puente de madera, que se derrumbó bajo el peso del suntuoso cortejo de Leonor. Cuando quiso socorrerla, su hermano también cayó al agua.

Fue el único momento divertido de la jornada. En efecto, si se observaban las fragatas y las galeras llenas de cañones, estaba claro que la desconfianza era la característica de ese reencuentro forzado. ¿Qué podía resultar de esos acuerdos verbales? No mucho: solo prolongaron la tregua por diez años. Y los dos soberanos evitaron comprometerse. Carlos V no quería oír hablar de devolverle Milán a su cuñado, quien se negó, a su vez, a firmar una carta que prometiera luchar contra los turcos. La parte más importante del conflicto no fue abordada.

En Roma, el Papa reconcilió a los dos cuñados enemigos

Tuvieron que ir más lejos, a Roma. El papa Pablo III era un personaje impresionante. Nacido como Alejandro Farnesio en una de las más ilustres familias romanas, era un fastuoso mecenas que había impulsado a Miguel Ángel a proseguir los trabajos de la basílica de San Pedro y compartía con varios prelados el gusto por la fastuosidad y los placeres, pero comprendió muy pronto que frente al avance de la Reforma, la Iglesia debía recuperarse por medio de la virtud y el rigor. Y la reconciliación entre Carlos V y Francisco I ya no podía esperar. Pablo III rodeó con sus brazos a los dos enemigos, que se dieron la mano. ¡Una escena memorable! Luego, el emperador volvió rápidamente a España, donde debía enfrentar serios problemas financieros. Siguió pidiendo préstamos, una y otra vez. El 1° de mayo de 1539, la reina Isabel, esposa y prima de Carlos V, murió durante un parto en el Alcázar de Toledo, a los treinta y seis años. La criatura no

sobrevivió. Su marido quedó devastado y sufría, según dijo, “increíblemente”. El recuerdo de Isabel nunca abandonó el corazón del Habsburgo. Diez años más tarde, Tiziano hizo un nuevo retrato de Carlos V, que seguía de luto. El emperador viudo no dejaba de contemplar un cuadro que representaba a su esposa en la flor de su juventud. Isabel había tenido tres hijos: Felipe, María y Juana, nacida en 1537. El emperador tenía un solo hijo legítimo vivo, y una hija natural, Margarita de Parma, nacida en Audenarde, Flandes, en 1522.

¿Fue el efecto de la bendición papal? ¿O el deseo de eludir pensamientos sombríos? ¿O simplemente, curiosidad? Mientras se encontraba en Compiègne, Francisco I, que sufría de un absceso en el perineo, se sorprendió mucho al recibir de Carlos V una amable solicitud, en prueba de su amistad. Su cuñado le pidió permiso para atravesar Francia con el objeto de dirigirse a sus Estados de Flandes, que estaban en plena rebelión fiscal. Esta tenía, en cierto modo, un aspecto irónico, ya que los burgueses de Gante se negaban a entregarle a la regente María las sumas inicialmente fijadas para luchar contra las artimañas de los franceses... Pero era invierno y el viaje por mar desde España sería largo y peligroso. Francisco I le había ofrecido esa solución terrestre al emperador, pero no creyó que Carlos V la aceptaría. Sin embargo, ante la urgencia, por necesidad, su imperial cuñado cedió ante un argumento de sentido común, después de haber dudado mucho tiempo. El 27 de noviembre, en San Juan de Luz, fue el joven duque Carlos de Orleans quien recibió al invitado de su padre, el rey. Bromeó con él, diciéndole, entre risas, que era su prisionero. Carlos V logró sonreír. En Bayona, lo recibió el príncipe Enrique, el delfín –ex prisionero del emperador junto con su hermano Francisco–, con menos entusiasmo. Pero estaban en un momento de optimismo fraternal.

El cortejo imperial, demorado por muchas recepciones y arengas, tardó dos semanas en llegar al Valle del Loira. El 12 de diciembre de 1539, la ciudad de Loches, en la que habían adornado las calles con tapices, estaba de fiesta por su ilustre visitante. Francisco I, que aún no se había repuesto completamente de su mal –en realidad, nunca lo haría–, estaba vestido de satén rojo. Leonor estaba a su lado. Carlos V, más español que nunca, vestía de negro. La invitación del rey había tenido también como objetivo mostrarle las maravillas del Renacimiento en Francia. Aunque no había podido imponerse en Italia, Francisco I llevó a su país un gusto y varios talentos que le dieron al Valle del Loira una celebridad mundial. El verdadero, y único, éxito de las guerras italianas.

Solventar ese viaje fue complicado, porque Carlos V estaba acompañado por un millar de personas a las que había que alojar y alimentar, para satisfacción de los asadores y los taberneros de la región. Al día siguiente, en Amboise, donde se realizaría una fiesta nocturna, casi se produjo una catástrofe a causa de una antorcha que incendió un tapiz en la bella rampa de la torre Hurtault. Había tanto humo que temieron que el emperador se

asfixiara… El rey le había reservado una sorpresa a su huésped: el descubrimiento de una obra maestra singular: el castillo de Chambord. Se había comenzado veinte años atrás y aún estaba en obra, pero las torres, las terrazas y toda la estructura, que habían requerido 1800 obreros, estaban terminadas. Como el castillo aún no tenía mobiliario, una verdadera caravana cargada de baúles llevó camas, colgaduras y caballetes para armar mesas provisionales. Pero ¡qué espectáculo! El refulgente torreón blanco y los tapices, que habían tendido especialmente, eran espléndidos. Un grupo de mujeres jóvenes caminaba delante del emperador sembrando flores a su paso. El rey propuso entusiasmado: “Vamos a mi casa”, y condujo a su visitante, que se mostró sorprendido y maravillado. Sus elogios emocionaron al rey. Se encontraron frente a la famosa escalera de doble hélice, enlazada alrededor de un núcleo hueco que distribuía la luz por sus aberturas. Subieron los ciento cincuenta escalones hasta la parte superior, contemplando las esculturas con motivos de animales (la salamandra, tan cara al rey), vegetales y humanos, que alternaban con el repertorio decorativo italianizante.

Invitado a Francia, el emperador se sintió deslumbrado por Chambord… ¡y celoso!

Carlos V había quedado, literalmente, con la boca abierta. Sus vegetaciones adenoideas dificultaban su respiración, y como la temperatura era muy baja, el emperador estaba resfriado desde su llegada a Francia. Pero asombrado por ese prodigio arquitectónico, se sobrepuso a su problema nasal y declaró: “Esto es una síntesis de lo que puede hacer la habilidad humana”.

Por las características de la escalera, los dos soberanos subieron y luego bajaron los peldaños mirándose, pero sin encontrarse: esa escena parecía un símbolo de su relación. Dos monólogos en vez de un diálogo. También es posible imaginar el orgullo de Francisco I aquel 15 de diciembre de 1539. Durante dieciocho años, había luchado contra Carlos V en cuatro guerras, había sido su humillado prisionero, pero deslumbrarlo era verdaderamente un placer de reyes. Una revancha a través del arte, quizá más gratificante que disparos de cañón y miles de víctimas. La hermana del rey, la fina Margarita de Navarra, describió Chambord como “una Jerusalén celestial” y el emperador trató de robar los planos del castillo, cuya autoría aún se ignora, para edificar la misma maravilla en Bruselas. Entre partidas de caza y banquetes, Carlos V se acercó a París, asombrado y deslumbrado. Llegó al palacio de Fontainebleau. Le habían elogiado los sensuales cuadros de la escuela italiana, el salón de baile, maravillosamente planificado, con sus cinco ventanas sobre el jardín, los magníficos techos artesonados, el estanque de carpas… Rosso Fiorentino estaba adornando con sus frescos la

futura elegante galería Francisco. Evidentemente, Francisco I hizo todo lo posible para que la visita del emperador fuera inolvidable, con un mensaje: amamos Italia también por sus artistas, y este palacio será un homenaje a *nuestra* Italia a las puertas de París. El Valois seguía cargando sobre sus anchos hombros su sueño trasalpino.

Cuando se encontraba frente al palacio, Carlos V descubrió ciertos movimientos insólitos en el bosque. ¿Eran animales? Había muchos en las 15.000 hectáreas. Pero en ese momento aparecieron actores que interpretaron papeles de dioses y diosas. ¡Otro entretenimiento mitológico! Seguramente se estaban congelando en ese glacial 24 de diciembre, pero "al son de los oboes, bailaron danzas campestres". Luego, la delegación imperial asistió a un torneo entre el delfín y su hermano Carlos. Más tarde, el rey mandó erigir un arco de triunfo adornado con pinturas. Allí podía verse a los dos monarcas rodeados de dos alegorías: la Paz y la Concordia. ¿Se habían olvidado las guerras? ¿Las trampas, las traiciones y las mentiras habían quedado atrás? Quisiéramos creerlo… pero el rey no podía olvidar que al regresar de su cautiverio en España, había decidido, el 28 de abril de 1528, sustituir la antigua fortaleza medieval anterior a Carlos VII por un palacio refinado según el modelo de los que había admirado en sus viajes a Italia.

El emperador admiró la decoración del techo, en el que habían pintado especialmente águilas negras austríacas. Dos estufas, repletas de troncos, ronroneaban tratando de calentar los aposentos del huésped, que seguía resfriado. ¡Cuántas atenciones!

En Fontainebleau, Francisco I le mostró sus tesoros italianos a su visitante

El rey era un hombre culto y fue un amable guía para su huésped. Hizo alarde de sus gustos, sus conocimientos, sus encargos y sus adquisiciones. En una moldura, *La Gioconda* esbozaba su ya famosa sonrisa, mientras un *Hércules*, debido al cincel y a la fuerza de Miguel Ángel, robado del palacio Strozzi en 1529, exhibía su impresionante musculatura. El emperador no tenía fama de ser tan galante como el rey, cuya corte era ostensiblemente femenina. Sin embargo, cuando por descuido, dejó caer un anillo, y este fue recogido por la duquesa de Etampes, le dijo: "Señora, es costumbre que lo que cae de la mano de los reyes y de los confesores no vuelva a ellos. Consérvelo: me hace muy feliz adornar tan bella mano".

"La galantería de Francisco era contagiosa", dice el historiador André Castelot, en su libro sobre Francisco I. Lamentablemente, el rey, que tenía muchos dolores por su fístula en el perineo, solo podía seguir la caza de lejos, en litera. El 30 de diciembre, los dos monarcas reanudaron, a través del Sena, su fastuosa travesía por Francia. El 1° de enero de 1540, Carlos V

entró a París sin el rey: este dijo que había querido dejarle a su “hermano” la gloria de esa apoteosis, pero en realidad, sus médicos le habían recomendado descansar, porque su herida estaba abierta. Había una enorme multitud en la rue Saint-Antoine y las fachadas de las casas estaban adornadas con telas y tapices. Los arqueros del rey apenas podían contener a los parisinos que se agolpaban al paso del cortejo. El capitán de las guardias, maestro de ceremonias, encabezaba la marcha, y detrás, iban el gran preboste de los mariscales, el preboste de París, los secretarios del rey, los suizos –garantes de una *paz perpetua* firmada con Francia el 29 de septiembre de 1516, después de Marignano–, el canciller, el gran chambelán y siete cardenales, sin contar la enorme cantidad de gentilhombres y centenares de monjes, franciscanos y benedictinos.

Carlos V montaba un caballo negro, como si también él estuviera de luto, debajo de un baldaquino adornado con sus armas, coronado por un águila imperial. Tronaron los cañones de la Bastilla: se contaron ochocientos cañonazos que hicieron temblar las ventanas. Desde el balcón de la residencia de Montmorency, el emperador asistió a la representación de un misterio medieval, que se realizó sobre una tarima elevada. Luego, los dos soberanos se encontraron en el palacio de la Île de la Cité, donde a pedido del rey, habían dispuesto una galería de estatuas imperiales y reales. La de Carlomagno era imponente. El sueño de un Imperio para el que lo había heredado y para el que no lo había conseguido. Comenzó el banquete. Cuando Carlos V comía, en una vajilla de plata dorada, ofrecía un espectáculo poco agradable, a causa de su mandíbula alargada. Como se había cortado la barba (y también el cabello), sus labios gruesos eran más visibles. Comía manteniendo el plato bajo el mentón. A veces, masticaba mucho tiempo, y a veces engullía todo de golpe. En España y en Alemania, bebía cerveza. Tragaba la abundante comida con sorbos de vinos de Loria y del Rin. Allí no se practicaban los refinamientos de la corte de los Valois, donde se empezaba a usar el tenedor, procedente de Italia. Hay que decir que los italianos que comían en la mesa del rey solían horrorizarse por los malos modales de los franceses. La comida era uno de los grandes placeres del emperador. No sorprende que sufriera ataques de gota, que en esa época empezaron a hacerse cada vez más frecuentes. Se quejaba a menudo de sus articulaciones inflamadas y de dolorosas punzadas.

Carlos V trataba su gota... ¡comiendo desmesuradamente!

Esa forma de comer desesperaba al oficial encargado de los alimentos de Su Majestad, el español Luis de Quijada, que le repetía, en vano: “¡Señor, la gota se cura cerrando la boca!”. El mayordomo debía estar siempre atento a la menor reacción de su amo.

A Carlos V no le interesaba cuidarse. Además, hacía tanto frío que, a pesar de las pieles que usaba, debía recuperar fuerzas cada tanto, porque el programa era agotador. Se sucedían los cortejos, las aclamaciones y los "atracones". Esos festines solo se interrumpían el viernes, día de abstinencia, a veces incluso el día anterior, y por supuesto en cuaresma.

Un jueves a la noche, el emperador prefirió renunciar a comer las salchichas que le habían enviado –sería un pecado– para saborear, con placer, las ostras, las truchas y las anchoas llegadas de Portugal.

Cuando Francisco I llevó a su cuñado a visitar las tumbas de la basílica Saint-Denis, se hizo más tangible el contraste entre los dos hombres. A pesar de su enfermedad, el rey, alto y vestido en tonos dorados y naranja, se veía alegre y vivaz. El emperador, siempre de negro, salvo un cuello blanco y su collar del Toisón de Oro, parecía débil, enclenque, y sobre todo, desconfiado, quizá molesto por tantos festejos durante esa semana parisina. El 6 de enero, en Chantilly, la recepción del condestable de Montmorency, nuevo jefe del ejército desde hacía once meses, fue muy simbólica. Al fin y al cabo, él había trabajado sin descanso por la reconciliación entre los dos soberanos. Después de Villers-Cotterêts, donde, mediante una ordenanza, el rey había impuesto la obligatoriedad del uso del francés en los actos oficiales, Francisco I, que sufría fuertes dolores, no pudo acompañar al emperador hasta la frontera picarda. Envió en su lugar, el 24 de enero, a sus hijos, Enrique, el delfín, y Carlos de Orleans, que habían recibido a Carlos V en su entrada al suelo francés. Le pidieron que ratificara las promesas que le había hecho a su padre. El emperador fue evasivo: solo les aseguró que "conformaría al rey". Un embajador veneciano, sorprendido, informó a la Serenísima que producía "una gran estupefacción que supera la inteligencia humana ver a esos eternos enemigos darse mutuamente una prueba de confianza tan grande". Los dos cuñados no se volverían a ver.

Durante aquellos dos meses, el emperador descubrió esa Francia contra la que había luchado tantas veces. El reino era rico, por lo menos cuando había paz, y estaba muy poblado: tenía entre quince y dieciocho millones de habitantes, mientras que los Estados alemanes del Imperio no sobrepasaban los quince, los de Italia doce y España alrededor de ocho. Pero lo que más le llamó la atención a Carlos V fue la unión, aunque estaba seriamente mellada por las divisiones religiosas. Estas eran mucho más graves en Alemania y dañaban el prestigio imperial.

Cuando llegó finalmente a Gante, su ciudad natal, el emperador consideró que la rebelión fiscal era intolerable. Parecía lejano el tiempo en que Su Majestad decía con orgullo: "¡Introduciré a París en mi Gante!". Su represión fue atroz: los cinco mil mercenarios se comportaron como bestias. En realidad, hacía casi un siglo que los ganteses manifestaban regularmente su rechazo a pagar los impuestos: lo habían hecho contra Felipe el Bueno en 1452, contra Carlos el Temerario en 1469, contra María de Borgoña en 1477. La nueva insurrección no fue aceptada por Carlos V,

porque si bien se había producido una declinación en la industria textil, Gante se había convertido en la principal reserva europea de cereales, recuperando una gran prosperidad. La ciudad no era pobre: debía pagar, pero estaba cansada de cargar, como los Países Bajos, el peso principal de los gastos. Los artesanos, los funcionarios y los burgueses fueron reprimidos. Y humillados: vestidos de negro, descalzos y con la cabeza descubierta, y llevando en el cuello la soga que se usaba para ahorcar a los condenados, terminaron por arrodillarse en el polvo ante su amo.

En Gante, la represión contra los rebeldes fue implacable

Los cabecillas, entre nueve y veintiséis hombres, no se sabe exactamente, fueron decapitados. La cólera imperial se ejerció en todas partes. Hasta se silenció la campana mayor de la torre, la Klokke Roeland, seguramente porque les había inspirado a los ganteses una fórmula provocadora: "Esta campana se llama Roeland: cuando se mueve, siembra la tempestad en la región". Pero eso no fue todo. El emperador mandó demoler la abadía Saint-Bavon y dio la orden de construir en su lugar una fortificación que se llamaría, irónicamente, Castillo de los Españoles. Por último, Carlos V suprimió los antiguos privilegios de la ciudad y promulgó lo que podría llamarse una Constitución. La rebelión de los impuestos fue aplastada.

Al cabo de algunos meses, todos se preguntaban si la paz entre el emperador y el rey sería duradera. El Habsburgo le había prometido al Valois que analizaría la manera de hacer callar definitivamente las armas. Mantuvo su promesa al ofrecerle al duque de Orleans, el hijo menor del rey, la mano de su hija María, de doce años. Su dote estaría compuesta por los Países Bajos, el Franco Condado y la región de Charolais. Como contrapartida, el rey devolvería Saboya y el Piamonte. Francisco I rechazó esta propuesta, convencido de que el emperador nunca abandonaría Milán. El rey estaba en lo cierto, porque el 11 de octubre, se enteró de que en Bruselas, Carlos V había nombrado duque de Milán a su hijo Felipe, a pesar de que se había comprometido a entregarle el ducado a un príncipe francés. ¡Milán! Este era, al parecer, el único motivo del resentimiento del monarca... El frágil edificio de la paz se derrumbaría: ya no había ninguna esperanza. Para el rey, el único culpable era Montmorency, y eso era injusto. Demasiado confiado, el condestable había dicho que Milán sería francesa. Para desgracia de ese brillante capitán, la duquesa de Etampes conspiraba contra él, y ejercía su influencia sobre el rey con comentarios desagradables e insinuaciones pérfidas. Además, a la hermana del rey, Margarita de Navarra, una mujer prodigiosamente culta e inteligente –¡hablaba siete idiomas!–, que tenía una gran influencia sobre Francisco I, a quien quería mucho, tampoco le gustaba Montmorency. Muy lejos había quedado

Cambrai. Esta era una guerra de damas, una guerra de corte, por supuesto, pero las camarillas triunfaron y el condestable, a pesar de sus promesas optimistas, finalmente cayó en desgracia y se retiró a sus tierras de Chantilly.

De este modo, Francisco I, atormentado por sus dolores, se vio privado de los servicios de un brillante soldado para enfrentar a su próximo enemigo, que era siempre el mismo, porque ahora sabía que Carlos V no tenía la menor intención de ser agradable con él. Es posible que el viaje a Francia hubiera terminado por indisponer al emperador. Como en el Campo de la Tela de Oro, donde Francisco I y Enrique VIII habían tratado de deslumbrarse mutuamente, no se obtuvo nada en concreto. El 5 de marzo de 1541, el rey estaba en Blois, el lugar en el que había nacido su sueño italiano. Había embellecido el castillo con una magnífica galería que llevó su nombre. Cuarenta años antes, su predecesor Luis XII había recibido en Blois a Felipe el Hermoso y Juana de Castilla, que todavía no estaba loca: los padres de Carlos V. Ahora, el rey le daba una audiencia a su embajador ante el Imperio otomano. El establecimiento de esas relaciones diplomáticas desagradó a Europa, pero Francisco I las presentó como una manera de debilitar a Carlos V. Sin embargo, según el embajador, Solimán estaba furioso por la reconciliación de Francisco I con el emperador. ¡Dominado por la ira, había llegado a amenazar al enviado del rey con cortarle la cabeza! Al salir de Blois, el diplomático estaba tranquilo, porque pensó que a Solimán le gustaría saber que la animosidad entre el emperador y el rey se había reavivado. ¡Eso quería decir que solo estaba dormida! Ahora Constantinopla podía alegrarse: el conflicto se reanudaría y debilitaría a los cristianos.

Trampa mortal para el embajador de Francisco I en el camino a Constantinopla

En el largo camino hacia el Bósforo, mientras atravesaba Lombardía, el embajador del rey francés se enteró de que Carlos V había ordenado que le hicieran una emboscada: este diplomático, el corpulento Antonio Rincón, era un ex capitán español. El hecho de haber pasado al servicio del rey de Francia –¡y con un alto rango!– lo convirtió en un traidor. El emperador no lo soportó y quiso vengarse. A principios de julio de 1541, mientras atravesaban el Po en una barca, el embajador y su compañero de viaje, el genovés Cesare Fregoso, embajador de Francia en Venecia, fueron asesinados, cerca de… Pavía.

Detrás del pequeño grupo de sicarios, toda Europa reconoció la mano del emperador. Carlos V protestó, intentó exculparse, prometió castigar a los asesinos, pero no convenció a nadie. Este asunto provocó la cólera de Francisco I, porque su cuñado había mandado matar a dos de sus

representantes, pero también la de Carlos V, porque uno de sus ejecutores no había logrado apoderarse de los despachos reales destinados a Solimán, que Rincón, preocupado, le había entregado, en Rivoli, a una persona segura, justo antes del ataque de los asesinos, pero que no fueron encontrados. ¿Cuál era su contenido? El rey juró que le rogaban a Solimán que no invadiera a la cristiandad y no lanzara sus ejércitos contra Hungría. Carlos V, convencido, por el contrario, de que esos documentos demostraban la connivencia del rey con los turcos, mandó redactar falsos despachos que comprometían a su cuñado. Todo estaba organizado para que la relación entre los dos ambiciosos monarcas se estropeara, entre provocaciones y susceptibilidades, mentiras y trampas mortales. Al parecer, esos dos hombres solo sabían hacerse la guerra.

Mientras trataba públicamente a Carlos V de asesino de embajadores, el rey desplegó una intensa actividad diplomática, buscando nuevos aliados para reanudar sus operaciones militares en Milán. Y ¿por qué no actuar como el Habsburgo, organizando bodas que beneficiaran a Francia? Hizo algunas alianzas con personalidades germánicas, el duque de Sajonia y el príncipe elector de Maguncia a fines de 1541, pero aunque esto molestó a Carlos V, no significó un gran apoyo para Francisco I, que quería vengar el asesinato de sus embajadores. Envió a su nuevo representante ante Solimán para estrechar los lazos, no demasiado firmes, entre ambos. Según el plan del rey, él mismo atacaría por tierra, por Flandes, mientras que Solimán, a quien el rey, que conocía el arte de la lisonja, solía llamar “Magnífico”, atacaría Austria, Viena por tercera vez, y las dos flotas se reunirían en el Mediterráneo para desembarcar en España. Esta última operación fue diferida porque el 25 de octubre, apenas regresó de la Dieta de Ratisbona, el emperador atacó Argel. ¿Repetiría su victoria de Túnez? Protegida por un malecón y sólidas murallas, la ciudad de Argel estaba poblada por bereberes, andaluces, turcos y griegos escapados de las prisiones otomanas. Un ejército heterogéneo. Pero en esa estación, el mar estaba agitado. La tempestad dispersó las naves imperiales cuando Carlos V acababa de desembarcar con sus tropas. Perdió frente a Barbarroja, por poco, pero perdió. Muy pronto se definió su derrota como un desastre, que opacó su triunfo en Túnez. Decepcionado, el emperador regresó rápidamente a España, el 23 de noviembre, en momentos en que Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, aprobada por el Papa dos años atrás, se convertía en el primer general de los jesuitas y emprendía la organización de su orden. Carlos V debía enfrentar cada vez más contratiempos y dificultades. Estaba de un humor lúgubre. Su fracaso en Argel, los disensos religiosos en Alemania, el asesinato del embajador del rey y la revitalización de la alianza franco-turca lo colocaban en una posición de inferioridad, porque la dispersión geográfica era al mismo tiempo una causa y una consecuencia de sus problemas.

Es lo que esperaba Francisco I para decidir una nueva campaña.

El rey partió nuevamente a la guerra

La guerra estalló el 10 de julio de 1542. El reino fue advertido por el sonido de los cuernos hasta en los campos más alejados. Para el emperador, era una pesadilla. El duque de Hesse ya se había apoderado de Wurtemberg con la ayuda de Francia. Un ejército otomano estaba en Austria, el duque de Cléveris invadió Brabante y el hijo mayor del rey de Francia, Enrique, duque de Bretaña y futuro Enrique II, apoyado por el almirante de Annebaut, que había reemplazado a Montmorency, arremetió contra el Rosellón, mientras que el duque de Guisa, junto a Carlos, duque de Orleans, hijo menor del rey, tomaba Luxemburgo. Al atacar estos dos puntos extremos del reino, Francisco I parecía seguro de su plan. Sin embargo, la detestable costumbre de los franceses de vacilar y luego cambiar bruscamente de objetivo, salvaría al emperador. En efecto, ante la sorpresa de los soldados imperiales, en vez de completar la conquista de Luxemburgo, el impulsivo Carlos de Orleans decidió ir al Rosellón para pelear allí junto a su hermano, quizá para quitarle la victoria al delfín, de quien estaba celoso. El resultado fue catastrófico: cuando llegó a Perpiñán, su hermano Enrique ya había ordenado la retirada, porque la ciudad estaba defendida por una artillería demasiado poderosa. Con los nuevos cañones, la guerra había cambiado definitivamente. Francisco I debió llamar en su auxilio a Solimán.

Cuando Barbarroja se presentó en Tolón con 30.000 turcos, la población, que los recibió con grandes honores, pronto quedó estupefacta por el comportamiento de esos molestos aliados. Estos saquearon las reservas agrícolas de las aldeas, y transformando el lugar en una ciudad musulmana, se entregaron a la plegaria al llamado de los muecines y recorrieron las costas para reclutar nuevos esclavos. Esa ocupación duró ocho meses y le costó 800.000 escudos de oro al rey de Francia. Solo a ese precio consintió Barbarroja en retirarse, en mayo de 1544. Treinta y dos tesoreros necesitaron tres días para trasladar las monedas de los cofres a las bolsas. Y el rey se vio obligado a agregarles 30.000 libras a los habitantes para indemnizarlos por la ocupación. El saldo de esa campaña fue doblemente negativo. Por un lado, costó 5 millones de libras tornesas para nada, ya que las conquistas fueron abandonadas, y por otra parte, la actitud de los turcos en Provenza, más saqueadores que compañeros de armas, contrarió al pueblo. ¿Qué aliado era ese que hacía flamear sobre las casas estandartes con una medialuna? ¡Tolón no era Constantinopla!

El emperador, de regreso en España, escuchó las quejas de fray Bartolomé de Las Casas sobre el maltrato a los indios en América. Al cabo de ásperas controversias entre teólogos, en las que los dominicos defendían a los indios, las "leyes nuevas" terminaron con los abusos de la "encomienda" y propusieron mejores condiciones de vida para los indígenas. Se suprimió el principio de los privilegios y el emperador envió a

De Las Casas, nombrado obispo en México, para controlar en el lugar la aplicación de esa importante reforma. Sin duda, el mérito de esa medida le correspondía, en forma indirecta pero incuestionable, a Carlos V. Sin duda, él y sus ministros aplicaron ideas que nosotros llamaríamos humanitarias. Pero no hay que olvidar que el establecimiento de virreinatos en el Nuevo Mundo y de un nuevo código, medidas progresistas, llegaron muy tarde, después de muchos años de violencias. Y el interés del emperador era también preservar una cómoda fuente de ingresos. América le enviaba anualmente alrededor de 67 toneladas de oro, 1200 toneladas de plata, más 250.000 ducados.

En ese momento, el viento bélico que soplaba en Europa giró a favor de Carlos V. El 6 de mayo de 1543, salió de España después de dejar la regencia en manos de su hijo Felipe, de dieciséis años. Otro viaje extenuante de Cataluña a Génova. Luego pasó por Pavía (¿por superstición?), Cremona, Trento y Ulm, y recuperó una provincia de los Países Bajos, Güeldres, que estaba en posesión del duque de Cléveris: esto privó a la Reforma de una importante posición estratégica en el bajo valle del Rin.

Una sorpresa desagradable para el rey: ¡Enrique VIII se alió a Carlos V!

Un correo le informó al rey sobre un hecho extremadamente grave para Francia: rompiendo diecisiete años de paz franco-inglesa, Enrique VIII se había aliado con Carlos V. ¿Era un retorno a la alianza efectuada por Luisa de Saboya en 1526 y que había amenazado al reino? Había una razón personal para este viraje: el Tudor no le había perdonado al Valois que no lo hubiera apoyado ante el Papa en su divorcio, y una razón política, porque Francisco I se había permitido apoyar las reivindicaciones escocesas contrarias a los intereses ingleses. Podemos agregar una razón financiera, porque los ingleses consideraban que los franceses les debían algunas pensiones, prometidas y nunca pagadas. Por muchos motivos, Enrique VIII se sentía herido. El nuevo pacto se firmó en el mayor secreto, el 11 de febrero de 1543.

Sin sospechar nada, Francisco I consideró que podía atacar algunas posiciones de Carlos V en Flandes, mientras el duque de Cléveris devastaba los Países Bajos. ¡Es fácil imaginar el estupor y la consternación de Francisco I cuando recibió un ultimátum del emperador y del rey de Inglaterra unidos contra él! Luego, se repuso, continuó su ofensiva contra Luxemburgo, le prometió refuerzos a Cléveris ¡y se fue a cazar!

Carlos V, que no solía distraerse cuando combatía, avanzaba metódicamente. El 24 de agosto, aplastó al ejército de Cléveris que, por supuesto, no había recibido ninguno de los refuerzos prometidos. El emperador regresó a Espira, donde se había reunido la Dieta, esperando que

el soberano no reclamara dinero. ¿Por qué seguía confiando el rey de Francia en su estrella? Porque el 14 de abril de 1544, en Piamonte, cerca de Coni, el conde Francisco de Enghien, con la ayuda de un brillante gascón, Blaise de Montluc, había obtenido una resonante victoria, al cabo de largos y sangrientos combates. El lugar se llamaba Cerisoles. Las pérdidas imperiales fueron terribles: 15.000 muertos… Obtener ese resultado un lunes de Pascua fue, para Su Majestad Cristianísima, una señal del cielo. Y que Cerisoles se encontrara, como por casualidad, en el camino a Milán, era otra señal. Para el rey, con Cerisoles habían vuelto los buenos días de Marignano. ¡Por fin!

Todas las esperanzas francesas de revancha sobre la inasible Italia eran lógicas, pero la euforia fue breve, porque los franceses debían dirigirse al norte. Gracias a la eterna buena voluntad de los banqueros Fugger, 40.000 soldados imperiales esperaban a sus enemigos en el camino de regreso. Esos financistas eran tan confiables, organizados y astutos como los soberanos eran obstinados, agresivos y un poco ligeros en sus entusiasmos. Cerisoles era una ilusión; la realidad era muy preocupante. Carlos V había atravesado fácilmente el río Mosa e invadió Champagne, mientras Enrique VIII, que había desembarcado en Calais, aterrorizaba a Picardía. Unos 100.000 hombres habían ingresado a Francia y avanzaban hacia París. ¿Qué podían hacer los vencedores de Cerisoles? El 8 de julio de 1544, Carlos V, al mando de soldados de infantería alemanes y españoles que apenas se entendían entre ellos, comandaba personalmente a los imperiales. Llegaron a Saint-Dizier, en el actual Alto Marne, a solo doscientos kilómetros de la capital. Detrás de las murallas, que habían sido reforzadas, había solo 3000 franceses, comandados por el conde de Sancerre y provistos de una sólida artillería. Saint-Dizier resistió más de un mes como heroico sostén del reino: esto le valió la admiración de Francisco I, que en ese momento estaba en Villers-Cotterêts, torturado por su absceso. De pronto, el 17 de agosto, cuando la acción imperial aún era incierta, Sancerre abrió las puertas. ¿Por qué esa rendición prematura? Al parecer, Sancerre había querido enviarle un mensaje codificado al duque de Guisa. El mensaje fue interceptado y descifrado. El canciller del emperador redactó una falsa respuesta: “Sancerre debe rendirse”. Pero ¿cómo pudo descifrar el texto? Se habló, sin pruebas, de la traición de la duquesa de Etampes, pero ella era tan odiada que podía ser una calumnia difundida por sus enemigos. Devastado, el rey le ordenó al Parlamento de París que organizara una procesión solemne a Notre Dame. Luego, regresó al Louvre y exigió que aceleraran los trabajos de defensa. Colocaron largas cadenas de hierro, desde la torre de Nesle hasta la torre del Louvre, que estaban sobre barcos amarrados a estacas. Otras cadenas unían el puente de La Tournelle con la isla Saint-Louis. Erigieron terraplenes y cavaron trincheras, pero todos esos dispositivos fueron superados por la artillería. La época de los vikingos que remontaban el Sena estaba lejos… Los parisinos no tenían

confianza: algunos invocaban a santa Genoveva, como de costumbre, otros apilaron sus bienes sobre carretas y huyeron en dirección al Loira, como de costumbre.

Pero ¿qué pasó? Enrique VIII no avanzó hacia París para unirse a Carlos V, porque el emperador se quedó en Champagne. Sus soldados extenuados, hambrientos y sin salario, saquearon la región, pero su botín fue magro. Las tropas "quedaron reducidas a la última penuria": los franceses habían quemado todo y cada vez había más deserciones. Solo en Épernay y Château-Thierry encontraron algo para subsistir. Paradójicamente, en ese momento Francisco I llevaba ventaja, porque el enemigo no estaba en condiciones de aprovechar su victoria. Pero el rey también sabía que su país estaba cansado de esa guerra perpetua, en la que las derrotas anulaban las victorias, y cada tratado de paz, nunca realmente respetado, era fuente de nuevos conflictos. Lo más exasperante era devolver territorios o fuertes duramente conquistados. El empeño que mostraban unos y otros en destruirse, aliarse, traicionarse y sobre todo, agotar sus fuerzas, era dramático.

En el verano de 1544, la guerra terminó con proyectos de matrimonio

Francisco I optó por un arreglo. ¿Para qué seguir combatiendo? El rey temía por París. Obsesionado por el fantasma de la ocupación inglesa durante la guerra de los Cien Años, decidió mostrarse razonable. Y Carlos V, cuyos dominios austríacos permanecían bajo la amenaza otomana, estaba preocupado por la indisciplina de sus mercenarios sin sueldo. ¿Se habrían cansado también los banqueros Fugger de adelantar fondos? El 18 de septiembre, después de realizar tratativas, se firmó un tratado de paz en Crépy-en-Laonnois. Carlos V el borgoñón renunció a su emblemático ducado de Borgoña a cambio de que Francisco I abandonara Flandes, Artois, Nápoles, Aragón y el ducado de Milán, esa perpetua ilusión. La novedad consistió en los proyectos de matrimonio –el rey se había aficionado a esto– que, aunque fortalecían lazos, nunca impidieron un conflicto. Se decidió que el hijo menor del rey, Carlos, duque de Orleans, se casaría o con una hija de Carlos V, la infanta María, o con una de sus sobrinas, hija de su hermano Fernando. Los esposos recibirían como dote varios ducados (Angulema, Châtellerault, Borbón). Digamos que el emperador ya le había propuesto esta unión al rey de Francia y este la había rechazado. Pero ahora que volvió a presentar esa idea, le pareció atractiva. Finalmente, la alianza franco-turca, cuyos efectos perversos eran evidentes, fue anulada y Francisco I le prometió a su cuñado casi 10.000 hombres para atacar a Solimán... que se puso furioso cuando se enteró de la nueva traición del rey Francisco. Carlos V seguramente fue sincero en ese arreglo

matrimonial, que consideraba ventajoso para los intereses alemanes. Solo faltaba elegir a la novia: su hija o su sobrina. En cambio, en Francia, el delfín y su clan, dirigido por Diana de Poitiers, estaban indignados: ellos creían que la dote era una manera indirecta de recortar la herencia del futuro rey en beneficio de su hermano menor. El diferendo entre los dos hermanos, ya profundo, se agravó. La fatalidad intervino un año más tarde, desmontando las previsiones y los resentimientos humanos. El 8 de septiembre de 1545, el príncipe Carlos visitó a enfermos tuberculosos sin tomar las debidas precauciones y falleció. La tragedia destruyó a su padre, que se desvaneció al enterarse. Por lo tanto, no habría boda Valois-Habsburgo. Por lo tanto, más allá de esa decepción, ¿podía revisarse el Tratado de Crépy-en-Laonnois?

Carlos V se apresuró a regresar a sus Estados, donde la situación de la Iglesia católica se había vuelto crítica. El soberano estaba atento a la obra de "oración y acción" de Ignacio de Loyola, cuyos compañeros –eran alrededor de mil mientras vivió– habían sido enviados por el Papa en misión a los países ganados por la Reforma. Los jesuitas también cruzaron el océano para evangelizar a los indígenas. Y muchas veces, gracias a sus informes, el emperador pudo sancionar los crímenes de algunos de sus representantes, que se creían invulnerables por la distancia. Por orden de Carlos V, por ejemplo, uno de los hermanos Pizarro, gobernador de Cuzco, en Perú, fue encarcelado en España. Señalemos, de paso, que el emperador les prohibió a los jesuitas instalarse en los Países Bajos.

Como se lo había pedido al Papa, y este había prometido, se convocó un Concilio en Trento para enfrentar la expansión del protestantismo. La asamblea de obispos y teólogos empezó a trabajar el 13 de diciembre de 1545. Las veinticinco sesiones se desarrollaron, en forma discontinua, a lo largo de dieciocho años. Como una verdadera máquina de guerra contra la Reforma, el Concilio analizó todos los puntos fundamentales de la doctrina católica. Si, en sus épocas, los papas León X y Clemente VII hubieran tenido la audacia de reunir un Concilio antes de condenar las tesis de Lutero, quizá se habría evitado el cisma, o por lo menos, la discusión podía haber servido para apuntalar a los fieles vacilantes. En 1545, era muy tarde: la división era demasiado profunda como para restablecer la unidad. Por otra parte, la muerte de Lutero no debilitó al movimiento: había relevo. El único resultado real del Concilio de Trento fue la renovación de las instituciones de la Iglesia, que fortaleció a los católicos. De la terrible crisis religiosa que había traumatizado al Renacimiento, nació la Contrarreforma.

Carlos V, preocupado por la lentitud de los trabajos del Concilio, no esperó. El 10 de abril de 1546, se dirigió a Ratisbona, donde sesionaba permanentemente la Dieta. Algunos príncipes protestantes habían rechazado la convocatoria, y otros solo se presentaron dos meses más tarde. Dos desafíos a la autoridad del Habsburgo. El emperador podía haberse indignado por ese descaro, pero no manifestó ninguna irritación. Solo se

quejó de que no lo ayudaran a mejorar lo que debía mejorarse. Su entorno se preguntaba a qué se debía su actitud, y se enteró de que el enfermo de gota estaba haciendo un nuevo tratamiento que permitía espaciar los ataques.

La amante del emperador dio a luz a un hijo

Su metamorfosis fue espectacular. El viudo afligido, cansado y continuamente enfermo, acompañaba a sus cortesanos a los baños que el emperador romano Marco Aurelio había organizado para sus legiones. Al parecer, desde el fallecimiento de su querida esposa Isabel, no se había acercado a ninguna mujer. Alguien tuvo la audacia de presentarle a una criatura encantadora, y sobre todo un poco salvaje: Bárbara Blomberg, hija de un artesano de la ciudad. Tuvieron una aventura, breve, sin romanticismo, porque el emperador no era hombre de placeres. Luego, la mujer, bien recompensada, se interesó rápidamente por los gentilhombres de la corte. Esa conducta no le impidió a Carlos V suponer que era suyo el hijo que Bárbara dio a luz el 24 de febrero de 1547, el futuro Don Juan de Austria, que sería el héroe de la batalla de Lepanto y su último hijo. Le quitaron el recién nacido a esa madre indigna para entregárselo al muy valorado Don Luis de Quijada, el mayordomo que trataba obstinadamente de moderar el apetito voraz de Su Majestad. Milagrosamente, le encontraron a la madre una ascendencia noble, y su padre ya no era un oscuro artesano sino un burgomaestre. Para vengarse, la joven dijo mucho más tarde que Don Juan no era hijo del emperador, sino de un palafrenero encargado del forraje de los caballos. Sus palabras no tuvieron ningún efecto. Y Carlos V sería oficialmente padre de un medio hermano de Felipe. Un hijo natural a quien, por el momento, llamaron, curiosamente, Gerónimo.

Poco después de este nacimiento y de la muerte de Enrique VIII, Francisco I fue víctima de una infección generalizada. Sin embargo, gracias a su constitución robusta, siguió cazando en litera. ¿Fue la fiebre lo que lo hizo delirar? No: fue su antigua idea fija. ¡Al inspeccionar las fortalezas de sus fronteras, anunció que necesitaba dinero para una nueva guerra! Sus fantasías estaban intactas. En marzo, guardaba cama en el castillo de Rambouillet, rodeado de personas que habían perdido las esperanzas. Él también. Mandó llamar al delfín y le dio algunos consejos, poniéndolo en guardia contra la influencia de las mujeres: un problema que él había tenido a menudo. Después de recibir los sacramentos, murmuró: “¡Señor, qué pesada es esta corona que creí que me habías entregado como un don!”.

Expiró el 31 de marzo, a los cincuenta y tres años de edad, en Poissy, tras un reinado de treinta y dos años, con el cuerpo gravemente deteriorado y

sin la presencia de la reina Leonor. Carlos V, el más obstinado de los enemigos de Francisco I, no podía olvidar que el nuevo rey de Francia, Enrique II, de veintiocho años, había sido su prisionero en Madrid. Informado de la muerte de su cuñado, el emperador abrió su corazón y dijo, a modo de oración fúnebre: "Fue un gran rey". Había sido, sobre todo, el único adversario a su medida.

Carlos V ya no tenía rivales, pero seguía teniendo opositores: los protestantes. Quería terminar con la liga de Esmalcalda, contra la que estaba combatiendo desde hacía meses. Neutralizó a su cabecilla, Felipe de Hesse, acusándolo de bigamia. El 24 de abril de 1547, en Mühlberg, sobre el Elba, el emperador derrotó a los príncipes alemanes reformados, al mando del elector Juan Federico de Sajonia, a quien tomó prisionero. La liga ya no existía y el vencedor podía creer en la derrota del protestantismo. Le encargaron a Tiziano un cuadro para conmemorar ese hecho de armas: la tela fue pintada un año más tarde, mientras el emperador se encontraba en Augsburgo. Carlos V, con el casco y la armadura ceñida por una banda roja, un paramento igualmente rojo para su caballo negro, sostiene una lanza. Se ve decidido, dispuesto para el combate. El fondo muestra un cielo rojizo que anuncia la inminencia de la tragedia. La pose recuerda una famosa estatua ecuestre del emperador Marco Aurelio. El Habsburgo es presentado como un vencedor en el atardecer de uno de los días más importantes de su vida. Si se compara esta obra con otro cuadro ejecutado en la misma época por Tiziano, se nota una gran diferencia. El emperador, que lleva una gorra, está sentado frente a un decorado que muestra una columna y un río. Por una vez, el rostro, de tres cuartos, esboza una sonrisa detrás de su barba, aunque parece desconfiado. En su mano derecha, Carlos V tiene un guante.

El vencedor aceptó hacerles algunas concesiones a los luteranos, pero el arreglo que propuso no contenía ninguna para los calvinistas. ¿Y el Concilio de Trento? Sus trabajos, que apenas avanzaban, fueron interrumpidos por la reacción del Papa: Pablo III estaba horrorizado por las consecuencias de la victoria de Mühlberg. Le ordenó a su legado que se declarara enfermo –¡una epidemia imaginaria!– y, por la ausencia de los príncipes protestantes, que trasladara el Concilio a Bolonia, tierra del papado. Carlos V, que sospechaba una trampa, quizá la constitución de una liga contra él, rechazó ese sospechoso desplazamiento, y sus cardenales españoles se negaron a hacerlo. ¿Bolonia? En esa ciudad había sido coronado cuando Roma estaba en ruinas por su culpa. Pero el Papa mantuvo su decisión y los demás cardenales la aprobaron. La ira del emperador fue una de las más violentas de su vida pública. El soberano, prematuramente envejecido, y cuya enfermedad era persistente, le escribió a su hermano Fernando que si Pablo III no renunciaba, él, el emperador, convocaría otro Concilio para transformar la Iglesia sin su intervención. El Concilio, escindido en dos partidos, suspendió sus discusiones. Se sucedieron varias crisis y en Alemania se agravaron las divisiones.

Entonces, Carlos V ya no tuvo contemplaciones con el Papa: incluso le dedicó palabras insolentes y escandalizó deliberadamente al nuncio.

El “Interim de Augsburgo” molestó a católicos y protestantes

Sin embargo, renunció a presidir un Concilio y organizó una Dieta en Augsburgo en el verano de 1548. Entre ataques de gota y dos episodios de fiebre, el emperador intentó recuperar treinta años de atraso. Se rodeó de humanistas, teólogos y obispos. El 30 de junio se publicó un texto que contenía lo esencial de la doctrina católica, pero estaba cerca del luteranismo: concedía el casamiento de los sacerdotes y la comunión bajo las dos especies. A través de ese texto, el emperador, autoridad laica, se permitía apropiarse de un concilio. Sus esfuerzos por cerrar las grietas eran patéticos. El principiante de 1520, que había enfrentado a Lutero con ligereza e inconsciencia, era ahora un hombre experimentado que intentaba lo imposible, quizá torpemente, pero al menos con el propósito de unificar a las personas, cosa que no hacían ni el Papa, ni los teólogos, ni los príncipes. Su lucha, que respondía evidentemente a un anhelo de pacificación política, tenía el brío de una retaguardia desesperada. Pero el texto final, que se llamó *Interim de Augsburgo*, no les agradó a los católicos. Solo algunos protestantes lo aceptaron. Ese acuerdo solo se aplicó en algunas regiones de Alemania del sur. Aunque se restableció en el Imperio el principio del culto católico, el poder de resistencia de los protestantes fue inesperado. Una victoria a medias para el emperador y una capitulación para el Papa.

También en Augsburgo redactó Carlos V su testamento político para su hijo Felipe. Había llegado el momento de preparar los detalles de su sucesión, aunque, en el orden dinástico, ya había elegido a su hermano Fernando para heredar la corona imperial. La gota lo torturaba, pero también tenía dolores de estómago y sufría indigestiones. Además, padecía ataques de asma. En 1549, en un barco que bajaba por el Rin, el decaído soberano viajó a sus queridos Países Bajos, adonde se había retirado su hermana, la viuda de Francisco I. Permaneció allí un año, realmente cansado de ser un emperador errante y un ciudadano de un mundo demasiado vasto. La suave navegación fluvial tenía una inmensa ventaja: podía tratar con hierbas, plantas y ungüentos las hemorroides que padecía, como muchos hombres de la época. Días y días a caballo, miles y miles de kilómetros recorridos convertían esos viajes en suplicios. Durante esa larga estadía flamenca, una de las alegrías de Carlos V consistió en asistir a la ceremonia en honor al emperador y a su sucesor: la procesión del *Ommegang*, organizada por los consejeros municipales de Bruselas.

¿La muerte de Francisco I había modificado la relación entre Francia y

Carlos V? El nuevo rey, Enrique II, tenía diez años cuando, al ser liberado de la cárcel del rey de España, encargaron de su educación a Diana de Poitiers: el niño se encariñó mucho con esta mujer, que luego fue su iniciadora y su amante. Tenía veinte años más que él y ejerció un fuerte influencia sobre ese hombre, deportista como su padre, pero taciturno como el emperador. En 1533, se casó sin entusiasmo con Catalina de Médicis. Al contrario de su padre, que se rodeaba de artistas y escritores, la corte de Enrique II estaba llena de eclesiásticos y guerreros: allí rivalizaban las influencias del duque de Guisa y del condestable de Montmorency, que había abandonado su retiro de Chantilly. Como Francisco I, Enrique II tenía dos pasiones políticas: el Estado y el odio a los Habsburgo, incentivado por el detestable recuerdo de su cautiverio. Estas pasiones se unían en su convicción de que la diversidad religiosa solo podía provocar el debilitamiento del reino: el Imperio era, a su juicio, un lamentable ejemplo de ello.

Al igual que su padre, el joven monarca no soportaba el asedio a su reino.

Como su padre, Enrique II le declaró la guerra a Carlos V

Carlos V sabía que el rey de Francia detestaba, como él, a los protestantes. Pero Enrique II agregó a ello una terrible persecución, desconocida en Alemania. En el Imperio, el Habsburgo era un árbitro; en Francia, el Valois resultó ser un sanguinario, encarnizado contra los herejes: lo demostraban los múltiples autos de fe, las hogueras y los estrangulamientos. Carlos V esperaba que el martirio de los protestantes franceses disuadiera a los príncipes luteranos de hacer causa común con el rey de Francia. ¿Cómo se atreverían a unirse a un monarca que había instalado una Cámara Ardiente (que condenaba a la hoguera), primero en París y luego en los parlamentos de todas las provincias? En 1550, la desaparición del Papa alivió a Carlos V. La elección de Julio III, irascible y aficionado a la buena mesa, fue una buena noticia: aunque ese prelado había ordenado, siendo cardenal, el traslado del Concilio a Bolonia, finalmente apoyó al emperador, impresionado ante sus infatigables esfuerzos por “reunir a las ovejas descarriadas”. De modo que el Concilio se reanudó en Trento, en presencia de muchos luteranos.

Como las mismas causas producen los mismos efectos, Enrique II actuó como su difunto padre. Mientras continuaba su política represiva contra los protestantes de su reino, trataba de vengarse, negociando con los príncipes reformados alemanes. Mauricio de Sajonia era el más influyente: después de haber sido partidario del emperador, cambió de bando. Carlos V, informado por su hija María, no podía creer en esa traición, una de las más inesperadas en una época que ya había visto muchas. Mauricio de Sajonia

le propuso al rey ocupar las ciudades libres de Metz, Toul y Verdún, así como Cambrai, con el título de vicario imperial, a cambio de una ayuda contra Carlos V.

El rey aceptó. Además de su resentimiento debido a su cautiverio, Enrique II se sintió humillado cuando invitó –¡era un desafío!– a Carlos V a su coronación y este respondió que, si volvía a Francia, lo haría al frente de 50.000 hombres. El joven monarca no podía olvidar esta respuesta, y menos perdonarla. El 15 de enero de 1552, hizo una alianza con los príncipes protestantes, que le entregaron el ducado de Lorena y sus obispados a cambio de 240.000 escudos de oro... para empezar. Ese tratado fue el único que firmó en Chambord. Sus consecuencias aún pueden verse en la actualidad, como lo señaló el archiduque Otto de Habsburgo: "Fue la primera vez que un documento internacional establecía el derecho de las nacionalidades. Por esa misma razón, el Sacro Imperio perdió su razón de ser".

En lo inmediato, esta audaz convención obligó al rey a enviar a su intendente a París, a la Administración de la Moneda, con el objeto de entregar la vajilla de plata de la nobleza, que sería fundida y transformada en monedas para alimentar el tesoro de guerra. Luego, Enrique II, rey de Francia convertido en vicario imperial, se dirigió a *sus* obispados. El paseo militar empezó bien. Toul abrió sus puertas y Metz fue invadida por sorpresa. Las poblaciones parecían felices de ser liberadas de la tutela imperial. Pero la "expedición a Austrasia", ese reino del Este así llamado en referencia a los tiempos merovingios, se estropeó al llegar a Estrasburgo. Después de cruzar el Rin fue peor: la frialdad se convirtió en hostilidad. El rey dio media vuelta y, pasando por Luxemburgo, como lo había hecho su padre, se dirigió a Metz. Durante ese tiempo, Mauricio de Sajonia, que le dio a la traición una dimensión shakespeariana, fomentó un ataque sorpresa a Innsbruck, donde se encontraba Carlos V. Este último estaba abrumado, exhausto y sorprendido de que Enrique II fuera tan vengativo como lo había sido Francisco I. El 6 de abril, a la medianoche, el emperador, preso de pánico, huyó del vasto edificio heterogéneo construido por sus antepasados, el Hofburg, que sería transformado en el siglo XVIII por María Teresa. Por la puerta trasera se deslizaron seis siluetas: las de Carlos V, dos chambelanes y tres sirvientes. Luego, en la oscuridad nevada, debieron alzar al soberano y colocarlo sobre un caballo. El emperador estaba como paralizado y era incapaz de sostenerse sobre la montura, quizá víctima de un mal totalmente desconocido en esa época: la diabetes. Lo más asombroso fue que nadie notó la huida de Carlos V. ¡Creían que Su Majestad estaba descansando! El grupo emprendió el camino a Brenner, pero debió regresar a Innsbruck porque estuvo a punto de encontrarse con los hombres de Mauricio de Sajonia. Faltó poco para que este tomara prisionero al emperador. ¡Qué revancha habría sido para Enrique II!

¿Y qué sucedió? Casi nada, porque una vez más, faltó el nervio de la

guerra y los mercenarios eran como los suizos: no combatían si no les pagaban. Allí, en el corazón de Austria, Fernando, el hermano de Carlos V, aunque no estaba en los mejores términos con él, aprovechó esa circunstancia. Negoció con el infame Mauricio de Sajonia, sabiendo muy bien que había intentado capturarlo.

En Innsbruck, Carlos V escapó en dos oportunidades de los protestantes

Llama la atención la lentitud de las discusiones y de las negociaciones en esos asuntos, y también los períodos de tregua, a menudo invernales, entre los beligerantes. No solo la falta de dinero inmovilizaba a los hombres: también las duras condiciones de la vida en campaña, que no cambiarían hasta el siglo XIX. Los príncipes y los simples mercenarios estaban agotados. Por otra parte, la medicina y la cirugía eran aún muy rudimentarias y los equipamientos, reducidos. Necesariamente sobrevivían los que tenían una resistencia especial, logrando superar sus enfermedades. Ese fue el caso de Carlos V. El astuto emperador intuyó que las conversaciones entre el sajón y su hermano no tenían otro objetivo que el de reforzar los hilos de la red. Como en un folletín de Alejandro Dumas, volvió a huir, pero se vio forzado a ir más lejos, a Carintia, al sur de Austria. Aturdido, se refugió en las tierras de su hermano. Como la situación no tenía salida, le encargó, con reticencias, a Fernando que negociara un acuerdo en Passau, en la confluencia entre el Danubio, el Eno y el Ilz. El 15 de agosto de 1552, Fernando firmó, en nombre de su hermano, una convención que confirmaba las libertades de los príncipes germánicos: eso era un triunfo para los luteranos que, al igual que los católicos, tuvieron el derecho de practicar su culto. En consecuencia, los príncipes alemanes podían olvidar a sus aliados franceses, de cuya magnanimidad habían disfrutado.

Carlos V no podía aceptar la pérdida de sus ciudades, en particular Metz, que permitía separar a Flandes del Franco Condado y debilitar la defensa de Flandes. El emperador se organizó a pesar de los reproches de su hermana María, regente de los Países Bajos. No la escuchó y aseguró que tomaría el mando. Ella estaba doblemente preocupada, porque su hermano sufría atrozmente por la gota y porque el invierno era propicio para las deserciones. Pero el emperador podía contar con un español, el duque de Alba, un gran soldado que lo había ayudado en su victoria de Mühlberg. Ahora estaban frente a Metz, antiguo centro del Renacimiento carolingio. El duque de Guisa, encargado de su defensa, había recibido la ayuda de un pariente cercano de Catalina de Médicis, el ingeniero Strozzi, especialista en fortificaciones. La ciudad había acopiado víveres y municiones. Un verdadero depósito, más un arsenal. Los soldados imperiales contaban con una fuerte artillería para el sitio. En seis semanas, sus cañones lanzaron

15.000 balas, pero cada vez que se perforaban las murallas, Guisa y Strozzi rellenaban los orificios. Como por arte de magia, tras cada disparo se levantaban nuevos muros. El 20 de noviembre, el invierno transformó el suelo en barro congelado: los sitiadores estaban mucho peor que los sitiados. El propio Carlos V, debilitado, se retiró a Thionville. Pero como le dijeron que el coraje de sus soldados vacilaba, regresó para dirigir la maniobra desde su litera, ordenando un ataque general. Al fin y al cabo era el bisnieto de Carlos el Temerario, obstinado, vengativo y furioso como él, con una mezcla de valentía y de inconsciencia. Hasta el final, eludió el fantasma del retiro, pero este era inevitable. El 1º de enero de 1553, Carlos V se vio forzado a abandonar, después de perder las tres cuartas partes de sus efectivos. Los sobrevivientes estaban hambrientos y tiritaban de frío. Con elegancia, el duque de Guisa, que había liberado Metz, envió a un cirujano, Ambroise Paré, para curar a los heridos que se encontraban junto a las murallas. El médico salvó de una muerte segura a muchos amputados, sustituyendo las ligaduras de las arterias por la cauterización con hierro candente. El emperador se alejó, amargado. Esa ciudad que le había resistido era una canalla.

“La fortuna es mujer –dijo–. No le gustan los viejos”.

Aunque más tarde se desquitó en algunos combates, las consecuencias de su retirada frente a Metz fueron enormes. El duque de Guisa era un héroe, los católicos lo festejaban y Enrique II había vengado a su padre. Y sin embargo, el rey de Francia debía preocuparse. Después de la muerte, prematura, de su medio hermano Eduardo VI, rey de Inglaterra, María Tudor, la ferviente católica María (futura *Bloody Mary*, “María la Sanguinaria”), se convirtió en reina de Inglaterra. Era la hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, y de 1522 a 1525, había estado prometida a Francisco I y a Carlos V, que rompió el compromiso y luego se arrepintió. Tres semanas más tarde, el emperador quiso casarla con su hijo Felipe, viudo de María de Portugal. Felipe se habría casado con una de sus cuñadas, ¡pero el emperador consideró que su dote era demasiado miserable! María dudó durante varias semanas, considerando los pros y los contras. Era baja y delgada, tenía once años más que Felipe, voz masculina, una boca severa y un carácter obstinado que había heredado seguramente de su abuela, Isabel la Católica. Con sutileza, el embajador de Venecia declaró que la belleza de su alma era más grande que su belleza física… Por otra parte, ella advirtió: “Yo perdería, sin dudar, diez coronas antes que poner mi alma en peligro”.

Ella, que había sido tan humillada y tan amenazada, restableció las relaciones con Roma y restauró la religión católica. A María siempre le habían gustado los españoles, aunque esto le chocaba a su entorno. Al casarse con Felipe, recuperaba su país materno.

Una boda anglo-española muy preocupante para Francia

Después de la firma del contrato en Londres, el 12 de enero de 1554, la boda se celebró el 25 de julio en Winchester. Carlos V estaba eufórico y por un momento se olvidó de la gota. Esa unión le parecía una obra maestra insuperable, inimaginable. El acercamiento del Imperio con Inglaterra tendía un gigantesco puente, desde la Mancha, a través del Atlántico, hasta las colonias y virreinatos españoles. Se podría trazar una línea sobre esos globos terráqueos que despertaban la imaginación de los navegantes: ¡Amberes-Londres-Augsburgo-Milán-Nápoles-Toledo-Lima! Decididamente fueron los matrimonios, más que las guerras, los que edificaron ese enorme poder. La estrategia de las alianzas matrimoniales siempre prevaleció en los Habsburgo, y en este caso, el emperador fue más imaginativo que frente a Metz. Agreguemos que la alianza Habsburgo-Tudor fortaleció el comercio de los Países Bajos. Enrique II, molesto, y el condestable marcharon sobre Bruselas. Carlos V, temblando de frío en pleno verano, con la barba y los cabellos blancos, hizo un esfuerzo sobrehumano para enfrentar al enemigo. Por última vez, estuvo al frente de su ejército. Después de algunos combates dudosos, los franceses fueron detenidos frente a Namur: eso era lo más importante.

El emperador estaba muy preocupado por Alemania, porque persistía la amenaza de su división religiosa y política. Como había ido allí para ratificar la convención de Passau, convocó la Dieta en Augsburgo, pero se negó a presidirla porque todo aquello era demasiado para su espíritu y demasiado para su cuerpo. Delegó la tarea en su hermano. El 25 de septiembre de 1555, mediante la Paz de Augsburgo, Fernando I se puso de acuerdo con los electores germánicos para otorgarles la libertad de conciencia a los luteranos, con la condición de que renunciaran a sus beneficios. Los príncipes decidirían el culto de sus súbditos, en virtud del adagio *cujus regio, ejus religio*. Un sacrificio y un fracaso para Carlos V. Como si la convicción de haber traicionado el sueño carolingio le resultara insoportable, decidió abdicar, el 25 de octubre.

La noticia sorprendió. El emperador se veía envejecido, agotado y deprimido. Comer era lo único que le despertaba algún interés. En realidad, su abdicación pareció una novela por entregas. En el camino del renunciamiento, se fue despojando poco a poco, uno tras otro, de sus honores y sus poderes. Jamás se había visto semejante puesta en escena de una despedida. ¿Despedida? La despedida, progresiva pero irreversible, duró tres años.

Aquel 25 de octubre, el emperador renunció en favor de Felipe, que tenía el título de rey de Nápoles desde su casamiento, a su soberanía sobre los Países Bajos de su infancia. La escena se desarrolló en Bruselas, en el palacio ducal. Terminó su discurso con emoción: “Si lloro frente a ustedes,

señores, no es porque me disponga a poner fin a mi reinado, sino porque debo dejar este país en el que vine al mundo y decir adiós a todos los fieles vasallos que aquí dejo”.

También en Bruselas, el 16 de enero de 1556, renunció a su soberanía española, pero conservó su título de emperador. El 5 de febrero, ratificó la frágil paz –¡otra vez una tregua!– de la abadía de Vaucelles, cerca de Cambrai, tras ocho meses de enfrentamientos entre los franceses, los imperiales y los españoles en Italia. Esta paz con la Francia de Enrique II fue el último acto político de Carlos V: ¿no era todo un símbolo? Una paz extraña, ya que se firmó por cinco años.

El emperador se retiró a una pequeña casa de dos habitaciones, con una estufa

A mediados de septiembre, empezó a preparar su regreso definitivo a España. Su emoción tenía un motivo particular: su madre, la desdichada Juana la Loca, había muerto en su prisión de Tordesillas. Ella era la verdadera soberana de Castilla: él era su mandatario. Solo reinaba en su nombre y eso lo incomodaba, aunque firmara sus documentos con las palabras “Yo, el Rey”. Tras varias décadas de extravío mental y sufrimiento psíquico de la pobre mujer, fue un alivio. Y una señal: al partir Juana, su hijo también podía partir. Ella lo retenía. A principios de 1557, Carlos V fue a Valladolid, donde su última hija, también llamada Juana, era regente en ausencia de su hermano Felipe, que estaba en Inglaterra. Por último, el emperador –este era el único título que le quedaba– llegó a Extremadura, patria de muchos conquistadores que habían colonizado en su nombre y a menudo lo habían manchado con la sangre de los indígenas. El 3 de febrero, entró al monasterio de Yuste, en la provincia de Cáceres. En el silencio de la iglesia y del claustro de los siglos XV y XVI, ese hombre que había sido soberano universal se sometió a la regla de los jerónimos, la orden fundada en España y Portugal cuyo patrono era san Jerónimo. El Habsburgo se instaló en una casita retirada, en el fondo de un parque. Ese hombre que había tenido a su disposición algunos de los más bellos castillos y palacios de Europa mandó construir aquella minúscula residencia, de dos cuartos caldeados por una estufa alemana casi permanentemente encendida, porque siempre tenía frío. Trabajaba, escribía, respondía a los pedidos de consejos de su hijo, rezaba mucho. Su único placer: ¡la cocina! Hasta el final, con un fuerte deseo de azúcar… Una especialidad que apreciaba como postre era un ponche caliente con melones frescos. Lo atendían algunos médicos, pero ¿era eficaz todavía su tratamiento? Aunque el emperador había renunciado a sus cabalgatas por Europa, seguía teniendo dolores.

Pero un hombre como él no podía eludir fácilmente sus deberes y

desaparecer de los asuntos del mundo como por arte de magia. Apenas Carlos V se acomodó a su nueva vida en su ermita, llegó el consejero más importante de su hijo, Ruy Gómez de Silva, con una noticia terrible: Felipe II, rey de España desde hacía un año, había llevado al país a una completa bancarrota. Una guerra, siempre la misma desde el comienzo del siglo, había agotado el Tesoro. Enrique II era hostigado por los exiliados italianos para liberar a la península de la injerencia española. Y Francisco de Guisa ardía en deseos de cubrirse de gloria en Nápoles, donde el duque de Alba tenía el título de virrey. Después de romper la tregua de Vaucelles, el rey de Francia había enviado un ejército a Italia con el pretexto de apoyar al Papa. Y a principios de 1557, se combatía tanto en Nápoles, donde fue inútil la expedición del duque de Guisa, como en el norte de Francia. La región de Artois estaba amenazada.

¿Qué podía hacer Carlos V? Durante dos días, el emisario de Felipe II expuso sus argumentos y le suplicó que reapareciera. Su presencia alentaría a los hombres y haría que esperaran su sueldo siempre atrasado. Pero ¿dónde estaba Felipe II? En Inglaterra, donde intentaba persuadir a su esposa y al Parlamento de Londres de acudir en ayuda de España. Carlos V solo aceptó hacer averiguaciones, a la distancia, entre el clero y las ciudades. Envió correos. España le debía mucho y tenía que pagar su deuda moral y política, porque el emperador, que nunca se había sentido tan español, había elegido terminar su vida en esa tierra: un honor. Toledo envió 400.000 ducados a Valladolid, Córdoba 100.000, Sevilla 50.000. Carlos V experimentó una nueva sensación: ya no era un actor obligado a intervenir en los enfrentamientos humanos, sino un atento observador de los acontecimientos.

María Tudor –habían anunciado su embarazo pero no estaba encinta– agregó un contingente inglés a las tropas españolas para enfrentar a los franceses. En pleno verano, el 7 de julio de 1557, los españoles sitiaron San Quintín, defendido por Gaspard de Coligny, almirante de Francia desde 1552. Con él, había 700 hombres a los que Montmorency, al mando del grueso de las tropas reales, quiso aportar refuerzos por un lugar poco vigilado de la fortaleza, a causa de los pantanos de Somme. Pero los barcos que transportaban víveres y municiones se hundieron en el barro y, en la mañana del 10 de agosto, la caballería española llegó a galope tendido y aplastó a las tropas del condestable bajo los muros de San Quintín. En menos de cinco horas, el desastre fue total, pero la ciudad aún resistió, gracias a Coligny. Las cifras eran escalofriantes: 3000 muertos y 5000 heridos como consecuencia de una mala maniobra de Montmorency. El duque de Saboya, que había pasado al servicio de Felipe II, propuso marchar contra París, puesto que Enrique II ya no tenía ejército, pero el rey prefirió terminar con San Quintín. La ciudad resistió dos semanas más. Tras un último ataque, fue tomada el 27 de agosto, y durante tres días fue víctima de saqueos, violaciones y masacres. Después, pero solo después,

Felipe II hizo una entrada solemne en la ciudad devastada. No hubiera podido hacerlo sin la primera fase de la victoria, el 10 de agosto. Como ese día era San Lorenzo, Felipe II decidió hacer construir en España, en acción de gracias, un monasterio que tendría la forma de una parrilla, recordando el instrumento del martirio del santo. Sería El Escorial.

Pero en Yuste, la alegría que le procuró al emperador la victoria de San Quintín se convirtió inmediatamente en cólera, cuando se enteró de que su hijo no había estado presente en la batalla. Felipe II estaba en Bruselas, atento al afán de revancha de los franceses que deseaban borrar la afrenta de San Quintín. El duque de Guisa se dirigió a Calais, posesión inglesa desde hacía dos siglos, es decir, desde la guerra de los Cien Años, custodiada por dos fuertes, pero cuyas guarniciones eran reducidas, sobre todo del lado del mar. Guisa aprovechó la marea baja para instalar cañones en medio de las dunas. El 6 de enero de 1558, el ataque sorpresa tuvo un éxito completo sin destruir nada. Los ingleses capitularon y los franceses se limitaron a enviarlos del otro lado de la Mancha. Ese golpe de efecto despertó a Francia: ¡Calais era libre, doscientos años después de su ocupación por parte de Eduardo III en 1346! La caída de Calais repercutió ampliamente en toda Europa. Carlos V sintió “la amargura más grande de su vida” y su nuera María Tudor experimentó un dolor tan profundo que se temió por su razón. Antes de morir, dijo: “Si abrieran mi corazón, encontrarían grabado allí el nombre de Calais”.

El 3 de mayo de 1558, Carlos V quedó libre: ya no era emperador

El invierno fue fatal para el emperador. Su hermana Leonor, viuda de Francisco I, que terminaba también su vida en España, murió el 18 de febrero. Y el 24 de abril, Enrique II procedió a la boda de su hijo Francisco, el delfín, con María Estuardo. Carlos V no tenía la menor duda de que se trataba de una alianza contra España. Afortunadamente, el 3 de mayo, la Dieta de Fráncfort aceptó por fin la abdicación final: su renuncia al Imperio en favor de su hermano Fernando. Rompió así el último vínculo con la carga del poder: Carlos V se convirtió, según algunos, en el hermano Carlos, que disfrutaba almorzando al sol. Tenía ataques de fiebre, tenía frío, pero tenía sobre todo la preocupación del más allá. En esa época, se produjo un episodio extraño, que aún se discute. Al parecer, el antiguo soberano exigió un ensayo de su funeral: el 30 de agosto, habría asistido a su misa de difuntos, frente a un catafalco rodeado de cirios, en presencia de sus sirvientes, vestidos de luto. Y habría rezado por él mismo. Pero ¿acaso podía esperarse un final común y corriente para semejante personaje?

El 21 de septiembre, tras recibir la extremaunción del arzobispo de Toledo, ese hombre que fue, junto con Felipe II, el más español de los

Habsburgo, quedó al cuidado del monje Francisco de Villalba. Después de encargarle que le transmitiera a su hijo un último consejo y elegir las plegarias para sus verdaderas exequias, a las 2 de la mañana, Carlos V murió. El 3 de febrero de 1557, en el atrio de la iglesia del monasterio, a las 5 de la mañana, los noventa y nueve alabarderos de su última escolta arrojaron o rompieron sus armas en señal de despedida al emperador. Después de una vida increíble en la que recorrió permanentemente Europa, pero no sus tierras de América, seguramente habrá muerto, por supuesto, de agotamiento y enfermedad, pero también de cansancio, por sus fracasos y sus errores, el mayor de los cuales fue no haber presentido la importancia de la Reforma. Ironía de ese cisma gigantesco: algunos meses antes de su fallecimiento, ese hombre que no había comprendido a Lutero, se enteró de que había luteranos escondidos en Valladolid. ¡La herejía en España! Carlos V fue el último soberano de la Edad Media en una época en que ya habían surgido nuevas fuerzas políticas. Le confirió a la Casa de Austria un poder inédito y dio lugar a una paradoja: él, que era borgoñón, se había vuelto español, mientras que su hermano Fernando, que era español, se había vuelto austríaco. El sueño de Carlos V de constituir un Imperio cristiano universal, no se pudo lograr a causa de una idea nueva difundida por su adversario Francisco I: el Estado-nación. Ese duelo de gigantes fue también el de dos épocas. Su sucesión fue reveladora: su hermano era emperador sin ser rey de España, su hijo era rey de España sin ser emperador. Él había dividido los poderes y las competencias, seguramente para resolver el problema de los territorios desmesurados. ¿Acaso no había pasado casi toda su vida galopando? Carlos V fue un caso único. Como seguramente habría dicho el rey de Francia Francisco I, si hubiera enterrado a su cuñado: “¡Qué gran emperador!”.

5
Felipe II, el austero Habsburgo de España (1556-1598)

Fue en los Países Bajos donde la muerte del emperador provocó la mayor conmoción, pero toda la Europa de los Habsburgo organizó ceremonias fúnebres en su memoria. En Valladolid, en Toledo, en Viena, pero también en Roma y en Bolonia, multitudes de personas rezaron por el difunto. Felipe II estaba muy abatido por el doble fallecimiento de su padre y de su tía María. El nuevo rey de España se retiró a una abadía cerca de Bruselas. Regresó el 28 de diciembre de 1558 y entró a la ciudad en plena noche. Bruselas estaba petrificada, silenciosa: sonaba el toque de muertos tres veces por día y se cancelaron todas las fiestas de fin de año. Se decretó un duelo de cuarenta días. Los viernes y sábados siguientes, Felipe II encabezó varios oficios en la Catedral de Santa Gúdula (hoy San Miguel y Santa Gúdula), "una nave anclada en el corazón de Bruselas", sobre una colina: un bellísimo monumento gótico brabanzón cuya construcción había comenzado en el siglo XIII. Allí, Felipe II se encontraba bajo la mirada de su familia, representada en notables vitrales: al norte, sus padres, Carlos V e Isabel de Portugal, y al sur, Luis II, rey de Hungría y su esposa María, la hermana del emperador. Bajo las bóvedas de esa catedral, Carlos V había sido coronado rey de Castilla y de Aragón cuarenta y dos años atrás, en 1516.

Tres mil cirios lanzaban una luz cálida y temblorosa sobre el catafalco vacío. El cetro, el globo y la corona allí colocados eran los de su coronación; su espada estaba en el altar. Pero lo más llamativo fue la presencia de veinticuatro caballos dentro de la catedral: cada uno de ellos era sostenido por la brida por un gentilhombre. Los caballos llevaban paramentos y los escudos de armas de las diversas posesiones imperiales: "Un detalle emocionante: cuando el último caballo –el que se llamaba *caballo de duelo*, recubierto hasta los cascos de terciopelo negro marcado con una cruz roja– pasó frente a las filas de los Caballeros del Toisón de Oro, uno de ellos, el conde de Boussu –que había sido el gran escudero del emperador–, cayó de rodillas y permaneció así prosternado, sacudido por los sollozos, durante un largo cuarto de hora", según Pierre Chaunu.

Era una escena grandiosa, impresionante y significativa, ya que Carlos V había pasado su vida a caballo. Su lejanía, casi permanente, no le había permitido guiar, en forma continuada, la educación y la instrucción de su hijo. Felipe II, nacido en Valladolid en 1527 y criado en Castilla, nunca había querido salir de España. Desconfiaba mucho de las influencias extranjeras. Fue amado por sus súbditos españoles, pero no supo comprender ni apreciar a los hombres venidos de otras partes, ni las costumbres diferentes de las suyas. Como dijo un embajador, "los italianos

apenas lo querían, los holandeses no lo querían en absoluto y los alemanes lo encontraban odioso".

Su padre era distante, misterioso, difícil de abordar, estaba abrumado por una misión hercúlea y se veía obligado a realizar viajes extenuantes y continuos, pero decidía rápido. Al galope. El tiempo y las enormes distancias a recorrer eran sus enemigos. Felipe II fue más sedentario, pero, a pedido de su padre, había realizado un largo viaje de tres años a Italia, Alemania y los Países Bajos, antes de descubrir Inglaterra en 1554. Sus súbditos españoles lo apodaban "el rey papelero", porque siempre quería examinar personalmente los documentos emitidos por la inmensa burocracia establecida bajo el reinado complejo y centralizado de Carlos V. Gran trabajador, este rey burócrata desconfiaba de los consejeros y más aún de los favoritos, que podían jugar para las cortes europeas. Era lento, casi timorato, y prefería encargarse en persona del análisis de los expedientes con una minuciosidad casi obsesiva, deteniéndose en detalles sin importancia: como se sabe "el diablo está en los detalles". La maquinaria administrativa era lenta, a su imagen. Él recién tomaba sus decisiones después de haber considerado todas las consecuencias posibles, sopesando largamente las ventajas y las desventajas. Aprobara o desaprobara el resultado de un debate entre sus ministros (de diez a doce), el tema se demoraba mucho tiempo sobre su escritorio antes de que estampara su firma "Yo, el Rey", que ya era la de su padre. Para criticar su indecisión, sus contemporáneos lo ridiculizaron con el apodo, "Felipe el Prudente", que ya no se justificó a partir de 1580, cuando mostró una súbita energía. Temía no poder igualar a su padre, que fue durante toda su juventud una sombra a la vez distante y pesada. Como no confiaba demasiado en sí mismo, se refugió en una estricta aplicación de principios, con lo que, por otra parte, muchas veces obtuvo buenos resultados. La razón de Estado era su religión política. Pero su falta de seguridad interior y de imaginación lo hizo vulnerable a las intrigas: su secretario particular, Antonio Pérez, aprovechó su posición para vender secretos de Estado y mandar asesinar a uno de sus rivales, y comprometió la corona de España en la sucesión de Portugal.

Sin duda estaba penetrado por el carácter divino de su misión, que era la de garantizar el triunfo de la fe católica, y por lo tanto, combatir la herejía, por medio de un poder absoluto. Y a medida que se producían las sucesivas abdicaciones de su padre, Felipe se convirtió en soberano de España y de sus colonias americanas, de las posesiones aragonesas en Italia, en particular en Nápoles y Sicilia, y de la muy disputada sucesión borgoñona (Países Bajos y Franco Condado). Desde 1554, era, por matrimonio, rey de Inglaterra y de Irlanda, y en 1580, sería rey de Portugal. A partir de 1540, se agregaron el famoso ducado de Milán y, por supuesto, el título de archiduque de Austria recibido al nacer. Era mucho, pero no era emperador, y Carlos V era titular de... ¡diecisiete coronas! En muchos aspectos, su padre había fracasado en su voluntad de "gobernar el Universo". En cambio,

Felipe II era el jefe de la Casa de Habsburgo. Y España era su dominio.

Felipe II tendría cuatro bodas y… cuatro funerales

En el retrato de Felipe de pie que hizo Tiziano en 1553 –Felipe tenía veintiséis años–, su rostro, por supuesto, alargado, no se ve tan deformado como el de su padre, y su boca, carnosa, está cerrada. El hombre no era sensual. Las mangas de su abrigo, corto, están bordadas en oro. Sus atavíos eran a menudo dorados, y atenuaban el brillo de su collar de la Orden del Toisón de Oro, de la que era el gran maestre. La vida personal del hijo de Carlos V, en la que los desafíos políticos estaban en primer plano, estuvo llena de desgracias y experiencias dolorosas. En treinta y cinco años, enviudó cuatro veces. Sus cuatro bodas reflejaron las tradicionales combinaciones matrimoniales de los Habsburgo. Tuvo esposas que simbolizaron acuerdos, alianzas y ambiciones sucesivas y a veces contradictorias. El rey se casó con una portuguesa, una inglesa, una francesa y una austríaca. A falta de dirigir el mundo, abrazó a Europa.

Tras una infancia austera, lo casaron a los dieciséis años, en 1543, con la infanta María de Portugal, su prima hermana. El matrimonio se destruyó en 1545 por el fallecimiento prematuro de María. En ese dolor se implantó la cruz que constituyó su hijo, Don Carlos, nacido el 8 de julio de 1545 en Valladolid, con el título de príncipe de Asturias. El desdichado niño era tartamudo, deforme y raquítico, probable consecuencia de matrimonios consanguíneos. De carácter violento, con ataques de epilepsia, actitudes sádicas y tendencias homosexuales, no tenía condiciones para el estudio y su destino fue una conmovedora tragedia a repetición que inspiraría varias obras literarias y teatrales, y una ópera: *Don Carlo*, de Verdi. Felipe II declaró a Don Carlos incapaz de reinar, mientras esperaba tener otros hijos legítimos. Se volvió a casar con María Tudor, en 1554: Carlos V aún vivía y se sintió feliz por ese acuerdo. La hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón había estado prometida, como vimos, a un hijo de Francisco I, y luego ¡al propio Carlos V! María Tudor, enferma desde hacía mucho tiempo, se había vuelto muy impopular por su intolerancia religiosa. Su orden de ejecutar a trescientos protestantes fue algo imperdonable. María murió tras cuatro años de matrimonio, sin haber tenido hijos. En la vida de la pareja hubo diferencias y discusiones tormentosas. El heredero de Carlos V estaba muy preocupado por no tener un hijo que pudiera consolidar la unión entre los reinos de España e Inglaterra: con la muerte de María Tudor, ese proyecto quedó descartado, porque ella había designado para sucederla a su media hermana Isabel, muy contraria al sanguinario catolicismo de María. Por lo tanto, Felipe II no podía contar con el apoyo de los ingleses. Tenía que pensar en dos problemas y encontrarles una solución: en primer lugar, con quién se casaría en terceras nupcias, y en segundo lugar, qué haría con Don

Carlos, su heredero inhábil, que no podía ser su sucesor. Felipe II estaba en una situación ideal para un dramaturgo, pues se había casado con la heredera del trono de Inglaterra e Irlanda, anteriormente comprometida con su padre. ¡Espíritu de familia! Y ahora, después de haber pensado en casar a Don Carlos con la princesa Isabel de Francia, hija del rey Enrique II, el rey de España la encontró a su gusto y decidió sustituir a su pobre hijo, a quien él mismo había marginado. Al suplantar a Don Carlos, Felipe II humilló aún más a ese príncipe asocial y malicioso que luego se dedicó a vengarse de sus desventajas. En realidad, ese matrimonio fue la consecuencia de un desenlace que se creía imposible en la historia europea: el final, tras sesenta y siete años de conflictos, del ciclo infernal de las guerras de Italia entre los Habsburgo y los Valois. Las negociaciones habían puesto en evidencia la falta de dinero, tanto del rey de España como del rey de Francia. Felipe II, sin recursos, había tenido que recurrir sobre todo a pesados préstamos de banqueros lioneses e italianos. Era el momento de dejar de lado los rencores por las guerras, las traiciones, las ocupaciones y las restituciones de territorios, que solo habían servido para provocar decenas de miles de víctimas, aumentar las deudas y alimentar un conflicto entre Francia y la Casa de Austria que, entre crisis y treguas, continuaría hasta 1918.

El 2 de abril de 1559, en Cateau-Cambrésis, en el norte de Francia, se firmó un primer tratado entre la realeza francesa y la de Inglaterra. Enrique II conservaba Calais, logrando así "echar a los ingleses fuera del reino". Le costó al Tesoro francés 500.000 escudos de oro, a pagar en ocho años, so pena de volver a perder Calais. Francia consolidaba su ventaja en el norte y en el este, conservando San Quintín y los famosos tres obispados de Metz, Toul y Verdún, esas sólidas murallas contra una eventual invasión de los imperiales. Eso no estaba expresamente previsto en el acuerdo, pero el emperador Fernando I, en ese momento en dificultades con los príncipes alemanes y los turcos, no estaba en condiciones de plantear objeción alguna. Francia perdía Saboya y las principales ciudades del Piamonte. ¡Adiós a la Italia francesa! Se había establecido que al día siguiente, 3 de abril, el duque de Saboya se casaría con Margarita, la hermana de Enrique II, y que Felipe II se uniría a la joven Isabel de Valois, hija de Enrique II y Catalina de Médicis.

El abandono del sueño italiano provocó críticas francesas, en particular las del duque de Guisa, furioso por las excesivas concesiones otorgadas a sus antiguos adversarios en Italia. Pero el rey resistió... En Siena, podía admirarse una magnífica alegoría de los tratados de Cateau-Cambrésis: sobre una alfombra roja, los dos soberanos, con sus coronas puestas, se abrazan. Pero en realidad, aquel abrazo era una ficción, porque ni Felipe II ni Enrique II asistieron a esa ceremonia que con "un solo trazo, anulaba las conquistas de más de treinta años". A partir de ese momento, la imagen, formidable instrumento de propaganda, nunca dejaría de influir en la

política y en las mentalidades.

Torneo fatal en París: Enrique II murió por un lanzazo en un ojo

Para celebrar dignamente la paz y las dos bodas, Enrique II mandó organizar espléndidos festejos en París. Felipe II se hizo representar allí por el duque de Alba, pero el duque de Saboya asistió en persona. El 22 de junio, el rey de España, de treinta y dos años, se casó por poder con la joven Isabel de Francia, de catorce años, en Notre Dame. Luego, se realizaron los espectáculos. Las justas a caballo en la rue Saint-Antoine, donde Carlos V había sido fastuosamente recibido, atrajeron a una enorme multitud. El 30 de junio, en el tercer torneo, la lanza del conde de Montgomery se quebró contra la coraza del rey, se deslizó con violencia bajo su visera y entró profundamente en su ojo hasta el cerebro. Durante varios días, el cirujano Ambroise Paré y su colega Vésale, famoso anatomista enviado desde Bruselas por Felipe II, intentaron extraer las esquirlas de la herida, pero la lesión era demasiado profunda. Para poder preparar la regencia, Catalina de Médicis no hizo anunciar la muerte de su esposo hasta el 10 de julio. Ella estaba a su lado, en el palacio de Tournelles. Rodeado por el cardenal de Lorena y el condestable de Montmorency, el rey expiró, oficialmente, a la una de la tarde: se dijo que su agonía había durado diez días. Paralelamente, la boda de la hermana del rey, Margarita, con el duque de Saboya fue bendecida, sin ninguna pompa, en una simple habitación del palacio.

En doce años de reinado, Enrique II había conducido bien su política exterior; los Habsburgo, sus enemigos históricos, se habían convertido en parientes y aliados. En el momento de la muerte de su rey, en el verano de 1559, Francia ya no tenía enemigos en el exterior. En el interior, en cambio, la Reforma contaba con más adeptos, desde la corte hasta los medios rurales. Había alrededor de 400.000 protestantes y más de 1400 iglesias. Al querer "purgar al país de la herejía", encendiendo hogueras e intensificando la represión, Enrique II había fracasado. Como Carlos V. Se podía temer una revuelta contra la autoridad real. Pesaba sobre el reino la amenaza de una guerra religiosa que podía degenerar en una guerra civil.

Felipe II seguía con preocupación los antagonismos franceses. Se interrogaba sobre la capacidad del nuevo rey, Francisco II, un alfeñique de catorce años al que acababan de casar con María Estuardo, una joven muy alta de piel transparente. Esta reina de Francia de dieciséis años era también reina de Escocia. Por suerte, según consideraba Felipe II, aunque legalmente era mayor de edad, el demasiado joven monarca le dejó a su madre, al cardenal de Lorena y sobre todo al muy católico duque de Guisa, pariente de María Estuardo, la tarea de gobernar Francia.

En España, alarmada por los rumores de una infiltración calvinista, la Inquisición reforzó la censura. En ese mismo año 1559, con el apoyo de la opinión pública, la puesta en el *Index* destruyó muchas obras consideradas heréticas. El rey era un ardoroso defensor del catolicismo en el país en el que esa religión era la más ardiente. Las motivaciones reales se apoyaban también en argumentos geográficos: el islam al sur y la creciente amenaza del protestantismo al norte fortalecían su carácter de defensor de una fe inviolable. Por lo menos, la paz aseguraba la hegemonía española en Italia. Pero lejos de España, nuevos disturbios agitaban a los Países Bajos. La aristocracia local se sentía amenazada en sus privilegios por la regente, Margarita de Parma (o de Austria), media hermana natural de Felipe II. Su hermano acababa de confiarle la regencia de los Países Bajos: en realidad, la puso bajo la tutela de una especie de consejo secreto, la "Consulta", compuesta por tres hombres, entre ellos, el borgoñón Granvelle, verdadero amo del país. Solo una pequeña fracción de la nobleza era calvinista, y algunos de sus miembros más eminentes, como Guillermo de Orange, se interesaban por la nueva religión, pero la presencia de la guarnición española no hacía más que intensificar las tensiones.

En Viena y en toda Austria, Fernando I consolidó el Imperio

Algunas circunstancias, tanto familiares como políticas, provocaron el drama final. Aunque para los Habsburgo, la personalidad y el rango de Felipe II colocaban a España en el centro de sus preocupaciones y de su poder, no debe olvidarse la rama menor de la dinastía representada por el hermano de Carlos V, el emperador Fernando I, tío de Felipe II, que reinaba en Austria. Aunque tenía el famoso labio inferior saliente de los Habsburgo, era más alegre que su hermano, le gustaba la música y la lectura, y sentía una gran curiosidad por todo. Algunos de sus allegados decían que era un "barril de pólvora" porque, en sus entusiasmos, era capaz de explotar. Había llenado la Biblioteca Imperial de Viena de valiosos manuscritos griegos, exhibió ante los vieneses seis camellos tomados a los turcos y expuso los primeros tulipanes y las primeras lilas que se vieron en el mundo occidental. Ese temperamento ilustrado y jubiloso era una reacción contra su infancia siniestra y mórbida. Él también había seguido el féretro de su padre errante en una dolorosa procesión a través de España, como lo había exigido su madre. Él también la había visto hundirse en la demencia y merecer su apodo de Juana la Loca. Y cuando, a pesar de haber nacido y ser educado en España, tuvo que cederle su lugar al mayor y dirigirse a los Países Bajos, sufrió un fuerte impacto, que le dejó un sentimiento de injusticia.

Después de muchas dilaciones, Carlos V, que sentía acercarse su fin, le

había transmitido el título de emperador con la misión de vigilar a la Europa central siempre codiciada por los turcos con el apoyo del traidor Francisco I. No debía olvidar su primer título, emblemático, de archiduque de Austria, ni los títulos de rey de Estiria, Carintia, Carniola, Bohemia y Hungría. En el camino de regreso de Constantinopla, Fernando I era, pues, el atento conserje del mundo cristiano. Aunque, para la posteridad, su recuerdo fue opacado por el de Felipe II, el emperador que sucedió a Carlos V tenía tantas responsabilidades como el rey de España, y su situación geográfica, en Viena, era más peligrosa que la de su hermano. Felipe II debía enfrentar protestas internas en sus Estados, pero Fernando estaba amenazado en sus fronteras orientales. Y necesitó tener una paciente energía para dejar de ser un príncipe español que hablaba mal el alemán y volverse austríaco. El mismo problema, aunque invertido, había enfrentado su hermano Carlos V. Fernando y su esposa Ana batieron todos los récords de progenitura en las cortes de Europa: tuvieron quince hijos, de los que sobrevivieron doce. Por su madre, tenían sangre extranjera, francesa y polaca, felizmente mezclada con la de los Habsburgo. Fernando y Ana eran muy unidos y visiblemente felices. Como su hermano, como Francisco I, como Enrique VIII, Fernando siempre estaba corto de dinero. Y si lo tenía, lo gastaba para su esposa. A un consejero que le reprochó su generosidad conyugal, le contestó: “Es preferible gastar dinero por su esposa legítima que correr tras las prostitutas”.

Frente a las exigencias reformadoras de Lutero, Fernando entendió mucho mejor que el tráfico de indulgencias, bajo la supervisión de Roma, les resultaba chocante a las personas y perturbaba las conciencias. Y, más que su hermano, comprendió el peligro político que implicaba la Reforma: el motivo por el cual los príncipes alemanes propiciaban tan abiertamente la escisión era el de limitar la autoridad imperial. Y el vivo interés de su hijo Maximiliano por la nueva religión provocó una grave crisis entre el emperador y su hijo hasta que este renunció, oficialmente, a abrazar la herejía. Tres de sus hermanas, religiosas, rezaron con fervor para que volviera a la buena senda, y Felipe II mostró su alivio. El 25 de julio de 1564, Fernando I, sucumbió a una tuberculosis que sus médicos no habían sabido diagnosticar y le entregó su alma a ese Dios al que siempre había servido. Antes había dispuesto que sus espléndidas obras de arte y sus curiosidades quedaran definitivamente en Viena, en el palacio Hofburg, sin que se dividieran. El nuevo emperador fue su hijo mayor, Maximiliano II, de treinta y siete años, que se casó con una de sus primas, María, la penúltima hija de Carlos V. Se encargó de ordenar la parte oriental del Imperio de los Habsburgo.

El desequilibrado Don Carlos conspiró contra su padre Felipe II

En ese momento se produjeron algunos incidentes gravísimos entre Felipe II y Don Carlos. Al rey le desesperaba ver que su hijo solo se interesaba por una cosa: ¡la comida! ¡Al fin y al cabo, era nieto de Carlos V! Comía en forma casi ininterrumpida. Su voz era cada vez más femenina, su tartamudeo se acentuó, su pierna derecha era más corta que la otra y rengueaba terriblemente. Todos los cuidados y toda la educación que su padre había querido darle no sirvieron para nada. Además, una noche en que se dirigía, por una escalera mal iluminada, a encontrarse, según se dijo, con la hija de un jardinero que solía recibir sus atenciones, se cayó, se abrió la cabeza y prácticamente perdió la vista. Llamaron con urgencia al mismo médico que había atendido a Enrique II después de su torneo fatal, el cirujano Vésale, pero este admitió su impotencia. Carlos tenía demasiadas "desventajas", según la púdica palabra usada por un franciscano que se encontraba junto a su lecho con unos boticarios. En sus delirios, Don Carlos se entretenía en golpear a sus criados y a sus caballos. A veces, incluso se volvía amenazante con su daga. ¿Qué podía hacer el rey con ese hijo? ¿Quién podría aceptarlo como esposo, sin hablar de las consecuencias que podría tener una hipotética, y calamitosa, paternidad? Para desafiar a su padre, Don Carlos anunció que se casaría con su prima Ana, una hija de Maximiliano II. Alarmado, Felipe II se opuso. El "novio", cuya mente estaba cada vez más perturbada, comprendió que su padre quería eliminarlo de su sucesión. Entonces, ese hombre contrahecho, que ya tenía veintiún años y quería ser alguien por cualquier medio, empezó a conspirar contra su padre apoyando a los rebeldes de los Países Bajos. Allí, la situación era grave desde que el rey le había ordenado a la regente Margarita intensificar los castigos a los herejes. El 5 de abril de 1566, una delegación de más de doscientos nobles holandeses, católicos y protestantes, se presentó en el palacio de Bruselas para reclamar la supresión de la Inquisición en el país. La regente no los recibió y, circunstancia agravante, fueron echados por uno de sus consejeros, que los trató de "pordioseros". Esta palabra despectiva fue tomada por los propios aristócratas para definirse a sí mismos, y con ella incitaban a rebelarse contra el poder español. ¿Por qué seguía habiendo allí una guarnición española si ya había terminado la guerra contra Francia? ¿Por qué seguían aumentando los impuestos? En la mitad del verano, se intensificó la rebelión y a la oposición religiosa se agregó una oposición política: miles de personas hambrientas atacaron las iglesias, con sus símbolos católicos, que apoyaban a un clero extranjero, español, y por lo tanto, odiado. Tras una larga reflexión, Felipe II envió, en 1567, un ejército de 9000 hombres al mando del duque de Alba, que había desempeñado un papel fundamental en la victoria de Carlos V en Mühlberg. Don Carlos intentó huir a los Países Bajos, pidió dinero prestado e incluso le solicitó su ayuda al medio hermano de su padre, Don Juan de Austria. En Bruselas, la represión contra el duque de Alba fue sangrienta. Erigieron un cadalso en la plaza principal y decapitaron en público al conde de Horn y a

su pariente, el conde de Egmont, a pesar de la intervención del emperador Maximiliano II. El baño de sangre siguió con la condena, dictada por un Tribunal de Tumultos, de más de 9000 personas y la ejecución de un millar en Flandes y Brabante. Esas persecuciones obligaron a muchos holandeses a refugiarse en el extranjero, bajo el estandarte de Guillermo de Orange, jefe de la resistencia al terror, que se convirtió al calvinismo.

¿Quiso Felipe II la muerte de su hijo y de la reina?

La tragedia política se convirtió en un drama familiar cuyas circunstancias fueron confusas e inciertas, y estuvieron contaminadas por rumores y sospechas inverificables. La pregunta era doble: ¿Don Carlos había querido atentar contra la vida de su padre? ¿Felipe II mandó asesinar a su hijo? Una noche de enero de 1568, el rey, acompañado por el Gran Inquisidor, el cardenal Espinosa, entró a la habitación en la que descansaba Don Carlos. La luz vacilante de las antorchas le confirió a la escena la dimensión de un terrible complot. Mientras los criados clavaban tablas de madera para clausurar las ventanas, el infortunado hijo del rey de España cayó de rodillas ante su padre, lloró, le preguntó si lo mataría y trató de arrojarse al fuego de la chimenea. Su habitación se transformó en prisión. Aquello no era una visita sino un arresto efectuado por el propio rey. En una carta, Felipe II le informó al Papa de su patética decisión: “Puesto que plugo a Dios que, por mis pecados, el príncipe tuviera tantos y tan grandes defectos, en parte mentales, en parte debidos a su condición física, que carece por completo de las aptitudes necesarias para reinar, he afrontado los riesgos inmensos que habrían surgido si me hubiera sucedido”.

Era, evidentemente, una explicación de sentido común. Pero ¿qué ocurrió después? En el otro extremo de Europa, Maximiliano II, sorprendido por la noticia, pero ocupado por diversos asuntos que lo retenían en Viena, lamentó no poder “ir a España por el camino más rápido para visitar al rey y hablarle personalmente”. De todos modos, seguramente habría llegado demasiado tarde.

El verano de 1568, en España, fue muy caluroso. El prisionero pidió que derramaran baldes de agua en el piso y se acostó allí desnudo. Devoraba frutas y bebía litros de agua muy fresca. A mediados de julio, comió “un grueso paté fuertemente condimentado, hecho con cuatro perdices, que devoró entero”. Fue su última comida. Su final fue atroz. Fiebre, escalofríos, indigestión: vomitó la hostia de los últimos sacramentos y pidió ver a su padre. Fue en vano. Reducido a un estado lamentable, murió el 24 de julio, oficialmente “por las consecuencias de sus propios excesos”. Esto era bastante probable. Pero también se habló de envenenamiento: Guillermo de Orange propagó ese rumor, insistiendo en la brutalidad del trato infligido al

infante. ¿Envenenamiento criminal? ¿O intoxicación accidental, y hasta inevitable, si se piensa en su fenomenal bulimia? Acusaron al rey, pero nunca apareció ninguna prueba de que Felipe II hubiera ordenado la muerte de su hijo, que era, sin duda, una carga para él desde hacía muchos años. Tampoco hubo nunca la menor prueba de que en su apoyo a los insurgentes de los Países Bajos, Don Carlos hubiera querido atentar contra la vida de su padre. El rey se encerró en un silencio impresionante. Nunca pudo demostrarse tampoco, como se ha insinuado, que Don Carlos hubiera tenido una relación con su madrastra, la reina Isabel. Esta sospecha se agudizó, sin embargo, tres meses más tarde, en octubre, cuando la hija de Enrique II, encinta de varios meses, empezó a desmayarse a menudo y lloraba permanentemente la muerte de su hijastro. ¡Exasperado, el rey le prohibió derramar lágrimas! Sus médicos le hicieron sangrías. Fue peor: tuvo un parto prematuro y murió, a los veintitrés años. Su pequeña hija no sobrevivió. El deceso de la reina también pareció sospechoso. Empezó a difundirse una nueva maledicencia: el rey, en realidad celoso de su hijo, habría instigado la muerte de su joven esposa infiel. En diez años de matrimonio, Isabel de Valois, dulce e inteligente, no encontró en la corte de Felipe II la serenidad ni la estima que podía esperar por su rango. Tuvo dos hijas, pero no el hijo que habría atenuado la permanente repulsión que provocaba el infortunado Don Carlos, escoltado por el fantasma ignominioso de su abuela, Juana la Loca. Muy amada por los poetas, la difunta reina recibió grandes elogios en sus exequias. Entre los jóvenes escritores, aún desconocidos, que lloraron a Isabel de Valois, había uno llamado Miguel de Cervantes Saavedra, que compuso un soneto y una elegía sobre la muerte prematura de Su Majestad. Por tercera vez, Felipe II era viudo. Lo rodeaba una leyenda negra: ¿estaba maldito?

El Escorial o las magnificencias de la austeridad

Aunque Carlos V había mandado reconstruir su Alcázar árabe y ampliar su castillo en 1537, y había presidido varias asambleas de las Cortes, Madrid recién adquirió su importancia definitiva con Felipe II. Sus primos residían en una capital del Sacro Imperio, Viena, incluso si, por razones financieras, las murallas contra los turcos habían reemplazado a las construcciones de estilo Renacimiento: era indispensable entonces dotar al reino de España de una ciudad digna del poder. Los Habsburgo ibéricos tenían que vivir en las mismas condiciones que los de Austria. Por lo tanto, dejaron Toledo y, en 1561, el rey trasladó la corte al centro de la meseta, y del país: esto convirtió a Madrid en la capital más alta de Europa, a unos seiscientos cincuenta metros de altitud. La ciudad medieval, en la que todavía podía seguirse el tortuoso trazado de las callejuelas alrededor de la futura Plaza Mayor, se agrandó, y su población se triplicó. Sin embargo, el

espíritu del reinado de Felipe II estaba mejor representado a unos cuarenta kilómetros al noroeste. Desde el castillo de Madrid, donde residía, el rey podía vigilar con un catalejo los trabajos que había ordenado sobre la ladera sur de la sierra de Guadarrama.

No era una fantasía sino el resultado de una promesa. Tras la memorable batalla de San Quintín, ganada el 10 de agosto de 1557, fiesta de San Lorenzo, el rey había jurado hacer construir un monasterio en recuerdo del martirio del santo, torturado sobre una parrilla. El plano del monasterio tendría entonces la forma de una gigantesca parrilla, de doscientos seis metros de largo por ciento sesenta y un metros de ancho. Si se considera ese extraordinario conjunto (monasterio, palacio, mausoleo e iglesia), fue admirable la rapidez de los trabajos, ejecutados por mil quinientos obreros, que duraron solo veintiún años, de 1563 a 1584: una hazaña para la época. A eso se debe la excepcional unidad de estilo del edificio, de un material ascético: el granito gris. Severo en su vida, el rey también lo fue al cumplir su promesa sagrada. Felipe II eligió el proyecto del arquitecto Juan de Toledo que, después de su muerte en 1567, fue continuado, con algunas modificaciones, por su sucesor, Juan de Herrera. El rey apreciaba la sobriedad de las líneas majestuosas, contraria al gusto muy ornamentado que estaba de moda bajo el reinado de su padre. Felipe II inspeccionaba con mucha frecuencia las obras, al pie del monte Abantos, donde se instaló El Escorial. Como quería aumentar la cantidad de religiosos inicialmente prevista, obligó al segundo maestro de obra a elevar más el edificio. Por el espaciado asimétrico de las ventanas, logró darles cierta elegancia a las perspectivas horizontales. Sobre la fachada, por encima del escudo de armas de Felipe II, se erigió una monumental estatua de san Lorenzo. En la muy impresionante Sala de las Batallas, el soberano hizo pintar un inmenso fresco, de cincuenta metros de largo, que ilustraba, al sur, la victoria de Juan II de Castilla sobre los moros en Higueruela, en 1431, y en el norte, la suya, en San Quintín. El rey estaba satisfecho: El Escorial tenía la grandeza de un palacio y la austeridad de un monasterio. Viviría allí como un monje, en habitaciones muy pequeñas solo decoradas con cerámica de Talavera en la parte baja de las paredes. En su cuarto, gracias a una puerta que daba acceso a la iglesia, este solitario podía seguir los oficios desde su cama.

Durante los trabajos del Escorial, Felipe II concentró su acción en tres frentes: uno en la propia España, el segundo en los Países Bajos, y el último en el Mediterráneo. El punto común de todos ellos era la amenaza a la supremacía europea de los Habsburgo y del catolicismo. En Granada, los moros (o moriscos), musulmanes españoles convertidos por la fuerza y oficialmente cristianos desde 1499, habían conservado su idioma y diversas costumbres árabes. Constituían una importante minoría religiosa y étnica que nunca había querido, o podido, asimilarse completamente al resto de la población. Por el temor de que facilitaran un desembarco en suelo ibérico,

en particular en Sevilla, adonde llegaban los metales preciosos de América, el rey aprobó medidas represivas. Estas provocaron un levantamiento y, durante dos años, la provincia de Granada fue asolada por violentos combates hasta en las montañas. Felipe II le encargó a su medio hermano natural, Don Juan de Austria, que parecía tener condiciones para el arte militar, que reprimiera a los rebeldes mediante deportaciones masivas en todo el territorio. Luego, los judíos convertidos sufrieron odiosas discriminaciones. Pero el intransigente rey consideró que había logrado lo esencial: el protestantismo fue extirpado de España. En los Países Bajos, se intensificó la "revuelta de los pordioseros": los insurgentes holandeses se adueñaron del puerto de Brielle, en el extremo sur de Holanda. Al mando de los "pordioseros", William von Lumey había jurado dejarse crecer el cabello y las uñas hasta esa primera victoria. Aunque el duque de Alba repitiera que se trataba de un hecho "insignificante", el rey, furioso, lo consideró una "herida incurable". No se equivocaba: esa derrota tendría graves consecuencias. La regente Margarita de Parma, gantesa de nacimiento, bella y culta, comprendía a los flamencos y buscó la conciliación. Como desaprobaba la represión, se retiró cuando llegaron las tropas españolas enviadas como refuerzo: esta hija natural de Carlos V se negó a asumir la responsabilidad de la matanza. Una pintura satírica muestra a Felipe II montando una vaca que simboliza a sus Estados en rebelión; el duque de Alba, su representante, ordeña al animal; el duque de Alenzón, hermano de Enrique III, favorable a los hugonotes y que representa a Francia, le tira de la cola; la reina Isabel le da heno mientras Guillermo de Orange acaricia a la vaca para tranquilizarla. Toda Europa se inmiscuía en los jugosos asuntos de los Países Bajos.

Sin embargo, Felipe II consideraba que el mayor peligro seguía siendo el avance de los turcos. A pesar de la muerte de Solimán en 1566, durante un sitio en Hungría, los ataques otomanos se intensificaron a lo largo del Danubio. En Viena, el emperador temía que una oleada musulmana sumergiera a Europa central. ¿Qué hacer? Iniciar una batalla en el mar, lejos de Austria y de España, organizando una Santa Liga compuesta por potencias marítimas eficaces. Su principal artífice fue el 225° Papa, Pío V, un italiano que impuso una austeridad española en Roma. Después de la publicación de un *Catecismo Romano*, elaborado por el Concilio de Trento, de un breviario y de un misal, reafirmó la autoridad del Santo Padre sobre los monarcas. Así fue como tras el encarcelamiento de María Estuardo, excomulgó en 1570 a la reina de Inglaterra Isabel I. Sin resultado notorio... Aunque fracasó en reunir a muchos príncipes, obtuvo la participación, fundamental, de España, de Venecia e incluso del señor de Mónaco en la constitución de una flota. Este asunto exigía una minuciosa preparación. Felipe II aprovechó para volver a casarse, ese mismo año, con su sobrina Ana, hija de su hermana María y del emperador Maximiliano II. Un matrimonio extraño, si se recuerda que inicialmente el irresponsable Don

Carlos había sido pretendiente de la archiduquesa. Una vez más, lo reemplazaría su padre. Pero mucho más graves fueron los previsibles estragos causados por la consanguinidad de esta unión. Jean Bérenger afirma "que la Iglesia no habría tolerado en simples mortales. Ese matrimonio reforzaba sin duda los lazos con Viena, pero inauguraba prácticas desafortunadas que se multiplicarían en el siguiente siglo" y provocaría desastres genéticos. Felipe II descartó las objeciones y minimizó los riesgos: tenía cuarenta años y necesitaba urgentemente un heredero varón legítimo: el papa Pío V otorgó su bendición a regañadientes, con reticencia.

En la tarde del 17 de noviembre de 1570, había júbilo en la noble ciudad castellana de Segovia. Alrededor de la catedral, singular supervivencia del estilo gótico en pleno Renacimiento –había sido edificada por Carlos V tras la rebelión, reprimida, de los comuneros en 1511–, una multitud ovacionó la llegada de una carroza, acompañada por una escolta de hombres de armas. En el interior, Felipe II y la que se convertiría en su cuarta esposa: Ana de Austria. La joven tenía veintitrés años y temblaba de frío a pesar de su abrigo de armiño. Segovia está ubicada sobre una montaña triangular, en un lugar muy original, a mil metros de altitud. "[Ana] no veía nada de la brillante multitud que los rodeaba y solo miraba a ese rey que la llevaba, ese hombre al que hasta ese momento había admirado y al que estaba dispuesta a amar. Bajo el rostro cerrado de su esposo, leía alegría y mucha ternura. La noche anterior, él le había repetido que le emocionaba su belleza y se sentía feliz porque desde ese momento compartiría su vida", según Catalina de Habsburgo.

Abrumado por los dramas y las preocupaciones, padre y viudo sospechado de las peores acciones, no podía eludir la obligación dinástica de garantizar su descendencia. Era un deber político que se le imponía al rey, como se lo había expresado al emperador Maximiliano II: "Yo me sentiría muy feliz si permaneciera en el estado en que me encuentro, pero en ese caso no cumpliría con mi deber hacia Dios y hacia mis súbditos, que siempre coloco antes de mi satisfacción particular".

Esa obligación, una carga de las monarquías, ¿sería acompañada por una felicidad tardía, que nunca había alcanzado?

A los cuarenta años, el rey se volvió a casar con una sobrina. ¿La felicidad por fin?

Felipe II no podía evitar el peso de los dramas vividos y se vistió de negro por respeto a la memoria de su anterior esposa. Al enterarse, Ana hizo que le llevaran su mejor vestido de duelo. Enfundada en terciopelo negro, con su cuerpo fino y bien formado, sus ojos de color gris azulado y sus largos cabellos dorados, la sobrina, recién llegada de Praga tras un viaje de más de

cuatro meses, le hizo una reverencia a su tío.

Él hizo incorporarse a la joven, porque se convertiría en su esposa. La cuarta. Ana salió airosa del encuentro con sus dos hijastras: Isabel Clara Eugenia, la mayor, y Catalina Micaela, hijas de Isabel de Valois. Desde sus cuatro años, Isabel Clara Eugenia exclamó, decepcionada: “Esta señora no es mi madre: es rubia”. Ana abrazó a las dos hermanas y les dijo: “Aunque no soy su madre, las amaré como si lo fuera”.

En el rostro del rey, marcado por tantas desgracias, pudo verse una expresión de paz y hasta de alegría. Felipe II, pesimista y ansioso hasta hacía pocas semanas, casi no se apartaba de Ana y hablaba del “gran amor” que existía entre ellos. Poco a poco, empezó a desvanecerse el recuerdo de Isabel. Se fue desterrando la influencia francesa en las costumbres de la corte. El rey volvió a poner en práctica un protocolo de treinta años atrás, de la época de su madre, la reina Isabel, nacida infanta de Portugal. La etiqueta era más rigurosa. La reina Ana fue recibida por fin en Madrid, con fuegos artificiales, arcos de triunfo, fuentes con aguas danzantes y músicos. Aunque quizá no veía la otra realidad de la ciudad. Un gentilhombre de su séquito describió a Madrid como “la más mugrienta de todas las ciudades de España”. “Después de las diez de la noche, era bastante desagradable pasear por las calles, porque se podía oír cómo vaciaban los orinales y arrojaban la basura”. Pero en el siglo XVI, Madrid no era la única capital que soportaba esas molestias.

Ante la noticia del embarazo de Ana, el rey se sintió al mismo tiempo feliz e inquieto. Era comprensible: ya había perdido a dos esposas en el parto. Le preocupaba el calor sofocante de los aposentos de la reina, dispuestos en el viejo Alcázar árabe que había reconstruido Carlos V. Se atrevió a infringir las conveniencias al proponer que la reina durmiera “en mi habitación, que es fresca de noche”.

En Lepanto, la flota turca fue aniquilada por la Santa Liga

Cuando el sultán Selim atacó Chipre y se apoderó de Nicosia, llegó el momento de enfrentar a los turcos. ¿Por qué la Serenísima República de Venecia se asoció con el rey de España? Porque los piratas berberiscos, protegidos por los otomanos, comprometían el comercio marítimo de los venecianos. Y en Italia, las posesiones de Felipe II eran asaltadas regularmente. Por eso había que intervenir en el Mediterráneo. El lugar elegido fue Lepanto, cerca de Patras, a la entrada del golfo de Corinto, una ciudad fortificada por Venecia en 1417 y que resistió a las tentativas turcas. La coalición estaba comandada por Don Juan de Austria, ya que España era el principal actor de la operación. El 9 de octubre de 1571, frente a Lepanto, las naves de la Santa Liga destruyeron la mayor parte de la flota de Alí

Pashá y liberaron a más de 10.000 esclavos cristianos. Los combates duraron tres horas. Las embarcaciones venecianas, galeras sobrecargadas de artillería y verdaderas guarniciones flotantes, estaban al mando de Agustín Barbarigo. Este murió, tal vez traicionado por el almirante genovés Andrea Doria, que combatía bajo la bandera española.

Entre los heridos graves, un soldado poeta de veinticuatro años, que había luchado en Italia y en Chipre, recibió tres disparos de arcabuz: dos en el pecho y el tercero en el brazo derecho. Era Cervantes, que pronto fue apodado “el manco de Lepanto”.

Esa batalla era doblemente importante. Técnicamente, fue el último combate de la historia occidental con naves a remos. En adelante, la artillería de largo alcance exigiría naves más fáciles de maniobrar, solo a vela. Políticamente, esa victoria de la Santa Liga tuvo una enorme repercusión positiva en Madrid, Viena y Hungría y en las regiones danubianas. La cristiandad se alegró al enterarse de que la invencibilidad de la flota turca ya era solo una vieja leyenda. En los Países Bajos, la reacción fue, naturalmente, opuesta, porque la represión española se había agravado: miles de súbditos holandeses empezaron a refugiarse en el exterior. Sin embargo, la victoria de Lepanto no cambió nada en lo inmediato, como si, después de esa demostración de una fuerza cristiana unida, los aliados no supieran cómo explotar su triunfo. Don Juan de Austria, convertido en el héroe de Lepanto, se vengó de todas las humillaciones que le habían infligido por su condición de hijo bastardo de Carlos V, aun cuando, en 1554, su padre lo había legitimado en su testamento. Mostrando su ambición, el entusiasta vencedor pensó, por un momento, armarse un imperio personal gracias a las tierras tomadas a los otomanos, luego invadir Inglaterra y casarse con María Estuardo. Dos proyectos insensatos, dos fracasos… y ningún apoyo de su hermano en esos asuntos. Algunos cortesanos lo apodaron, por oposición al rey, “el príncipe imprudente”.

Madrid, 4 de diciembre de 1571. Hacía más de seis horas que Felipe II estaba junto al lecho de su esposa. A las dos de la mañana, Ana dio a luz un varón. ¡Qué alivio! El futuro de la dinastía estaba asegurado por fin. Lo llamaron Fernando, en homenaje a su bisabuelo, el fundador del reino de España unificada. Al amanecer, la feliz noticia fue saludada como lo marcaba la tradición: ciento veinte cañonazos despertaron a los madrileños y se enviaron jinetes a las ciudades importantes. Sonaron todas las campanas. Dos meses después de la victoria de Lepanto, Dios parecía bendecir por fin a los Habsburgo de España. Pero un día, hacia su primer año de edad, el niño se enfermó: su rostro enrojeció y no cesaba de llorar. Los médicos parecían superados, como ocurría a menudo. Felipe II casi no se apartaba de su hijo; la reina lo velaba, angustiada. Recién después de trascurridas cuatro horas, el heredero se durmió normalmente. Dieron gracias al cielo. Pasado el alerta, la familia volvió al Escorial, donde

proseguían los trabajos bajo la atenta supervisión del rey. El ambiente del lugar no era precisamente alegre, a juzgar por la definición del embajador de Francia, que comparó el edificio con "un convento de monjas".

La princesa de Éboli, tuerta, fue la amante del rey y de un ministro...

Pero esa santificación casi permanente, que impregnaba la armonía conyugal, no impidió que comenzara a circular un rumor entre Madrid y El Escorial. Algunos personajes, seguramente caídos en desgracia, hablaban de cierta princesa de Éboli, de unos treinta años, que tenía una vida muy novelesca. Hija de un virrey de Perú, se hizo famosa por ser tuerta: había perdido el ojo derecho cuando era niña, pero su ojo izquierdo era muy hermoso, y su rostro, perfecto, a pesar del parche que usaba como un atractivo extra. Esta mujer habría sido amante de Felipe II cuando ella aún no tenía quince años, es decir, durante el matrimonio breve, agitado y estéril del rey con María Tudor. Al mismo tiempo, también habría sido amante del favorito y secretario de Estado del rey, Don Antonio Pérez. Nacida como Ana de Mendoza de la Cerda, se convirtió en princesa por matrimonio y tuvo un hijo que, siempre según los rumores, se parecía mucho a Su Católica Majestad el rey de España: por eso tenía cierta influencia en la altiva corte del Habsburgo español... Más tarde, el rumor desapareció. Pero volvió a aparecer, ¡aún más picante!

Felipe II trabajaba sobre todo de mañana, llevando a cabo una enorme tarea administrativa que agotaba a sus diecinueve secretarios. En esos momentos, no lo molestaban sus ministros ni lo abrumaban con pedidos. Y a la reina le gustaba pasear por el bosque vecino, donde cazaba con arco y ballesta. La pareja pasaba también horas enteras realizando investigaciones históricas, geográficas y científicas. Ana era muy curiosa y tenía un profesor que le transmitía su saber, sin cansarse nunca. En medio de ese ambiente sereno –pronto la reina volvió a estar encinta–, llegó un mensajero de Francia y le comunicó una terrible noticia: la de la masacre de San Bartolomé perpetrada contra los protestantes el 24 de agosto de 1572. ¿Cómo había llegado Francia a semejante horror? ¿Y qué consecuencias podían temerse, sobre todo de parte de los protestantes de los Países Bajos y de los Estados germánicos?

Desde hacía algún tiempo, las relaciones franco-españolas se habían enfriado. La reina madre, Catalina de Médicis, le negó al duque de Alba la autorización de atravesar Francia para ir lo más rápido posible de España a Flandes, donde se estaba extendiendo la rebelión. Felipe II consideró muy inamistosa esa negativa. Esa actitud se sumó a la negativa de Catalina de participar en la Santa Liga. La victoria de Lepanto había acrecentado el prestigio español en el mundo cristiano y puso en evidencia la falta de

apoyo de la florentina. Con el afán de atenuar los antagonismos religiosos, Catalina emitía, desde hacía diez años, edictos de pacificación. Pero esa política fracasó al producirse la matanza de los protestantes en 1562, seguida por exacciones cometidas por católicos. La amnistía para los rebeldes hugonotes era, según el embajador de Felipe II, "la paz del diablo". La Guerra de Religión se había convertido en una guerra civil permanente bajo la apariencia de la conciliación y el perdón: el odio entre el partido católico, conducido por los Guisa, y el partido de la religión reformada, encarnado por Coligny, era definitivo. Además, el almirante de Coligny, cuyo destino se confundía con el del partido hugonote, se había acercado peligrosamente al joven rey Carlos IX (con la ayuda de un regalo de 150.000 libras y 20.000 libras de ingresos de una abadía...) y obtuvo un cargo en el Consejo. La influencia de Coligny sobre el rey preocupaba a su madre: a Catalina de Médicis le parecía peligroso ese almirante que había sembrado el terror en el sur del reino.

Sin embargo, como la reina regente consideraba que Francia estaba aislada y en peligro, se acercó a la Casa de Austria para disipar los "malentendidos". En 1570, había logrado casar al frágil Carlos IX con la segunda hija del emperador Maximiliano II, la dulce, bondadosa y austera Isabel de Austria. Que una Habsburgo, nacida en Viena, fuera reina de Francia ayudaría al Louvre y al Hofburg a vivir en armonía. Ella tenía dieciséis años y Carlos IX, veintidós. El rey aceptó renunciar a su relación, ya antigua, con una tal María Touchet: ¿acaso podía oponerse ese joven tuberculoso debilitado a su intransigente madre? Evidentemente no, porque la política matrimonial también formaba parte del arsenal de la descendiente de banqueros florentinos que intentaba mantener el vacilante equilibrio de la monarquía francesa. La archiduquesa Isabel fue una soberana opaca y no desempeñó ningún papel en la corte, donde el rigor de su comportamiento contrastaba con las costumbres francesas a la moda toscana. Al parecer, añoraba Viena y, al enviudar, volvió rápidamente a su tierra.

Un engranaje infernal provoca el horror de la noche de San Bartolomé

Después de haber vuelto a estar en gracia, Coligny quiso acudir en ayuda de la "revuelta de los pordioseros" (ese apelativo del que los flamencos estaban tan orgullosos) y le prometió su colaboración a Luis de Nassau, que había sido enviado a Francia por su hermano Guillermo de Orange. El almirante explicó que un conflicto fuera de las fronteras uniría a los franceses contra el enemigo común: España. "O guerra civil o guerra exterior", le repitió Coligny al rey, que se dejó convencer llamándolo "padre": esto exasperaba a Catalina. Ella estaba decidida a no hacer una

guerra contra España, pues la consideraba inoportuna y demasiado riesgosa. La idea de una "cruzada protestante" de los franceses a los Países Bajos desencadenó una violenta reacción católica. A pesar de la desaprobación de su madre, Carlos IX respondió al pedido de Coligny, que había enviado 4000 protestantes a Mons, sitiado por Luis de Nassau. Fue un desastre: los franceses fueron aplastados en Quiévrain, Hainaut, y los españoles no tuvieron piedad con esos beligerantes venidos del exterior, que se habían inmiscuido en un asunto que no les concernía. Además, la reina Isabel I de Inglaterra, protestante, hizo saber que no admitiría que los franceses invadieran Flandes.

A esas complicaciones internacionales, que involucraban a España, se agregó una crisis en la corte del Louvre. Enrique de Borbón, rey de Navarra, protestante, debía casarse con Margarita de Valois, católica. La perspectiva de ese matrimonio "mixto" le desagradaba al Papa, que demoró en hacer llegar su autorización. Felipe II tomó ese pretexto y el de la tentativa francesa de ayudar a los "pordioseros", para amenazar entrar en guerra contra Francia. Lo que siguió es conocido: el asesinato del almirante de Coligny, la debilidad, tan culpable como hipócrita, de Carlos IX, siempre bajo la influencia de su madre, el turbio papel de esta y las matanzas del 24 de agosto. Era un trauma nacional.

En El Escorial, la serie de provocaciones y el baño de sangre de la noche de San Bartolomé dejaron estupefacto a Felipe II. Ordenó la celebración de varios *Te Deum*, mientras que el emperador Maximiliano II, católico, se manifestó consternado. Los hugonotes de Suiza y de los Países Bajos distribuyeron panfletos de venganza contra los Valois. El último hijo de Catalina de Médicis, el duque de Alenzón, volvió a presentar su idea de invadir los Países Bajos, mostrando una sorprendente simpatía calvinista. En realidad, estaba furioso por no haber sido nombrado teniente general del reino, se perdió en intrigas de corte y, con el apoyo de Inglaterra, urdió varios complots, que fueron desbaratados. Para el rey de España, Francia era culpable de un trágico desorden que perturbaba profundamente a Europa, al darles a los protestantes muchos motivos para reaccionar. Un polvorín… El 12 de agosto de 1573, la reina se fue del Escorial para dar a luz a Madrid. Pero los traqueteos del carruaje precipitaron el término previsto para el parto, y en plena noche, antes de llegar al castillo de Madrid, Ana dio a luz a su segundo hijo. Lo llamaron Carlos Lorenzo, en referencia a Carlos V y al Escorial.

La princesa de Éboli volvió a entrar a escena… ¡para mal!

Ese mismo año, la princesa de Éboli, viuda, hizo una experiencia de vida monástica, que le resultó decepcionante. Por otra parte, nadie la habría

imaginado como una contemplativa, alejada de los hombres. Su juego ambiguo fue descubierto por un consejero de Don Juan de Austria en Bruselas, Juan de Escobedo. Este fue a Madrid para informar a Felipe II. El ministro Antonio Pérez logró convencer al rey de que Escobedo era un traidor y debían eliminarlo. En realidad, Pérez estaba desesperado por evitar que se conociera su relación con la exuberante princesa. ¡Ella había sido también la amante de Don Juan de Austria! Esos rumores le confirmaron a Felipe II que el héroe de Lepanto no tenía límites en sus diversos apetitos personales y políticos. El rey le ordenó a Pérez que se desembarazara de Escobedo, cuyo único error había sido descubrir un escándalo desagradable para la corte. El 3 de marzo de 1578, fue acuchillado por seis sicarios. Al parecer, la princesa estuvo involucrada en el asesinato. La viuda de Escobedo limpió la memoria de su marido, mientras Pérez, acusado de mentira y concusión, fue sometido a tortura y condenado a muerte. Para protegerse, la princesa evitó que la convocaran al juicio, pero, por orden real, fue encarcelada en 1579 en la fortaleza de Pinto. Pérez, finalmente indultado por Felipe II pero enviado a prisión, huyó a Aragón, y luego a Francia. Por orden de Felipe II, la princesa de Éboli fue encerrada en su propia residencia de Pastrana, y terminó su vida como la había empezado: en el libertinaje. Falleció en 1592, a los cincuenta y un años, rodeada por sus diez hijos. Se dijo seriamente que había sido una buena madre.

El 23 de mayo de 1575, en El Escorial, Felipe II festejó su 48º cumpleaños. La reina organizó una reunión familiar, pero lo más importante fue la inauguración, en el segundo piso, de la biblioteca, una de las más bellas de Europa. Medía cincuenta y cuatro metros de longitud y sus estanterías de rica madera habían recibido, hasta ese momento, más de 4000 volúmenes y selectos manuscritos hebreos y árabes. Siguiendo el ejemplo de Francisco I, que había creado el depósito legal en Francia, el rey pidió que un ejemplar de cada libro publicado en el reino fuera depositado en esa biblioteca. Su decoración es una obra maestra del Renacimiento, en particular el techo, que honra a las siete artes liberales, Gramática, Retórica, Dialéctica, Aritmética, Música, Geometría y Astrología, y muestra en los dos extremos a la Filosofía y la Teología. Más tarde, se expondrían allí retratos de los Habsburgo de España, aunque ya figuraba Carlos V. El rey, como de costumbre, actuó como un guía ilustrado para su esposa, que aún estaba encinta. Lo hizo con esmero y delicadeza: sus atenciones hacia Ana eran conmovedoras. Un embajador de Venecia escribió: “El rey visitaba a la reina tras veces por día: a la mañana antes de la misa, durante el día antes de su trabajo y a la noche antes de acostarse. Dormían en dos camas bajas separadas por un palmo (una tabla de madera), pero como estaban cubiertas por una gran cortina, era como si fuera una sola. El rey manifestaba una gran ternura hacia la reina”.

Había encontrado por fin la felicidad conyugal, sin las extravagancias amorosas de la princesa de Éboli. La reina organizó en El Escorial festejos

campestres (con el ritual del esquileo de ovejas realizado por los pastores), y en Madrid, Ana se ocupó de las representaciones teatrales, en particular, obras ligeras. “Nos entretuvimos mucho con una comedia que Su Majestad ordenó que se representara. A las cuatro de la tarde, las señoras infantas se reunieron con Su Majestad y se divirtieron con la pieza, como si tuvieran veinte años, y los príncipes también”, dice la archiduquesa Catalina de Habsburgo. Algunos años más tarde, en 1583, en el Corral del Príncipe, en el emplazamiento del actual Teatro Español, empezó a interpretarse el repertorio nacional. El 14 de abril de 1578, en Madrid, la reina dio a luz a su cuarto hijo, Felipe. Antes había nacido el tercero, Diego. El futuro de la dinastía ya no era un problema. Menos de dos años más tarde, nacería su primera hija mujer, María.

En Portugal, Felipe II cumplió el sueño de Isabel la Católica

Su bisabuela lo anhelaba. Él pensaba en ello desde hacía varios años. La oportunidad se presentó en el verano de 1580, cuando al morir el rey Sebastián de Portugal, sobrino de Felipe II, en Alcazarquivir, Marruecos, en el transcurso de una desastrosa campaña contra los moros (18.000 víctimas, solo un centenar de sobrevivientes), la dinastía portuguesa se quedó sin heredero. De todos los pretendientes a la corona, Felipe II era geográficamente el más cercano, aunque sus lazos con la dinastía de Avís eran lejanos. Sin duda, siendo nieto del rey Manuel I, se vio favorecido por el prestigio de su ilustre antepasado. Con el apoyo de un ejército comandado por el duque de Alba, al rey de España no le costó convencer a la aristocracia portuguesa de la legitimidad de sus derechos. En cambio –y esto era inesperado–, las grandes familias de negocios españolas se oponían a esa anexión de Portugal, porque temían la competencia económica lusitana. Felipe II hizo muchas promesas: no habría representación española en las instituciones judiciales y legislativas, el portugués seguiría siendo el idioma oficial, las tierras y los bienes portugueses no serían transmisibles a españoles (ni a ningún otro país extranjero) y las colonias portuguesas, como el Brasil, no se volverían españolas. Señalemos que, en lo esencial, los compromisos fueron cumplidos y que, finalmente, las precarias finanzas de Portugal se beneficiaron con esa unión ibérica.

De modo que Felipe II emprendió camino a Lisboa. Pronto se enteró de que una epidemia, agravada por el calor, había causado allí casi 6000 muertes. El rey detuvo a sus 47.000 hombres antes de la frontera. La reina seguía esa caravana junto con sus hijos. Lamentablemente, la epidemia no respetó las fronteras ni las precauciones, e incluso alrededor del Escorial hubo muchas víctimas. Y de pronto, el rey se contagió. Vallés, su médico personal, escribió en sus *Memorias* que la reina se puso en riesgo porque

consideraba que lo importante era la salud del rey, no la suya: “Temiendo por la vida de su esposo, se sumió en fervientes oraciones y le ofreció a Dios su propia vida para que el rey no perdiera la suya y no abandonara el reino ni la Iglesia de España, de una importancia tan esencial para el mundo entero”.

Felipe II sobrevivió, pero la reina empezó a tener fiebre, manchas rojas en todo el cuerpo y una respiración difícil. Además, tenía seis meses de embarazo. Los cuidados que le prodigaron fueron ineficaces. Al amanecer del 26 de octubre de 1580, murió, a los treinta años, así como su bebé. Su marido, desconsolado, destruido, la hizo enterrar en El Escorial, donde habían vivido felices y unidos. Sumido en el dolor, Felipe II juró que no volvería a casarse. Permaneció viudo. Pero su calvario no hacía más que comenzar…

Al año siguiente, no sin dificultades, consiguió que las Cortes lo entronizaran como el rey Felipe I de Portugal. En realidad, esa unión forzada, que privaría a Portugal de su independencia durante sesenta años, tenía otra motivación. La anexión pretendía atenuar el grave fracaso español en los Países Bajos. En efecto, la “revuelta de los pordioseros” que se prolongaba desde hacía años en las siete provincias del norte (entre ellas, Holanda, Zelanda, Frisia, Güeldres y Groninga), mayoritariamente calvinistas, había llegado a las del sur. Pero los excesos de los calvinistas pronto indispusieron a estas provincias, mayoritariamente católicas. Estas se acercaron a España formando, en 1579, la Unión de Arras, que comprendía a Artois y Hainaut, fieles a Felipe II. Antes, los disidentes del norte habían constituido las Provincias Unidas, un Estado federal que aspiraba a un régimen republicano. En el momento de su campaña portuguesa, el rey de España perdió entonces una gran parte de los Países Bajos: eso era una catástrofe. España, y por lo tanto los Habsburgo, ¿podrían perder más en la región? Se necesitaría toda la habilidad militar y diplomática del hijo de Margarita de Parma, Alejandro Farnesio, para restablecer la situación en 1585. Educado en España, este gobernador general de los Países Bajos era uno de los militares más jóvenes del siglo XVI. Luchó contra los protestantes y reconquistó poco a poco las ciudades meridionales, en particular Amberes, que se había desarrollado mucho tras la declinación de Brujas, y donde se fundó, en 1460, la primera Bolsa de Comercio europea. El retorno de Amberes a la obediencia española le debió mucho a Alejandro Farnesio. Un alivio para el solitario del Escorial, cuyo corto traje negro contrastaba con las paredes blanqueadas a la cal de su gabinete de trabajo, casi una celda monacal. El soberano se veía envejecido y cansado, y su atuendo solo estaba iluminado por el minúsculo carnero del collar del Toisón de Oro que colgaba sobre su pecho. Su única alegría era la presencia de sus hijos, en particular la mayor, Isabel Clara Eugenia, hija de Isabel de Valois. Ella era el principal apoyo de su padre y empezó a ocuparse de los hijos de Ana cuando él se encontraba en Portugal para imponerse

como soberano.

Después de la ejecución de María Estuardo, el rey quiso invadir Inglaterra

La coronación de Isabel de Inglaterra no fue fácilmente aceptada por la Casa de Austria. Corrieron innumerables rumores sobre un eventual asesinato de esa reina que apoyaba a los protestantes de los Países Bajos contra la España de Felipe II y a los de la Francia de Enrique III. Entusiasta y famoso por sus modales elegantes, Don Juan de Austria, el medio hermano del rey de España, estaba tan comprometido como él en la defensa de la religión católica. Su proyecto de invadir Inglaterra y casarse con la ya legendaria María Estuardo no fue más que una utopía. Y luego, el héroe de Lepanto, con la cabeza llena de quimeras, luchó contra los rebeldes de los Países Bajos, pero sin grandes medios. Después de algunas victorias, murió de una enfermedad contagiosa, en 1578, cerca de Namur.

Felipe II estaba muy atento a María Estuardo, que era al mismo tiempo valerosa e inconsciente en su convicción católica. Un embajador del rey, Bernardino de Mendoza, logró entrar en contacto con ella. Intercambiaron una correspondencia secreta. En esta, la reina de Escocia se manifestó dispuesta a desheredar a su hijo herético Jacobo en favor de Felipe II. Pero el embajador Mendoza quedó involucrado en un complot fomentado por el católico inglés Babington para asesinar a la reina Isabel. El juego español fue descubierto en 1586 y María Estuardo fue condenada por su prima. Después de tres meses de una vacilación hipócrita, la inflexible Isabel I firmó la orden de decapitar a la robusta católica. La ejecución de la reina rebelde (que había sido arrastrada de prisión en prisión durante diecinueve años), el 8 de febrero de 1587, le sirvió de pretexto a Felipe II para organizar un desembarco en Inglaterra. En realidad, le habían presentado ese plan en varias oportunidades, la última vez en 1585, cuando el comercio entre los dos países prácticamente había cesado. Y desde hacía treinta años, es decir, desde la llegada de los soberanos a sus respectivos tronos, las relaciones anglo-hispanas eran hostiles. Incluso el curioso matrimonio de Felipe con María Tudor había caído mal en la opinión pública inglesa, por ser un casamiento entre católicos en un país protestante. En la cena que siguió a la boda, los favoritos de la reina habían mostrado su reprobación sirviéndole a María Tudor en un plato de oro y a Felipe en uno de plata… La unión empezó mal: se sabía que no duraría mucho. A Felipe, católico y extranjero, lo hicieron injustamente responsable de las masacres de protestantes ordenadas por "María la Sanguinaria". No hay que olvidar otro elemento del conflicto: la rivalidad en el Mar de las Antillas. Felipe II consideraba que tenía un monopolio comercial en esas islas, pero el enérgico y tenaz sir John Hawkins atacaba continuamente las naves del rey de España, ayudado por

uno de sus jóvenes primos: el futuro corsario de la reina, sir Francis Drake.

La colosal empresa conocida con el nombre de Armada Invencible no fue bien recibida por el más famoso almirante español, Santa Cruz. Este consideraba que se necesitaba reunir por lo menos quinientos buques, que costarían más de cuatro millones de ducados: una suma imposible para el Tesoro de Madrid. Y estaba claro que debían mantener naves en los puertos españoles y en Lisboa, tanto para la guerra como para el comercio. Felipe II debió decidirse entonces por un arreglo: una flota menos numerosa saldría de Portugal para unirse al ejército de Alejandro Farnesio en los Países Bajos, en parte bajo control español. De allí, las tropas serían transportadas a Inglaterra bajo la protección de naves españolas. En El Escorial ya terminado, el rey elaboraba su plan, en un pequeño cuarto sin ventanas: era su escritorio. La inmensa fortaleza-monasterio tenía 4000 piezas, 86 escaleras y decenas de kilómetros de corredores, pero Felipe II daba sus órdenes desde esa celda. Allí recibía a sus ministros y allí comía, para no perder tiempo. La Armada Invencible ocupaba todos sus pensamientos. Santa Cruz, que seguía sin estar convencido de la viabilidad del proyecto, postergó la partida varias veces, porque creía que la flota no estaba suficientemente preparada. En 1587, los propios ingleses le proporcionaron un inesperado motivo para su demora cuando Drake destruyó o capturó, en el puerto de Cádiz, más de veinte naves españolas y un cargamento de pólvora destinado a los cañones de la Armada. Esta hazaña, de una formidable audacia, seguramente le hizo entender a Felipe II que había espías de Isabel en todas partes, por la excelente razón de que Inglaterra siempre estaba preparada para enfrentar un desembarco: Isabel no podía olvidar que en la época de su padre Enrique VIII, en dos oportunidades los franceses habían intentado esa operación. Cuando le transmitieron a Felipe II la lista de las pérdidas en el puerto de Cádiz, calculadas en 172.000 ducados, el rey respondió: “La pérdida no fue demasiado grande, pero el atrevimiento sí que lo fue”.

¡En efecto! Como le gustaba repetir a Drake en las tabernas amigas: “¡Quemé la barba del rey!”. Pero al secretario de la reina, el aventurero Drake le confesó que su golpe maestro le había permitido ver de cerca todo lo que tenía Felipe II en un solo puerto. Orgulloso pero preocupado, señaló: “Apenas me atrevo a escribir lo que hemos sabido sobre las fuerzas considerables de que dispone el rey de España. Preparémonos enérgicamente en Inglaterra, y ante todo, en el mar”.

Todo el mundo se preparaba. Se embarcaron víveres, municiones y material desde Nápoles, Sicilia, Milán, Barcelona y Cartagena con destino a Lisboa. Pero para los astrólogos y otros videntes, el año 1588 comenzaba bajo funestos auspicios. Todos predecían fenómenos naturales de una magnitud raramente vista y la inminente caída de un gran reino. Como España poseía los territorios más vastos, era fácilmente identificable. Esto provocó inquietud en los hombres de mar reclutados para la Armada:

muchos abandonaron sus puestos e incluso sus barcos. Felipe II reaccionó exigiendo que la Iglesia condenara toda forma de profecía y brujería. Inglaterra, amenazada por las peores calamidades, reaccionó del mismo modo, publicando un panfleto que demostraba la falsedad de las predicciones.

Una expedición bajo la protección divina, pero muy mal preparada

Sin embargo, a principios de enero de 1588, unos y otros debieron admitir que no todo era falso en esos presagios: nunca se vieron tantas tempestades y lluvias diluvianas como en aquella temporada. Cayeron trombas de agua sobre Lisboa el 9 de febrero, el día de la muerte del almirante Santa Cruz, que se oponía a la expedición. Otra señal… Y seguía lloviendo tres semanas más tarde, cuando llegó su sucesor, el duque de Medina Sidonia, ascendido a capitán general de la Armada. Ese hombre de treinta y ocho años, de pequeña estatura pero ancho de hombros, que poseía naranjales en Andalucía y controlaba una parte de la pesca de atún, ¡nunca había estado al mando de una escuadra, y ni siquiera había visto una batalla naval!

Y, aún más anormal, este soldado le escribió al rey: "Mi modesta experiencia me enseñó que me mareo en el mar y siempre tomo frío". Felipe II ignoró estos argumentos, convencido de que el importante nombre del duque podría hacerse respetar entre los recelosos capitanes. Por supuesto, de acuerdo con la costumbre, el duque debía contribuir generosamente al financiamiento de la expedición, y así lo hizo, después de recordar que ya tenía deudas por 900.000 ducados. ¡El honor de ser nombrado a la cabeza de la Armada merecía un esfuerzo!

Curiosamente, por una especie de cansancio combinado con fatalidad, el rey terminó la discusión con el duque con estas palabras: "Si usted tiene que fracasar, fracasará". ¿Era realista Felipe II? ¿Estaba informado, por ejemplo, de que cuando Medina Sidonia llegó a Lisboa en marzo de 1588, no se había hecho nada desde la muerte de Santa Cruz? Todos los aprovisionamientos estaban desparramados por el suelo, gran parte de los víveres se habían echado a perder y el agua no era potable. La mayoría de los soldados no había recibido su sueldo ni ropa apropiada. De 22.000 efectivos, casi el 20% estaban enfermos o muertos, o habían desertado. El duque reorganizó todo con método. Cuando un espía le informó sobre el poder de fuego del enemigo, Medina Sidonia exigió que se fabricaran, en tres meses, en los arsenales de Madrid y de Lisboa, sesenta y seis cañones de bronce. Modificó el reparto de las piezas, porque algunas naves tenían cañones, pero otras no, y muchas de las que estaban armadas no tenían pólvora ni balas. Durante toda esa lluviosa primavera, el rey presionó al

duque, lo abrumó con sus consejos, exhortaciones y directivas para zarpar cuanto antes: “Asegúrese de tener pilotos experimentados para atravesar la Mancha. Navegue cerca de la costa inglesa para evitar los relieves submarinos y los bancos de arena que bordean las costas francesas y flamencas. Mantenga la flota unida”.

También había órdenes para el caso de tener que dispersarse, para enviar mensajes al duque de Parma, que era el único que debía desembarcar tropas en suelo inglés. La última recomendación real se refería a la vida espiritual durante la navegación de la Armada. Poniendo su expedición bajo la protección del Todopoderoso, Felipe II señaló que los sacerdotes y monjes embarcados debían decir las plegarias dos veces por día. ¡Y sobre todo, nada de prostitutas a bordo! Entonces descubrieron que había seiscientas mujeres instaladas y apenas escondidas. El duque, escandalizado, las hizo expulsar de la flota y hasta de Lisboa: esto provocó la protesta de los hombres. ¡Se restableció la calma, en cierto modo, con la promesa de encontrar en Inglaterra prostitutas “hermosas y exuberantes”!

Por último, a pesar de la evidente falta de preparación, “la mayor fuerza naval que jamás había navegado sobre los mares”, según se decía, levó anclas el 9 de mayo de 1588. Eran ciento treinta naves, españolas y portuguesas en su mayoría, cuyas tripulaciones hablaban todos los idiomas de la Europa católica. Con casi 28.000 hombres, 2431 cañones, 123.790 balas, doscientas toneladas de la mejor pólvora, sesenta toneladas de mechas, 7000 arcabuces, 10.000 picas o alabardas, cuarenta furgones enganchados a mulas, ochenta y cinco cirujanos, diecinueve jueces y cinco administradores para los primeros tiempos de la ocupación, y víveres para seis meses, Felipe II estaba confiado. El rey le había entregado incluso un menú a cada capitán: queso los miércoles y sábados, 180 gramos de pescado los viernes, 180 gramos de carne los domingos. Lunes y martes eran días de abstinencia. Además, se embarcaron 147.000 toneles de vino y 12.000 barricas de agua dulce. También algunas toneladas de oro. Era una cruzada marítima gigantesca que coronaría un siglo de victorias españolas sobre los sarracenos y los turcos. La Felicísima Armada, trabajosamente organizada en dos semanas, bendecida por el arzobispo de Lisboa, navegaba bajo la brisa primaveral. Era poderosa, impresionante. Profundamente orgullosos, los españoles la llamaron “invencible”.

La Armada Invencible fue aniquilada por las tempestades

Lo que ignoraban era que, por alardear tanto de su Armada y dar detalles, durante semanas, sobre los barcos y los castigos que les infligirían a los herejes, toda Inglaterra y también otros países de Europa habían tenido tiempo de analizar los secretos de la expedición, sus fortalezas y sus

debilidades. Un folleto publicado en Londres, impreso en Fleet Street –que más tarde se convertiría en la calle de los diarios más importantes–, reveló los reglamentos de los barcos, los puntos de encuentro, el reparto de víveres y muchas otras informaciones. Inglaterra no solo se había preparado (probablemente durante dos años) para ese intento de invasión, sino que sabía todo sobre el enemigo. La jactancia y la ingenuidad de los españoles habían puesto a disposición del adversario informaciones muy valiosas, que se comentaban en todas las posadas del reino. Lo que nadie pudo prever era que el desastre no tendría casi nada que ver con el arte de la guerra marítima. Lo que decidió el resultado fue el capricho de los vientos, devastadores para los españoles, favorables para los ingleses, sumado a la total falta de experiencia del duque de Medina Sidonia, que, entre otros errores, no tomó en cuenta las mareas.

En el primer enfrentamiento con el enemigo, a principios de agosto, las naves españolas fueron dispersadas y luego arrastradas por violentas ráfagas de viento hasta el norte de Escocia. Durante varios días, la tempestad se encarnizó contra los galeones, los pataches, las carracas, las galeras y las galeazas de pabellones rojos decorados con oro de Felipe II. Cuando la flota española pudo retomar finalmente su ruta hacia el sur, la mitad de sus naves naufragaron en las costas de Irlanda y Escocia. El desastre fue tan grande como la loca ambición del hijo de Carlos V: irreparable. Uno de los episodios más reveladores de esta catástrofe fue la rendición de Pedro de Valdés, comandante de la nave *Nuestra Señora del Rosario*, ante Francis Drake, vestido de blanco, a bordo de su barco bien llamado *Revenge*. Valdés, “decidido a morir combatiendo”, consideró que no era ningún deshonor entregarle su espada al marino más grande de la época. Con su trinquete caído sobre el estrave, el navío español fue remolcado hasta la costa inglesa.

La derrota de la Armada, vencida y despedazada, coincidió con el trigésimo aniversario de la coronación de Isabel I. El 10 de diciembre, en honor de esos dos acontecimientos, la reina ordenó celebrar en Londres un servicio solemne de acción de gracias. Su apoteosis en las calles recordó a la antigua Roma. Sola en una carroza cubierta por un dosel, enganchada a dos caballos blancos, la soberana triunfante era seguida por un cortejo de dignatarios. En la catedral, Isabel escuchó a un predicador que alabó la sabiduría divina que se había puesto del lado de los ingleses. Luego, oyó un himno cuya letra había compuesto ella misma:

Él hizo levantar los vientos y los mares
para dispersar a mis enemigos.

Se habló de los “vientos de Dios”, para destacar el papel del destino en detrimento del genio de los hombres. Más tarde, la reina posó para una pintura que la glorificaba: en ella, aparecía acariciando con su mano

derecha, dominadora, un globo terráqueo. Detrás de ella, dos pequeños cuadros celebraban los vientos favorables enviados por el cielo. El cuadro anunciaba el dominio de los mares por parte de Inglaterra. La guerra naval cambió durante los siguientes tres siglos. Dejando a un lado la irreemplazable ayuda de los vientos, por primera vez una batalla era librada solo por naves y sus artillerías, sin abordaje con sables y espadas en combates cuerpo a cuerpo.

En El Escorial, Felipe II recibió las noticias en un silencio pesado y digno. Las aceptó como un castigo, con la gran firmeza de alma que era natural en él. Había envejecido, sufría de gota como su padre, sus cabellos se habían vuelto blancos y su rostro estaba pálido. Inmediatamente tomó las medidas necesarias, instalando hospitales para los sobrevivientes heridos, y les asignó pensiones a las viudas y los huérfanos. En la iglesia, se rezó por los sobrevivientes y se cantó un réquiem por los muertos. ¿Tenía plena conciencia Felipe II del significado político de esa debacle? No es seguro, si se tiene en cuenta el sorprendente comentario que se le atribuye: “Yo envié mis naves a luchar contra hombres, no contra tempestades”.

El rey no era un marino, pero, tiempo más tarde, mostró humildad y resignación al escribirle a un arzobispo: “Es bien sabido que las operaciones navales son inciertas”. Mientras toda España le atribuía la responsabilidad de la derrota a Medina Sidonia, el rey se limitó a dispensarlo de todas sus obligaciones futuras y lo envió de regreso a su tierra, a Sanlúcar, donde terminó sus días entre sus naranjales. El único oficial de alto grado sancionado por su obstinación y su incompetencia fue Valdés, condenado a prisión.

Pero el rey no abandonó la idea de una invasión a Inglaterra. Lanzó tres nuevas expediciones. La última logró parcialmente su objetivo: durante tres meses, los españoles, que habían desembarcado en Kinsale, en la costa sur de Irlanda, fueron dueños del terreno, hasta que, en un gesto caballeresco, un ejército inglés los expulsó sin represalias. Inglaterra siguió siendo una obsesión para Felipe II, casi hasta el final de su vida. Un monje contó que después de rezar en su capilla privada del Escorial, el rey tomó un candelabro de plata que estaba sobre el altar y mandó fundirlo para solventar los gastos de una nueva flota. El rey de España era tan obstinado que habría merecido ser rey de Inglaterra.

El sueño de Felipe II era restablecer, después de su eventual victoria, el catolicismo en el reino de Isabel I y completar el asedio a Francia. Tuvo que rendirse ante la evidencia: la religión reformada no dejaba de extenderse y provocaba trágicas divisiones. Diversos hechos preocupaban al rey de España. Desde la noche de San Bartolomé, los protestantes alemanes habían intervenido en las guerras de Religión que ensangrentaban a Francia. Tras largas negociaciones, el príncipe Enrique de Condé, jefe del partido hugonote, le había prometido al hijo del elector palatino, Juan Casimiro, el gobierno de Metz, Toul y Verdún. Este había entrado a

Francia a la cabeza de 4000 hombres, 2000 de ellos, mercenarios, y se reunió con Condé el 8 de diciembre de 1576, entre Estrasburgo y Mosela. El imperio de los Habsburgo estaba comprometido entre las persecuciones y las represalias. Luego, el 19 de febrero de 1582, Francisco de Valois, duque de Anjou, hermano de Enrique III y cuarto hijo de Catalina de Médicis, entró en Amberes, simplemente por el puente levadizo. Apoyado por Isabel de Inglaterra –con la que había intentado, en vano, casarse–, el último hijo de Enrique II había conspirado con Guillermo de Orange y se proclamó duque de Brabante y conde de Flandes. Pero la presencia de ese príncipe católico sin recursos, bajo y contrahecho, dotado de una ambición que lo superaba, molestó a la población protestante. Su ataque a Amberes se transformó en una lamentable huida, que dejó atrás casi mil muertos. Ese conspirador sin escrúpulos murió de tuberculosis en 1584, a los cuarenta años. Con él desapareció la rama de los Valois, ya que su hermano, el rey Enrique III, no tuvo hijos. La corona debía pasar entonces a Enrique de Borbón, rey de Navarra: este príncipe protestante fue el heredero del trono de Francia. Su madre, Juana de Albret, era una ferviente hugonota, y Enrique, que se había convertido por la fuerza al catolicismo, bajo amenaza de muerte, en la noche de San Bartolomé, regresó a su Navarra y volvió al protestantismo. Era un relapso, pues había vuelto a caer en la herejía que perturbaba a Europa. En El Escorial, Felipe II se preguntaba: los franceses católicos, dirigidos por el clan de los Guisa y la Liga, ¿aceptarían tener algún día un rey protestante? Esta eventualidad aumentó la inquietud de Su Católica Majestad.

El único consuelo del rey era su hija Isabel Clara Eugenia

Menos de dos semanas después del triunfo oficial de Isabel I sobre la desastrosa Armada, Enrique III, que temía ser depuesto por la Liga, decidió condenar a muerte a Enrique de Guisa. El asesinato, teatral, del duque de Guisa en Blois y luego, seis meses más tarde, el asesinato, por venganza, del rey que lo había ordenado, llevado a cabo por el monje fanático Jacques Clément, modificaron la perspectiva. Como los católicos no habían perdonado la muerte del jefe de la Liga, Felipe II entrevió la posibilidad de una unión ventajosa entre los Habsburgo y la Francia desgarrada. Le encargó a uno de sus embajadores que propusiera el casamiento de su hija Isabel Clara Eugenia con un príncipe francés de su rango, por supuesto, católico. Para el rey de España, sería una manera de alejar o debilitar al sucesor hugonote de Enrique III. La última recomendación de Carlos V a Felipe II había sido: “Mantenga la fe católica en toda su pureza”. Una estrecha relación unía a Felipe II con su hija mayor: ella cumplía las tareas normalmente reservadas a la reina, pero ya no había reina y no habría

quinta esposa. Con los años, sobre todo desde la instalación casi permanente del rey en El Escorial, y a pedido de su padre, Isabel participaba en los consejos de Estado. Tenía veintidós años y mostraba sólidas cualidades políticas. El monarca, tan cerrado sobre sí mismo, le confiaba los documentos más secretos y los correos diplomáticos para pedirle su opinión. Felipe II y la infanta pasaban horas discutiendo, analizando los asuntos y considerando las posibles soluciones. Era un espectáculo insólito ver al hijo de Carlos V paseando con su hija por el Patio de los Evangelistas. Isabel, que no quería dar la impresión de seguir a su padre, pues caminaba con dificultad, lo precedía para oírlo mejor: llevaba una tablilla de ébano para anotar lo más importante, y luego analizarlo, rechazarlo o aprobarlo. Una hija, una confidente, una consejera de gobierno impregnada del clima místico del lugar, desde la misa matutina junto a su padre hasta la bendición de la comida vespertina. Impresionado por sus dones, el rey deseaba encargarle las funciones de gobernante de los Países Bajos y del Franco Condado. Había, además, una dramática razón para la constante proximidad entre el padre y la hija. De los cinco hijos que había tenido Felipe con su última esposa Ana, cuatro habían muerto, entre ellos, tres varones... El castigo de Dios se había encarnizado con la descendencia de Felipe II con trágico rigor. Aunque era posible que el propio rey le hubiera transmitido a su esposa la sífilis, ese "mal napolitano" o "mal francés" (¡según las opiniones!), con estas dramáticas consecuencias.

La pérdida de sus tres hijos había angustiado al rey: solo le quedaba un heredero varón, Felipe, que tenía veinte años y no parecía demasiado interesado en las cuestiones políticas. ¿Seguirían golpeando la fatalidad o la cólera divina? ¿Felipe sabría reinar? Su padre estaba preocupado. Después de haber casado a su hija menor Catalina Micaela con el duque de Saboya, inició a Isabel Clara Eugenia en los asuntos de España y del mundo para compensar las debilidades de su hijo. Una tierna comunión unía al padre con la hija. Pero como las cosas nunca son simples, la posición de Isabel Clara Eugenia, ahora permanentemente cerca de Felipe II, y cuyas opiniones este solicitaba, hacía que no estuviera muy disponible para el matrimonio: por eso, los cálculos de su padre involucraron a Francia. Los católicos franceses simpatizaban con la joven, bella, inteligente, elegante amazona, aficionada a la caza y ferviente católica, ya que era, por su madre, nieta de Enrique II. ¿Por qué resultaba entonces tan lenta la búsqueda de un príncipe francés? ¿Por qué el propio rey de España, que promovía esa solución, no la sostenía con más energía? Podía haber dos explicaciones para esta falta de entusiasmo de parte del Escorial. Como el príncipe heredero Felipe no era "un sucesor firmemente establecido", como decía, delicadamente, el embajador de Venecia, el rey prefirió conservar a su hija junto a él. De pronto, dejó de ser urgente casar a Isabel con un príncipe francés. Agreguemos que el embajador de España ante la corte de Francia cometió sin duda una torpeza diplomática al dar a entender que el rey de

España había buscado otros maridos para su hija. En el Louvre, donde estaban enfrentando terribles dramas, esta repentina ligereza desagradó. Desde el regreso de los sobrevivientes de la Armada, la búsqueda de un yerno había ocupado mucho a Felipe II. Finalmente, se decidió por el archiduque Alberto, hermano de su última esposa, Ana. ¿Un sobrino, muy apreciado, se convertiría en su yerno? El parentesco cercano debió ser un obstáculo para esa unión, pero el rey estaba fascinado con la seriedad de Alberto y su elevada espiritualidad: esta le había valido el capelo de cardenal, al que naturalmente debería renunciar. Su tío había valorado tanto su actuación en la campaña de conquista de Portugal que le otorgó el virreinato de ese país, colocando así un Habsburgo de Austria en el extremo de la península ibérica, totalmente sometida a la corona de España.

El Escorial, tumba de una ambición

A principios de 1598, Felipe II se preocupó por constituir la dote de su hija, que era un asunto delicado. La realidad provocada por el fracaso de Carlos V con la dispersión de los territorios que volvía físicamente invisible a su soberano, se le impuso a su hijo. La debilidad de todos los imperios fue siempre la misma: se trataba de la lejanía. Por los miles de kilómetros que separan a Madrid de Viena y a Amberes de Nápoles, el protestantismo, mal evaluado en su origen y mal comprendido, había podido extenderse y, tras una sucesión de errores catastróficos, convertirse en fuerza política a costa de sangre derramada. Era imposible gobernar con eficacia sobre tales distancias: se necesitaban semanas de cabalgata y meses de navegación para apreciar realmente una situación difícil. La reacción siempre era tardía en los casos de urgencia. Uno de los antiguos consejeros de Felipe II, Don Cristóbal de Moura, resumió perfectamente el problema y propuso una solución: “Ni todo el oro de Perú, ni los soldados de España, Italia y Alemania alcanzarían para vencer a los rebeldes de Flandes. Solo un príncipe que viviera entre ellos podría gobernarlos. Coloquen aquí uno de los suyos con dignidad de soberano: así España ya no tendría a Flandes, esta quedaría para la Casa de Austria y la unión que siempre existió entre sus dos ramas le aportaría a España innumerables beneficios”.

La cuestión de los Países Bajos españoles fue siempre la manzana de la discordia. El rey de España, muy debilitado por su gota y sus angustias religiosas, trató de poner fin a la crisis permanente. Hizo un gesto, fuertemente respaldado por la actitud de Enrique IV, que, tras declarar que “París bien vale una misa”, había regresado al catolicismo… después de haber cambiado seis veces de religión. El 13 de abril de 1598, por el famoso Edicto de Nantes, el rey de Francia y de Navarra les confirmó a los protestantes su libertad de culto y reconoció el catolicismo como religión de Estado. Las guerras de Religión terminaron por fin en Francia. Para el rey

de España, era hora de actuar también en su país. El 2 de mayo, en Vervins, hoy en Aisne, Felipe II firmó la paz con Francia, restableciendo las cláusulas del Tratado de Cateau-Cambrésis de 1559, y puso fin a las injerencias de Madrid en la política del rey Borbón. Después de veinte años, la secesión de las Provincias Unidas era una realidad. Con un lamentable retraso de veinte años, Felipe II les otorgó la independencia a los Países Bajos y nombró gobernadora a su hija Isabel Clara Eugenia, como había planeado. Una soberanía parcial; España conservaba el Franco-Condado borgoñón y Charolais. La infanta y el archiduque, que volvió al estado laical, podrían casarse.

Al margen de estas consideraciones, la verdad era que Felipe II ya no podría iniciar ningún conflicto. Con el cuerpo cubierto de llagas, no salió nunca más del Escorial. Su retiro, definitivo y digno, se oscureció por la deplorable economía de su reino. Por tercera vez, se vio empujado a una bancarrota en 1596. La prosperidad castellana había empezado a derrumbarse en 1590. En vez de invertirse en España, la mayor parte de las riquezas del Nuevo Mundo había llenado las arcas de los banqueros alemanes, austríacos e italianos, como reembolso de deudas colosales, entre ellas, gastos de guerra. La inflación fue otro factor que arruinó a los campesinos: muchos habían abandonado sus tierras y la agricultura regional quedó destruida. El aumento de los precios, calculado en un 400%, había paralizado la exportación de productos manufacturados. Por último, los impuestos, que la nobleza no pagaba, provocaron un legítimo descontento. La situación dejada por Carlos V no hizo más que empeorar. España se había agrandado –llamaron Filipinas a unas islas asiáticas–, pero quedó debilitada.

Mientras sentía llegar su fin, Felipe II contemplaba los preparativos de su funeral desde la ventana de su pequeña habitación. A veces, el dolor le arrancaba un grito. El 13 de septiembre de 1598, rodeado por sus consejeros espirituales y sus reliquias sagradas, apretando en sus manos descarnadas el crucifijo de su padre, murió, a los setenta y un años. Su mayor sufrimiento no fue ni el fracaso de la imprudente Armada, ni el abandono forzado de una parte de los Países Bajos. Fue la frustración de no tener un hijo digno de sucederlo: un dolor muy profundo, sobre todo porque, si bien había tenido nueve hijos en cuatro matrimonios, cinco de los que habían nacido de su última esposa no habían sobrevivido, y el recuerdo de Don Carlos, uno de los dos hijos que no habían muerto a corta edad, había significado una pesadilla y una tortura, y quizá le provocó un sentimiento de culpa. Durante mucho tiempo se le reprochó a Felipe II que no hubiera llevado luto por su hijo: una actitud extraña en un hombre tan apegado a la religión, que alimentó las sospechas. Ese fue su secreto, seguramente el peor. Solo sus dos hijas de Isabel de Valois le aportaron un poco de alegría y suavizaron su vejez. Dejó el recuerdo de un soberano cuya verdadera personalidad fue falseada por lo que sabemos del Escorial,

asombrosa mezcla de austeridad y suntuosa decoración interior. Una profunda devoción, crímenes tremendos, un respeto fanático por el protocolo, la conmovedora búsqueda de una intimidad familiar, la afición por las flores, los pájaros y los muebles finos y un ritual de monje no lo hicieron ni un santo, ni un tirano cruel. Sin genio, le habría gustado igualar a su padre, pero fue bastante inteligente como para conocer sus límites. La historia se encargó de recordárselos.

6
Rodolfo II, el emperador alquimista (1576-1612)

Era una gran paradoja: desde la muerte de Carlos V y la división de la Casa de Austria en dos ramas, la menor había conservado la dignidad imperial, pero era de la que menos se hablaba. Esos primos Habsburgo, empezando por el emperador, debieron conformarse, si se puede decir así, con Alsacia, los ducados zuavos y austríacos, Bohemia y lo que quedaba de la Hungría no ocupada por los turcos. Un mundo ampliamente germánico: el idioma alemán y sus dialectos constituían un cimiento para los Habsburgo de Europa central. Estos tenían una inmensa ventaja sobre sus parientes de España: sus territorios tenían prácticamente un solo dueño. Aunque esto no hacía que las comunicaciones fueran necesariamente más fáciles, sobre todo en invierno, gracias a la concentración, no se veían forzados, por ejemplo, a pedirle al rey de Francia un derecho de paso, a menudo aleatorio, por su país. Existía una verdadera unidad geográfica en ese lugar que, con excepción de Suiza, era, por definición, la cuna de la dinastía y de sus primeras conquistas. Era una fuerza. Y después de Carlos V, ningún miembro de la familia ibérica ciñó la corona de oro del Sacro Imperio: ese privilegio se limitó a la rama austríaca.

Para llegar a los Pirineos desde el Rin o el Danubio, se necesitaban semanas o meses, según las circunstancias. Visitar a la familia en España era toda una expedición. Por eso, convenía permanecer allí mucho tiempo para atenuar las fatigas y amortizar los gastos de semejante viaje. Siempre había un motivo. A fines de 1567, el emperador Maximiliano II, que se había casado con la hija mayor de Carlos V, fue alertado sobre el comportamiento cada vez más desquiciado de Don Carlos en Valladolid. ¿Estaba realmente loco? ¿Quería matar a su padre? ¿Estaba complotando con los Países Bajos? Los informes que le llegaron a Maximiliano II eran inquietantes. ¿Cuánto había en ellos de rumores y habladurías? ¡Lo más grave era que la propia hija de Maximiliano II, Ana, estaba en cierto modo prometida a Don Carlos! Ese matrimonio austro-español, propiciado por Felipe II, era en sí mismo una locura, y felizmente pronto se descartó. Ana no se casaría con ese primo giboso de ojos de lobo, sino con el rey, Felipe II. Para estar seguro de que no lo habían engañado sobre la salud mental y física de su sobrino, el emperador había enviado a España a dos de sus hijos, hermanos de Ana: el mayor, el archiduque Rodolfo, de dieciséis años, y su hermano Ernesto, de quince. Ellos habían sido testigos de la degradación de su primo y de su encierro. Y habían seguido su ataúd. Estaban muy impactados por las sospechas, las insinuaciones y hasta los grandes silencios que habían rodeado la enigmática muerte de Don Carlos. La frialdad y la seriedad del protocolo español los habían cambiado, y esto

preocupó al emperador cuando volvieron de España. Además, le contaron al emperador que Felipe II le había hecho jurar al archiduque heredero Rodolfo que seguiría siendo siempre un buen católico y que incluso después de la muerte de su padre se dedicaría a "perseguir la herejía con todas sus fuerzas": eso revelaba un desconocimiento de la situación en Viena y en Praga. En efecto, aunque Felipe II combatía a los protestantes y a los turcos lejos de España, en los Estados germánicos (en el sentido amplio), la oposición religiosa estaba muy cerca. A diferencia de España, el peligro se hallaba en el interior. Con fineza, Maximiliano II, que hablaba varios idiomas, entre ellos el francés y un poco de checo, había preconizado la tolerancia, la calma y el diálogo en Austria y en Bohemia. Tenía sentido: la Reforma había partido de Sajonia y fue bien recibida por los príncipes que ahora eran protestantes. Él mismo, interesado en las ideas reformadoras, quería acordar para evitar el baño de sangre que se extendía por Francia. Estaba horrorizado por los miles de muertos de la noche de San Bartolomé y fustigó ese ejemplo que se debía evitar absolutamente. El Imperio era cristiano: convertirlo en una fuente de divisiones era suicida. Su idea era enfrentar al único verdadero peligro: los otomanos, que habían invadido Hungría en 1566. A pesar de una paz oficial, el emperador se había visto obligado a pagarles un tributo anual y a enfrentar muchas incursiones. En una carta al dux, un embajador de Venecia escribió: "Aquí [en Austria] las personas se pusieron de acuerdo para tolerarse unas a otras. En las comunidades mixtas, pocas veces se plantea la cuestión de averiguar si alguien es católico o protestante... Protestantes y católicos se casan entre ellos sin suscitar el menor escándalo ni el menor comentario".

El emperador pregonaba la búsqueda del equilibrio, siguiendo la política de su padre Fernando I, sin dejar de ser fiel al catolicismo romano: dejó que se desarrollara la Contrarreforma dirigida por los jesuitas. El cambio de Maximiliano II fue severamente criticado. Lo acusaron de hacer un doble juego y de ser indeciso, y su simpatía por la Reforma casi provocó su apartamiento del trono imperial aun antes de su coronación. Educado en la corte de España, no había aceptado sus exigencias y no le gustaba en absoluto su sobrino Felipe II, demasiado áspero y encerrado en un yugo psicológico.

En el verano de 1576, acompañado por su esposa y cuatro de sus seis hijos, se sintió muy mal después de una comida. ¿Un pescado no muy fresco? ¿Fruta mal lavada? ¿Un vino húngaro demasiado fuerte? Pareció mejorar, pero luego su estado se agravó. Tenía solo cuarenta y nueve años cuando murió, no se sabe exactamente de qué, pero quizá, según ciertos anatomistas, de un ataque cardíaco. Su sucesor, Rodolfo II, le otorgó a Europa central un nuevo fulgor en detrimento del de España, cuyo prestigio se debilitaba. Esa sería la revancha, brillante, de Praga contra Viena y Madrid.

Rodolfo II trasladó la capital imperial de Viena a Praga

A los veinticuatro años, el nuevo emperador era un personaje original, complejo, de un carácter fantasioso e inestable. Era pesimista, desconfiado, extraño: en 1582, tomó como pretexto un terremoto en Viena para trasladar a Praga la capital del Imperio. Quería fundar allí una nueva ciudad, contra la voluntad de su padre que, diez años antes, había instituido en Viena la Escuela Española de Equitación, cuya enorme fama perduró hasta hoy. ¿Cómo no considerar un insulto la instalación de magníficos caballos españoles en las caballerías praguenses? Es fácil imaginar la consternación y la amargura de los vieneses, abandonados por un monarca inteligente, refinado y visionario. El acceso de los Habsburgo al trono de Bohemia, que se remontaba a 1526, había sido marcado por la coronación de Fernando I en la Catedral de San Wenceslao, el 24 de octubre del mismo año. Pero la idea de fijar allí la residencia imperial fue abandonada inmediatamente después del incendio que había destruido el barrio de Mala Strana, el 2 de junio de 1541. El castillo reconstruido pudo albergar a la Dieta bajo su techo de gigantescas nervaduras góticas que desafiaba la gravedad. El nuevo emperador tenía proyectos mucho más amplios que sus predecesores. En Praga, Rodolfo II convocó a los espíritus más grandes de su tiempo y, gracias a él, la capital de Bohemia se convirtió en un faro de la civilización occidental. Como mecenas, y, siguiendo una moda muy difundida, apasionado por la astrología y la química, apoyó al astrónomo Johannes Kepler, a quien le entregó un observatorio, al músico Felipe de Monte y a un pintor italiano, el aristócrata milanés Giuseppe Arcimboldo, cuyo talento, original, ya había solazado a Fernando I y a Maximiliano II en Viena. Sus cuadros fantásticos eran a menudo “cabezas compuestas”, conjuntos sorprendentes de frutas, legumbres, animales y objetos. En sus alegorías, el artista desplegaba una imaginación extravagante, al mismo tiempo graciosa y perturbadora, que más tarde les encantaría a los surrealistas. Al mismo tiempo, el soberano mandó traer telas de Tiziano, de Rafael y de Leonardo da Vinci: las compró pidiéndoles dinero, también él, a los banqueros Fugger, y les encargó a algunos ebanistas la construcción de gabinetes lleno de trampas y cajones secretos. Praga se convirtió en un centro floreciente del manierismo y el soberano se jactaba de su entorno, una verdadera sociedad internacional del saber y de la investigación en todos los terrenos. Ya se podía hablar de una escuela de Praga: llegaban a esa ciudad desde Amberes, Colonia, Basilea, Ámsterdam, gracias al enorme interés manifestado por el emperador. De pronto, el pequeño Moldava, modesto afluente del Elba, adquirió pretensiones danubianas. Viena, abandonada por la corte de los Habsburgo, se sintió víctima de un exilio interior injusto. El castigo duraría veintiocho años.

Edificado sobre la colina que domina a Praga, el antiguo palacio real que

se alzaba en el perímetro del castillo (Hradschin), donde residía Rodolfo II, se enriqueció con tesoros: en cuatro inmensas salas, había colecciones de libros raros, manuscritos e instrumentos extraños, a menudo muy bellos, pero de empleo delicado y utilidad incierta. La población de los barrios estaba intrigada por la actividad que se desarrollaba dentro del palacio. El emperador estaba rodeado de personajes versados en ciencias ocultas: algunos confeccionaban un elixir de la vida, otros buscaban la mítica piedra filosofal. Algunos magos aseguraban que uno de sus espejos les permitía leer el futuro, y otro, adivinar los pensamientos. Un inglés decía que fabricaba oro de la nada. En principio, el emperador se interesaba por todo esto porque su curiosidad era insaciable. Pero sospechaba de los charlatanes que decían tener la solución para todas las dificultades y resolver todos los males. Cuando su visitante inglés, después de varias manipulaciones incomprensibles, no logró producir su oro, y solo presentó, penosamente, un poco de plomo, lo mandó a prisión.

Oro había en las minúsculas casas reconstruidas después del incendio de 1541, en una estrecha calle en pendiente que descendía del castillo. La llamaban "el Callejón del Oro". Después de los arqueros de la guardia que vivían allí, se instalaron artesanos. La leyenda –Bohemia era muy rica en relatos sobrenaturales y cuentos– decía que allí trabajaban los alquimistas imperiales. El esoterismo estaba presente en el barrio y se dijo que algunos aprendices habían intentado atrapar "rayos de luna" para extraer de ellos un veneno (!), porque no cabía duda de que el diablo tenía sus acólitos en "el Callejón del Oro". Por esto adquirió Praga una fama demoníaca y de antro de la magia negra.

Absorto en sus experiencias, transitando febrilmente los corredores, yendo de un laboratorio a otro como un maestro que vigila a sus discípulos, y en contacto permanente con "sabios universales", el emperador vivía en un mundo artístico y científico un poco confuso pero fascinante, y cuyos aportes eran indiscutibles. Su rostro, al mismo tiempo alargado y relleno, estaba como aprisionado en la gorguera plisada y almidonada que los Médicis habían puesto de moda y era usada tanto por los hombres como por las mujeres. En el soberano Habsburgo, parecía haber sido creada para sostener su mentón prominente: la característica morfológica familiar. Su fealdad física no privaba a su persona de un sereno encanto, pero reía muy poco: se exaltaba por una idea y luego volvía a caer, postrado, abatido. Compensaba su timidez con brutales cóleras y decisiones bruscas. Rodolfo II no seducía a sus contemporáneos: los perturbaba y a veces los inquietaba. El embajador de Venecia observó que "sus hermosos cabellos y su barba ondulada, sus grandes ojos que miraban a su alrededor con cierta paciencia, causaban una gran impresión en todos los que lo conocían".

El emperador estaba rodeado de magos,

astrónomos y alquimistas

Inseparables de los Médicis y de los príncipes florentinos, los astrólogos habían invadido las cortes de Europa con su renombre y sus cartas astrales. En Praga, el astrólogo de Rodolfo II era un astrónomo danés llamado Tycho Brahe. Durante veinte años, ese personaje de saber enciclopédico había estudiado el cielo desde un observatorio en una isla que le había otorgado el rey de Dinamarca Federico II. Pero acumuló montañas de deudas, cayó en desgracia y le suprimieron la pensión. La reputación de un Rodolfo II aficionado a la cosmografía y angustiado por su futuro lo incitó a probar suerte en Praga. El danés sedujo fuertemente al emperador cuando demostró, por primera vez, el fenómeno de la refracción de la luz, y estableció un catálogo de 777 estrellas. Se convirtió en su protegido y trabajó con el alemán Kepler, un protestante víctima de la Contrarreforma, cuyas famosas leyes demostrarían el movimiento de los planetas alrededor del Sol. Kepler publicaría incluso un tratado al que le daría el nombre de su protector imperial, las *Tabulae Rudolphinae*, y sería uno de los padres de la astronomía moderna. Los dos eruditos proscritos fueron instalados en el Belvedere a la italiana, el elegante pabellón de verano que había introducido en Praga la estética del Renacimiento. Tycho Brahe, que se había vuelto indispensable –también trataba la gota hereditaria de Rodolfo II–, se propuso establecer el destino del soberano basándose en las influencias astrales que se ejercían sobre él desde la hora de su nacimiento, observando el estado del cielo y de los astros en aquel preciso momento. El horóscopo anunció dos predicciones inquietantes: un pariente cercano del emperador trataría de matarlo y sería razonable que no se casara. En cuanto a esto último, durante su estadía en España, el archiduque Rodolfo había estado comprometido con su pequeña prima, la infanta Isabel Clara Eugenia, la hija mayor de Felipe II. Pero pasó el tiempo, él rechazó esa boda y finalmente canceló aquel proyecto que no lo entusiasmaba demasiado. La infanta, cansada de esperar dieciocho años la decisión de Rodolfo, al llegar a la edad de treinta y tres años, se casó, como vimos, con el archiduque Alberto, con quien reinó sobre la parte de los Países Bajos que seguía siendo española. El emperador se consoló en los brazos de la hija de su anticuario oficial, con quien tuvo muchos hijos naturales anormales y también, según se dijo, tuvo una relación con una italiana, de una familia burguesa instalada en Praga. Nunca se casó. Quedaba la angustia de que hubiera un asesino entre los allegados al monarca. ¿Uno de sus huéspedes, cuyos trabajos serían estériles o una impostura? ¿Un sirviente cansado de servir banquetes nocturnos en un ambiente cabalístico? Quizás un cocinero al que le gustaría que el oro prometido sirviera para comprar aves gordas para alimentarse, ya que en ese castillo, en el que no había vida de corte, el caldo no era graso…

Los brujos, los magos, los alquimistas y todo el conjunto de talentos

(muchos comprobados, algunos usurpados) sumergían al emperador en un universo fantástico casi irreal, pero aunque sus protegidos estaban dispuestos a predecirle el futuro, ninguno era capaz de mostrarle la realidad inmediata, la que se veía abajo de la colina del castillo. Bastaba descender por "el Callejón del Oro", escuchar a los regidores, leer los correos diplomáticos que llegaban de Viena, para saber qué se tramaba. Si, en vez de ser solo un personaje original, Rodolfo II hubiera sido también un verdadero político, habría tomado en cuenta las convulsiones espirituales y el descontento que habían surgido en las tierras de los Habsburgo, las suyas, puesto que él era rey de Hungría desde 1572 y rey de Bohemia, y de Germania desde 1575. Rodolfo II sólo aspiraba a una convivencia apacible entre los católicos y los protestantes, pero no era consciente de las consecuencias de la marginación de Viena: le había hecho ganar la simpatía de los checos, pero la hostilidad de los alemanes y de los húngaros. Estos no le perdonaron su desdén hacia ellos. Como el doctor Fausto, cuya historia acababa de ser publicada, el emperador parecía estar más atraído por el Maligno que por la política: por eso, le costaba mantener la cohesión de sus Estados. Una insurrección campesina recorrió la Alta y la Baja Austria, aunque fracasó a causa de la Contrarreforma. La misión de las órdenes monásticas y los jesuitas era devolverle a Viena el lugar que había perdido. Respondieron al llamado de un futuro cardenal, el arzobispo de Viena, Mons. Melchior Khlesl, que fustigaba lo que aún llamaba "la herejía". En 1590, el prelado se enteró, con estupor, de que el 80% de los vieneses era protestante. Se emitió un decreto imperial de expulsión contra ellos, y varias congregaciones se repartieron el terreno de la reconquista espiritual, que se apoyaría en los trabajos de los arquitectos italianos: esos artistas hicieron desaparecer las elegantes líneas del gótico en beneficio de las redondeces que serpenteaban y se enrollaban en las iglesias, alrededor de estatuas de rollizos angelotes. El primer estilo barroco, por sus volutas, sus doraduras y su sobrecarga monumental, estaba destinado a seducir a las almas rebeldes. El soberano, preocupado por el avance del protestantismo, favoreció la Contrarreforma. Le impuso por las armas un gobierno católico a la ciudad libre de Aix-la-Chapelle que, desde 1562, había sido suplantada por Fráncfort para la elección de los príncipes alemanes. En 1583, adoptó el calendario gregoriano establecido recientemente por el papa Gregorio XIII, que reducía el año en once días con respecto al calendario juliano. Al actuar de este modo, Rodolfo II le dio a Roma una prueba de ortodoxia católica…

Rodolfo II perdió todas sus coronas, salvo la dignidad imperial

En 1597, la salud del emperador se deterioró. Ya no salía del palacio,

vigilaba detalladamente el trabajo de sus orfebres, admiraba sus colecciones y se negaba a recibir a los embajadores extranjeros. Su melancolía paralizó la obra de sus ministros. En casos de urgencia, solo recibía en sus caballerizas. Su incapacidad para tomar medidas racionales suscitó la oposición de sus hermanos, en particular del archiduque Matías, a quien debió cederle el trono de Austria en 1608. Cada vez más solitario y amargado, el monarca no pudo evitar la secesión de los Estados de Bohemia en 1609, aunque el 9 de julio había otorgado, en un famoso documento llamado Carta de Majestad, la libertad religiosa para las confesiones no católicas. Esta concesión significó un fracaso para este soberano que había querido impedir que los pastores predicaran. En realidad, esos renunciamientos forzados correspondían a una abdicación sin exilio, y Matías fue proclamado jefe de la Casa de Habsburgo. Rodolfo II tuvo derecho a seguir viviendo en su castillo de Hradschin, donde falleció en la mañana del 20 de enero de 1612, a los sesenta años. No tuvo ningún hijo legítimo. Su valet acababa de darle una camisa limpia cuando repentinamente se desplomó. Diversas leyendas acompañan sus últimos instantes. Al parecer, no habría soportado la muerte, ocurrida el día anterior, de su fiel viejo león, que aterrorizaba a los guardias, y de sus dos águilas favoritas: siempre les había dado de comer personalmente. Rodolfo II había perdido en forma progresiva todas sus coronas, salvo la que nadie podía quitarle: la corona imperial. Su reinado, aun con los problemas que tuvo durante treinta y seis años, dejó una imagen positiva en los checos: gracias a sus ideas fantasiosas y a su gusto ilustrado, Praga había llegado a tener una influencia cultural excepcional en Europa.

Viena no esperaba otra cosa que el final de ese emperador, que no había sido tallado en el mármol de los grandes políticos, para tomar su revancha y apropiarse de algunos de sus más bellos tesoros.

7
De Felipe III a Carlos II, las paradojas del Siglo de Oro (1598-1700)

Había heredado la cabellera roja y el físico elegante de su padre, pero no su voluntad política ni su agudo sentido de la autoridad del Estado. Cuando Felipe III, que tenía veinte años y no usaba barba, sucedió a Felipe II, lo precedía una reputación favorable, pero en realidad, poco halagüeña. Algunos cortesanos lo consideraban muy religioso, amable, escrupuloso y preocupado por actuar correctamente; otros, mejor informados, sabían que bajo el barniz de los buenos modales, era un hombre sin envergadura, sin interés por los asuntos públicos, aunque apasionado por el arte y la arquitectura. Felipe III nació el 14 de abril de1578 en el centro neurálgico del Imperio, llamado en ese momento "el Madrid de los Austrias", convertido en la actualidad en el viejo Madrid. Se sabe que, durante el reinado de Felipe II, la ciudad tenía 20.000 habitantes y pasó a más de 60.000 cincuenta años más tarde. A partir de su reinado, se hizo visible la impronta de los Habsburgo. Proliferaron los conventos y los palacios, y su hijo se propuso que Madrid siguiera siendo una rival de Viena y de Praga. Era príncipe de Asturias desde 1582, y también se convirtió en rey de Portugal –donde el yugo de Madrid se volvería más pesado–, Nápoles, Cerdeña y Sicilia, soberano de los Países Bajos, del Franco Condado y de Charolais. Por su extrema religiosidad, en el palacio lo llamaban, merecidamente, "el Piadoso". Ese era uno de los pocos puntos comunes con su padre. Pero al rey también le gustaban mucho las fiestas, si bien estas eran a menudo de inspiración religiosa.

Con alivio, sus ministros comprobaron muy pronto que el monarca era indiferente a los problemas del gobierno y no tenía el menor deseo de continuar los esfuerzos paternos. Su sentido del deber lo llevaba a cumplir puntualmente sus obligaciones, pero sin entusiasmo. Para el gobierno central, el rey se apoyaba completamente en su hombre de confianza, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma. Este favorito se dedicó a continuar la política pacífica de España de la última parte del reinado anterior: un apaciguamiento que había sido impuesto por la falta de recursos. No había opción. En efecto, aunque el reino aún era inmenso, las incesantes guerras durante setenta años y las construcciones grandiosas, como El Escorial, habían agotado el Tesoro, a pesar de las riquezas que llegaban de América. Las cantidades de dinero provenientes de allí no eran tan grandes como antes: las colonias se convertían poco a poco a la agricultura y los capitales se invertían generalmente en el lugar, para beneficio de las industrias locales. Otros tres allegados al rey fueron nombrados en puestos italianos. El duque de Osuna era virrey de Nápoles,

el marqués de Villafranca, gobernador de Lombardía y Alfonso de la Cueva era embajador en Venecia. Así comenzó una revolución en España: "el reinado de los favoritos", impensable bajo Felipe II. Un año después de su advenimiento, Felipe III se casó con su prima Margarita de Estiria, hija del archiduque Carlos, con quien tuvo ocho hijos.

En 1601, como consideró que la vida en Madrid era demasiado cara, trasladó la capital a Valladolid. Ese exilio no tuvo ninguna utilidad: las devaluaciones y el aumento de los precios provocaron una de las peores miserias que atravesó el reino. En 1607, Madrid, que había manifestado su mal humor, recuperó su lugar de capital. En ese momento se produjeron algunas acciones, muchas de ellas, incoherentes, que mostraron el debilitamiento de España. El duque de Lerma recordó que en Irlanda, en 1595, los condes de Ulster le habían ofrecido la corona de Irlanda a Felipe II. Esa actitud, que pareció extravagante, tenía el propósito de lograr una alianza con los españoles para perjudicar a los ingleses. En 1604, después de intentar, sin éxito, apoyar a los rebeldes irlandeses, entre ellos, a O'Donnell y Tyrone, el rey firmó con el sucesor de Isabel I un tratado que ponía fin a las hostilidades con Inglaterra: había que hacer desaparecer el fantasma de la Armada. En 1609, dos decisiones tuvieron efectos contrarios: uno positivo y el otro catastrófico. Se firmó una tregua de doce años con los Países Bajos, donde no podían olvidar las exacciones del duque de Alba, que había actuado como un carnicero furioso. En cambio, cuando, por los insistentes consejos del duque de Lerma, Felipe III firmó el decreto de expulsión de los moriscos, cometió un gravísimo error político y provocó un caos económico. Más allá del aspecto humano, la partida de 275.000 hombres, mujeres y niños tuvo graves consecuencias, porque los moros cristianizados constituían una mano de obra experta en agricultura, sobre todo para la irrigación de las zonas áridas. El país se vio privado de sus trabajadores más activos: la economía española se deterioró y empezó a extenderse la miseria. Los campesinos abandonaban las zonas rurales con la esperanza de sobrevivir en las ciudades sucias y ya superpobladas. Otra medida, motivada por las mejores intenciones, fue igualmente nefasta. Con un propósito caritativo, el rey les dio a elegir a los indígenas entre ir a trabajar a los grandes dominios de América, o en las ciudades. Esta autorización terminó de arruinar a la España de ultramar, y Felipe III debió rever finalmente su decisión.

La hija de Felipe III, Ana de Austria, se casó con Luis XIII

España, de Felipe III a Carlos II, fue un país en el que colosales fortunas convivieron con la más terrible pobreza. El derrumbe de los recursos urbanos barrió con lo que podría llamarse la clase media: la cantidad de

personas sin ninguna ayuda llegó a un nivel crítico. Los hidalgos, hijos de la pequeña nobleza, se disputaban los empleos en la Iglesia, poderosa y rica, en la carrera militar y en la administración, únicas instituciones en las que se podía tener subsidios regulares. En la vida familiar, la mujer, ya fuera madre, esposa o hija, estaba encerrada, prisionera de un marco muy estricto, heredado, en gran parte, de la civilización árabe.

El siglo XVII español fue una época de esplendor artístico y de miseria humana. Esta, espectacularmente contrapuesta a la pompa real, les serviría como tema a diversos pintores. Algunos de ellos serían los espejos del Siglo de Oro, y otros, los del siglo de barro. Velázquez y Murillo plasmaron de manera magistral instantes de vida de la corte y del pueblo. A la paleta del primero le respondió el pincel del segundo. Fueron los testigos de una suntuosa decadencia. El único verdadero éxito diplomático del reinado de Felipe III se situó en 1611, cuando selló una alianza con la Francia del joven rey Luis XIII, declarado soberano al morir Enrique IV, aunque aún no era mayor de edad. Su reino se limitó, aproximadamente, al norte, en el Somme, y al este en el Mosa y el Saona. El Franco Condado le pertenecía a España, Saboya a su duque, Aviñón y el Condado Venaissin al Papa. Esa Francia, todavía reducida, contaba con unos dieciséis millones de habitantes. Poco tiempo antes de ser asesinado, Enrique IV había preparado una expedición al otro lado del Rin para ayudar a dos príncipes reformados alemanes a recuperar la herencia del duque de Cléveris, su pariente. Esperaba aumentar así su influencia en la región renana: esto era una amenaza para Francia, que de ese modo habría quedado encerrada entre las dos potencias, la imperial y la española. El rey Enrique empujó así a su aliado Carlos Manuel de Saboya, apoyado por tropas francesas llegadas del Delfinado, a desarrollar una ofensiva contra los españoles de Milán. Tras algunas escaramuzas, el duque de Saboya, abandonado a sus propias fuerzas, se vio obligado a someterse al rey de España. Para Francia, parecía peligroso desencadenar una nueva guerra europea durante una regencia, la de María de Médicis. Se decidió entonces que Felipe III casaría a su hija, la infanta Ana de Austria (una infanta austríaca: la tierra de origen del poder de los Habsburgo continuaba su inmersión ibérica), con Luis XIII, mientras que la mayor de las hermanas de este último, Isabel, se comprometería con el príncipe de Asturias, el futuro Felipe IV. Esos dos matrimonios ya habían sido planeados por Enrique IV. La recobrada amistad entre los dos tronos católicos fue sometida a María de Médicis, que no le puso objeciones. Aunque el acuerdo con Madrid debía permanecer secreto, no lo fue por mucho tiempo. Esto preocupó a los hugonotes, que temían nuevas persecuciones. Se llevó a cabo el intercambio de las dos princesas, siguiendo un minucioso protocolo, en un doble pabellón montado sobre pilotes en el medio del río Bidasoa. Rubens inmortalizó la escena en un cuadro que se expone en el Louvre. La boda del supuestamente triste y digno Luis XIII con Ana de Austria se celebró el 28 de noviembre de 1615. Los Pirineos ya no

constituían un obstáculo para el entendimiento entre las dos monarquías.

El gobierno de Felipe III era libre entonces de actuar en Italia (guerras contra Saboya de 1614 a 1617 y contra Venecia, de 1613 a 1617), y sobre todo en el Imperio, con la promesa de la cesión de las posesiones austríacas de Alsacia. Durante ese tiempo, el rey de España ordenó, en 1617, grandes trabajos madrileños. En el sitio de un antiguo mercado conocido por su carnicería y su panadería, el arquitecto Juan Gómez de Mora, inspirándose en el estilo austero pero suavizado del Escorial, construyó la espléndida Plaza Mayor. Con sus techos puntiagudos, sus balcones de hierro forjado, sus arcadas y sus pequeños campanarios, la Plaza Mayor ofrecía un decorado castellano teatral. En el centro, se instaló una estatua ecuestre de Felipe III, comenzada por Juan de Bolonia y terminada por uno de sus alumnos. Velázquez también representó al monarca como un magnífico jinete sobre un caballo con las patas delanteras levantadas. Al contemplar esta pintura, en el Prado, no se puede suponer que Felipe III haya sido un soberano mediocre, permanentemente sometido a las ideas de su principal ministro, el duque de Lerma, ni que el rey fuera el amo de un mundo en decadencia. Pero en algunos lugares de Madrid, la ilusión del poder tomó otras formas. En el barrio de las Huertas, después de una vida muy azarosa, Cervantes terminó la primera parte de *Don Quijote*, ese caballero andante con sueños de grandeza. Muchos lectores se reconocían en el personaje que rompía su lanza contra los molinos de viento. En las tabernas (¡había casi ochocientas!), encontró a alguien que competía con su fama, un dramaturgo de talento prolífico: Félix Lope de Vega. De este modo, la literatura le confirió a la capital, por primera vez, un papel predominante en la vida cultural. Ese barrio se llamaría, más tarde, el *Barrio de los Literatos*.

En 1618, por una revolución de palacio, el soberano se vio obligado a despedir al duque de Lerma. ¿Una demostración de fuerza? De ninguna manera, ya que el favorito fue reemplazado por su hijo, el duque de Uceda, en un momento en que surgían complicaciones internacionales que habrían exigido dirigentes eficaces en España. Fueron superados por los acontecimientos. Felipe III vio lo que Europa temía: el despertar del odio religioso. Todo empezó en Bohemia, donde reinaba el emperador Matías, hermano de Rodolfo II.

La Guerra de los Treinta Años empezó en Bohemia

En Praga, al cerrarse un templo y prohibirse el culto en la ciudad, invadieron el palacio real. Algunos checos protestantes atacaron a dos gobernadores católicos y un secretario, todos ellos representantes del emperador. El 23 de mayo de 1618, fueron arrojados por una ventana del castillo. Aunque ninguno de los tres hombres murió, el incidente, muy

grave, conocido con el nombre de “defenestración de Praga”, fue el primer acto de la Guerra de los Treinta Años. El conflicto se estaba incubando desde que Matías había hecho elegir rey de Bohemia y luego de Hungría a su sobrino Fernando de Estiria, un ex alumno de los jesuitas empeñado en restablecer la fe católica en Europa central. Después de la muerte de Matías, Fernando se convirtió en emperador, pero los checos se negaron a reconocerlo como su soberano y llamaron al trono de Bohemia al elector palatino Federico V, un calvinista, jefe de la Unión Evangélica y yerno del rey de Inglaterra Jacobo I. Una vez más, recomenzaron las hostilidades entre católicos y protestantes. Perjudicando otra vez a Europa. ¿Qué haría la España de los Habsburgo? Felipe III no podía eludir una alianza con su primo Fernando II, ni con el archiduque Alberto, amo de Bruselas, ni con el rey de Polonia y mucho menos con el duque Maximiliano I de Baviera, que había constituido la Santa Liga Católica alemana. El enfrentamiento se produjo el 8 de noviembre de 1620, en una colina al oeste de Praga. Frente al ejército protestante del rey de Bohemia –un ejército bastante heterogéneo, escindido en tres secciones–, el ejército católico triunfó en solo una hora. Esa batalla de la Montaña Blanca puso fin a los esfuerzos de los reformados por liberarse de la tutela de los Habsburgo. Pero la guerra continuó. Sus treinta años de masacres, saqueos, robos y violaciones, sin hablar de la hambruna y las epidemias, les costaron a los Estados alemanes el 40% de la población rural y el 30% de la urbana. Europa salió traumatizada de esa guerra de religión a escala continental. ¿No había servido de lección la tragedia francesa?

Felipe III convirtió a la Plaza Mayor en el centro de Madrid. La pareja real asistía regularmente a los entretenimientos que se realizaban allí: corridas de toros, torneos y autos de fe. En 1621, como consecuencia de una nueva revolución de palacio, ejecutaron allí a Rodrigo Calderón, el secretario del duque de Lerma, el ex favorito del rey. El pueblo madrileño odiaba al condenado, que era muy arrogante, pero su actitud frente al verdugo fue tan valiente que todavía hoy se usa la expresión “tener más orgullo que Don Rodrigo en la horca”. Felipe III falleció el 31 de marzo de 1621, a los cuarenta y tres años. A su favor, puede decirse que estableció buenas relaciones con Francia y se ocupó de embellecer Madrid. En contra, que su acción personal fue de una lamentable mediocridad y existió una crisis profunda en el interior del reino. Sin embargo, a pesar de sus fracasos, le dejó a su hijo mayor Felipe IV una herencia territorial intacta y la esperanza de recuperar el control de todos los Países Bajos.

El nuevo soberano tenía dieciséis años. Este entusiasta de la etiqueta, que recibió una educación muy esmerada, era una curiosa mezcla de libertino y devoto sincero. Siguió el mal ejemplo de su padre dejando gobernar a su favorito, nombrado primer ministro: el conde de Olivares, que consumió a España imponiéndole esfuerzos que ya no estaba en condiciones de hacer. La reacción llegó demasiado tarde. Sin duda, la tarea de Olivares no era

sencilla, pues se trataba de restablecer el orden y sanear las finanzas. Con los títulos de gran chambelán y canciller de las Indias, Olivares, nacido en Roma e hijo del gran Tesorero de Castilla, le encargó a una junta el trabajo de verificar las cuentas ¡desde 1592! Dictó medidas que ponían fin a los gastos extravagantes de la corte, combatió el lujo, creó un impuesto de timbre. La familia real, que había conocido la opulencia bajo el reinado del severo Felipe II, se resistía a reducir sus lujos. Además, la corte de Madrid estaba habitada por una nobleza exigente que ya no podía subvenir a sus necesidades a causa del derrumbe económico. Murmuraban, se quejaban, se retaban a duelo por un “punto de honor”. ¡Cuánta gente descontenta! Para calmarla, Olivares encontró dinero, milagrosamente, que derrochó en suntuosidades, sin olvidar su propio beneficio. Aunque fue honesto al principio, pronto sucumbió a la ebriedad del poder. Su política centralizadora, con la extensión de las leyes de Castilla a todo el reino, provocó insurrecciones. Los rebeldes estaban estimulados por la obligación que tenían las Cortes de las provincias de proveer nuevo subsidios, especialmente por la participación española en la guerra de los Treinta Años. En 1631, se rebeló Vizcaya, seguida por Cataluña, que, como una provocación, se colocó bajo la protección de Francia. Más grave era la situación de Portugal. Las tropas lusitanas fueron obligadas a luchar en la guerra de los Treinta Años, para lo cual se crearon nuevos impuestos. España se volvía cada vez más impopular y la resistencia en Madrid iba en aumento. La insurrección era secretamente apoyada por Francia, que envió algunos espías a orillas del Tajo para debilitar a España, involucrada en la guerra de los Treinta Años. En ultramar, los holandeses y los ingleses aprovecharon esas dificultades para romper el monopolio marítimo de Lisboa. Algunos habitantes de Ámsterdam se radicaron en el norte del Brasil, y otros en Ceilán. Como eran protestantes, la cruzada por la fe católica sufrió una derrota colonial. En Lisboa, familias importantes, comerciantes y modestos artesanos compartían el mismo sentimiento: los reyes de España eran cada vez menos aceptables y aceptados. Felipe II prácticamente no había vuelto después de su coronación. ¿Desprecio? ¡Lamentable olvido! Felipe III había destruido las garantías dadas por su abuelo. ¿Imprudencia? ¡Inconsciencia! El 1º de diciembre 1640, la insurrección y el asesinato del representante de Felipe IV, Vasconcellos, que había abrumado con impuestos a Portugal, consagraron el advenimiento de la dinastía de Braganza con su primer monarca, curiosamente llamado Juan… IV. La situación era extraña: ni Inglaterra, ni Francia, ni las Provincias Unidas, ni el Papa reconocían la independencia de Portugal. Solo España, enredada en otros asuntos y mantenida a distancia en la frontera por heroicos portugueses, reconoció, en forma provisional, esa restauración. Pero Felipe IV estaba ofendido. Responsabilizó a Olivares de la catástrofe y, según la ley aplicable a los favoritos, apartó al influyente ministro que había manejado el país durante veintidós años. Seguramente

fue la reina, nacida como Isabel de Borbón, quien urdió el despido de ese personaje más poderoso que el rey y de una curiosa torpeza. El ministro se decía amigo de las letras y de las artes, pero mandaba detener a los que lo ridiculizaban en sus escritos. Hizo condenar a un autor de pluma acerada, Francisco de Quevedo y Villegas, que lo atacó en una pieza satírica. Circunstancia agravante: habían encontrado ese brulote… ¡debajo de la servilleta del rey! Olivares sufrió un fracaso tras otro. Después de romper la tregua con las Provincias Unidas, quitarles Valtelina a los suizos y luego tener que devolverla, conspirar contra Richelieu y entrar en la Guerra de los Treinta Años, España quedó aún más debilitada. Olivares murió desesperado por haber caído definitivamente en desgracia. Fue reemplazado por uno de sus sobrinos. La posición de favorito era inestable, pero podía ser hereditaria.

Velázquez puso en escena el Siglo de Oro

No hay que pensar que Felipe IV tenía bastardos con sus amantes para reemplazar a sus hijos legítimos, que en su mayoría murieron. A diferencia de su padre, se interesaba por el Estado y atendía los asuntos, pero con intermitencias. En algunos momentos, trabajaba mucho, estudiaba los expedientes, se informaba mejor y decidía, porque estaba bien aconsejado, en particular por una religiosa, María de Agreda. Pero de pronto, los asuntos políticos lo aburrían: entonces reaparecía en él la herencia psicológica paterna, la indiferencia, la inercia, el trono vacío. El nuevo favorito, Luis de Haro, instalado en enero de 1643, llegó en el peor momento. El 16 de mayo, en las Ardenas, Rocroi fue invadida por los españoles, que consideraron que Francia se había debilitado por la muerte de Richelieu. El duque de Enghien, de veintitrés años y futuro Gran Condé, decidió salir de la fortaleza. Después de hacer pasar a su ejército por un desfiladero, irrumpió en la planicie y puso en fuga a sus adversarios con una gloriosa carga de caballería. La infantería de Felipe IV, que aún se consideraba invencible, fue derrotada. Rocroi reveló el papel decisivo de la caballería y la decadencia militar de España. Esta debió reconocer la independencia de las Provincias Unidas en el Tratado de Münster, en 1648, y once años más tarde, entregarle Rosellón y Artois a la Francia de Luis XIV, en aplicación del Tratado de los Pirineos. Al casar a su hija María Teresa con el Rey Sol, Felipe IV entró en la órbita francesa. Todavía quedaban los Pirineos y el rey de Francia miraba a menudo en esa dirección.

De todos los Habsburgo que habían reinado en España, Felipe IV era sin duda el más marcado físicamente. Pero aun enclenque y desfigurado por su enorme mandíbula, tenía éxito con las mujeres; era rey… Con su primera esposa, Isabel de Borbón, tuvo un solo hijo, Baltasar Carlos, que falleció en 1646. Con la segunda, Mariana de Austria, tuvo tres varones, pero solo

sobrevivió uno, nacido en 1661, el enfermizo Don Carlos, de nombre maldito. Y como coleccionaba amoríos, el rey tuvo un hijo natural que sería más conocido que los otros: Don Juan José de Austria, nacido en Madrid en 1629. Virrey de los Países Bajos, sufrió la derrota de las Dunas en 1658 y complotó tras la muerte de Felipe IV contra la reina regente Mariana, una actividad para la que tenía talento.

El verdadero soberano del reinado de Felipe IV fue Velázquez, porque se encargó de su puesta en escena. Nacido en 1599 en una rica familia de Sevilla, pero con un padre portugués, Diego Rodríguez de Silva y Velázquez fue el rey del Siglo de Oro en el terreno de la pintura. El monarca de Madrid, muy entendido en la materia, llamó a la corte a ese artista que empezó con temas religiosos y luego representó la más humilde vida cotidiana. Después de haber pintado a Felipe IV en 1623 (y a su ministro Olivares el mismo año), Velázquez obtuvo, naturalmente, el puesto de pintor del rey. Tenía veinticuatro años. Su originalidad consistió en presentar los temas oficiales sin solemnidad, con sencillez. Bajo su mano, la vida de la corte se acercó a la vida del pueblo: Velázquez pintó a toda España, ilustre y anónima. El rey no solo aparecía a caballo o en traje de caza: también se lo veía rezando. *Las meninas* (1656), sin duda la obra más famosa de Velázquez, se atreve a mostrar al pintor en pleno trabajo, con la infanta Margarita Teresa, de cinco años, en primer plano, y sus damitas de honor, dos de ellas enanas. ¡Qué cambio desde el tiempo en que el joven Velázquez pintaba escenas muy realistas, los bodegones, presentando *La vieja friendo huevos* o *El aguador de Sevilla* con un cautivante realismo!

Más sorprendente fue la otra misión que el monarca le encargó al artista: que fuera su agente. Velázquez compró para las colecciones reales inestimables cuadros franceses, italianos y flamencos que adornaron el Palacio del Buen Retiro que el rey hizo construir en Madrid entre 1630 y 1640. Su parque, entonces reservado a la familia real, tenía un lago artificial en el que se reconstruían batallas navales. Tal vez para vengar, en miniatura, el desastre de la Armada…

Después del casamiento de Luis XIV con María Teresa de Austria en 1659 –una necesidad política–, las relaciones franco-españolas habían cambiado. En Francia, el rey inició su reinado personal tras la muerte de Mazarino. Habían sacrificado a Fouquet a la razón de Estado, y Luis XIV hizo saber que él era el primer soberano de Europa y que el tiempo de la Fronda había pasado. Un asunto, de poca importancia, ilustró la manera en que el rey de Francia había decidido mandar en su país y hacer respetar su autoridad, entre otros, por España. Como el conde de Estradas, embajador del rey de Francia en Londres, había discutido con el barón de Watteville, embajador de Felipe IV, por una cuestión de precedencia, el 10 de octubre de 1661, Luis XIV provocó un escándalo. Consiguió que su suegro, el rey de España, emitiera una declaración oficial según la cual, a partir de ese momento, los diplomáticos españoles deberían cederles el paso a los

diplomáticos franceses. La monarquía francesa era absoluta y el protocolo se desarrollaba a su imagen. Era una cuestión de amor propio, sin demasiadas consecuencias, pero hay que ponerla en perspectiva con los hechos posteriores.

En efecto, a pesar de su decadencia y de algunos contratiempos, España seguía siendo la primera potencia europea, pero aunque encerraba peligrosamente a Francia con sus posesiones, no lo hacía ya del lado de los Pirineos, porque el Rosellón se había vuelto francés. En cambio, en el este, el Franco Condado español convertía a Langres y Dijon en sitios fronterizos. En el norte, la situación era más preocupante, porque no había ningún obstáculo natural notable: a menos de doscientos kilómetros de París, Flandes seguía formando parte de los Países Bajos españoles. En cuanto al Imperio, aunque los tratados de Westfalia (1648) le habían transferido al rey de Francia todos los derechos de los que gozaba el emperador en Alsacia, sus términos eran ambiguos y, de todos modos, Alsacia no tenía ningún contacto directo con el territorio francés: los separaban Lorena y el Franco Condado. Para que las tropas del rey pudieran dirigirse a Alsacia, la Paz de Vincennes, firmada en 1661, les habilitaba rutas a través de Lorena, donde existían importantes enclaves franceses vinculados a la posesión de los famosos obispados de Metz, Toul y Verdún. La frontera no era allí una línea precisa, sino una zona un poco borrosa.

Rumores en Madrid: ¡el rey de España tenía treinta y dos hijos naturales!

El final del reinado de Felipe IV fue particularmente triste. Cuando murió en Madrid en 1665, su sucesor, su hijo Carlos II, de cuatro años, era el único sobreviviente varón legítimo de una terrible serie de fallecimientos: el difunto rey, que según se dijo, fue padre de treinta y dos (!) hijos naturales, había perdido... quince hijos. ¿Qué ocurrió? Su primera esposa, hija de Enrique IV, había muerto en 1644, mientras daba a luz a una hija. Su segunda esposa, Mariana, hija de Fernando III, era una sobrina de Felipe IV a quien este pidió en matrimonio en 1647. Llegó a la corte de Madrid dos años más tarde: ¡le horrorizó enterarse de que una reina de España no tenía derecho a reírse en público! Por otra parte, era difícil que pudiera sentirse atraída por ese marido cuadragenario que, so pretexto de reunirse con poetas para escucharlos declamar sus versos bajo el claro de luna, pasaba sus noches en actividades libertinas en Madrid y sus días conversando con religiosas, con la esperanza de lograr la indulgencia divina. Pero ella sabía que su matrimonio tenía un solo objetivo: darle un heredero al rey de España. Después de perder un primer hijo, dio a luz otro varón, Carlos, en 1661. Dos años más tarde, en el transcurso de la ceremonia de presentación del futuro rey de España por parte de su padre, los cortesanos

y los nobles de España –que tenían el privilegio de no descubrirse ante Felipe IV– pudieron comprobar que el joven príncipe de Asturias era un pequeño raquítico que apenas podía mantenerse en pie. Cuatro años después, aún había que sostenerlo para que no se cayera. Los retratos del infante, al principio muy idealizados, fueron reemplazados, hacia sus doce años, por los de Juan Carreño de Miranda, que muestran a un adolescente más cercano a la realidad. Carlos tenía una mirada sin brillo, un rostro alargado y extrañamente angosto. Se dijo que no sabía leer ni escribir. El futuro rey de España tenía múltiples problemas físicos. Su salud era muy frágil, sufría desórdenes digestivos, desmayos y erupciones repentinas. El drama no era su incapacidad para reinar, sino el hecho de ser el único heredero legítimo del soberano de España. Una pesadilla para la Casa de Habsburgo.

Las precauciones de Felipe IV para salvar la integridad de la monarquía fueron inútiles. Bajo la regencia de su madre, Carlos II (que era también Carlos V de Sicilia) fue el testigo inconsciente de una década desastrosa. El poder estaba en las manos inexpertas del jesuita Nithard y del aventurero Valenzuela, dos favoritos sin envergadura. Y lo más grave era que actuaban en nombre de un niño muy endeble: todas las cortes europeas descontaban su muerte próxima, que abriría la sucesión de España. Luis XIV podía pretender a ella, ya que estaba casado con la infanta María Teresa, que, al no existir una ley sálica, podía acceder al trono. Como María Teresa solo había renunciado a sus derechos a cambio de un pago, por parte de España, de una dote de 500.000 escudos de oro que nunca se pagaron, el rey de Francia podía sentirse libre para actuar. En su tiempo, el informadísimo Mazarino sabía que la monarquía arruinada de Felipe IV no podría pagar. Madrid presintió el peligro. Para equilibrar las eventuales pretensiones, fundadas, del rey de Francia, una hermana menor de María Teresa, la infanta Margarita Teresa, se casó con el emperador Leopoldo I, de quince años, en 1666, poco después del fallecimiento de Felipe IV. De acuerdo con el contrato de matrimonio, que estaba redactado desde hacía tres años, el rey de Francia y el soberano del Sacro Imperio, que eran primos hermanos porque sus madres eran hermanas del difunto Felipe IV, se encontraban casi en igualdad de condiciones para la sucesión de España, que preocupaba a toda Europa. Luis XIV tenía una pequeña ventaja porque su madre, Ana de Austria, y su esposa, María Teresa, eran hijas mayores de reyes de España.

Por otra parte, tras la muerte de Felipe IV, en septiembre de 1665, Francia publicó un *Tratado de los derechos de la Reina Cristianísima*. Este se basaba, fundamentalmente, en el derecho de devolución, una antigua costumbre del Brabante según la cual, para una herencia, los hijos de un primer matrimonio tenían privilegios con respeto a los del segundo. Por lo tanto, María Teresa era la única heredera y Carlos II no tenía ningún derecho. Madrid objetó que esa costumbre solo concernía a los particulares y nunca se había aplicado a una familia real.

¿Recibiría Luis XIV los 500.000 ducados de oro que le debía España?

Debe recordarse también que María Teresa había renunciado a todos sus derechos. Pero los franceses replicaron que como la dote, jurídicamente ligada a ese renunciamiento, nunca había sido pagada, todo había caducado. ¿Podía estallar el conflicto con el pretexto, muy oficial, de que el rey de España le seguía debiendo 500.000 escudos de oro al rey de Francia? Ese sería el verdadero precio de la guerra.

Hay que aclarar que ninguno de los dos pretendientes pensaba reivindicar la totalidad de la herencia española, y se elaboraron planes de reparto.

Pero el destino trastocaría todo. Aunque Carlos II sufría de innumerables males, contrariamente a las suposiciones diplomáticas, sobrevivió. Con una pésima salud, sin duda, pero sobrevivió. Entonces, ¿por qué no casarlo? Madrid buscaba una futura reina, a la que un marido tan poco atractivo no rechazaría. ¡Deberían hacer un esfuerzo y ser generosos con la desposada!

La preocupación por el prestigio de Francia en el exterior y el prestigio personal de Luis XIV estuvieron en la base de la guerra franco-española de 1667. A principios de mayo, el rey Borbón envió a Madrid su *Tratado de los derechos de la Reina*, al mismo tiempo que sus tropas entraban a Flandes. Esta guerra, llamada “de Devolución”, fue casi un paseo militar, una serie de asedios a fortalezas y ciudades poco protegidas. El 2 de junio, Turenne, nieto, por parte de su madre, de Guillermo el Taciturno, tomó Charleroi. El 21, el rey de Francia, que quería estar en persona en medio de sus tropas, se presentó frente a Tournai: la primera trinchera se abrió al día siguiente, tomaron la ciudad el 25 y el castillo se entregó a los franceses el 26. En Courtrai, Luis XIV dirigió un ejército en desorden, porque las reformas de Louvois aún no habían surtido todo su efecto, pero algunas ciudades como Douai y Ath tambien cayeron. Solo Lille resistió diecisiete días, pero finalmente no pudo contra el metódico asedio conducido por Vauban, cuya fama fue cada vez mayor tanto entre los sitiadores como entre los sitiados. En febrero de 1668, Condé se apoderó del Franco Condado. Turenne, prudente y tenaz, preparaba cuidadosamente sus campañas, mientras que Condé era un improvisador de genio. Dole, foco de resistencia española, cayó al cabo de cuatro días y en Besançon, en un meandro del río Doubs y protegido por su ciudadela, los fuertes de Chaudanne y de Brégille cayeron en manos francesas. ¿Reaccionaría Viena? ¿Podía abandonar el Habsburgo imperial al Habsburgo real?

En Madrid, el anuncio de esas victorias fue amplificado por la habilidad diplomática de Luis XIV, que le impidió intervenir al emperador. El embajador de Francia en Viena, Grémonville, logró una verdadera proeza: mantuvo a Leopoldo I en la neutralidad firmando con él un proyecto de reparto de las posesiones españolas. Por su parte, significaba reconocer los

derechos del rey de Francia a la sucesión de España y la nulidad del renunciamiento de María Teresa. Y más allá del gesto, Luis XIV estaba persuadido de que el emperador, muy preocupado por el avance de los turcos, abandonaría, tarde o temprano, los Países Bajos españoles. El rey de Francia había vencido, pero frente a la alianza de Holanda, Inglaterra y Suecia, negoció rápidamente el Tratado de Aix-la-Chapelle, que se firmó el 2 de mayo de 1668. Francia evacuó el Franco Condado, que seguía siendo español y España le cedió a Luis XIV doce plazas sobre la frontera norte, entre ellas, Lille y Douai, aunque conservó Maubeuge, Valenciennes, Cambrai y Saint-Omer, ciudades más o menos enclavadas en el territorio francés.

En 1675, a los catorce años, Carlos II era oficialmente mayor de edad. Seguía enfermo pero, aunque los médicos habían vaticinado que no sobrepasaría los diez años, estaba vivo... Ante el estupor general, viviría veinticinco años más "en equilibrio inestable al borde de la tumba", como escribió Philippe Erlanger. La llegada de su hermano natural Don Juan de Austria al poder, de 1677 a 1679, no le evitó a España la pérdida del Franco Condado y de Artois según el Tratado de Nimega del 17 de septiembre de 1678. Aun cuando Francia abandonó Courtrai y Charleroi, se terminó la preponderancia española. Solo treinta y cinco años habían pasado desde la victoria de Rocroi. Ahora Francia era la primera potencia europea y la ciudad de París premió a Luis XIV con el título de Luis el Grande. Un nuevo astro iluminaba Europa.

En 1679, ya que Carlos II sobrevivía a todo, Madrid decidió casarlo, con la esperanza de que estuviera en condiciones de procrear... Eligieron a una princesa muy bonita, María Luisa de Orleans, hija mayor de Monsieur, hermano del rey de Francia y hermana mayor de la duquesa de Saboya. La desdichada joven, que ya se había horrorizado al ver un retrato –¡mejorado!– de Carlos II, quedó francamente aterrorizada cuando le presentaron a ese débil de cuerpo y de espíritu. ¡El colmo fue que ella le gustó mucho a él! Entre dos ataques de epilepsia, Carlos era casi normal. Este esperaba que tuvieran hijos, pero todas sus expectativas fueron vanas.

Luis XIV, que ya era primo hermano y cuñado de Carlos II, se convirtió también en su tío por esa unión. Siguió con gran atención la ausencia de embarazos de María Luisa. Pronto, Carlos II acusó a su esposa de ser estéril. Para que ella pudiera quedar embarazada, su marido aceptó la presencia de una cohorte de exorcistas para expulsar al diablo de la cama nupcial, con grandes cantidades de agua bendita, porque, a su juicio, solo el Maligno podía contrariar a la naturaleza... Los encantamientos y los trances extáticos de los exorcistas (que parecían brujos, en realidad) tuvieron un solo efecto: que la reina se desesperara con esa corte paralela, que rivalizaba en excentricidades con los enanos y los bufones de Sus Majestades.

Después de innumerables sesiones, María Luisa seguía sin tener un heredero. A los veintiocho años, murió. Se rumoreó que el partido

austríaco, muy contrariado por sus fracasos en la maternidad, la había envenenado. Y Carlos II, por su parte, también sobrevivió a este dolor…

Mientras le buscaban una nueva esposa –las candidatas no se peleaban por él precisamente–, el emperador Leopoldo I fue amenazado en Viena, primero por una nueva epidemia de peste que afectó a casi 10.000 personas, y luego por otro ataque turco. Hay que decir que el embajador del Rey Sol ante el Imperio otomano le había asegurado al sultán que su rey no apoyaría al emperador en el caso de que un ejército otomano se presentara ante Viena. De modo que Luis XIV había cambiado de bando y su decisión lo convirtió en el instigador indirecto de aquella nueva campaña.

El emperador Leopoldo I fue el vencedor oficial de los turcos en Viena

Esa campaña duró tres meses y Viena estuvo a punto de caer en manos de los otomanos. El 12 de septiembre de 1683, en la batalla de Kahlenberg –en las montañas que dominan el bosque vienés–, los 310.000 turcos renunciaron a tomar Viena: esto se debió en gran parte a la valentía del rey de Polonia Juan Sobieski. Pero el prestigio de la espectacular victoria católica recayó en el emperador Leopoldo y el Sacro Imperio. La monarquía austríaca, corazón del Imperio, se convirtió en una gran potencia, y se alejó la pesadilla de la amenaza de los turcos, que duraba desde hacía más de un siglo. Una realidad amarga para Luis XIV, obligado a comparar su gloria con la de un Habsburgo, a pesar de que este no estaba dotado para el arte militar. Es verdad que la defensa cristiana se vio favorecida por los problemas del comando turco. Leopoldo I emprendió la reconquista de Hungría, llevando incluso sus tropas hasta Belgrado. En consecuencia, Luis XIV se había equivocado por primera vez al aprovechar que Viena estaba en peligro para anexar, en plena paz, algunos territorios imperiales que habían sido franceses. Detestaba particularmente a Holanda, esa "república de comerciantes y de quesos", según la definición de Colbert. Al revocar el Edicto de Nantes, el rey de Francia se equivocó por segunda vez porque no calculó que esa decisión catastrófica lo malquistaría con la mayor parte de sus aliados protestantes, como Brandeburgo y Suecia. Holanda, dejando de lado sus prevenciones contra Guillermo de Orange, lo apoyó: este se convirtió en Guillermo III, rey de Inglaterra. La monarquía inglesa era prácticamente el único Estado europeo que no se alzó contra Francia. En la guerra que siguió, Carlos II se asoció a la Liga de Augsburgo. Esa guerra terminó con una paz firmada en un pequeño pueblo al sur de La Haya, Rijswijk, entre septiembre y octubre de 1697. Los intentos de hegemonía francesa en Europa habían fracasado. Según el Tratado de Rijswijk, Luis XIV conservaba Estrasburgo, pero debía devolver casi todos los territorios concedidos en Nimega. Francia había resistido frente a la

Europa unida. No retrocedió pero tampoco avanzó. Se hablaría de una “paz blanca” para calificar a la de Rijswijk, porque, en realidad, la salud del rey de España era tan alarmante que habría sido peligroso que la sucesión de España se abriera en una Europa en guerra.

Desde Versalles, el rey miraba nuevamente hacia Madrid, porque Carlos II no había renunciado a procrear: con solo veinticinco años, y aunque seguía teniendo un aspecto infantil y contrahecho, seguramente se sentía humillado por la memoria de su padre, que había embarazado a tantas mujeres. En 1690, Carlos II se volvió a casar. Lo hizo con Mariana de Neoburgo. Bella, intrigante, la princesa bávara, convertida en reina de España, actuó como su esposo el rey: ¡tenía una favorita! Mariana se atrevió a mantener una amistad muy íntima con una baronesa alemana, protestante: ¡por esto, los católicos la acusaron de desviar fondos! Pero al cabo de cuatro meses, el rumor de la impotencia de Carlos II, que circulaba desde hacía algún tiempo, se difundió en la corte y se propagó por toda España. Libelos, epigramas y panfletos pasaban de mano en mano. Las burlas y los comentarios subidos de tono hacían reír al pueblo y a los cortesanos, ávidos de confidencias de alcobas. Esta copla, al mismo tiempo irónica y resignada, tuvo un gran éxito:

Tres vírgenes hay en Madrid:
la biblioteca de nuestro cardenal,
la espada del duque de Medina,
y la reina nuestra señora.

¿De modo que el verdadero culpable de la falta de un heredero era el propio rey? En 1698, como las misas, las ofrendas, las peregrinaciones y las pociones vigorizantes no producían ningún efecto, ya no era posible ignorar el problema de la sucesión de España, es decir, de la rama mayor de los Habsburgo, que no tenía heredero. Esto alimentaba la competencia entre el rey de Francia y el emperador, ambos hijos y esposos de princesas españolas. Leopoldo I, el emperador, se negó a compartir nada y reclamó la totalidad de la herencia para su hijo menor, el archiduque Carlos, que aún no tenía quince años. Pero esa reunión de la Gran España, incluyendo las colonias, con los dominios de Europa central rompería el equilibrio europeo en favor de la Casa de Habsburgo. Las potencias marítimas, como Inglaterra y Holanda, no podían aceptar esa reconstrucción del universo de Carlos V. Luis XIV inició negociaciones con ellas, en las que se mostró moderado: solo pedía una parte de la herencia española. Lo más sorprendente de esas combinaciones diplomáticas fue que los Estados europeos se repartieron la torta española sin pedir la opinión del principal interesado: ¡el pueblo! Además, y particularmente en Madrid, los extranjeros, franceses y austríacos, eran considerados indeseables, en forma separada o conjunta, pues los acusaban de inmiscuirse en asuntos que no les incumbían. Para los

españoles, las intrigas de Versalles y de Viena eran igualmente indecentes: cada partido enviaba sus agentes, diplomáticos o religiosos, con la misión de convencer. En su entorno madrileño, Carlos II era asaltado por personajes influyentes que querían impulsarlo a mantener intacta la vieja monarquía. Esos cortesanos alimentaban otra patética ilusión: España estaba exangüe, hasta el punto de que en el campo, para sobrevivir, se recurría al trueque de mercaderías. Faltaba el dinero y la mayoría de las monedas de cobre en circulación eran falsas. En Madrid, las familias más nobles debían empeñar y luego vender sus muebles para subsistir. Los compradores eran extranjeros, y esto ponía a los españoles en su contra. El marqués de Villars, que había sido embajador de Francia en Viena durante el sitio de 1683, informó que después de una nueva devaluación, ¡hasta el rey se había visto privado de sus ingresos! Después de la grandeza, el derrumbe, pero a menudo con orgullo, incluso con arrogancia, en la increíble atmósfera de un país replegado sobre sí mismo.

¿Cómo salvar la herencia española, que, a pesar de su miseria, su desidia administrativa, la corrupción de sus funcionarios, la pereza de sus elites, y la pérdida de varias provincias y de Portugal, se extendía aún sobre una parte de los Países Bajos, Milán, las Dos Sicilias, México, Perú y las Indias orientales y occidentales? ¿Cuál podría ser el futuro de esa monarquía que comprendía veintitrés reinos –sin contar el reino, en expansión, de los mendigos que habían invadido las calles–, y cuyo soberano, terriblemente disminuido, no había podido proveerle un heredero? Hasta en las criptas del Escorial, donde había ido a buscar ayuda rezándole al alma de sus parientes y de su primera esposa, se había encontrado el rey con un silencio hostil. El Panteón de los Reyes, terminado en 1654, donde solía orar Carlos II, era una habitación octogonal revestida de jaspe, en la que reposaban casi todos los soberanos españoles desde Carlos V. A la izquierda del altar, se superponían los sarcófagos de los monarcas y a la derecha, los de las esposas que habían garantizado una sucesión. Carlos II solía regresar abatido de esa impresionante necrópolis. Algunos terminaron por apiadarse del pobre Carlos II, a quien llamaban el "mártir", y no era para menos: el destino nunca se había encarnizado tanto con un Habsburgo. Toda Europa esperaba repartirse los despojos de la potencia española, empezando por Francia, ya que Luis XIV seguía sin haber cobrado sus 500.000 ducados de oro. En esos tiempos de dinero español falsificado, aunque Su Majestad finalmente dejó de interesarse por el tema, convenía verificar el pago moneda por moneda…

Carlos II, sin hijos, se negó a compartir su herencia española

En Viena, Leopoldo I, alerta, analizaba las maniobras de Luis XIV que, en

1698, y luego a principios del verano de 1699, se manifestaba a favor de un reparto. El delfín de Francia recibiría Nápoles, Sicilia y la provincia vasca de Guipúzcoa. La idea de este desmembramiento horrorizó a Carlos II y Mariana. Voltaire escribió: “Cuando se conoció en la corte de Madrid esta nueva afrenta, el rey estuvo a punto de sucumbir a su dolor y la reina, su esposa, fue presa de una cólera tan fuerte que rompió los muebles de sus habitaciones, sobre todo los espejos y los demás adornos provenientes de Francia: las pasiones son las mismas en todos los rangos”.

El 3 y el 25 de marzo de 1700, el rey de Francia firmó dos nuevos tratados: uno con Guillermo III de Inglaterra y el otro con las Provincias Unidas. Esta vez, el archiduque Carlos dispondría de España, de sus colonias y de sus Países Bajos, que nunca podrían anexarse a los feudos austríacos. En un ataque de voracidad política, Luis XIV se adjudicó Milán, pero únicamente para intercambiarlo, lo antes posible, por Lorena. Del mismo modo, Sicilia, apropiada y luego devuelta, permitiría que la Saboya ducal y el condado de Niza se hicieran franceses. Según este plan, al involucrarse en la sucesión de España, Luis XIV buscaba hacer más claras las fronteras francesas.

En Madrid, después de muchos cálculos y una última reunión del Consejo de la Corona, se decidió que la mejor solución era transmitirle la corona de España a un solo príncipe, con la condición de que dispusiera de suficientes fuerzas como para mantener la cohesión. A pesar de sus rencores contra Francia, y ante la impopularidad de los austríacos en Madrid, Carlos II reconoció que solo el rey de Francia tenía bastante poder como para oponerse al desmantelamiento de la monarquía. Y a pesar de sus guerras desafortunadas y ruinosas, Francia tenía suficientes estructuras y recursos como para apoyar a una España debilitada. Carlos II, cuyas fuerzas decrecían, vacilaba. Solicitó la opinión del Papa.

El 16 de julio de 1700, Inocencio XII le confirmó al perplejo rey que el interés de España y el de la cristiandad exigían dar “preferencia a la Casa de Francia”. Voltaire señaló que el Papa “trató ese caso de conciencia de un soberano como un asunto de Estado, mientras que el rey de España convirtió ese asunto de Estado en un caso de conciencia”.

Después de hacer dos testamentos, Carlos II redactó un tercero. Se pronunció a favor de un príncipe francés que no parecía tener posibilidades de acceder al trono, el duque Felipe de Anjou, segundo hijo del delfín, o, en su defecto, el duque de Berry, su hermano menor. Si esos dos nietos de Luis XIV no aceptaban, se apelaría a la rama austríaca, en la persona del archiduque Carlos. Lo más importante era que, en todos los casos, se excluían tanto los repartos como las acumulaciones de coronas. Como este testamento era secreto, pocas personas conocían sus detalles. Carlos II firmó sus últimas voluntades el 2 de octubre de 1700. Lloraba, y ante el fracaso de su vida, suspiró: “Solo Dios otorga los reinos, porque le pertenecen. ¡Yo ya no soy nada!”.

Carlos II, que había hecho esperar a Europa cuarenta años, fue el último soberano Habsburgo de España. Y eligió a un Borbón para sucederlo en Madrid. ¿Se daba cuenta de que ni Inglaterra, ni las Provincias Unidas, ni mucho menos el Imperio, soportarían semejante aumento del poder francés? ¿Creía que al dejar a la Gran España en manos de Francia, que había sido la enemiga histórica de la Casa de Austria, el emperador Leopoldo I no reaccionaría? Pedro Calderón de la Barca, el último gran poeta del Siglo de Oro, fallecido en 1681, describió, en *La vida es sueño*, a un príncipe cautivo que se negaba a enfrentar las realidades de la vida. Se refugiaba en los sueños porque nada podía estropear su brillo. Calderón se lo repitió a Carlos II, que murió el 1º de noviembre de 1700: "Toda la vida es un sueño". Para los Habsburgo, ese sueño se había convertido en una pesadilla.

Aquella alianza entre Francia y España constituía el más antiguo sueño de Luis XIV, que tenía ahora sesenta y dos años. El 16 de noviembre de1700, el rey de Francia, árbitro de los pueblos y las naciones, le presentó al embajador de España al duque de Anjou, "el rey que pide España": esta era la sorprendente verdad. Y Luis XIV le recomendó al diplomático que saludara a su soberano con una rodilla en tierra. En sus *Memorias*, el marqués de Sourches, que no tenía las reticencias de Saint-Simon, escribió: "Ese día tuvo lugar en Versalles la más grande y extraordinaria escena que se haya dado en Europa". El rey había mandado abrir de par en par las puertas de su gabinete, donde se encontraba con su nieto y, frente a la corte inquieta, anunció: "Señores: he aquí el rey de España".

El duque de Anjou se convirtió en Felipe V. Hijo de un Habsburgo, era un Borbón quien reinaría en el trono de Felipe II y los Borbones tenían una corona más. Seguramente a causa de sus innumerables matrimonios consanguíneos, la dinastía de los Habsburgo pagó siglos de política matrimonial. Si Luis XIV hubiera rechazado el testamento de Carlos II, el archiduque Carlos, hijo del emperador, habría sido rey de España. Permitir una Francia encerrada, la pesadilla de Francisco I, era imposible. Al aceptar la elección del difunto Habsburgo, Luis XIV, que había reflexionado durante ocho días, alzaría a Europa contra Francia. Era inevitable. Por lo tanto, para defender a Felipe V, su abuelo estaría obligado a declararle la guerra al Imperio y a España.

La Guerra de Sucesión de España revolucionó a toda Europa

Se prolongó de 1702 a 1714. El conflicto, llamado Guerra de Sucesión de España, fue gigantesco, porque la Casa de Austria recibió el apoyo de Inglaterra y de las Provincias Unidas, exasperadas por el hecho de que un príncipe francés reinara en Madrid. Esa guerra fue difícil, ruinosa, con

muchos imprevistos, y tuvo consecuencias inesperadas. El 1º de febrero de 1701, el Parlamento de París registró patentes reales que establecían que Felipe V, rey de España, conservaba sus derechos a la corona de Francia, en el mismo momento en que, en Madrid, recibía el homenaje de sus súbditos españoles... El príncipe Eugenio de Saboya, que años atrás le había pedido, en vano, un regimiento a Luis XIV, había pasado al servicio de Austria en 1683. Se convirtió en uno de los más temibles adversarios de Francia y un excepcional coleccionista de arte de Viena: dos hechos lamentables para Luis XIV. Otra sorpresa: España, mal defendida por Francia, perdió Gibraltar el 1º de agosto de 1704. Durante más de trescientos años, Madrid le reclamaría a Londres la devolución de ese mítico peñón. Sin éxito hasta el presente...

Dos meses después de la designación del Borbón, el archiduque Carlos, segundo hijo del emperador Leopoldo, que había llegado a España por Portugal, tomó Barcelona y se instaló en Madrid donde, heredero indiscutible de la Casa de Austria, ¡se hizo proclamar rey de España con el nombre de Carlos III! ¡Había dos reyes de España: un Borbón y un Habsburgo! El primero había huido.

¿Se trataba de un retorno de los Habsburgo, en el que la rama menor reemplazaría a la rama mayor sin descendencia? Las derrotas militares sufridas por Francia comprometían el sueño de Luis XIV. Dunkerque estaba destruida, Lille y Maubeuge estaban ocupadas por los holandeses y Estrasburgo por los imperiales. Los coaligados querían echar a Felipe V. La hambruna, el frío del invierno de 1709, tan extremo que se congeló el vino del rey en su copa en Versalles, y la falta de dinero volvieron cada vez más precaria la causa francesa. La corona de España costaba muy caro. Pero Luis XIV, el viejo león, aún sabía defenderse. Sin duda bajo la influencia de Madame de Maintenon, que lo había obligado a renunciar a las frivolidades y seguía de cerca todo el asunto español, el rey dio el ejemplo: mandó fundir su vajilla de oro y, para vergüenza de los cortesanos, Su Majestad siguió comiendo en algo “vulgar”. ¡El rey se “redujo a loza”, clamaban en Versalles! Los recursos obtenidos de ese modo permitieron pagarles a las tropas mal equipadas, mal alimentadas y no demasiado motivadas, pero con voluntad de combatir. En un último esfuerzo, dos victorias, Malplaquet (1709) y Denain (1712), en las que los hombres de Villars cargaron a la bayoneta, salvaron a Francia de la invasión. Al mismo tiempo, Luis XIV, que se había negado a reconsiderar su decisión y declaró que prefería “hacerles la guerra a sus enemigos y no a los hijos de sus enemigos”, envió un ejército en ayuda de su nieto. Hay que decir que Felipe V y su joven esposa de dieciocho años habían conmovido al pueblo español por su valentía, tras ser echados dos veces de Madrid. El 10 de diciembre de 1710, el duque de Vendôme, al mando de un ejército franco-español junto a Felipe V, obtuvo una victoria decisiva sobre las fuerzas anglo-imperiales. La batalla de Villaviciosa afianzó definitivamente al rey Borbón en el trono de España. En

Viena, el emperador Carlos VI perdió toda esperanza de reinar sobre los españoles. Fue el único monarca que se negó a firmar el tratado negociado del 29 de enero de 1712 al 11 de abril de 1713 en el ayuntamiento de Utrecht. Durante doce años, Europa había estado en guerra por seguir al emperador que se atenía a viejos principios y al derecho, seguramente porque Leopoldo I fue, hasta su muerte en 1705, un soberano a su pesar y de otros tiempos.

Finalmente reconocido por todos, Felipe V abandonó sus pretensiones a la corona de Francia. Entre las innumerables consecuencias de la complicada Guerra de Sucesión de España, hubo una, imprevisible, que concernía particularmente a la Casa de Austria. Por el tratado de paz firmado en Rastatt en 1714, Austria agrandó sus Estados hereditarios en detrimento de su poder imperial, y el elector de Brandeburgo confirmó su título de Prusia. Ahora los Hohenzollern dominaban Alemania del norte y se volvieron rivales peligrosos para los Habsburgo. Decididamente, España ya no estaba de moda.

8
Carlos VI o el rechazo de la fatalidad (1711-1740)

Nacido en Viena en 1685, dos años después del último sitio, el archiduque Carlos fue educado en el recuerdo de la amenaza otomana. El año de su nacimiento, la Cámara Imperial y Real, es decir, el gabinete de Su Majestad Leopoldo I, autorizó a los posaderos vieneses “a preparar en forma de café el brebaje turco”. Se inauguró la costumbre de degustar el café en un lugar que llevara ese nombre: se convertiría en una característica de la vida vienesa y partiría a la conquista de Europa. Con el café y las medialunas, recuerdos de un asedio anterior, Viena les debe mucho a los turcos...

Carlos de Habsburgo no tuvo una adolescencia fácil. Tenía dieciocho años en 1703, cuando su padre, el emperador Leopoldo I, por presión de Inglaterra y Holanda, lo envió a España para expulsar del trono al nieto de Luis XIV, que lo ocupaba desde hacía dos años. ¡Un usurpador, ese Borbón! Por su matrimonio con su prima María Teresa de España, Leopoldo había reforzado considerablemente las pretensiones de los Habsburgo a la corona de Madrid. Por su orden, su hijo Carlos, como vimos, se proclamó rey de España con el nombre de Carlos III al llegar a Madrid, pero no pudo mantenerse. España estaba en plena confusión y el viejo rey de Francia intentó incluso apoderarse del trono imperial. ¿Un Borbón emperador? Luis XIV había pensado en eso: era el único que había tenido esa idea insensata, y su candidatura hubiera provocado un incendio desde el mar del Norte hasta el Mediterráneo y desde el Atlántico hasta el mar Negro. Después de la muerte de su padre en 1705, y por lo tanto durante la Guerra de Sucesión de España, fue el hermano mayor de Carlos, José I, nacido en 1678, quien accedió a la dignidad imperial. Este había despertado literalmente a Austria, que se dormía, luchó contra la pesadez de las instituciones y confirmó al príncipe Eugenio de Saboya en sus altas funciones militares. Con el concurso del inglés Marlborough, José I había obtenido algunos éxitos: los Habsburgo ocuparon Cataluña y Valencia entre 1706 y 1708, y todavía esperaban impugnar el reinado de Felipe V en Madrid. Por otra parte, sus victorias en Milán, Nápoles, Sicilia y los Países Bajos confirmaron su autoridad de dos siglos en Italia, fuera de los territorios del papado. Esas buenas noticias estaban contrabalanceadas por fracasos o dificultades sobrevenidos en otros frentes, por ejemplo en Transilvania, donde la aristocracia húngara, que deseaba liberarse de la dominación austríaca y aliarse a Francia, había recurrido a la ayuda del húngaro Francisco Rákóczi. Y estaba además el rey Carlos XII de Suecia, el adversario de Pedro el Grande para el control del Báltico. El sueco, genial estratega pero político mediocre, amenazó aliarse con Luis XIV. El emperador José I se había visto obligado a firmar una convención

humillante para evitar la apertura de un frente nórdico en la infernal Guerra de Sucesión de España. Habría podido imponerse sin duda en Europa si, por algún viraje político interno, Inglaterra no hubiera desautorizado a Marlborough. Esta defección fundamental llegó en momentos en que José I había sofocado finalmente la rebelión húngara. No pudo saborear ese retorno a la calma en la llanura esteparia de Hungría, la *puzsta*. Murió en 1711, cuando solo tenía treinta y dos años: la viruela, a la que había escapado en su infancia, lo arrebató en pocos días. Solo dejó hijas mujeres.

Lo sucedió su hermano, que se proclamó emperador con el nombre de Carlos VI. Esta cifra, inevitablemente vinculada a Carlos V, ¿hacía suponer que los Habsburgo aún intentarían recuperar la corona de España? ¿Tendrían, ciento cincuenta años después de su ilustre antepasado, una nostalgia del desmesurado Imperio? ¿Una provocación? Esto era posible, ya que Carlos VI fue el único soberano que se negó a firmar la Paz de Utrecht en 1713. Sin embargo, a pesar de sus protestas y sus esfuerzos, el nuevo emperador no logró impugnar el advenimiento de Felipe V. Carlos VI estaba disconforme pero aislado. Un año más tarde, cuando los beligerantes se reunieron en el bellísimo castillo barroco del margrave Luis de Baden en Rastatt, frente a los siete signatarios, entre ellos, el mariscal de Villars y el príncipe Eugenio, Carlos VI no pudo persistir en su actitud. En el monumental salón, se vio obligado a poner su firma para recibir las antiguas posesiones italianas de España (Nápoles, Cerdeña –que cambiaría por Sicilia–, una parte de Toscana y los Países Bajos meridionales). Como contrapartida, dejaría de objetar –¡al menos en voz alta!– la permanencia de Felipe V en el trono español. Carlos VI era consciente de que el futuro de los Habsburgo y de Austria estaba en el centro de Europa, a uno y otro lado del Danubio. Además, para el amo del Sacro Imperio, fue revelador que esa reunión, que debía resolver definitivamente el rompecabezas español, se desarrollara en un castillo cuyo ex propietario, obsesionado por la amenaza turca (¡lo habían apodado Luis el Turco!), también desconfiaba de la política confusa de Luis XIV. Los innumerables recuerdos de las campañas contra los otomanos reunidos tan cerca de la Selva Negra demostraban que los habitantes de Baden habían temido una invasión. Pasaron cuatro años. Luis XIV había muerto, su nieto reforzó la influencia centralizadora francesa en España y Carlos VI, gracias a las victorias del príncipe Eugenio, consolidó la posición de los Habsburgo en el norte de Bosnia, en Serbia, en Belgrado y en una parte de Valaquia. El Tratado de Passarowitz (1718) reconocía que esos territorios habían sido reconquistados a expensas de los turcos, pero Carlos VI, como un hombre de orden y que controlaba sus cuentas, entendió el interés de comerciar con el Imperio otomano, que necesitaba nuevos mercados. Al final del año, la monarquía austríaca era el Estado más vasto y poblado de Europa, pero, como de costumbre, carecía de unidad.

Música, arquitectura, teatro: ¡el emperador era un verdadero vienés!

Carlos VI fue un soberano al mismo tiempo organizado y lleno de fantasía, una extraña mezcla de previsión e improvisación. Respetaba los ritos de la vida oficial: la misa matutina, luego el Consejo, más tarde, las audiencias y finalmente la cena con su bonita esposa, pero en público, como lo indicaba la etiqueta. En el Hofburg, desde su nombramiento como emperador, a los veintiséis años, siguió las costumbres de su padre. Pero afuera, podía ser muy diferente: hacer bromas, hablar en dialecto para que no se entendiera lo que decía y poner a prueba la paciencia de los funcionarios a los que les pedía alguna información, envolverse en un enorme abrigo para que los centinelas no lo reconocieran. Esto se debía a su afición al teatro: una afición que compartía con su padre. Su verdadera pasión era salir del palacio que su padre había mandado remodelar para disfrutar de Viena. Después de la derrota otomana de 1683, el aspecto de la ciudad cambió a gran velocidad. La estética aún medieval se fundió rápidamente con la abundancia del barroco, tanto en la arquitectura como en la escultura y en la pintura. La capital fue una sede privilegiada del desarrollo de los espectáculos y la música: los Habsburgo siempre habían sido músicos y el hecho de que los vieneses sean tan aficionados a este arte sin duda se debe, en gran parte, a esta dinastía. El emperador recorría su ciudad natal y seguía los trabajos de diversos edificios y monumentos, a menudo marcados por el genio de los maestros de la nueva belleza: los Fischer von Erlach, padre e hijo. Una firma familiar, un mismo nombre para la espléndida iglesia San Carlos Borromeo (Karlskirche), la monumental Biblioteca Imperial y el picadero de invierno, construido de 1719 a 1735, que albergó finalmente a la Escuela de Equitación fundada por Maximiliano II en 1572 (un emperador protestante y yerno de Carlos V: ¡una rareza!) para los espectáculos de los majestuosos caballos lipizzanos. Viena siempre llamó a ese magnífico picadero blanco, rodeado por dos galerías y una columnata, Escuela Española de Equitación, porque los lipizzanos son una cruza de andaluces y árabes. En el palco imperial, coronado por un frontón triangular, había un cuadro de Carlos VI a caballo, pintado por dos artistas diferentes: Hamilton para el caballo y Auerbach para el soberano. Carlos VI inauguró el picadero. Los jinetes, en un orden impecable, solían saludar al emperador descubriéndose. Todavía hoy, el director del picadero retira su bicornio frente al palco oficial. Prosiguiendo su paseo en medio de los viñedos, Carlos VI podía admirar el Belvedere inferior y el superior, esos dos elegantes palacios edificados por el príncipe Eugenio después de tomar Belgrado. Allí ofrecía deslumbrantes fiestas estivales que provocaron celos, un poco cáusticos, del emperador. Y sus obras de arte reunidas con tan buen gusto competían con los Tesoros de la Corona.

Después de lograr la paz con los turcos y los húngaros (las murallas levantadas contra ellos en los suburbios ya formaban parte del pasado), Carlos VI estaba preocupado por una sola cosa, que lo obsesionaba: no tenía hijos. En 1716, tras ocho años de feliz matrimonio, la emperatriz, nacida como Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbüttel, protestante obligatoriamente convertida, había tenido un varón, Leopoldo. Todo era felicidad. Pero lamentablemente, seis meses más tarde, el niño murió. Los médicos y las nodrizas se acusaron mutuamente sobre la cuestión del amamantamiento del archiduque y la oportunidad de su destete: esas penosas discusiones solo agregaron enojo al dolor de la pareja. El emperador, destrozado, se preguntaba si se extinguirían los Habsburgo en Austria después del final de la rama española por causa de su primo Carlos II. Las circunstancias no eran idénticas, ya que Carlos VI y su esposa habían demostrado su capacidad para procrear, pero el resultado podía ser el mismo. ¿Los Habsburgo estaban malditos? ¿Estaban condenados a desaparecer en la propia cuna de su destino? En realidad, el monarca ya había tomado dos decisiones espectaculares, que debían conjurar, a su juicio, la fatalidad. Frustrado por la catástrofe española, que seguía deplorando, Carlos VI había reunido a su Consejo el 19 de abril de 1713, para explicarles, en primer lugar, que los Estados de la monarquía eran “indivisibles e inseparables”. No se admitiría ningún reparto en el momento de su sucesión. Por otra parte, y esto era mucho más audaz, señaló que consideraba el caso en que tuviera uno o varios herederos varones, pero también la hipótesis de que solo tuviera hijas mujeres: ellas heredarían por primogenitura, como los varones. Y finalmente, si moría sin tener hijos, la corona les correspondería a sus sobrinas, hijas de su hermano José I. Este era un testamento político revolucionario, que le entregó al notario de Su Majestad, con el título “Pragmática Sanción”. El emperador lo había previsto todo. Pero sus súbditos, en su compleja diversidad, ¿ratificarían esa sucesión inédita en los Habsburgo de Austria? ¿Qué pasaría con los Estados germánicos, que aplicaban la ley sálica? Sin embargo, la prudencia imperial seguía las leyes de la corona de España, que admitían desde hacía mucho tiempo la transmisión del poder a las mujeres. ¡El modelo español para el Imperio! ¿Y cuál sería la reacción de las potencias europeas, siempre desconfiadas con los descendientes de Carlos V? Lo más importante era preservar la unidad, no dispersarse, y que un Habsburgo, hombre o mujer, heredara todo el conjunto. La instalación de un Borbón en el trono de Madrid seguía siendo traumatizante. Seguiría siendo una excepción. Lo extraño de la Pragmática Sanción era también su fecha. En 1713, el emperador tenía apenas veintiocho años y su esposa, veintidós. De modo que no era urgente una maternidad, aunque fuera deseable. Justamente, se habían casado hacía cinco años, estaban muy enamorados, pero aún no eran padres. Por lo tanto, Carlos VI había actuado en forma sensata, previendo el futuro.

Estupor en Europa: Carlos VI quería que lo sucediera su hija mayor

Como si la Providencia quisiera poner a prueba las precauciones del emperador, un año después de perder a su hijo, Carlos VI y su esposa tuvieron una hija: la archiduquesa María Teresa, nacida el 13 de mayo de 1717. La Pragmática Sanción parecía haber sido creada para ella. Seguramente Carlos VI habría preferido un varón. La pareja imperial había seguido las prescripciones de sus médicos: Carlos VI bebía vinos húngaros de alta graduación alcohólica y la emperatriz, misteriosos licores "que solo lograban hacer virar al rojo escarlata su tez de lirio y rosa", lo cual era lamentable, porque era muy hermosa, con su cabello rubio y sus ojos muy azules. Para aumentar sus probabilidades, los soberanos habían realizado incluso peregrinaciones tradicionales y curas, por ejemplo en las aguas termales de Karlsbad (Karlovy Vary en checo). Se sometieron a todas las creencias. El viaje a Praga y a las colinas de Bohemia, agotador, fue una apuesta política, porque después de haber aplastado a los checos reformados en la batalla de la Montaña Blanca, un siglo atrás, el rencor que despertaban los Habsburgo seguía vivo. Pero la visita transcurrió en calma: el mal tiempo pudo haber disuadido a los checos de alguna manifestación hostil.

Los embarazos de la emperatriz eran frecuentes y parecidos. Tomando infinitas precauciones, la valerosa mujer dio a luz a otras dos niñas, una de las cuales falleció a los cinco años. Era como si Carlos VI hubiera tenido un presentimiento: su progenitura sobreviviente era exclusivamente femenina. Al pasar los cuarenta años, sus probabilidades de tener un hijo eran cada vez menores. En el caso de que su esposa, de treinta y dos años, aún quedara embarazada, ya era inútil hacer decorar sus aposentos con cuadros o estatuas de hombres durante nueve meses, ya que esas obras de arte no influirían en el sexo de la criatura por venir. En cambio, era urgente informar a los Estados del Imperio que una mujer, en este caso María Teresa, sería la única heredera de su padre, y por lo tanto su sucesora. ¡Una situación sin precedentes!

En 1720, el emperador inició una gira por las diferentes Dietas. Después de algunas reticencias, el texto fue aprobado por los húngaros, que de este modo se encontraron jurídicamente integrados a los feudos de los Habsburgo, y luego a Croacia y Transilvania. En Sajonia y en Baviera, la Pragmática Sanción fue mal recibida, algo que Carlos VI preveía. Esos príncipes y duques electores creían tener bastantes sucesores para asumir la dignidad imperial y derechos (¡demasiado débiles!) para hacer respetar. Fuera del Imperio, Gran Bretaña aceptó la decisión de Carlos VI en 1731, con la condición de que el emperador disolviera la Compañía de Ostende que había fundado en 1722 para asociar a los Países Bajos austríacos con las colonias españolas y que, evidentemente, obstaculizaba el comercio

marítimo británico. Londres era conciliador, pero quería terminar con las quimeras de los Habsburgo de un Imperio universal. ¿Y España, esa espina clavada en el corazón del emperador? Una inverosímil combinación se gestó entre Viena y Madrid. El clan español austríaco, muy reducido, incluyó sus últimas pretensiones en la idea de un matrimonio entre la archiduquesa María Teresa y el infante Don Carlos, segundo hijo de Felipe V.

Mientras buscaba aprobación y apoyo, Carlos VI fue arrastrado a un nuevo conflicto europeo. En 1733, el trono de Polonia estaba vacante al morir Augusto II, que era también elector de Sajonia. En el Imperio, protegía a los luteranos, pero para reinar en la vecina Polonia, se había convertido al catolicismo. Príncipe barroco de gustos fastuosos, a él se le debe la transformación de Dresde en una brillante capital de Sajonia, "la Florencia del Elba".

Carlos VI y Rusia sostenían la candidatura de su hijo, Augusto III, mientras que la Francia de Luis XV apoyaba la de Estanislao Leszczynski, suegro del rey francés, elegido por la Dieta de Varsovia. Carlos VI prefería seguramente a Augusto III, para que avalara la Pragmática Sanción. En 1734, Estanislao fue expulsado del trono de Polonia por los rusos: un exilio que ya había sufrido en 1709 por orden de Pedro el Grande. La tutela de Rusia sobre Polonia se intensificó.

Así comenzó la Guerra de Sucesión de Polonia, veinte años después de la de España. Fue mucho más breve, pero sus consecuencias fueron igualmente importantes para Europa, que parecía especializarse en las guerras civiles por una corona. Francia estaba aliada a España, Cerdeña y Baviera; Austria estaba aliada a Rusia y Sajonia. Después de dos años –se había combatido tanto sobre el Rin como en Italia, donde los sardos y los españoles esperaban conquistar territorios–, fue un francés, el cardenal de Fleury, quien logró acallar las armas en 1735. Ese hombre de más de ochenta años había sido el preceptor de Luis XV: el rey lo nombró ministro de Estado en 1726 y se mostró como un hábil político y un administrador eficaz. A pesar de que buscaba la paz, fue él quien le declaró la guerra al emperador, en nombre del rey de Francia, para apoyar al rey de Polonia destronado. Pero detrás del apoyo a su suegro, que estaba en grandes dificultades, Luis XV, en perfecto acuerdo con Fleury, estaba en un papel de intermediario.

El amor en medio de la Guerra de Sucesión de Polonia

En efecto, desde hacía un tiempo, la archiduquesa María Teresa, a punto de cumplir quince años, estaba muy enamorada del joven duque Francisco Esteban de Lorena, a quien había conocido en Praga. Entre la Casa de Austria y la familia de Lorena, había vínculos antiguos y

numerosos. Remontándose a la generación anterior, el abuelo del duque, casado con una media hermana del emperador Leopoldo I, comandaba el ejército imperial en 1683, en ocasión de la victoria sobre los turcos. Y el padre del duque había estado muy cerca de Carlos en su juventud. En suma, el lorenés, que había heredado el ducado al morir su padre en 1729, casi era de la familia. Cuando Francisco Esteban llegó a la corte de Austria, donde fue recibido con gran consideración, Carlos VI estaba triste porque sabía que no tendría un sucesor masculino. ¿Y si el duque, que parecía gustarle tanto a su hija, se convirtiera en su marido? Si, en calidad de esposo de María Teresa, la heredera, llegara a ser emperador, ese yerno sería, finalmente, el hijo que Carlos VI había esperado durante más de veinticinco años. El cardenal de Fleury hizo un juego muy fino porque entendía cuál era el peligro: aliada a Austria, Lorena, y por lo tanto, el Imperio, amenazaría a Francia. París estaba a menos de trescientos kilómetros de la frontera. ¡En Saint-Denis, Luis XIV seguramente se revolvía en su tumba! Fleury se había resignado a hacer la guerra para llevar a cabo un intercambio sutil y muy arriesgado. Luis XV aceptaría la Pragmática Sanción con la condición de que el duque, yerno del emperador, cediera Lorena a Francia. Unida a Alsacia, constituiría una significativa ampliación del territorio, empujando la frontera imperial hacia el Rin. Y como había que indemnizar al duque, este recibiría otro ducado, el de Toscana, donde el último de los Médicis murió sin heredero, en junio de 1737, en el momento justo. ¡Qué cortesía! Con Florencia, la Casa de Austria conservaría una posición envidiable en Italia.

En pocas semanas, los ministros del rey Borbón y del emperador Habsburgo se pusieron de acuerdo, y el rey Estanislao, instalado en el magnífico castillo de Lunéville, ya no se opuso al regreso de Augusto III al trono de Polonia. El suegro de Luis XV recibió, en forma vitalicia, los ducados de Lorena y Bar (Bar-le-Duc), que, a su muerte, volverían a Francia. El principal interesado, Francisco Esteban, tardaría algún tiempo en dejarse desposeer de su ducado. La danza de las coronas era lenta. Cuando el embajador de Francia le presentó el acta de renunciamiento, un gesto de una enorme importancia histórica, el prometido de María Teresa vaciló. Un secretario le tendió una pluma. Él la tomó, y luego la dejó. Seguramente la disconformidad de su madre torturaba su conciencia. Tomó nuevamente la pluma, y volvió a dejarla. Entonces, uno de los ministros del emperador, el barón Bartenstein, considerando que había tenido demasiada paciencia, dijo, en francés y sin ninguna amabilidad: "Si no hay renunciamiento, no hay archiduquesa".

El hombre que ya no era duque de Lorena se decidió por amor, un elemento incontrolable que es una fuerza –o una debilidad– de la que se sirve la política. Aunque, para respetar las conveniencias, los dos jóvenes habían estado separados antes de casarse, Francisco Esteban respondió en el acto una carta de María Teresa fechada tres días atrás: "Puedo asegurarle

que me resultan insoportables los días en los que no tengo la dicha de arrojarme a los pies de mi amada novia".

La archiduquesa estaba tan enamorada como él, según el embajador de Inglaterra, sir Thomas Robinson, que le había escrito a su ministro: "A pesar de la dignidad de la compostura durante el día, [María Teresa] suspira y languidece toda la noche por el duque de Lorena. Cuando duerme, sueña con él; cuando se despierta, le habla permanentemente de él a su dama de compañía. No parece que pueda olvidar jamás al hombre para el cual cree haber nacido. Y jamás perdonará a quienes la pongan en peligro de perderlo".

Ella y él eran sinceros. E impacientes. Él tenía veintiocho años y ella, nueve menos. La prisa que ambos tenían hizo que se casaran el 12 de febrero de 1736. El cardenal de Fleury triunfó con la Paz de Viena (1738), que consolidó la posición de Francia como árbitro en Europa. El ministro no dejaba de llamar a un acuerdo. ¿Para qué servía estabilizar la moneda, reducir los gastos y hacer, gracias a la corvea real, lo necesario para el mantenimiento de los caminos, que permitirían desarrollar el comercio y dar los primeros pasos en la industria, si estaban siempre en guerra? En Versalles, los innumerables oponentes a los Habsburgo callaban: el reino de Luis XV había salido de la guerra más grande y más fuerte. Por una vez, la guerra había sido útil.

Carlos VI era amado. En las tiendas vienesas se vendían estatuillas de marfil con la figura del monarca a caballo extendiendo un brazo protector sobre una campesina, vestida con un soberbio traje de la Alta Austria, que le agradecía de rodillas. Pero en 1736, murió el viejo príncipe Eugenio, ilustre camarada y consejero del emperador. A los setenta y tres años, el fastuoso príncipe Eugenio era un mito deteriorado de Europa, porque había vivido demasiado tiempo. Había estado al mando de los ejércitos de los Habsburgo bajo tres emperadores e intervino en tantos asuntos (a veces con talento, a menudo sin competencia) que era indispensable. Sus muy altas funciones y su influencia eran tan importantes que fue apodado "el emperador en las sombras". Estaba al corriente de todo. Brillante soldado, diplomático que desconfiaba de Francia (Luis XIV lo había despreciado), mecenas inspirado que había construido sus palacios vieneses en la ruta que habían tomado los turcos, a quienes a menudo había derrotado: la Guerra de Sucesión de Polonia volvió a ponerlo activo: estaba impaciente por volver al combate. Lamentablemente, como lo observó el historiador Jean Béranger: "Daba el triste espectáculo de un gran capitán senil: los imperiales coleccionaban derrotas, revelando al mismo tiempo la incapacidad de su jefe y la veloz decadencia de un ejército que había sido anteriormente uno de los mejores de Europa".

Tras su deceso, Carlos VI compró los dos palacios del Belvedere y depositó en ellos obras de arte. Un año más tarde, se enredó en un conflicto inútil y ruinoso con el Imperio otomano. Esa infortunada guerra balcánica,

en la que Viena contaba con San Petersburgo, obligó a Austria a ceder la mayor parte de las conquistas de la paz firmada en Passarowitz veinte años atrás. Perder Serbia y Belgrado era humillante: hasta el propio sultán se sorprendió ante la derrota austríaca. El Imperio estaba debilitado y se hicieron concesiones inquietantes a Prusia y Hannover. En 1740, los europeos se preguntaban si Austria era una gran potencia. Se había vuelto frágil. Sus finanzas se encontraban en un estado lamentable y una gran parte de los ingresos del Estado se usaban únicamente para pagar deudas que parecían no tener fin. La mayoría de los dominios de la corona estaban hipotecados. Y ya no se podía creer en el ejército, mal pago y mal entrenado: un ejército que, pese a la diversidad de sus efectivos, había estado extraordinariamente unido tiempo atrás. Esa deplorable guerra austro-turca enterró por segunda vez al príncipe Eugenio. Sin embargo, aunque Carlos VI no había podido darle un hijo al Imperio, sentó las bases de la unidad austríaca y adelantó la idea de un nuevo Imperio, más modesto que el sacro, romano y germánico que se estaba dislocando.

En el otoño de 1740, el emperador se veía físicamente muy cambiado. Habían reaparecido las debilidades de la dinastía. Dolores de estómago y ataques de gota torturaban a ese hombre de cincuenta y cinco años. Seguía cazando: era una de las dos pasiones que le quedaban, junto con la música. A principios de octubre, el soberano se hallaba a unos sesenta kilómetros al sudeste de Viena, a orillas del Neusiedl, el lago salado más grande de Europa, donde había mandado construir un pabellón. Abundaban los pájaros en esa región donde comienza la llanura húngara. El tiempo era glacial. Carlos VI, empapado, tomó demasiado frío. Fue trasladado a Viena, donde falleció el 20 de octubre. En todos sus contratiempos, sus éxitos y sus errores, el emperador que había querido organizarlo todo conservó, hasta su última hora, ese sentido del humor que solía desconcertar a sus interlocutores. Junto a su lecho, sus médicos, que bien podían haber sido representados por Molière, se perdían en vanas discusiones eruditas para conocer el origen de su mal. Alguien habló de hongos envenenados, pero esos señores no estuvieron de acuerdo. ¡Como siempre! Entonces, al parecer, el moribundo interrumpió la discusión, llena de fórmulas latinas, ese artificio usado por los médicos para impresionar, y sugirió que alguno de ellos se ofreciera para ir, después de su autopsia, al cielo a decirle de qué había muerto exactamente…

Carlos VI revolucionó la Casa de Austria, no solo por su sucesión, inédita, sino por el matrimonio de María Teresa. Ella había nacido Habsburgo: luego fue Habsburgo-Lorena. Comenzaba una nueva historia.

9
El mundo de María Teresa (1740-1780)

Todavía hoy, en el cantón suizo de Argovia, cuna reivindicada de la dinastía de los Habsburgo, muchas parejas jóvenes quieren casarse bajo su retrato. Dicen que esa tradición trae suerte. María Teresa y su esposo encarnan, en efecto, una leyenda de la historia en la que se entremezclan permanentemente las vidas privadas y el ejercicio del poder. Su unión, basada en el amor y en la razón de Estado, fue de una gran originalidad. La archiduquesa de Austria, que tenía veintitrés años cuando murió su padre, el emperador Carlos VI, se casó con un príncipe íntegro, un soldado desafortunado en la desastrosa y última guerra austro-turca lanzada por su suegro, administrador sin genio pero honorable.

¿Que representaba él? Un gran nombre, aunque no podía usarlo solo porque había cambiado su ducado de Lorena y Bar por el de Toscana, promovido a gran ducado, y por lo tanto, tenía un nuevo título. Esa negociación le había dejado el gusto amargo del abandono forzado. Francisco Esteban no se sentía el heredero de los Médicis, ni siquiera su reemplazante. Fue una sola vez a Florencia, con su esposa, a principios de 1739. Nunca volvió y gobernarían allí en su nombre, siguiendo sus órdenes pero a la distancia. Por otra parte, aunque Parma y Piacenza también formaban parte del trato, como la Casa de Austria había perdido Nápoles y Sicilia en favor de España, Italia tenía menos atractivos. La dote de Francisco Esteban era su nombre: se lo dio a su esposa, y esto generó un nuevo patronímico, Habsburgo-Lorena (y no al revés...): una asociación insólita entre la Casa de Austria y la de los Borbones, enemigos casi permanentes de los Habsburgo, pero que gracias a ese matrimonio pronto se volvieron aliados, porque Lorena se integraría al reino de Francia. Mientras tanto, el único logro del destronado rey Estanislao de Polonia, cuyos problemas habían originado esta unión, fue el embellecimiento de Nancy, con su admirable plaza Stanislas, magníficamente restaurada.

¿Qué representaba María Teresa? Un desafío para Europa. Los múltiples esfuerzos –y las concesiones– de su padre permitieron que esta joven mujer fuera considerada como un hombre para heredar legítimamente una sucesión prestigiosa. El Imperio nunca había sido dirigido por una mujer. Muchos creían que era imposible. ¿Qué le aportó ella a su marido? Un mosaico de pueblos, por lo menos una docena, en el que coexistían, entre otros, alemanes, checos, rumanos, serbios, húngaros, ucranianos... Eran alrededor de 14 millones, diseminados en torno a un núcleo central, Austria en sentido amplio, es decir, incluyendo Bohemia y Hungría. En el momento en que María Teresa debió suceder a su padre, la situación política, y por lo tanto, territorial, era compleja. Es conveniente recordarlo.

Durante exactamente tres siglos, es decir, desde Federico III, los Habsburgo habían poseído, sin interrupción, la dignidad imperial. Pero aunque fueron emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico, no todas sus posesiones formaban parte del Imperio, por ejemplo, los Países Bajos, Hungría, Transilvania, fragmentos de Italia y de los Balcanes. Por lo tanto, identificar las tierras imperiales con las de los Habsburgo sería un grave error.

La herencia de María Teresa era un gigantesco rompecabezas de unos trescientos Estados: algunos eran minúsculos principados, otros eran ciudades libres. Sus políticas no iban necesariamente en el sentido que deseaba el emperador, los enfrentamientos religiosos, entre ellos, la Guerra de los Treinta Años, lo habían recordado en forma dramática. Estados como Sajonia, Baviera y Hannover trataron de emanciparse. Que territorios en apariencia aislados, como Friburgo de Brisgovia o el ducado de Baden, estuvieran bajo el control de los Habsburgo le permitía al Sacro Imperio ejercer su influencia en esa región renana. Por último, aunque desde hacía ciento veinte años la cancillería del Imperio tenía sede en Viena, había ahora una cancillería de Austria, también vienesa, pero separada de la otra. Sobre dominios más reducidos, Carlos VI se había dedicado a fortalecer la autoridad de los Habsburgo, concentrada en una gran Austria.

El casamiento de María Teresa y su condición de heredera constituyeron una espectacular transición entre una Europa antigua y un mundo rediseñado. Al consagrar el fin de reinados exclusivamente masculinos y la supresión de la independencia de Lorena, esa unión reforzó la feminización del poder occidental en ese siglo que tendría varias emperatrices en Rusia, la más famosa de ellas, Catalina II, y anunció la extensión del territorio francés. María Teresa le aportó mucho a Francisco Esteban. Tuvo esa suerte. Como lo señalaba un dicho germánico, “el matrimonio es bueno si la dote de la esposa es importante”... ¡Demasiado importante! Desde su advenimiento, la hija de Carlos VI provocó celos, traiciones e incluso deslealtades. ¿Su error? No solo ser una mujer, sino ser una mujer que se había atrevido a asumir las funciones imperiales. Entre su anunciada condición de heredera y su advenimiento, la Pragmática Sanción, a menudo aceptada a regañadientes, se aplicaría a partir del invierno de 1740. En el momento de su boda, cuatro años atrás, muchos esperaron secretamente que el esposo de María Teresa restableciera el equilibrio gracias a sus funciones. Se había resuelto en la conferencia secreta, el Consejo del emperador, que él presidiría en su ausencia. Carlos VI lo había nombrado gobernador general de los Países Bajos, que no era una tarea fácil, y le había conferido el grado de teniente general. Era mucho, demasiado para las limitadas cualidades militares del yerno de Su Majestad. Los generales menospreciaron a ese comandante en jefe inexperto y Francisco Esteban estaba avergonzado por no haberse podido destacar. El Estado Mayor, que también pecaba de falta de organización, había tratado

al duque de incapaz. En verdad, en ese caso, con o sin él, esa guerra austro-turca estaba perdida de antemano. Y en esa decimonovena batalla no tuvieron el pretexto de la avanzada edad del príncipe Eugenio: había muerto después de haber librado, lastimosamente, la decimoctava…

A los veintitrés años, María Teresa no tenía ninguna experiencia política

Europa miraba a María Teresa. La analizaban como si fuera un animal extraño. Los diplomáticos enviaron innumerables cartas a sus jefes. Uno de ellos, el conde Podewils, estaba particularmente atento. Era el embajador del rey de Prusia en Viena. Federico II, que había subido al trono de los Hohenzollern seis meses antes del advenimiento de María Teresa, sufrió mucho al ver a Prusia eclipsada por Austria. Era evidente que deseaba invertir esa dominación y que su interés muy escaso por las mujeres no lo empujaba a una decisión rápida. Como en general tenemos una imagen de María Teresa de más edad, como madre de una abundante familia, el retrato que de ella hizo el ministro prusiano, después de la entrada en la escena política de la joven que intrigaba a todas las cortes, es instructivo. Podemos suponer que, a priori, no le agradaba: “María Teresa tiene un aspecto sencillo y un porte majestuoso, su silueta es imponente, su figura redonda y llena, sus cabellos son rubios con una pizca de rojo, y sus ojos muy grandes, llenos de vida y dulzura, de un color azul oscuro, impresionan. Su nariz regular no es ni curva ni roma. Sus dientes blancos se muestran de la manera más encantadora cuando se ríe. Aunque grande, su boca es bastante linda. Tiene la nuca y el pecho bien formados y sus manos son deliciosas”.

¡Un análisis muy detallado! En resumen, la joven María Teresa era bastante bonita y tenía encanto. Incluso había conservado la frescura de sus diez años. Hablaba y escribía un alemán gracioso y un francés incorrecto, apreciaba el italiano –y todo lo que procedía de Italia– y se expresaba también en latín, lengua muy jurídica. Ignoraba los demás idiomas de la Babel danubiana.

Entre 1737 y 1740, tuvo tres niñas. Su padre no podía menos que felicitarse por su Pragmática Sanción. ¿Su propia hija sería capaz de darle un nieto? ¿Ya no habría varones en esa dinastía? Volvía el síndrome español, pero el emperador lo había previsto todo. En julio del mismo año 1740, la archiduquesa heredera perdió a su hija mayor, María Isabel, de tres años. Fue un año trágico, porque su padre falleció tres meses más tarde. Según la actitud que se asumía en las cortes en el siglo XVIII, entre compasión y coraje, la sufrida madre enfrentó la situación junto con su esposo, que la amaba y la sostenía. Los Habsburgo rendían culto a sus muertos en la Cripta de los Capuchinos: desde 1633, según la voluntad del

emperador Matías, muerto en 1619, y de su esposa Ana, los cuerpos de la familia imperial descansaban en la cripta de la sobria iglesia de esa orden mendicante. La presentación era teatral: las tumbas de los padres de María Teresa, Carlos VI y más tarde Isabel Cristina, serían custodiadas por cabezas coronadas de muertos.

Políticamente, aunque Carlos VI creía haber preparado hábilmente su sucesión, dejó una situación interna catastrófica, una enorme deuda pública y, salvo alguna excepción, consejeros ancianos que ya no tenían ninguna iniciativa. Apenas tenían fuerzas para esperar la muerte y no tomaban decisiones valientes. La archiduquesa, demasiado joven y demasiado bonita, incomodaba a esos septuagenarios satisfechos. Algunos de los antiguos consejeros de su padre se atrevieron a lamentar, sin discreción, que ella no fuera un hombre. Le reconocían cualidades, pero ¿qué haría con ellas? María Teresa estaba rodeada por señores incapaces, limitados y pretenciosos, algunos de los cuales la odiaban porque ella sabía quiénes eran los corruptos... Pero lo más grave era que el emperador no había instruido a su hija sobre la realidad y sus arcanos: aunque su educación había sido muy completa y en 1732 –tenía quince años–, ella había asistido, por la forma, al Consejo, no le habían informado sobre ningún asunto de envergadura. Su instrucción política era nula. ¿Cómo manejarse en esa nebulosa que era el Imperio? ¿Cómo hacer reconocer en él la entidad austríaca y defenderla? Y sobre todo, en lo inmediato, ¿cómo hacer respetar sus derechos para evitar cualquier división del dominio de los Habsburgo? Las monarquías estaban sorprendidas de que la ley orgánica redactada por Carlos VI adquiriera el valor de un artículo del derecho europeo. A la heredera no le faltaba inteligencia ni energía. Esa mujer a la que no podía llamarse emperatriz –no lo era– podía ser una presa fácil para una coalición hábilmente dirigida. El otro peligro no era solamente simbólico: la corona imperial podía escapárseles a los Habsburgo, algo que no había sucedido desde el año 1440. Para evitar esa humillación, María Teresa propuso la candidatura de su marido.

De hecho, muy pronto María Teresa fue víctima de un chantaje. El joven rey de Prusia (tenía cinco años más que ella) era un perfecto hipócrita, y estaba sediento de revancha porque su padre había sido humillado por el de María Teresa. Al recibir la noticia del fallecimiento de Carlos VI, Federico II y la corte prusiana hicieron duelo. La cortesía duró poco: no fue más que un engaño. Ocho semanas más tarde, el 16 de diciembre de 1740, sus tropas penetraron en Silesia, sin declaración de guerra. Una sorpresa total. ¿Cómo había sido capaz de semejante perfidia un príncipe instruido, aficionado a la música, de espíritu fino, abierto al racionalismo? Actuó de ese modo por tres razones. Silesia, una obsesión de los Habsburgo desde dos siglos atrás, era rica –les procuró a los Habsburgo casi la cuarta parte de sus recursos– y una parte de su población era protestante o se había convertido al catolicismo sin convicción. Bastaría con muy poco para reavivar el fervor

luterano. Además, el ejército prusiano, formado y forjado por su padre, el famoso "Rey Sargento" Federico Guillermo, y que contaba con la impresionante cantidad de 80.000 hombres, necesitaba un poco de ejercicio. Nada mejor que una anexión sin advertencia para levantar la moral de los soldados. Y por último, Federico II no tenía ningún escrúpulo y su misoginia lo empujaba a provocar a una mujer, joven y novata, cuando ella se encontraba en una situación incómoda. Estaba seguro de que le resultaría muy fácil despojar a esa encantadora archiduquesa sin experiencia.

Un enemigo astuto, impaciente y sin escrúpulos: Federico II de Prusia

Con cinismo, el joven rey le pidió a María Teresa que le cediera esa provincia que él había invadido en nombre de derechos muy antiguos pero muy discutibles. A cambio, Federico II le daría su voto a Francisco Esteban en la elección imperial. El prusiano estaba seguro de su maniobra: María Teresa se vería obligada a aceptar.

Fue el primer error psicológico del agresor y el primer enfrentamiento entre dos potencias, futuras rivales en el mundo germánico: Europa sufriría por esta enemistad. Indignada, María Teresa le respondió al enviado del rey Hohenzollern que prefería "morir antes que tratar con él". Se dijo que tenía una energía viril. Los 23.000 soldados del pérfido Federico II no le preocupaban: lo más importante era no ceder, pues de lo contrario, el legado de su padre se haría pedazos. El invasor, falsamente amable, propuso una concesión. No dio resultado. María Teresa, nuevamente encinta, y rogando a Dios que fuera un varón, mostró una admirable firmeza: "Antes los turcos frente a Viena, antes ceder los Países Bajos a Francia, antes hacer concesiones a Baviera y Sajonia que renunciar a Silesia".

Prusia era decididamente el adversario de Austria. A falta de saber político, la hija de Carlos VI conoció muy pronto a los hombres de poder. Sería más inflexible que la mayoría de ellos: "nunca intimidada, nunca quebrantada, nunca desalentada", diría el duque de Broglie, con admiración. Al mismo tiempo divertido y no demasiado asombrado, el rey de Prusia esperó al ejército austríaco en Silesia: casi 15.000 combatientes trabajosamente reclutados, porque estaban dispersos y hubo que hacerlos venir de distintas provincias, mal dirigidos y desmoralizados por sus anteriores derrotas. Solo la caballería ofrecía alguna esperanza. Como se sentía en su casa, Federico II eligió el terreno de la batalla: Mollwitz. El enfrentamiento tuvo lugar el 19 de abril de 1741. Aunque para la historia, los austríacos fueron derrotados, Federico II no fue el glorioso vencedor que habría querido ser. ¡Tuvo miedo y se refugió en un molino, bien lejos de los cañones! Fue uno de sus mariscales, el conde de Schwerin, quien provocó la

derrota de los austríacos. Pero para Europa, esa derrota fue un estímulo. Todos los firmantes de la Pragmática Sanción, que le habían jurado a Carlos VI que no tocarían la herencia de su hija, solo esperaban su fracaso militar para impugnar los derechos de María Teresa. Una victoria de los generales de María Teresa habría contenido seguramente a los depredadores. Pero como las armas lo habían decidido, la cobardía era colectiva y el rey de Prusia no era el único que apostaba a la aparente debilidad de la joven heredera. El elector de Baviera mostró su apetito por Bohemia, y Francia, renegando también ella de su promesa, pensaba apoyarlo: esto le convenía a España y a Saboya. En dos meses, se organizó una coalición anti-Habsburgo contra María Teresa, quien vio con amargura que Federico II se aliaba con Luis XV contra ella. ¿Una guerra por Silesia? Los que creían, incluyendo a su esposo, que ese territorio no merecía tanta resistencia estaban equivocados. La heredera no cedería. Podía ser derrotada, pero no abandonaría: dejó en claro que no podía "prostituir su honor" ni perder "el respeto de Europa". Aunque le quitaran Silesia, no capitularía. Y trabajaba de la mañana a la noche, como jefa de un Estado que estaba a punto de ser desgajado.

Lo que sus enemigos no habían entendido era que la Providencia, muy avara en esos últimos meses, le acababa de ofrecer a María Teresa el regalo que los Habsburgo esperaban desde hacía veinticinco años: ¡un hijo! Un rollizo varón, bautizado José, nacido un mes antes de Mollwitz. Ese nacimiento en la primavera de 1741 atenuó los sufrimientos y las tristezas de un horrible invierno de desencantos. Después de haber tenido tres hijas, dos de las cuales estaban vivas, el orgullo de María Teresa por su hijo le daría la fuerza necesaria para resistir contra las derrotas, las infamias, las felonías. A los veinticuatro años, la robusta María Teresa dio a luz con la misma facilidad con que se embarazaba. Y siempre estaba dispuesta a volver a empezar: ¡tuvo dieciséis hijos!

En Versalles, el cardenal de Fleury le había anunciado al rey, después de Mollwitz: "Señor, ya no hay Casa de Austria".

Por una vez, el hábil prelado y ministro se equivocaba. La monarquía austríaca estaba muy debilitada, pero su jefa era fuerte. Ahora, contó a los que no la habían traicionado. El cálculo era rápido: solo los húngaros podían apoyarla, aunque el contencioso con Viena había sido duro. María Teresa no tenía nada que perder al recurrir a Hungría, que gozaba de una especie de autonomía interna que le permitía proteger ciertas libertades. El clima insurreccional alimentado, treinta años atrás, por Rákóczi había desaparecido. Y recordemos que ese rebelde fue a guarecerse junto al rey de Francia, algo que les desagradó mucho a los magiares. Por último, Carlos VI había sido hábil con los húngaros, siempre dispuestos a resistir a un poder exterior. Su hija decidió hacerse coronar en Presburgo, que era en ese momento la capital de Hungría, tierra asociada de la corona de Austria. En realidad, bajo la apariencia de una ceremonia, María Teresa se refugió en la

única región en la que se sentía segura. Entró allí el 20 de junio de 1741, vestida a la húngara, sobre un caballo blanco. De manos del primado de Hungría, el arzobispo de Esztergom, gigantesca basílica que dominaba el Danubio, María Teresa recibió la corona de san Esteban. Los dignatarios gritaron "*Rex noster!*". Por una amable ficción, ese "¡Rey Nuestro!" en latín consideró que la archiduquesa Habsburgo era un hombre... No tenía ninguna importancia: "el rey María Teresa" reinaría en Hungría defendiendo sus privilegios. Tenía derecho a hacerlo porque había participado, siguiendo la costumbre, en la restauración del manto hecho jirones que había llevado san Esteban. Ninguna coronación húngara podía ser válida sin hacer esos remiendos, aguja en mano, con la ayuda de las damas de la nobleza. Luego –y solo luego–, el monarca blandía su espada y mostraba, apuntando con su espada a los cuatro puntos cardinales, que defendería a Hungría. Era también una advertencia a las potencias que amenazaban la sucesión de Carlos VI: una manera de proclamar que solo había traidores y aves rapaces... Hay que mencionar también la fineza con la cual la nueva soberana de los magiares evitó provocarlos al no estar acompañada por su marido. El gran duque era un extranjero y ya había muchos en el trono húngaro: príncipes de Anjou y luego de Luxemburgo, sin hablar de los turcos, que habían matado a 22.000 húngaros en la batalla de Mohács, ni del saqueo de Buda, que había aniquilado la independencia magiar.

Traicionada y en peligro, María Teresa llamó en su ayuda a los húngaros

Prudentemente, Francisco Esteban permanecía en un segundo plano. Se haría aceptar más adelante. Tres meses después, de nuevo en Presburgo, el "rey María Teresa" se dirigió a la Dieta húngara, en latín, según la costumbre: esto le permitió evitar revelar que no hablaba húngaro... Estaba vestida de negro –su padre había muerto menos de un año atrás–, y, de todos modos, el momento era dramático: con su rostro muy pálido, de pie, les habló a los descendientes de las víctimas de la Guerra de los Treinta Años. ¿Habían perdonado? El momento era crucial. La joven mujer debía hacerse entender a pesar de la emoción que ahogaba su voz. Pidió la ayuda de Hungría. Era su última esperanza: "Se trata del reino de Hungría y de nuestra persona, de nuestros hijos, de la corona. Abandonada por todos, buscamos nuestro único refugio en la fidelidad de los húngaros y su valentía de antigua reputación. En el extremo peligro en que se encuentran nuestra persona, nuestros hijos, la corona y el Imperio, les rogamos a los Estados que nos provean una ayuda eficaz y sin la menor demora. A nuestro juicio, nuestra misión es restablecerles a Hungría y a su pueblo su antigua prosperidad y la gloria de su nombre. Los fieles Estados de Hungría

experimentarán en todas las cosas los efectos de nuestro benévolo afecto".

Al enunciar esta última promesa, María Teresa, exhausta, rompió en llanto. No era una actitud teatral ni un artificio para despertar compasión: ella sentía un verdadero dolor. Si los húngaros no la ayudaban, estaba perdida, y la Casa de Austria junto con ella. El viejo conde Palffy, portador de un nombre ilustre y muy cercano a María Teresa, contó la reacción de la asamblea: "Nos pusimos inmediatamente de pie, como animados por una sola alma, sacamos nuestros sables y gritamos (siempre en latín): 'Nuestra vida y nuestra sangre por Su Majestad'. Derramamos lágrimas, como la reina, abiertamente, lágrimas de lealtad, afecto e indignación".

El discurso de la soberana de veinticuatro años, tan debilitada desde la muerte de su padre, fue notable. Si se recuerda la complejidad de las relaciones entre los Habsburgo y los húngaros, las heridas y los rencores, hay que decir que la hija de Carlos VI logró un prodigioso vuelco de la situación. En ese momento, el elector de Baviera, Carlos Alberto, ayudado por las tropas francesas del mariscal de Belle-Isle, nieto de Fouquet, y bajo la presión de una opinión pública tradicionalmente antiaustríaca, entró a Linz, en Alta Austria. Ante el asombro de los habitantes, el impaciente bávaro fue proclamado... ¡archiduque de Austria! ¡Qué provocación en esa ciudad danubiana cuyo castillo había sido la residencia del emperador Federico III, un Habsburgo, tres siglos atrás! En la plaza principal, la reciente Columna de la Trinidad recordaba que Linz había escapado a la peste, los incendios y los turcos. ¿Ahora sería la ciudad rehén del nuevo conflicto europeo, la Guerra de Sucesión de Austria, la tercera en cuarenta años?

En efecto, hubo guerra. La Dieta húngara votó la formación de un ejército de 40.000 hombres, entre ellos 21.600 soldados de infantería y 14.400 de caballería. Aunque hacía falta el doble, aunque necesitaron más de cinco meses para reunir esa cantidad de soldados, el acontecimiento tenía una enorme importancia: era la primera intervención "espontánea" (a cambio de privilegios) de un ejército húngaro para la defensa de los Estados de los Habsburgo. Los magiares habían jurado defender a su "rey María Teresa", que estaba muy en desventaja en comparación con Federico II, que tenía un ejército regular e inmediatamente operacional. Poco después, en noviembre, las tropas franco-bávaras se apoderaron de Praga y Carlos Alberto fue reconocido como rey de Bohemia por la Dieta checa. María Teresa estaba conmocionada: desde 1526, los nueve emperadores Habsburgo habían sido coronados en Praga. ¿Era peligrosa la sustitución? No tanto como ella temía, porque si bien Federico II había contrariado a la joven con su ejército prusiano, la inesperada ayuda húngara que le habían prometido obligó al rey de Prusia a revisar sus planes. Él confesó que solo le interesaba Silesia. María Teresa, bien aconsejada, aprovechó la oportunidad para sellar la paz con el prusiano: esto la alivió de una amenaza permanente. Necesitaba ganar tiempo, y por

eso le cedió Silesia a Federico II. Fue una estrategia efímera, impuesta por la urgencia, ya que la situación en Bohemia era catastrófica. Si Carlos Alberto y los franceses seguían avanzando, el siguiente emperador podía llegar a ser un Wittelsbach. Para debilitarlos, María Teresa separó a los coaligados. Desde la antigua Grecia, la división de los aliados había demostrado su eficacia. En un año, la heredera de Carlos VI había hecho su aprendizaje. Una vez más, aglutinó a todas las voluntades a su alrededor. Es interesante leer la magnífica carta que le envió al canciller de Bohemia, el conde Kinsky, su representante: “Praga está perdida entonces, y las consecuencias podrían ser más graves si no se pueden garantizar al menos tres meses de pan [para el ejército de Bohemia], porque no se puede esperar nada de Austria, y de Hungría, nada antes de tres meses. Sí, Kinsky, es el momento de que sea usted valiente para salvar a la patria y a su reina. Si no, yo sería una pobre princesa. Mi decisión está tomada: hay que poner todo en juego para salvar a Bohemia. Decídase a partir de esto y tome sus medidas. [...] Una vez más, estamos en un momento crítico. No ahorre esfuerzos por el país: debemos salvarlo. Con su gente, ayude como usted puede hacerlo para que el soldado esté satisfecho y que no le falte nada. Usted sabe mejor que yo cuánto depende de eso. Manténgase cerca de mi marido, que se desvive tanto por sus tropas como por el país, que dice que las personas hacen lo que pueden y que eso duele, pero que, si no se puede obtener del país lo necesario, hay que tomarlo. Dirá usted que soy cruel, pero yo sé que todas las crueldades que puedo cometer ahora para salvar al país serán reparadas cien veces más y que las repararé, pero por el momento, cierro mi corazón a la piedad. Confío en usted, usted sabe que lo hago y cuánto me complace que usted me sea fiel, y me enorgullece decir que no será en vano y que, después de haber sido desdichada hasta ahora, al final Dios me otorgará su bendición. Compadezco a todos aquellos a los que perjudico. Es uno de mis mayores dolores, pero para eso siempre encontrará usted en mí un corazón agradecido”.

¿No era al mismo tiempo la orden de un general en jefe y una confesión? María Teresa era un soldado y seguía siendo una mujer, decidida pero sensible. Desde la muerte de su padre, no tenía descanso, sobre todo porque la joven esposa, muy feliz en el amor, estaba casi siempre encinta o amamantando a su último bebé, entre dos consejos de gobierno, en la urgencia y la angustia.

María Teresa, permanentemente encinta, fue la madre de sus pueblos

Ella era también una madre nutricia de sus diversas poblaciones. Mucho más tarde, resumió su filosofía en su testamento político: “Aun amando a mi familia y a mis hijos, no habría dudado en ser ante todo la madre de mis

Estados y darles preferencia, si eso hubiera sido necesario".

Aunque se sabe que la corte de Viena era muy familiar y que el siglo XVIII no tenía los pudores que aparecieron en las siguientes décadas, María Teresa ofrecía un espectáculo asombroso a sus consejeros. ¿Una maniobra diplomática? ¡En primer lugar, alimentar a un hijo! ¿Encontrar dinero para pagarles a sus soldados? Sí, siempre que no estuviera preocupada por un hijo enfermo. La madre le delegaba a una niñera la responsabilidad de velar por sus hijos (nacieron siete entre 1737 y 1745, de los cuales dos fueron varones), pero exigía que la mantuvieran informada al instante sobre su salud. Siempre estaba dispuesta a ocuparse de esos problemas, al menos dando instrucciones: "No deben temer asustarme con alguna noticia desagradable. Me he acostumbrado a estar lista para toda clase de acontecimientos, como los que suelen vivir con mucha frecuencia las personas de todas las edades y todas las condiciones".

María Teresa y su marido fueron afectados por la mortalidad infantil, muy alta en esa época. Perdieron seis de sus dieciséis hijos. Frente a esa experiencia, la hija de Carlos VI también reaccionó con valor, apoyándose en su fe. Sus responsabilidades influían en su vida privada. Pasaba permanentemente de la cuna a la mesa cubierta de mapas comentados por sus generales, que se sorprendían ante su dinamismo. El Consejo vivía en los horarios de la maternidad y viceversa. La madre tenía un solo remordimiento: el de no poder estar en campaña junto a sus soldados cuando estaba esperando un bebé. Federico II, en cambio, siempre estaba en el terreno. En las batallas, Francisco Esteban reemplazaba a su esposa con bastante juicio como para confiarles el mando a oficiales experimentados. Su candidatura al trono imperial se fragilizaba proporcionalmente a las derrotas militares y las dificultades de la heredera. Lo que ella temía se produjo el 24 de enero de 1742. La Dieta, reunida en Fráncfort, eligió a Carlos Alberto de Wittelsbach. Un bávaro asumió como emperador con el nombre de Carlos VII. Como en el caso de Felipe V en España, María Teresa sufrió el agravio: esa comedia de la cifra. Carlos VI, su padre, era un Habsburgo: un Wittelsbach no podía sucederlo legítimamente. Ese Carlos VII era un impostor. María Teresa justificó su cólera alegando, con justeza, que el elector de Bohemia no había podido participar en la votación. De modo que ese resultado carecía de valor. Pero nadie escuchó a esa mujer de veinticinco años que rechazó ruidosamente la evidencia. ¿Con qué argumentos había accedido el bávaro al trono? Nacido en Bruselas, de cuarenta y cinco años de edad, muy amable, jugador, a veces un poco pesado, como el estilo rococó que le gustaba, se había casado con una de las hijas del emperador José I, y por lo tanto, una sobrina del difunto Carlos VI. Como una provocación contra María Teresa y negando el contenido de la Pragmática Sanción, se había improvisado como heredero varón por alianza. De hecho, fue él quien desencadenó la Guerra de Sucesión de Austria.

Al principio, Carlos Alberto tuvo suerte y el apoyo de Francia, porque Luis XV y Fleury tenían buenas relaciones con Baviera. Pero el nuevo emperador no tenía ni la envergadura de un hombre de Estado, ni una visión política. Jugó, ganó y perdería. En efecto, apenas había sido reconocido como emperador cuando las tropas de María Teresa recuperaron Bohemia y ocuparon Múnich. ¡Tres semanas después de recibir la dignidad imperial, el bávaro ya no podía pavonearse en su capital! Su situación era más ridícula que paradójica. Otra mala noticia: los mismos austríacos volvieron a tomar Linz después de que María Teresa le encomendara esa operación a un venerable y fiel mariscal, ex camarada del príncipe Eugenio. Lo había emocionado al escribirle que se sentía "una reina abandonada por todo el mundo con su heredero". Soldado de palabra, él leyó esa carta ante su estado mayor. Y con un grito unánime, sus oficiales juraron, en latín: "¡Moriremos por María Teresa!". Cada vez que ella necesitaba sus tropas, la infatigable heredera desterraba las vacilaciones, disipaba las dudas de su entorno: sabía encontrar las palabras apropiadas. En ese universo masculino, ella era una mujer sola a quien Dios le había encomendado una misión. Y con inteligencia, les recordó a los indecisos que cumplía con su deber: hacer respetar la voluntad de su padre y refrescarles la memoria a los que le habían jurado obediencia. Su gran talento –lo tuvo hasta el final– consistió en ser el personaje que debía ser y que nadie esperaba. Las circunstancias le otorgaron el papel de heroína de tragedia antigua. Su determinación no evitó los fracasos, las derrotas frente a un Federico II que era un brillante estratega y táctico, las esperas entre dos negociaciones, las falsas treguas ni las reacciones extranjeras. Entre estas últimas, hay que destacar el apoyo inglés. En 1742, la llegada de un nuevo primer ministro a Londres hizo que el rey Jorge II, bajo la presión de una opinión pública belicosa, impulsara una política de grandeza en el exterior. El pretexto fue acertado, porque el rey de Gran Bretaña e Irlanda, nacido en Hannover, era también el elector de Hannover. Como su padre, se preocupaba más por su electorado germánico que por los asuntos exteriores de su reino: la Guerra de Sucesión de Austria le concernía directamente y, además, era una excelente razón para hacerle la guerra a Francia, que estaba contra Austria. El gabinete de Su Majestad británica le envió una ayuda financiera a María Teresa, recomendándole que no se dispersara en la lucha contra Prusia. La heredera era consciente de que si quería combatir a los franco-bávaros, necesitaba el apoyo de Londres. Entonces, como a Federico II le interesaba tanto Silesia, ella se resignaría, porque necesitaba recuperar Praga. Y si el rey de Prusia, satisfecho por haber maravillado o contrariado a Europa central con sus demostraciones de disciplina, dejaba a María Teresa tranquila, no había que dudar. El 28 de julio de 1742, el Tratado de Berlín, que continuaba los preliminares de Breslau, le otorgó la casi totalidad del territorio silesiano a Prusia, con sus riquezas y su población de más de un millón de habitantes. Para la heredera

Habsburgo, esa cesión forzada fue un suplicio. ¡Todo había comenzado así! Ella se había prometido a sí misma morir antes de entregarle Silesia a ese hipócrita e intelectual rey de Prusia. Incómoda por esa situación, se prometió una revancha. Mientras tanto, tenía las manos libres para luchar contra los franco-bávaros: era urgente reconstruir la unión de sus Estados hereditarios. Las fuerzas austrohúngaras, por fin en orden de marcha (fueron las primeras de la historia), se dirigieron a Praga, donde el mariscal de Belle-Isle, que temía ser rodeado, decidió volver a Francia en diciembre, dejando 6000 hombres, heridos, enfermos, que ya no estaban en condiciones de combatir.

En 1743, el destino pareció empezar a favorecer a María Teresa. El 2 de enero, el mismo día en que Carlos Alberto tuvo la impertinencia de hacerse coronar en Fráncfort, María Teresa preparó su regreso a Praga sin prisa, pues había observado atentamente el peligro que representaban las nuevas grandes potencias, Prusia e Inglaterra. Como Potsdam, la ciudad-cuartel que amaba Federico II, Londres se interesaba mucho por los acontecimientos danubianos. Mientras esperaba viajar a Praga, la soberana celebró en Viena la partida de los franceses y los prusianos al terminar la guerra de Silesia. Se organizó un desfile ecuestre en la Escuela de Equitación. Una multitud se reunió entre las altas columnas blancas. María Teresa, en el fulgor de sus veinticinco años, dirigía la cuadrilla. Esa cabalgata, cuya tradición, originaria de Italia, se remontaba al comienzo del siglo anterior, dividía grupos de jinetes según movimientos codificados y establecidos. En sus cincuenta y cinco metros de largo y diecisiete de ancho, el picadero estaba lleno. En las amplias caballerizas que podían albergar hasta seiscientos caballos, el caballerizo mayor había seleccionado magníficos sementales. Desfilaron ocho carrozas decoradas, con dos caballos, conducidas por hombres. Bajo la mirada de su madre, la emperatriz Isabel Cristina, María Teresa, con una actitud muy masculina, montaba un lipizzano nacido con un pelaje oscuro que se aclaraba hacia los seis años. Para una mujer cuya autoridad era impugnada por los hombres coronados de Europa, la Escuela de Equitación era una manera de existir. Un magnífico cuadro que describe ese momento, pintado veintidós años más tarde por Martin van Meytens, se sigue exhibiendo en un salón de Schönbrunn.

“¡Viva María Teresa! ¡Viva nuestro rey de Bohemia!”

María Teresa comprendió muy pronto que el tablero europeo ya no era el que había conocido su padre: esa era una razón más para consolidar las bases de la Casa de Austria. El 12 de mayo, el “rey de Hungría” fue coronado “rey de Bohemia” en una jubilosa Praga. Su promesa de

mantener “los Estados de Bohemia en los antiguos derechos y privilegios” fue sin duda amarga para la soberana que había tenido que entregar Silesia, pero era preciso seguir rechazando a los franco-bávaros. En junio, en Dettingen, un ejército anglo-hannoveriano derrotó a los franceses del mariscal de Noailles. María Teresa se alegró: había observado que, desde hacía seis meses y desde la muerte del cardenal de Fleury, la línea ascendente de Francia se había detenido. Quizá fuera el momento de aprovechar para intentar una locura: recuperar Alsacia y... la Lorena de su querido esposo.

Pero en 1744, los éxitos militares de Austria exasperaron a Federico II. ¿Cómo? ¿María Teresa, de maternidad en maternidad, se había obstinado? ¡Si ella quería retomar Silesia, Prusia le quitaría Bohemia! Pero esos dos enemigos no eran ya los únicos en disputarse fragmentos, elegidos, de Europa central. Había una oportunidad para la mujer que enarbolaba el estandarte de los Habsburgo: ya no estaba sola. Inglaterra, las Provincias Unidas, Saboya y Rusia estaban a su lado. Enfrente, Francia, Baviera, España y Suecia. La sucesión de Austria involucraba ahora a una decena de Estados.

Mientras la hija de Carlos VI intentaba, una vez más, recobrar Silesia, el inexistente emperador Carlos VII, a merced de los acontecimientos, como lo había estado en su curiosa elección, se enfermó. Murió a principios de enero de 1745 en la residencia de verano de los duques de Baviera, el palacio de Nymphenburg, a las puertas de Múnich, al que finalmente había vuelto, avergonzado. En tres años, Carlos Alberto no había sido más que una sombra de emperador, desacreditando su función. Quedaba el camino libre para Francisco Esteban. ¡Por fin!

En abril, el hijo del difunto bávaro, el elector Maximiliano José, se apresuró a tratar con María Teresa. A cambio de Baviera, que le sería devuelta, el Wittelsbach se comprometió a votar por ese hombre al que se insistía en llamar el duque de Lorena. Más aún: ya no impugnaría la herencia de los Habsburgo. Tras cinco años de caos, el ducado que había sido el primero en discutir el valor jurídico de la Pragmática Sanción, la aceptó. El conflicto regional, a veces local, que había sido la Guerra de Sucesión de Austria, pasó a un segundo plano el 11de mayo de 1745, durante la famosa batalla de Fontenoy.

María Teresa quería mostrarle a Luis XV que Austria se hacía respetar. Aunque solo envió 8000 hombres a Fontenoy, lo hizo fundamentalmente para hacerle ver a d’Argenson, secretario de Estado de Relaciones Exteriores de Luis XV, que no le había gustado su apoyo a la candidatura del elector de Sajonia, Augusto III, para el trono imperial. ¡María Teresa tenía “su” candidato! Augusto III, prudente o elegante, no quiso oponerse a la heredera Habsburgo, cuya fama de obstinada conocía. Que Austria participara en la batalla de Fontenoy también correspondía a la lucha contra el dominio de los franceses en los Países Bajos. María Teresa se

alegró de no haber estado en Fontenoy, donde se habría encontrado con Luis XV. Su ausencia le evitó asistir a la derrota de los ingleses, que habían cometido el error de disparar primero. Se quedó en Viena, bombardeando a sus niñeras con instrucciones, a sus consejeros con órdenes, a sus embajadores con recomendaciones: todo esto en mensajes con faltas de ortografía que hacían dudar de su educación. Además, a María Teresa le gustaba bailar hasta tarde, trabajar temprano y escuchar con fruición o con inquietud los informes de sus espías, en un pequeño cuarto octogonal acolchado. La hija de Carlos VI se había impuesto gracias a su inagotable resistencia física y su fenomenal capacidad de trabajo. Alegría suprema: Francisco Esteban fue elegido emperador el 13 de septiembre de 1745. No tuvo ningún rival, pero Federico II, furioso, se negó a darle su voto. Quince días más tarde, como lo había prometido, el rey de Prusia le infligió en Bohemia una derrota al cuñado de María Teresa, Carlos de Lorena, siempre tan mediocre en sus acciones. Parecía imposible vencer al ejército cuyo fundador había transformado a Potsdam en un Versalles prusiano, una ciudad habitada en sus tres cuartas partes por militares. Afortunadamente, esa triste noticia llegó a oídos de María Teresa después de la ceremonia imperial. Francisco Esteban fue coronado en Fráncfort el 4 de octubre, día de san Francisco. Para la historia, se convirtió en el emperador Francisco I. Al parecer, su atuendo provocó la hilaridad de su esposa: Goethe, que aún no había nacido, explicó en uno de sus textos que María Teresa había creído ver… ¡“el fantasma de Carlomagno”! Francisco I no era un Habsburgo, pero eso no importaba: la hija de Carlos VI lo era también para él. El doble patronímico Habsburgo-Lorena era un final y un comienzo. A partir de ese momento, la esposa de Francisco I era emperatriz, pero todo el mundo sabía que el verdadero soberano se llamaba María Teresa. Ella no necesitaba una coronación.

Uno de sus placeres era vivir en Schönbrunn. Desde el molino del siglo XIV y la pequeña casa solariega del XV, esa residencia de verano, que en aquella época se encontraba en pleno campo, había sufrido muchas desgracias, desde el castillo de caza devastado por los húngaros al reconstruido, y luego incendiado por los turcos, hasta los trabajos bajo el reinado de Carlos VI. Su hija los había reanudado un año atrás, con diversos proyectos: el jardín y la famosa glorieta detrás del castillo ampliado por el arquitecto italiano Pacassi. También pensaba instalar un zoológico y terminar, por fin, los aposentos. ¿La guerra contra Prusia no tendría fin? Federico II era malicioso. Aunque decía estar en las antípodas de Maquiavelo, se parecía a él en su perfidia, su astucia y su mente calculadora. María Teresa era lo contrario: era generosa, tenía una mente clara y no tenía celos políticos. ¡Pero Silesia era su obsesión! Y su debilidad. Entre derrotas e incertidumbres, firmó el Tratado de Dresde del 21 de diciembre de 1745. Aunque ese acuerdo puso fin, oficialmente, a las hostilidades entre Prusia y Austria, Federico II no se hacía ilusiones. ¿Creer

en la palabra de esa mujer inflexible? ¡Claro que no! En cambio, no tuvo inconvenientes en reconocer que la elección de Francisco I a la cabeza del Imperio era regular. Le era imposible sostener lo contrario…

¡Hasta María Teresa "trabajó para el rey de Prusia"!

La continuación de la Guerra de Sucesión de Austria ya no involucró directamente al dominio austríaco de los Habsburgo. Las operaciones importantes tuvieron lugar fuera de Alemania, pero todos los protagonistas, exhaustos, arruinados, aspiraban a la paz. Esas guerras eran inútiles y costosas. Los plenipotenciarios volvieron a reunirse en Aix-la-Chapelle (otra vez Carlomagno…), en abril de 1748. Pero el tratado se firmó el 28 de octubre. María Teresa era reconocida definitivamente como jefa de los Estados de los Habsburgo, sin Silesia, entregada a su mejor enemigo, sin una pequeña parte de Milán, regalada al rey de Cerdeña, y sin los ducados de Parma y Piacenza, devueltos a España. Era poco, ya que la emperatriz había salvado lo esencial, por ejemplo, Hungría y Bohemia. Nunca más se volvió a discutir la Pragmática Sanción. Pero a través de su embajador en Versalles, le llegó un rumor que resumía todo lo que había pasado desde su advenimiento. Aunque en Francia, la paz había sido recibida, al principio, con satisfacción, la población manifestó su descontento cuando se enteró de que, por no querer someterse a un "regateo", Luis XV había devuelto los Países Bajos conquistados. El pueblo estaba desconcertado. ¿Habían ganado para perderlo todo? En París, circuló un panfleto titulado *Estúpido como la paz*. Y todo el mundo se quejaba, repitiendo: "Hemos trabajado para el rey de Prusia", una expresión que perduró. Era así. La paz no había resuelto nada y el verdadero beneficiario de la interminable y calamitosa Guerra de Sucesión de Austria fue Federico II. Prusia no había terminado de hacerle sombra a la Casa de Austria. Era su enemiga.

Era hora de ocuparse de los asuntos internos. María Teresa decidió aprovechar las lecciones de su reciente experiencia. Anunció reformas que tendrían en cuenta la diversidad de sus Estados, con especial cuidado de no herir ninguna susceptibilidad. El dominio de la corona contaba en ese momento con 22 millones de habitantes, repartidos entre los Estados hereditarios (ducados de Austria, Estiria, Carintia, Carniola y Tirol), los reinos de Hungría y de Bohemia, las posesiones italianas (Lombardía, Istria) y flamencas (Luxemburgo, Brabante, Flandes). Cada uno de estos territorios –sin comunidad de idioma ni de religión– tenía sus propias instituciones, sus Dietas y sus administraciones particulares, en un sistema de inspiración federal. La emperatriz no afectó esas libertades. El libro de Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, que acababa de publicarse, también se leía y se comentaba en Viena.

En 1749, el canciller-conde Haugwitz, ex administrador de Silesia en la época de Carlos VI, se dedicó a la organización de la Cancillería de Estado, de un Tribunal Supremo de Apelaciones, un esbozo de Ministerio de Guerra para administrar un ejército permanente de por lo menos 100.000 hombres y una especie de directorio encargado de los asuntos financieros de Bohemia y de Hungría. Detrás de esas medidas, María Teresa, consciente de la lentitud de los engranajes administrativos, decidió retomar y continuar la obra unificadora de sus predecesores simplificando los órganos del poder central. Al establecer el primer catastro, para distribuir el impuesto inmobiliario, mejoró los ingresos fiscales. El saneamiento de las finanzas ya no podía esperar y la situación material siguió siendo precaria durante las dos terceras partes de su reinado. Hubo cierta recuperación económica gracias a la intervención de Francisco, el emperador, mucho más competente en administración financiera y en organización de manufacturas que en política y en arte militar.

Cuando la emperatriz, advertida de que necesitaba ministros con ideas nuevas, interrogó a su Consejo privado sobre la orientación que debería tomar la política austríaca, le respondió el más joven, el conde Wenzel von Kaunitz, de treinta y ocho años. Proveniente de la nobleza de Bohemia, había sido ministro del Imperio en los Países Bajos durante dos años y muy hábil negociador austríaco en Aix-la-Chapelle. Para gran asombro pero también para el gran placer de la soberana, propuso una alianza decisiva con Francia, hasta ese momento la principal adversaria de la monarquía de los Habsburgo, y una lucha sin cuartel contra su insoportable enemiga, Prusia. ¡Esta última recomendación tenía como objetivo la reconquista de Silesia! Con esta clase de argumentos, Kaunitz se hizo notar y despertó la simpatía de la emperatriz. Al año siguiente, esta lo envió como embajador a Versalles. Allí, supo ganarse la confianza de Madame de Pompadour. La inteligente marquesa le encargó a uno de sus protegidos, el cardenal de Bernis, que preparara el acuerdo entre la emperatriz y el rey de Francia. Durante casi tres años, Kaunitz y Bernis elaboraron un plan, pero no avanzaron realmente. Al ser llamado a Viena, Kaunitz le dijo a la soberana que solo faltaba un acto de hostilidad de Federico II contra Francia para que el acuerdo con ella fuera efectivo. Nombrado canciller de Estado a los cuarenta y dos años, en previsión del conflicto contra Prusia que deseaba, estableció, en 1754, la conscripción, sobre la base de efectivos fijos por provincia. La emperatriz tuvo por fin un ejército permanente. Kaunitz trabajaba en el ala del Hofburg edificada entre 1717 y 1719. La función le dio su nombre a esa parte del palacio. Todavía hoy, las oficinas del canciller y del gobierno austríaco están ubicadas en el ala llamada de la Cancillería.

También a cargo de la diplomacia, el brillante Kaunitz estaba al acecho, esperando el "error" de Federico II. Como tardaba, se firmó un tratado en Versalles el 1° de mayo de 1756. Este tratado, fruto de pacientes intrigas, consagraba la "inversión de las Alianzas". Francia y Austria hicieron una

alianza defensiva, comprometiéndose a ayudarse mutuamente en caso de agresión. El 11 de enero de 1757, el acuerdo se extendió a Rusia: la zarina Isabel obtuvo el consentimiento de Luis XV para atravesar Polonia. En Francia, ese cambio radical molestó a la opinión pública, tradicionalmente hostil a la Casa de Austria y llena de simpatía por Federico II, el “déspota ilustrado” apreciado por los filósofos. Voltaire había pasado casi tres años en Potsdam, viviendo en una de las cuatro habitaciones de huéspedes. En 1750, el académico francés había sido nombrado chambelán de Su Majestad el rey de Prusia. Voltaire necesitaba apoyo y reconocimiento, y buscaba un mecenas a su medida. “Necesito una emperatriz en mis intereses”, le confesó sin pudor al conde de Argental. María Teresa llevaba una vida demasiado sencilla para el cinismo volteriano. Federico II le respondió. Las cenas servidas en una mesa redonda eran brillantes. Pero entre halagos y desavenencias, el visitante terminó por enojarse con el amo de Sans-Souci, cuyo humor no se suavizaba con sus interpretaciones en la flauta traversera. Al menos, las conversaciones entre ambos, a veces cáusticas, se desarrollaban en la bella lengua francesa.

La alianza franco-austro-rusa se completó con la entrada del rey de Suecia, de la mayoría de los príncipes alemanes y del elector de Sajonia en ese pacto de defensa. Kaunitz había trabajado magníficamente: formó una coalición cuyo blanco principal, por no decir único, era evidentemente Prusia. Frente a esa hostilidad, era difícil que Federico II no cayera en la trampa. El 2 de agosto, le envió un ultimátum a María Teresa. Ella lo ignoró y él atacó Sajonia. Esta repentina incursión desencadenó un nuevo conflicto, la Guerra de los Siete Años, que comenzó, en octubre, con una derrota austríaca en Lobositz. Eso no impidió que Kaunitz anunciara la inevitable derrota de Prusia porque, frente a una poderosa coalición europea, Federico II solo era apoyado por los ingleses. Pero en realidad, se trataba de dos guerras. Una, que afectaría poco al territorio de los Habsburgo, enfrentaba a Prusia con los coaligados y se desarrollaba principalmente en Prusia, en Bohemia, en Sajonia y, por supuesto, en Silesia, y la otra, en el mar, enfrentaba a las colonias francesas e inglesas de América del Norte.

Rápidamente, Federico II fue privado de los subsidios de Inglaterra, que estaba obligada a dedicar todas sus fuerzas a la guerra marítima. El prusiano, al mando de alrededor de 150.000 hombres, trató de impedir la unión entre las tropas de María Teresa y las del elector de Sajonia. Durante casi dos años, desde el verano de 1757 hasta el verano de 1759, el rey de Prusia estuvo en una situación difícil, en tres frentes, contra tres ejércitos que convergían en Berlín. Las fuerzas aliadas se estrecharon. El 12 de agosto de 1759, los austro-rusos vencieron a los prusianos en Kunersdorf. Cuatro días más tarde –¡solo cuatro días!–, llegó un correo al patio de honor de Schönbrunn, con la noticia de esa victoria. ¡Por fin! ¡Los austríacos ocuparon Silesia!

La derrota de María Teresa aseguró la gloria de Federico II

¡Qué alivio en Viena! Con profunda alegría festejó la ciudad la entrada de Isabel de Parma, infanta de España, destinada a ser la esposa del archiduque heredero José. Recordemos que era el primer varón de la pareja real, después de tres niñas. Para su hijo, nacido en 1741, María Teresa superó la magnificencia de las recepciones tradicionales de las familias principescas de Europa, que los Habsburgo dominaron desde el Renacimiento. Bastaba mirar el extraordinario cuadro que los artistas del taller de van Meytens instalaron en una pared de Schönbrunn. La escena se sitúa el 5 de octubre de 1760, frente al Hofburg y la iglesia de los agustinos, la parroquia de la corte. Los burgueses vieneses, revestidos con insólitas armaduras, estaban dispuestos en dos filas. En cada esquina de la calle, montaban guardia dragones a caballo, también con armaduras. Delante de las puertas y las ventanas, había músicos que interpretaban melodías austríacas y españolas, ya que esa boda sellaba la reconciliación de las dos coronas. Se mezclaban los ricos y los pobres en el júbilo de un verdadero espectáculo, puesto en escena con grandiosidad. Tras el desfile del regimiento del emperador, más de ciento veinte carrozas de cuatro o seis caballos. La corte, compuesta por casi dos mil personas, formaba una gigantesca caravana. Después de la ceremonia religiosa, Viena fue iluminada de tal modo que un testigo de origen húngaro, Georg Rettegi, aseguró que Europa “no había visto algo así en ninguna otra parte”. Más de tres mil faroles se reflejaban en los vitrales de la Catedral de San Esteban y lanzaban luces temblorosas hasta el cuarto piso de las casas. En la corte del Hofburg, innumerables velas y antorchas iluminaban a la alegre multitud. Toda Viena bailaba, porque ese matrimonio era también una historia de amor, algo que no habían imaginado los diplomáticos en sus negociaciones. El novio y la novia tenían diecinueve años. Isabel era melancólica y romántica; José, un poco torpe y tímido. El banquete de bodas, servido al día siguiente con cubiertos de oro, y los conciertos en la Redoutensaal el 10 de octubre fueron objeto de minuciosas reseñas enviadas a todas las cortes europeas. Un retrato de María Teresa sola, exhibiendo las insignias imperiales, recordaba que ella era la soberana. La emperatriz, por su parte, esperaba recibir buenas noticias de sus soldados, que habían entrado en Prusia.

Pero el destino acudió en ayuda de Federico II cuando estaba en una situación crítica, a pesar de su habilidad bélica y el inmenso valor de sus soldados. El 6 de enero de 1762, la zarina Isabel I de Rusia, hija de Pedro el Grande, murió inesperadamente. Por primera vez, sus tropas y las de María Teresa habrían entrado en Berlín y seguramente habrían puesto fin al auge del poder prusiano. Federico II se sentía feliz. No soportaba ni a la Habsburgo, ni a la Romanov. A esta le dedicó un epitafio refinado, en la

elegante lengua de Voltaire, que apreciaba tanto y que era el idioma de los diplomáticos: "¡La bestia reventó!".

Después de esta maravillosa noticia, Federico II tuvo la satisfacción de encontrarse inmediatamente con el sucesor de Isabel Romanov, su sobrino, un joven duque convertido en el zar Pedro III. Luterano nacido en Kiel, alemán hasta la punta de sus botas, el nuevo zar admiraba ciegamente a Federico II y era un entusiasta de los ejercicios militares. Ante la indignación de los rusos, introdujo el sistema prusiano en San Petersburgo, desde las autoridades hasta los uniformes. Se apresuró a firmar una paz separada con su mentor el 5 de mayo y le entregó todas las conquistas de los rusos desde el principio de la guerra: ¡esta vez, fueron ellos quienes habían "trabajado para el rey de Prusia"!

Al no sufrir más los ataques de los cosacos, ni los de los soldados suecos, Federico II pudo volver a la guerra ofensiva. Había atravesado duras experiencias y se dijo que hasta llegó a pensar en suicidarse, pero finalmente, su extraordinaria facultad de adaptación y su fuerza de carácter lo salvaron de la desesperación.

El 21 de julio de 1762, con la victoria de Burkersdorf, la eterna lucha por Silesia se volvió a su favor. Fue un día triste para María Teresa, que se vio obligada a emitir papel moneda para enfrentar la crisis de Tesorería por los gastos de guerra. Austria no contaba con la ayuda rusa y los 100.000 franceses lanzados en Westfalia contra los prusianos no podían compensar la partida de los coaligados. Por otra parte, las derrotas coloniales forzaron a Luis XV a negociar una paz poco honorable, "ni buena ni gloriosa", según las palabras del rey, que cada vez era menos "amado". Fue el Tratado de París del 10 de febrero de 1763. Cinco días más tarde, María Teresa y Federico II firmaron, entre ellos, la paz de Hubertusburgo, que le confirmó a Prusia la posesión de Silesia. Esto le costó 200.000 hombres a la monarquía francesa: habían muerto por Silesia, es decir, por nada. Se entiende que Bernis, secretario de Estado de Relaciones Exteriores, que había sido despedido por el rey por haber reivindicado la paz, reconociera el sinsentido de esa guerra, confesando que "nuestro papel fue extravagante y vergonzoso". Finalmente, la trampa ideada por Kaunitz se volvió en contra de Austria. La popularidad de Federico II estaba en su punto máximo: toda Europa saludaba su prestigio. El diablo disfrazado de apóstol de la tolerancia. Entre las múltiples consecuencias de la Guerra de los Siete Años, mientras Francia, aliada de María Teresa, quedaba atascada en Prusia, Inglaterra seguía extendiendo, casi sin obstáculos, su Imperio colonial. En cuanto a los Estados alemanes, se encontraban en el mismo punto que en 1748.

¡Pobre emperatriz María Teresa! No obstante, consiguió una promesa del vencedor nimbado por el espíritu de las Luces: votaría por el hijo de la empecinada Habsburgo-Lorena en caso de vacancia del trono imperial, es decir, si su muy opaco marido emperador llegara a morir. Ese compromiso

no costaba nada. Federico II, inmenso personaje adepto a los golpes sorpresivos, y poco respetuoso de los usos jurídicos, fue, en primer lugar y según sus principios “el primer servidor del Estado”, del suyo, no del Imperio…

El régimen de María Teresa: trabajo, buena carne, diversiones

María Teresa era muy representativa de su época, el Siglo de las Luces, pero con flexibilidad y pragmatismo. En ella, todo era equilibrio. Preocupada por fortalecer la autoridad del Estado mediante la centralización y el desarrollo de una administración por fin eficaz, pronto apartaría a su excelente esposo del poder real. Lo amaba, lo acompañaba a la caza, valoraba que vigilara la educación de sus hijos (el último, Maximiliano Francisco, había nacido en 1756, un año después que Antonia, la futura María Antonieta), alentaba sus trabajos de ciencias naturales –una pasión en los Habsburgo– y era indulgente con sus discretas aventuras. Sus dieciséis embarazos, su trabajo, tan incesante como sus extenuantes distracciones en el juego, en los bailes, en la ópera (preferentemente italiana), y su buen apetito le confirieron esa gruesa silueta envuelta en reflejos de tafetas que registrarían los pintores, y por lo tanto la historia. Federico II había interrogado a su embajador sobre la transformación física de su adversaria, tratando de descubrir en ello señales de debilidad o de mala salud que pudiera explotar. Era el mismo diplomático que, algunos años antes, había hecho de ella un retrato poco halagüeño: “No le importa su belleza, tampoco se preocupa por su vestimenta. Fuera de los días de gala, se viste muy sencillamente y la corte sigue su ejemplo”.

En 1744, mandó abrir la farmacia imperial en la parte norte de las caballerizas del Hofburg. La obra fue supervisada por su médico personal, el holandés Gerard van Swieten. Fue este extraño doctor quien le habría dado al marido de María Teresa la receta infalible para tener hijos. ¡Por lo visto, la receta era buena! Pero para impedir que su ilustre paciente comiera demasiado, elaboró una receta distinta. Mientras ella comía bastante, como todas las personas que se levantan muy temprano y trabajan mucho, Swieten se instalaba a su lado. A medida que absorbía los alimentos, él tomaba los mismos alimentos, en idénticas cantidades, y los mezclaba en un recipiente de oro para que ella tomara conciencia de lo que pasaba dentro de su estómago. Pero a pesar de esta demostración poco agradable, el médico de ideas novedosas fracasó. El único régimen de María Teresa consistía en el trabajo, la familia y los entretenimientos: todo muy programado y organizado. La edad, los partos (uno cada quince meses, en promedio) y un temperamento contrario a la coquetería, frecuente en las cortes del siglo XVIII, la convirtieron en la “madre tutelar” de su familia y de

sus poblaciones, que no eran más que millones de otras familias. En todos los casos, ella estaba, física o espiritualmente, en el medio de esos círculos íntimos que tanto amaba. La alegría de estar con los suyos se manifestó en el baile de máscaras que ofreció para la boda de su hermana Mariana, un año menor que ella, y que moriría a los veintidós años. Una vez más, la fiesta se hizo en la Escuela de Equitación de invierno: una maravilla iluminada por ciento treinta inmensos candelabros y cincuenta y dos espejos. Estos no solo multiplicaban las luces, sino que también permitían verificar los movimientos de los caballos en sus cabriolas. Asistieron ocho mil invitados. Se realizaron juegos típicos en los que se golpeaban "cabezas de turco": mediocre venganza contra los otomanos después de haber perdido una nueva guerra contra ellos. La emperatriz era muy ahorrativa para sí misma, pero gastaba sin límite cuando lo exigía el prestigio imperial.

Ferviente cristiana, estableció una política de intolerancia religiosa contra los judíos, contra los protestantes, e incluso, a veces, contra los católicos que tenían demasiados privilegios. Su aversión hacia la comunidad judía se ejerció principalmente en Praga, donde, a su juicio, sus miembros habían simpatizado con los sucesivos enemigos de los Habsburgo, en particular los bávaros y los prusianos. María Teresa podía perdonar, pero tenía memoria. Como muchas veces se había sentido decepcionada por la actitud de la Iglesia y del Papa, limitó la autonomía del clero y la autoridad de Roma. En el terreno de la educación, a la que le daba mucha importancia –era muy severa en la instrucción de sus hijos y castigaba a los perezosos–, aceptó la creación de un colegio de jesuitas en Viena, en 1746, edificado por un arquitecto llegado de Lorena. Desde principios del siglo XVII, y por haberle permitido a Fernando II eliminar a los reformados de Viena, los jesuitas disfrutaron del monopolio de la enseñanza de la filosofía y la teología en la universidad. María Teresa aprobó la fundación del colegio por dos razones fundamentales. En primer lugar, la enseñanza era impartida mayoritariamente en alemán, y nada mejor que un mismo idioma para unificar a pueblos diferentes. Ese alemán era hablado, cada vez más, con acentos checo, húngaro, eslavo del sur e incluso con entonaciones italianas y españolas.

Pero en esa Babel danubiana que era el Imperio, el alemán serviría de referencia. Además, los jesuitas enseñaban una historia en la que el estudio de la Antigüedad era secundario, mientras que se privilegiaba la Europa de los tiempos modernos y el Imperio: María Teresa quería que los alumnos conocieran el mundo en el que vivirían. Las lenguas vivas, el arte, la arquitectura y el derecho eran bien tratados, y su estudio formaría una elite civil, militar y comercial. La emperatriz hizo suya la expresión de Pedro el Grande: "No hay Estado sin servidores bien formados". Sin embargo, la influencia intelectual de los jesuitas sobre las mentes jóvenes terminaría por molestar a la emperatriz. Después de introducir reformas a su funcionamiento en 1761, María Teresa aceptó la idea de su canciller, en el

sentido de que demasiados jóvenes que podrían ser útiles para los asuntos públicos se encerraban en conventos. La soberana necesitaría mucha habilidad para no convertir a los jesuitas en los nuevos perseguidos. Terminó por admitir la expulsión de la Compañía en 1773: esta decisión, que no partió de ella, puso fin a un Estado dentro del Estado. Pero Viena conservó su símbolo de la Contrarreforma y de su aplicación artística, el barroco en majestad, con su proliferación de baldaquinos, falsas cortinas, tribunas superpuestas, nichos, todo cargado de doraduras y colores suaves que les conferían a las iglesias la apariencia de un teatro. Es interesante señalar que estos excesos ornamentales eran lo opuesto a la sencillez de los gustos personales de la soberana. En el palacio imperial del Hofburg, el ala llamada Leopoldine, edificada tres siglos atrás, no era demasiado confortable. Esa era la residencia principal de María Teresa, pero no se sentía cómoda allí. Era un lugar oscuro, sin circulación de aire y vetusto. Como apenas soportaba esas habitaciones sofocantes, la emperatriz solo vivía y trabajaba allí en invierno. Schönbrunn era su refugio.

Las buenas relaciones con España continuaron con el compromiso de su segundo hijo, Leopoldo, nacido en 1747, con la infanta María Luisa. Lamentablemente, mientras su séquito se encontraba en Innsbruck, la capital del Tirol, en la mañana del 18 de agosto de 1765, el emperador se despertó con un malestar. Respiraba con dificultad y se quejaba de dolores de estómago. Durante el día, pareció mejorar, pero la emperatriz seguía preocupada. Al final de la tarde, Francisco Esteban se desplomó y murió en pocos minutos. Tenía cincuenta y siete años. El impacto fue terrible para María Teresa. Una muerte tan brutal, tan inesperada... La emperatriz se deshizo en llanto, incapaz de hablar. Le escribió a su hija María Josefa: “Tú pierdes un padre incomparable y yo, un esposo, un amigo, el único objeto de mi amor. Desde hace cuarenta y dos años, nuestros corazones, nuestros sentimientos tenían un solo y único objetivo. Crecimos juntos: solo me pareció soportable todo el infortunio que he sufrido desde hace veinticinco años porque él era mi apoyo”.

El entorno de la emperatriz temía que esa mujer física y moralmente tan fuerte quisiera abdicar. Su vida de mujer había terminado. ¿Podría seguir, siendo viuda, su obra política? Se había destruido la armonía que regía su vida personal. A partir de ese momento, solo vestiría de negro, sin polvo en el rostro, sin ningún ornamento. Les regaló sus vestidos a sus hijas y sus joyas a las mujeres encargadas de su servicio. Se ha comentado mucho la inexistencia política del difunto, un marido casi irreprochable, un compañero infalible pero ausente de la mesa del Consejo.

Aunque, como sostiene Jean Béranger, él fue “emperador para el resto de Europa, pero solo un príncipe consorte para la monarquía austríaca”, la angustia de María Teresa frente a ese súbito vacío marcó, seguramente, su primer dolor como mujer, después de los que había sufrido como madre con la pérdida de varios hijos. Oficialmente, su marido se había colocado en un

segundo plano, pero estuvo muy presente en su vida.

¿Abdicaría la emperatriz tras la muerte de su adorado esposo?

En lo inmediato, después de algunos días de desesperación y reflexión, María Teresa decidió que su hijo José sucediera a su padre en calidad de emperador. Pero conociendo bien a su designado sucesor, de veinticuatro años, su ambición política, su impaciencia por actuar y su gusto por el racionalismo, que ya había mostrado en las memorias dirigidas al Consejo de Estado, lo nombró corregente de los territorios hereditarios de los Habsburgo. La situación era inédita: el emperador reinaba solo y el soberano austríaco estaba asociado al gobierno del núcleo central. Asociado y vigilado, porque su madre tenía sus reservas sobre su idea de ser un "déspota ilustrado" y trastocar el orden establecido. El ejemplo de Federico II era desastroso. En resumen, ¿cómo conciliar el prestigio imperial y el yugo monárquico? Según María Teresa, no había que despreciar a las personas, ni rebajar a los honestos, ni hacer juegos de palabras que solo humillaban a los más devotos servidores del Estado. La madre y el hijo se enfrentarían en cuanto a la organización administrativa, y a menudo, el desdichado canciller Kaunitz quedaba como rehén de esas discusiones. Las amenazas de dimisión sucedían a las treguas, y el clima general era de discordia, aunque esto no solo se debía a un conflicto entre generaciones. En 1772 se produjo un acontecimiento importante, cuyas consecuencias dejaron huellas sensibles: la partición de Polonia, la primera de ellas. Prusia, Rusia y Austria se repartieron el territorio polaco: pese a los escrúpulos de María Teresa, Galitzia les correspondió a los Habsburgo, salvo Cracovia, mientras que el norte, excepto Dánzig, fue para Prusia y Lituania quedó bajo el yugo de San Petersburgo.

A la inversa de su madre, que se había abocado de inmediato a una reorganización urgente, José viajaba mucho por Europa, y no solo para las visitas normales, obligatorias, a los soberanos vecinos. En esos viajes afinaba su cultura y su inteligencia, reunía cifras, informaciones y observaciones valiosas sobre la Europa agitada por las nuevas ideas. Pero no siempre era bien recibido: sus dos intentos con Federico II fueron inútiles e incluso terminaron en un enfrentamiento. ¡Nada nuevo!

Uno de sus viajes más importantes fue el que realizó a Francia, en 1777. Por un motivo imperioso: su hermana, la archiduquesa Antonia, catorce años menor que él, se había convertido en la reina de Francia María Antonieta. Por razones de Estado y para fortalecer la alianza de Austria con Francia –algo que había causado desagrado en Versalles y en otras partes–, Choiseul, encargado de las Relaciones Exteriores, había organizado el casamiento del delfín Luis con la más joven de las hijas de María Teresa. Eso

le permitió también al ministro contrarrestar la influencia de Madame du Barry, la nueva favorita de Luis XV. “La emperatriz dejó partir a su hija menor hacia la corte de Francia con cierta aprensión”, señala Evelyne Lever en su apasionante análisis de la correspondencia de María Antonieta: “Pero ¿cómo habría podido modelar a su imagen a esa niña tierna, bonita, sensible e impulsiva? María Antonieta poseía el arte de agradar pero solo pensaba en divertirse. Se negaba a fijar su atención en temas serios y no entendía nada de política. María Teresa conocía los defectos de esa pequeña embaucadora, que solo obedecía a su propia fantasía”.

Entonces, ¿cómo y por qué consintió la emperatriz ese matrimonio de Antonia, de apenas quince años, con el nieto de Luis XV, que tenía dieciséis? Siempre por aplicar la antigua estrategia de las alianzas matrimoniales, que, como vimos, había dado muy buenos resultados. El destino de Austria, bajo la autoridad de los Habsburgo, determinó esa opción. En este caso, la propuso Francia. “Preocupada por el futuro de sus Estados –prosigue Lever–, la soberana ponía a sus hijos al servicio de la dinastía. Cada uno, según sus medios, debía contribuir a consolidar su obra. A través de sus matrimonios, las archiduquesas eran sacrificadas a su diplomacia. No importaba la personalidad del marido que les asignaba: solo tomaba en cuenta su posición en el tablero europeo”. Llama la atención que María Teresa, que había sido objeto de una partida fundamental en ocasión de su casamiento, pero que le daba importancia a la relación amorosa, entregara a sus hijas en aras de la fría razón de Estado. ¡Cuántos riesgos! Y en cuanto a otra de sus hijas, la mayor, María Josefa, estaba prometida al “rey de Nápoles, Fernando IV, pero como murió de viruela, la reemplazó su hermana María Carolina: las princesas eran intercambiables”. No eran hijas sino peones, y la emperatriz tenía varios en su juego de ajedrez. La felicidad, que, con la Revolución francesa, empezó a ser “una idea novedosa en Europa”, no estaba prevista, ni menos aún, indispensable. “Con tal de que cumpla su deber hacia Dios y su esposo, y salve su alma, aunque sea desdichada, yo estaré conforme”, escribió sin cortapisas la emperatriz. Ese matrimonio entre la alegre y despreocupada archiduquesa y el delfín, que era muy devoto y amaba la vida sencilla, fue, sostiene Evelyne Lever, una “garantía de la alianza franco-austríaca de 1756, pieza maestra de la política exterior de los Habsburgo”.

Todos los meses, María Antonieta y su madre se escribían en secreto

Pero María Teresa era consciente de los defectos de su hija, como de los de toda su progenie. Sabía que Antonia era un poco ligera para enfrentar el peso que representaba su misión de futura reina de Francia. Los dones de la archiduquesa no bastaban: necesitaría permanentes consejos, y por eso la

madre y la hija mantuvieron una profusa correspondencia. Una debía proteger y guiar a la otra en esa corte de Versalles, "lugar de perfidias", como escribió el embajador de la emperatriz, Mercy-Argenteau, discípulo y sucesor de Kaunitz, en una carta del 16 de abril de 1771. Todos los meses, María Teresa le escribía a su hija, en secreto, recomendándole romper sus cartas: ella hacía lo mismo con las que le enviaba María Antonieta. La emperatriz sabía que esa correspondencia era peligrosa. Ella le entregaba sus cartas a un correo especial que pasaba por Bruselas a principios de mes, llegaba a Versalles unos diez días más tarde y regresaba el 15 hacia Viena, siempre por Bruselas: una vía segura para eludir a todos los espías. Pero esas precauciones fueron inútiles: en Versalles, la delfina era vigilada por sus sirvientes, pagados por el embajador de su madre. Algunos querían que se volviera, siguiendo el protocolo, francesa en corazón y mente. Otros deseaban que no olvidara los intereses austríacos, en nombre de la alianza… Su posición era ambigua. María Teresa no quería correr ningún riesgo con esa jovencita inconsciente, aficionada a las habladurías, de una deliciosa pero insoportable levedad.

Al principio, la archiduquesa le cayó bien a la corte. A pesar de su frente un poco abombada y sus labios demasiado gruesos, tenía una tez fresca y luminosa y su encanto era innegable. Incluso le agradó a Luis XV. Su extrema juventud casi hacía olvidar sus defectos naturales, su carácter inestable, su inquietante incapacidad para aplicar su mente a algo serio, y lo que era aún más grave, su pereza. Pero el primer error de María Antonieta, que se entendía bien con las hijas de Luis XV, fue menospreciar a la favorita real, Madame du Barry. En su descargo, hay que decir que en Viena no había favoritas.

Cuando se celebró la boda, el 16 de mayo de 1770, el júbilo popular fue ensombrecido por un principio de incendio en la plaza Luis XV (de la Concorde) cuando se lanzaban fuegos de artificio. El pánico de la multitud provocó miles de muertos y heridos. Algunos creyeron ver en esto una señal.

Otros agregaron que la delfina traía mala suerte porque "había nacido en el Día de los Muertos". El viaje de su hermano José, tres años después de que ella se convirtiera en reina, tenía varios motivos. Uno de ellos, muy delicado, era informarse sobre las relaciones íntimas de su hermana con Luis XVI. La pareja necesitó seis años para tener relaciones físicas consideradas como normales, y hubo toda clase de hipótesis y explicaciones sobre esta cuestión. Nos limitaremos a señalar la preocupación de la emperatriz ante el comportamiento de su hija, quien se atrevió a escribir que su marido estaba profundamente interesado por el funcionamiento de una fragua, ¡y que ella no desempeñaría allí el papel de Vulcano! Por otra parte, la pasión del rey por la cerrajería provocó las ironías de los primeros panfletos. ¿Habría perdido ese pobre hombre la llave de su esposa? María Teresa, cada vez más preocupada, intimó a su hija a llevar una vida

conyugal plena. Pero la reina le contestó, en una carta del 10 de septiembre de 1777, que al rey no le gustaba "acostarse de a dos". La emperatriz le advirtió a la esposa frustrada que si no tenía un hijo, podían repudiarla, y eso sería una catástrofe para la Casa de Austria. "Un cambio en nuestra alianza me mataría", escribió María Teresa el 1° de febrero de 1778. María Antonieta recibía exigencias políticas de su madre y su hermano. José II planeaba apoderarse de Baviera, un viejo objetivo de los Habsburgo, cuando se produjera la sucesión de los Wittelsbach. Federico II reaccionó defendiendo, hábilmente, el principio de las libertades germánicas contra el emperador. A través de sus cartas, María Teresa adoctrinaba a su hija. Y su embajador se encargó de completar la presentación del asunto para que Luis XVI interviniera junto a su aliado austríaco. Sin embargo, el rey, a quien se suele presentar como un hombre débil que aceptaba todos los caprichos de su esposa, se negó a involucrar a Francia en esa campaña de Baviera que amenazaba con extenderse a toda Alemania. "Pero esta vez –observa Evelyne Lever– se trataba de un asunto de Estado y no de un capricho. Su respuesta fue seca y mesurada. No cedería". Aunque el intento de convencer a Luis XVI había fracasado, a la soberana le hizo mucho daño su compromiso en favor de la política de los Habsburgo. Pronto la acusaron de seguir siendo "la austríaca" y de representar al partido de la emperatriz en la corte de Versalles. Luis XVI no quería avalar sistemáticamente a su suegra y a su cuñado. Además, acababa de introducir a Francia en la guerra de la Independencia de los Estados Unidos. En medio de sus problemas y sus frustraciones, la emperatriz tuvo una alegría… y un alivio: el 19 de diciembre de 1778, su hija María Antonieta finalmente dio a luz. El hecho de que se tratara de una niña decepcionó, entre otros, a María Teresa, pero al menos quedó descartada, tras ocho años de rumores, la leyenda de la impotencia o la malformación del rey.

La emperatriz tenía derecho a los mismos honores que los hombres

Viena, 20 de noviembre de 1780. La emperatriz estaba rodeada por sus allegados. Ya no había esperanzas, pero la gran dama estaba perfectamente consciente. Se confesó y recibió los últimos sacramentos: Su Majestad puso su conciencia en orden. Después de recibir, uno por uno, a todos sus hijos, mostraba una impresionante serenidad. Hacia las nueve de la noche, quiso levantarse, pero se desplomó inmediatamente sobre un diván. José II, que no se había movido de su lado en los últimos cinco días, se atrevió a hacerle la siguiente observación: "Su Majestad está mal acostada".

Ella respondió, estoica: "Sí, pero es suficiente para morir".

Falleció poco después, a los sesenta y tres años. En cuarenta años de un reinado al mismo tiempo difícil y brillante, había interpretado todos los

papeles principales de la Casa de Austria. Se había mostrado, alternadamente, patética y obstinada en su duelo con Federico II, deslumbrada y maternal al tomar sobre sus rodillas al pequeño Mozart, que había encantado con sus interpretaciones a la corte en Schönbrunn, inflexible con sus hijos cuando la decepcionaban, generosa al abrir los jardines del Prater para entretenimiento de los vienenses, visionaria al transformar su capital, que pasó de 88.000 a 175.000 habitantes, para convertirla, entre otras cosas, en una metrópoli del espectáculo e inaugurar así una maravillosa tradición. Jean-Paul Bled tiene razón cuando escribe: "María Teresa ocupa un lugar fundamental en el Panteón de la Europa monárquica". Comparémosla con otras soberanas que marcaron la historia. Isabel I de Inglaterra fue cruel; Catalina II de Rusia, admirable pero disoluta; Catalina de Médicis fascinante, aunque no ahorró la sangre de sus adversarios; Isabel la Católica despertó admiración, pero fue culpable de intolerancia. María Teresa tenía defectos, por supuesto, pero al parecer, no tuvo ningún vicio, fuera de un gran apetito de vida. Por su sentido de la autoridad cristiana, representa la tradición de los Habsburgo, y por la construcción de un Estado moderno, preanunció el porvenir, el futuro Imperio de Austria, que nacería de las cenizas del Sacro Imperio. Personificó la evolución sin revolución. Fue una mujer en un mundo de hombres. Enemigos y partidarios la combatieron o la apoyaron, pero siempre la respetaron. En 1888, bajo el reinado de Francisco José, tras doce años de trabajos que, una vez más, transformaron a Viena, se inauguró un monumento en la plaza María Teresa, entre el Museo de Historia del Arte y el Museo de Ciencias Naturales. En veinte metros de alto, el escultor alemán Caspar von Zumbusch colocó tres categorías de hombres a los pies de la emperatriz. Cuatro generales, cuatro cancilleres, entre ellos, Kaunitz y un Liechtenstein, y finalmente dieciséis personajes famosos que encarnan diversos talentos, entre ellos, Mozart y Haydn. ¡Ni una sola mujer! María Teresa tuvo pocos rivales. No obtuvo victorias contra el rey de Prusia, pero abolió muchas fronteras sociológicas. Que Napoleón se haya descubierto, en un respetuoso silencio, frente a dos tumbas, la de Federico II en Potsdam y el espectacular féretro de María Teresa y su marido, sentados en su cama y mirándose, en la Cripta de los Capuchinos de Viena, es revelador. Para el emperador victorioso y enemigo que había sido, en un momento, el amo de Austria (al destruir el Sacro Imperio) y Prusia, María Teresa fue una gran monarca. La hija del último varón de la dinastía de los Habsburgo, que fue impugnada en sus comienzos por ser mujer pero se mantuvo en su lugar, definitivamente mereció los mismos honores que los hombres.

10

De José II a Francisco II, del Sacro Imperio al Imperio de Austria (1780-1804)

Ahora estaba en condiciones de ejercer el poder personalmente. José II tenía treinta y nueve años. Ya reconocido, en 1764, como rey de los romanos, su elección como jefe del Sacro Imperio era una formalidad, pero por reacción contra las costumbres observadas por sus padres, se negó a hacerse coronar. María Teresa fue una reformadora: él sería un soberano revolucionario. Por razones tanto personales como filosóficas. Su actitud se remontaba a su infancia, muy dura, ya que su madre lo había criado sin miramientos, llegando incluso a darle latigazos cuando consideraba inaceptable su conducta. Como para muchos hombres con una madre dominadora, su muerte fue una liberación. Había vivido en un ambiente en el que había muchas mujeres, demasiadas, para su gusto. Un yugo que rompió de inmediato. Una de sus primeras medidas fue desembarazarse de ese gineceo molesto e inútil, que seguramente le recordaba la sombra de la exigente emperatriz madre. Le dio seis meses a lo que irónicamente llamaba la "república femenina" para evacuar el Hofburg. Esta orden de exilio también concernía a las antiguas institutrices y las viudas de cortesanos, y también a las hermanas del emperador, que fueron invitadas a ingresar a conventos e instituciones semejantes lejos de Viena, en el Tirol, en Carintia, donde rezarían por la familia... "Gritaron mucho, pero no me importa en absoluto", le escribió a su hermano Leopoldo. Este, al observar la metamorfosis operada en la vida del palacio imperial, le dijo a uno de sus amigos: "José no soporta la menor crítica. Está imbuido de los principios más arbitrarios y tiránicos".

Como juzgaba anticuados los métodos de María Teresa, su hijo hizo exactamente lo contrario, igual que el zar Pablo II cuando sucedió a su madre Catalina II. El análisis de las cuentas de la monarquía le dio el pretexto. A pesar de tres guerras y algunas combinaciones diplomáticas arriesgadas (especialmente con Francia), todos se habían divertido mucho en Viena bajo el reinado de María Teresa, y la ciudad tuvo una especie de coronación intelectual y artística. Pero esa prosperidad había arruinado al Estado. La deuda pública era cada vez más grande. En cambio –¡qué paradoja!–, la situación personal de los Habsburgo no tenía nada que ver con las privaciones que había sufrido María Teresa en su infancia. Su marido, el discreto Francisco Esteban, había recibido de Francia, por la cesión de su ducado, una suma importante, que colocó bien, especulando moderadamente y apoyando algunas actividades económicas preindustriales prometedoras, por ejemplo, la mejora de las rutas en mal estado. Gracias a él, al morir la emperatriz, los Habsburgo-Lorena

dispusieron de medios que jamás habían tenido y que conservarían hasta el derrumbe de sus Estados, al final de la Primera Guerra Mundial.

Pero la pátina de los siglos, la educación y el hábito del poder impusieron naturalmente cierto pudor en los asuntos de dinero y José II le donó al Estado exangüe 22 millones de florines: la fortuna personal que había heredado de su padre. Una cosa que no cambió el emperador, fue su estilo de vida. Mantuvo su modesto apartamento en el ala Leopoldine de la época de su bisabuelo, reformado en el siglo XVII en estilo barroco. Allí no había lujos. Como en el tiempo de María Teresa, José II vivía en tres habitaciones modestas, con un mobiliario sencillo y poca luz. Los "déspotas ilustrados" de la segunda mitad del siglo XVIII tenían luz interior. José II no desmentía la genética, y era un gran trabajador, como su madre. Dormía en un extraño catre de campaña, pues le había declarado la guerra al Estado en peligro.

Su austera vivienda se comunicaba con el ala de la Cancillería. De modo que no tenía que perder tiempo para estudiar los expedientes (la misma obsesión que tenían su madre y Catalina II): le instalaron una especie de montacargas en el cual le enviaban los papeles a su mesa de trabajo. En verano, el emperador se levantaba a las cinco, y en invierno, a las seis. Como su madre... Rara vez se acostaba después de las once de la noche y siempre volvía a pasar por su oficina si algún caso urgente requería su opinión o su firma. Su valet y su secretario permanente (tenía seis) no descansaban mientras estuviera encendida la vela del candelero de estaño. Su Majestad detestaba la lentitud, fustigaba al Estado y a los funcionarios que se quedaban dormidos: todo debía ser rápido. Le gustaba tomar una decisión a la noche para que se aplicara a la mañana siguiente.

Ese ritmo era el de un hombre solo. José II había perdido a su esposa Isabel en 1763, después de solo tres años de feliz matrimonio. Ella fue víctima de una epidemia de viruela que afectó a la familia imperial e hizo estragos en varias cortes. Desesperado al conocer el diagnóstico, José permaneció todo el tiempo junto a su esposa agonizante. Viudo y sin hijos, no podía superar su dolor. Le escribió a su madre: "Solamente me consuelo en el momento en que me encuentro solo en mi cuarto, cuando contemplo el retrato de mi amada esposa y leo lo que ha escrito. [...] A menudo, creo verla frente a mí y le hablo [...]. Conservo hasta los más pequeños trozos de papel escritos por ella". Inconsolable, José no pudo escapar a la manía matrimonial de su madre, que empezó a buscar una segunda esposa para su hijo, con la esperanza de tener un nieto.

Dos veces viudo, el nuevo emperador permaneció soltero

María Teresa había pensado en la hermana de la difunta, Luisa de Parma. José no estaba demasiado entusiasmado con la idea de casarse con

su enérgica cuñada. El proyecto fracasó rápidamente porque la princesa estaba destinada al príncipe de Asturias, el futuro rey de España Carlos IV. En su ronda de candidatas, la emperatriz eligió entonces a Josefa de Baviera. Ella permitiría suavizar las relaciones entre los Habsburgo y los Wittelsbach. Políticamente era una ventaja, pero quizá la única, porque "José, que seguía penetrado por el recuerdo de Isabel, sintió aversión por la joven. Además, pensaba que su físico no tenía gracia. Después de su primer encuentro, declaró que era demasiado baja y demasiado gruesa, que tenía manchas rojas en la cara y una mala dentición", como asegura Jean-Paul Bled.

Para María Teresa, una elección nupcial era más importante que una declaración de guerra: ¡no se podía ignorar! Un año después del fallecimiento de Isabel, hostigado por su madre y por el canciller Kaunitz, José se casó con Josefa, pero la semejanza de sus nombres no fue suficiente para lograr su acercamiento. No era una pareja, ni siquiera una asociación: solo indiferencia y ausencia. La emperatriz, muy contrariada por los malos modales de su hijo, le recomendó que le escribiera a Josefa cuándo debía viajar. Él replicó: "Preferiría escribirle al Gran Mogol: me resultaría menos molesto". Era difícil discernir en él entre la reacción contra la obligación impuesta por su madre y la sinceridad de su actitud hacia una segunda esposa que le resultaba insoportable. Menos de tres años más tarde, la bávara también enfermó de viruela. En esos tristes momentos, José II confirmó su falta de tacto: no cuidó a la enferma, y le dejó esa tarea a María Teresa, suegra desolada por esa situación y preocupada por el hecho de que su hijo mayor no tuviera hijos.

Dos veces viudo, el nuevo emperador permaneció soltero. No se le conoció ninguna amante y no era sentimental. Según el embajador de Luis XVI, le bastaron unas relaciones puramente físicas y rápidas con la hija de un jardinero: su naturaleza no era exigente. A la inversa de su madre, tampoco tenía la pasión de la buena mesa: comía y bebía poco, limitando esa pausa a lo estrictamente necesario para no retrasar su trabajo. A menudo tomaba su comida en su gabinete de trabajo: estaba compuesta por cinco platos –¡una buena cantidad!– que le llevaban juntos sus criados desde las lejanas cocinas del palacio, por los largos corredores. Como Su Majestad siempre estaba absorto en sus lecturas, colocaban los platos sobre un calentador para que no se enfriaran.

En el norte de Viena, cerca del Danubio, en el parque de Augarten, que José mandó abrir al público, como el Prater en 1775, el soberano solía quedarse en un pequeño pabellón construido por un arquitecto italiano y que él había mandado reformar. "Ceno completamente solo en mi jardín con un inmenso placer. Aquí reina la tranquilidad". Ese retiro estaba cerca de la célebre manufactura de porcelana que se había establecido bajo el reinado de María Teresa: sin competir con Sèvres ni con el famoso Meissen de Sajonia, su monograma adquirió una gran reputación a mediados del

siglo. José II había engordado. Su rostro era alargado, pero no deforme como el de sus antepasados –su padre lorenés había moderado el labio Habsburgo– y su frente, ya despoblada, era muy alta. Después de haber declarado que la filosofía era "la legisladora de su Imperio", sorprendió a sus súbditos usando un uniforme militar, de una tela gastada, o un traje sencillo pero siempre cruzado por el gran cordón rojo-blanco-rojo que le daba un aire marcial. Cuando se puso por primera vez su atuendo de jefe de guerra, José II dijo, divertido: "¡Mi gran chambelán se va a desmayar cuando me vea así!".

El chambelán tenía otros motivos para molestarse por la simplificación del protocolo. Se suprimió la reverencia, así como el besamanos, una cortesía reservada en Europa a los soberanos masculinos, al Papa y a los dignatarios de la Iglesia. Las fiestas, las grandes recepciones y las galas que tanto le gustaban a María Teresa desaparecieron: se eliminó la frivolidad. Solo el baile de Año Nuevo escapó al rigor. Sin embargo, contrastando con la tristeza de la corte, privada de diversiones, la vida vienesa era animada y brillante. La ciudad vivió un período floreciente de su historia musical. Gluck, hijo de un simple guarda de caza, convertido en un compositor rico, celebrado y consagrado en París, adonde lo había convocado su ex alumna María Antonieta, regresó a Viena en el último año del reinado de María Teresa. Admirador de la ópera italiana, preparó al público germánico para la ópera alemana. Haydn, hijo de un fabricante de carros y ex corista de la Catedral de San Esteban, había pasado treinta años al servicio de tres príncipes húngaros Esterházy en Eisenstadt, pero permanecía en contacto con Viena: sus sinfonías y su música de cámara lo habían hecho famoso hasta en Londres. Por último, Mozart, liberado de su condición de sirviente tras el violento despido del arzobispo de Salzburgo, Colloredo, llegó a Viena en el primer año del reinado de José II. El emperador no podía olvidar que veinte años atrás, el pequeño Wolfgang había patinado por los lustrosos pisos de madera de Schönbrunn, había besado a la archiduquesa Antonia, futura reina de Francia, prometiéndole que se casaría con ella, y dejó estupefacta a una corte primero incrédula y desconfiada, y luego fascinada con sus prodigiosas interpretaciones en el clave. Como un honor excepcional, María Teresa había recibido a Mozart, su padre y su hermana en el Salón de los Espejos, el lugar en el que juraban los ministros. Cuando, al comienzo del reinado de José II, Mozart se instaló en la capital donde compondría las obras maestras de su madurez y padecería angustiantes problemas financieros (¡cambió dieciocho veces de domicilio en diez años!), Viena ya tenía fama de no ser indulgente con aquellos a quienes aplaudía. Al volverse adulto, Mozart maravillaba menos al público de los salones. Un celoso le advirtió: "Al cabo de un tiempo, los vieneses reclaman algo más nuevo".

José II abrió la monarquía danubiana a la Ilustración

Mozart tenía “demasiado genio para agradar”, dirían sus enemigos, que eran muchos, ¡porque también tenía el don de irritar! Y de provocar con su evidente facilidad a las personas que debían esforzarse. Como todos los Habsburgo, José II era aficionado a la música. ¿Tenía talento? No especialmente, pero tocaba el piano y el violonchelo. Incluso componía, según se dijo. Y cuando practicaba flauta, no quería ser molestado, porque “ninguna cuestión de Estado, por urgente que sea, merece que se sacrifique una hora de música por día”. Se veía al emperador en los conciertos, en la ópera y en el Burgtheater que su madre había fundado en 1741, sobre la plaza San Miguel, frente al Hofburg. Después del espectáculo, solía regresar de inmediato. ¿Por qué este soberano que, por cierto, había compartido –aunque no del todo– el poder con su madre, era tan seco, rígido y frío? Porque su carácter se había alimentado con la lectura de los filósofos franceses: creía que al reformar el Estado, reformaría la sociedad. José II abrió la monarquía danubiana a la Ilustración, pero su madre había iniciado ese movimiento. María Teresa se rodeó de hombres imbuidos de ideas de justicia y de saber, como el jurista Joseph von Sonnenfels, que preconizaba la abolición de la tortura, o su médico personal, el obstinado Gerard van Swieten, renovador de la universidad y de su enseñanza médica, aunque no pudo evitar que la emperatriz se volviera obesa. Pero, como era muy católica, la emperatriz no impugnaba ciertos dogmas y principios. Su hijo era profundamente anticlerical y admirador de las monarquías absolutas cuando estas liberaban al clero de la autoridad romana. Uno de sus mentores era un tal Febronius, seudónimo latinizante que ocultaba a monseñor de Hontheim, coadjutor del arzobispo de Tréveris. El sistema religioso propiciado por José II se llamó, naturalmente, “josefismo”. Pretendía efectuar un retorno a las costumbres de los primeros siglos poniendo el clero al servicio del Estado. Pero así como detestaba perder el tiempo comiendo, José II quería apresurar sus reformas. Cambió las tradiciones y las costumbres. La Iglesia estaba vigilada y controlada. Confiscó a muchos monasterios y conventos, y en su lugar, aumentó la cantidad de curas de campaña y escuelas primarias. En 1781, firmó el Edicto de Tolerancia que, aplicado sucesivamente a los diferentes Estados hereditarios, otorgó la libertad de culto a los no católicos: luteranos, calvinistas y ortodoxos. En cinco años, la cantidad de protestantes pasó de 75.000 a 157.000. En todas las aldeas, se colgaron carteles alegóricos: en ellos se veía al emperador, junto a Cristo crucificado, explicando qué debía ser el cristianismo. La religión católica, cimiento de la monarquía, era cuestionada y se suprimieron muchas fiestas y procesiones. Se impuso la enseñanza laica y se eliminó la censura eclesiástica. El emperador, mapa en mano, modificó las circunscripciones de las diócesis y de las parroquias. Su

intervencionismo espiritual le valió un apodo irónico de parte de Federico II: llamaba a Su Majestad imperial "hermano sacristán".

José II tomó otra medida espectacular al abolir la servidumbre "en nombre de la razón y de la humanidad". Por normal que pueda parecernos hoy, en aquel momento, esa decisión tuvo tambien motivaciones económicas. Al autorizar a los campesinos a hacerse propietarios de sus tierras y moverse libremente por los territorios del Imperio, especialmente para casarse, esperaba favorecer el enriquecimiento del campesinado, que constituía la aplastante mayoría de la población.

José II estableció un impuesto idéntico (30%) sobre los ingresos de todos sus súbditos, para aumentar los recursos del Estado, que debía ser generoso. La medida no fue bien comprendida. Al mismo tiempo, suprimió la corvea, ese trabajo obligatorio y no remunerado de los campesinos, y aplicó el impuesto territorial a la nobleza y al clero. Se alentó el comercio de granos y la industria mediante la supresión de las barreras aduaneras en el interior del Imperio: esta medida fue, económicamente, la más importante, porque la circulación de las personas y las mercancías estaba paralizada por múltiples y onerosos controles. Se mejoraron los caminos: la familia Mozart había sido escuchada al relatar sus accidentes en los terrenos pantanosos y sus retrasos cuando debían esperar caballos frescos. El servicio postal, que era muy bueno y, por monopolio del Imperio, le pertenecía a la Casa de Thurn y Taxis, mejoró aún más, sobre todo en el triángulo Viena-Praga-Buda, centro neurálgico del heterogéneo conjunto Habsburgo-Lorena.

En 1782, el Papa visitó a José II para tratar de poner fin a la actitud del emperador hacia la Iglesia, que consideraba ofensiva e incoherente. Pío VI, un español elegido en la época de María Teresa, estaba muy preocupado por las ideas avanzadas de su hijo. La llegada de un papa a un país de lengua germánica fue un gran acontecimiento: era la primera vez que ocurría en tres siglos y medio. El emperador recibió a Pío VI a unos cien kilómetros de Viena y le ofreció personalmente la hospitalidad del Hofburg. Esa visita fue extraña, porque la multitud se desesperaba por recibir la bendición papal: una demostración del apego de los austríacos a los valores de la Iglesia romana. Pero el Papa había ido a visitar a un monarca que le prohibía al clero ir a estudiar al Collegium Germanicum de Roma, enviarle limosnas al Santo Padre y leer las bulas de la Santa Sede sin autorización del Estado. En su regreso a Roma, Pío VI se detuvo en Estiria y en Mariazell, donde desde 1157 el culto a la Virgen había llevado las peregrinaciones al primer lugar de la devoción popular. Durante el reinado de María Teresa, en 1757, el santuario había atraído a 400.000 peregrinos. El emperador se despidió de su huésped regalándole un crucifijo adornado con diamantes y una carroza para los viajes de Su Santidad. Pero poco tiempo después, el convento que había visitado el Papa fue clausurado por orden imperial. ¿Contradicción? ¿Incoherencia? ¿Hipocresía?

El emperador quería tener el apoyo de los católicos, pero sus

reorganizaciones y sus brusquedades los desconcertaban. Tampoco les gustaba que el Estado interviniera en todo. La visita de Pío VI no modificó el audaz programa de José II. El Vaticano, como los súbditos del Imperio, recibiría muchas otras sorpresas. ¡Su Majestad empezó a vender títulos de nobleza! El Estado necesitaba dinero, pero el soberano tenía una mala opinión de los grandes nombres que lo rodeaban y servían a su familia desde hacía siglos. Como si fuera una especie de remate, José II distribuyó títulos, tarifados de acuerdo con su importancia: de barón, el mínimo, por 6000 florines, y el máximo, hasta 500.000 florines para ser llamado príncipe. ¡Había para todos los orgullos y todos los bolsillos! Entonces, las bellas residencias vienesas temblaron de indignación. ¿Cómo? ¿Cualquier comerciante enriquecido podía ponerse a la altura de una familia que había defendido al Imperio contra los turcos? Es fácil imaginar el desprecio de la antigua aristocracia por aquella "nueva nobleza". Además, se terminaron los privilegios y se denunciaban las malas costumbres de las antiguas y fieles familias vinculadas con la corona: entre otras cosas, si el portador de un nombre prestigioso embarazaba a una joven pobre, debía pagar la educación del hijo. ¡Una revolución!

El hermano de María Antonieta tenía la idea fija de las reformas

José II estaba muy preocupado por la salud pública, y la muerte de Luis XV, causada por la viruela, lo inquietó mucho. Siguiendo en esto el ejemplo de su madre, el emperador fundó un hospital militar en el cual los médicos que habían adquirido experiencia en el campo de batalla podían enseñar, curar y operar pacientes. El edificio, llamado Joséphinum, fue construido en el noroeste de Viena, sobre el modelo del Hôtel-Dieu de París, que el hermano de María Antonieta había visitado. Ese edificio, en el estilo del barroco tardío, tenía una imponente biblioteca. Pero la curiosidad de esta Escuela de Medicina era su colección de figuras de cera, promovida por José II. Como recordaba que, en el siglo anterior, Pedro el Grande había contribuido a la educación del pueblo ruso mostrándole especímenes humanos conservados en alcohol, el emperador decidió ayudar a los médicos. En su viaje a Italia en 1769, visitó el museo anatómico de Bolonia, y luego, en Florencia, admiró las reproducciones de cuerpos en cera. Hizo ir a Viena al autor de las esculturas, Paolo Mascagni, y le encargó un millar de estatuillas. La publicación de once tomos de láminas de la *Encyclopédie* en Francia pudo haber influido en José II por su inmenso valor pedagógico. Esa obra de Mascagni recibió el nombre de *Anatomia Plastica* y pronto se hizo famosa. A la entrada del museo, detrás del cuerpo de cera de un hombre desnudo tendido, con el sistema venoso y arterial a la vista, un busto de José II, a la antigua, honraría la memoria del fundador. Por otra parte, el

barrio tomaría su nombre: Josefstadt.

El monarca, habitado por la idea fija de las reformas, siguió poniendo en marcha su concepción de una sociedad evolucionada. En 1783, convirtió el matrimonio sacramental en unión civil, autorizó el casamiento entre católicos y no católicos, y reconoció el divorcio. En los seminarios, se empezó a enseñar de acuerdo con nuevas instrucciones.

Un año más tarde, se impuso el idioma alemán como única lengua oficial. Surgieron las primeras reacciones hostiles contra esa ola de transformaciones profundas. Conducida por un campesino, la población de Transilvania se rebeló para defender su identidad lingüística húngara. Y, después de haberse negado siempre a ser coronado en Bohemia y en Hungría, el emperador cometió un grave error político al trasladar de Presburgo a Viena la corona de san Esteban, símbolo del nacionalismo magiar. Con esta decisión, que resultó funesta, el soberano puso fin al estatus privilegiado de Hungría, que había salvado a María Teresa del desastre. En 1785, se autorizaron las instituciones masónicas, mientras que la emperatriz había proscrito las logias: su hijo, interesado en sus ideas humanistas, hacía vigilar a los iniciados, fundamentalmente por las preocupantes noticias que recibía de Francia. Los judíos fueron autorizados a estudiar en la universidad y practicar la medicina legalmente. Algunos meses más tarde, se publicó un verdadero código civil, cuya redacción había sido ordenada por María Teresa. Algunas medidas fueron bien recibidas, pero otras, mal explicadas o ridículas, no fueron aceptadas o comprendidas. Paralelamente a sus grandes –y generosas– ideas, José II se volvió maniático, con una preocupación por los detalles que a veces estropeaba sus mejores intenciones. No se dio cuenta de que las reformas permanentes desorientaban a los administrados. Peor aún: los desalentaban. Que el soberano se rebajara a prohibir el uso del corsé en las niñas, por considerarlo dañino para su desarrollo, o la confección de pan de jengibre, que supuestamente causaba problemas digestivos, era lamentable. En Rusia también se llegó al máximo del grotesco cuando el marido de la futura Catalina la Grande quiso reglamentar... ¡la velocidad del viento! Incluso quisieron censurar en Viena a Mozart en *Las bodas de Fígaro* porque criticaba a la aristocracia, y por lo tanto a la monarquía.

En 1787, los opositores al huracán de reformas se unieron. Las incomprensiones internas se insertaban en una política exterior mal inspirada, que reveló la progresiva pérdida de influencia del canciller Kaunitz. Este fiel servidor del Estado austríaco había dado un paso en falso al sugerirle a José II que se volviera a casar con una parienta de Luis XVI. Cuando la conoció, el emperador quedó impresionado por su increíble gordura. ¡Y huyó! No podía casarse con esa mujer a la que llamaban en Versalles “Gros-Madame”... El 7 de diciembre de 1787, José II, que terminó por admitir que Mozart tenía genio, aunque “había demasiadas notas en su música”, firmó finalmente el decreto que nombraba a Amadeus músico de

la Cámara Imperial y Real, es decir, compositor oficial de la corte, como sucesor de Gluck, que había fallecido. Pero los honorarios que el avaro emperador le pagaba al pobre Mozart eran inferiores a los que percibía Gluck. José II pagaba el genio al precio del talento; era más barato…

Pese a su buena voluntad, el emperador fracasó casi siempre

Cuando José II se alió a Rusia en una guerra contra los turcos en 1788, Hungría se negó a proveerle un contingente militar. Los austríacos fueron derrotados porque habían olvidado el calor y las fiebres: los turcos invadieron Transilvania. Otra guerra inútil, que agotó el Tesoro imperial. José II debió haber recordado que él mismo le reprochaba a su madre sus guerras perpetuas y onerosas. Estiria, Carniola y Hungría estaban agitadas por disturbios. La idea de intercambiar los Países Bajos austríacos por la vecina Baviera tampoco fue muy feliz. Era una medida muy impopular, sobre todo porque las reformas políticas y religiosas, que habían introducido cambios radicales, no fueron aceptadas por Bruselas. Los Estados de Brabante encabezaron la rebelión –por ese motivo se llamó “revolución brabanzona”– y derrotaron a los austríacos. Cada provincia proclamó su independencia y se anunció la formación de una confederación de “Estados Belgas Unidos”. El viejo sueño nórdico de los Habsburgo se iba desvaneciendo. Además, aunque José II era favorable a los ideales de la Revolución francesa, le preocupaban las amenazas contra la familia real, y por lo tanto, contra su hermana María Antonieta. Sin embargo, seguía exhortando a la reina a ser irreprochable, seria, generosa… Él aprobaba la abolición de los privilegios. Había sido un pionero en ese sentido: Austria mostraba el camino. Para ese espíritu impregnado de racionalismo, era deseable que el poder del rey de Francia emanara de la nación, y no de Dios. Durante diez años, había tomado medidas bastante revolucionarias, corriendo el riesgo de ser incomprendido en su país por aplicar principios que llegaban de otra parte. Pero vio que el peligro aumentaba con la agitación francesa, los primeros muertos alrededor de la Bastilla y el regreso forzado de la familia real a París, durante las jornadas de octubre.

En sus tres últimos años de vida, José II sufrió muchos fracasos, decepciones y renunciamientos. ¡Qué tristeza ver que, finalmente, los pueblos desconfiaban de los reformadores, sobre todo cuando querían cambiar demasiadas cosas! Al principio, las promesas resultaron atractivas. Luego, la avalancha de novedades y la falta de adaptación a los particularismos fueron catastróficas. Decepcionado, el emperador recordó sus buenas intenciones. Solo había querido ser “el emperador de los pobres”. Fue el emperador de los descontentos. Le faltaron la sutileza y los

matices, cualidades de su madre, y el orden establecido se vengó. Ser obligado a devolverles a los húngaros la corona de san Esteban fue quizás el mayor castigo por sus errores. Por último, también le falló su robusta salud. Debilitado por una tos que trataba de curar bebiendo leche de burra, una irritación de los ojos y los mismos abscesos, en lugares molestos, que habían torturado a Carlos V y a Francisco I, José II debió guardar cama a principios de febrero de1790. Sus dolores eran múltiples. Murió al amanecer del 20 de febrero, tras haber iniciado negociaciones de paz con los turcos.

Nunca había llegado tan lejos en las reformas un soberano de la dinastía. Nunca había fracasado tanto un emperador en su programa, aunque algunas de sus iniciativas habían sido muy buenas. Pero nunca fue un soberano tan severo consigo mismo. Exigió que se grabara sobre su tumba una frase despiadada, que él mismo redactó y que ninguno de sus detractores habría imaginado: "Aquí yace José II, que fue desafortunado en todas sus empresas".

Este juicio sobre sí mismo era terrible y parcialmente falso. En el corto plazo, el difunto emperador había tenido éxito al menos en dos terrenos fundamentales: consolidó las finanzas y un ejército que, aunque no estaba previsto, pronto desempeñaría un papel fundamental contra la Francia revolucionaria. En el largo plazo, instauró innovaciones que serían los pilares del poder de los Habsburgo, basadas en una doctrina llamada josefismo. Esta doctrina, anticlerical, instituyó el matrimonio civil en 1783: de este modo, el concepto de Iglesia nacional fortaleció la religión y permitió la organización de un Estado burocrático y centralizado. Pero en aquel 20 de febrero de 1790, la situación de Austria y del Imperio era particularmente delicada. El sucesor de José II fue su hermano Leopoldo II, el segundo hijo de María Teresa, nacido en 1747. Gran duque de Toscana desde 1765, este archiduque de Austria también era un adepto al despotismo ilustrado, un liberal que había leído a Montesquieu, comprendía que el pueblo votara sus impuestos y que el gobierno debía rendir cuentas. Tal vez por ser más joven que su hermano, Leopoldo II ya propiciaba una monarquía constitucional. Pero después de Florencia, donde había reinado con una mesurada tolerancia y un espíritu de apertura que lo hicieron popular, era escéptico en cuanto a los efectos de la furia reformadora de su hermano, torpe, demasiado rápida, demasiado sistemática, demasiado dogmática. Por eso, no le había sorprendido el descontento casi general.

Leopoldo II debió enfrentar una difícil situación, hipotecada por dificultades internas y externas. En el norte, estaba amenazado por Prusia, aunque esta había cambiado tras la desaparición de Federico II, porque su sobrino, Federico Guillermo II, cuyos gustos no se parecían a los de su tío, mantenía amantes en la corte de Potsdam. Gracias a su espíritu conciliador, Leopoldo II suavizó las fricciones. Y los dos adversarios eran conscientes de que debían superar su rivalidad frente a los problemas con Francia: era urgente llegar a un acuerdo. El 27 de julio de 1790, por la Convención de

Reichenbach, se eliminó la amenaza prusiana. Al este de Viena, en Hungría, Leopoldo II aprovechó la inquietud provocada por la reforma agraria en Francia para calmar a los propietarios rurales con la promesa de respetar las leyes y las costumbres húngaras. El emperador, rey de Hungría y de Bohemia, se comprometió también a hacerles concesiones a los protestantes. Por último, en agosto de1791, Leopoldo II firmó la Paz de Sistova, que puso fin a la guerra contra los turcos y solo rectificó algunas fronteras de Austria. En un año y medio, el sucesor de José II fue capaz de reparar los principales errores de su hermano y sobre todo, de evitar la dispersión de sus fuerzas militares, mientras en Francia se agravó la situación tras la lamentable huida a Varennes que puso a la opinión publica en contra de la familia real. El emperador recibió mensajes en los que su hermana le suplicaba que interviniera para ayudar al pobre Luis XVI. Al principio, la actitud de Leopoldo II frente a la Revolución fue igual a la de su hermano, pues simpatizaba con sus ideas, pero pronto se volvió reservada frente a los acontecimientos.

Leopoldo II se negó a intervenir en favor de su hermana María Antonieta

Hombre de una gran finura y muy hábil diplomático, el monarca austríaco observaba, convencido desde había mucho tiempo de que la monarquía absoluta ya no podría ser nuevamente aceptada en Francia. María Antonieta insistió con sus pedidos de ayuda y recibió una respuesta implacable y fría: un modelo de dominio y de distancia en esos tiempos turbulentos: “Tenemos una hermana, la reina de Francia. Pero el Sacro Imperio no tiene una hermana, y Austria tampoco. Solo puedo actuar para proteger los intereses de mis pueblos, no de mi familia”.

Su origen familiar no era un motivo para que “la austríaca” debiera ser socorrida. Se imponía la prudencia. Sin embargo, dos meses después de la huida a Varennes, Leopoldo II empezó a temer por la seguridad de su hermana. Junto con el rey de Prusia, el emperador firmó la declaración de Pillnitz el 27 de agosto de 1791. Ese texto, firmado en un castillo de Sajonia, a unos quince kilómetros de Dresde sobre la orilla derecha del Elba, incitaba a los soberanos de Europa, de ser necesario por la fuerza, a apoyar a la monarquía francesa. Esto tuvo dos consecuencias: por un lado, los emigrados, que ya eran muchos en Coblenza, en Worms con tropas de Condé y en Viena, se sintieron fortalecidos. Les prometieron un ejército, pero ignoraban que una cláusula restrictiva anulaba esa promesa. Por otro lado, la opinión pública francesa se alzó contra esos príncipes “alemanes” que pretendían dictarles su conducta en la Revolución y recibían a “traidores a la patria”. En el Club de los Jacobinos lanzaron una consigna: “¡Muera Leopoldo!”, con la idea de que una guerra contra Austria sería la

mejor manera de despertar la energía popular y darle un nuevo impulso al avance revolucionario. En las Tullerías, María Antonieta también ansiaba la entrada de Francia en la guerra, pues consideraba que, en caso de éxito, se reafirmaría la autoridad del rey, y si perdían, el avance de los austríacos restablecería una monarquía consolidada. El 9 de noviembre, un decreto de la Asamblea Legislativa declaró sospechoso de conjura a todo emigrante que no hubiera regresado hasta el 1° de enero de 1792, pero Luis XVI vetó la resolución. El 14 de diciembre, un ultimátum lanzado a uno de los príncipes renanos, el elector de Tréveris, le exigió la dispersión de los emigrados franceses sobre su territorio. Hubo indignación contra un supuesto "comité austríaco" en las Tullerías.

Nunca se sabrá exactamente cuál hubiera sido la actitud de Leopoldo II en 1792, porque a fines de febrero, después de firmar un tratado con Prusia, el emperador enfermó en forma repentina. Después de dos días de cólicos estomacales, Leopoldo II murió, en medio de atroces dolores, probablemente de una peritonitis. María Antonieta, desesperada, estaba convencida, sin ninguna prueba, de que su hermano había sido envenenado. ¿Le habría declarado realmente la guerra a Francia cuando podía restablecer, aun con dificultades, la autoridad de los Habsburgo en sus tierras? ¿Habría intentado salvar a su hermana? Era poco probable, porque él privilegiaba una alianza defensiva con Prusia después de que Francia atacara a Alsacia, donde los príncipes alemanes, instalados en la orilla izquierda del Rin, seguían siendo vasallos del rey de Francia.

Un príncipe de veinticuatro años sucedió a su padre Leopoldo II: el archiduque Francisco. Leopoldo y su esposa María Luisa de España tuvieron, como María Teresa, dieciséis hijos, y Francisco era el mayor. Su tío José II había vigilado su educación: conocía sus defectos y lo instruyó con dureza, porque no quería que su sobrino lo defraudara. Francisco había sufrido una terrible desgracia: casado muy joven, su esposa había muerto al dar a luz, poco antes del fallecimiento de su tío José II. En un mismo día, acompañó el féretro del emperador y luego el de su esposa, madre de una niña malformada que solo sobrevivió seis meses. Se volvió a casar siete meses más tarde con una de sus sobrinas, hija de su hermana Carolina, reina de Nápoles. Una vez más, se debió apelar a una dispensa papal, que se consiguió.

Sobre los hombros de este hombre de rostro alargado, ojos claros y el labio inferior protuberante se apoyaría la dignidad imperial. Inexperto, melancólico, siempre sereno, jamás sonreía: no tuvo muchas oportunidades para hacerlo... Bajo el nombre de Francisco II, fue él quien recibió la declaración de guerra de Francia. Esta declaración era muy precisa: se dirigía al "rey de Bohemia y de Hungría", por dos razones. La primera era que el nuevo emperador recién sería coronado tres meses después del fallecimiento de su predecesor, es decir, el 1° de junio. La

segunda era que al atacar, de hecho, solo a Austria, la Legislativa evitaba el enfrentamiento con el Imperio, porque sus tribunos sabían que, desorganizadas por la partida de oficiales emigrados, las tropas francesas carecían de cohesión y de disciplina. Es necesario recordar que en el interminable contencioso franco-austríaco, el agresor del 20 de abril de 1792 fue la Francia revolucionaria y no la Casa de Habsburgo-Lorena, como se quiso hacer creer. En cambio, desde los primeros fracasos de los ejércitos franceses en los territorios de las actuales Bélgica y Holanda, las sospechas sobre un "comité austríaco" en las Tullerías eran fundadas. Pero se ignoraba entonces que la propia reina, inconsciente, le había comunicado al embajador de su sobrino los planes de ataque de los franceses. "La austríaca"... Sin embargo, lo que nadie podía prever era que Francia se lanzaría a un conflicto que duraría veintitrés años, y conmocionaría profundamente a Europa y a todos los intervinientes, dejando huellas perdurables. Las guerras y las coaliciones extranjeras recién terminarían el 18 de junio de 1815. En Waterloo.

El manifiesto austro-prusiano de Brunswick amenazó a París

El 25 de julio de 1792, bajo la presión de María Antonieta, un emigrado refugiado en Coblenza redactó un texto firmado por el duque de Brunswick, general en jefe de los ejércitos prusianos y austríacos aliados contra Francia. Ese manifiesto amenazaba al pueblo parisino. Advertía que "si se le hacía el menor ultraje a la familia real y si no se proveía inmediatamente a su seguridad, Sus Majestades Imperiales y Reales someterían a París a una ejecución militar y a una subversión total". Esa proclama, conocida en París el 1° de agosto, tuvo el resultado inverso al buscado. En vez de aterrorizar a los revolucionarios patriotas, el manifiesto de Brunswick exasperó a la población y mostró que el país estaba en peligro desde hacía tres semanas. El 10 de agosto, los parisinos avanzaron sobre las Tullerías: el palacio fue defendido por alrededor de mil suizos. A mediodía, Luis XVI les ordenó deponer las armas. Fue su última orden en calidad de rey de los franceses. Los suizos fueron masacrados en sus uniformes rojos, la monarquía cayó. El 13, la familia real fue trasladada a la prisión del Temple. El 19, el ejército de Brunswick entró en Lorena: dando crédito a los informes de algunos de los emigrados que lo acompañaban, el general en jefe estaba persuadido de que los loreneses, que seguían siendo monárquicos, lo recibirían como a un libertador. Le sorprendió su resistencia, pero tomó Longwy y luego Verdún. París temía una invasión a Champagne por los desfiladeros de Argonne. Siguió el horror de las llamadas Masacres de Septiembre, en las prisiones parisinas, durante cuatro días. El emperador Francisco II, paciente, esperaba buenas noticias a

pesar de la disentería que debilitó a su ejército y las lluvias torrenciales que convirtieron los caminos en lodazales, pero quedó pasmado al enterarse de que entre las 1500 víctimas de las masacres parisinas, también había prostitutas, locas y hasta niños del orfelinato. ¿Por qué? ¿Qué clase de revolución era esta que se bañaba en semejante mar de sangre?

El 20 de septiembre, en la colina de Valmy, coronada por un molino de viento, los generales Dumouriez y Kellermann enfrentaron a Brunswick. Este no quería tomar la iniciativa del combate, pero el rey de Prusia Federico Guillermo II tenía prisa por terminar con ese asunto para ocuparse de una nueva partición de Polonia entre Prusia y Rusia. Tras un intento de negociación –sospechosa– con Dumouriez (que había empujado a Luis XVI a declararle la guerra a Austria), Brunswick estaba listo para el ataque. Aunque la artillería francesa estaba equipada con viejos cañones Gribeauval, resistió y dominó a la infantería prusiana, que tenía fama de invencible desde Federico II. Brunswick se batió en retirada, seguramente como consecuencia de sus negociaciones secretas con Dumouriez. Valmy fue una sorprendente victoria militar, pero sobre todo una victoria moral que impidió el regreso del Antiguo Régimen. Goethe, que siguió a las tropas invasoras, resumió su impresión con una fórmula que se haría famosa: "En este lugar y en este día comienza una nueva época de la historia del mundo".

En Viena, el joven emperador recibió una avalancha de malas noticias. En medio de la euforia de Valmy, la Convención abolió la monarquía y proclamó la república. ¿Qué destino les esperaba al rey y a la reina prisioneros en el Temple? Dumouriez entró como vencedor en Bruselas el 14 de noviembre. Francia pasó de libertadora de los príncipes opresores a conquistadora en nombre de la libertad. El 20 de noviembre, el descubrimiento, en las Tullerías, de un "armario de hierro" (en realidad, un placard cerrado con una puerta de hierro) en el que Luis XVI había guardado documentos secretos, reveló las connivencias del rey con potencias extranjeras, entre ellas, Austria. Fue inevitable hacerle un juicio a "Luis Capeto". La ejecución de Luis XVI provocó un enorme impacto en Europa, que se alió contra la República regicida. Se formó una coalición para impedir la exportación de la Revolución, y Francisco II cerró su país a las ideas peligrosas. Debió luchar contra un resurgimiento del josefismo, en particular en Hungría, donde la propaganda jacobina era escuchada. El emperador se volvió desconfiado, suspicaz: aumentó la cantidad de policías y leía en sus menores detalles todo lo que le enviaban sus informantes.

La invasión a Bélgica y las exacciones francesas en Bruselas volvieron a la opinión pública en contra de la Convención. El 5 de abril de 1793, Dumouriez pasó al servicio de Austria. Francisco II descubrió un complot jacobino en Viena y les tomó una total aversión a las ideas revolucionarias. La capital austríaca estaba llena de agentes realistas, pero también de personajes de funciones inciertas. Se reforzó la censura. Cuando el

emperador se enteró de la ejecución de su tía María Antonieta, se horrorizó. En forma progresiva, la Casa de Austria se encontró aislada en su lucha contra Francia, que por otra parte estaba sumida en el Terror y sufría la rebelión vandeana, la hambruna y la inflación. La victoria del general Jourdan en Fleurus del 26 de junio de 1794 le permitió a Francia volver a ocupar Bélgica. La guerra parecía interminable y Prusia se cansó. Federico Guillermo II consideró mucho más útil organizar una nueva partición de Polonia, la tercera. Austria recibió Cracovia, Lublin y Galitzia occidental. Por el Tratado de Basilea del 5 de abril de 1795, Prusia se retiró de la coalición y le dejó la margen izquierda del Rin a Francia. Holanda y España firmaron tratados ventajosos para la República. La dislocación de los coaligados fortaleció la posición francesa. Austria, cuyos dos ejércitos vigilaban la orilla derecha del Rin, se encontró sola frente a la Revolución. Francisco II intensificó su vínculo con Inglaterra.

En la primavera de 1796, se elaboró un vasto plan de acción para vencer a los austríacos y los ingleses en sus territorios. Los franceses marcharían sobre Viena por los valles del Meno y del Danubio, mientras que el ejército de Italia, a través de la llanura del Po, expulsaría a los austríacos de Milán. En el mar, una escuadra francesa se uniría a Irlanda y sus insurgentes para luchar contra los ingleses. El avance de los franceses forzó a los pequeños príncipes alemanes, como los de Baden, Wurtemberg y Sajonia, a salir de la coalición: esto le quitó al Imperio una parte de su sustancia. Francisco II replicó. Contra los franceses, envió a su mejor estratega: su hermano menor, el archiduque Carlos. Nacido en Florencia, como Francisco II, Carlos de Habsburgo fue nombrado, a los veinticinco años, mariscal de campo. Su misión era proteger a Austria y Viena deteniendo a los invasores que habían asesinado a su tía.

Con sus victorias de Italia, Bonaparte le dictó su ley al emperador

El 19 de septiembre, en Altenkirchen, cerca de Coblenza, Carlos rechazó a los generales Jourdan y Marceau, herido de muerte. Los franceses debieron volver a cruzar el Rin. Austria respiró. En el mar de Irlanda, Hoche no fue vencido por los ingleses sino por una tormenta invernal: se vio obligado a volver a Francia sin haber combatido. Londres sintió alivio. En cambio, la fulgurante campaña de Italia le reveló al mundo el genio militar de su general en jefe. En treinta y tres días, el pequeño artillero de tez amarillenta, rostro demacrado y acento áspero subyugó a sus tropas mal alimentadas, mal vestidas y mal calzadas. Volando de victoria en victoria, Bonaparte entró en Milán el 15 de mayo de 1796 y les prometió la independencia a los pueblos de Italia. Le dictó su ley a Austria. Había nacido un conquistador. Stendhal inmortalizaría ese triunfo y esa entrada

en la historia en el comienzo de *La cartuja de Parma*, describiendo cómo el mundo había descubierto "que después de tantos siglos, César y Alejandro tenían un sucesor".

Después de que el rey de Cerdeña, aliado del emperador, pidió un armisticio para proteger a Turín, su capital, el general corso solo tenía como adversarios a los ejércitos de los Habsburgo. En Castiglione, el 5 de agosto, la guarnición austríaca, derrotada, saludó a su vencedor. En las orillas del lago de Garda, Josefina de Beauharnais, con quien Bonaparte se había casado dos días antes de su partida hacia Italia, estuvo en peligro: su berlina y su escolta quedaron bajo el fuego de cañoneras austríacas, aunque ella logró refugiarse. Su marido asombró a Francia, a los Habsburgo y a Europa al obtener, el 17 de noviembre, una nueva victoria, que pronto se hizo legendaria, en el puente de Arcole, con solamente 15.000 hombres contra 400.000 austríacos, después de tres días de combate en los pantanos. En Rivoli, el 14 de enero de 1797, las divisiones francesas aplastaron a los cuerpos de ejército austríacos. A Mantua solo le restaba capitular y a Viena, solicitar un armisticio. Valientemente, los vieneses no se entregaron al derrotismo: por el contrario, apoyaron a su monarca. Y nada mejor que la música para despertar el patriotismo. Desde 1792, en Francia, el *Canto de guerra para el ejército del Rin* lo demostró al convertirse en *La Marsellesa.* Como una respuesta al canto nacional francés, Joseph Haydn compuso un himno a la gloria de su soberano, *Dios salve al emperador Francisco*, el famoso *Gott erhalte Franz den káiser.* El texto de Lorenz Leopold Haschka es una verdadera versión monárquica de *La Marsellesa*. Se estrenó en el Burgtheater el 12 de febrero, para el 29° cumpleaños del emperador y en su presencia. Ese mismo día, se tocó en todos los teatros de las grandes ciudades de la monarquía.

Bonaparte tenía otro objetivo además de Italia, aunque su correlación era evidente: poner al emperador de rodillas. Y no quería dejarles ese honor a sus generales, que se dirigían a Viena. A mediados de abril, Bonaparte estaba a solo un centenar de kilómetros de la capital austríaca. ¡Increíble! ¡Ese hombre era el diablo! Pero en el mismo momento, se firmaron en el castillo de Eggenwald los preliminares de paz de Leoben, en Estiria. Por primera vez, Bonaparte estaba frente a un Habsburgo, el archiduque Carlos, para discutir una paz entre Francia y Austria. Todo separaba a esos dos jefes, pero su talento de estrategas los hicieron disputar o acordar hasta 1809. Bonaparte era el vencedor y obligó a la Casa de Austria a aceptar sus órdenes. Según un grabado alemán, el hermano del emperador y el general enviado por el Directorio se estrecharon las manos, mientras conservaban sus espadas al costado. Aquellos preliminares llegaron a tiempo para los franceses, porque, en esa región montañosa, los hombres que habían avalado la ejecución de María Antonieta eran muy mal vistos, estaban aislados y lejos de sus bases. Pero como Viena había tenido miedo, Bonaparte, sin esperar el aval del Directorio, estaba muy decidido a asumir

el papel de amo. Consiguió que Austria abandonara los Países Bajos, Venecia, la margen izquierda del Rin y Lombardía; en compensación, Francisco II recibió la parte oriental de Venecia, Istría y Dalmacia. Fue la única provincia austríaca que conservó el emperador en Italia, y era Bonaparte quien se la dejaba… por el momento. El Tratado de Campoformio del 18 de octubre de 1797 confirmó la tregua y reconoció la creación de la República Cisalpina en Milán. Al desempeñar el papel más importante contra el heredero de la Revolución, Austria perdió muchos territorios exteriores, pero logró proteger la integridad de sus fronteras interiores.

Los acuerdos de Campoformio eran delicados para aplicar, y se debió organizar un congreso en Rastatt, el lugar en el que se había puesto fin a la Guerra de Sucesión de España. Bonaparte representó allí a Francia. Como la Austria imperial y el Directorio de la República ya no estaban en guerra, Francia envió un embajador a Viena el 8 de febrero de 1798. Era el general Bernadotte: ¡todo lo contrario de un diplomático! No respetaba las normas: en particular, tenía la costumbre de ofrecer recepciones antes de haber presentado sus cartas credenciales y de colgar la bandera tricolor en el balcón de su embajada, algo que no se estilaba en aquella época. Ambas actitudes resultaban chocantes en Viena. Los franceses que acompañaban al ruidoso y llamativo embajador parecían insoportables. Cuando Bernadotte fue recibido por el emperador en el Hofburg, con tres semanas de retraso, la audiencia fue fría, mientras que el emisario del Directorio ardía de impaciencia por perseguir a los aristócratas franceses emigrados. Nueve semanas después de su llegada y tras un escándalo que se convirtió en un alboroto porque se negó a quitar la bandera del balcón, Bernadotte fue intimado a abandonar Viena, y así lo hizo, furioso, ofendido, humillado.

En busca de una vida ordenada y tranquila, Francisco II logró aislarse pese a la dureza de los tiempos y al extraordinario ascenso de Napoleón. Era hábil con las manos, le gustaba construir jaulas para los pájaros en su taller y ordenar su biblioteca. Organizaba bailes para darle el gusto a su segunda esposa, María Teresa de Nápoles, que adoraba divertirse y , sobre todo, disfrazarse. Cuando la situación se lo permitía, el emperador cambiaba su comportamiento serio por lo que quizá fuera su verdadera naturaleza: la de un marido atento y tierno y un padre de familia cariñoso al frente de un alegre clan compuesto por doce hijos en dieciséis años de matrimonio. Francisco II y su esposa eran muy unidos y la imagen de la pareja tranquilizaba a los vieneses, que temían ser invadidos. Por una indisposición, María Teresa de Nápoles debió guardar cama, y su marido no debía acercarse a ella. Apesadumbrado, le hizo llegar esta carta, en la que amenazaba forzar su puerta:

> Queridísima esposa,
> Le escribo un par de líneas para decirle cómo me alegró saber que se encuentra mejor… No he podido dormir porque estaba agitado e

inquieto, y ahora tengo un fuerte dolor de garganta. Estar separado así de usted es para mí la peor de las privaciones y tengo prisa por volver a verla. Trate de saber cuánto tiempo tardará supuestamente esta separación, y hágamelo saber cuanto antes, porque si esto continúa demasiado tiempo, iré a verla, digan lo que digan los médicos... Adiós, y tenga la seguridad de que soy, para siempre,

Su Francisco que la ama.

P.S.: haga todo lo posible para que pueda verla pronto.

El Imperio de Austria sucedió al Sacro Imperio Romano Germánico

En septiembre de 1798, aprovechando la derrota naval de Bonaparte en Abukir, Inglaterra lanzó la segunda coalición contra Francia. La integraban Rusia, el Imperio otomano (a causa de la expedición a Egipto), las Dos Sicilias, Suecia, algunos príncipes alemanes y Austria, bajo las órdenes del archiduque Carlos. En Alemania y en Italia, ese hermano del emperador tenía ventaja, en ausencia de Bonaparte. El 25 de marzo de 1799, Jourdan fue derrotado en el pueblo de Stockach, en el Tirol, donde había un fuerte sentimiento antifrancés. Aunque tuvieron algunos éxitos en Italia, el regreso de Bonaparte invirtió la situación. El 14 de junio de 1800, en Lombardía, la batalla de Marengo, perdida al mediodía y ganada al anochecer gracias a una poderosa carga de caballería, le dio a Francia una nueva ventaja en Italia. El 3 de diciembre, Moreau derrotó al archiduque Juan, que tenía solo dieciocho años, en Hohenlinden, y marchó contra Viena. ¡El francés estaba a solo veinticinco kilómetros! Para salvar a su capital, el emperador Francisco II solicitó un armisticio. Por el Tratado de Lunéville del 9 de febrero de 1801, Austria le confirmó a Francia la cesión de Bélgica, de la margen izquierda del Rin y de todas sus posesiones italianas, salvo Venecia. Finalmente reinó la paz en el continente, pero la autoridad de los Habsburgo estaba amenazada por la presencia de Francia en el Rin, en detrimento del Sacro Imperio. Varios pequeños Estados fueron absorbidos por Francia, que pudo intervenir entonces en el Imperio, como lo ambicionaba Bonaparte. El 25 de febrero de 1803, la Dieta de Ratisbona y Francisco II reorganizaron y simplificaron el Sacro Imperio, haciendo desaparecer algunos principados eclesiásticos y laicos, y ciudades libres. Prusia, Baviera y Wurtemberg dominaron la nueva estructura. El 24 de marzo, el emperador firmó a regañadientes el Receso de Ratisbona. La influencia de Austria quedó considerablemente reducida en el mundo germánico.

Francisco II entendió muy bien la maniobra del Primer Cónsul. Teniendo ya los plenos poderes, preparó la desaparición del Sacro Imperio, mientras empezaba a perfilarse en el invierno 1803-1804 la idea de un Imperio

francés, que sería la aplicación jurídica de las victorias militares. Era evidente que el antiguo Imperio de los Habsburgo estaba agotado. Como el establecimiento del régimen imperial francés se había adoptado el 3 de mayo en París y fue confirmado por un senadoconsulto el 18 de mayo, Francisco II anticipó los acontecimientos en Viena. Preocupado por salvaguardar y garantizar la herencia imperial en su familia y dada la importancia de sus Estados, el soberano Habsburgo reunió todas sus posesiones transmisibles bajo una nueva forma. El 11 de agosto de 1804, creó el Imperio de Austria y fue su primer soberano con el nombre de Francisco I. Ese acto, audaz e inteligente, evitó la desaparición de su familia con la dilución del antiguo Imperio que ya no era muy sacro, ya no dependía de Roma y dejaba surgir nuevas potencias germánicas. Pero lo más importante era que el Imperio de Austria convertía a Francisco I en un igual de Bonaparte. El nuevo soberano Habsburgo ya no fue elegido por príncipes: se sucedió a sí mismo cambiando de cifra y estaba prevista la devolución de su corona. La Casa de Austria, cuyo poder era reducido, quedó mejor identificada: ya no formaba parte del conjunto alemán y se diferenciaba, en particular, de Prusia. Tras nueve siglos de existencia y trescientos años bajo la tutela de los Habsburgo, el Sacro Imperio Romano Germánico vivía sus últimos meses. Un poeta, dramaturgo y viajero observó esa fantástica desaparición de una de las más originales organizaciones políticas jamás constituidas, también fascinante por su duración tan extensa. Fue Goethe, nacido en 1749 en Fráncfort, la ciudad que había reemplazado a Aix-la-Chapelle en 1562 para coronar a los emperadores. En 1764, Johann Wolfgang von Goethe, que tenía quince años y cuyo padre era un consejero imperial, asistió a las fastuosas ceremonias y a los festejos de la coronación de José II. Una apoteosis para los Habsburgo. Nunca más se vería ese ritual. Cuarenta años más tarde, Goethe se preguntó, por escrito: ¿Cómo se mantiene junto aún el querido Sacro Imperio Romano?"

Ya no se mantenía: su agonía fue acelerada por Bonaparte, que la vació de su razón de ser para ahogarla. Los Habsburgo salvaron su dinastía, pero Napoleón se coronaría a sí mismo. Carlomagno tenía un nuevo sucesor.

11
De Austerlitz a Waterloo, enemigos en familia (1804-1815)

La situación de los Habsburgo frente a Napoleón en el transcurso del año 1804 no tenía precedentes. Y era increíble. De un lado, un soberano cuya dinastía había ocupado una posición dominante en Europa durante siglos, se había replegado, por prudencia, a su núcleo fundador. Al reducir la extensión de su poder imperial, Francisco II del Sacro Imperio había dado origen a Francisco I de Austria, monarca de un solo Estado. Pero seguía siendo, en 1804, emperador electivo de Alemania. Del otro lado, un general brillante, enérgico, impaciente, cuyos éxitos militares eran deslumbrantes, que, como heredero de la Revolución, se propuso ser su liquidador. Aceptó que, para él, el ideal republicano, representado en ese momento por el Consulado, transformaba el régimen en monarquía hereditaria. ¡En Viena, estaban atónitos! ¿Cómo? Después de haber aplastado los complots realistas y ejecutar a sus jefes, en particular al hercúleo Cadoudal, después de raptar al joven duque de Enghien en Baden y hacer fusilar a ese joven príncipe inocente, nieto del príncipe de Condé, en las fosas de Vincennes, ¿se atrevería Napoleón a darle a Francia un régimen de inspiración monárquica y hereditaria? “Hay tormentas que sirven para afianzar las raíces de un gobierno”, declaró el Corso, y esta frase fue muy comentada en la corte de Austria. ¡Pero en el palacio de Saint-Cloud, los senadores habían proclamado a Napoleón emperador de los franceses “por la gracia de Dios y la Constitución de la República”! La Casa de Austria seguía incrédula. Tenía motivos: la forma imperial no figuraba en la tradición francesa. ¿Y cómo podían crear un Imperio manteniendo en las monedas las palabras “República Francesa”? Fouché, temible ministro de la Policía que, tras ser apartado en 1802, recuperó su puesto el 10 de julio de 1804, incluso se atrevió a invitar a Napoleón a “completar su obra haciéndola inmortal como su gloria”... ¡Inaudito!

En el fondo, era comprensible la incredulidad de los Habsburgo. En la forma también: todo eso causaba sorpresa y alarma. En efecto, al buscar el escudo de armas para ese nuevo Imperio, después de descartar el gallo de Galia, demasiado “ave de corral”, y el León en reposo, Napoleón eligió “el águila de alas desplegadas”, antigua insignia de las legiones romanas, pero que recordaba también al águila de oro de Carlomagno y de diversos miembros del Sacro Imperio. Y esa ave rapaz que se abalanza sobre su presa simbolizaba la rapidez con la cual el emperador tomaba sus decisiones, desplazaba a sus ejércitos y sorprendía a sus adversarios.

¡En Viena, estaban seguros de que Napoleón no solo quería destruir el Sacro Imperio, sino reemplazarlo por el Imperio francés! Luego, como consideraba que “es con medallas como se conduce a los hombres”,

Napoleón distribuyó en el Hôtel des Invalides, edificado por Luis XIV, las primeras insignias de la Legión de Honor. Y, de septiembre a octubre, emprendió con la emperatriz Josefina una gira triunfal por los departamentos de la margen izquierda del Rin, deteniéndose en particular en Colonia y en Aix-la-Chapelle. En la Capilla Palatina de su "ilustre predecesor Carlomagno", el nuevo César recibió el reconocimiento del flamante Imperio francés por parte del soberano Habsburgo. Francisco II ya se había resignado a ser solamente, si puede decirse así, el emperador hereditario de Austria, un estatus inmediatamente ratificado por las cortes europeas.

La última audacia de Napoleón fue hacerse reconocer por la Iglesia católica y fundar una dinastía. Quería borrar a los Borbones como Carlomagno había borrado a los merovingios. Y para afirmar su legitimidad, pensó hacerse coronar por el Papa. ¡No en Roma, como Carlomagno o un emperador Habsburgo, sino en París! El soberano austríaco recibió cartas que le hablaban de las turbulencias que provocaba la idea de llamar al Papa. Los republicanos, los anticlericales, los revolucionarios, ya indignados por la megalomanía de Bonaparte, hicieron conocer su desaprobación. Respuesta inesperada de un soldado que hasta ese momento no le había dado mucha importancia a la religión: "Todo lo que tienda a volver sagrado a quien gobierna, es un gran bien". Y este otro argumento, que demostraba que solo se trataba de política: "Debemos calcular la ventaja que obtendríamos, por el disgusto que eso les causaría a nuestros enemigos: ¿qué dirán los Borbones?".

¿Y los Habsburgo? ¡Permanecieron mudos! Pedirle a Pío VII, anciano y enfermo, que hiciera el viaje de Roma a París para coronar a un soldado que se había destacado durante los horrores de la Revolución iba mucho más allá de lo que podían imaginarse en Viena.

El 1° de diciembre, como Josefina le había dicho al Santo Padre que solo se habían casado por civil, Napoleón, dominando su irritación, mandó llamar a su tío, el cardenal Fesch, que esa misma noche, en una habitación de las Tullerías y sin testigos, bendijo la unión de los soberanos. Josefina había sido muy hábil. La coronación del 2 de diciembre y su carácter sacrílego indignaron a la Europa conservadora. En el exilio, los hermanos de Luis XVI, el conde de Provenza y el conde de Artois, protestaron contra esa "usurpación". El Santo Padre, cómplice de esa farsa, también fue criticado. "Los crímenes de un Alejandro Borgia son menos indignantes que la odiosa apostasía de su débil sucesor", tronó el católico Joseph de Maistre. En Viena, Francisco I de Habsburgo-Lorena, que fue informado de todos los detalles de la ceremonia, se preguntó si debía considerar realmente a Napoleón como su igual y un hermano de los monarcas europeos de derecho divino. Pensándolo bien, ese tratamiento era imposible. Además, el zar Alejandro I era muy hostil hacia quien llamaba irónicamente "Su Majestad Corsa". Seguro de sus victorias y confiando en sus dones de

estratega, el emperador de los franceses se permitía todo.

El 17 de marzo de 1805, al crear el reino de Italia, del que se proclamó, sin problemas, soberano, Napoleón cumplió un viejo sueño: ubicarse como atento heredero de los Césares. Y sin duda, en el conjunto que representaba al Sacro Imperio agonizante, el título de rey de los romanos, que permitía acceder a la dignidad imperial y que habían ostentado los Habsburgo, era el más importante. Fue para eso que el general Bonaparte había creado la República Cisalpina y sus repúblicas hermanas. En Italia, donde aclamaban sus triunfos, había encontrado la gloria. Pero al anexar la República Liguriana y el Ducado de Parma, Napoleón incomodó a Europa. En abril, Inglaterra, Rusia, Suecia, los Borbones de Nápoles y Austria formaron la tercera coalición para luchar contra el avance de la dominación francesa en Italia y en algunos Estados alemanes. Que Napoleón hubiera ceñido, en Milán, la corona de hierro y que transformara Lucca en principado, en beneficio de su hermana mayor Elisa, era una provocación más. ¿Bonaparte se creía el dueño de todo?

El camino a Viena estaba abierto. Los Habsburgo huyeron…

El general Mack, el mejor jefe austríaco junto con el archiduque Carlos, recibió la orden de invadir Baviera, que se había aliado a Francia poco tiempo atrás. El asunto se manejó sin declaración de guerra porque “el Usurpador” era un advenedizo que ignoraba los buenos modales. Mientras Napoleón llevaba a cabo negociaciones con los electores de Baden y Wurtemberg, siete cuerpos de ejército (“siete torrentes”, según el autor de la maniobra) atravesaron el Rin, avanzaron hacia el alto Danubio y, tras algunos combates afortunados, rodearon Ulm. Napoleón le encargó a Ney que tomara Elchingen, sobre la orilla izquierda del río, y el 14 de octubre, rechazó a los austríacos y tomó 3000 prisioneros. Mack, bloqueado en Ulm y cortado en la retaguardia, se vio forzado a capitular con sus 33.000 hombres el 20 de octubre. Durante cinco horas seguidas, Napoleón asistió al desfile de los vencidos, que arrojaban sus armas a los pies del vencedor. En pocas semanas, casi 100.000 adversarios de Francia quedaron fuera de combate. El emperador Francisco estaba aterrado: mandó pedir un armisticio, pero Napoleón lo rechazó y avanzó contra Viena con una desconcertante maestría. Sin embargo, Austria aún tenía la posibilidad de reagrupar sus divisiones, y las fuerzas rusas, sus aliadas, no habían sido vencidas. Prusia, que les había prometido neutralidad a los franceses, podría entrar eventualmente en el conflicto contra Napoleón. De paso por Potsdam, el zar Alejandro I conversó con Federico Guillermo II y sobre todo con la bellísima reina Luisa, muy sensible al encanto del nieto de Catalina la Grande y feroz enemiga de Napoleón: lo consideraba

insoportable. El rey de Prusia dudó y luego firmó una alianza con el zar. Alertado por un espía, sintiendo el peligro, Napoleón precipitó los hechos. El camino a Viena estaba totalmente abierto para él, y la vanguardia de Murat avanzaba a marcha forzada. A principios de noviembre, el emperador Francisco I, negándose a ser prisionero de Napoleón en su propia capital, decidió refugiarse tras los altos muros de la fortaleza de Olmütz, en Moravia, donde ya se encontraba el zar. El espectáculo de la familia imperial huyendo con archivos, tesoros de varios siglos y obras de arte no era demasiado brillante. Pero había algo aún más perturbador: la actitud de los vieneses. Hacía meses que oían hablar de ese francés que alteraba con las armas lo que la Revolución había impugnado con ideas. Los turcos habían provocado temor en varias oportunidades. La invasión napoleónica despertaba hostilidad, pero también curiosidad. Esta prevaleció sobre el odio y las acciones de resistencia. Después de dominar los suburbios, Murat se apoderó de los puentes. Viena fue incapaz de defenderse: el 13 de noviembre, los franceses entraron en la capital. Al día siguiente, Napoleón recibió, simbólicamente las llaves de la ciudad, pero prefirió establecer su cuartel general en Schönbrunn, el Versalles de los Habsburgo. ¿Acaso no era el igual del emperador en fuga? ¡Qué placer instalarse como dueño en la casa de los Habsburgo! Luego se dirigió al norte para enfrentar a los austro-rusos. El 13, cerca de Znaim, un despacho le comunicó el desastre de Trafalgar, ocurrido el 21 de octubre. Allí había sido mortalmente herido el almirante Nelson, pero eso no atenuó la derrota con dieciocho barcos tomados o hundidos sobre treinta y tres, y 7000 marinos franceses y españoles muertos o ahogados. Que el almirante Villeneuve hubiera sido tomado prisionero era infamante. Rápidamente Napoleón sacó la conclusión de que el poder marítimo de Francia había sido aniquilado por mucho tiempo y que ya no podía invadir Inglaterra. Solo una victoria en territorio austríaco podría borrar lo que el emperador, que no tenía demasiadas posibilidades con su marina, calificó como el “combate imprudentemente iniciado”, designando a Trafalgar. La revancha se llamó Austerlitz. Ese triunfo elevó a Napoleón al más alto nivel europeo, porque en la batalla estuvieron involucrados tres emperadores, entre ellos, él mismo. El francés enfrentó al emperador de Austria y al zar de Rusia: dos soberanos cuyas dinastías se remontaban a varios siglos y que contaban con personajes tan importantes como María Teresa y Pedro el Grande. Al derrotar a sus ejércitos el 2 de diciembre de 1805, el emperador de los franceses tuvo el privilegio de una nueva coronación: se había impuesto a los más grandes. Había enfrentado a menudo a los austríacos, pero acababa de descubrir el ejército ruso. Llevó a sus enemigos a realizar una maniobra que, como lo había previsto, los perdería. Hacia las cuatro y media de la tarde, cuando empezaba a oscurecer, el emperador Francisco y el zar Alejandro se retiraron a Olmütz. El saldo era impresionante: los franceses solo habían perdido 8000 hombres, pero los austro-rusos tenían 37.000

muertos y 30.000 prisioneros. En una de sus fulgurantes síntesis, Chateaubriand escribió: “Encadenado a sus propios triunfos, Napoleón se vio obligado a seguirlos hasta el centro de Moravia”. Mucho menos lírico, el emperador Francisco I le escribió a su esposa María Teresa sobre su derrota con una bella economía de emociones y de palabras:

> Hoy se ha librado una batalla que no ha tomado un giro favorable. Le ruego, en consecuencia, que se retire de Olmütz a Teschen, con todo lo que nos pertenece. Yo estoy bien.
> Con todo mi cariño,
>
> Francisco

El 4 de diciembre, mientras los heridos eran evacuados a Viena, en un molino en Samtschitz, cerca de Austerlitz, tuvo lugar el primer encuentro entre los tres emperadores. Ninguno de ellos podía imaginar entonces que, cinco años y varios desastres más tarde, el austríaco vencido se convertiría en el suegro del vencedor y que mantendrían relaciones familiares. Por el momento, Alejandro y Francisco, vestidos de blanco y rojo, se presentaron ante un Napoleón muy amable: los tres hombres fueron respetuosos y considerados, y la entrevista fue cortés. El vencedor se inclinó profundamente ante el soberano Habsburgo y le dijo: “Lamento, Sire, estar obligado a recibirlo aquí. Es el único palacio que pisé en los dos últimos meses”.

Era falso: menos de tres semanas atrás, Napoleón había invadido Schönbrunn, aunque por poco tiempo.

El austríaco respondió, secamente: “Sus actuales cuarteles son para usted tan provechosos, Sire, que estoy convencido de que le gustarán”.

Después de tres semanas de negociaciones, iniciadas en Brünn (Brno), se firmó un tratado en Presburgo, el 26 de diciembre. Sus cláusulas eran catastróficas para Austria.

La Confederación del Rin pretendía suceder al Sacro Imperio

La Casa de Habsburgo debió cederle a Francia, Venecia, anexada al reino de Italia, Istria (menos Trieste) y Dalmacia, pertenecientes al Imperio francés. Austria también debió entregarle el Tirol, Vorarlberg y el Trentino a Baviera. Esta y Wurtemberg se convirtieron en reinos soberanos de acuerdo con una diplomacia matrimonial muy estudiada. Napoleón casó a su hijastro e hijo adoptivo Eugenio de Beauharnais con la princesa Augusta de Wittelsbach, hija del nuevo rey, y a Estefanía de Beauharnais, prima segunda de Josefina, con el futuro gran duque de Baden. Al distribuir coronas entre sus allegados y su familia, Napoleón hizo desaparecer la más

prestigiosa de todas, la del Sacro Imperio. Alemania estaba totalmente reorganizada, en particular la del sur, y Austria quedo eliminada. El 12 de julio de 1806, una Confederación del Rin reunió a los príncipes alemanes más importantes, que tuvieron la prudente idea de pedirle a Napoleón que fuera su protector, y lo hizo su soberano. Por medio de ese acuerdo, firmado en París, cada Estado debía notificar a la Dieta de Fráncfort su separación del Sacro Imperio, que dejó de existir. En Viena, en la iglesia llamada de los Nueve Coros de Ángeles, sobre la plaza Am Hof, los heraldos proclamaron, con sonido de trompetas, la disolución definitiva del Sacro Imperio Romano Germánico y el nacimiento del Imperio de Austria. En ese lugar, en el corazón de la ciudad vieja, se encontraba la primera residencia de los duques de Austria de la época en que convirtieron a Viena en su capital. Luego, el 6 de agosto, en la sala del Tesoro del Hofburg, Francisco I depositó la corona de oro. Él había sido su último dueño titular. Había previsto su desaparición. Ahora reinaba sobre Austria, Bohemia, Hungría y Galitzia. Lo más importante de la sucesión estaba a salvo.

La tempestad napoleónica seguía sin tocar a los Habsburgo. Durante tres años, permanecieron tranquilos, restañaron sus heridas, repararon sus pérdidas y asistieron, de lejos y sin participar en ella, a la cuarta coalición fomentada por Prusia, muy hostil a la nueva Alemania, con Rusia e Inglaterra. La exaltación del sentimiento nacional fortaleció los lazos del pueblo con los Habsburgo. Se preparaba una coalición socio-dinástica. El archiduque Carlos, ministro de Guerra, reconstituyó su ejército, fortificó la frontera y organizó una milicia de reserva territorial, mientras un aristócrata de origen renano, embajador en París en 1806, Metternich, preparó una singular revancha con su ministro, el conde Stadion. En los salones vieneses, seguían confiando en la misión histórica de los Habsburgo, como lo proclamó el barón de Hormayer, allegado al círculo literario de Karoline Pichler, una nacionalista cuya madre había estado muy cerca de la emperatriz María Teresa.

El emperador Francisco I dio el ejemplo: era paciente y creía en el porvenir. En mayo de 1807, su querida esposa estaba encinta por duodécima vez. Enfermó, según se dijo de neumonía, dio a luz en forma prematura y murió. Su marido estaba desesperado: hubo que arrancarlo del cuerpo frío de María Teresa. El dolor del soberano era tangible, pero su duelo fue breve, ya que se casó nuevamente ocho meses más tarde. La nueva emperatriz, María Ludovica de Módena, era una de sus primas. Muy bonita, con una piel de porcelana, tenía veinte años, solo cuatro más que la hija mayor del monarca viudo. Él tenía cuarenta y no estaba dispuesto a quedarse soltero. Su tercer matrimonio fue un acontecimiento importante: con su boda se inauguró, en el barrio Schottenfeld, el inmenso templo de la danza Apollo. Ese lujoso palacio, de un gusto discutible, con una estatua de Apolo en medio de rocas, podía albergar, en varias salas, a casi 10.000 bailarines. Una nueva moda hacía furor: el vals. Los médicos lo

desaconsejaban, afirmando, en *La enciclopedia de los ejercicios del cuerpo*, que "desde la entrada al salón de baile, el hombre dotado del sentido del ritmo es incomodado por la excesiva rapidez del vals. Esos movimientos desordenados, esos saltos salvajes provienen indiscutiblemente, no del carácter específico del vals, sino del vértigo propio de los bailarines".

Una peligrosa gimnasia que transformó con su alegría a Viena, a Austria y al mundo. Lamentablemente, la tercera esposa del emperador era tísica. La tuberculosis le impedía bailar, pero también cazar, cabalgar, hacer excursiones por la montaña e incluso pasear tranquilamente por el parque del castillo de Laxenburgo, a las puertas de Viena, donde su marido había hecho construir una imitación de fortaleza medieval que le encantaba. Como María Ludovica estaba obligada a hacer tratamientos termales con la esperanza de recuperar fuerzas y peso, el vigoroso recién casado pronto se sintió muy solo. Se consoló en otros brazos: sus conquistas le escribían con apodos, y así fue como, curiosamente, recibió algunos mensajes al mismo tiempo cariñosos, celosos y llenos de humor de su propia esposa: "Recibiría usted un doble, un triple beso, si yo pudiera hacerlo, pero no tengo esperanzas de volver a verlo tan pronto. Por un lado, es mejor, porque con el aspecto que tengo ahora, usted sería capaz de venderme en el mercado de pulgas y otorgarle sus favores a Spitin en mi lugar. Trataré de engordar y eclipsar los encantos angulosos de Spitin. ¿La volvió a ver, pillo?".

En la primavera de 1809, las dificultades de Napoleón en España y sus primeros fracasos militares incitaron a los austríacos a alzar la cabeza. En el Tirol anexado por Baviera, el posadero Andreas Hofer sublevó a los montañeses que habían permanecido fieles a los Habsburgo. El 27 de marzo, la quinta coalición, compuesta solo por Austria e Inglaterra, estaba lista para la guerra contra el Imperio francés. Andreas Hofer se apoderó de las montañas y amenazó la retaguardia de la *Grande Armée*, así como sus comunicaciones con Italia. Napoleón se vio obligado a enviar tropas para eliminarlo. El 10 de abril, el ejército austríaco entró en campaña. El zar, que en principio era aliado de Napoleón desde los tratados de Tilsit, le avisó secretamente al emperador Francisco I que no participaría en las operaciones francesas porque el bloqueo continental, al que había adherido, llevaba a la ruina a la economía rusa. Después de dejar a su hermano José en España, Napoleón anunció: "Me voy a Viena solo, con mis reclutas y mis grandes botas". Con su acostumbrada rapidez, liberó a la Baviera que Austria había invadido. El 21 de abril, la guarnición francesa de Ratisbona capituló, pero el archiduque Carlos solo fue vencedor por treinta y seis horas. El 23, fue derrotado en Eckmühl, aunque pudo batirse en retirada. Una vez más, como en 1805, el camino a Viena estaba abierto. El 10 de mayo, Napoleón llegó a Schönbrunn y mandó bombardear los barrios de Graben y Köhlmarkt, así como las viejas murallas que dos siglos antes habían detenido a los turcos. Se declararon muchos incendios, que se extendieron hasta el horizonte, donde se perfilaba la flecha de la Catedral de

San Esteban. El 13 de mayo, a las dos de la tarde, Viena, horrorizada y estupefacta bajo un diluvio de 2000 balas y un bombardeo de veinticuatro horas, capituló.

La victoria francesa de Wagram desalentó a los austríacos

Pero la guerra continuó. Al norte del Danubio, el archiduque Carlos había destruido los puentes. Napoleón los reemplazó por cubiertas de barcos, que fueron arrastrados por una repentina inundación. Los austríacos se volvieron amenazantes. Como después de Essling (Aspern para los austríacos), los franceses no pudieron hacer pie en la margen izquierda del río, concentraron, en dos meses, más de 180.000 hombres. El combate final se desarrolló cerca de Wagram, al nordeste de Viena, los días 5 y 6 de julio. La batalla fue gigantesca, larga y muy sangrienta. Desde lo alto de una colina y armado con un catalejo, el emperador de Austria vio la derrota de sus ejércitos y de su hermano. Su comentario fue, como siempre, lacónico: “Tengo la impresión de que solo nos resta volver a casa”.

El archiduque Carlos perdió 50.000 hombres –aunque pudo retirarse en orden hacia Bohemia– y Napoleón, 34.000. Por primera vez, su victoria le había costado caro, pero los austríacos estaban desalentados. Francisco I pidió un armisticio, que se acordó el 12 de julio. Esta quinta coalición fue la más reducida, la que duró menos y la más catastrófica para Austria. La paz de Viena, firmada en Schönbrunn el 14 de octubre de 1809, amputó gravemente su territorio. La monarquía de los Habsburgo abandonó Salzburgo (entregado a Baviera) y Galitzia (cedida al gran ducado de Varsovia), mientras que Carintia, Villach, Trieste, Istria y Dalmacia se reagruparon en las Provincias Ilirias, dependientes del Imperio francés. Francisco I perdió tres millones y medio de súbditos y Austria se quedó sin ningún acceso al mar Adriático, algo sumamente grave para su economía. Por último, el país vencido y ocupado debió pagar una indemnización de guerra fijada en 75 millones de francos oro. El emperador Francisco nombró a Metternich canciller y ministro de Relaciones Exteriores. Ver descender a Napoleón por la escalera de herradura de Schönbrunn en medio de las aclamaciones de sus soldados fue doloroso. Ocuparon el palacio hasta el 19 de noviembre. Quitaron los cuadros de la galería del Belvedere y los enviaron a Francia. Napoleón visitó Viena por la noche. A la luz de las antorchas se dirigió a la Cripta de los Capuchinos, donde contempló la espectacular y asombrosa tumba de María Teresa y de su esposo. Era tiempo de reaccionar. Fue entonces cuando comenzó la más inesperada, la más increíble y astuta de las aventuras políticas y dinásticas, que modificaría el destino de los Habsburgo. Y de decenas de millones de personas.

Junto con su familia, Napoleón dominaba la mitad de Europa. Solo le faltaba una garantía para el futuro, un heredero legítimo. Durante mucho tiempo le preocupó la idea de ser padre. En 1806, lo tranquilizó el nacimiento de un hijo natural, fruto de una relación pasajera con una lectora de su hermana Carolina. Luego esto se confirmó con el embarazo de María Walewska, que tuvo un hijo. Un segundo matrimonio le permitiría fundar una dinastía. Sin duda, Josefina era popular y él aún la amaba, pero ya no podía soportar la falta de un hijo. Además, el 12 de octubre, dos días antes de la firma del Tratado de Viena, un estudiante sajón, Friedrich Staps, había intentado matar a Napoleón en Schönbrunn. Se negó a ser amnistiado y lo fusilaron. El Imperio era frágil y era evidente que ninguno de los hermanos del emperador podría sucederlo. El 30 de noviembre de 1809, durante una cena a solas, Napoleón le anunció a su esposa Josefina su decisión de divorciarse para que su nombre se perpetuara, sin tomar en cuenta a sus sobrinos. Al parecer, la emperatriz se desmayó, pero todos sabían que era valiente en la adversidad. Según la leyenda, Napoleón, muy emocionado a su pesar, debió llamar al prefecto del palacio para que lo ayudara a transportar a Josefina a su cuarto. De esa mujer a la que abandonaría, dijo más tarde: "Realmente la amé. No la estimaba, porque era demasiado mentirosa". El 14 de diciembre, en las Tullerías, la emperatriz repudiada debió leer el acta por la cual aceptaba su destino. Los hermanos y las hermanas Bonaparte apenas podían disimular su satisfacción: no la querían. La anulación del casamiento religioso, indispensable para volver a casarse con una princesa católica, se resolvió recordando que se había efectuado sin los testigos de rigor, clandestinamente, y por lo tanto, Napoleón se había visto obligado a aceptar una ceremonia que no deseaba. Este argumento engañoso fue aceptado. ¿Quién se atrevería a contrariar al amo del mundo occidental que era admirado hasta por los otomanos?

De modo que Napoleón era libre para volver a casarse. Pero ¿con quién? Entre las dieciocho princesas propuestas, se distinguían tres. Después de Tilsit, deseoso de consolidar la alianza con Rusia, Napoleón le había expuesto ya al zar Alejandro su voluntad de separarse de Josefina y de casarse con una de las hermanas de su nuevo aliado: la gran duquesa Catalina, la mayor, o bien la menor, Ana. El francés no estaba decidido, pero sería una Romanov. El zar, cuya familia no apreciaba en absoluto al "advenedizo corso", se apresuró a casar a Catalina con un príncipe alemán. Y demoró las negociaciones concernientes a Ana, con el pretexto de su extrema juventud y la diferencia de religión. ¡En realidad, Alejandro I aceptaba a Napoleón como adversario o como aliado, pero no como cuñado! Solo quedaba un nombre, el de la hija mayor del emperador Francisco I de Habsburgo, el derrotado de Austerlitz y de Wagram: la archiduquesa María Luisa. Parecía insensato que la princesa de diecinueve años se entregara a ese hombre terrible, enemigo jurado de su familia, de su

patria y de su religión. Ese mismo conquistador había humillado a su padre en dos tremendas derrotas y la había obligado a huir de Viena dos veces. Por último, ese hombre que era el heredero de la Revolución francesa, era, por lo tanto, el de los asesinos de su tía abuela guillotinada, María Antonieta. En una palabra: Napoleón era un monstruo. ¿Con él querían unirla? ¿Napoleón, yerno de un Habsburgo? A priori, la desdichada debería suicidarse o entrar a un convento, a menos que tuviera la vocación de una Ifigenia de Europa central.

María Luisa le respondió a Metternich, portador del proyecto: “No quiero otra cosa que lo que mi deber me ordena querer. Cuando se trata del interés del Imperio, hay que consultarlo a él, y no a mi voluntad. Pídale a mi padre que obedezca únicamente a sus deberes de soberano y que no los subordine a mi interés personal”.

Ningún entusiasmo: solo la aplicación de un cálculo político que la superaba, la resignación frente a la razón de Estado. ¿Quién había tenido la idea de ese matrimonio, en realidad? Metternich y Talleyrand apoyaban esa unión. Austria, vencida y amenazada con ser desmembrada por un Napoleón que había estado a punto de llamar a los húngaros a rebelarse, no estaba en condiciones de rechazar esa propuesta como lo había hecho el zar. Desde la firma del Tratado de Schönbrunn, el emperador Francisco I había comprendido que por el interés de su país debía acercarse al vencedor: a corto plazo, eso quebraría definitivamente la alianza franco-rusa.

Talleyrand defendió el casamiento de Napoleón con María Luisa

En sus *Memorias*, Talleyrand cuenta cómo se convirtió en el abogado del matrimonio Habsburgo en enero de 1810: “Yo estaba en mi terreno. Podía sostener, por excelentes razones, que una alianza con Austria sería preferible para Francia. Mi motivo secreto era que la conservación de Austria dependía de la decisión que tomara el emperador, pero no era eso lo que había que decir”.

Como escribe el historiador Jean Tulard: “El matrimonio austríaco desviaría a Napoleón de un proyecto que Talleyrand combatía en nombre del equilibrio europeo. Para conseguir la adhesión de Napoleón, agregó: ‘Me dirigí al emperador con el objeto de pedirle que apareciera una princesa austríaca en medio de nosotros para absolver a Francia ante Europa y ante sí misma de un crimen que no era suyo y que pertenecía a una facción’. Este comentario seguramente no fue del agrado de Fouché. Pero la idea de una reconciliación europea por medio de este matrimonio causó impresión en los miembros del Consejo”.

Con gran visión, Talleyrand quería impedir que Napoleón destruyera a Austria, aun cuando esta lo había exasperado participando en cuatro de

cinco coaliciones. Al mismo tiempo, trataba de reducir la responsabilidad de Francia en la ejecución de María Antonieta a una "facción" (algunos convencionales) para tratar de obtener el perdón de su familia. Por último, una gran alianza, con su Imperio, afianzaría la situación de Napoleón en Europa. En febrero de 1810, este pudo saborear, con orgullo, su vínculo con una de las más antiguas e ilustres casas europeas.

Para presentar su pedido de matrimonio en forma oficial, Napoleón despachó al mariscal Berthier a Viena, adonde este llegó tras doce días de viaje. Berthier, de cincuenta y siete años, era un soldado muy valiente, a quien muchas veces se había visto lanzarse al corazón de los combates. Ya príncipe de Neuchâtel, acababa de recibir el título de príncipe de Wagram, algo que disgustó a los vieneses. Pero estos y la corte también sabían que en julio de 1789, cuando era mayor general de la guardia nacional en Versalles, había protegido a la familia real y que, en 1791, había ayudado a huir a madame Adelaida y a madame Victoria, tías políticas de María Antonieta. Incluso había sido marginado de los cuadros al caer la monarquía. Además, su carácter mesurado le había permitido cumplir varias misiones delicadas. Realmente, no se parecía en nada al tosco Bernadotte y merecía ser un embajador extraordinario para ese asunto poco ordinario. Llegó como un mensajero de paz. ¡Por fin! Un cronista, deslumbrado por el entusiasmo que suscitó el enviado de Napoleón solo cinco meses después de Wagram, escribió que Berthier avanzó "en medio de un inusitado conjunto de grandes señores y pueblo. Toda la corte fue a su encuentro con las escoltas de la corona, que debían transportarlo al palacio. El pueblo vienés, en un exceso de júbilo, quería desenganchar su carruaje para empujarlo y costó mucho trabajo impedir esa manifestación tumultuosa".

Respetuoso de las costumbres, el mariscal se presentó en el Hofburg el 7 de marzo, a las 18 horas. El protocolo era riguroso. Frente al emperador Francisco, declaró: "La política de mi soberano concuerda con los anhelos de su corazón. Esta unión de dos poderosas familias otorgará a dos naciones generosas nuevas garantías de tranquilidad y felicidad".

Los Bonaparte y los Habsburgo eran presentados al mismo nivel. Es probable que el padre de la archiduquesa no estuviera de acuerdo con eso, pero no tenía los medios para manifestarlo. Cuando entró María Luisa, Berthier le entregó una carta de Napoleón y uno de sus retratos, que ella prendió en su blusa. Una delicada atención: la archiduquesa hizo todo lo necesario para borrar, o tratar de borrar, un pasado trágico y doloroso. El 9, ella renunció a sus derechos sobre la corona de Austria. Después de dos días de festejos, se llevó a cabo el casamiento por poder en la iglesia de los agustinos, la parroquia de la corte. La ceremonia fue similar a la del casamiento, también por poder, de María Antonieta. En ese homenaje del vencedor al vencido, Napoleón había deseado que lo representara el archiduque Carlos, su adversario. Como no se conocía la medida del dedo

del emperador, el arzobispo de Viena bendijo, por precaución, doce alianzas de diferentes diámetros. María Luisa las llevaría a París. Su partida fue fijada para el 13 de marzo. Al despedirse de su familia, la joven repartió sus joyas y sus diamantes entre sus hermanos y hermanas. ¿Cómo era físicamente María Luisa? Los medallones suelen ser engañosos. Berthier, que la precedió en veinticuatro horas en el viaje a Francia, le escribió a Napoleón: "Cuanto más conozco a la emperatriz, Sire, más seguro estoy de que, aunque no se la pueda considerar una mujer bonita, tiene todo lo necesario para hacer la felicidad de Su Majestad".

El emperador, conciliador y confiado, contestó: "Finalmente, si es buena y me da robustos varones, la amaré como a la más bella".

El 21 de marzo, el conde de Clary, chambelán del emperador de Austria, que llevaba una carta para su yerno, inspeccionó los aposentos de María Luisa y le escribió a su esposa que eran muy hermosos.

Napoleón siempre tenía prisa. Con la impaciencia de un joven enamorado, ignoró el protocolo y en vez de esperar a su futura esposa en Compiègne, como estaba previsto, el 28 de marzo, saltó a un coche correo y ordenó galopar al encuentro de María Luisa. Se vieron en Courcelles-sur-Vesle, bajo una fuerte lluvia. Como si la conociera desde siempre, como si esa mujer que ya no era austríaca fuera una parienta cercana a la que no veía desde hacía mucho tiempo, el emperador besó a su nueva esposa en las dos mejillas. Cancelaron la recepción que debía realizarse en Soissons y el imprevisto cortejo llegó a Compiègne el 27 de marzo, hacia las nueve y media de la noche. "El emperador tenía que pernoctar en la residencia de la Cancillería y María Luisa en el castillo, porque según el protocolo, hasta la boda oficial, no podían dormir bajo el mismo techo –señala Jean Tulard–. Para vencer los escrúpulos de la que hasta ese momento solo era su esposa por poder, el emperador le preguntó a su tío, el cardenal Fesch: '¿No es cierto que realmente estamos casados?' 'Sí, señor –respondió el prelado–. Según las leyes civiles'. De modo que pasaron la noche de bodas, de manera anticipada, en Compiègne".

¿Cómo era María Luisa? "Estaba en todo el esplendor de su juventud –según Claude François de Méneval, secretario de Napoleón–: Su cabello castaño claro, fino y abundante, enmarcaba un rostro fresco y pleno en el que unos ojos llenos de dulzura mostraban una expresión encantadora".

En el Museo Municipal de Viena, puede verse una tabaquera redonda de ébano, recubierta con una placa de cobre dorado. Hay allí tres perfiles: el del emperador Francisco que usa el collar del Toisón de Oro, el de Napoleón, que lleva los emblemas de la Legión de Honor, y, entre ambos, la encantadora María Luisa, adornada con una diadema y el busto muy descubierto. María Luisa era media cabeza más alta que su marido, pero eso no le molestaba al conquistador cuadragenario. Al contrario...

La nueva emperatriz de los franceses tenía apenas diecinueve años

Dos días más tarde, la familia imperial fue convocada para conocer a la nueva emperatriz. Luego, todos fueron a Saint-Cloud, donde se realizó el casamiento civil, bajo la égida de Cambacérès, archicanciller del Imperio. El 2 de abril, treinta y dos carrozas salieron del palacio de Saint-Cloud. La más suntuosa, equipada con espejos y totalmente dorada, estaba uncida a ocho caballos andaluces. Napoleón y María Luisa se ubicaron en su interior, él con un traje de raso blanco bordado en oro y ella, con un vestido y una capa de tul plateado. El cortejo, aclamado por la guardia imperial formada en una hilera de honor, entró al Jardín de las Tullerías después de atravesar la Place de la Concorde donde, el 16 de octubre de 1793, había sido decapitada María Antonieta. ¿María Luisa sería una nueva "austríaca"? Para ella, la situación era doblemente difícil. Ser una Habsburgo-Lorena no era, a priori, una ventaja. Pero suceder a Josefina era aún más delicado. Esta era muy popular, porque el público aún ignoraba sus infidelidades, sus malversaciones y su coqueteo con los realistas. La opinión pública tampoco sabía que Josefina se había atrevido a proponerle al emperador que tuviera un hijo con una de sus damas de honor, que luego presentaría como suyo. Napoleón se había negado, porque "no se debe engañar al pueblo" y, de todos modos, la superchería era imposible: Josefina ya no estaba en condiciones de volver a ser madre.

María Luisa debió responder, entonces, a un desafío muy complejo: hacerse aceptar. La ceremonia religiosa tuvo lugar en el Salón Cuadrado del Louvre, transformado en capilla. La sobrina de María Antonieta estaba unida ahora al heredero de la Revolución. Como dijo el príncipe de Ligne, una "bella ternera" era entregada al Minotauro por un padre interesado en salvar su Imperio. Pasquier, en ese momento consejero de Estado, relató: "Cuando el emperador pasó frente a nosotros, nos impresionó el aire de triunfo que reinaba en toda su persona. Su rostro, naturalmente serio, irradiaba felicidad y alegría. La ceremonia, celebrada por el cardenal Fesch, gran capellán, no fue larga, pero a su regreso, nos sorprendimos al ver que ese rostro, antes tan radiante, se había vuelto sombrío y amenazante. ¿Qué había pasado en ese breve intervalo?".

Trece de los asientos próximos al altar habían quedado vacíos: trece obispos y cardenales, nombrados por Napoleón, pero a quienes el papa Pío VII, prisionero en Savona, cerca de Génova, les había negado la investidura canónica, no asistieron. Fueron fieles al Santo Padre, que no había sido consultado para la anulación del primer matrimonio. El recién casado se sintió ofendido. Aunque Roma estaba anexada a su Imperio, algunos prelados se habían atrevido a enfrentarlo. Esos insumisos fueron desterrados luego a diversas ciudades de provincia con prohibición de usar el púrpura. Los apodarían "cardenales negros".

Una nueva estadía en Compiègne le permitió a la pareja imperial distenderse, porque Napoleón había abreviado, como de costumbre, los festejos previstos. Pero hubo de todos modos una caza con perros y una representación de *Fedra,* tragedia que describe los estragos causados por una pasión ciega. El emperador mandó adornar los aposentos de María Luisa con muebles de diversas procedencias. Desde Saint-Cloud, llegó una cómoda para guardar alhajas, que había pertenecido a María Antonieta. Una mesa para el aseo salió de Fontainebleau por seis meses. Un pequeño reloj de pared fue enviado especialmente para la habitación de la emperatriz. Mientras aguardaba que le instalaran su mesa de billar en la sala de música, María Luisa, que jugaba mucho al billar con sus damas de honor, debió conformarse con la que se encontraba cerca de su antecámara. Pero en medio de la prisa, no habían retirado de la vista de María Luisa todos los recuerdos de Josefina: “El cuerno de la abundancia en forma de ‘J’ prendido a cada asiento del tercer salón no le incomodaba a nadie y no se consideró necesario retirarlo”.

El 27 de abril, a las 7 de la mañana, los soberanos partieron hacia Bélgica, en particular, a Amberes. ¿Ese viaje a los antiguos Países Bajos austríacos era indispensable? Al menos, para María Luisa, la botadura de la nave Friedland conmemoraba una victoria francesa sobre los rusos tres años atrás, y no sobre los ejércitos de su padre y de su tío. Todo parecía salirle bien a Napoleón. A fines de 1810 y principios de 1811, el Imperio estaba en su apogeo, con ciento treinta departamentos, de Hamburgo a Roma, y Estados vasallos. El 20 de marzo de 1811, el nacimiento de su hijo, único objetivo de su matrimonio, anunciado por ciento un cañonazos disparados desde Les Invalides, fue el presagio de una larga era de paz. Cuando el partero, prudente, le preguntó al emperador qué debía hacer en el caso de tener que elegir entre la vida del niño y la de la madre, el padre no dudó: “¡Salve a la madre!”. ¡Una orden más elegante que la que le había dado antes al partero, al decirle que debía proceder como con “cualquier mujer del barrio Saint-Denis”!

Lo increíble había sucedido: ¡una Habsburgo-Lorena dio a luz a un Bonaparte! En Viena, no hubo ningún comentario oficial. Les dolía que Napoleón considerara a Austria como un vasallo con grandes dificultades financieras e incluso en estado de bancarrota. Economizaban en todo, incluso en las reacciones y los sentimientos: el desprecio permaneció en silencio. Miles de parisinos recibieron el nacimiento con una ovación. El niño tenía el título de rey de Roma, para mostrar que la Ciudad Eterna ya no estaba en posesión de la Santa Sede. Y recordemos que el título, parecido, de rey de los romanos, era el del heredero del Sacro Imperio Romano Germánico. Una de las consecuencias de ese nacimiento, que creaba una nueva dinastía francesa, fue que el autoritarismo de Napoleón se acentuó: al tener un heredero, necesitaba menos a sus

hermanos. Los consideraba muy incapaces o perezosos, y pensaba constantemente en quitarles los tronos que les había otorgado.

Con la llegada de María Luisa, el protocolo de la corte imperial se volvió más riguroso que en la época de Josefina. Esta tenía un tacto innato, una elegancia y un encanto irresistibles. La que la sucedió, tímida por naturaleza, era a menudo rígida y afectada. Con Josefina, se divertían y con María Luisa se aburrían. Con su manía de codificar todo, el emperador mandó redactar una nueva etiqueta de 819 artículos, que decía, entre otras cosas, que no se debía confundir un taburete con un sillón, ni uncir seis caballos cuando cuatro eran suficientes. En comparación, las costumbres de los Habsburgo eran grandiosas en su sencillez.

La digna María Luisa no era tan popular como Josefina

A fines de 1811, se vio que el matrimonio austríaco había sido un gran error político. A pesar de sus esfuerzos, María Luisa, una "buena muchacha" y mucho menos tonta de lo que creían sus cuñadas, no logró hacerse popular ni hacer desaparecer el conflicto que enfrentaba a los dos países: victorias contra derrotas, ejecuciones contra coaliciones. La desdichada no tenía nada que ver con eso y había desempeñado perfectamente el papel de progenitora sumisa que le habían impuesto. "Rehén de Napoleón" –acertada expresión de Geneviève Chastenet en su libro sobre María Luisa–, la emperatriz también era prisionera del ajedrez político de su país, que, en realidad, jugaba un doble juego. La Cancillería vienesa les comunicó en secreto a Londres y Berlín que esa unión, que no había podido evitar, era más bien un sacrificio que sería vengado cuanto antes. En la corte de Viena, la audacia del Ogro corso no era aceptada. La abuela de María Luisa, la reina Carolina de Nápoles, había manifestado: "¡Para completar todas mis desdichas, solo me faltaba ser la abuela del diablo!".

En Francia, ese casamiento provocó ironías y bromas, por el insaciable apetito de grandeza y tradiciones de Napoleón. Pero esa unión contribuyó en gran medida al deterioro de las relaciones franco-rusas. En primer lugar, el zar no había aceptado la creación del gran ducado de Varsovia, pues sospechaba, erradamente, que Napoleón quería resucitar el antiguo reino de Polonia a expensas de Rusia. Alejandro I estaba contrariado también por el hecho de que su supuesto aliado hubiera anexado el litoral alemán del mar del Norte, las ciudades hanseáticas y el gran ducado de Oldenburgo, posesión del marido de su hermana Catalina, la gran duquesa que se había considerado como una posible esposa de Napoleón. Al aumentar el bloqueo en Europa del norte, pensaba afectar a Inglaterra en su comercio, ya que no había logrado hacerlo con España. Por último, el zar se había ofendido

cuando Napoleón terminó cansándose con una archiduquesa austríaca. Pero en esto, Alejandro solo podía reprocharse a sí mismo, ya que él había rechazado la candidatura de sus dos hermanas.

A todas estas consideraciones que enfriaron las relaciones entre los dos emperadores, habría que agregar la violación del zar al bloqueo continental, pues los rusos habían reanudado sus relaciones comerciales con los ingleses dos años atrás. El francés estaba indignado. ¡A su juicio, el joven y maravilloso soberano de Tilsit era un hipócrita, un "griego del Bajo Imperio"! En San Petersburgo, estaban furiosos por la elección de un mariscal francés, Bernadotte, como príncipe real de Suecia, el 21 de agosto de 1811. Alejandro sospechaba que Napoleón había aceptado esa extraña sucesión solo para cercar a Rusia: al calzarse las botas de la reina Cristina, el bearnés debería servir al emperador de los franceses. Pero Bernadotte se había vuelto sueco, geográficamente cercano a Rusia. Era vanidoso y se mostraba atento al interés de Su Majestad, el zar de todas las Rusias, el nieto favorito de Catalina la Grande.

Entre irritaciones y susceptibilidades, buscaban pretextos, los encontraban y cada bando se preparaba para la guerra. Napoleón intentó retardar el conflicto. Necesitaba todavía algunos meses de paz y pensó invitar a los representantes de su inmenso Imperio al bautismo de su hijo.

Pero los acontecimientos se precipitaron. El 5 de abril de 1812, el zar firmó una alianza con Bernadotte "el sueco", a quien le prometió Noruega. Fue también una respuesta a los preparativos franceses. Napoleón podía contar con el apoyo de los soberanos "alemanes" a los que había coronado, en Baviera, Wurtemberg, Westfalia y Sajonia. En Prusia, Federico Guillermo II, el derrotado de Jena, se vio forzado a firmar un acuerdo en el que le prometía a Francia 20.000 hombres. ¿Y Austria? El emperador Francisco puso a disposición de su yerno un cuerpo de 30.000 hombres que, en realidad, sería reducido casi a la mitad bajo las órdenes del príncipe Schwarzenberg. El 8 de abril, el zar le envió un ultimátum a Napoleón, intimándolo a evacuar Prusia y la Pomerania sueca, y a retirar sus tropas de la orilla izquierda del Elba. Napoleón se negó y, un mes más tarde, salió de Saint-Cloud acompañado por María Luisa con destino a Dresde. Chateaubriand escribió que esa estadía en "la Florencia del Elba", del 16 al 29 de mayo, fue "una de las últimas representaciones de su gloria". María Luisa estuvo presente, porque además quería volver a ver a su padre. Su suegra, muy debilitada, fue transportada en un palanquín al interior del castillo. Napoleón, galante, caminaba a su lado. Pero olvidó las costumbres cuando llegó al salón del banquete, al pasar delante de su suegro, el emperador de Austria. El francés entró primero, se sentó a la cabecera de la mesa para presidir y mantuvo puesto su sombrero, a la manera de los nobles de España. A Francisco I de Habsburgo-Lorena le pareció increíble esa falta de educación. Dijo en voz alta: "¡Es un tipo atrevido!".

Nadie lo contradijo. Era la segunda vez que los dos soberanos se encontraban. Fue también la última. Un mes más tarde, Napoleón y la *Grande Armée* cruzaron el río Niemen. Empezó la campaña de Rusia.

Cambacérès era uno de los allegados al emperador que, dos años atrás, habían preferido el casamiento con una hermana del zar, y este se mostraba susceptible. Cambacérès sabía que no podía esperar nada de él, y previó el futuro al decir con ironía: "Estoy seguro de que antes de dos años, estaremos en guerra con la potencia que no le dio su hija al emperador como esposa".

Los errores estratégicos de Napoleón, que nunca entendió el carácter del zar, ni el temperamento, ni la inmensidad rusa, y la desastrosa retirada de Rusia, hicieron vacilar las alianzas. El contingente austríaco desertó y el 30 enero 1813, Schwarzenberg dio su acuerdo para firmar un armisticio con los mariscales de Alejandro I. El 17 de marzo de 1813, trece meses después de concluir un pacto con Francia, Prusia le declaró la guerra. Frente al peligro, Napoleón constituyó, el 30 de marzo, un Consejo de Regencia en favor de María Luisa. Pero los poderes de la regente eran limitados. Ese giro tuvo un inmenso eco en los Estados alemanes, pero subsistía una incógnita: ¿qué haría Austria? Seguía ligada a Napoleón por antiguos acuerdos, y él mismo creía en la buena fe de su suegro. Pero el esposo de María Luisa no tomaba suficientemente en cuenta a Metternich, un diplomático del Antiguo Régimen, pero cínico realista que maquillaba la razón de Estado con principios y métodos. Se encargaba de la política exterior austríaca desde 1809 y había sacrificado a la archiduquesa considerando la relación de fuerzas, que en ese momento no era favorable a los derrotados Habsburgo. Mantuvo al Estado austríaco con una política "de rodeos, subterfugios y adulaciones", mientras preparaba la posibilidad de una resistencia abierta. Un sabio doble juego. Astutamente –y contra la opinión del emperador Francisco–, impuso la participación austríaca en la campaña de Napoleón, mientras hacía tratativas secretas con el zar. Metternich estaba en condiciones de afrontar todas las situaciones.

Metternich, diplomático, desarrolló un doble juego para ganar tiempo

Los éxitos franceses en Alemania lo preocupaban, aun cuando la falta de caballería le impedía a Napoleón transformarlos en victorias decisivas. Metternich lo urgió a firmar un armisticio el 4 de junio, en vigor hasta el 20 de julio. En vez de entrar, desde el principio, en la sexta coalición, el canciller llevó a cabo un juego complejo que le permitía obtener una posición diplomática dominante. Propuso su mediación en el conflicto. Fue muy hábil, porque ganaba tiempo ante el temor a un avance del coloso ruso en Europa central, y a los apetitos prusianos en los Estados alemanes. Y

conociendo las carencias del ejército austríaco, necesitaba algunas semanas para completar su rearme. El 26 de junio, Napoleón y Metternich tuvieron un encuentro histórico, sin testigos, en Dresde, en el palacio Marcolini. El representante del emperador Francisco se esforzó –en apariencia– por salvar a su yerno proponiendo confirmar la regencia de María Luisa y volver a las fronteras de 1792. Napoleón montó en cólera: arrojó su sombrero al piso y anunció que no cedería en nada ante los coaligados. Y, según Metternich, el emperador hizo una terrible confesión: "Todo me confirma que cometí un error imperdonable al casarme con una archiduquesa de Austria".

¡Era una trampa! Encantadora, fresca y bien armada, pero una trampa al fin, que le permitió a Austria reconstituirse, mientras que Napoleón había querido sojuzgarla. ¡Pobre María Luisa! Educada para la sumisión, la inocente sacrificada se volvía culpable, convertida en el instrumento de una venganza preparada desde 1809. Metternich, "fino, falso y huidizo", ya había decidido adherir a la coalición. De hecho, el diplomático austríaco era el primer ministro de la coalición. Con amargura, Napoleón comprendió, demasiado tarde, que era Metternich quien dirigía las maniobras contra él. El 15 de agosto, Austria le declaró la guerra a Francia. El canciller había ganado más de ocho semanas, contrariando además las veleidades de independencia de Alemania del sur y la ambición prusiana. Frente a tres ejércitos (por lo menos 500.000 hombres), Napoleón ya no era el yerno del emperador de Austria. Volvió a ser el enemigo histórico, en particular frente al príncipe Schwarzenberg, que comandaba el ejército de Bohemia compuesto por austríacos, rusos y prusianos. Napoleón venció en Dresde el 27 de agosto, pero el fracaso de sus lugartenientes en el norte y en el este le impidió perseguir al enemigo. Por eso, Schwarzenberg tuvo tiempo de reagrupar a sus tropas.

El gran enfrentamiento se produjo en Leipzig. Duró tres días y se llamó, para la historia, "Batalla de las Naciones". Que el francés enfrentara a todos los coaligados (160.000 franceses, 300.000 austríacos, rusos, prusianos y suecos) no llamaba la atención. Pero que Austria tuviera un papel fundamental en la derrota de los franceses era difícil de admitir. Al anochecer del 19 de octubre de 1813, el príncipe Carlos Felipe de Schwarzenberg, comandante en jefe de los ejércitos coaligados, vestido con un inmaculado uniforme blanco, se descubrió y le anunció a su soberano, el emperador Francisco I, a caballo, que su yerno, privado de refuerzos, había sido vencido. Luego, acompañado por el zar Alejandro I y el rey de Prusia Federico Guillermo III, Francisco se dirigió a la inmensa plaza del mercado de Leipzig bordeado de edificios de estilo Renacimiento. Los tres monarcas pasaron revista a sus tropas victoriosas. Alemania, tal como la concebía el emperador de los franceses, se había derrumbado. Y Austria dirigía el baile de las independencias. El verdadero éxito de Napoleón fue haber aglutinado a pueblos desunidos y rivales. El 9 de noviembre, en las

Tullerías, frente a los senadores, ya no ocultó la verdad: “Hace un año, toda Europa marchaba con nosotros. Hoy, toda Europa marcha contra nosotros”.

Sabía que tres ejércitos atacarían a Francia, entre ellos el de Schwarzenberg, que, violando la frontera suiza, penetró en una región menos defendida que la orilla del Rin y llegó a Langres. Decididamente, los austríacos estaban irreconocibles. Al lograr unir a la archiduquesa con Napoleón, el conde de Metternich le había escrito a su esposa: “Por esto me darán el Toisón de Oro”. En octubre, el emperador Francisco lo nombró príncipe.

¿Y María Luisa? Su dignidad era admirable; su comportamiento no tenía nada de sospechoso: todo lo contrario. Aunque su posición no era envidiable, era la madre del rey de Roma. A fines de 1813, recibió un honor sin precedentes cuando los jóvenes reclutas de las clases 1814 y 1815 tomaron su nombre. “Los María Luisa” reemplazaban a las tropas cuyo país había sido vaciado por las últimas batallas. “Los María Luisa” apenas sabían cargar un fusil, a menudo carecían de armas, municiones, monturas y hasta de ropa. Pero esos soldados sin entrenamiento que llevaban el nombre de la emperatriz eran valientes y despertaron la admiración de los veteranos de guerra de Napoleón.

Mientras Francia era ganada por el desánimo, y se intensificaban los reproches y los llamados a la paz, Napoleón criticaba a los senadores derrotistas: “Soy yo quien puede salvar al país, y no ustedes. Tendrán la paz dentro de tres meses o yo pereceré”.

El 25 de enero, el emperador salió de París con destino a Champagne. Le había dado la regencia a María Luisa: su confianza en la emperatriz era total. Y la guardia nacional se encargó de su hijo. A pesar de algunos éxitos, Francia no logró detener el avance aliado. París estaba amenazada. El 29 de marzo, en aplicación de las órdenes del emperador, su hermano José, que lo representaba en la capital, hizo partir a María Luisa y al rey de Roma hacia el castillo de Blois. En cuanto se conoció esa fuga, la moral de los parisinos se derrumbó. El 31, después de que se firmara la capitulación durante la noche, los soberanos aliados entraron en París por la barrera de Pantin. A la derecha del zar, Schwarzenberg representaba al emperador de Austria, sin duda, el vencedor más discreto, pero también el más tenaz y el más ladino de esa sexta coalición. Gracias al sutil juego de Metternich, quedaron borradas las humillaciones de Wagram y de Schönbrunn. Su igual en Francia –y en maniobras secretas–, Talleyrand, siempre preocupado por salvar a Austria, logró que al producirse la abdicación de Napoleón, el 4 de abril, en favor del rey de Roma, María Luisa fuera confirmada en sus derechos de regente. El 11, el Tratado de Fontainebleau, que deportó a Napoleón a la isla de Elba, le otorgó a la emperatriz los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla. El zar se acercó a ella y le dijo, con fingida ingenuidad: “¡Francamente, que se haya casado usted con Napoleón! ¡Y es

usted quien paga todo eso!”.

Napoleón, amenazado, se ocultó bajo un uniforme austríaco

Cuatro días más tarde, el emperador Francisco I llegó por fin a París. Era el último de los tres soberanos vencedores: fue para saludar a Luis XVIII y también el regreso de los Borbones. Se enteró de que en su viaje a Fréjus, su yerno había sido amenazado. La monárquica Provenza estaba tan indignada con Napoleón que este tuvo miedo y se ocultó bajo el uniforme de uno de los oficiales extranjeros que había recibido la orden de acompañarlo. ¡Era el uniforme de un comisario austríaco!

Napoleón había huido de la Francia legitimista bajo los colores de los Habsburgo. Por el Tratado de París del 30 de mayo, estos recuperaron todas sus provincias perdidas.

Schönbrunn, verano de 1814. El emperador Francisco I se paseaba con su familia por los jardines. El pueblo lo celebraba como un héroe, “una especie de san Jorge en pequeña escala que había vencido al dragón corso”, como señala Dorothy Gies McGuigan. La situación no era sencilla, porque María Luisa había llegado a Francia con su séquito que exhibía el escudo de armas del Imperio y había conservado su título de emperatriz de los franceses: era incluso la única, desde la muerte de Josefina en Malcasa. El pequeño rey de Roma –tenía tres años– fue objeto de todas las miradas y tema de todas las conversaciones. ¿A quién se parecía? Era rubio y de ojos azules como los Habsburgo, pero su mirada tenía la vivacidad de la de su padre. Solo hablaba francés (su madre se había encargado de ello) pero repetía, en alemán, algunas groserías de cuartel que le había enseñado su tío, el archiduque Francisco Carlos, de doce años, de capacidades intelectuales limitadas y siempre encantado de escandalizar a la familia. En ese grupo que exhalaba un perfume de Antiguo Régimen, un inesperado encuentro puso frente a frente a ese niño de sangre Habsburgo-Bonaparte y su bisabuela, la ex reina Carolina de Nápoles. Ella era la única hija viva de la emperatriz María Teresa.

Esta mujer enérgica y muy cristiana, nacida en 1752, que había sufrido el martirio de estar casada con un hombre feo y grosero, siempre había detestado a Napoleón. Después de huir de Nápoles, se había refugiado en Sicilia, desde donde dirigía la resistencia a la familia Bonaparte. Cada vez que aparecía en el palco imperial de un teatro vienés, esta mujer, “doblada y encorvada por el dolor y los duelos”, según una de sus antiguas amigas, era aplaudida por el público. Ella se interesaba mucho por sus bisnietos. Cincuenta y dos años la separaban de María Luisa, pero allí se encontraban dos siglos, opuestos, o unidos, por la Revolución y Napoleón. Con malicia, la vieja soberana le aconsejó a la emperatriz que anudara sus sábanas, se

disfrazara de criada y se escapara de Schönbrunn en plena noche, “porque cuando una se casa, es para toda la vida”. Y ahora que Napoleón estaba vencido y deportado, su esposa debía irse para estar a su lado. Ella misma solo había soportado su triste condición gracias a la religión y a su valentía inquebrantable. De lo contrario, se habría suicidado: se decía que era moralmente igual a su madre María Teresa.

Esta antigua dama jugaba con el rey de Roma, le compraba juguetes y le ofrecía golosinas. El niño era víctima de ese enredo insensato que lo convertía en un prisionero de su abuelo y un hijo privado para siempre de su padre. Ella no lo imaginaba como hijo del diablo, lo felicitaba por quitarse el sombrero cuando lo saludaban y lo llamaba “mi pequeño señor”. Hacia el final del verano, la reina María Carolina le pidió a su niñera, madame de Montesquiou, llamada “Maman Quiou”: “Lléveme a ver a mi bisnieto mañana por la mañana. Tengo algo que lo divertirá”.

A la mañana siguiente, cuando fueron a despertarla, estaba muerta. En el mismo momento, a principios de septiembre de 1814, María Walewska y su hijo desembarcaban en la isla de Elba. ¿Podría actuar María Luisa del mismo modo y seguir el consejo de su bondadosa abuela? La emperatriz permaneció indiferente, ya que en realidad nunca había tenido un sentimiento profundo hacia Napoleón.

Cuando se inauguró, el 18 de septiembre, el legendario Congreso de Viena, la ciudad se convirtió en la capital del futuro europeo. Viena había destronado a París desde que los austríacos la ocuparon en marzo. El emperador Francisco I era el dueño de casa indicado para presidir los tiempos posnapoleónicos, mientras seguía siendo el suegro del deportado. Ese “congreso general de las potencias” (su denominación oficial) se proponía establecer “un sistema de equilibrio real y duradero en Europa: ese era su objetivo. Ante el zar, el rey de Prusia, diversos soberanos, doscientos dieciséis jefes de misiones y quinientos delegados, Francisco I de Habsburgo-Lorena, de cuarenta y cinco años de edad, organizó su coronación diplomática en el corazón de un mundo conmocionado por veinticinco años de catástrofes y milagros. El emperador de Austria entró a caballo al patio del Hofburg, con sus ilustres huéspedes. Mientras Francia había terminado por cansarse de una gloria sangrienta y costosa, Austria parecía ser, con su extraordinario congreso, un paraíso recobrado de la paz y el arte de vivir. El emperador estaba de excelente humor y contó que su yerno, que en ese momento podía exigir todo, había ordenado que la manufactura de porcelana de Augarten elaborara para él un servicio especial: el famoso “servicio de Schönbrunn”. Fue un capricho.

Los soberanos no participaron directamente en las discusiones o las negociaciones. Fueron sus embajadores, ministros y emisarios quienes dividieron a la nueva Europa que Metternich quería recortar a imagen de la antigua. El canciller-príncipe saboreaba su estrategia. Siempre había pensado que era necesario aliarse al vencedor de 1809 para tener más

posibilidades de provocar su caída. Como fino diplomático, solo era superado por Talleyrand, representante de Luis XVIII. Después de innumerables traiciones, juramentos, maquinaciones, corrupciones e intrigas, el "diablo cojo" parecía más indispensable que nunca. Siempre había sido fiel a sus propios intereses, que a menudo eran los de Francia. Había que ser Talleyrand para servir a Napoleón, traicionarlo, volver a servirlo y finalmente ser designado por el hermano de Luis XVI para representar a la monarquía legítima en Viena. Metternich y Talleyrand tenían un punto en común: sus amantes eran también informantes políticas.

El Congreso de Viena reorganizó Europa sin Napoleón

Cuando se habla del Congreso de Viena, sus diversiones, las agudezas del príncipe de Ligne, sus romances tan poco discretos, sus concursos de baile, sus rivalidades culinarias, sus conciertos, entre ellos, aquel en el cual el desdichado Beethoven, ya sordo, fingió dirigir la orquesta en su versión definitiva de *Fidelio,* y sus complicaciones protocolares, sus peleas, sus bromas, sus vejaciones y los precios indecentes de la leña para las estufas, se olvida a menudo el papel desempeñado por el emperador de Austria y sobre todo, el de su esposa, la frágil María Ludovica. Minada por la tuberculosis, resistió la fiebre, el abatimiento, el cansancio. Su juventud y su encanto podían engañar. Extremadamente pálida, recorría con una mirada de fuego a sus invitados, se ocupaba de todo, de los bailes, las cenas, las partidas de caza y las pantomimas. En la mañana de su cumpleaños, el zar y el rey de Prusia la sorprendieron cuando estaba por vestirse, regalándole una bata forrada de piel, un cuenco de plata y una jarra de porcelana de Berlín. Agotada, ella trató de recuperar fuerzas.

Talleyrand, que era un fino gourmet (al contrario de Napoleón), temía una indigestión de soberanos, coronas y pretensiones. Un posadero relató, con humor, las características de los monarcas: "El zar hacía el amor por todos ellos, el rey de Dinamarca hablaba por todos, el rey de Prusia pensaba por todos, el rey de Wurtemberg comía por todos y el emperador de Austria… pagaba por todos". Según Talleyrand, que era un experto, un promedio de 220.000 florines por día.

El Congreso que reorganizó una Europa sin Napoleón no pudo olvidarlo fácilmente. Durante una fastuosa cena ofrecida por Metternich, monseñor Severoli, nuncio apostólico en Viena, observó risueño que la platería tenía el escudo de armas de Bonaparte. En cada mesa para ciento cincuenta comensales, sorprendieron esos platos, las fuentes y los cubiertos de plata finamente labrada. El canciller-ministro, algo incómodo, explicó que era un obsequio del emperador de los franceses a su suegro. El príncipe de Ligne,

del que siempre se esperaba alguna frase ingeniosa, le deslizó a Metternich: “¡Es un servicio por un servicio!”.

Por otra parte, María Luisa no estaba lejos. Vivía con su hijo en Schönbrunn, bajo la protección –más bien la vigilancia– de su padre. Siempre fiel, nunca pudo volver a ver a su marido. Su padre tenía proyectos para ella. Formaban parte de su revancha. En Viena, donde el nombre de Bonaparte era maldito, podía verse al príncipe Eugenio de Beauharnais, hijo del primer matrimonio de Josefina e hijo adoptivo, muy atento, de Napoleón. Nadie lo invitaba. Era un intruso: el emperador Francisco lo trataba sin ninguna consideración. El rey de Baviera, su suegro, el zar y, más discretamente, Metternich, intervinieron para suavizar ese rigor. Terminaron por conferirle algunos honores, pero ningún centinela montaba guardia frente a su puerta, y eso era muy humillante. El emperador Francisco lo repetía: la galaxia Bonaparte ya no provocaba temor. Eugenio y el zar solían pasear juntos, tomados del brazo, recordando a Josefina. Después de cuidar a la emperatriz hasta su muerte, el zar había ordenado rendirle los honores correspondientes: un gesto muy valorado por los bonapartistas. Alejandro I y Eugenio paseaban vestidos de civil: el primero, porque le resultaba más fácil para sus conquistas, y el segundo, porque no sabía qué uniforme usar. La policía austríaca lo seguía porque sospechaba que sus conversaciones con María Luisa ocultaban algún complot, quizás el secuestro del hijo de Napoleón. Pronto lo consideraron un espía hipócrita y mentiroso, y comenzaron a eludirlo.

El 5 de marzo de 1815, a orillas del Danubio, enterraron a Su Majestad el Carnaval, tras una última fiesta que clausuró dos meses de diversiones. Aún aletargada, Viena entró en el tiempo de cuaresma. Al amanecer, el emperador Francisco y el canciller fueron despertados por sus criados. ¡Napoleón se había evadido de la isla de Elba! Y había desembarcado cinco días atrás en Golfe-Juan. En su gabinete de trabajo, el emperador Francisco permaneció en calma. Le dijo a Metternich: “Si Napoleón quiere arriesgarse, es asunto suyo. El nuestro es garantizarle al mundo la tranquilidad que él perturbó durante tantos años. Vaya de inmediato a hablar con el emperador de Rusia y el rey de Prusia. Dígales que estoy listo para ordenarle a mi ejército que se dirija a Francia. Estoy seguro de que los dos soberanos estarán de acuerdo conmigo”.

Y el emperador maldijo el Tratado de Fontainebleau, según el cual su yerno no era un prisionero, sino un simple desterrado, y también a Luis XVIII, que no le había entregado a Napoleón los dos millones que este debía recibir. El “general Bonaparte”, como los ingleses lo seguían llamando, tenía así un pretexto: ¡el rey Borbón lo había traicionado!

La emperatriz María Ludovica debió guardar cama. La noche anterior, había organizado una velada teatral. Pero toda la vida vienesa estaba suspendida por esa interminable conferencia de paz. Por precaución, el emperador mandó llamar a su nieto, el rey de Roma, al Hofburg. Temía que

los bonapartistas, envalentonados por la fuga de Napoleón, raptaran a su hijo, y expulsó a los franceses que rodeaban al niño. No fue más que un comienzo. Lo más emocionante –y lo que más suele olvidarse– de los resultados del Congreso concernía a un niño de cinco años. El hijo de Napoleón era vienés. Esperando volverse austríaco.

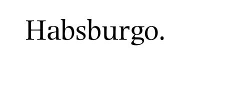
Talleyrand le aseguró al emperador: "Señor, el desenlace se producirá antes de tres meses".

Los Habsburgo vencieron en el Congreso de Viena

El 9 de junio de 1815, nueve días antes de Waterloo, pero después de tres meses de trabajos por fin libres de mundanidades, terminó el Congreso que, salvo algunas grandes excepciones, restableció el orden antiguo. Austria fue la gran vencedora: tras medio siglo de luchas, los Habsburgo triunfaron sobre la Francia revolucionaria e imperial. Recuperaron sus provincias perdidas, salvo los Países Bajos, Suabia, Brisgau y una parte de los Grisones. Les devolvieron Milán, Venecia e Iliria, les dieron Salzburgo y el Tirol. Sus territorios aumentaron de 640.000 a 668.000 kilómetros cuadrados y sus súbditos pasaron de 24 a 28 millones. Francisco I no renunció a una hegemonía a la que su familia estaba acostumbrada. Los Estados alemanes reemplazaron al antiguo Imperio electivo por una Confederación Germánica. Aunque esta nueva institución disponía de una Dieta federal en Fráncfort, el emperador de Austria era su presidente y reinaba, a título hereditario, sobre treinta y nueve Estados.

Otoño de 1815. El emperador Francisco I dejó sus invernaderos de Schönbrunn, donde el exotismo de las plantas rivalizaba con el de los pájaros, y decidió visitar sus dominios italianos, que habían estado en disputa durante tanto tiempo. María Ludovica lo acompañaba, ya que la victoria de su esposo era también la suya. En el baile que se ofreció en honor de la pareja imperial en Venecia, la joven resplandecía en su vestido de brocado, luminosa de perlas y diamantes, y sus hermosos cabellos negros recogidos en un peinado alto. Estaba radiante. Pero era una ilusión, porque era el maquillaje el que coloreaba sus mejillas y no era la humedad de la laguna lo que la hacía toser todas las noches. Su estado se agravaba. Volvió a ver a su familia, reinstalada en el trono de Módena. La emperatriz que había iluminado a Viena con su belleza, exhaló su último aliento en abril de 1816. El emperador era viudo por tercera vez y estaba transido de dolor como en cada duelo. ¿Era demasiado pedir que la dicha personal concordara con la recobrada gloria?

Al firmar su abdicación definitiva, el 22 de junio de 1815 en el Elíseo –allí lo habían aclamado–, Napoleón actuó en favor de su hijo, Napoleón II, sabiendo muy bien que esa cláusula de estilo no perduraría. Así como María Luisa había sido rehén de Bonaparte, su hijo era ahora rehén de los


Habsburgo.

12
Del despotismo familiar al despertar de las nacionalidades (1815-1848)

Había puesto en escena el Congreso de Viena. Hasta Talleyrand lo aplaudió. El siguiente espectáculo también era de su autoría y correspondía al apogeo del prestigio austríaco: Metternich fue el árbitro de Europa durante más de veinte años. Para convencerse, basta examinar un grabado expuesto en el Museo Municipal de Viena. Es de Godefroy y se inspira en el cuadro de Isabey titulado *Congreso de Viena*, que refleja una sesión intemporal de esos trabajos diplomáticos. En 1810, le encargaron a Isabey, que había sido pintor principal de Josefina, darle clases de acuarela a María Luisa. Llegó a Viena con Talleyrand. En medio de los veintitrés plenipotenciarios, de los cuales nueve ocupan sillas y sillones, puede verse al jefe de la Casa de Habsburgo. Un detalle fundamental: el artista no representó al emperador Francisco I como un soberano austríaco, sino como presidente de la Confederación Germánica. ¡Germánica! La palabra había recuperado su honor, como antes de 1806, como si Napoleón no hubiera existido cuando los personajes reunidos discutían precisamente sobre el futuro de sus efímeras conquistas. El príncipe de Metternich gozaba al mismo tiempo de la autoridad debida a sus funciones de canciller de un importante Imperio y de las prerrogativas que le otorgaba a su amo, el emperador, el título de monarca germánico. En una palabra: Metternich, el adversario político quizá más sutil de Napoleón, fue el organizador de la Europa liberada de Bonaparte. El príncipe estaba muy orgulloso de haber engañado al Usurpador con la trampa del matrimonio que lo haría entrar al círculo, prestigioso, de las dinastías respetables, forjadas por siglos de historia.

Por la voz de su canciller, el emperador Francisco I encarnó el conservadurismo triunfante, la extinción de las aspiraciones liberales y cierto equilibrio al contener a Prusia y Rusia. Lo que se llamaría “el sistema Metternich” estableció una concertación permanente y sistemática de las potencias, que prefiguró los organismos que unieron a las naciones a partir del siglo XX. Los Estados, nacidos o resucitados en 1815, ya no querían ser sorprendidos, sino informados con tiempo de cualquier intento de las “fuerzas de subversión” que surgieran entre sus vecinos. Querían evitar la contaminación de las “malas ideas”. El suegro de Napoleón (¡lo seguía siendo!) desempeñaba el papel de un gendarme europeo que, si bien privilegiaba la prevención, no excluía la represión, pero era el canciller quien vigilaba, por ser “el más leal de mis servidores y mi muy buen amigo”, según su soberano.

¿Por qué esas precauciones? Los Aliados temían la fragilidad de la

monarquía de los Borbones y el reinicio de una política de conquistas. Desde el 26 de septiembre de 1815, por iniciativa de Alejandro I, el Tratado de la Santa Alianza unía al zar de Rusia, al emperador de Austria y al rey de Prusia. Los tres soberanos (ortodoxo, católico y protestante respectivamente) se comprometieron, "en nombre de la Santa Trinidad", a respetar entre ellos las reglas de la caridad cristiana y a ayudarse mutuamente. Metternich, que podía permitirse todo, consideraba que esa convención era una nada diplomática. ¡Había dicho, con desprecio, que era una "nada sonora"! Y tras dos meses de dilaciones, el 20 de noviembre, nació la Cuádruple Alianza, que incluía a Inglaterra. Su signo particular era apuntar contra Francia. La Restauración estaba bajo vigilancia.

La vuelta a la estabilidad le permitió a Francisco I de Habsburgo-Lorena pensar, por última vez, en su felicidad personal. A fines de 1816, a los cuarenta y ocho años, el emperador-presidente se casó en cuartas nupcias. A pesar de todos sus esfuerzos, no podía vivir solo. La joven desposada, que tenía exactamente la mitad de su edad, se llamaba Carlota y era una princesa bávara. Para ella también era una revancha, ya que su primer matrimonio, con el príncipe heredero de Wurtemberg, se anuló por no haberse consumado. Era muy fea, pero simpática, y, lo más importante, tenía la robusta constitución de las campesinas de Baviera. Una valiosa cualidad para el viudo cuyas tres esposas habían tenido una salud deficiente. Al mirar a su nueva esposa, Su Majestad Imperial le deslizó a su edecán: "¡Al menos, con esta, no tendré un cadáver en los brazos dentro de pocos años!".

¡Era un inmenso cumplido! Al convertirse en una esposa Habsburgo-Lorena, Carlota aceptó cambiar su nombre por el de Carolina, mostrando así que le encantaba complacer a su marido. Rápidamente todos alabaron la prudencia y la bondad de la nueva emperatriz.

Pero ¿qué había sido de María Luisa? La mayor de los siete hijos de Francisco I incomodaba a la corte, como si fuera un reproche, molesto, a las maniobras de Metternich aprobadas por el emperador seis años antes. La infortunada soberana de los franceses, que había cedido ante una trampa política, no permaneció en Viena. Partió hacia los Estados que le había adjudicado el Congreso de Viena: el ducado de Parma y el de Piacenza, vinculado a él a partir de una decisión del papa Pablo II, un Farnesio, en 1545. Se encontraban en el corazón de Italia del Norte, que parecía un protectorado austríaco. Los vencedores de 1814 no habían querido que la emperatriz fuera a la isla de Elba. ¿Se lo impidieron realmente? Napoleón la esperaba. Incluso había hecho llevar a la isla, entre sus diez caballos preferidos, al caballo que había elegido en España, *Córdoba*, un pura sangre destinado a María Luisa. Cuando María Walewska desembarcó en la isla de Elba el 1° de septiembre de 1814, escondiendo al pequeño Alejandro y repitiendo "Es mi hijo", no mentía, pero la población supuso que se trataba de María Luisa y del heredero, algo que Napoleón, decepcionado, dejó creer

por algunas horas. Había mandado preparar un apartamento para María Luisa. Ella nunca llegó, pretextando, en sus cartas, que exasperaban al emperador desterrado, que su salud o el mal tiempo le impedían efectuar ese viaje. ¡Con Napoleón se podía hablar de todo, menos de salud y de las condiciones meteorológicas! Pero lo que más le dolía era la ausencia de su hijo, el rey de Roma. En un informe del 16 de febrero de 1815, el comisario inglés que vigilaba al ilustre exiliado describió el resentimiento del derrocado emperador, que le había dicho: "Me han quitado a mi hijo como se hacía antes con los hijos de los vencidos para dárselos a los vencedores. No existe, en los tiempos modernos, mayor barbarie".

Esto sucedió poco antes de la evasión de la isla de Elba, y aunque se trate de una razón muy accesoria para su fuga, no se puede descartar. Después de Waterloo, los vencedores de 1815 no necesitaron insistir con este tema ante el emperador para evitar malentendidos: Napoleón no volvió a ver ni a su hijo ni a la que había sido su esposa. Esta se dejó separar de su hijo.

María Luisa, que seguía siendo esposa de Napoleón, tenía un amante secreto

María Luisa, que no solía oponerse a las decisiones de su padre, partió, dócilmente, hacia el ducado de Parma sin su hijo. Para el gobierno austríaco, y según el deseo de los Borbones de Francia, no había que correr el riesgo de reconstituir en Parma una pequeña corte bonapartista que pudiera atraer a los nostálgicos. A esa tristeza de la joven se añadió una angustia: algunos prelados le comunicaron que, como el divorcio de Napoleón no estaba registrado oficialmente, él no había podido volver a casarse ni legalmente, ni en forma religiosa. ¡Según este argumento, María Luisa nunca había estado casada y menos aún era emperatriz de los franceses! Su padre y Metternich, furiosos al ver que su maniobra se ponía en duda, consultaron a otras autoridades religiosas y civiles para que confirmaran la validez del casamiento franco-austríaco. ¡De lo contrario, esos casamenteros se cubrirían de ridículo!

Era razonable que la joven estuviera muy perturbada. ¿Cuál era su situación? Tenía una sola certeza: ahora era la duquesa de Parma. Y una pregunta: ¿cuándo podría volver a ver a su hijo, establecido en Schönbrunn? El conde Adam de Neipperg era un elegante húsar, elegido personalmente por el canciller para escoltarla en calidad de edecán. Había perdido un ojo por un sablazo, pero era encantador y les gustaba a las mujeres. El camino de Viena a Parma era largo. En una noche tormentosa, el séquito de la duquesa debió buscar un refugio. El cielo desgarrado de relámpagos y los rayos fueron cómplices del edecán: se dedicó a tranquilizar a la joven duquesa abandonada que había atravesado experiencias tan duras. Sin ser bella, María Luisa tenía un hermoso cuerpo y era sensual: se

convirtió en la amante del conde Neipperg. Tuvieron dos hijos, pero guardaron el secreto. Se casaron en septiembre de 1821, después de la muerte de Napoleón. Sin embargo, ella reveló esa unión morganática tras el fallecimiento de Neipperg, en 1829. Recién entonces se lo confesó María Luisa a su padre. El emperador le respondió tranquilamente: “Me resulta imposible disimular ante usted el profundo dolor que me causa esta situación, una situación que ya no se puede remediar, pero que jamás debió existir, ni ante Dios, ni ante los hombres... El corazón de los padres contiene siempre mucha más indulgencia por las faltas de sus hijos que la que tienen los hijos hacia sus padres... Para concluir, debo decirle que me ha herido profundamente, pero soy su padre y mi cariño por usted la perdona y la absuelve”.

Francisco I tomó conciencia por fin de que había cometido un error al sacrificar a su hija. Su última esposa, la indulgente Carolina, apoyaba secretamente a María Luisa, pues comprendía su angustia y su confusión: ella le recomendó no dar a conocer a sus dos hijos “hasta que pueda hacerlo sin que los demás puedan hacer cálculos incómodos”. La corte de Viena estaba llena de arpías que no hubieran dejado de contar los meses para determinar, con una sonrisa vengadora, las fechas de concepción.

Luego, María Luisa se casó con el conde Charles de Bombelles, chambelán de la corte de Viena en 1834. Esos dos matrimonios no le hicieron olvidar el primero, porque en sus ducados de Parma, Piacenza y sus dependencias, ella mantenía en uso lo fundamental del código Napoleón. María Luisa era música, como la mayoría de los austríacos, y mandó construir, entre1821 y 1829, un teatro con una fachada clásica y dotado de una buena acústica. La duquesa reinante lo inauguró con una ópera de Bellini, *Zaira*. En Parma, la segunda esposa de Napoleón dejó el recuerdo de una soberana sabia y abierta a las artes, pero el juicio de la historia la criticó por no haberse reunido con Napoleón en la isla de Elba, ni haber compartido su exilio en Santa Elena. Sin embargo, cumplió en gran medida con su deber. Poco después de su boda con María Luisa, el emperador le había dicho, en tono divertido, a uno de sus allegados: “Querido mío, cásese con una alemana: ¡son las mejores esposas del mundo!”. En Viena, en la nueva Cripta de los Capuchinos reformada en 1961, su tumba es una de las menos visitadas. Ese sarcófago rectangular, de bronce, decorado con coronas de hiedra, está adornado en sus extremos con una cabeza de León que tiene un aro en sus fauces. Unos ramos de violetas son depositados regularmente sobre la sepultura de María Luisa, donde se observa una sencilla cruz latina y una inscripción que indica su identidad. La ciudad de Parma, agradecida por su excelente actuación, reclamó muchas veces el traslado de su cuerpo. Por ahora, debe conformarse con colocar flores en la tumba de la única archiduquesa de Habsburgo que se casó con un Bonaparte, fallecida en Parma en 1847.

Su relación con su hijo Francisco no podía ser fluida, porque el

emperador había decidido dejar a su nieto en Schönbrunn, bajo una estricta vigilancia. Para borrar hasta el menor recuerdo de su padre, el rey de Roma fue llamado, al comienzo, príncipe de Parma. Luego, en 1818, el emperador le confirió el título de duque de Reichstadt. Después de germanizar el nombre del hijo de Napoleón (¡qué revancha!), le prohibió al personal de su casa que le hablara en francés. A partir de ese momento, todos le hablaban en alemán y lo llamaban oficialmente "príncipe Francisco". No tenía acceso a publicaciones, gacetas, diarios ni libros en francés. Su universo era íntegramente germánico.

¿Eso significaba que el abuelo no amaba a su único nieto? Al contrario: el hijo de María Luisa era, según decían, el preferido, pero únicamente en un ambiente Habsburgo. Francisco I mandó que le confeccionaran un uniforme austríaco. El primero que había usado – en 1813, cuando los reclutas se llamaban a sí mismos con el nombre de su madre– era el de un húsar francés. De todos modos, el pequeño príncipe era tan encantador que toda la familia de Austria lo adoraba. Archiduques y archiduquesas lo mimaban. Era vivaz, bromista y jugaba con soldaditos de plomo de su abuelo en un rincón del gabinete de trabajo del emperador. La hermana menor de María Luisa, la muy cariñosa Leopoldina, pasaba horas con él. Lo llamaba "tesoro". El preceptor del "príncipe Francisco" le escribió a su madre: "Nada es más extraño y divertido que verlo en medio de sus tíos y tías, a veces caminando con un aire solemne y a veces corriendo entre ellos para hacer alguna travesura inocente".

Una complicidad –tal vez de parte de su tía Leopoldina antes de su partida hacia el Brasil– le permitió al duque de Reichstadt tener acceso en forma clandestina a la abundante literatura napoleónica y rendirle culto a su padre. Pero al crecer, el "príncipe Francisco" tuvo una nueva aliada en la corte: la archiduquesa Sofía, esposa, desde 1824, de Francisco Carlos, hijo menor del emperador. Ella era bávara, media hermana de la emperatriz Carolina y cuñada de María Luisa. El marido de Sofía no era demasiado brillante: su esposa, enérgica y organizada, era el motor de la pareja. Ella poseía la capacidad intelectual que le faltaba al archiduque. Temblaba ante la idea de las inepcias y las aberraciones que su pobre esposo podía proferir en sus interminables discursos. Para distraerse, iba a menudo al teatro y obtuvo la autorización de ser acompañada por el duque de Reichstadt, que era a su vez muy vigilado. El temor de que lo raptaran no había desaparecido. En Francia, los gobiernos de Luis XVIII y luego de Carlos X les habían sugerido a los Habsburgo que el hijo de Napoleón ingresara a un monasterio, para eliminar cualquier veleidad bonapartista. Sofía le llevaba seis años al "príncipe Francisco", que se había convertido en un joven encantador. Él estaba fascinado con esa mujer mal casada en nombre de la política. Cuando se enfermaba, lo que sucedía cada vez con mayor frecuencia, ella lo cuidaba, le hacía tomar los medicamentos, controlaba su fiebre o su palidez. Cuando recobraba su salud y la primavera era clemente,

paseaban con una fuerte escolta por el bosque vienés cercano a Schönbrunn, a veces, hasta un lugar cuyo nombre simbolizaría, sesenta años más tarde, una tragedia y un enigma: Mayerling… Un tierno afecto unía a este prisionero inteligente que jamás podría reinar ni en Francia, ni en Austria, y a la archiduquesa autoritaria pero atenta que, después de cinco años de matrimonio, aún no tenía hijos. Sofía se desesperaba con un esposo disminuido, tímido, sin carácter, pero a quien ella había hecho admitir en el Consejo para que tuviera algo parecido a una actividad. A principios de 1830, Sofía por fin se embarazó. El 18 de octubre, en una habitación tapizada de terciopelo rojo del ala derecha del castillo de Schönbrunn, la archiduquesa dio a luz a un varón. Era el futuro Francisco José, que llegó al mundo bajo un baldaquín bordado con 250 kilos de hilos de plata.

El hijo de Napoleón murió en la habitación que había ocupado su padre

En la noche del 21 al 22 de julio de 1832, el duque de Reichstadt se sintió mal. Un médico de la corte, bastante torpe, lo trató por una enfermedad del hígado, cuando se estaba muriendo de tuberculosis. En la habitación –la misma en la que su padre, victorioso, había dormido en 1805 y en 1809, y que había sido también la de María Teresa–, su madre y su tío Francisco se encontraban a su lado. María Luisa estaba arrodillada junto a una silla, al pie de la cama del archiduque. Atrás y al costado, el edecán del príncipe, un médico, un sacerdote, un sacristán, un general y un chambelán. Más lejos, estaba el resto del personal de la casa principesca. El joven (tenía veintiún años) recibió los últimos sacramentos. Algunos minutos más tarde, el moribundo agitó dos veces la cabeza sin poder pronunciar ni una palabra. A las cinco de la mañana, en una atmósfera sofocante, expiró. Según una leyenda, lo había distraído una pequeña alondra que volaba cerca de él. A pesar del sol que iluminaba ya el cuarto, los candeleros seguían encendidos. Un criado los sopló. El duque de Reichstadt fue embalsamado. El escultor Franz Klein, autor de un busto de Beethoven, esculpió la máscara mortuoria del príncipe en mármol: era conmovedora en su realismo, con los rasgos hundidos y devastados, los pómulos salientes y los músculos tensos.

Al recibir la noticia de la muerte de su querido “príncipe Francisco”, la archiduquesa Sofía cayó en un estado de postración. De toda la corte, ella fue, visiblemente, la persona más afectada, si se exceptúa a María Luisa, injustamente acusada de abandonar a su hijo. La esposa de Francisco Carlos no dejaba de llorar y lamentarse. Quince días antes, el 6 de julio, había dado a luz a un segundo hijo, Maximiliano, el desdichado futuro emperador de México. Curiosamente, se le secó la leche con la que lo estaba

amamantando. Durante semanas, la archiduquesa estaba irreconocible, inerte, agobiada. Su extraño comportamiento dio lugar a un incómodo rumor sobre el verdadero padre de Maximiliano. Ella llamaba al difunto con el mismo diminutivo que a su hijo mayor, Franzi.

En las manos expertas de Metternich, la liga de los príncipes cristianos era una herramienta eficaz de represión contra las aspiraciones nacionales y liberales en Alemania y en Italia. Pero este acuerdo que supuestamente debía prevenir los desórdenes en Europa estuvo minado por varios acontecimientos. Tras la defección de Inglaterra, en 1825, se produjo una sublevación griega contra el Imperio otomano en 1827 y la intervención de grandes potencias en las que Austria no participó. En la escena internacional, la Austria de Francisco I perdió fuerza en comparación con Francia, Rusia e Inglaterra, pero lo cierto era que a partir de su Congreso de Viena, dominaba Alemania e Italia. En la revolución de 1830, que expulsó a los Borbones del trono francés, los Habsburgo vieron en su sucesor Luis Felipe un monarca burgués, al estilo Biedermeier, que priorizaba el confort y la sencillez de la vida familiar. El mobiliario y la decoración dieron el tono. En Viena, el emperador aligeró el protocolo, recibiendo a sus súbditos los miércoles, en una audiencia simple. La corte y la ciudad parecían aletargadas, disfrutando del moka, del chocolate y de la pastelería. Era como si la capital, exhausta tras su interminable Congreso, se encontrara en una prudente convalecencia. Un solo elemento despertaba a los vieneses, hechizándolos: el vals. No existía el vals sin los Strauss, el padre y luego el hijo: esa dinastía que acompañó a los Habsburgo y los sobrevivió. Hasta su aparición, la danza consistía en una sucesión de figuras a menudo severas. El minué era un esquema rígido, la cuadrilla una travesía por el salón y el galop, una carga de caballería sin caballos. Después de esos bailes distantes, aburridos, repetitivos y obligatoriamente grupales, el vals, obviamente vienés, ofrecía un espectáculo original. Un hombre y una mujer tenían derecho a abrazarse, a mezclar sus miradas y deslizarse, muy cerca uno del otro, en un mismo torbellino. ¡Increíble, la audacia de un hombre enlazando la cintura de una mujer! ¡Impensable, la réplica de una mujer que unía su mano enguantada a la de su pareja de baile! El vals fue la primera revolución vienesa del siglo XIX. El emperador dio la orden de que abriera y cerrara todos los bailes de la corte. Era imperial sin dejar de ser popular. Inventado por Josef Lanner antes del Congreso de Viena, hizo en él su verdadero debut. Gracias al vals, el Congreso se divirtió y bailó. Luego, el extraordinario Johann Strauss padre lo sublimó y lo convirtió en un formidable medio de mezcla social, introduciendo sus maravillosas melodías en todos los ambientes, para todas las edades, tan animado en el piano como bajo los arcos de los violines.

Detrás de ese arte de vivir que se haría legendario, el emperador vivió un drama: el de su sucesión. Su hijo mayor, Fernando, nacido dos años después de María Luisa, era epiléptico. A veces hundía su enorme cabeza en un

cesto de papeles o rodaba por el piso, y otras veces pasaba horas frente a la ventana de su escritorio, donde, en teoría, era rey de Bohemia y Hungría. Sufría de deficiencia mental, tartamudeaba, y desesperaba a sus preceptores y a sus edecanes. Según sus médicos, el archiduque estaba condenado a no casarse ni procrear, y por lo tanto, no podía cumplir su función monárquica. Esa era, al menos, la opinión de su padre, para quien solo su hijo menor, Francisco Carlos, podía garantizar el futuro, pues ya tenía dos hijos, Francisco José y Maximiliano, y su esposa, Sofía, había recobrado el equilibrio y el sentido común después del terrible trauma de la muerte del duque de Reichstadt. Pero en ese país en el que triunfaría el delicioso género de la opereta, el amor y sus fraudes (la razón de Estado, el interés) desempeñarían un importante papel. Llegaron algunos meses antes, disfrazados por los cálculos de Metternich.

Metternich, árbitro de Europa, seguía siendo un agente matrimonial

El todopoderoso canciller tenía enemigos, en particular dos hermanos del emperador, los archiduques Carlos y Juan, nacidos respectivamente en 1771 y en 1782. En razón de la incapacidad de sus sobrinos, podrían ser convocados para el Consejo de Regencia y librarse de Metternich. Para evitar esa caída en desgracia, y ante el asombro general, Metternich propuso casar a Fernando. Acompañado por una esposa, causaría una impresión más aceptable que estando solo. Y Metternich seguiría siendo indispensable para el trabajo de gobernar, como lo era desde hacía más de veinte años.

Como estaba acostumbrado a descubrir princesas dispuestas al sacrificio, el príncipe de los casamenteros propuso la candidatura de María Ana de Saboya. Desprovista de encanto y muy virtuosa, la joven ni siquiera fue consultada. En la noche de fin de año de 1831, durante la cena familiar en torno a la pareja imperial, la miniatura de su rostro, que circuló de un invitado al otro, provocó tal hilaridad y comentarios tan groseros de los hermanos del emperador Francisco que la archiduquesa Sofía “se ruborizó hasta en el blanco de los ojos”. La infortunada novia temblaba cuando miraba a Fernando y cuando le hablaba. En la ceremonia nupcial, el emperador, consciente del desastre, solo tuvo fuerzas para decir: “Que Dios se apiade de nosotros”.

El estado de Fernando no hacía más que empeorar: en cada crisis de epilepsia, una enfermedad todavía poco conocida en esa época, creían que estaba a punto de morir, pero sobrevivía. Sin duda, él era absolutamente consciente de su estado y lo único que temía era dar un espectáculo. Por pudor, permanecía casi siempre encerrado en sus aposentos y solo manifestaba sus desvaríos frente a la pobre María Ana. También debe

citarse la novelesca boda del archiduque Juan –una de las ovejas negras del canciller–, que él había tratado de impedir. Este decimotercer hijo de Leopoldo II y cuarto hermano del emperador Francisco I había ejercido importantes puestos en las coaliciones contra Francia: había combatido a Napoleón. Luego se estableció en Estiria. En Bad Aussee, se enamoró de la encantadora Anna Plochl, hija del maestro de postas de caballos. El emperador se opuso a su casamiento, pero la población apoyó al archiduque, que terminó por casarse con Anna casi clandestinamente en 1827, en el pabellón de caza que él había mandado acondicionar en Brandhof. Su hermano le explicó que esa unión era morganática y que, por lo tanto, sus hijos no pertenecerían a la dinastía. Luego, fascinado con su cuñada, le otorgó el título de condesa de Merano. Ella estaba encantada y, al ver que su primer hijo tenía el famoso labio Habsburgo, no dejaba de repetir a quienes quisieran escucharla: "¡Eso, al menos, solo se lo debe a su padre!".

Finalmente, a fuerza de casar a sus príncipes, el propio Metternich sucumbió al matrimonio. ¡Dando el mal ejemplo! Antes de ser el rey no coronado de Austria, Klemens Wenzel Nepomuck Lothar se había casado, gracias a la astucia de su madre, con la nieta de Kaunitz, el canciller de María Teresa. A los veintidós años, esa unión le había permitido al aristócrata renano, a quien los bandidos *sans-culottes* le habían confiscado sus bienes, acceder a una posición envidiable. La dote de María Eleonora, de diecinueve años, la convertía en la esposa ideal para un buen saneamiento financiero. Ese dinero compensaba la falta de belleza de la joven y le abrió a su marido las puertas, estrechas, de la alta sociedad vienesa. Aunque sus cualidades de diplomático cultivado y funcionario hostil al caos revolucionario eran notables, su matrimonio lo ayudó mucho en su larga carrera. En 1827, viudo a los cincuenta y cuatro años, el canciller imperial se casó en segundas nupcias con Antonia Leykam, hija de una bailarina de la Ópera. El matrimonio duró quince meses, porque Antonia murió al dar a luz. Como su emperador en circunstancias similares, el príncipe quedó destruido, pero volvió a casarse por tercera vez. Su nueva esposa, que había sido la condesa Melanie Zichy, conocía perfectamente Viena, Praga y Buda. Eso era muy útil. El gabinete de trabajo de Su Excelencia se convirtió en el escenario de una comedia satírica. El canciller tenía siempre frente a él un retrato de su segunda esposa, con un vestido blanco y un ramo de violetas en la mano. "La nueva princesa de Metternich mandó pintar su propio retrato con un vestido de baile y todos sus diamantes, y lo hizo colgar en la pared, detrás del escritorio. Un día que su marido estaba ausente, ordenó cambiar de lugar los dos retratos. Cuando Metternich volvió, restituyó el orden anterior".

¡El canciller odiaba el desorden, en todos los terrenos!

El invierno de 1835 fue muy frío. A los sesenta y siete años, el soberano murió de neumonía. Hay que recordar que había sido dos veces emperador, el último germánico y el primero de Austria. Circulaba en Viena una

anécdota graciosa, pero que no era una broma. Poco después del Congreso, el emperador, que padecía una bronquitis, fue examinado por su médico. Este lo tranquilizó diciendo que tenía una “buena constitución”. Al oír esa palabra, el monarca montó en cólera. “¡Yo no tengo constitución y nunca la tendré!”. Había reinado como un monarca absoluto, estableciendo una importante burocracia, una vigilancia policial y una fuerte censura a la prensa. Decía que todo eso había evitado que los austríacos se contaminaran con las consecuencias de las revoluciones de París y Bruselas de 1830. Francisco I había restaurado la alianza entre el trono y el altar. Los obstáculos administrativos no habían evitado una primera toma de conciencia de las identidades en el seno de los Estados del Imperio. En 1833, Hungría consiguió que se autorizara el uso del idioma magiar en las discusiones parlamentarias. A pesar del control del Estado sobre muchos sectores, se produjo un desarrollo económico y cultural: se estimularon las artes, las ciencias y las innovaciones técnicas, así como los ferrocarriles, la navegación de vapor por el Danubio y los primeros faroles a gas en las calles de Viena. Cuando le propusieron a Su Majestad iluminar la Cripta de los Capuchinos, el emperador lo rechazó. Para fantasmas, incluso ilustres, bastaban las velas. En cambio, al pretender que Austria fuera el dominio privilegiado de los austríacos, el emperador no había calculado toda la importancia del Zollverein, la unión aduanera alemana instituida bajo la conducción de Prusia en 1834. Ese esbozo de unión económica que anunciaba una unión política, se organizó fuera de Austria. Los Habsburgo-Lorena estaban excluidos. La paz, tras veinticinco años de guerra, y el desarrollo para unos, el inmovilismo y el ahogo para otros. Con Metternich, la legitimidad era más importante que las nacionalidades, pero Austria volvía a existir. Había tomado su revancha.

Fernando I, el incompetente, le dejó el poder al valioso canciller

Lo llamaban Fernando el Bueno. Era una gentileza. El Retrasado hubiera sido más exacto. Hay que imaginar la manera en que el nuevo soberano encarnaba la dinastía. En familia, ese hombre de cuarenta y dos años era encantador, distraía a sus sobrinos y, entre dos crisis, siempre estaba bien dispuesto. Entonces aparecía lúcido y era consciente de sus limitaciones. Por momentos, se destacaba por su valentía. A veces, con la mayor tranquilidad, iba solo –al menos, así lo creía– al Prater. Quería pasear sin escolta, como una persona común, aunque estaba muy atento a los saludos de los transeúntes que reconocían a Su Majestad. Lo seguían enfermeros vestidos de criados. Pero en los actos oficiales y las ceremonias, cuando la epilepsia sacudía su cuerpo, dos o tres personas lo ayudaban a mantenerse de pie, a subir y bajar escaleras, y a sentarse. Para volver a levantarse, el

desdichado se aferraba a sus edecanes.

Su hermano menor, Francisco Carlos, hubiera ofrecido un espectáculo menos penoso y degradante para la familia, pero Metternich había insistido en respetar la sucesión por primogenitura masculina. A pesar de sus limitaciones, el emperador podía dirigir el Consejo de Regencia, porque, en su testamento, Francisco I había designado a otros dos regentes: el archiduque Luis, penúltimo hermano del difunto, y el conde Kolowrat. Eran dos adversarios del canciller, sobre todo en el terreno de la política interior, pero lo fundamental subsistió: el "sistema Metternich" daba resultado. Remediaba las carencias del monarca.

Sin embargo, la defensa del orden establecido dejó de ser eficaz en un ambiente europeo en efervescencia al que Austria era cada vez menos impermeable. En 1845, la oposición húngara se alzó contra la reforma que tendía a reducir los condados a simples engranajes administrativos. En febrero de 1846, los campesinos rutenos se rebelaron contra los propietarios polacos. En noviembre, el Imperio de Austria anexó a la república de Cracovia, último vestigio de la Polonia independiente. Bajo la inspiración de aristócratas de ideas generosas, como Deák, Széchenyi, fundador de la Academia de Pest desde 1825, el barón Eötvös y Kossuth, creador de *La Gaceta de Pest* en 1841, se produjo un renacimiento magiar. También hubo un renacimiento croata con Gaj y un renacimiento checo con el historiador Palacký, el filólogo Šafárik y el poeta Kollár. En 1847, la Dieta húngara presentó un programa liberal opuesto al absolutismo de Viena. Los serbios y los rumanos también tomaron conciencia de su individualidad nacional: los ayudó en esto la creación de una gran cantidad de sociedades científicas dedicadas al estudio de las culturas tradicionales y a la elaboración de lenguajes literarios modernos, difundidos por una prensa que estaba en los inicios de su desarrollo. En cada uno de los Estados que componían el Imperio, la exaltación del sentimiento patriótico surgía como la mejor manera de suscitar una adhesión popular en todas las formas de resistencia al poder central. Metternich era el escudo de los Habsburgo. Frente a esas reivindicaciones, se habría necesitado un soberano atento, abierto, bien informado: en una palabra, presentable. El problema austríaco era ante todo un problema de familia. Pero con Fernando, el prestigio imperial estaba afectado, y las recetas de Metternich tenían el gusto amargo de la ceguera. En el momento de entrar en la vida política como diputado en el Landtag de Prusia, Bismarck, que analizó la habilidad de Metternich, señaló que este "cortaba a los pueblos en pedazos como si fueran bragas viejas".

Es difícil conjeturar qué habría sucedido en Viena, Praga y Buda sin la revolución de París. La noticia de la caída de Luis Felipe –el rey de los franceses huyó el 24 de febrero de 1848– repercutió ante todo en Hungría. El 3 de marzo, Kossuth reclamó un ministerio responsable y logró que la Dieta votara un programa de reivindicaciones. Luego, en Praga, el 11 de

marzo, algunos escritores y universitarios reclamaron la igualdad entre los checos y los alemanes, así como la reconstrucción del reino de Bohemia. Dos días más tarde, el 13 de marzo, la fiebre llegó a Viena y se levantaron barricadas. Metternich estaba sorprendido: estalló la inesperada revolución. Reclamaba su despido. Ante esa insurrección, el canciller huyó a Inglaterra y luego se instaló en Bruselas.

Es importante aclarar que, en ese preciso momento, la insurrección no era principalmente contra los Habsburgo, ni contra la monarquía. Apuntaba al inflexible y obtuso jefe del gobierno. Su nombre concentraba todas las protestas. Los estudiantes eran revolucionarios letrados: ¡exigieron su partida en latín escribiendo "*Pereat Metternich!*" ("¡Que perezca Metternich!"). A la entrada de la Catedral de San Esteban, un cartel llamaba a la población: "¡Vieneses, liberen a su buen emperador Fernando de los impedimentos de sus enemigos!".

¿Cuál fue el error del hombre que había gobernado sobre Europa, el Imperio de Austria y su esfera de influencia? El desgaste del poder (casi treinta años) no lo explica todo. Ese representante de la cultura europea prerrevolucionaria no había tenido en cuenta las transformaciones económicas y sociales, porque eran ajenas a su sistema de pensamiento. Ignoró la irrupción de una fuerza nueva e incontrolable: la opinión pública. Y tampoco tomó conciencia de que se iniciaba una era que podríamos llamar de comunicaciones, en todos los sentidos del término, desde el telégrafo hasta los ferrocarriles. El anciano canciller creía que la burguesía de Viena, que adhería al liberalismo, era ingrata y olvidaba los beneficios de la confortable paz. Dos días después de su precipitada partida, el 15 de marzo, el emperador Fernando, súbitamente presente después de haber estado tan "ausente", otorgó la libertad de prensa, creó una guardia nacional y le prometió una Constitución a Austria. El monarca aprovechó el alivio que se experimentaba tras la eliminación de Metternich. Se mostró en las calles de Viena con su hermano Francisco Carlos y su sobrino Francisco José, que tenía dieciocho años: fue aclamado, saludó y le agradeció al pueblo entre sollozos. Incluso pudo verse una escena muy excepcional, habitualmente reservada a los vencedores de grandes batallas: los vieneses desengancharon los caballos de la carroza imperial y la empujaron hasta el Hofburg cantando el himno nacional *Dios salve a nuestro emperador*.

La revolución instaló a un emperador de dieciocho años: Francisco José

Pero solo fue un respiro. Pronto, el monarca fue sumergido por la ola de reivindicaciones, incluso detrás de los Alpes. El 18 de marzo, el reino lombardo-veneciano se sublevó contra la ocupación austríaca. Con el

acuerdo de Viena, el conde Batthyány constituyó, el 22 de marzo, y presidió, el 7 de abril, el primer verdadero ministerio húngaro que, el 11 de abril, dotó a Hungría de una Constitución. En medio de esa efervescencia, los húngaros no reclamaron un estatus autónomo porque necesitaban el apoyo austríaco para dominar a las minorías no magiares. El 23 de abril, se les otorgó a los Estados no húngaros del Imperio una Constitución, que imitaba a la Carta belga. ¿Bastarían esas concesiones institucionales para apaciguar las tensiones en Europa central? No, porque el eco de la segunda revolución de 1848 en Francia, la de junio, fue inmenso. Y como en París, el ejército reprimió a los insurgentes. En Praga, el general Windischgrätz, gobernador militar de Bohemia, no tenía fama de liberal. Ese brillante soldado –fue oficial de lanceros a los diecisiete años y luchó contra Napoleón– se había escandalizado por la dimisión (forzada) y la posterior huida de Metternich. Consideró que era una mancha para el honor de Austria y el prestigio de los Habsburgo. Estaba listo para encarnar la contrarrevolución. "Si no es por la gracia de Dios, que sea por la del cañón", dijo. Cumplió su palabra. El 17 de junio, el general bombardeó Praga, donde se realizaba un congreso paneslavista inmediatamente disuelto: su Comité Nacional fue expulsado y sofocaron la revolución de Bohemia, pero en el caos, murió la esposa de Windischgrätz, nacida como Leonor de Schwarzenberg. El 12 de julio, Kossuth le pidió a la Asamblea húngara la formación de un ejército nacional. Diez días más tarde, en Viena, se abrió un Parlamento Constituyente. Esta palabra les recordó a los Habsburgo la Constituyente y la Revolución francesa: la familia imperial se asustó y se refugió en Innsbruck, porque el Tirol era básicamente monárquico y adhería a la dinastía desde hacía siglos. Esa partida fue mal interpretada. En Viena, que tenía alrededor de 220.000 habitantes (y setenta fabricantes de pianos), se presentó una petición con más de 80.000 firmas para rogarle a Fernando que regresara a su capital. Como Windischgrätz les aseguró que reinaba el orden, los Habsburgo volvieron. Durante ese atormentado verano, Austria vacilaba entre dos corrientes. ¿Debía ser "alemana", uniéndose a Prusia en razón de la comunidad lingüística, o, por el contrario, solo "austríaca", uniéndose a todos los pueblos danubianos vinculados a los Habsburgo? En una palabra: ¿cuál sería la identidad de la *Mitteleuropa*, esa Europa central a veces vehículo de invasiones y conquistas, y otras, freno para los imperialismos obstinados?

La agitación continuó. El 26 de julio, los húngaros rompieron con Viena y organizaron la lucha contra Austria. Pero este aparente gobierno austríaco sacó ventajas de los disensos entre las diferentes etnias que vivían en Hungría: eslavos, alemanes y magiares. El archiduque Francisco José observaba atentamente los enfrentamientos entre las minorías, la eterna pesadilla imperial. En septiembre, Kossuth tomó la dirección de un Comité de Defensa: el comisario real enviado por Fernando fue asesinado en Pest. En Viena, el Parlamento abolió el sistema feudal y declaró a los campesinos

propietarios de sus tierras. En octubre, se reiniciaron los motines en la capital y la corte volvió a huir, eligiendo para refugiarse la sólida fortaleza de los arzobispos de Olmütz, segunda ciudad de Moravia. En Viena, el detestado ministro de Guerra, símbolo del gabinete Metternich, fue colgado de un farol. Algunos hablaron de una "revolución democrática". A fines de octubre, Windischgrätz obtuvo el mando de todas las fuerzas armadas fuera de Italia, plenos poderes y su bastón de mariscal. El 31, tras encarnizados combates, entró en Viena, llevó a cabo una enérgica represión y logró la capitulación de los insurgentes. El ambiente era tenso y obligó al Parlamento austríaco a sesionar en la residencia de verano de los príncipes-arzobispos de Olmütz, en Kremsier, siempre en Moravia.

Pero había que instalar un equipo que tuviera la confianza popular y fuera respetado, en la tradición dinástica. El 21 de noviembre, Windischgrätz habló con la emperatriz e hizo nombrar al príncipe Félix Schwarzenberg, su cuñado, en el cargo de primer ministro. Era urgente. Faltaba resolver la cuestión, mucho más delicada, del emperador. Los esfuerzos de Fernando y de su hermano Francisco Carlos fueron patéticos, lamentables y peligrosos para la monarquía en esos tiempos de sueños republicanos. La insurrección había expulsado a Metternich: no debía expulsar a los Habsburgo. Francisco Carlos aceptó renunciar a sus derechos. Esos solo podían salvarse mediante la entronización de Francisco José, joven, sano, sólido y equilibrado.

En el brumoso amanecer, la familia imperial se encontraba reunida en los aposentos de Fernando. La maestra de ceremonias era su cuñada, la archiduquesa Sofía, esposa de Francisco Carlos. Sus cuatro hijos –el último, Luis Víctor, tenía apenas seis años– estaban de uniforme. La enérgica Sofía, con un magnífico vestido de gala de muaré blanco, sostenía una rosa de diamantes. Usaba el collar de turquesas y diamantes que le había regalado su marido para el nacimiento de su primer hijo, Francisco José, en 1830. Dieciocho años y tres meses y medio más tarde, él era la única esperanza de la familia para salvar la dinastía.

A las 8 de la mañana, con la voz entrecortada por la emoción, el emperador, su tío, leyó el acta de su abdicación en favor de ese sobrino al que amaba. Francisco José estaba de rodillas. Fernando lo bendijo con la señal de la cruz y posó sus dos manos sobre su cabeza. Después de este advenimiento sin ningún boato, casi clandestino y en el exilio, lejos de Viena, el nuevo emperador se incorporó para oír este consejo de Fernando: "Condúcete bien y sé valiente: Dios te protegerá".

Un silencio impresionante siguió a esta recomendación: Franzi se había convertido en Francisco José. Muy pálido, abrazó a su madre: había envejecido de golpe. Frente a Sofía, muy conmovida pero muy orgullosa de esa revancha, el joven exclamó, hablándose a sí mismo: "¡Adiós a mi juventud!".

Luego, la emperatriz Carolina, muy eficaz en esa dolorosa circunstancia,

y Sofía abrazaron y besaron a Francisco José. Era un triunfo para Sofía porque, desde hacía muchos años, creía que su hijo era el único que podía restaurar el disminuido prestigio de la familia. ¿Alguien notó que el joven emperador accedía al trono el 2 de diciembre?

Una fecha imperial…

13
Francisco José, soberano por deber (1848-1916)

Febrero de 1849. Dos meses después de la entronización de su hijo como emperador de Austria, la archiduquesa Sofía le dijo al poeta tirolés Walpurga Schindl: "Le ofrezco a Dios la angustia de una madre, porque ver que pesa sobre un hijo de apenas diecinueve años el enorme peso de todo un Imperio es una dura prueba para el corazón de una madre".

La breve y muy modesta ceremonia le había provocado una fuerte migraña y vómitos por la noche, pero su orgullo, por fin satisfecho, fue el más eficaz de los remedios. Leyó y releyó la reconfortante carta del zar Nicolás I: "La situación es realmente difícil: pocos príncipes tuvieron que empezar en circunstancias tan críticas. Pero por lo que oí, este joven posee cualidades que garantizan que sabrá mostrarse a la altura de la situación".

El rey de Prusia, Federico Guillermo IV, fue menos cálido y más político cuando escribió: "Prusia y Austria deben caminar de la mano". Esos dos monarcas reinaban sobre Estados en los que el joven emperador de Austria debería imponerse, como aliado o adversario.

Su toma de conciencia fue real: se haría cargo de una tarea abrumadora, pero jamás olvidaría las condiciones humillantes de su acceso a la corona imperial, frente a su familia y los criados, lejos de Viena, en ausencia del pueblo. *In extremis*, en la urgencia, se había puesto a salvo la vacilante monarquía de los Habsburgo en el corazón de una Europa en ebullición: su nuevo jefe estaría marcado, hasta la ceguera, por la idea del deber. Suceder a un tío con limitaciones intelectuales y tomar el lugar de un padre deficiente era doloroso. Pero la valentía era la armadura de Francisco José. Había jurado tenerla el 18 de agosto de 1843, el día de sus trece años, cuando escribió en su diario: "Hoy, en el umbral de mi decimocuarto año y como oficial, me comprometo firmemente a no mostrar nunca temor y no decir nunca una mentira".

Durante toda su vida, personal y pública, enfrentaría los problemas. Así comenzó un reinado comparable en importancia y en duración a los de Luis XIV y Victoria, también en la unión de dos siglos. Inmediatamente después de su nacimiento, en Schönbrunn, su padre había anunciado que para cada salida del archiduque, había que uncir a su carroza por lo menos seis caballos. Austria estaba en paz. Ahora, el emperador, al frente de un Estado al borde del derrumbe, amenazado por diversas sediciones, estaba obligado a ser permanentemente un soldado. El uniforme sería su vestimenta favorita y sus apariciones con ropa civil serían excepcionales. Pero hasta una edad avanzada se vistió con el atuendo tradicional de los montañeses: pantalón corto de piel, chaqueta de fieltro, una pluma en el sombrero. Había recibido su bautismo de fuego contra los sardos unos ocho

meses antes, el 6 de mayo de 1848, en la batalla de Santa Lucía. Una túnica blanca bordada con un cordón rojo y oro, un pantalón rojo con bandas doradas, cinturón dorado, bicornio con un penacho de plumas verdes: así aparece en su primer retrato oficial, obra de Anton Einsle, pintor de la corte. Cuando se habla de Francisco José, se lo imagina siempre como un emperador prematuramente envejecido por sus largas patillas blancas y su calvicie, como abrumado por el peso de los dramas. Al principio de su reinado, era un hombre atractivo, de cuerpo delgado y delicado. Cabello de color caoba, grandes ojos azules, el rostro alargado y fino, milagrosamente exento de la característica mandíbula familiar, aunque sus labios eran gruesos: el emperador daba la impresión de un hombre robusto y decidido, siempre dueño de sus emociones. Había resistido una epidemia de tifus, su ritmo de trabajo era asombroso y su energía, heredada de su madre, llamaba la atención. Esto le valió la estima popular. Tenía una inteligencia media, era fundamentalmente bueno y estaba más orientado a la acción que a la reflexión. Ante todo funcionario de su Imperio, el joven soberano se apoyó en las dos columnas imperiales que eran el ejército y la Iglesia. Histórica y geográficamente, Francisco José estaba en medio de una Europa en gestación y sabía que lo esperaba una tarea imponente.

Llegó al poder al final de un período que se calificó como *Vormärz* ("pre-marzo"), en alusión a las jornadas insurreccionales de marzo de 1848. Habían quedado atrás los tiempos apacibles y el letargo, porque la situación política y militar era compleja. El auge de los nacionalismos tendía a desmembrar el Imperio, con el peligro de desequilibrar a Europa y poner en riesgo su seguridad. Por diferentes motivos, Francia, Inglaterra y Rusia estaban de acuerdo en considerar, según la expresión de Palmerston, primer ministro de la reina Victoria, que "sería imposible reemplazar a Austria por pequeños Estados". Un Imperio de Austria era una necesidad, pero nadie tenía más conciencia de ello que Francisco José. Había sido educado en esa idea, y estaba imbuido de su vocación de príncipe "germánico" y de sus obligaciones hacia los pueblos del Imperio. Durante sesenta y ocho años, cumplió con su misión.

Muy pronto, se resquebrajó el barniz liberal de la Primavera de los Pueblos y las reivindicaciones nacionalistas chocaron contra una terrible represión. Schwarzenberg había sido muy claro: "Luego seremos clementes. Por ahora, debemos ahorcar un poco". Y el arzobispo de Viena, monseñor Rauscher, había anunciado, con una caridad cristiana muy relativa: "El silencio de los muertos y de los ahorcados es una garantía para el desarrollo del reinado". Las rebeliones de Italia habían sido reprimidas por un viejo mariscal, Joseph Radetzky, proveniente de la muy antigua nobleza de Bohemia. A los ochenta y dos años, el 25 de julio de 1848, había salido de su retiro para vencer al rey Carlos Alberto de Piamonte-Cerdeña en Custoza. Su entrada triunfal a Milán, glorificada por Johann Strauss padre con su popular *Marcha de Radetzky* –aún hoy se toca esta Marcha en el

tradicional concierto de fin de año de Viena–, fue la primera expresión de la consolidación del poder imperial contra las fuerzas revolucionarias. El escritor Franz Grillparzer le dedicó al mariscal una frase que se hizo inmediatamente célebre: “¡Austria está de tu parte!”.

El 4 de marzo, el emperador hizo promulgar una Constitución que estableció la unidad indivisible de la monarquía. Había un solo Estado: Austria. Hungría estaba asociada en calidad de tierra de la corona, mientras que Lombardía y Venecia eran provincias. En la práctica, el texto, utópico, fue rápidamente dejado de lado por sus dificultades de aplicación. Pero quedó el espíritu. El 12, el rey Carlos Alberto de Piamonte, cediendo a la presión de los patriotas italianos, reanudó las hostilidades. Radetzky lo venció en Novara el 23: esto provocó la derrota total del ejército piamontés y les restituyó a los Habsburgo, junto con Lombardía-Venecia, su posición de fuerza en Italia del Norte. Como reacción, Kossuth, refugiado en Debrecen, hizo votar la caducidad de los Habsburgo por la Dieta de Pest y la independencia de Hungría el 14 de abril. El mismo Kossuth se negó a reconocer las pretensiones de los serbios, croatas y rumanos sometidos a los magiares: una falta de generosidad que sería utilizada por la Casa de Habsburgo. La represión austríaca más dura tuvo lugar en Hungría. En mayo, Schwarzenberg, considerándose capaz de mantener el orden desde Milán hasta Venecia y en los Estados alemanes bajo su autoridad, le pidió a Francisco José que aceptara la ayuda del zar para dominar a los rebeldes húngaros. Nicolás I no le ofreció su apoyo por amor a Austria, sino porque temía que el movimiento se trasladara también a Polonia, cuando Rusia, principal beneficiaria de la última partición en 1815, estaba presente allí.

Nicolás I merecía su apodo de “zar de hierro”: envió 150.000 hombres.

A los diecinueve años, Francisco José era considerado un verdugo por los rebeldes

Por su parte, Windischgrätz podía contar con el gobernador Jellachich, que le ofreció el apoyo de sus croatas. Entre los ejércitos austríacos y rusos, la resistencia húngara era heroica pero desesperada. Kossuth, pequeño propietario rural que había despertado la conciencia húngara y fue nombrado ministro de Finanzas, se refugió en Turquía, y Görgey capituló en Világos el 14 de agosto. Batthyány, primer presidente del Consejo húngaro, fue pasado por las armas, mientras que trece generales agonizaron en el extremo de una cuerda, en Arad. Al enterarse de esas ejecuciones, el zar, que había reclamado “un severo castigo para los cabecillas e indulgencia para los extraviados: única manera práctica de lograr una paz duradera”, se manifestó ofendido por ese exceso de celo. Como los húngaros dudaban de su sinceridad, Nicolás I confirmó su indignación diciendo que “las condenas a muerte de quienes no se

rindieron a nuestro ejército son una infamia y un insulto para nosotros".

Francisco José, que también estaba molesto, recordó que había pedido que se usara el derecho de gracia y que toda condena a muerte fuera aprobada antes por su gabinete. Algunos generales austríacos que habían olvidado ese procedimiento porque se consideraban a sí mismos los salvadores de la monarquía, fueron inmediatamente despedidos, entre ellos el general Haynau. Pero el mal estaba hecho, y "Francisco José dio la impresión de ser un verdugo, cuando aún no tenía veinte años", según afirma Raymond Chevrier. El emperador era muy puntilloso y quería estar informado de los menores detalles –ese sería siempre su método–, pero en el comienzo de su reinado, estaba obligado a confiar en su entorno. Era un principiante particularmente aplicado, pero un principiante al fin. El mecanismo infernal de la represión en Italia y en Hungría se agravó en ese año de 1849. Secuestros, confiscaciones, encarcelamientos, ejecuciones: nadie pudo escapar a la contrarrevolución, ni siquiera la aristocracia que se había atrevido a desafiar a Viena. Schwarzenberg, que quería apagar con urgencia ese incendio insurreccional, resumió fríamente su política: "La base del gobierno es la fuerza, no las ideas". El ejército austríaco, que contaba con 600.000 hombres, derrotó a todos los que tenían demasiadas ideas o, más exactamente, una sola: ser libres. La frágil monarquía, renovada gracias a la juventud de Francisco José, consideró que esos focos de rebeldía eran demasiados para ser espontáneos. Los nacionalismos no se habían serenado: solo estaban acallados. Lo más grave era que cada minoría defendía solo sus tradiciones y su idioma, aunque molestara a las demás. Una torre de Babel en ebullición.

Pero la situación era también el reflejo de acontecimientos externos. La revolución europea, que había partido de París, duró poco. En Francia, la II República estaba moribunda y Luis Napoleón Bonaparte, el astuto príncipe-presidente, después de servir al régimen, empezó a servirse de él. El impulso se convirtió en un freno. Para algunos, la esperanza se quebró por la reacción; para otros, la anarquía había sido dominada por el orden. La existencia de Austria fue puesta en riesgo por Prusia, que, gracias a la unión aduanera alemana que agrupaba a treinta y cinco Estados, gozaba de una buena situación económica. Francisco José trató de recuperar su supremacía sobre Berlín, una iniciativa que se insertaba en un contexto familiar. En efecto, la esposa de Federico Guillermo IV de Prusia era hermana de la archiduquesa Sofía, y por lo tanto, tía de Francisco José. En el otoño de 1850, el gobierno prusiano ocupó Hesse, cerca del Rin. El pretexto fue la constitución de una "unión restringida" de Alemania del Norte, bajo dirección prusiana, en reemplazo de la Confederación Germánica, cuyo monarca berlinés no había podido ser el presidente. Después de acordar con Francisco José, Schwarzenberg le lanzó un ultimátum a Prusia. Las conversaciones entre el ministro prusiano y el ministro austríaco duraron casi una semana, del 22 al 29 de noviembre, en

Olmütz, el mismo lugar en el que, dos años antes, el nuevo emperador había sido investido. Allí debía mantener su prestigio. Apoyado por la gran habilidad de su primer ministro, el emperador obligó a Prusia a la “retirada de Olmütz”. Se restableció la antigua Confederación Germánica, que fue nuevamente presidida por Austria, como en la época en que Metternich dirigía Europa central. Esta humillación, que experimentaron muy duramente en Prusia los medios militares y patrióticos, contenía el germen de una revancha esperada en Berlín. A partir de ese momento, la desconfianza entre los Hohenzollern y los Habsburgo se convirtió en hostilidad. En las sombras, Bismarck, que pronto fue elegido por Prusia para la Dieta de Fráncfort, se enfureció, se exasperó, se indignó. Él sería el artífice del cambio, el promotor de una política hostil a Austria.

El 17 de agosto de 1851, el día anterior a su vigésimo primer cumpleaños, Francisco José, finalmente instalado en Viena, presidió su primer Consejo de Ministros. Reconoció la imposibilidad de aplicar la Constitución que había promulgado dos años atrás, y confirmó que se necesitaban reformas para la unidad de la monarquía y las verdaderas necesidades de sus pueblos. Insistió en un punto fundamental: los ministros solo debían ser responsables ante él. Nueve días más tarde, en Schönbrunn, en una habitación revestida de blanco y damasco rojo, le escribió a su madre: “Austria ya tiene un solo amo. Pero ahora debo trabajar mucho más”.

Más que nunca, la archiduquesa Sofía dominaba a su hijo, que seguía soltero. Como gran organizadora, se encargaba también de sus placeres íntimos. Su actitud, que puede sorprender, era lógica: no había que dejar nada librado al azar, ni siquiera la elección de una relación. Sofía regentaba toda la vida personal de su hijo, incluso sus amores y sus distracciones. La imagen de un Francisco José estudioso, muy trabajador, encadenado a sus expedientes y esclavo de los asuntos de Estado es, sin duda, exacta, pero habría que matizarla un poco al comienzo de su reinado. Su madre estaba preocupada por el permanente estado de fatiga del joven monarca, que se imponía ocho horas seguidas de trabajo, sin pausa, al servicio de la corona. Trataba de reducir sus paseos e incluso sus partidas de caza, su único verdadero placer. Ella organizaba pequeños tés íntimos en sus propios aposentos. Pocos invitados, cuidadosamente elegidos. El emperador iba allí a distenderse secretamente, y podía bailar bajo miradas afectuosas y benévolas sin estar en representación. Para esas diversiones, la archiduquesa contrató a Johann Strauss hijo en persona. Su música llevaría al vals a la perfección. Bailar el vals, amar, beber y cantar serían los cuatro mandamientos del vienés afecto a la frivolidad y la ironía. Con su talento y sus operetas, Strauss le puso música ligera al reinado del serio Francisco José.

Vigilante, la madre del emperador organizó las relaciones de su hijo

En esos *Kammerbälle* ("bailes de cámara"), el soberano mostraba que era un buen bailarín. ¿El vals? Por supuesto, ya que era vienés. Pero también la polca, la cuadrilla, la mazurca polaca. Durante el invierno 1850-1851, en el período del interminable carnaval, a las 3 de la mañana, Sofía le presentaba a su hijo a las más bonitas jóvenes de la sociedad, las de mejor linaje. Se servía té caliente, vigorizante. ¿Quién servía? Esas mismas jóvenes, turbadas, rojas como el color del terciopelo que revestía las paredes. Al honor de servir se añadía un valioso ejercicio práctico de buenos modales: debían evitar derramar una taza de té al hacer una reverencia ante Su Majestad Imperial. Estas personas eran habilidosas, frescas, exquisitas. La condesa Czernin presentaba la taza y la condesa Luidau presentaba la leche, según el rito vienés. Sofía, que controlaba todo, deslizaba dentro de esos tímidos grupos a algunas mujeres más maduras y menos ariscas con la misión de satisfacer al fogoso emperador. Esas damas eran evidentemente discretas, pero pronto las apodaron, en francés, "las condesas higiénicas": una expresión que no necesita comentarios. Para la archiduquesa, una mujer estricta pero franca ante las realidades de la vida, había un momento para todo, con la condición de que esos intermedios fueran previstos, organizados y controlados. Su hijo no se le escapaba ni un minuto, ni siquiera, si puede decirse así, durante los abrazos programados para satisfacer las exigencias de la naturaleza. A Sofía no le gustaban las sorpresas. ¡Pero recibiría una que la haría sufrir!

En esa época, en los bailes de la corte, oficiales, solemnes, protocolares y aburridos, el emperador no bailaba. Estaba en acto de servicio y se limitaba a deslizar palabras amables. Tenía un carácter seco, bastante militar, pero cultivaba una cortesía y una disponibilidad que desarmaba a sus adversarios. Le dijo a un oficial sardo que le habían presentado: "¿Sirve usted en la artillería? Es una bella arma. Lo hemos comprobado en nuestras dos últimas campañas". Una clara alusión al bautismo de fuego recibido contra las tropas de Cerdeña, cuatro años atrás.

El 14 de enero de 1852, después de derogar la Constitución imposible, fortalecer el régimen autoritario y confirmar la abolición de los derechos feudales, Francisco José apareció en el baile, sin que lo esperaran y llevando el uniforme de los húsares de Hungría. Y, otra sorpresa, levantó la prohibición de la czarda, considerada como el emblema musical de la rebelión. El soberano se ganó una simpatía hasta ese momento inexistente o reticente. "El emperador no nos odia", comentaron algunos húngaros, asombrados. En ese comienzo de año, una especie de triunvirato dirigía los asuntos austríacos: Francisco José reinaba, Schwarzenberg gobernaba y Metternich, finalmente de regreso en Viena, era recibido ocasionalmente por el emperador, que le pedía algunos consejos. El ex canciller era

mantenido al margen del poder. El 5 de abril, al morir Schwarzenberg, el emperador lo reemplazó por su ministro del Interior, Alexander von Bach. Este llevó a cabo una germanización de las minorías nacionales, tanto para lograr la unificación como para desafiar a Prusia. Algunos interesados mostraron su descontento, a pesar de la prosperidad económica debida al desarrollo industrial y a la protección del comercio, liberado, desde hacía dos años, de las aduanas interiores.

La archiduquesa estaba obsesionada por casar a su hijo, porque consideraba que la imagen de la felicidad era ideal para consolidar una monarquía, en especial cuando esta se hallaba convaleciente. Sofía observaba a las familias importantes de Europa con gran atención, sobre todo al notar que el emperador estaba enamorado. ¡Sin la autorización de su madre! Y al parecer, por primera vez. La joven se llamaba Isabel. Era una de sus primas, hija de un príncipe húngaro. ¿Una húngara? ¡De ninguna manera! El sangriento conflicto no podía ser liquidado con sonrisas. ¿Cómo podrían olvidar los austríacos la insurrección de Budapest y sus asesinatos? ¿Cómo borrarían los húngaros la ejecución del conde Batthyány, presidente del Consejo de Ministros, que, tras un intento de suicidio, había sido fusilado por traición, por orden de Francisco José? Para vengarse, su viuda profirió una maldición terrible: “¡Que Dios castigue a todos sus seres queridos, en todo su linaje!”. No, esa boda era imposible.

Sofía confiaba en los viajes de su hijo. En agosto de 1852, Francisco José viajó a Berlín y la archiduquesa elaboró un plan con la reina de Prusia, su hermana. Frente a la Francia en la que Luis Napoleón había urdido el restablecimiento del Imperio, frente a una Rusia lejana pero cada vez más influyente, una alianza con Prusia podía procurarle un aumento de poder a Austria. Al erosionar mediante un matrimonio el viejo antagonismo Hohenzollern-Habsburgo, se resolvería lo que se daba en llamar “el problema alemán”.

Como Sofía lo había previsto, Francisco José quedó prendado de la princesa Ana, sobrina del rey. La joven tenía veintidós años, le gustaba, pero –¡Sofía lo ignoraba!– ya estaba comprometida con el príncipe de Hesse-Cassel. La madre de Francisco José no se daba por vencida fácilmente. Sin embargo, las dos hermanas chocaron con la negativa del delegado prusiano en la Dieta de Fráncfort, el conde de Bismarck. Este no perdonaba la afrenta de Olmütz. Solo quería debilitar a Austria y declaró que la princesa Ana no podía renunciar a la religión protestante. De paso, Bismarck solía alabar a Francisco José, a quien había conocido en junio: elogiaba en el emperador “el fuego, la dignidad, la sangre fría, el poder de observación, la rectitud, la sinceridad, sobre todo cuando se ríe”. ¡No y no! A Bismarck, el hombre que había despertado a la Dieta imponiendo allí el humo de su cigarro, no le interesaba vivir en armonía con Austria. De modo que una boda…

Sofía estaba ofendida y contrariada. Le pesaba su fracaso. Al enterarse de que el más reciente de los emperadores, Napoleón III, acababa de casarse

con la segunda hija de un conde español sin dinero, Eugenia de Guzmán y Palafox, y que se trataba de un matrimonio por amor o que, en todo caso, no se trataba de una alianza política, se preocupó. No tenía ninguna importancia que su hijo estuviera enamorado de su futura esposa: el interés dinástico y gubernamental estaba por encima de toda otra consideración. Entonces, naturalmente, pensó en otra de sus hermanas, Ludovica, esposa del duque de Baviera, el excelente y gentil Maximiliano, un poco original pero no peligroso. Baviera tenía dos puntos en común con Austria: era católica y estaba amenazada por la Prusia protestante. Sofía se acordó de su sobrina Elena, bella y sobre todo, razonable: la joven perfecta. Sería una nuera ideal y no había ningún peligro de que interfiriera con ella, Sofía, su tía, que pretendía seguir siendo la gran dama de la familia.

Atentado fallido contra el emperador: ¡lo salvó su uniforme!

Pero cuando Sofía empezaba a informarse, como por casualidad, sobre las novedades de Elena (amablemente apodada "Nené" por la familia), Viena sufrió el impacto de un atentado contra el emperador. El 18 de febrero de 1853, poco después de las doce y media del día, un hombre se arrojó sobre Francisco José, que estaba reclinado sobre una muralla, observando los ejercicios de las tropas. El desconocido estaba armado con un cuchillo de hoja larga de dos filos. El grito de una mujer que había visto el gesto del agresor hizo que el soberano girara la cabeza: la hoja se deslizó entre el cuello de su abrigo y un escudo metálico. Faltaron pocos centímetros para que el monarca fuera degollado. Francisco José sangraba. El emperador le gritó a un valeroso transeúnte que, junto con el edecán del emperador, dominó al enfurecido atacante: "¡No lo mate!".

El agresor era un húngaro, Janos Libenyi, ex sastre y herrero, que quería vengar la muerte de los revolucionarios. Había esperado quince días, acechando los movimientos del emperador. Francisco José se salvó por su uniforme. ¡Todo un símbolo! La herida no era tan grave como se había creído, pero tampoco demasiado benigna. Provocó, en este orden, un espectacular desvanecimiento de la archiduquesa Sofía, treinta partes médicos en diez días y un tangible aumento de la popularidad del emperador. Se agotaron las ediciones especiales de los diarios. El primer atentado de un hombre del pueblo contra un Habsburgo dejó estupefactos a los vieneses. Dos días más tarde, el herido, aún en la cama, impactado y con dolor de ojos, recibió a sus ministros y trabajó sobre temas urgentes, en particular, sobre la centralización a ultranza. Después de tres semanas, el emperador salió sin escolta –ante la furia de su madre– en un coche descubierto que lo llevó al Prater. La gente reconoció a Francisco José y lo aclamó. Sin duda alguna, Dios había salvado al emperador.

Ocupado en poner en funcionamiento la burocracia que había planeado y que sería a menudo más dedicada que eficaz, Francisco José no se enteró de otro complot, de tipo familiar, que tramaban su madre y su tía. Sofía, aliviada por el fracaso del atentado, y luego enaltecida en su papel de madre de un monarca a quien el cielo había protegido de un puñal, invitó a Ludovica a ir en el verano a Bad Ischl, en la encantadora región de Salzburgo. Su madre y su tía habían aleccionado a Elena con mil consejos para que se comportara adecuadamente con su primo el emperador. La joven duquesa no olvidó ni sus dos abanicos ni su libro de oraciones. A último momento, Ludovica decidió que Elena viajara acompañada por su hermana menor, Isabel. Ella no estaba preparada, no tenía más que un vestido común, pero eso no tuvo ninguna importancia. Isabel no era más que una niña salvaje a la que le vendría muy bien hacer un poco de vida social. Tenía dieciséis años. Su familia la llamaba Sissi.

El 16 de agosto de 1853, con una hora y medio de retraso, el carruaje se detuvo finalmente frente a la residencia *Austria*, una casa modesta y provinciana de la estación termal. Las bávaras apenas tuvieron tiempo de cambiarse porque el emperador era de una puntualidad maniática y, para peor, había llegado demasiado temprano: su coche y su escolta hicieron en solo veinte horas el trayecto de doscientos kilómetros que separaban a Viena de Bad Ischl, en vez de las treinta horas habituales. Un edecán fue a comprobar que la tía del emperador hubiera llegado bien y le informó que este se sentía muy feliz de volverla a ver. Francisco José necesitaba distenderse porque, tras la muerte de Schwarzenberg, y después de suprimir el Ministerio de Guerra, se encargaba personalmente de la función de jefe del ejército. Él era, ante todo, un soldado.

La antigua cuestión de Oriente acababa de provocar una ruptura de relaciones diplomáticas entre Rusia y Turquía: el pretexto era la custodia de los Santos Lugares. Como los católicos habían aumentado allí su influencia, el zar quería proteger a los cristianos ortodoxos del Imperio otomano, y su protección empezó por la ocupación de las provincias danubianas de Moldavia y Valaquia, donde eran numerosos.

Francisco José seguía ese asunto con atención porque era el único jefe de la política exterior austríaca, después de haber elegido a un hombre insignificante como ministro: el conde de Buol. En ese contexto, ir a Bad Ischl era una pausa en medio de las preocupaciones. La pequeña ciudad era coqueta y apacible con su casino, su teatro y sus cafés. Afortunadamente, la archiduquesa Sofía, que deseaba la felicidad de su hijo, había organizado ese encuentro familiar sin que él tuviera que intervenir. El emperador, que ya no tenía tiempo de distraerse, solo debía aceptar la opinión de su madre, que le había elegido una novia. Eran las cuatro de la tarde cuando Elena fue oficialmente presentada a su primo. La joven hizo una reverencia impecable. Francisco José, en uniforme de general, la observó mientras las madres de ambos se besaban. Nené era una joven muy bonita, alta, esbelta,

excesivamente tímida. Era instruida y seria. Perfecta, según su madre y su tía. El emperador sonreía, muy amable pero poco interesado. Miraba a Elena, pero solo veía a su hermana, Isabel. Su reverencia no había sido tan precisa, y sin embargo ¡qué contraste con su hermana! El rostro de Sissi aún era infantil, y sus hermosos cabellos, peinados con raya al medio, mostraban su frente despejada. Sus ojos marrones parecían de terciopelo. Ella se ruborizó. Durante algunos interminables segundos, sintió por primera vez la incomodidad que provoca la mirada insistente de un hombre. Francisco José, que tenía la costumbre –y hasta la manía– de inspeccionar y fijarse mucho en los detalles, estaba sorprendido. ¡Era encantadora! Su madre le había hablado tanto de Elena que se decepcionó un poco al encontrarse con ella. Pero ¿por qué no mencionó a Isabel, tan perturbadora en la imprecisa frontera entre la niña y la mujer? Ella había cambiado mucho desde su encuentro anterior. Francisco José quedó seducido.

En medio del ir y venir de las teteras, las fuentes de plata cargadas de masas y los platos, la archiduquesa aún no sabía que estaba a punto de perder su primera batalla. El destino conyugal de su hijo se le escapaba. Lo que habían complotado las dos madres –dos hermanas–, la boda que veían con beneplácito las dos cancillerías, se derrumbaría ante la más imprevista de las reacciones: el flechazo. El segundo hermano de Francisco José se dio cuenta de todo y, al día siguiente, con un tono triunfante, le comunicó a su madre que Franzi prefería a Sissi en vez de a Nené. ¿Sissi? ¿Esa chiquilla? ¡Imposible! Cuando llegó Francisco José, de excelente humor, le dijo a su madre: “Sissi es deliciosa”.

La archiduquesa, aterrada, replicó con una batería de argumentos: es demasiado joven, lo único que le gusta es la naturaleza, no tiene modales, es poco instruida, habla un tosco dialecto bávaro, mientras que Elena es madura, está preparada para su tarea y es mucho más equilibrada que su hermana. Sofía insistió, puso en juego su autoridad y su experiencia, pero todo fue inútil. El emperador se comportó como un emperador: decidió solo. El amor había transformado a ese monarca que festejaría sus veintitrés años veinticuatro horas más tarde. La primera consecuencia de la entrada de la bonita Isabel en su vida fue un acto de desobediencia a su madre. Esta no lo olvidaría: su hijo le debía su trono. Él estaba de acuerdo, pero no quería deberle su esposa. ¡Pobre Sofía! Empezó diciendo que no había ninguna urgencia. “Nadie te pide que te comprometas de inmediato”, se atrevió a decirle, cuando el día anterior sostenía que era urgente que su hijo se casara. La prisa cambió de bando: ahora Francisco José estaba impaciente. Partió en busca de su prima, entre la residencia y la mansión alquilada por su madre. Se encontraron para el almuerzo, pero Sofía había reaccionado: en vez de admitir a Sissi en el comedor, la envió a otra habitación, bajo la vigilancia de su institutriz, la señorita Roedi, una severa guardiana que le hizo heladas recomendaciones sobre la manera en que

debía comportarse: en principio, que no se moviera.

Francisco José se enamoró a primera vista y se casaría con su prima Sissi

En la gran mesa, el emperador no se dio cuenta enseguida de la ausencia de Isabel. Acababa de recibir despachos sobre las pretensiones rusas y las reuniones franco-británicas a propósito de la crisis diplomática. Estaba esperando los comentarios de sus embajadores en San Petersburgo y Constantinopla. Francisco José mantenía una conversación anodina con Elena, su vecina de mesa: esta actuó mejor que el día anterior, pues seguramente había sido sermoneada por su madre. Al tiempo que notaba que Sissi no estaba en su mesa, oyó voces que discutían. La de Sissi, precisamente, fue la última, que le respondía a su chaperona: Isabel se sentía ofendida de que la trataran como la hermana menor que solo hacía acto de presencia. Intrigado, sin mirar a su madre, el emperador le pidió a su tía que le permitiera venir a su otra hija a la mesa. Había lugar. Liberada y triunfante, la princesa entró, roja de ira y confusión, en un silencio cuyo secreto pronto comprendieron los demás comensales. Hizo una reverencia mecánica, llena de furia. ¡Qué impertinencia! ¡Pero qué maravilla, esa mirada "cargada de sueños"! Una aparición. Su capricho quedó olvidado.

Francisco José dio un paso más en la rebelión familiar al pedirle a su tía que Isabel se presentara en el baile que ofrecería esa noche. En la cena que precedió a la fiesta, Elena se sentó nuevamente junto a su primo, pero solo se trató de una cortesía, una concesión final en un programa dominado por los impulsos del corazón. Aquella noche del 17 de agosto, cayeron las últimas convenciones. Cuando Ludovica entró con sus dos hijas, Elena estaba majestuosa e Isabel, fascinante. La mayor lució su maravilloso vestido de satén blanco confeccionado en Múnich, mientras que la menor se limitó a usar un vestido de *voile* de color durazno, ya que en un principio, su asistencia al baile estaba totalmente descartada. Sin embargo, todas las miradas se dirigieron a ella, sobre todo cuando en vez de inclinarse en una nueva reverencia, ¡le estrechó la mano al emperador! Este, muy divertido, hizo una señal y la orquesta inició una polca. Cuarenta y cinco parejas comenzaron a deslizarse por todo el salón. Francisco José, que no bailaba, le dijo al oído a su edecán, el barón Hugo de Weckbecker: "Invite a la princesa Isabel para la segunda polca".

Sissi, hasta ese momento, tensa y nerviosa, se liberó súbitamente. En los brazos del oficial, tenía alas. Alrededor de ellos, crecían los comentarios, y todos se enteraron de que Su Majestad había decidido bailar la última danza únicamente con la duquesa bávara más joven. El edecán le dijo a otro oficial: "Creo que bailé con la futura emperatriz".

Un poco antes de la medianoche, el emperador invitó a bailar a su prima.

Sonriendo, le susurraba al oído los pasos: ella vivía en el campo y no se había iniciado aún en la sociedad. Además, Múnich no era Viena. El emperador sorprendió a todo el mundo al ofrecerle a Sissi el ramo de flores del baile final –una tradición–, pero también todos los demás ramos. Esta infracción a las costumbres, que honraba a una joven eliminando a las demás, solo podía significar una cosa: un pedido de matrimonio. En el té que siguió al baile, la familia se sintió un poco incómoda. Ese gesto, delante de Elena… Sofía estaba indignada, porque su maniobra había fracasado definitivamente. Se enojó con su hermana Ludovica, que había tenido la funesta idea de invitar a Sissi a realizar aquel viaje. El séquito del emperador confirmó que este había cambiado totalmente: se veía alegre, feliz. En una palabra, estaba enamorado. Desde su advenimiento, nadie lo había visto tan relajado. Sissi no tuvo tiempo de entender. ¿Todas esas flores solo para ella? Estaba confundida. Era tarde, hacía mucho calor y ella estaba cansada. A la noche, las nubes pesadas se transformaron en diluvio y una violenta tormenta de verano se abatió sobre Bad Ischl. Sissi no podía conciliar el sueño. Francisco José tampoco pudo dormir.

En la mañana del 18 de agosto, seguía lloviendo y el cielo estaba encapotado.

El tiempo estaba tan desapacible como el humor familiar: una oportuna migraña recluyó a madres e hijas en sus habitaciones. Solo Francisco José, que se había levantado al alba como de costumbre, mostraba una alegría conquistadora. Empezaba un gran día: cumplía veintitrés años y había decidido casarse. Fortalecido por una noche casi en blanco, entró al cuarto de su madre. Esta hizo un enorme esfuerzo para disimular su desencanto, pero terminó por fingir que aceptaba la situación. ¿Qué podía perder en esa inesperada intervención de Cupido? ¡Nada! Ella había ido allí para casarlo con una sobrina. En lugar de la mayor, la menor sería emperatriz. Un razonamiento aceptable para el prestigio de la Casa de Wittelsbach, para su rama menor, la de los duques en Baviera. En realidad, la archiduquesa tenía sus planes. Sissi sería la esposa de Francisco José, pero su suegra y su tía convertirían a esa princesa rústica y sin modales en una emperatriz. Y había mucho para enseñarle. Por algo había dicho Bismarck, después de una entrevista en Viena con la archiduquesa: "En el fondo, es ella quien maneja los hilos de la política".

Sissi fue la última en ser consultada. Frente a las dos hermanas, su sorpresa se transformó en lágrimas de alegría: "Por supuesto que amo al emperador", aseguró. Luego, con una tristeza insólita y como un lamento, agregó: "Si solo no fuera emperador…".

Estaba angustiada. "Soy tan joven, tan insignificante… Me esforzaré por hacer feliz a Franzi. Pero ¿podré?".

Apenas dos días atrás, ella era la más feliz de las princesas en su querida Baviera, hablando con los caballos y los perros, leyendo el cielo, recogiendo frutas que manchaban su ropa, escribiendo poemas sobre el viento y las

nubes. Entre el jueves y el sábado, se encontró observada, examinada, preferida y comprometida. No había tenido tiempo de decir “no”. Ni tampoco “sí”. Un torbellino se había caído sobre ella.

¿Y Francisco José? A pesar de la precipitación de un amor abiertamente declarado, no había intentado influir sobre su prima. Al contrario, consciente de su responsabilidad, suspiró frente a su preocupada madre: “Mi carga es tan pesada, que, Dios es mi testigo, no es un placer compartirla conmigo”.

Domingo 19 de agosto. Francisco José quiso comunicarles la noticia a sus súbditos y al mundo. En Bad Ischl, bajo un sol glorioso, hizo la presentación de Sissi a sus edecanes y a su escolta. Los cocheros y los palafreneros les llevaron la información a los posaderos y al personal del establecimiento termal. En la misa, el párroco, alertado a último momento, ordenó tocar el himno imperial en el órgano. Antes de salir ante la multitud que arrojaba flores a su paso, el emperador le pidió al sacerdote una bendición especial, diciendo: “Esta es mi prometida”.

Temblando de emoción, Sissi buscó la mano de su primo. Parecía frágil, pero él era tan feliz que tenía valor por los dos. Algunas persones comentaron que al lado de la joven, Sofía quedaba en un segundo plano. La archiduquesa fingió cederle el paso a la futura emperatriz. Esta no sonreía, y muy pocas veces se la vería sonreír. La archiduquesa lo había notado y encontró una explicación, que le reveló a su hijo en el tono de una suegra ofendida: “Sí, es muy bonita, pero tiene los dientes amarillos”.

No importaba: Isabel era alta –medía 1,72 m–, tenía una cintura fina y atraía todas las miradas. Sofía estaba asombrada ante la metamorfosis de su hijo. ¿No era increíble? El emperador parecía haber descubierto que el amor era más enriquecedor que el poder. Francisco José le escribió al zar: “Hablo de mi felicidad porque estoy convencido de que mi prometida posee todas las cualidades de espíritu y de corazón para hacerme feliz”. Se enviaron telegramas a las principales embajadas.

El emperador, enamorado, indultó a los condenados a muerte de Praga

Al regresar a Schönbrunn el 7 de septiembre, el emperador le transmitió al conde Lerchenfeld, emisario del rey de Baviera, su agradecimiento para el soberano de Múnich, que le había otorgado su inmediato y cálido consentimiento. Pero sobre su escritorio, Francisco José encontró telegramas alarmantes sobre la tensión entre Rusia y el Imperio otomano. Se produjo un conflicto. En ese momento, el sultán de Constantinopla era apoyado por Francia e Inglaterra, interesada en defender la ruta de las Indias. París quería proteger los intereses católicos en Oriente, pero el zar, cuyo régimen no había sufrido revoluciones nacionalistas, buscó todos los

pretextos para conquistar un acceso al Mediterráneo: el antiguo sueño ruso desde Catalina II. El emperador de Austria propiciaba un arreglo y mandó redactar un proyecto de acuerdo que respetara el bulímico orgullo ruso y la pesada susceptibilidad turca. No fue escuchado. En medio de la alegría de sus esponsales, Francisco José firmó el levantamiento del estado de sitio en Viena, Graz y Praga, donde se conmutó la pena de muerte contra ocho jóvenes de la alta sociedad checa por trabajos forzados. Sissi aligeraba, en forma indirecta pero indiscutible, la autocracia imperial. El cielo bendijo la tolerancia (¡relativa!) del monarca, ya que este fue informado de que habían encontrado la corona real de Hungría, desaparecida durante los motines de Buda y de Pest. Ahora el emperador tenía un retrato de su novia sobre su escritorio. Ya no había que convocar a las "condesas higiénicas" para entretener a Su Majestad. La archiduquesa registraba los defectos de su sobrina y futura nuera. Deploraba que esa pequeña no supiera "presentar una copa para hacer un brindis". Francisco José respondió que él se ocuparía de esos detalles. Este comentario no alegró a su madre. La educación de corte que ella pensaba imponerle a Sissi no sería otra cosa que un catálogo de reproches.

El 14 de septiembre, Nicolás I de Rusia llegó a Olmütz. Al zar le irritaba la poca urgencia demostrada por Francisco José para apoyarlo frente a los gobiernos francés y británico. Le recordó al joven soberano el apoyo decisivo de las tropas rusas en Hungría. Para agasajar a su visitante, el emperador le ofreció honores militares excepcionales organizando un ejercicio con 80 batallones, 74 escuadrones y 24 baterías. Un espectáculo magnífico, seguido por una respuesta negativa del jefe de la Casa de Habsburgo. Francisco José había escuchado a sus ministros. No se atrevía a involucrarse en ese asunto cuando su país estaba convaleciente y los problemas internos entre las comunidades exigían respuestas apropiadas. No: la guerra no era un regalo de bodas. El 4 de octubre, Turquía le declaró la guerra a Rusia. El emperador se felicitó por haber permanecido fuera de ese conflicto.

A principios de 1854, ante la perspectiva de su casamiento con Sissi, Francisco José pareció preocuparse por su parentesco. Eran primos hermanos, pero también tenían sangre común por parte de sus padres, en cuarto grado. Una vez más, se dejó de lado el obstáculo médico de la consanguinidad.

Las noticias de Turquía eran preocupantes. El emperador de Austria intentó contener las intenciones imperialistas rusas: le suplicó al zar que no cruzara el Danubio. Pero en su gobierno, Francisco José debía resistir al hombre a quien él había colocado en el *Ballhausplatz* (el Ministerio de Relaciones Exteriores): un ex embajador en San Petersburgo, que se consideró injustamente tratado por Nicolás I. Rusia se había convertido en su enemiga y él insistía en que Viena debía declararle la guerra. En cuanto le fue posible, el emperador se ocupó de los preparativos de su boda. Un

rápido viaje a Múnich para volver a ver a Sissi tras varias semanas de separación, algunos obsequios y la penosa obligación de arbitrar las fricciones entre su madre y su futura esposa. La joven tuteaba a Sofía: en Múnich había mucha familiaridad. El emperador se vio forzado a recordarle a Sissi que aunque su tía se convirtiera en su suegra, debía tratarla siempre de usted, como él mismo lo hacía. De hecho, el soberano se sintió feliz de volver a sus expedientes y sus reuniones. Era más fácil decidir un programa político que tratar de conciliar a dos generaciones de mujeres: una que había sido, *de facto*, la primera dama de la corte y la otra que lo sería, *de jure*, un mes más tarde. Durante años, Francisco José se sintió acorralado entre la archiduquesa y la emperatriz. Ambas estaban equivocadas y tenían razón. Era una situación odiosa.

Trabajando sin descanso, el gabinete de Viena seguía la situación turco-rusa. El emperador sostenía una infinidad de informes diplomáticos y militares con la mano derecha y bebía litros de té con la mano izquierda. El 22 de marzo, resumió su impresión: "Señores, la guerra con Rusia puede llegar, pero no debe llegar".

Envió con urgencia un emisario a Berlín para sondear las intenciones de Prusia. Sin entusiasmo, el monarca Hohenzollern respondió que Viena podía contar con la asistencia prusiana y que podían organizar una muy vaga "alianza defensiva y ofensiva". Para Bismarck, esa condescendencia estaba fuera de lugar. La amistad con Rusia le parecía más valiosa que un acuerdo con Austria, pues sospechaba que esta quería aprovechar un caos en Europa central para apropiarse de las desembocaduras del Danubio. La crisis se agravó. El 27 de marzo de 1854, cuando las flotas francesa y británica estaban, desde hacía dos meses, en el mar Negro, Londres y París le declararon la guerra a San Petersburgo y le ofrecieron su ayuda al Imperio otomano. En el horizonte, una península se perfilaba en medio de la bruma: Crimea. Francisco José pensó que esa guerra no era en absoluto "alemana" y su boda ocupó todos sus pensamientos. Solo pudo delegar en su madre los trabajos concernientes a sus habitaciones en el Hofburg. Sofía estaba encantada, eligiendo la decoración y los muebles. Ordenó que lustraran los pisos de madera y volvieran a dorar los artesonados. Detrás de esas paredes austeras, la archiduquesa gobernaba, junto con Schönbrunn, uno de sus dos dominios. Y como, a su juicio, Sissi no tenía ninguna clase de buen gusto, ella decidía por su nuera-sobrina. Entre dos Consejos de Ministros, el emperador eligió en Biedermann, el joyero de la corte, una corona de diamantes para Sissi. Esa maravilla se restauró por 100.000 florines. Fue exhibida por la familia y suscitó muchos elogios. Cuando una tía de Francisco José, la emperatriz Carolina Augusta, cuarta y última esposa de Francisco I, se inclinó para examinar el trabajo de orfebrería, un encaje de su mantilla se enganchó con uno de los diamantes. Al erguirse, la vieja emperatriz arrastró la corona, que cayó al piso. Consternación general: las puntas de oro se torcieron y se desprendieron dos piedras

preciosas. La madre del emperador no pudo evitar considerarlo un mal presagio.

Jueves 20 de abril. En una carroza tirada por seis caballos, que atravesó una multitud emocionada, la duquesa Isabel de Baviera, que había renunciado a sus derechos (hipotéticos) sobre la corona de los Wittelsbach, se despidió de su país. Múnich, orgullosa, aplaudía de júbilo; Sissi lloraba de tristeza. La nostalgia nunca la abandonó. Su viaje duró tres días y dos noches, demorado por las paradas en aldeas especialmente adornadas con flores. Esa misma noche, Francisco José se dispuso a salir de Viena para ir al encuentro de su novia. Antes de partir, firmó el tratado de alianza austro-prusiano. ¡Siempre que la guerra no se extendiera a Europa, la boda se llevaría a cabo cuatro días después!

Gracias al encanto de Sissi, la oposición atemperó sus críticas

Se encontraron en Linz. Con campanas echadas al vuelo, oriflamas y estandartes flameando al viento, los colores austríacos ondulaban junto a los de los Habsburgo, negro y amarillo. Entre los discursos oficiales, en los que por primera vez la joven Isabel era tratada como emperatriz, las retretas con antorchas y las montañas de rosas cortadas esa misma mañana en Schönbrunn para transformar el vapor de ruedas *Francisco José* en un jardín flotante, Sissi, aturdida, emocionada, festejada en una kermés ininterrumpida a lo largo del Danubio, se dio cuenta de que a partir de ese momento, el protocolo le impondría un programa. ¡Un infierno! Ahora su vida estaría prevista, organizada, programada. Adiós a la libertad…

El emperador había ordenado prohibir la navegación en doscientos cincuenta kilómetros. Solo su barco avanzaba hacia Viena. En Nussdorf, un suburbio en el que Beethoven había buscado inspiración, Isabel se cambió de ropa. Cuando la vio con su vestido de seda rosa con crinolina, adornada con un manto blanco y el rostro bajo un adorable sombrerito, el emperador ya no pudo esperar. No habían terminado la maniobra para atracar cuando saltó a bordo y se arrojó al cuello de su prometida.

¿Cómo percibió esa unión la opinión pública austríaca? Los medios más hostiles, los intelectuales, los grandes comerciantes y los primeros industriales, habían destacado que de todas las conquistas revolucionarias de 1848, solo la abolición de los últimos vestigios de servidumbre había subsistido. Desde entonces, todos desconfiaban. Sin embargo, a partir de la elección de la encantadora y tan natural duquesa de Baviera, la oposición suspendió su combate. Según un panfleto, el emperador tenía las cuatro armas indispensables para el absolutismo: “el soldado de pie, el burócrata sentado, el sacerdote arrodillado y el soplón arrastrándose”. Ahora tenía una carta que echaría por tierra muchas protestas. La emperatriz sería

incluso la primera opositora protocolar, mundana, familiar, conyugal, maternal y política del Imperio. Esa noche, en una suave noche de abril, mientras los farolillos danzaban en los senderos de Schönbrunn como miles de ojos escrutadores, Sissi luchaba por no desplomarse de cansancio. Ya no podría ser ella misma. Se había convertido en un modelo. No podía decepcionar.

Se declaró la guerra de la etiqueta, cuyos engranajes puso en marcha la archiduquesa. Sofía le presentó a la emperatriz a la condesa Esterházy-Liechtenstein, que sería su primera dama de honor, imponiéndole así la supremacía del deber sobre los sentimientos. La apergaminada y austera condesa tenía la tez amarilla y cincuenta y seis años, es decir, cuarenta más que Sissi. Cuando esta última le hizo notar al emperador que le resultaba difícil aprender para el día siguiente un ceremonial de diecinueve páginas, él le contestó, solícito y sereno: “Eso forma parte de nuestra función”.

Sissi se había librado de su institutriz para caer en manos de una guardiana. Otras damas de honor, que le rendían cuentas a la primera, vigilaban el batallón de criadas y lavanderas encargadas del aseo de la emperatriz, ¡que duraba cuatro horas! Consideremos el impacto producido por esa falta de intimidad y ese atentado al pudor. Isabel, asombrada por tener la obligación de bañarse frente a tantas miradas, fue una de las pioneras de la higiene en la corte: impuso las bañeras y las duchas para lavarse sin mojar sus largos cabellos. Según Sofía, esas abluciones completas y cotidianas eran una señal de anarquía. ¡Evidentemente, su nuera era una revolucionaria! Vestido con su uniforme de gala de mariscal, Francisco José condujo a su novia en su primera visita al Hofburg, esa ciudad dentro de una ciudad, y le mostró sus aposentos: 26 piezas de las 1440 que tenía en esa época el palacio.

Francisco José, muy atento, le preguntó: “¿Esto te gusta? Dime qué deseas y lo tendrás de inmediato”.

Mientras la guerra contra Rusia se fijaba en Crimea, la boda imperial le devolvió a Viena una alegre actividad que la ciudad no había tenido desde el Congreso. Esperaban la presencia de 75.000 personas, desde las delegaciones de todas las cortes de Europa hasta los simples campesinos que habían pulido los botones de sus chaquetas y vestían sus mejores ropas. Era un espectáculo extraordinario ver reunidos, al lado de los montañeses, a los enviados de Alejandría, Salónica y Esmirna, que desplegaban sus atavíos orientales en medio de un bosque de bicornios, chacós y plumeros. En la iglesia de los agustinos, Sissi, de acuerdo con la costumbre, llevaba el velo levantado y mostraba su rostro descubierto. A su derecha, Francisco José tenía el pecho adornado con el gran collar del Toisón de Oro. El cardenal Rauscher se excedió con su sermón interminable, que le valió el apodo de *Plauscher* (“charlatán”). En el momento del intercambio de consentimientos, Francisco José miró a sus padres. En señal de aceptación de esa unión, ellos asintieron levemente con la cabeza. El emperador

pronunció un “sí” enérgico y fuerte. La respuesta de Sissi solo fue un murmullo inaudible. Un beso, lágrimas, y ya estaban casados. Él tenía veinticuatro años, y ella, diecisiete. El emperador ya no estaba solo y Austria tenía una nueva emperatriz. S. A. R. Isabel Amelia Eugenia, duquesa en Baviera, se retiró del altar del brazo de un hombre que reinaría sobre 52 millones de súbditos y cuyos títulos eran impresionantes, aunque algunos fueran teóricos. Era tanto rey de Croacia como de Jerusalén, gran duque de Cracovia y también de Toscana, duque de Carintia y de Lorena, gran príncipe de Transilvania y gran vaivoda de Serbia, margrave de Alta y Baja Lusacia. En total, cuarenta y siete títulos, cuyo enunciado era un sorprendente repertorio geográfico e histórico. Después de horas de aclamaciones, del desfile por las calles ornamentadas y de una cena, a las 10 de la noche, los jóvenes esposos se encontraron, casi solos: Sofía había ido a buscar a su hijo para llevarlo al dormitorio, donde lo esperaba Sissi, que parecía “un pájaro asustado en su nido”. Mientras la población festejaba en las calles, Sofía y Ludovica saboreaban su desquite. ¡Sissi era emperatriz!

Los asuntos de Estado no esperaban, pero después de la boda, la presencia de Isabel en muchos compromisos oficiales los hacía menos inhumanos. Francisco José decretó una amnistía general que fue particularmente bien recibida en Hungría. Una delegación magiar viajó a Viena. El emperador la recibió vestido con uniforme húngaro y la emperatriz se puso por primera vez el traje nacional que se usaba en Buda: un gesto de un inmenso valor. La aparición de la pareja suscitó un verdadero fervor entre los delegados. Francisco José les dijo en húngaro: “¡Que Dios los bendiga! Pronto les llevaré a su reina a Hungría, y espero que la reciban bien”.

Un poco más tarde, el emperador, cuyas únicas lecturas eran los informes, los despachos, las notas ministeriales y el anuario de los oficiales (¡para distraerse!), decidió obligar al zar a evacuar los principados danubianos. Con ese fin, algunos cuerpos de ejército empezaron a moverse en dirección a los Cárpatos. Se desplegaron 300.000 hombres: los austríacos recibieron el apoyo de muchos prusianos. Esta demostración de fuerza provocó la ira de Nicolás I. Furioso, le regaló a su ayuda de cámara el busto de Francisco José que se encontraba sobre su escritorio. No lo rompió, porque la diplomacia siempre podía cambiar. La actitud ambigua del emperador de Austria llamaba la atención. Era audaz y parecía alimentar un sueño oriental. Mientras su esposa estaba minada por la neurastenia y sufría el yugo protocolar que le impedía estar sola, su marido mostraba buen humor y optimismo. Su mirada se volvió cálida y su naciente bigote modificó su rostro. En el mes de mayo, el duque Ernesto de Sajonia-Coburgo y Gotha, cuñado de la reina Victoria, escribió después de una audiencia: “Encuentro al emperador extraordinariamente cambiado para mejor, más enérgico, más vivaz y decidido en sus acciones. A pesar de una situación

política poco favorable, se nota en él entusiasmo y una especie de despertar. La felicidad conyugal parece influir de la manera más feliz en su temperamento”.

En su primer viaje oficial, la emperatriz sedujo a los checos

El primer viaje de la pareja fue a Bohemia y Moravia. Este desplazamiento los alejó de Sofía y de la condesa Esterházy, que pronto renunció a su puesto por su avanzada edad y fue reemplazada por la tercera dama de honor. Francisco José le había hecho frente a su madre, pues esta deseaba que partiera solo, lo que habría sido un grave error político. Tanto por amor como por estrategia, las tierras del Imperio debían conocer a su soberano. Su presencia fue muy apreciada por una población que, sin embargo, había apoyado la rebelión contra los Habsburgo. Sissi se mostró segura de sí misma, conquistó los corazones y se inició la curva de popularidad que la acompañaría toda su vida: sería adorada en Europa central y criticada en Viena. Que los checos y las comunidades alemanas rivalizaran en los homenajes en su honor era significativo. Al cabo de quince días, cansada y víctima de algunos malestares, regresó a Viena. Una mala noticia: volvió a caer bajo la influencia de la “reina madre”. Una buena noticia: estaba embarazada. Le enviaron un despacho al emperador, que había seguido viaje a Cracovia para inspeccionar el dispositivo puesto en marcha para molestar al zar.

A fines de julio, un protocolo, llamado de las “cuatro garantías”, anuló el protectorado ruso sobre Moldavia y Valaquia. No sin reticencia, Austria adhirió a él para satisfacer a Inglaterra y Francia. Ebrio de cólera, el impetuoso Nicolás I habló de una “perfidia sin igual” y le escribió una dura carta al rey de Prusia, su cuñado, el 25 de agosto: “Después del comportamiento indigno del emperador de Austria contra Rusia, que lo ha salvado, perdió todo derecho a que yo crea en sus garantías. Si quisiera recobrar los mejores sentimientos y tener ideas más justas y más nobles, debería demostrarlo con hechos irrefutables. [...] ¡Ejecutor sumiso de los humores franco-ingleses, amigo devoto de Turquía, el emperador apostólico se convirtió en el sirviente de la Media Luna!”.

Mientras el embarazo, aunque doloroso, embellecía a la emperatriz, Francisco José debió enfrentar el fuerte descontento de sus viejos mariscales Radetzky y Windischgrätz, que habían apreciado el apoyo ruso en 1848. Ante el asombro de estos, el emperador fue aún más lejos. El 2 de diciembre, firmó un tratado con Francia e Inglaterra, que puso fin a la Santa Alianza, en la que Rusia participaba.

En Prusia, Bismarck alimentó hábilmente la cólera de los pequeños Estados germánicos. Todo lo que era malo para Viena era bueno para

Berlín.

El 2 de marzo de 1855, murió el zar Nicolás I. Se murmuraba que la ingratitud de Francisco José había minado su salud. Quedó demostrado que la ausencia de las tropas austríacas había debilitado gravemente al ejército ruso. Con su cortesía habitual –¡y una buena dosis de hipocresía!–, Francisco José decretó un duelo de cuatro semanas en el Hofburg y envió a San Petersburgo una carta personal de condolencias. Si no viajó a los funerales del autócrata Romanov, fue por el inminente nacimiento de su hijo. El 5 de marzo, a las 7 de la mañana, el emperador le informó a su madre que había comenzado el trabajo de parto. A las 11, muy excitado, fumó un cigarro y conversó con su hermano Maximiliano. Sissi se sentía triste porque su madre estaba ausente. La archiduquesa se instaló cerca de la cama, bordando mecánicamente en silencio, y miraba a su hijo, que sostenía la mano de su esposa. A las dos de la tarde, nació la criatura. Era una niña. La decepción fue inmensa. Sin consultar a nadie, Sofía aprovechó para darle su propio nombre: ¡su nieta solo podía llamarse Sofía! Y por supuesto, ella sería su madrina. Sissi se vengó seis semanas más tarde volviendo a montar a caballo. Se dio ese gusto para el primer aniversario de su casamiento. En el bautismo de la pequeña Sofía, no sorprendió la ausencia del embajador del nuevo zar Alejandro II: era el único diplomático que había recibido instrucciones precisas de no aparecer en esa fiesta dinástica.

El 18 de agosto, Francisco José firmó un nuevo concordato que le otorgaba un lugar privilegiado a la Iglesia. Los concordatos del siglo XIX, en especial el de Baviera de 1817, provenían del de 1801 firmado entre Pío VII y Bonaparte, en ese momento primer cónsul. Curiosamente, el emperador, muy celoso de sus poderes, le concedió algunas prerrogativas muy importantes a la Santa Sede. A partir de entonces, el Vaticano controló la enseñanza impartida en las escuelas y la reglamentación del matrimonio. Como contrapartida, el papado le dio su apoyo al gobierno austríaco. El catolicismo, religión de Estado, estableció una dependencia de Viena con respecto a Roma. También se puede decir que el recurso a las dispensas papales para las uniones entre parientes cercanos le otorgó concesiones a la Casa de Austria. Sissi, católica practicante e incluso ferviente, se enteró de que las negociaciones habían sido llevadas a cabo por su suegra y el cardenal Rauscher. La emperatriz se sorprendió al saber que su marido había fortalecido los intereses católicos en el Imperio, pero que estaban amenazados en Oriente por el anterior zar. ¿Por qué no había enviado Francisco José tropas a Sebastopol, donde los rusos estaban sitiados desde hacía meses? Respuesta del emperador, que no solía comentarle a su esposa las cuestiones militares: al no temer ya una invasión rusa, se imponía la desmovilización de una parte de las tropas austríacas. Elegían la tranquilidad después de la ruptura.

El 16 de enero de 1856, en el transcurso de un baile, Francisco José

anunció que el zar Alejandro II, cuyas tropas habían sido derrotadas, aceptaba estudiar un tratado de paz. El emperador de Austria se sentía feliz con esa solución que, a su juicio, había fortalecido el prestigio austríaco junto al triunfo franco-anglo-piamontés que tan caro se había pagado. En cambio, su ministro de Relaciones Exteriores deploró que la guerra austro-rusa (¡"su" guerra!) no hubiera tenido lugar. Cuando el 25 de febrero se abrió en París el Congreso de la Paz, Austria llevó a cabo una mediación, que estuvo a cargo del príncipe Richard de Metternich, hijo del célebre canciller. Cuando le hacían notar que la actitud austríaca había sido mal interpretada, recordaba, sonriente, la frase de su padre: "Yo gobierno a veces a Europa: a Austria jamás". La conferencia, que inauguró el edificio del Quai d'Orsay, pronto mostró hostilidad hacia Viena. Su neutralidad y luego su falso compromiso, colmaron de placer al primer ministro de Piamonte, el conde de Cavour. Este quería eliminar la presencia de los Habsburgo de Lombardía. Mientras oficialmente se negociaba la paz en perjuicio de Rusia, Francisco José y sus ministros eran considerados los responsables de muchos males europeos. La cuestión austríaca –la de su presencia en Italia del Norte– fue astutamente puesta sobre el tapete de los diplomáticos por Cavour. Este notable político "disparó un pistoletazo contra Austria" y reavivó el interés de Napoleón III por la unidad italiana. Muy consciente del peligro, Francisco José le dio instrucciones precisas a su emisario: "La hostilidad y el odio de los plenipotenciarios rusos superaron nuestras expectativas y nos obligaron a mantener a Francia en nuestra alianza. Lamentablemente, el comportamiento de los franceses no fue muy correcto: muchos eran demasiado rusófilos. [...] Les ruego que pongan todo su esfuerzo para evitar o suprimir cualquier cuestión de este tipo".

El emperador fue claro: el proceso de Austria no estaba en el orden del día. El Tratado de París, firmado el 30 de marzo, era muy duro para Rusia. Francisco José se declaró satisfecho. Consideraba que, gracias a su no intervención armada, la paz se debía en parte a él. El emperador cometió así un doble error: provocó el odio de Rusia y un aislamiento que tenía los inconvenientes de una guerra. Además, para Napoleón III, se había reparado la humillación del Congreso de Viena, esa bofetada recibida por su tío. Ahora, un Bonaparte conducía a Europa. Pero el emperador de Austria no pensaba en ello, porque en ese momento, todos sus pensamientos se dirigían a su bonita esposa embarazada de cinco meses.

Para tener un hijo varón, el emperador se remitió a los consejos de un rabino

El 15 de julio de 1856, a las siete de la mañana, la emperatriz dio a luz a una segunda hija, que se parecía mucho a su padre. Este actuó en forma elegante al no manifestar su decepción. Para consolar a Sissi, destrozada

por no darle un heredero al Imperio, Francisco José le dijo, con humor, que él debió haber seguido los consejos de un rabino. ¿Qué consejos? Pegar el texto de una plegaria hebrea en la puerta del dormitorio en el momento de dar a luz.

La niña se llamó Gisela, en recuerdo de una princesa bávara casada, en el siglo X, con el rey pagano de Hungría Esteban I, que luego se hizo cristiano y fue canonizado con el nombre de san Esteban.

Francisco José siguió siendo el rehén de un conflicto entre su madre y su esposa a propósito de sus hijas. A Sissi la exasperaba que Sofía (cuya salud era preocupante) y Gisela estuvieran instaladas en cuartos que solo eran accesibles a través de interminables escaleras. La emperatriz exigió que sus hijas estuvieran más cerca de ella. Se produjo un importante acontecimiento: ¡Francisco José le dio la razón a su esposa! Le dijo a su madre que las pequeñas estarían mucho mejor en los antiguos aposentos del mariscal Radetzky. Para evitar un escándalo, el emperador le comunicó su decisión a su madre por escrito, en la víspera de un viaje. La archiduquesa se puso furiosa y declaró que los principios de educación de su nuera eran deplorables, que cabalgaba demasiado y que tenía un trato excesivamente familiar con los vieneses, que solían saludarla en el Prater. Pero la madre del emperador había perdido una nueva batalla: la de la maternidad legítima. ¡Una verdadera revolución de palacio!

La pareja imperial emprendió un nuevo periplo, políticamente delicado, ya que el itinerario los llevaría a Venecia y Lombardía.

La acogida en Venecia no fue un recibimiento sino una afrenta. En la plaza San Marcos, los esperó una multitud muda, más impresionante que una multitud exaltada. Solo la silueta familiar del mariscal Radetzky les proporcionó un instante de satisfacción. A los noventa y dos años, el ilustre soldado seguía siendo gobernador de Lombardía-Venecia por cuenta de los Habsburgo. ¿Se habrían olvidado de él? Emocionado, Francisco José lo relevó por fin de sus funciones, le otorgó una pensión anual de 80.000 florines y eligió como sucesor a su hermano, el archiduque Maximiliano. La humillación continuó durante la recepción en el palacio de los dux, a la que asistió menos de un cuarto de los invitados y donde los gondoleros profirieron insultos. Sissi, alarmada, le aconsejó al emperador que mostrara tolerancia. Le dijo que debía suprimir las medidas vejatorias hacia los venecianos. Franzi quedó un poco sorprendido pero escuchó a su esposa, firmó decretos de amnistía y restituciones de bienes confiscados. El efecto fue inmediato: Venecia se descongeló. A la noche, en la Fenice, los soberanos fueron ovacionados y la emperatriz obtuvo un triunfo personal. Todos conocían su intervención. Fue su primera acción política, bajo el signo del liberalismo.

El 15 de enero de 1857, Francisco José y su esposa llegaron a Milán. Les habían hecho llegar informes muy desfavorables. Temían lo peor y no se equivocaban. Lo peor sucedió en el espléndido marco del teatro La Scala.

Según la policía, los 2800 asientos estaban ocupados… ¡pero por lacayos vestidos con librea negra! La aristocracia milanesa se había hecho representar por sus criados, vestidos de duelo por la libertad. La afrenta fue completa. En ese momento, el emperador comprendió que en el Congreso de París, su verdadero adversario había sido Cavour. Como por casualidad, en el mismo momento, este se puso las gafas y declaró en el Parlamento de Turín: “Italia puede gobernarse perfectamente a sí misma”.

El encanto de Isabel no surtió efecto. Por eso, Francisco José anunció medidas de amnistía, restituciones y exoneraciones fiscales, publicadas cada mañana por *La Gaceta de Milán.* El gabinete vienés consideró que esas concesiones eran peligrosas. El soberano replicó que “el pueblo es completamente dócil, pero la burocracia es torpe”. Se comprende que los ministros se sintieran ofendidos. Se produjeron otros incidentes, pero el cambio fue positivo. Los diarios lo resumieron así: “Actualmente, la oposición solo está representada por algunos gentilhombres rurales y algunas damas no admitidas en la corte. Todavía no están a favor de Austria pero ya están a favor del emperador. Todos adivinan la mano benefactora de la noble joven que ha transformado las disposiciones del soberano”.

Además de conocer la generosidad natural de su esposa (siempre acomplejada por su pronunciación defectuosa), Francisco José se dio cuenta de que ella tenía razón: por sí misma, reduciendo el protocolo al mínimo y sin las miradas críticas de las damas de la época de Metternich, la pareja era sólida y convencía incluso a los malintencionados.

En la primavera, el barón Bach, ministro del Interior, le sugirió al soberano un viaje a una tierra aún más hostil que Lombardía-Venecia: Hungría. Esa visita era arriesgada, pero indispensable. El ministro agregó que la clave de ese viaje sería la presencia conciliadora de la emperatriz. Sissi estaba encantada: podría usar el traje magiar que le sentaba maravillosamente y perfeccionar su conocimiento del idioma, difícil, en el que ya había aprendido varios poemas. La archiduquesa Sofía, que detestaba Hungría, tuvo otra buena razón para montar en cólera, sobre todo cuando se enteró de que la pequeña Sofía acompañaría a sus padres, aunque se enfermaba con frecuencia y sufría vómitos inexplicables. Ya no escuchaban a la archiduquesa. Ella hubiera prevenido a su hijo…

Después de la muerte de su hija, la imagen de Sissi dio paso a la de Isabel

Era el tercer viaje del emperador a tierra húngara, pero fue eclipsado por la que ahora no se llamaba Isabel sino Erzsébet, su equivalente húngaro. Nada era sencillo, ya que los asuntos de los magiares se trataban en alemán. Pero ¿qué importancia tenían esas tratativas comparadas con el

drama que se abatió sobre la pareja real? El 29 de mayo, la pequeña Sofía falleció a la edad de dos años y ochenta y ocho días. Destrozada, su madre, que había luchado junto a su hijita once horas seguidas contra la muerte, en un ataque de ira, acusó a su médico de incapaz y de otras cosas. El emperador, abrumado, quiso conocer las causas del deceso. ¿Fiebre tifoidea? Tal vez. ¿Sarampión contagiado por Gisela a su hermana mayor, menos resistente? Era posible. ¿Una simple intoxicación alimenticia mal tratada? Quizá. Siguiendo una siniestra ley, el drama aumentó la popularidad de la pareja imperial. Los húngaros le demostraron su dolor y los opositores a los Habsburgo cumplieron el duelo con respeto. Todo el mundo sabía que la emperatriz no había querido abandonar su lugar junto al lecho de su hija. El silencio de la archiduquesa era insoportable, y también el triunfo mórbido de la experiencia y la razón sobre la juventud y la inconsciencia. Sissi había desobedecido: fue castigada. Sissi, que aún no tenía veinte años, desapareció con esa tragedia, revelando a Isabel, la madre herida, con el rostro demacrado, que adelgazó peligrosamente.

Francisco José se refugió en el trabajo. Su tarea le permitía no derrumbarse. A fines de septiembre, se realizó un intento de reconciliación austro-rusa en Turingia, en Weimar. En la ciudad de Goethe y Schiller, el emperador se encontró con el zar Alejandro II, vencido en Sebastopol, que se había visto obligado a pedir la paz tras una guerra desencadenada por su predecesor. Cada uno de los dos soberanos pidió la expulsión del ministro de Relaciones Exteriores del otro: la reunión fue un fracaso. En noviembre, el emperador y la emperatriz se mudaron. Sus antiguos aposentos les recordaban demasiado a su hija desaparecida. Además, faltaría lugar, porque la soberana estaba nuevamente encinta. Instalados en el primer piso del palacio, los soberanos disponían de doce habitaciones al frente (Francisco José) en el ala de la Cancillería y cinco habitaciones al frente (Isabel) en el ala Amelia, en un ángulo recto con la anterior. Esta disposición, que puede verse aún en la actualidad, constituyó un enorme cambio, porque esa suntuosa sucesión de salas y antesalas era imponente y, a pesar de sus dimensiones, acercaba a los esposos. El viernes 25 de diciembre de 1857, Francisco José, con un espíritu constructor de grandes obras, le escribió a su ministro del Interior: "Querido barón Bach: deseo que la ampliación del centro de Viena se realice cuanto antes y que haya una comunicación apropiada entre el centro y los suburbios. [...] Con este fin, acepto la demolición de las fortificaciones de la ciudad y el llenado de los fosos".

El derribo de las viejas murallas fue el regalo de Navidad del emperador a los vieneses, que muy pronto pudieron recorrer un bulevar circular: el Ring.

El año 1858 comenzó con un duelo que envolvió a toda Austria. Ocho meses después de su retiro, Radetzky falleció. El emperador recordó que este se había enrolado en el ejército imperial en 1785. Las exequias del mariscal

estuvieron entre las más espectaculares que se hubieran visto en Viena. Frente a regimientos enteros en posición de firmes, su coche fúnebre fue seguido por un caballero en armadura a caballo y precedido por el propio caballo del gran soldado recubierto con un paño negro, cuyos bordes eran sostenidos por criados vestidos de luto.

Cuando volvió el verano, la emperatriz se mudó a Laxenburg. Su parto era inminente. El 21 de agosto, tres días después del cumpleaños número veintiocho de Francisco José, empezó a tener dolores. Hacía un calor terrible. Imploraron la gracia divina. ¡Con tal de que fuera un niño! Cuando la madre dio a luz, a las 10 de la noche, agotada, muy pálida, apenas pudo preguntar: "¿Es un varón?".

Francisco José lloraba. "Entonces es una niña", suspiró ella, angustiada.

¡No! Las lágrimas del padre eran de alegría. Balbució: "No sabemos todavía".

En su confusión, olvidó que era un varón. La corona imperial tenía un heredero y el trono, un sucesor. En el colmo de la felicidad, el emperador desprendió de su pecho el collar del Toisón de Oro y lo colocó sobre el bebé. Allí estaba el futuro: la esperanza de los Habsburgo-Lorena se llamó Rodolfo. Era el cuarto que llevaba ese nombre desde que la dinastía había afianzado su poder en el siglo XIII. Ciento un cañonazos sacaron a la ciudad de su letargo. Francisco José nombró inmediatamente a su hijo coronel del 10º regimiento de infantería. Rodolfo estaba destinado a la carrera militar. Para su padre, no había ninguna duda.

Desde hacía exactamente un mes, Austria era el blanco de una próxima guerra. Francisco José aún lo ignoraba, pero todo se había decidido en un balneario de Vosges, Plombières. Oficialmente, Napoleón III intentaba curar allí sus cálculos renales, pero su tratamiento no impedía las reuniones. En un salón modesto, el emperador de los franceses había recibido, en los días 21 y 22 de julio, a un hombrecito grueso con aspecto de notario de provincia y una mirada muy inteligente. Era Cavour, el primer ministro del rey de Cerdeña, que dos años antes había estado en el Congreso de París. Fue a recordarle al sobrino de Napoleón I que le había prometido "hacer algo por Italia", porque no soportaba que Viena reinara sobre Milán y Venecia, y mantenía algunas guarniciones en el sur. Pero Rusia, que aún no le había perdonado a Francisco José su ingratitud, estaría dispuesta a vengarse. Los enemigos de Sebastopol conspiraban con el mismo objetivo, y en San Petersburgo, algunos oficiales de la corte empezaron a imitar el corte de barba de Napoleón III. Para este, una guerra contra Austria era necesaria, y permitiría anexar Niza y Saboya a Francia. Entre Viena y París, se instaló un frío diplomático, sin desmedro de los cálidos sentimientos personales.

Desastres en Magenta y Solferino: Francisco José

fue derrotado

Poco después del nacimiento de Rodolfo, Francisco José comprendió hasta qué punto estaba aislado. Los informes de sus embajadores le mostraron que Cavour había llevado el refinamiento hasta negociar con un rebelde húngaro, el general Klapka. Resolvieron que si Austria cometía algún acto agresivo en Italia, Francia mandaría allí 200.000 hombres, y solo firmaría la paz después de la expulsión total de los austríacos. La trampa tardaría un tiempo en empezar a funcionar, pero Francisco José lo supo cuando Viena le envió un ultimátum a Turín el 19 de abril de 1859. Su rechazo tres días más tarde se tomó como una declaración de guerra. La lucha política se elevó a la altura de un duelo entre dos emperadores. Uno, en Viena, aún no tenía treinta años y apenas dominaba la diplomacia. El otro, en París, tenía cincuenta años y conocía los hábitos de la elite europea. El soberano Habsburgo habría debido esperar más, porque Cavour era muy paciente. Y al excluir a su hermano Maximiliano, el emperador había privado a Austria de un personaje temido por Cavour. Además, Francisco José debería haber escuchado uno de los últimos consejos de Metternich. Había llegado al alba a la casa del ex canciller, que tenía ochenta y seis años, estaba debilitado y guardaba cama. Le pidió que lo ayudara a redactar un testamento político y familiar, para el caso de que muriera. El emperador acababa de darse cuenta de la maniobra aprobada por Bismarck: eso podía volver a servir. Con sus fuerzas desfallecientes, Metternich repitió varias veces: "¡Nada de ultimátum! ¡Sobre todo, nada de ultimátum!". Lamentablemente, era demasiado tarde. Como Napoleón I, Napoleón III tendría su campaña de Italia.

Contra la opinión de sus ministros, Francisco José partió hacia el frente el 29 de abril. Sissi, desesperada, se aferró a su marido. Ella viajó en el tren imperial hasta un centenar de kilómetros de Viena. La despedida en la pequeña estación de la línea de Semmering fue desgarradora. La emperatriz lloró y le hizo jurar a su marido que sería prudente, y que pensaría en ella y en sus hijos: Gisela, de solo tres años y Rodolfo, de nueve meses. También llenó de recomendaciones al edecán general, el conde Grünne: "Cuide al emperador. Él es mi único consuelo en estos tiempos terribles".

La guerra fue devastadora. Costó mucho en vidas humanas: las victorias francesas se pagaron muy caro. El 4 de junio, en Magenta, hubo 4000 muertos en las filas de Napoleón III, 10.000 en las de Francisco José y alrededor de 25.000 heridos o enfermos. El 11 de junio, a las tres de la tarde, murió Metternich. El símbolo de una Austria restaurada y recuperada tras la tormenta napoleónica desapareció en el momento en que Austria era vencida por el sobrino de Bonaparte. Una Austria murió, una Austria fue derrotada. El 24 de junio, a las 5 de la mañana, al sur del lago de Garda, un formidable cañoneo sacudió a una aldea situada en lo alto de un cerro coronado por una torre. El lugar se llamaba Solferino. Así

comenzó una terrible batalla entre dos emperadores que eran, por alianza, sobrinos de Napoleón I. Al ver a sus tropas congregadas en torno a esa colina –180.000 hombres–, Francisco José exclamó: “¡Los franceses! ¡Los tengo!”.

Lo que tenía era la torre de Solferino, llamada “la espía de Italia”, que simbolizaba la dominación austríaca en la región. Tras doce horas de combates bajo una estruendosa tormenta, Austria perdió Solferino y las aldeas vecinas. El saldo fue terrible: 17.000 muertos en el bando franco-piamontés y 22.000 víctimas entre los austríacos. Una carnicería. En medio de los cadáveres destripados y las ruinas humeantes, un joven agente de un banco suizo decidió crear un grupo de auxiliares de socorro. Se llamaba Henry Dunant y fundó la Cruz Roja.

Dos días más tarde, en Verona, el emperador vencido debió reconocer que, aunque era un soldado, no era ni estratega ni táctico. Le escribió a Sissi: “Debo ordenar la retirada... Parto a caballo. [...] He aquí la triste historia de una jornada espantosa en la que realizamos un gran esfuerzo pero la suerte no nos sonrió. He adquirido experiencia y aprendí a conocer los sentimientos de un general derrotado. [...] Mi único consuelo, mi única alegría es ir a verte ahora, mi ángel. Puedes imaginarte cuánto me alegra. Tu devoto Franzi”.

Aunque victorioso, Napoleón III pidió la paz porque, con la intervención de Prusia, molesta por el desastre, la Confederación germánica movilizó 350.000 hombres. Francia debía ceder para que la victoria no quedara opacada por una venganza de los Estados alemanes. El 12 de julio, a las 9 de la mañana, en el primer piso de una casa ubicada en la calle principal de la aldea de Villafranca, los dos soberanos se reunieron para los preliminares de paz y, en forma accesoria, para desayunar. El Habsburgo no tocó su desayuno, furioso por el encuentro a solas “con ese miserable Napoleón”. Muy indignado, se negó a ceder Lombardía y Cerdeña: se las devolvió a Francia. Conservó Venecia, cuya administración prometió cambiar, y le dijo al francés: “Le doy mi palabra de honor. Venecia no solo será feliz sino que estará satisfecha”. Napoleón III, tranquilo, se justificó: “Acepté el acuerdo porque estaba tratando con un caballero”.

La entrevista duró una hora. Rojo de emoción, Francisco José firmó el armisticio, con estas palabras amargas: “Hago un inmenso sacrificio. Lombardía era mi provincia más bella”.

Como ya no soportaba la corte, la emperatriz partió hacia Madeira

De regreso en Viena, el emperador fue consciente de que la población, malhumorada, reclamaba sanciones. Despidió a tres ministros, uno de los cuales se cortó la garganta, destituyó a algunos generales y exigió una

investigación para determinar la responsabilidad de su estado mayor. Esa campaña calamitosa fue vivida como una derrota nacional y personal del monarca. Este se encerró en Laxenburg, algo que no acostumbraba hacer. Cuando reapareció en público, el 12 de septiembre, la acogida de la multitud fue glacial. Los transeúntes se negaban a saludarlo. Circulaba una palabra: "¡Abdicación!". En la Ópera, Sissi era la ovacionada, como un símbolo del sentido común. Ella fumaba cigarrillos, instaló una sala de gimnasia en el Hofburg y ganó finalmente, mediante diversas provocaciones, la guerra contra su suegra. Pero al ser informada de una presunta relación del emperador con una bonita condesa polaca que había sido su amante antes de casarse con ella, decidió huir. Las murmuraciones de la corte le resultaban insoportables. Se embarcó hacia Madeira, inaugurando una asombrosa serie de viajes y dejando a su Franzi desamparado y triste. Como su estancia en "la isla de la madera" no le había permitido recuperar fuerzas, la emperatriz decidió ir a Corfú. Su pasión por las islas se tradujo en un apodo, que ella misma creó: "la gaviota". Así firmó algunos de sus poemas. Le escribió a su madre que temía ser "una carga para el emperador y sus hijos, y sentía que se acercaba su fin". Y agregó, patética, que "el emperador debería volver a casarse, que ella ya no podía hacerlo feliz siendo un ser miserable y mórbido". A los veinticuatro años, Isabel estaba hastiada de la vida. La viajera sufrió diversas críticas. En primer lugar, por dejar solo al emperador en medio de dificultades políticas provenientes de los húngaros y de austríacos que reclamaban la responsabilidad parlamentaria de los ministros, algo que el soberano rechazaba. Además, en ese momento, Corfú era una posesión británica. ¿No había en el Imperio un lugar en el que la emperatriz pudiera descansar, en vez de optar por una tierra extranjera? Por último, un rumor ofensivo para los vieneses aseguraba que la emperatriz se sentía bien desde que estaba lejos de la corte. A fin de septiembre de 1861, Francisco José fue a reunirse con ella. En diez meses, solo había vivido con su esposa durante seis semanas. Vestido de civil, hacía excursiones a caballo y se entusiasmó con los ejercicios de las tropas inglesas. Al regresar, Sissi quiso detenerse en Venecia, envuelta en las brumas invernales. El emperador, informado sobre la mediocre calidad del agua potable, mandó llevar enormes recipientes llenos del agua pura de Schönbrunn. La iluminación de la plaza San Marcos para recibir a la pareja imperial fue criticada, porque los venecianos soportaban cada vez menos la ocupación austríaca, de la que sus vecinos lombardos se habían liberado. Tras catorce meses de ausencia, la emperatriz regresó finalmente a Schönbrunn y no habló de volver a partir, porque la condesa Esterházy ya había sido relevada de sus funciones. Los esposos casi no se separaban. Cuando su marido debía ausentarse para una audiencia o una reunión de gabinete, ella lo esperaba en el jardín que estaba al oeste del castillo o en el jardín, simétrico, creado para los príncipes herederos, muy apreciado por Rodolfo, que acababa de cumplir cuatro

años.

Schönbrunn era una notoria excepción en la vida de la pareja, porque allí los soberanos dormían en la misma habitación. Dos camas y dos armarios idénticos, de palisandro. Ese mobiliario oscuro y pesado se alegraba con las paredes revestidas de seda azul confeccionada en Lyon en 1854.

Por fin, Sissi estaba cerca del hombre amado, en su lugar. Ese soberano de buena voluntad necesitaba ser apoyado, ayudado y comprendido, ya que le preocupaban las acciones de Bismarck, atrincherado en una inquietante discreción. Después de su embajada en San Petersburgo, aceptó la de París, donde fue recibido como un viejo amigo y habló de una alianza incondicional franco-prusiana con Napoleón III y la emperatriz Eugenia, a quien encontró “más bella que nunca”. En Londres, el ministro inglés de Relaciones Exteriores, el conde de Beaconsfield, más conocido como Benjamin Disraeli, recomendó prudencia: “Cuidado con ese hombre, porque piensa lo que dice”.

El emperador de los franceses, que tenía muy mala vista cuando se trataba de juzgar a Bismarck, respondió: “No es un hombre serio”.

Bismarck era muy serio. Su idea se basaba en tres puntos: reorganizar el ejército prusiano, declararle la guerra a Austria y lograr la unidad alemana bajo la égida de Prusia. El rey Guillermo I, de sesenta y cinco años, que detestaba las disputas parlamentarias, le encargó a Bismarck la tarea de garantizar la hegemonía prusiana. El 22 de septiembre de 1861, este fue nombrado presidente del Consejo. Tenía carta blanca. En Viena, Francisco José recibió la noticia con una inquietud serena, pero en realidad estaba aterrado. Ocho días más tarde, frente al Parlamento de Berlín, Bismarck, jugando con su cigarrera, pronunció palabras que hicieron temblar a Europa: “No se pueden resolver las grandes cuestiones de nuestra época con discursos y votos de mayoría. Serán decididas a hierro y sangre”.

Estaba claro que el “problema alemán”, verdadero nudo gordiano, no podía resolverse “pacíficamente, por el sistema dualista austro-prusiano”. Por lo tanto, Austria estaba de más en la idea alemana: habría que domarla. Y rápidamente, el jefe del gobierno de Berlín, también titular de la cartera de Relaciones Exteriores, le hizo saber a Viena que Berlín la ayudaría en caso de conflictos exteriores, con la condición de que le entregara Hannover y Hesse a Prusia. Un trato peligroso. Cuando, dos años después se reunió la Dieta de Fráncfort, Francisco José presidió una reunión cuyo tema era la Alemania unida. Hubo un ausente notorio: el rey de Prusia. Aunque el emperador de Austria fue muy aplaudido y sus propuestas tuvieron una acogida favorable, la reunión fue un fracaso, porque Prusia no se había expresado. Solo la cena fue un éxito: sirvieron veintinueve platos (!), muy europeos. Francisco José le escribió a su madre que lamentaba no haber logrado su propósito: “Es el último intento para unificar a Alemania y colocarla a la altura del deber que debería cumplir en Europa. Es la última

manera de salvar a los soberanos de Alemania de la caída frente al avance de la revolución".

Cuando el emperador regresó a Viena, encontró a Sissi muy preocupada. Rodolfo, que se había caído de un árbol jugando, sufría malestares, a veces breves y a veces prolongados. Los médicos le habían asegurado al principio que el accidente no tendría consecuencias, pero ya no formulaban el mismo diagnóstico. "¡Son tontos!", exclamó la emperatriz, furiosa.

La Guerra de los Ducados eliminó a Austria de los asuntos alemanes

En 1864, Francisco José se vio obligado a acompañar a Dinamarca en un conflicto para poner fin a una situación anárquica y una guerrilla que perturbaba el tráfico marítimo de Europa del norte. La primera obra maestra de Bismarck se llamó la Guerra de los Ducados. Un rompecabezas sucesorio, diplomático y de nacionalidades. Schleswig, Holstein y Lauenburg, situados entre la desembocadura del Elba, el mar del Norte y el Báltico, tenían una gran importancia estratégica y comercial. Dinamarca fue rápidamente vencida. En 1865, debió cederle Schleswig, el puerto de Kiel y Lauenburg a Prusia, mientras que Austria recibió Holstein, cuya población era mayoritariamente alemana, y era miembro de la Confederación Germánica. Pero la convención firmada en Gastein solo era para Bismarck un arreglo provisional. El canciller se aseguró de la neutralidad de Napoleón III y del apoyo italiano. El príncipe Carlos Eduardo de Hohenzollern comentó: "¡Este es un gran golpe de suerte para Prusia!".

Cuando Bismarck hizo entrar las tropas de Berlín en Holstein, desencadenó la guerra austro-prusiana que buscaba. Ese terreno de ensayo desacreditó a Francisco José ante la opinión pública alemana y constituyó una fuente de litigios.

Para concluir esa campaña lejana cuyo engranaje lo inquietaba, Francisco José condecoró a Bismarck con la Gran Cruz de la Orden de San Esteban. Un gesto curioso que no despertó ninguna simpatía en el prusiano: este se limitó a sonreír con ironía. Nadie entendió por qué el emperador de Austria honraba al hombre que quería debilitar a los Habsburgo. Mientras el prestigio de su esposo disminuía, Sissi ganaba definitivamente su guerra contra su suegra: a partir de ese momento, tras un ultimátum familiar, la emperatriz se ocuparía personalmente de la educación de sus hijos. Y con una carcajada, Sissi anunció, en el día de san Francisco: "¡Obligué a todas las damas de honor a beber una copa de champán a la salud de papá!".

Por una vez, había diversión en Schönbrunn.

El 3 de julio de 1866, a pesar de las victorias sobre los italianos en Custozza y en el mar, en Lissa, los ejércitos de Francisco José fueron

derrotados cerca de una aldea de Bohemia, Sadowa. Los prusianos, conducidos por el rey Guillermo I y Moltke, aplastaron a los austríacos comandados por Benedek. Esta victoria, que abrió el camino a Viena, tuvo una enorme repercusión en Europa, en particular en Francia, donde Napoleón III tomó conciencia de la superioridad del armamento forjado por Bismarck. Fue una severa derrota para los Habsburgo. Un mes más tarde, el Tratado de Praga del 23 de agosto le dio Venecia a Italia. Aún más grave fue la disolución de la Confederación Germánica. Los veintiún Estados al norte del Meno se agruparon en una Confederación de Alemania del Norte. Bismarck anexó definitivamente los ducados de Schleswig y Holstein, el reino de Hannover, el ducado de Nassau, Hesse y la ciudad libre de Fráncfort, antiguo símbolo del difunto Sacro Imperio. Por primera vez, Prusia formó un Estado de un solo amo que se extendía desde la frontera rusa hasta la frontera francesa. Austria abandonó en forma definitiva toda pretensión de dominar a los Estados alemanes: esto era más humillante que la pérdida de su último territorio italiano, cuya cesión era inevitable.

¿Qué podía hacer Francisco José? Había una sola solución: extender su influencia hasta Hungría. Y Sissi sería su embajadora. La idea de asociar estrechamente la tierra de los magiares a la corona de los Habsburgo no era nueva, pero adquirió toda su envergadura. Al orientarse en dirección al Danubio, Viena podía recuperar una autoridad que ahora le estaba vedada hacia el norte. La emperatriz concentró toda su energía para ayudar al conde Andrássy. Este húngaro había sido condenado a muerte por haber participado en la revolución de 1848. Refugiado en Londres y luego en París (¡lo apodaron "el bello ahorcado"!), en 1858 fue amnistiado por el emperador. Andrássy fue elegido en la Dieta húngara en 1860. Sissi no tenía ninguna duda de que él era el hombre adecuado para la situación y luchó para que lo nombraran presidente del Consejo húngaro. Abandonando su reserva, Sissi inició una delicada reivindicación política. Recibió al antiguo exiliado, que se asombró por los progresos que había hecho con su idioma y por la pasión, inesperada en una soberana Habsburgo, que ella sentía hacia Hungría. Al salir de una audiencia, dijo: "Si hay un resultado, Hungría se lo deberá, más de lo que ella cree, a su bella Providencia".

Sissi y el ex proscripto se sedujeron intelectualmente. Su comunión de ideas suscitaría comentarios desagradables y rumores. Se veía a menudo a la emperatriz en Buda y en Pest, galopando por el campo. Se dirigía al castillo de Gödöllö, construido en la época de María Teresa, transformado en hospital. Un poco por bravata, un poco por inconsciencia, le escribió a Francisco José que le gustaría adquirir ese dominio. Respuesta negativa: "Por ahora no tenemos dinero. [...] Reduje el presupuesto de la corte para el próximo año a 5 millones. Tendremos que ahorrar 2 millones, vender casi la mitad de la caballeriza y hacer economías".

Su firma era patética: "Tu triste maridito". Andrássy predicaba

prudencia. Algunos informantes le dijeron que la opinión pública de Viena juzgaba con severidad las temporadas que pasaba la emperatriz en Hungría, así como su entorno exclusivamente magiar, desde su dama de honor hasta su lectora. La acusaban de defender ciegamente “las aspiraciones egoístas de Hungría”. En la familia imperial, los juicios sobre la situación no eran más amables. El archiduque Francisco Carlos, el padre de Francisco José, que había abdicado en su favor, repetía, cínico: “¡Hasta yo podía haber actuado mejor!”.

El emperador estaba angustiado. Además, las noticias de su hermano Maximiliano en México eran muy preocupantes. Esa insensata aventura mexicana fue otro desastre frente al mundo.

Año 1867. Cansado, pálido, Francisco José decidió recibir en el Hofburg a una delegación húngara. Se puso su uniforme de mariscal húngaro y leyó, sin pasión, un discurso en el que hablaba de un “arreglo”. Cedió. El 18 de febrero, Andrássy fue nombrado primer ministro de Hungría. Sissi había ganado. Su popularidad en Viena se deterioró aún más.

El nombramiento de Andrássy fue el primer resultado del acuerdo efectuado entre Beust, el nuevo primer ministro austríaco, y los húngaros. Se conoció con el nombre de “compromiso austrohúngaro”: una fórmula política original.

En Buda-Pest, Austria-Hungría sucedió al Imperio de Austria

Ahora, Hungría era un reino independiente del Imperio de Austria, pero las dos monarquías estaban vinculadas por una unión hereditaria en la posteridad de los Habsburgo. Los dos países recibieron un nuevo nombre, tomado de su río fronterizo: el Leita. Austria se convirtió en Cisleitania, mientras que Hungría se llamó Transleitania. Cada uno de los dos países administraba sus asuntos interiores con ministerios específicos. El gabinete húngaro era responsable ante la Dieta y la Constitución entró nuevamente en vigor. Solo administraban en común las cuestiones de política exterior (eran un solo Estado para el derecho internacional y la diplomacia), los problemas militares y financieros. Austria aportaba dos tercios del presupuesto. Por último –y este fue un hecho importante–, el jefe de Estado, emperador en Austria y rey en Hungría, aceptó ser coronado soberano apostólico en Buda-Pest. Pero ¿era ese dualismo un remedio infalible para las crisis del Imperio? Quizá no. Los checos protestaban, reclamando una unión tripartita con un reino reconstruido de Bohemia. Los croatas, los eslovenos, los polacos y los rumanos también se quejaban. La estudiosa Marie-Madeleine Martin afirma que el dualismo “consagraría en realidad la hegemonía germano-magiar, que era al mismo tiempo el final de la independencia del emperador y el final de un Imperio cuya razón de ser

había sido un armonioso esfuerzo de equilibrio y cuyo único futuro se inscribía en la fórmula de una federación de Estados, bajo la tutela monárquica".

Sin embargo, a pesar de esos olvidos y esas concesiones, acababa de nacer un Estado realmente multinacional. Había llegado el tiempo de la doble monarquía austrohúngara por la que tanto había trabajado Sissi. La archiduquesa Sofía estaba consternada al ver a su hijo sometido al liberalismo triunfante de su esposa. Pero había que pensar que, mediante el compromiso, el monarca, mal inspirado en 1859 y en 1866, intentaba regenerar el deteriorado prestigio de su dinastía. El increíble fenómeno se produjo: ¡los Habsburgo recuperaron su popularidad en Hungría! Fueron necesarios veinte años para lograr esa reconciliación. Fueron necesarias, sobre todo, la obstinación y la lucidez de Isabel, que tenía una espectacular influencia política. Fue también su revancha contra la corte vienesa que criticaba permanentemente sus ausencias, la presencia de sus perros en sus habitaciones, sus visitas a establecimientos de alienados, la cerveza que bebía en las cenas de gala, sus poemas oscuros y su melancolía. Andrássy le anunció a Francisco José que el pueblo húngaro, agradecido, quería obsequiarle el castillo de Gödöllö a la emperatriz: una manera de invitar a los soberanos a pasar el mayor tiempo posible en Transleitania. Estas promesas fueron oscurecidas por un telegrama, que había tardado catorce días en llegar desde México: el republicano Benito Juárez había tomado prisionero al emperador Maximiliano. La preocupación dio paso a la angustia. Pero la fecha de la coronación húngara no podía diferirse. Estaba en juego el éxito del compromiso.

Sábado 8 junio 1867, en la colina de Buda. A las 7 de la mañana, se formó un largo cortejo, encabezado por Francisco José en uniforme de mariscal húngaro. Lo seguía la carroza de ruedas doradas, tirada por ocho caballos, que había servido para la boda imperial. El imponente vehículo había sido desmontado y transportado desde Viena en una chalana por el Danubio. Detrás de las ventanas, la emperatriz nunca había estado tan radiante en un vestido de brocado y plata confeccionado en París por un inglés, Charles Frederick Worth, el inventor de la alta costura. La princesa de Metternich, embajadora de Austria, había introducido con Eugenia sus creaciones en la corte de Napoleón III. En las calles del viejo barrio de Buda, donde las casas mostraban el famoso color "amarillo María Teresa", un espectáculo de otra época desplegó su fastuosidad, un poco emparchada y sucia, según un diplomático suizo. Frente a Francisco José, desfiló lentamente la historia de Europa central con sus trajes típicos, sus botas ligeras, sus tiaras, sus plumas y sus banderas. Pocas veces se vería en el siglo XIX esa magnificencia de *Las mil y una noches*. Asistido por el primado de Hungría, Andrássy, que cumplía la función de virrey, colocó la corona de san Esteban sobre la cabeza del Habsburgo que lo había condenado a muerte diecinueve años atrás. En la basílica el calor era agobiante, y

Francisco José estaba empapado de sudor. Bajo un baldaquín, Isabel se veía tensa pero feliz. Según la tradición, la corona se apoyaba sobre su hombro derecho: esto la diferenciaba de una soberana oficial. Los grandes órganos vibraban con la *Misa de la coronación* compuesta por Franz Liszt. Este había llegado desde Roma, donde vivía retirado, y quiso interpretar personalmente su obra, en homenaje a la mujer que abogaba por la causa húngara. A la salida de la catedral, la multitud entusiasta gritó varias veces: *"Eljen Erszébet!"* ("¡Viva Isabel!"). A los treinta años, la indisciplinada duquesa bávara promovida a emperatriz de Austria se convirtió en reina de Hungría. "Nunca la había visto tan bella –le escribió Liszt a su hija Cósima, la futura segunda esposa de Wagner–. Apareció como una visión celestial en el desarrollo de una fiesta bárbara".

Sobre su caballo blanco muy nervioso, Francisco José sacó su sable y lo blandió en el aire dibujando una cruz. Era también una tradición multisecular: se apuntaba con la hoja hacia los cuatro puntos cardinales. Ese "saludo real a la cruz con la espada" simbolizaba el compromiso de defender la patria magiar contra sus enemigos, cualquiera fuese su procedencia, y el respeto a la Constitución. En ese preciso momento, Francisco José se convirtió en Ferenc József para los húngaros. ¿Quién hubiera podido imaginar ese enorme cambio? El nuevo rey mandó distribuir monedas de oro y plata entre la multitud. En la avalancha, dos caballos se encabritaron y derribaron a dos obispos. Luego, dos cofres que contenían 100.000 ducados de oro cada uno, obsequiados a la pareja real, fueron entregados por el monarca a los huérfanos, las viudas y los menesterosos. Un austríaco, cercano a la corte y contrario desde siempre a las medidas que favorecían a Hungría, le dijo a su esposa: "Estoy furioso... ¡Entregarle el regalo de la coronación a los revolucionarios! Hubiera preferido estar muerto antes de vivir semejante vergüenza. ¿Hasta dónde llegaremos? Seguir esos consejos no es reinar. ¡Andrássy merece la horca mucho más que en 1849!".

El rey decretó una amnistía general: los exiliados regresaron y juraron obediencia al monarca coronado y a las leyes húngaras. Solo Kossuth se negó a hacerlo, despreciando el compromiso. Murió exiliado en Turín, en 1894.

La ejecución de Maximiliano en México expió "el pecado de Carlos V"

Once días más tarde, el hermano de Francisco José fue fusilado en Querétaro. El pelotón disparó tres balas, que le atravesaron el cuerpo formando una cruz simbólica. Al firmar la orden de ejecución de Maximiliano, el revolucionario Juárez justificó esa condena: "Aun después de cuatro siglos, el pecado de Carlos V debe ser expiado".

Napoleón III había obligado a Maximiliano a aceptar el trono, improbable, de México y luego lo había abandonado. Esta “cobardía de Bonaparte” enfrió las relaciones entre Viena y París. El encuentro, el 18 de agosto en Salzburgo, de las dos parejas imperiales comenzó en un silencio opresivo. Napoleón III, enfermo, le tendió una mano húmeda a Francisco José, que dudó en tomarla y permaneció a la defensiva. Esta costumbre que tenían los soberanos europeos de hacerse la guerra, traicionarse y luego realizar visitas de condolencias o de cortesía, parece incoherente. Las curiosas costumbres de la Europa coronada del siglo XIX regirían hasta el verano de 1914. Durante esa visita a la ciudad natal de Mozart, el único tema de los habitantes fue la comparación entre las dos emperatrices, Eugenia e Isabel. Los austríacos decidieron rápidamente que Sissi era más alta, más elegante, más graciosa y también más joven que Eugenia. Una pobre revancha contra la tragedia mexicana causada por ambiciones utópicas. Finalmente, el emperador de los franceses invitó al de Austria-Hungría a visitar la Exposición Universal que había convertido a París en la capital del mundo. Francisco José aceptó, interesado por los trabajos del enérgico Haussmann, ese prefecto del Sena que renovó y transformó París. Viena podría inspirarse en eso. El Segundo Imperio presentó su éxito económico e industrial en el Campo de Marte. Pero el emperador de Austria, que había ido solo, porque Sissi estaba encinta, hizo también otros descubrimientos, menos oficiales. Los contó en la primera carta que le escribió el 23 de octubre, a las 6.30 de la mañana, a su “ángel” desde la residencia que Napoleón ponía a disposición de los soberanos extranjeros en visita de Estado: “Vi el Bois de Boulogne con muchos paseantes, jinetes, jinetas y muchas prostitutas. Muchas eran muy bellas, pero yo solo pienso en ti: puedes estar tranquila”.

Esta cruda observación al salir del palacio Saint-Cloud atestigua que en aquella época ya existía la galantería tarifada en esos bosques. En las Tullerías, Francisco José conoció al príncipe imperial, de once años, y le escribió a su esposa esa misma noche: “El pequeño Napoleón es muy inteligente pero muy bajo. Los nuestros son mejores”. Rodolfo tenía apenas nueve años.

El 22 de abril de 1868, Sissi dio a luz por cuarta vez. Era otra niña, María Valeria, que nació en el palacio real de Buda, por voluntad de su madre, para reforzar más la presencia de los Habsburgo en Hungría. Dos polémicas amortiguadas llegaron al escritorio del emperador-rey, en forma de informes policiales. Los húngaros habrían preferido un varón, porque a mediano plazo, un futuro soberano habría favorecido la independencia de su reino reconstituido. En cambio, los austríacos, ofendidos por ese nacimiento en Hungría, supusieron que una mujer amenazaría menos la unidad del nuevo Imperio. Viena llevaba una detallada contabilidad. Todo lo que debilitaba a Hungría fortalecía a Austria y viceversa. Por último, insinuaron que el bello Andrássy podría ser el padre de la niña. Esta

calumnia se derrumbó cuando se hizo evidente el parecido físico entre Francisco José y su pequeña hija. María Valeria fue la única de sus hijos que fue educada directamente por su madre. Como para recuperar el tiempo perdido con los hijos que habían sufrido la severa tutela de su suegra, la emperatriz completó su revancha diciendo: "¡Ahora conozco la dicha de tener un hijo!".

Las temporadas de la familia real en Gödöllö transcurrieron en forma armoniosa, bajo el signo de la alegría de vivir. Al final del verano de 1869, Francisco José preparó su partida a Egipto para la inauguración del canal de Suez. Ya desde el 15 de agosto, las aguas del Mediterráneo se mezclaron con las del mar Rojo. Después de diez años de esfuerzos, y a pesar de los obstáculos y de las maniobras de Inglaterra, la titánica obra de Ferdinand de Lesseps dejó de ser una quimera faraónica para comenzar a unir a Occidente y Oriente. ¿Por qué emprendió el soberano austrohúngaro ese largo viaje? Había entendido muy pronto la importancia del canal, excavado prácticamente en la vertical del mar Adriático, donde Austria-Hungría tenía muchos puertos militares y comerciales. El emperador había comprado 80.000 acciones de la Sociedad del Canal, y eso lo convertía en el suscriptor extranjero más importante. Además, aprovechó para ir a Constantinopla y a Tierra Santa, que ningún emperador Habsburgo había visitado desde el año 1430: en aquella oportunidad, lo había hecho el duque Federico III, que era menor de edad. Sissi no acompañó a su marido porque ese periplo estaría jalonado por manifestaciones oficiales agotadoras, y ella prefería disfrutar de todos sus hijos. Después de dejar Gödöllö el 26 de octubre, acompañado por el conde Andrássy, esa misma noche el emperador le describió a Erzsébet su dolor por estar "separado de todo lo que amo en el mundo". En sus cartas casi cotidianas, le contó con precisión militar cómo el sultán Abdülaziz le había mostrado sus ochocientos caballos. El amo del Imperio otomano recibió fastuosamente al emperador cristiano, llevando la cortesía hasta cambiar de lugar a su harén para que Francisco José, excepcionalmente vestido de civil, pudiera hospedarse en su palacio. En Tierra Santa, deslumbrado por las caravanas de quinientos dromedarios, el monarca mandó llenar botellas de agua del Jordán para los próximos bautismos de los niños Habsburgo. El 16 de noviembre, el yate imperial *Greif* se acercó al *L'Aigle*, en el cual la emperatriz Eugenia representaba a Napoleón III. El espectáculo de las ochenta naves ancladas fue inolvidable. Eugenia y el marido de Sissi formaban una pareja oficial prestigiosa. En el banquete ofrecido por el jedive Ismail Pachá, Francisco José estaba a la derecha de la emperatriz de los franceses, radiante en un vestido rojo bordado de diamantes, aunque a él le pareció que estaba un poco abotagada. Esta descripción no impidió que Isabel le hiciera una pequeña pero afectuosa escena: "Sigues reunido con tu querida emperatriz Eugenia. Estoy muy celosa porque flirteas con ella mientras yo estoy sola aquí y ni siquiera puedo vengarme".

Sissi podía estar tranquila: su esposo estaba aburrido porque ese banquete, en el que se servirían treinta platos, tardaba en empezar, y a él no le gustaba perder el tiempo en la mesa. ¡Pero había que alimentar a siete millones de personas en pleno desierto!

En Austria, criticaban la influencia de Andrássy. Por causa de ese seductor, decían, la soberana estaba permanentemente alejada de sus deberes en Viena. La prensa calculó que en un año, Su Majestad había pasado doscientos sesenta y cinco días fuera de Austria, principalmente en Hungría. Era cierto que Isabel huía siempre del pesado protocolo, pero su regularidad en el alejamiento revelaba un clima de relajación y armonía que Francisco José necesitaba. Ambos se comprendían, pero había entre ellos un tenaz desfase. No lograban vivir permanentemente juntos ni el uno sin el otro, como lo muestran las cartas que se enviaban todos los días. Desde todo punto de vista, se echaban de menos. Y sus reencuentros eran maravillosos.

En caso de guerra entre Francia y Prusia, ¿qué haría Austria?

En la primavera de 1870, el emperador-rey estaba muy preocupado por la situación política francesa. Como Napoleón III, enfermo, no quería someter sus reformas liberales a un plebiscito fijado para el 8 de mayo, Francisco José le pidió a su embajador en París, Metternich, que le asegurara al emperador su apoyo en una guerra contra Prusia que el primer ministro Beust deseaba para vengar la humillación de Sadowa. El plebiscito fue un triunfo: 7.358.786 "sí" contra 1.572.939 "no" despertaban optimismo. Los franceses habían elegido entre la inestabilidad y el Imperio. El 10 de mayo, Francisco José le envió una carta de felicitaciones a Napoleón III: "Europa respira desde ayer y los fieles amigos del Imperio están muy contentos. Miramos el futuro con confianza y esperamos las grandes acciones que el destino le prepara al emperador".

La respuesta procedente de las Tullerías decía: "Nuestros intereses están estrechamente ligados, hasta el punto de que cuando a uno le sucede algo bueno, eso repercute también en el otro".

Era mejor no mencionar acontecimientos infortunados, como la tragedia mexicana.

Al deteriorarse las relaciones franco-prusianas, Napoleón III quiso sondear a Austria y envió a Viena un emisario, el general Barthélemy Lebrun. Con él, Francisco José examinó los pros y los contras de su compromiso militar junto a Francia. Tomando como pretexto –real– el hecho de que el ejército austrohúngaro necesitaba cuarenta y dos días para volverse operativo, el soberano le explicó a Francia que ella debía comenzar los combates sola. Quería darle a Prusia la impresión de que no la agredía.

La idea de la revancha seguía siendo seductora, pero la trampa cruel ya les había costado muy caro a los Habsburgo. "Quiero la paz –dijo Francisco José–. Si debo hacer la guerra, será porque me obligan. Espero que el emperador Napoleón III tome en cuenta mi situación política personal tanto en el interior como en el exterior".

En París, la perspectiva de la guerra entusiasmó a la población y, según el embajador Metternich, "la emperatriz había rejuvenecido diez años". Tras una larga reflexión, Francisco José le informó a Napoleón III que se mantendría neutral. Por medio de su embajador en París, el zar Alejandro II comunicó que "si Austria sale de su neutralidad, nosotros también lo haremos".

Cuando se conoció el despacho de Ems, la archiduquesa Sofía deploró "el triste entusiasmo de los alemanes que creen luchar por una Alemania, cuando lo hacen por Prusia, que terminará por aplastarlos a todos completamente". Un análisis absolutamente lúcido. El 10 de agosto, ante el fulminante avance prusiano y las derrotas francesas, Sissi le planteó la cuestión a su marido: "Es posible que vegetemos algunos años más, antes de que llegue nuestro turno. ¿A ti qué te parece?".

Inclinado sobre los telegramas, Francisco José se mostró aterrado por esa victoria rápida e "insolente" de Guillermo I y de Bismarck. Era consciente de que el desastre francés, la caída del Imperio y el cautiverio de Napoleón III habían reducido el papel de los Habsburgo en Europa. ¿Su doble monarquía estaba en suspenso? En el verano de 1871, se encontraron Francisco José y Guillermo I de Hohenzollern, que había sido proclamado emperador alemán el 18 de enero en Versalles, en la Galería de los Espejos. El Habsburgo no estaba entusiasmado por esa entrevista, pero Bismarck, "el canciller de hierro", quería saber si al aliarse Austria y Prusia, no deberían temer a ningún enemigo, aunque fueran Rusia o Francia, que no estaba en condiciones de formular ninguna reivindicación. La conversación, desagradable, terminó de una manera burlesca. ¡Las sillas, recientemente pintadas, dejaron horribles manchas blancas en sus ropas!

En el fondo, los pensamientos de Francisco José estaban más absorbidos por la política interior que por los asuntos exteriores. ¿Dónde estaba el dualismo? "Guarden sus hordas, y nosotros guardaremos las nuestras", le dijo el austríaco Beust al húngaro Deák. Las "hordas" despreciadas seguían protestando. Lejos de resolver la coexistencia de los nacionalismos, el sistema exacerbaba las reivindicaciones. El movimiento de los *Sokols* (jóvenes checos) expuso sus exigencias, algunos eslovacos se rebelaron, organizando huelgas escolares, los croatas estaban insatisfechos con el compromiso y los rumanos de Transilvania mostraron su mal humor. Andrássy estaba más decidido que el emperador-rey a combatir esas reivindicaciones, porque el húngaro no admitía los reclamos de las demás etnias. La guerra franco-prusiana había suscitado una fuerte conmoción en Praga. Para apaciguar a la efervescente Bohemia, Francisco José propuso

reconocerle derechos particulares a ese reino, pero los húngaros exigían nuevos derechos. El soberano se negó a ceder y anuló sus propuestas. Como el ministro Beust fracasó en su intento de federalismo, el monarca le pidió su inmediata renuncia y, el 9 de noviembre, Andrássy fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores del Imperio austrohúngaro. Después de esta decisión, que tuvo el efecto de una bomba, la opinión pública, que Francisco José siempre tenía en cuenta, estaba muy dividida. Andrássy era hábil, obstinado, seductor y convincente. Había obtenido, por ejemplo, la emancipación de los judíos húngaros. Por haber querido y logrado que los checos no tuvieran ventajas, se había ganado la estima de Bismarck. Este felicitó a Francisco José por haber elegido "un consejero tan abierto, honesto y decidido". En cambio, su nombramiento no cayó bien en San Petersburgo. ¿Cómo podía olvidar el zar que en 1848, ese revolucionario había protestado con todas sus fuerzas contra la intervención rusa en Hungría? En Viena, los medios oficiales lamentaban que se le confiara la diplomacia austríaca a un magiar. Inmediatamente, se le adjudicó la responsabilidad de esa elección a la emperatriz, que reforzó aún más su entorno con húngaros y húngaras. Tenía una sola austríaca a su servicio: la condesa Goëss, primera dama de honor, una mujer muy conciliadora.

Con lucidez, Sissi tuvo el presentimiento de que los Balcanes eran un polvorín

El 28 de abril de 1872, después de trece horas de agonía, la archiduquesa Sofía falleció. El Imperio perdió a la que lo había salvado. Isabel había permanecido junto a su suegra y tía, que la había humillado y denigrado tanto, pero estaba llena de remordimientos. El duelo entre las dos mujeres había durado dieciocho años, obligando a Francisco José a resolver los más ínfimos detalles domésticos entre su madre y su esposa. La vida de la corte había estado literalmente envenenada por ese conflicto. Nunca cobarde ni mediocre, si esa mujer ("el único hombre de la familia", ironizó Talleyrand) hubiera desaparecido antes, la vida de la pareja imperial podía haber sido muy diferente y el comportamiento de Sissi más fluido, menos a la defensiva: en una palabra, más equilibrado. Ahora, Isabel era totalmente soberana. Se abría una posibilidad para ella: ¿la reina de los húngaros podría volver a ser la emperatriz de los austríacos?

Francisco José sufrió mucho ese duelo. Aunque acostumbraba acostarse muy temprano, a menudo a las nueve de la noche, permanecía en su balcón hasta las once. Una nueva conferencia con el emperador Guillermo I y el zar Alejandro II tendría lugar en Berlín. Por deferencia, el soberano austrohúngaro se vistió con el uniforme prusiano. Mientras se arreglaba frente a un espejo, señaló con humor: "Tengo la impresión de ir a la guerra contra mí mismo". Veinte minutos más tarde, estaba ataviado con un

uniforme ruso para saludar al autócrata de todas las Rusias. ¡Pero lo que ningún código había previsto fue la llegada del zar en uniforme húngaro, por cortesía hacia Francisco José! Este divertido intercambio le inspiró a Bismarck un comentario presuntamente serio: “Los tres emperadores componen un grupo encantador, un poco a la manera de las *Las tres Gracias* de Canova, y serán, para Europa, un símbolo viviente de paz y buena voluntad”.

Como Prusia estaba satisfecha con los cinco mil millones oro de Francia y la ocupación de Alsacia-Lorena, todo peligro exterior parecía descartado. ¿Habsburgo, Hohenzollern y Romanov podrían reconstituir una Santa Alianza? ¿Y sería útil? Se conformaron con una alianza llamada “de los tres emperadores”, basada en relaciones personales a menudo complejas. En Viena, el año 1873 fue el de la Exposición Internacional: un glorioso canto a los nuevos dioses que eran la Técnica, la Ciencia y el Progreso, en los que los pueblos querían creer. Cinco veces más grande que la de París en 1867, la exposición vienesa debía compensar el cruel recuerdo de Sadowa, pero fue sobre todo la primera manifestación europea organizada por la doble monarquía. Cincuenta mil expositores recibieron e interesaron a 7 millones de visitantes. El 1° de mayo, día de la inauguración, Francisco José recibió a los príncipes herederos de Alemania (Andrássy lo había deseado particularmente), del Reino Unido, de Bélgica y de Dinamarca. Ocho días más tarde, la Bolsa de Viena se derrumbó imprevistamente. Un viernes negro. El crac provocó suicidios, y cierres de fábricas y talleres. Hubo en total un millar de víctimas directas o indirectas de esa catástrofe financiera que nadie se explicaba. Europa seguía desfilando por los 70. 000 m2 de la exposición. El 1° de junio, el zar fue recibido al descender del tren especial que había tomado en la frontera polaca. Por cortesía hacia Erzsébet, vestía un uniforme húngaro, pero su cortesía era helada. El visitante sabía que no le simpatizaba a Andrássy. Como Alejandro II ya había escapado a varios atentados, la cena de ciento cincuenta cubiertos bajo alta vigilancia fue un calvario para Francisco José y su esposa. Respiraron aliviados cuando el ruso partió. ¡Cómo cansaban esos cantos, esas danzas, esos interminables brindis con vodka!

Pero detrás de toda esa vida social un poco forzada, se realizaban negociaciones secretas sobre los Balcanes: por la decadencia del Imperio otomano, se despertaban los nacionalismos regionales, suscitando el apetito de las grandes potencias. Hay que señalar que, a diferencia de muchos gobernantes, la emperatriz-reina Isabel fue la primera en presentir que los Balcanes eran un polvorín, y que allí podía nacer un terrible conflicto. Con treinta y ocho años de anticipación, intuyó la explosión de Sarajevo en el verano de 1914. En 1877, Serbia y Montenegro, que contaban con la ayuda de Rusia, le declararon la guerra a Turquía. Alejandro II trató de arrastrar a Francisco José a la conquista. Rusia ocuparía Bulgaria, mientras que Austria-Hungría anexaría Bosnia-

Herzegovina. Según ese plan, Rumania y Albania podrían volverse autónomas. Los dos soberanos miraban en la misma dirección, hacia ese Oriente europeo que preocupaba a sus diplomacias. Sin embargo, Francisco José dudaba en comprometerse de manera formal. Para convencerlo, el zar le escribió: "Yo considero que es posible un entendimiento entre nosotros, y no lo deseo solo para ahora sino también para el futuro, porque es uno de esos momentos que pueden determinar el destino de nuestros dos países para varias generaciones".

En definitiva, al cabo de complicadas tratativas, el emperador y el zar concluyeron un acuerdo confidencial que establecía la neutralidad de Francisco José en caso de una guerra rusa en Bulgaria o en Turquía. El emperador se justificó: "Debo contar con el sufragio constitucional de los representantes del pueblo a quienes yo mismo les di ese poder".

El motivo de la intervención rusa era el paneslavismo que buscaba el estado mayor de San Petersburgo, pero Francisco José prefirió la prudencia, porque esa guerra le recordaba demasiado a la de Crimea: un desastre para Rusia. Un joven seguía con gran interés el avance de las tropas zaristas. Era el archiduque Rodolfo. A los diecisiete años, había manifestado su hostilidad hacia Prusia, al escribir: "Austria-Hungría debe fundar un poderoso Imperio del Danubio". Declarado mayor a los diecinueve años, tenía un gran apetito de vida, además de opiniones liberales y francófilas. Cuando le señalaban a su padre su vida bastante desordenada, Francisco José respondía: "No hay que robarle a mi hijo la juventud como me la robaron a mí. La inteligencia de Rodolfo, su apertura mental y las cualidades de su corazón ya lo hicieron muy popular, tanto en Viena como en Budapest".

Los magiares encontraban en Rodolfo el carácter sensible de su madre. "Nunca una cabeza y un corazón llamados a reinar han sido más sabios, más entusiastas. Nunca un príncipe heredero ha amado a su patria con un amor más absoluto", escribió el poeta Jokal.

El 3 de marzo de 1878, se firmó el Tratado de San Stefano entre la Rusia victoriosa y el derrotado Imperio otomano. Este debió reconocer la independencia de Serbia, Montenegro y Rumania, y la creación de una Gran Bulgaria. El acuerdo fue considerado inaceptable por Gran Bretaña, que había enviado una flota a Constantinopla para impedirles a los rusos el acceso a los estrechos, pero también por Austria-Hungría, que deseaba extender su influencia en el este. Un congreso, reunido en Berlín en julio, enmendó esas decisiones. Por medio de un mandato, Bosnia-Herzegovina sería administrada por Austria-Hungría, que la ocuparía militarmente. Para Francisco José, ese arreglo tenía la ventaja de evitar que se formara en sus fronteras un gran Estado eslavo dominado por Serbia. Pero había un inconveniente, que fue señalado por el estado mayor vienés: "De este modo, simplemente haremos de policía para el sultán y tendremos que retirarnos el día en que las potencias decidan anular el mandato". El zar estaba

furioso, ya que por causa de Bismarck, el sultán mantenía una presencia en Europa. Pero Francisco José estaba satisfecho con el comportamiento de Bismarck, que había actuado como un "honesto agente".

El archiduque heredero Rodolfo se comprometió con Estefanía de Bélgica

Mientras tanto, había muerto el archiduque Francisco Carlos. El funeral del padre de Francisco José fue el último en respetar el antiguo rito fúnebre de los Habsburgo: aunque el cuerpo fue inhumado en la Cripta de los Capuchinos, el corazón fue depositado en la iglesia de los agustinos (la de los casamientos de la corte) y las vísceras, en la cripta de la Catedral de San Esteban.

El 24 de abril de 1879, Viena celebró las bodas de plata de la pareja imperial. Llegaron delegaciones de todas las provincias, en una fabulosa mezcla de trajes y lenguas. Predominaban el alemán y el húngaro, pero también habían viajado innumerables checos, polacos, rutenos (ucranianos de Hungría), eslovacos y eslovenos.

Toda la ciudad cantaba y bailaba. La gente tarareaba la *Demolierpolka*, que evocaba las reformas y la urbanización de la capital. Triunfaban las melodías de operetas, entusiasmando a la multitud que deambulaba entre los intérpretes de cítara y organillos callejeros. Tres mil quinientos invitados se agolparon en el Hofburg, donde el calor era sofocante. Innumerables abanicos parecían marcar el ritmo de la irresistible música de Strauss hijo. Cuando el emperador y la emperatriz hicieron su entrada, fueron recibidos con una ovación. Isabel llevaba un vestido de satén verde claro. Su largo cabello suelto con diamantes y rubíes entrelazados recordaba un famoso cuadro de Winterhalter. Las delegaciones quedaron estupefactas: ¡su soberana parecía tener apenas veinticinco años! Pero era abuela, puesto que Gisela, casada con el príncipe Leopoldo de Baviera en 1873, ya tenía dos hijos. Era una mujer joven. Su esposo, en cambio, se veía envejecido por su calvicie y sus abundantes patillas grises. El pintor y decorador Hans Makart había organizado un gigantesco desfile histórico. Decidió hacer desfilar el pasado de los Habsburgo. Cuando volvió el sol, los monarcas se ubicaron debajo de un dosel. Rodolfo estaba de pie junto a su padre, que usaba un casco con largas plumas verdes. Las escenas parecían tomadas de Rubens: todas las corporaciones estaban ataviadas con trajes de época. Un panadero había elaborado un *pretzel* gigante, y los habitantes de una casa, en el segundo piso, atraparon un trozo al pasar. El maestro impresor Manz, disfrazado de Gutenberg, enarbolaba un cuadro en el que podía leerse *Quince días en el Danubio*, título de un libro de Rodolfo que acababa de ser editado. Unos cazadores que desfilaron con sus jaurías ruidosas y un nervioso animal cazado fueron muy aplaudidos. Doscientas treinta mil

personas vibraron con ese espectáculo nunca visto en Europa. Hans Makart saboreaba su revancha por los anteriores comentarios desfavorables sobre uno de sus frescos, que algunos habían comparado con “una gigantesca tulipa de burdel”… El emperador, muy emocionado, les comentó a los miembros de su gobierno: “Durante mis treinta años de reinado, he compartido con mis pueblos muchas horas difíciles y muchas de alegría. No podían haberme ofrecido una más pura y profunda que la de estos últimos días”.

El homenaje recibido por la deslumbrante emperatriz podía ser interpretado como una reconciliación de la ciudad con la soberana amazona, a menudo lejana y desconcertante, y tan complicada a fuerza de buscar la sencillez.

Después de estos festejos, que tuvieron su equivalente en Budapest, donde el rey y la reina fueron aclamados con gritos “casi salvajes”, Francisco José volvió a los asuntos de su Estado, visceralmente complejo. El emperador, decepcionado por Andrássy, quería su renuncia. ¿Cuáles eran los motivos? Aunque el primer ministro de Hungría había agrandado la monarquía, se profundizó el antagonismo con Rusia, y esto preocupaba al emperador. Cuando el conde Andrássy le entregó su renuncia el 8 de octubre, Sissi, afligida por su expulsión, le dijo a su marido: “Eso no le impide seguir siendo de los nuestros”.

Francisco José, con su habitual cortesía, le expresó su gratitud al artífice oficial del compromiso: “Durante años, en uno de los períodos más fértiles en acontecimientos memorables, usted cargó, con valentía, fuerza y éxito, con una pesada responsabilidad. No considero en ningún caso su retiro como el fin de su actividad de hombre de Estado”.

Fue una caída en desgracia a medias. De todos modos, el balance era positivo en los aspectos industriales y económicos, con la regulación del curso del Danubio, ventajosos tratados de comercio, el embellecimiento de las ciudades, la extensión de la red ferroviaria, y el desarrollo literario y artístico, sin olvidar la igualdad entre las religiones desde 1868. Pero persistía la agitación de las minorías, algunas de las cuales apoyaban al Imperio alemán.

Al mismo tiempo, la corte estaba llena de rumores sobre el casamiento del archiduque heredero Rodolfo. Este parecía haberse calmado, había viajado mucho, cumpliendo misiones importantes a pedido de su padre y estaba interiorizado de las aspiraciones de la Babel danubiana. Claro que desde el punto de vista del emperador, sus amistades distaban de ser irreprochables. Bajo un seudónimo pronto desenmascarado, escribía sus ideas contrarias a la política imperial, tenía contactos con liberales, masones y republicanos franceses. Pero conocer las realidades de un mundo que estaba cambiando era muy útil. La policía vigilaba torpemente al príncipe en sus salidas nocturnas a los cabarets o las casas de citas. El joven tenía encanto y les gustaba a las mujeres. Su padre nunca había

gozado de semejante libertad. En 1880, el archiduque se comprometió con la princesa Estefanía de Bélgica. Su madre se enteró de la noticia por telegrama, mientras pasaba una temporada en Londres. Su dama de honor, la húngara María Festetics, exclamó: “¡Alabado sea Dios! ¡No es una desgracia!”.

La emperatriz, pálida, murmuró: “¡Quiera Dios que no lo sea!”.

Una vez más, hay que señalar el instinto premonitorio de Sissi. En principio, estaba preocupada por la edad de la princesa, que tenía apenas quince años. “¡Son demasiado jóvenes!”, decía: ella conocía los riesgos de un casamiento prematuro. Además, ¿no era insensata una alianza con la hija del rey Leopoldo después de la tragedia mexicana que mantenía a Carlota, la cuñada de Sissi, encerrada en un castillo porque la consideraban loca? La emperatriz saltó a su tren especial para hacer algunas averiguaciones en Bruselas. ¡Estefanía ni siquiera era púber! “¡Ese matrimonio es una locura! ¡Bélgica ya le trajo mala suerte a los Habsburgo!”. Estaba convencida de ello. Y además, ¿acaso no había cedido Rodolfo ante su padre sometiéndose a la razón de Estado? ¿Y cómo podía ser que Rodolfo, que hasta poco tiempo atrás decía no estar listo para ser un marido, se entusiasmara de pronto con esa joven –¡demasiado joven!– princesa que aún no era una mujer? ¿Era posible que su hijo, cansado de frecuentar a mujeres ligeras, se conmoviera ante la falta de madurez de Estefanía?

El emperador no estaba preocupado. Quiso mostrarse tranquilo: “Siempre te haces mala sangre…”.

Seguramente recordó el pasado de su familia en los Países Bajos. Un nuevo matrimonio entre el antiguo linaje de los Habsburgo y la joven dinastía de Sajonia-Coburgo sería, a su juicio, una manera de escribir una nueva página de la historia. Sissi, que conocía la fatalidad que golpeaba a las grandes familias, consiguió que no se fijara la fecha de la ceremonia. Rodolfo se quejó por la poca complacencia de su madre hacia su prometida y luego volvió a la guarnición que comandaba en Praga. Su padre fue a reunirse con él. En Bohemia, el idioma checo fue admitido por fin en pie de igualdad con el alemán en la administración y la vida judicial.

Para el emperador, el matrimonio de su hijo obedecía a la razón de Estado

El 18 de agosto de 1880, toda la familia estaba reunida en Bad Ischl, en la *Kaiservilla* en la que Francisco José solía pasar el verano. Para su quincuagésimo cumpleaños, recibió al emperador alemán y al anciano rey de Prusia Guillermo I, de ochenta y tres años. En la estación, casi se quebró en dos al besarle la mano a Isabel, que había ido a recibirlo. Su presencia revelaba la importancia del *Zweibund*, un acuerdo bilateral que había

firmado ocho meses atrás en Viena con Francisco José, para proteger mutuamente los dos Imperios en caso de agresión rusa. Bismarck había alentado ese acuerdo, porque sospechaba que Rusia apoyaba el resurgimiento francés y conocía las simpatías de Rodolfo por ciertos "republicanos galos".

Mientras la emperatriz estaba en Francia –la recibió en el Elíseo el presidente Jules Grévy, seducido por su encanto–, un telegrama le informó que la boda de su hijo se había fijado para el 10 de mayo de 1881. La princesa Estefanía, que medía 1,76 m, era llamada en su país "la rosa de Brabante". Era un apodo respetuoso. Cuando llegó a Schönbrunn, los comentarios fueron mucho menos amables, sobre todo por la ropa poco elegante de la futura archiduquesa. "¡Pobre Rodolfo! ¡Su esposa tiene la delicadeza de un dragón!". Curiosamente, el príncipe se veía sombrío desde el establecimiento de la fecha de su boda. No hubo una verdadera alegría en la ceremonia. Isabel se mostró como una suegra indiferente. Ella había dado su opinión, que era, en realidad, un presentimiento. Únicamente la razón de Estado había inspirado esa unión. No existía ninguna clase de amor entre Rodolfo y Estefanía: solo la resignación de un lado y la ambición del otro. La emperatriz intuía un fracaso. El 2 de septiembre de 1883, su nuera dio a luz una niña: se llamó Isabel, en homenaje a su abuela, aunque todo el mundo la llamaría *Erzsi*, diminutivo húngaro de su nombre. Sissi, abuela por cuarta vez, partió casi de inmediato hacia su querida Baviera, preocupada por el comportamiento de su primo el rey Luis II, que estaba edificando increíbles castillos en sus montañas. Francisco José le obsequió a su tercera nieta una esmeralda de un valor de 40.000 florines y nombró a Rodolfo comandante de la 25ª división de la guarnición de Viena. Esperaba moderar así las ideas liberales de su hijo. Un informe entregado al emperador mencionaba la relación del archiduque con el periodista progresista Moriz Szeps, director del nuevo *Wiener Tagblatt*. La hija de Szeps se casaría en Viena con el hermano de un diputado francés, jefe de los radicales: Georges Clemenceau. Este último, aunque era un feroz enemigo de las monarquías y del catolicismo, fue recibido en secreto por Rodolfo, de noche, en el Hofburg. ¡Bismarck se enteró de esto antes que Francisco José! Rodolfo era difícil de entender, paradójico, imprevisto como su madre, pero tenía una personalidad atractiva, como la de la emperatriz. Siguió escribiendo artículos cada vez menos anónimos contra la política del conde Taaffe, primer ministro austríaco desde 1879, abierto a la conciliación. Rodolfo concentró sus críticas en el terreno extranjero. Fue apodado el Insondable, incluso por sus amigos. Durante una partida de caza, le dijo al pintor Franz von Pausinger, señalándole al archiduque Francisco Fernando, su primo: "Ese hombre que está allí será emperador de Austria. No yo".

En su diario, con fecha 27 de noviembre de 1883, María Valeria escribió que una nueva actriz había debutado en el Burgtheater. Se llamaba Katharina Schratt. "Es magnífica". Poco a poco, pudo verse que cuando la

actriz estaba en el escenario, Francisco José estaba solo en su palco. La joven se veía perfecta en *La fierecilla domada*. ¿Sería igualmente deliciosa en un papel privado, el de la dulce amante del soberano?

Después del asesinato del zar Alejandro II en marzo de 1881, el emperador había intensificado la firma de tratados, acuerdos y convenciones, por ejemplo, con Italia en 1882 y con Rumania en 1883. El 24 de agosto de 1885, la pareja imperial, junto con Rodolfo, se dirigió a Olmütz para recibir al hijo y sucesor del difunto zar, Alejandro III. ¡Este era tan grueso que cuando aparecía a caballo, los rusos se preguntaban cuál de los dos era el animal! Francisco José había invitado a la compañía del Burgtheater. El zar reconoció a Katharina Schratt, a la que había aplaudido en San Petersburgo. Quería que ella participara de la cena que se ofrecería después de la función, algo que no estaba previsto. Sissi intervino maliciosamente, porque le encantaban las mezclas. Alejandro III estaba muy interesado en la actriz. A la mañana siguiente, como en un vodevil, Francisco José se quejó ante su esposa porque Alejandro III le había enviado cien rosas y un broche de esmeraldas a la señora Schratt y luego había salido a pasear con ella. Sissi se alegró por los celos de su querido Franzi. Como ella debía volver a viajar, la actriz podría acompañarlo. Esta tenía veintiocho años, buen carácter, y vivía separada de su esposo. ¿No era acaso la reemplazante ideal, una rival pero no una enemiga? Con un notable modernismo conyugal, la emperatriz prácticamente eligió a Katharina Schratt, consciente de que la soledad que le imponía a su marido era insoportable y ella no podía darle lo que esperaba. Tenía conciencia de sus límites afectivos y físicos. El emperador y la Schratt se escribían mucho. ¡El colmo fue que Sissi le prodigó a su "reemplazante" consejos de régimen alimenticio para no engordar!

A partir de 1889, la vida de la familia imperial, en sentido amplio, se vio perturbada por una sucesión de dramas, mientras Europa se transformaba bajo el impacto de ideas surgidas de la revolución industrial y del nacimiento del proletariado. En Austria, por ejemplo, un congreso unificó a los socialdemócratas. Una serie de muertes espectaculares le conferiría a Francisco José, solo en medio de las catástrofes, una triste popularidad universal que el infortunado soberano nunca buscó ni explotó. Durante casi treinta años, el destino se ensañó con los Habsburgo-Lorena y sus parientes, otorgándole a la dinastía una dimensión definitivamente trágica. Un romanticismo a veces mórbido rodeó esos acontecimientos, algunos de los cuales tuvieron repercusiones y consecuencias internacionales. Recordemos la ejecución de Maximiliano en México: un drama de ambición y cobardía. "Todos nos encaminamos hacia un destino terrible", recitó la emperatriz, como una médium.

Así fue. El 13 de junio de 1886, hallaron muerto al fantasioso y solitario Luis II de Baviera en el lago bávaro de Starnberg, junto al cuerpo de su médico alienista. Considerado esquizofrénico y paranoico, sin que nadie lo

hubiera examinado, el primo de la emperatriz había sido arrestado y destituido tres días antes. ¿Suicidio? ¿Crimen? ¿Accidente? Aún hoy se discute esto, mientras los fantásticos castillos que el rey mandó construir atraen todos los años a millones de visitantes a esos maravillosos paisajes. El 30 de enero de 1889, se encontró el cuerpo del archiduque heredero Rodolfo en su pabellón de caza de Mayerling, en los alrededores de Viena. El único hijo varón de la pareja imperial, desdichado en su matrimonio, habría tenido una relación con la muy joven María Vetsera.

Muertes misteriosas y crímenes: la soledad trágica del emperador

Según la versión oficial, que variaría en los días posteriores al drama y sería trabajosamente impuesta a la opinión pública, Rodolfo habría matado a su joven amante antes de suicidarse, sancionando un amor escandaloso que no podían seguir manteniendo. Como lo he demostrado en mi libro sobre los secretos de Mayerling, esa tesis novelesca es seriamente impugnada en la actualidad, a partir de las declaraciones que me ofreció, como primicia, la emperatriz Zita en vísperas de su regreso a Viena, el 12 de noviembre de 1982. Desde entonces, la tesis de un asesinato ya no es sistemáticamente rechazada. Es creíble, aunque los móviles siguen siendo complejos y oscuros. Debe destacarse que, desde el comienzo, la prensa ya expuso serias dudas sobre el doble suicidio de los amantes, porque había muchas incoherencias. La mayoría de las familias reinantes de Europa estuvieron siempre convencidas de que se trató de un asesinato eventualmente político. Sin embargo, esta hipótesis aún incomoda en algunos medios oficiales.

El 4 de mayo de 1897, una hermana de la emperatriz, Sofía, efímera novia de Luis II de Baviera, convertida en la duquesa de Alençon, murió quemada viva en París, en el incendio del Bazar de la Charité.

El 10 de septiembre de 1898, Isabel, la emperatriz y reina, fue asesinada en Ginebra por un anarquista italiano. El propósito de Luigi Lucheni era matar a una personalidad importante. Aunque reivindicó un gesto político, fue considerado un criminal de derecho común y terminó por suicidarse en su prisión suiza en 1910. La brutal desaparición de Sissi aumentó la notoriedad de la soberana hasta adquirir la dimensión del mito, que a partir de entonces fue revisitado, e incluso deformado, por los psicoanalistas, los poetas y los cineastas. Puede medirse el dolor de los pueblos de los que fue soberana señalando que sesenta jefes de Estado y de gobierno asistieron a su funeral. Hasta el último día de su vida, en todos los lugares en los que se encontraba, Francisco José contemplaba los innumerables retratos y fotografías de su querido “ángel”, repitiendo: “Nadie sabrá jamás cuánto la he amado”.

Mientras tanto, el emperador estaba preocupado por la alianza franco-rusa, iniciada el 27 de agosto de 1891 y a la que seguirían convenciones militares y préstamos que luego resultaron calamitosos para millones de franceses. El Imperio ruso se había convertido en enemigo de los Hohenzollern y los Habsburgo. Francisco José se acercó a Bismarck y luego, tras su partida, al nuevo emperador de Alemania, Guillermo II: según la oposición austríaca, fue su "brillante segundo". El impulso hacia el este *(Drang nach Osten)* de Francisco José y su política balcánica le aportaron interesantes compensaciones cuando el mandato sobre Bosnia-Herzegovina se transformó en anexión el 5 de octubre de 1908 o con la constitución de una Albania sometida a la influencia de Viena, en 1913. La política imperial aumentó la cantidad de eslavos en el Imperio, que, en 1914, serían 21 millones sobre un total de 51 millones de habitantes. Por un respeto concentrado en su persona, el emperador mantenía todo ese conjunto, cuyas tensiones eran avivadas por la Rusia de Nicolás II, que les disputaba a los Habsburgo su preponderancia en los Balcanes.

Al cambiar el siglo, no desaparecieron los conflictos de familia. El archiduque Francisco Fernando, sobrino de Francisco José y heredero de la doble monarquía desde la muerte de Rodolfo, se opuso a su tío casándose con una aristócrata checa, la condesa Chotek. Esta historia de amor fue considerada como un matrimonio morganático, y por lo tanto, el emperador estipuló que sus hijos no serían dinastas. Pero le otorgó a la joven el título de duquesa de Hohenberg. Entre el soberano y su sucesor designado, también había un conflicto político. Frente al dualismo austrohúngaro que defendía Francisco José, Francisco Fernando sostenía un trialismo que integrarían también los eslavos del sur. En un clima belicista al que Guillermo II le sumó algunas provocaciones, Francisco Fernando fue nombrado inspector general de los ejércitos austrohúngaros en 1913. Como se sabe, su asesinato y el de su esposa en Sarajevo, el 28 de junio de 1914, por parte de un nacionalista bosnio, seguido por el ultimátum a Serbia, desencadenó la Primera Guerra Mundial mediante el engranaje de las alianzas.

Francisco José, al final de un reinado sin duda demasiado largo, pero en el que Viena brilló con los talentos de la Secesión y del art nouveau, sufrió también un debilitamiento en su posición de rey de Hungría, la parálisis de su burocracia y el fracaso de diversas reformas. En esa preguerra, en la que el viejo soberano tuvo tantas decepciones y contrariedades, solo el casamiento de su sobrino nieto, el archiduque Carlos, hijo de su sobrino Otto, con la princesa Zita de Borbón-Parma, correspondió a sus aspiraciones de defender la legitimidad dinástica. El 23 de octubre de 1911, el emperador parecía feliz. Luego, Carlos sucedió a Francisco Fernando como archiduque heredero.

El destino le evitó al digno monarca vivir las derrotas de sus ejércitos, en particular en el frente italiano en mayo y junio de 1916. Francisco José

falleció el 21 de noviembre de1916, a los ochenta y seis años, en Schönbrunn, en la misma habitación que lo había visto nacer. En su funeral, el 30 de noviembre, la multitud paralizada de dolor y respeto, estaba silenciosa. Uno de sus caballos, enganchados al pesado coche fúnebre que avanzaba hacia la Cripta de los Capuchinos se enfermó repentinamente. Fue un mal presagio para el futuro de Austria-Hungría.

14
Carlos, el soldado de la paz (1916-1918)

El 30 de diciembre de 1916, en plena guerra mundial, sucedió en Budapest un hecho increíble, casi surrealista y a menudo olvidado. Hacía dieciocho meses que el conflicto hería a Europa y su resultado era incierto, pero la capital húngara se disponía a vivir una fiesta excepcional: la coronación de sus soberanos. Se trataba de Carlos de Habsburgo-Lorena, sobrino nieto de Francisco José, fallecido cinco semanas atrás, y de su esposa, la princesa Zita de Borbón-Parma. En aplicación del compromiso austrohúngaro, el emperador Carlos I y la emperatriz Zita de Austria reinaban también sobre Hungría, donde el sucesor de Francisco José se llamaba Carlos IV. A diferencia de Isabel, que la había precedido en el trono femenino, el nombre italiano de Zita no varió en Austria y Hungría. La joven era Zita en Cisleitania y en Transleitania.

Había que resaltar la importancia del rito real a pesar de la guerra. Se organizaron tres días de ceremonias. El primado de Hungría celebró la coronación en la iglesia San Matías, sobre la colina de Buda. En ese mismo lugar, el tío abuelo Francisco José y la tía abuela Sissi se habían convertido también en soberanos apostólicos de Hungría. Eso había sucedido en 1867, casi medio siglo atrás. Y como en esa época, la carroza real salió de las caballerizas de Schönbrunn, fue desmontada y luego transportada en una chalana por el Danubio. Las ruedas doradas estaban envueltas en sólidos embalajes protectores. El suntuoso vehículo era tirado por ocho caballos blancos. Treinta cañonazos saludaron a los soberanos.

Carlos y Zita eran jóvenes. Él tenía veintinueve años y ella, veinticuatro. Las banderas tricolores que flameaban en todas partes, con los colores magiares (rojo, blanco y verde) mostraban la confianza popular. Los húngaros trataban de olvidar el terrible peso de los acontecimientos. Entusiastas, recibieron con fervor a la pareja que encarnaba los valores de la doble monarquía. A su lado, un niño de cuatro años llevaba un uniforme húngaro, con gorra y pluma blancas. El archiduque y príncipe real Otto, que ya tenía una hermana y dos hermanos, era el mayor de los hijos de la pareja. El 24 de noviembre, en Viena, Otto y sus padres habían conducido ya el funeral de Francisco José. El niño, que había festejado su cuarto cumpleaños el día anterior, estaba vestido de blanco y caminaba detrás del enorme coche fúnebre. Estaba al lado de su padre y tomaba la mano de su madre, enteramente vestida de negro. Siempre recordaría esa procesión interminable por las calles de Viena en medio del frío y la nieve, mientras la enorme campana mayor de la Catedral de San Esteban, la famosa *Pummerin* fundida en 1711 con el bronce de ciento ochenta cañones turcos, tocaba a muerto. Otto siempre recordó también al octavo caballo enfermo. ¿Podía

recordar que el protocolo le había prohibido a la Schratt acercarse al catafalco? Carlos, atento, tomó a la gran amiga de Francisco José por el brazo y la acompañó hasta el ataúd, sobre el que ella depositó tres rosas.

En 2008, el archiduque Otto se acordaba todavía perfectamente de la impresionante ceremonia en Hungría: “No regresé a Budapest hasta setenta y dos años después, en 1998. Frente a la iglesia de la coronación, varias personas empezaron a discutir sobre el montículo de tierra procedente de todas las regiones del país. El nuevo rey debía subirlo a caballo, y luego señalar con la espada los cuatro puntos cardinales para expresar su voluntad de defender el reino. Los húngaros que me acompañaban, todos eruditos, exclamaron: ‘¡Fue allí!’. Yo repliqué: ‘¡No, fue allá!’. Cuando consultaron los archivos, comprobaron con estupor que mi recuerdo correspondía a la realidad”.

En aquel final de diciembre de 1916, la monarquía húngara era fiel al Imperio. Ese apoyo era muy valioso, sobre todo porque en mayo de 1915, Italia, rompiendo su acuerdo con Austria-Hungría y Alemania, se había ubicado junto a los Aliados, esperando recuperar la región de Trento e Istria. La entrada en la guerra de Italia fue catastrófica para los Habsburgo, pues implicaba la apertura de un nuevo frente en el sur. Carlos era un soldado, pero un soldado al que no le gustaba la guerra. Entre 1912 y el verano de 1914, había comandado el 39° regimiento de infantería, luego fue nombrado teniente coronel y promovido a general. Tras el atentado de Sarajevo, Zita y él se instalaron en Schönbrunn, junto al anciano emperador. El pequeño Otto, de dos años, posó de pie para una fotografía, junto a Francisco José sentado, en uniforme, con sus condecoraciones. Cuando lo enviaron al frente, el archiduque Carlos sufrió el trauma de los combates. Al morir Francisco José, la primera declaración de su heredero fue muy clara: “Haré todo lo que esté en mi poder para desterrar, en el menor plazo posible, los horrores de la guerra y devolverle a mi pueblo las bendiciones de la paz en cuanto lo permitan el honor de nuestras armas, las exigencias vitales de mis Estados, el respeto de nuestros leales aliados y la obstinación de nuestros enemigos”.

En cuanto ascendió al trono, Carlos recibió al primer ministro de Hungría, el conde Tisza, “muy digno en su traje de gala negro. Era el único vestido de negro, en la tradición calvinista”. El jefe del gobierno le propuso al joven soberano la solemnidad de la coronación, para que los húngaros no se sintieran abandonados. La situación era tan difícil en el interior como en el exterior, porque los nacionalistas checos exigían la transformación del Estado dualista, y algunos emigrados de Bohemia se habían puesto al servicio de los Aliados, formando un Consejo Nacional de checos y eslovacos.

El emperador Carlos I y rey Carlos IV es sin duda el menos conocido de todos los soberanos Habsburgo. Su reinado fue al mismo tiempo el más breve (dos años) y el más trágico, ya que terminó con una derrota militar,

su retiro del poder en el lado austríaco, la dislocación de su Imperio y un exilio patético en el más penoso despojamiento hasta la muerte. Su destino fue doloroso, seguramente porque accedió al trono en el peor momento. Reemplazó al imponente y digno Francisco José, que, junto con la emperatriz María Teresa, fue el parangón de las figuras más emblemáticas de la familia. En comparación, el nuevo monarca daba una impresión de fragilidad. Este soberano era inexperto, demasiado joven, y sobre todo, era pacifista, lo que no debe confundirse con la cobardía. Carlos heredó una guerra de dimensiones jamás vistas, que no declaró ni quiso: se esforzó por detenerla y, al no poder hacerlo, trató de atenuar sus terribles consecuencias. Se podría comparar su situación con la del zar Alejandro II, que había recibido como herencia la guerra de Crimea desencadenada por su predecesor, Nicolás I, y fue obligado a continuarla hasta la derrota de Rusia. Desde su advenimiento, el nuevo emperador estaba convencido de que el régimen no sobreviviría a la derrota que temía. Al cabo de dos años de guerra, su Imperio estaba agotado.

Carlos era un hombre muy bueno y siempre estaba disponible para los demás

La posteridad sería severa con Carlos, el soberano arrastrado por el torbellino infernal que devoraría a un mundo, el suyo, Europa.

¿Qué clase de hombre era el sobrino nieto de Francisco José, heredero de la doble monarquía después de tantos dramas? Según la seca descripción de su expediente militar, era “rubio, ojos azules, rostro ovalado, rasgos regulares” y alto, pues medía 1,78 m. Las fotografías no son tan halagüeñas: cuando era teniente, a los veintidós años, con sus rasgos aún infantiles, orejas salientes y labios gruesos, “Carlos no era un bello oficial, como lo habían sido, a su misma edad, Francisco José y Otto”, según Jean Sévillia. Como toda su familia, hablaba varios idiomas además de alemán: francés, italiano, inglés, húngaro y “rudimentos de checo suficientes para el servicio”. Era buen jinete y conocía bien el mundo ecuestre. Su carácter era “determinado”, con un “temperamento vivaz”, “cualidades de espíritu superiores”, una “capacidad de concepción excepcionalmente rápida” y “una verdadera comprensión de las situaciones tácticas”.

Más inteligente de lo que se ha dicho, directo, el monarca era un hombre disponible, generoso y atento con los demás. Se decía que era tímido y discreto, haciéndolo pasar por débil. En realidad, debajo del barniz de un hombre de mundo, Carlos era básicamente bueno, de una bondad incansable que sus adversarios explotarían. Lo opuesto de un Pedro el Grande o un Bismarck. Devoto, sinceramente católico, su reserva era quizás una debilidad. Los anticlericales y los librepensadores se burlaban de sus convicciones y sus maneras modestas. En un período como ese, había que

mostrar energía, rudeza, vehemencia, incluso cierta brutalidad, que es a menudo la característica de los conductores de hombres. Su verdadera fuerza era interior, forjada por el pudor y una educación cristiana. No sería un escudo. Es posible también que fuera una reacción a la vida desordenada de su padre, el archiduque Otto, con quien no había tenido una relación demasiado afectuosa. Otto era un seductor incorregible, un gran bebedor y había muerto de sífilis en los brazos de su última conquista. Su hijo era todo lo contrario. Esta dimensión espiritual era compartida por su esposa Zita: ella bailaba muy bien el vals y, antes de la guerra, un cronista social la llamó “princesa sol”. Cuando la emperatriz, de regreso de un exilio de sesenta y tres años, me concedió una audiencia en el castillo de Waldstein, en Estiria, el 10 de noviembre de 1982, me impresionó la luminosidad intacta de esta mujer, pequeña pero gran dama de noventa años, que había atravesado las peores pruebas. Nacida en 1892, Zita estaba emparentada con las principales familias de Europa. Por su padre, último duque que reinó en Parma antes de la Unidad italiana, descendía directamente de Luis XIV y era bisnieta de la duquesa de Berry. Para su boda, la última fiesta de esa clase en Europa antes de 1914, su esposo Carlos había hecho grabar en sus anillos un deseo: “Nos ampararemos bajo tu protección, Santa Madre de Dios”. En ese festejo, Francisco José parecía feliz, tranquilo y muy emocionado. Los esposos, ligados por un amor muy grande pero también por un inquebrantable sentido del deber y la misma fe, prometieron ayudarse “mutuamente a ir al cielo”. Conocerían el infierno, pero su unión permaneció sólida. A la muerte del anciano emperador, ya eran padres de cuatro hijos.

Carlos no escatimaba esfuerzos. Con el rostro tenso, ojeroso, alimentándose apenas y excediéndose en el trabajo, le repetía a Zita que si había tomado el mando de los ejércitos era para tratar de salvar lo que podía salvarse. En dos años, a bordo de su tren especial, recorrió 80.000 kilómetros. Buscando ser popular, condecoró personalmente a centenares de sus soldados. Estaba convencido de que debía ser el embajador de la paz. Le dijo a Zita: “Me siento oficial en cuerpo y alma, pero no entiendo cómo las personas que ven partir a sus allegados hacia la guerra pueden entusiasmarse de ese modo”.

El espectáculo de cadáveres quemados o atrozmente mutilados hacía llorar a ese generalísimo cuyo verdadero combate era la paz. Preocupado por los detalles –una atención que también era el defecto de Francisco José–, Carlos se hizo famoso entre sus tropas contradiciendo el diagnóstico de un médico mayor. Este último había dicho que un soldado de infantería herido en el pie podía seguir caminando. El emperador, que había conversado con el soldado, llegó a la conclusión de que no podía hacerlo, y no por ser perezoso: lo mandó hospitalizar y pidió que lo informaran sobre su convalecencia.

Redujo las pérdidas, pero le reprocharon que alejara a los jefes que había

elegido Francisco José. En su opinión, estos eran demasiado belicistas, estaban vendidos a los “mercaderes de cañones”. El joven emperador no se llevaba demasiado bien con su estado mayor.

El año 1917 estuvo marcado en Francia por muchas manifestaciones pacifistas, motines y huelgas en las fábricas de armamentos. La primera revolución rusa y la abdicación del zar produjeron un giro en las hostilidades. El emperador pensó que podría aprovechar esa corriente. El 23 de marzo, Carlos les confió una misión secreta a los dos hermanos mayores de Zita, los príncipes Sixto y Javier de Borbón-Parma, que eran oficiales del ejército belga, y por lo tanto, adversarios de Austria-Hungría. En un principio, le habían propuesto a Francia servir bajo sus colores, pero París no quiso enrolarlos. Carlos les pidió a sus cuñados que transmitieran una propuesta de paz separada con Francia. Como su marido, Zita siempre se sentía incómoda con la alianza austro-alemana a causa del carácter megalómano de Guillermo II. De origen francés y visceralmente francófila, Zita repetía que un pacto con Francia, aunque fuera republicana, era preferible a la continuación de una alianza en la que Berlín quería asfixiar a Viena y Budapest para arrastrarlas luego en su caída. Hay que recordar que Carlos y Zita vivían un suplicio. La familia estaba desgarrada porque otros dos hermanos de la emperatriz, Félix y Renato, servían a la causa de los Habsburgo. Lo hacían de acuerdo con el rey de los belgas Alberto I, el presidente de la República Francesa Raymond Poincaré y el presidente del Consejo Aristide Briand. Más allá de sus sentimientos pacifistas, el emperador sabía que el futuro de su monarquía estaba en juego. El Imperio solo podía ser salvado si la paz se decidía rápidamente. El soberano era más lúcido que algunos de sus generales. La negociación confidencial pasó por Suiza y luego, el 19 de abril, una conferencia secreta reunió a los gobiernos francés, británico e italiano en Saint-Jean-de-Maurienne. Roma no solo exigía el Tirol e Istria, sino también Dalmacia y Trieste. Los reclamos italianos hicieron fracasar el intento de lograr la paz. Un mes más tarde, Zita y Carlos, vestido con un uniforme rojo de mariscal húngaro y un gorro con un gigantesco plumero blanco, descendieron del Orient-Express en Constantinopla. El emperador trató de tranquilizar a su aliado turco, que estaba preocupado por la situación. La emperatriz quedó seducida por la ciudad cubierta de rosas. El sultán Mehmed V ofreció una recepción de mil invitados en el palacio marmóreo de Dolmabahçe, junto al Bósforo. ¿Recordaron Carlos y Zita que los turcos habían estado dos veces a las puertas de Viena? Todo eso había sido superado. El sultán y el emperador intentaron salvar a sus pueblos, pero su combate estaba perdido. Mehmed V murió seis semanas más tarde sin ver la caída del Imperio otomano anunciado como inevitable dos siglos atrás.

Clemenceau rechazó la propuesta de paz separada

del emperador

El gran error de Carlos fue no haber informado a su aliado alemán de su intento de paz unilateral. En Berlín, estaban ofendidos por su doble juego. Ciertas declaraciones torpes e imprudentes del ministro austríaco de Relaciones Exteriores Czernin difundieron la sospecha de que Estados Unidos acababa de entrar en guerra contra los Imperios centrales. El 17 de noviembre, ante la extensión de los movimientos en favor de la paz, Poincaré nombró a Georges Clemenceau en la presidencia del Consejo. Este, que tenía setenta y seis años, era un adversario de Briand y Poincaré, pero el presidente consideró que era el único capaz de volver a movilizar al país para obtener la victoria. Clemenceau era un enemigo de los Habsburgo y de todos los imperios. En 1867, se había alegrado por la ejecución de Maximiliano en México por su odio a las monarquías, "como se odiaba a ese imbécil y ese tirano de Luis XVI", como le escribió a una amiga norteamericana. A principios de 1918, Poincaré le entregó al "Tigre" una carta del príncipe Sixto de Borbón-Parma que revelaba la propuesta de paz, pero también reconocía la legitimidad de la reivindicación francesa sobre Alsacia-Lorena. Al descubrir esas tratativas, Clemenceau, furioso, le hizo llegar el texto a la agencia Havas: su divulgación provocó un verdadero terremoto político. El emperador Carlos quiso desmentir la concesión de Alsacia-Lorena, pero en Berlín eso se tomó como una traición y se vio obligado a ir en agosto al cuartel general alemán en Spa, Bélgica. El estado mayor de Guillermo II lo obligó a adoptar públicamente una actitud ofensiva. ¡No se buscaba la paz! En efecto, Austria-Hungría, al borde de sus fuerzas, ya no estaba en condiciones de continuar la guerra. Alemania, escandalizada por su derrotismo, obligó al emperador a firmar un pacto militar por diez años y a enviar oficiales austríacos a combatir a Francia, algo que Carlos siempre había rechazado. Su viraje oficial tuvo un efecto desastroso: destruyó el prestigio del emperador fuera de sus fronteras. Esta situación le dio la razón al presidente norteamericano Wilson, cuyo programa "de catorce puntos" preparaba ya la liberación completa de las minorías nacionales de Austria-Hungría.

Visto en forma retrospectiva, podemos lamentar que la iniciativa, valiente pero mal presentada, de Carlos no tuviera éxito. Habría salvado centenares de miles de vidas humanas. La guerra continuó, porque, por su ideología, Clemenceau no quería deberle nada a un Habsburgo, que era, por añadidura, esposo de una Borbón-Parma. Ni piedad ni caridad. El "Tigre" no podía quedar en deuda con un monarca santurrón. El republicano tenía un objetivo que iba más allá de la victoria: el desmembramiento de los imperios. En el interior, Carlos realizó una obra más a su medida y estaba muy orgulloso de las leyes sociales que había inspirado. Sentó las bases del seguro por enfermedad, reglamentó la protección de los inquilinos, mejoró las condiciones de trabajo en las empresas que trabajaban para el ejército.

En julio de 1917, por primera vez en Europa, creó un ministerio de Salud y Asistencia Social. Finalmente, decretó una amnistía general para todos los condenados por delitos políticos. Fueron liberados más de 2600 prisioneros opuestos a la monarquía. Algunos opositores, como el checo Kramám, no mostraron el menor agradecimiento por ese gesto. Carlos tuvo más éxito en sus acciones por el bienestar de las poblaciones que en su estrategia político-militar. Pero era demasiado tarde. Cuando, el 16 de octubre de 1918, el soberano publicó un manifiesto tendiente a transformar la doble monarquía en Estado federal, el poder ya estaba en manos de los Aliados y de las nacionalidades. El 29 de octubre, Bohemia y Moravia proclamaron su independencia para constituir la República Checoslovaca, mientras que los eslavos del sur se separaron del Imperio para formar Yugoslavia. El 1º de noviembre, los partidarios de la República tomaron el poder en Hungría. El 3 de noviembre, Austria-Hungría firmó el armisticio. El 11, en un salón del palacio de Schönbrunn, donde seguían rondando los fantasmas de María Teresa, de Mozart, de Napoleón y del duque de Reichstadt, el soberano escribió algo con lápiz en una hoja de papel. Tras algunas vacilaciones, copió un texto que le habían entregado su primer ministro y el ministro del Interior. Carlos de Habsburgo-Lorena renunciaba a ejercer el poder en calidad de emperador de Austria. Zita estaba furiosa. Años más tarde, me dijo que hubiera preferido morir antes que ver a su marido admitir su eliminación. Él suplicó insistentemente que detuvieran los combates y sin embargo, lo responsabilizaron por la derrota. ¡Qué injusticia! No se trató de una abdicación sino de un renunciamiento. Y aunque Carlos I desapareció de la escena pública austríaca, conservó su legitimidad en Hungría como el rey Carlos IV. ¿Podría sobrevivir a esa amputación la obra pacientemente edificada por los Habsburgo?

1918: Austria se convirtió en “una República sin republicanos”

La respuesta se conoció al día siguiente: Austria adoptó el régimen republicano. Un político comentó con fineza: “Y ahora, Austria es una República sin republicanos”. Agobiado por la carnicería de los combates, Carlos repetía: “Nadie puede asumir ante Dios la responsabilidad moral de todo esto”. Siempre había sido consciente de la fragilidad de su Imperio. Este había sido la cuarta potencia de Europa. Sus componentes revelaban sus debilidades: quince etnias diferentes, cinco religiones, minorías turbulentas y susceptibles. El emperador-rey Carlos fue el único jefe de Estado involucrado –a su pesar– que pidió que el conflicto cesara de inmediato. Los Aliados criticaron su “pacifismo retrógrado” y su “fetichismo religioso”.

Al dejar Schönbrunn en forma definitiva, la familia imperial se instaló en el castillo de Eckartsau, cerca de Viena. Era un simple pabellón de caza, que

no estaba preparado para recibirlos. Hacía mucho frío allí. Luego, comenzó el exilio. El primer exilio. El 23 de marzo de 1919, los ex soberanos se fueron de Austria. Centenares de simpatizantes, en su mayoría campesinos y ex combatientes, los despidieron en la estación ferroviaria. Entre ellos, el escritor y biógrafo Stefan Zweig, que se había opuesto firmemente a la guerra. Conmovido, escribió un texto magnífico: "Reconocí detrás de la ventanilla del vagón la alta silueta de pie del emperador Carlos, el último monarca Habsburgo, y su esposa, vestida de negro, la emperatriz Zita. Me estremecí: ¡el último emperador de Austria, el heredero de la dinastía que había gobernado el país durante setecientos años, dejaba su Imperio! ¡El emperador! Esta palabra había concentrado toda la potencia, toda la riqueza, había sido el símbolo de la perpetuidad de Austria y, desde la infancia, habíamos aprendido a pronunciar esas sílabas con veneración. Y ahora, yo veía que su sucesor, el último emperador de Austria, abandonaba el país como un proscrito. Todos los que nos rodeaban sentían la Historia, la Historia universal, en ese espectáculo trágico".

Carlos, Zita y sus cinco hijos (el último, el archiduque Carlos Luis, tenía un año) se refugiaron en Suiza, en el castillo de Wartegg, de la duquesa de Parma. El 3 de abril, el Parlamento austríaco, mayoritariamente socialista, votó una ley que obligaba a la familia de Habsburgo a reconocer al nuevo régimen o exiliarse definitivamente. Quince días más tarde, el emperador expulsado y los suyos se instalaron en Prangins, a orillas del lago Leman, en la antigua residencia de Jerónimo Bonaparte. Zita estaba encinta otra vez. Debieron soportar la influencia de consejeros ambiciosos o mal informados, Carlos organizó su primer intento de regreso a Hungría en marzo de 1921. En forma clandestina, el ex emperador, que no estaba vigilado, se dirigió a Estrasburgo y luego tomó un tren, solo, en dirección a Viena. Nadie lo reconoció. Se encontró con un amigo húngaro y cruzó la frontera sin dificultad. En Budapest, el fracaso de un régimen comunista llevó al poder al ex edecán de Francisco José, el almirante Horthy. Este acababa de asumir como regente elegido por la Asamblea Nacional. Carlos estaba persuadido de que Horthy era un ferviente monárquico que le devolvería su trono. Se reunieron en el palacio real el 27 de marzo. Al principio, el regente se negó a entregarle el poder que se había hecho otorgar, con el pretexto de que Hungría sería inmediatamente invadida por tropas extranjeras que se opondrían a toda restauración monárquica. Carlos respondió que tenía el apoyo de altas autoridades francesas, en particular de Aristide Briand. El almirante se mostró más conciliador, prometiéndole a su visitante devolverle su poder tres semanas más tarde. Horthy mentía: algunas horas después, el Ministerio de Guerra húngaro le comunicó al rey Carlos IV que, por el interés del Estado, el regente no podía abandonar sus funciones.

Carlos había sido ingenuo. En octubre del mismo año, acompañado por Zita, intentó un segundo regreso, esta vez en avión. El regente Horthy replicó con las armas. Desesperada por esa amenaza de guerra civil, la

pareja renunció y fue puesta bajo custodia militar por el regente. Un nuevo exilio. Ya no fue una decisión propia sino una condición impuesta por los Aliados. La nueva residencia forzada de los Habsburgo fue la isla de Madeira. El 7 de noviembre de 1921, Carlos, a bordo del crucero británico *Cardiff*, pudo hacer un balance de la nueva Europa nacida del Tratado de Versalles y de las demás convenciones periféricas (Trianon, Sèvres, Saint-Germain). El último emperador le comentó al presidente Poincaré que no estaba de acuerdo con el desmembramiento de Europa central. Consideraba que esa división se había realizado sin tener en cuenta consideraciones históricas, geográficas, etnográficas, sociales, ni morales. Pensaba que la cuestión de las minorías étnicas no se había resuelto, porque los enclaves nacionales que subsistían serían focos de futuras tensiones. Por último, Carlos creía que los Estados artifíciales como Checoslovaquia y Yugoslavia estaban condenados a largo plazo, salvo que estuvieran gobernados por dictadores.

El último emperador de Austria y rey de Hungría desembarcó en Madeira el 19 de noviembre de 1921, y murió allí cinco meses más tarde, el 1º de abril de 1922, de una neumonía. Pero sobre todo de soledad, abandono y pobreza. El archiduque Otto, que en ese momento tenía nueve años, recordaba los últimos momentos de su padre: “Un poco antes de las 9 de aquel 1º de abril, nuestra madre entró al jardín. Llevaba un vestido rosa, liviano: fue la última vez que la vi con ropa de color. Vino a buscarme, y al principio no me dijo nada. Pero cuando nos acercábamos a la casa y mis hermanos y hermanas ya no podían oírla, me dijo que mi padre me había mandado llamar para que yo fuera testigo del retorno de un cristiano a su Creador”.

Es poco conocida la reflexión de un hombre de quien no se puede sospechar que tuviera simpatías monárquicas: el gran escritor Anatole France. Él había criticado los rechazos a las propuestas de paz del sucesor de Francisco José y expresó un juicio definitivo sobre el sabotaje a la negociación: “El emperador Carlos ha ofrecido la paz: fue el único hombre honesto que apareció en esta guerra y no lo escucharon… Un rey de Francia, sí, un rey pudo haber tenido piedad de nuestro pobre pueblo exangüe, extenuado, que ya no podía más. Pero la democracia no tiene corazón ni entrañas. Al servicio del poder del dinero, es despiadada e inhumana”.

15

Otto, el heredero que le dijo “no” a Hitler y a Stalin

“No destruyamos nunca a Austria: es la muralla de Europa”, había recomendado Talleyrand al finalizar el Congreso de Viena. Los plenipotenciarios de 1919 y de 1920 menospreciaron esa advertencia. Sobre las ruinas del Imperio de los Habsburgo, sin resolver las rivalidades étnicas, los Aliados se empecinarían en desmantelar la unidad danubiana que se apoyaba sobre realidades geográficas y poderosas tradiciones históricas. Las nuevas fronteras compartían los antiguos territorios anteriormente colocados bajo la autoridad imperial, separando dominios celosos unos de otros. Los tratados de Saint-Germain-en-Laye (10 de septiembre de 1919) y de Trianon (4 de junio de 1920) redujeron a Austria a 83.000 km2 y a una población de 6.500.000 de habitantes: muchos de ellos, traumatizados por la situación catastrófica, se sentían huérfanos de un pasado prestigioso. La Austria republicana recibió el Burgenland en su flanco oriental, pero debió cederle a Italia el Tirol del sur, Trentino, Trieste e Istria, mientras que el Estado de los serbios, croatas y eslovenos (Yugoslavia) recibió Eslovenia y Dalmacia. Checoslovaquia estaba compuesta por Bohemia y Moravia, mientras que Transilvania y Bukovina estaban afectadas a Rumania. El antiguo Banato croata era compartido entre Rumania y Yugoslavia. Austria debió renunciar a la unión con Alemania, pagar las reparaciones de guerra y reducir sus fuerzas militares a 30.000 hombres.

¿Ese despedazamiento brutal era obligatorio bajo el argumento de que la corte de Viena no había sabido resolver las oposiciones entre los pueblos del Imperio? De ninguna manera. Como lo demostró el escritor húngaro Ferenc Fejtö en su luminoso libro *Réquiem por un Imperio difunto*, los Aliados habían tomado la decisión de borrar el antiguo dominio del mapa por razones ideológicas y no estratégicas. Provocaron una ruptura fundamental en la historia y las identidades de Europa, cuyas desgraciadas consecuencias aún perduran y siguen siendo dolorosas en el universo danubiano. En la destrucción sistemática de Austria-Hungría, los vencedores fueron alentados –y cegados– por dos genios de la propaganda: los exiliados checos Masaryk y Beneš. “¡El principio de autodeterminación de los pueblos proclamado por el presidente Wilson solo sirvió de pretexto para el desmembramiento de la monarquía!”, señala Ferenc Fejtö.

Puede observarse aquí la diferencia de tratamiento hacia las dos familias cuyos soberanos habían declarado o conducido la guerra. Por un lado, después de dejar Spa, en Bélgica, el 9 de noviembre de 1918, Guillermo II se había refugiado en los Países Bajos. ¿Lo habían humillado, además de las amenazas y los gritos de odio lanzados al paso de su tren especial? No. Su más dolorosa contrariedad fue haber sido obligado a esperar seis horas en la frontera holandesa, cuando jamás había soportado un segundo de atraso.

Al firmar su acta de abdicación el 28 de noviembre, el Káiser ingresó a la vida burguesa. Se convenció a sí mismo de que no había huido. No sufrió ninguna venganza, no fue llevado ante los tribunales y, desde luego, no fue condenado, a pesar de las bravatas de los Aliados, desde Clemenceau hasta Lloyd George. Sin tener ninguna actividad política, el Káiser se limitó a escribir sus *Memorias*: el heredero de los Hohenzollern se ocupó de destacar su carácter "no belicoso". ¡Lo asombroso fue que su hijo, el *Kronprinz*, consiguió que le permitieran regresar a Alemania! Y aún más asombroso fue que su padre se atreviera a escribir a Berlín para que le devolvieran "sus bienes y los de su familia". ¡La nueva República alemana le dio satisfacción pagándole 6 millones y medio de marcos oro! "Fue un primer envío, seguido por muchos otros hasta ١٩٢٤: a partir de esta fecha, le enviaron una pensión de 50.000 marcos, incluso en los peores momentos de la crisis financiera de Alemania".

Por el otro lado, Carlos de Habsburgo-Lorena, pacifista por convicción, había sido traicionado y no le permitieron firmar una paz por separado. La guerra, que le había sido impuesta, duró dieciocho meses más, en gran parte por causa de Francia, con las consecuencias trágicas que se conocen. Lo trataron como si él hubiera sido el único responsable del conflicto: desterrado, exiliado en una isla y privado de medios, falleció prematuramente en la miseria. ¿Por qué el emperador de Alemania tenía derecho a tantos miramientos y el emperador de Austria no era considerado de la misma manera? ¿Por qué esa injusticia entre los Hohenzollern y los Habsburgo? Estos se encontraban en una situación precaria cuando se produjo un hecho providencial. Conmovido por el padecimiento material y moral de Zita y los suyos, el rey de España Alfonso XIII los recibió en territorio español en mayo de 1922. Fue loable la generosidad del soberano que reinaba desde 1902, había sufrido la pérdida de sus colonias (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) y enfrentaba la anarquía y el estallido de los movimientos nacionalistas (vasco y catalán). Pero también debe destacarse la originalidad de la situación: ¡un monarca Borbón protegía a los Habsburgo refugiados en España! Más de dos siglos después de haberle quitado a la Casa de Austria sus derechos a la corona española ¿quién hubiera imaginado algo así? En el Palacio Real de El Pardo, a unos diez kilómetros al noroeste de Madrid y en el corazón de un boque de alcornoques, nació, el 31 de mayo, la archiduquesa Isabel Carlota, hija póstuma del emperador Carlos. Ofrecerles ese palacio a los exiliados fue una delicadeza de parte de Alfonso XIII. En efecto, El Pardo había sido edificado por los Habsburgo para los placeres de la caza. Admirables tapices dibujados por Goya adornaban las paredes de la parte ampliada en el siglo XVIII. Pero, aunque era modesto en su funcionamiento, ese palacio representaba una carga demasiado pesada para la emperatriz. Al enterarse de sus dificultades, los habitantes de una aldea de pescadores de Vizcaya, Lequeitio, se conmovieron. Les ofrecieron una casa a los refugiados y organizaron una

colecta “[...] para reunir las 25.000 pesetas que les permitirían acondicionarla. Instalaron la electricidad, el agua y un cuarto de baño. La familia imperial viviría en ese refugio, debido al amor de los humildes, de 1922 a 1929”, según Marie-Madeleine Martin.

España y Bélgica: dos tierras de acogida para los Habsburgo

A pesar de las dificultades de esa época, la educación del archiduque Otto fue muy cuidada. Su madre le eligió un tutor, el conde Henri de Degenfeld. En momentos en que Austria, con sus estructuras alteradas, se debatía entre severas medidas de saneamiento económico y creaba una nueva moneda, el *schilling*, al joven Otto lo instruían a domicilio ex ministros y directores de establecimientos de la doble monarquía. La misión de esos profesores voluntarios fieles a los Habsburgo era conseguir que el archiduque alcanzara el nivel del bachillerato. Esta formación a medida le otorgó al alumno un elevado sentido de las responsabilidades, que era inherente a la tradición: esa preparación forjaría su vida y sus luchas. Seguía una rutina estricta: se levantaba a las seis y media de la mañana, luego la misa, el desayuno, un breve descanso y un poco de equitación, de acuerdo con la tradición familiar. Hasta el almuerzo, se dedicaba al estudio. Después de un recreo, a menudo matizado con carreras de bicicleta con sus hermanos, el archiduque reanudaba sus estudios hasta la noche. Su conocimiento de idiomas estaba estrechamente relacionado con el dislocado Imperio. Además de francés e inglés, que hablaba sin acento, y su práctica de alemán y húngaro (su idioma preferido), el príncipe se expresaba perfectamente en italiano y en español. También hablaba checo, croata y serbio, pero con menos fluidez, debido a su exilio. El archiduque había sido instruido en la tradición cristiana, sobre todo para no olvidar nunca, según los preceptos de su madre, que estaba bajo la mirada de Dios. Era tan grande la pobreza de la familia que en una oportunidad, Otto no pudo salir de su cuarto durante cuarenta y ocho horas porque el zapatero de la aldea estaba poniéndole suelas nuevas al único calzado que tenía. Un día, la emperatriz Zita encontró llorando a una de sus antiguas damas de honor, encargada de hacer las compras de la semana, porque no había más dinero. Zita debió escribirle al rey de España para pedirle ayuda. No se sentía humillada. Alentada por la fe, se limitó a murmurar su gratitud con estas palabras: “De todos modos, es una gran cosa estar hasta ese punto en manos de Dios”.

En 1929, la familia imperial fue generosamente hospedada en un castillo cerca de Bruselas, para que Otto pudiera asistir a la universidad de Lovaina. Algunos donantes pusieron a su disposición un pequeño vehículo, más cómodo para desplazarse que la bicicleta. En esos momentos de

angustia y ostracismo de los Habsburgo, España y Bélgica fueron una excepción en medio de una cobardía casi general. Madrid y Bruselas les dieron su apoyo sin reservas y con elegancia. Eso demostraba también que seguían considerando a Otto como el emperador-rey que debería haber sucedido a su padre. Y la historia de los Habsburgo que el rey Alfonso XIII le contó al adolescente, era la de Europa. Que un monarca Borbón mencionara la gran figura de Carlos V ante su descendiente fue decisivo para este. La historia sería una pasión de Otto. Influyó mucho en su aprendizaje de la política y de la economía. A los veintitrés años, obtuvo el doctorado en Ciencias Políticas y Sociales. Mucho más tarde, en 1982, en un reportaje que le hicieron en el canal de televisión FR3, en el que participé, el archiduque me dijo que le impresionaban mucho algunos errores que los dirigentes cometían por ignorancia del pasado o precipitación en sus decisiones: "La gran sabiduría de los emperadores de China cuando llegaban al poder era detener el reloj de arena para reflexionar antes de actuar".

Entre las personalidades que conoció a principios de los años treinta, estaba el mariscal Lyautey, de origen lorenés, que llamaba a su visitante, con una cortesía sonriente "Mi duque", en referencia a las raíces de los Habsburgo-Lorena cuya necrópolis se encuentra en Nancy. La situación de Austria a partir de 1932 seguía siendo preocupante. El nuevo canciller Engelbert Dollfuss enfrentó una situación económica y financiera delicada y trató de mantener la independencia austríaca contra el Partido Nacionalsocialista que ganó votos en algunas elecciones provinciales y municipales.

En 1933, Dollfuss suprimió los partidos, suspendió el régimen parlamentario y creó un sistema "austrofascista" basado en un movimiento único, el Frente Patriótico. El archiduque Otto, legítimamente preocupado por este cambio, recibió señales de simpatía y apoyo de muchos austríacos agrupados alrededor del príncipe Max de Hohenberg, hijo del archiduque Francisco Fernando asesinado en Sarajevo y primo de Otto. Dollfuss intentó lo imposible al confirmar la independencia de Austria, Estado cristiano, autoritario y corporativista, en el que prohibió toda propaganda del nazismo que acababa de triunfar en Alemania con Hitler, y excluyó cualquier clase de anexión de Austria por parte de Berlín. El 25 de julio de 1934, el canciller fue asesinado en Viena durante un intento de golpe de Estado. Mussolini, que había apoyado la independencia austríaca, envió tropas a la frontera de Brenner, y esto le impidió a Hitler explotar el inicio de *putsch* perpetrado en Viena. La independencia de Austria parecía a salvo. En ese momento se produjo un hecho que demostró la fidelidad de los simpatizantes pro-Habsburgo. El 26 de agosto, la pequeña aldea de Kopfstetten tuvo la valentía de nombrar al archiduque Otto ciudadano de honor. Desde hacía dos años, 269 comunas ya habían tenido ese gesto de desafío a las amenazas alemanas. Agradecido, Otto, el pretendiente al

trono, le envió desde su exilio una carta al alcalde de la comuna, muy conmovedora, ya que por ese lugar había salido su familia de Austria: "La despedida de Kopfstetten está grabada para siempre en mi memoria, aunque en ese entonces yo era un niño pequeño. Jamás olvidaré el dolor que vi en el rostro de mis padres cuando se separaban de un pueblo al que le habían entregado todo su amor. [...] Siempre me parece oír a mi padre, el emperador Carlos, gritándoles '¡Hasta la vista!' a los soldados que habían ido a la estación para saludarlo por última vez. ¡Lamentablemente, ese rey de la paz no volvió a ver a su patria! Por mi parte, espero volver a estar pronto entre ustedes. Sé que sus corazones se alegrarán para recibirme... y les digo cordialmente '¡Hasta la vista!'".

El canciller Kurt Schuschnigg, sucesor de Dollfuss, logró hacer aprobar en 1935 algunas medidas favorables a la dinastía, que tenía prohibido vivir en Austria. Los decretos "anti-Habsburgo" de 1919 fueron parcialmente abolidos y le devolvieron a la familia dos castillos y cinco casas en Viena. ¿Era realista la idea de una restauración? El canciller visitó a Otto y luego contaría en sus *Memorias*: "El pretendiente ofrecía la imagen de una personalidad simpática, consciente de sus responsabilidades, de costumbres puras, una inteligencia abierta, afinada por múltiples conocimientos y una enorme benevolencia: le costaba soportar su destino de emigrado y su impetuosidad juvenil lo llevaba a ignorar los efectos de perspectiva debidos a su alejamiento".

En tres oportunidades, Otto de Habsburgo rechazó un encuentro con Hitler

El canciller Schuschnigg, un católico que luchaba al mismo tiempo contra la extrema derecha y contra la izquierda, se entrevistó luego con Pierre Laval, en ese momento jefe del gobierno francés. Aunque el retorno de la monarquía a Austria parecía imposible, el canciller escribió: "Austria y los Habsburgo son conceptos históricamente tan inseparables como los de Viena y Austria, o los de Francia y los Borbones".

Otto era el hombre de la tradición histórica, la que podía garantizar la independencia de Austria. Pero la realidad era muy diferente. Otto había leído atentamente *Mein Kampf*, el libro escrito por Hitler en la cárcel. Un enorme éxito: en 1933, el libro ya había vendido un millón de ejemplares. Su autor le propuso a Otto restaurar la monarquía con su nombre a cambio de su apoyo al nacionalsocialismo. La respuesta fue inmediata y sin ambigüedades. "Hitler es el único hombre con quien siempre me negué a tener la menor conversación", dijo más tarde. Pero la lectura de su libro, "indigesto", según el archiduque, fue reveladora: Hitler quería la guerra. Y la tendría, si las democracias occidentales no reaccionaban. Mientras tanto, Schuschnigg, valientemente, había logrado restablecer el equilibrio interior

de Austria. Pero la ilusión no duró demasiado. En 1936, como agradecimiento a la actitud de Hitler en la crisis de Etiopía, Mussolini le retiró su apoyo a Schuschnigg. Para salvaguardar la independencia de su país, el canciller se vio obligado a firmar el 11 de julio un acuerdo con Hitler prometiendo su no-intervención en Austria a cambio de la participación de "nazis moderados" en el gobierno de Viena. Otra ilusión.

En su furia antimonárquica, el presidente checoslovaco Beneš declaró: "¡Antes el *Anschluss* que los Habsburgo!". Los socialdemócratas austríacos de la época apoyaron el *Anschluss*. El 12 de marzo de 1938, al alba, los tanques alemanes atravesaron la frontera austríaca sin encontrar resistencia. Austria perdió su nombre y pasó a llamarse Ostmark ("Marca del Este"), provincia del Gran Reich. En 1990, el archiduque Otto me hizo notar que solo México había protestado contra la anexión. Por su firme y definitiva oposición a Hitler, el heredero de los Habsburgo se ganó el odio de los nazis. Es tristemente simbólico que el nombre en clave del *Anschluss* fuera "Operación Otto". En varias oportunidades, Hitler, que detestaba a los Habsburgo, intentó reunirse con su heredero, incluso por intermedio de Göring en una cena a la que Otto se negó a asistir. Hitler se ofendió, sobre todo porque había logrado acercarse a algunos miembros de la familia de Hohenzollern, en especial al *Kronprinz* Guillermo, hijo mayor del Káiser Guillermo II, "que había apoyado públicamente al nazismo". Su hermano Augusto Guillermo, diputado nacionalsocialista, recibió incluso a Otto "con el uniforme pardo SA: eso me puso muy incómodo".

La mañana en que el *Anschluss* se hizo realidad, el archiduque se encontraba en Bélgica, en camino de regreso de Suiza, y volvió a partir hacia París para sensibilizar a las autoridades francesas. Fue en vano. "Nadie quería hacer nada, y era comprensible, si se recuerda lo que ocurrió en 1914".

Una semana más tarde, el día del cumpleaños de Hitler, el ministerio de Justicia de Austria emitió una orden de detención contra Otto de Habsburgo por alta traición, porque había pedido ayuda a potencias extranjeras para impedir la anexión de Austria a Alemania. La prensa de lengua alemana presentó al archiduque como un "retoño degenerado de los Habsburgo" y un "criminal en fuga". Comenzó una implacable caza al hombre.

En la primavera de 1939, un comando de la Gestapo intentó secuestrar a Otto. El pretendiente buscado, que vivía en París, en un hotel del boulevard Raspail, figuraba, tras el armisticio de 1940, en una lista de setenta y seis nombres elaborada por los alemanes. Se les ordenó a las autoridades francesas "detener inmediatamente a esos individuos y entregarlos al ocupante". Rudolf Hess fue más claro: exigió que el hombre que se había atrevido a decirle "no" a Hitler fuera abatido en el acto. El archiduque estaba en peligro. Desde hacía semanas, se ocupaba de ayudar a innumerables refugiados austríacos y checoslovacos, judíos y no judíos, para evacuarlos al sur. Para liberar a socialistas vieneses encerrados en

campos de concentración en Francia y a judíos ucranianos, Otto recibió una importante ayuda de Georges Mandel, ministro del Interior del gabinete francés de Paul Reynaud, en mayo y junio de 1940. El príncipe nunca dejó de agradecerle ese apoyo. El 9 de junio de 1940, mientras el gobierno francés se replegaba a Burdeos, el archiduque fue invitado a una cena en el Ritz por un ex embajador norteamericano ante el rey de los belgas. Entre los comensales, estaba Clare Boothe, esposa de Henry Luce, que había fundado la revista *Life* en 1936, y futura embajadora de Estados Unidos en Italia. Una cena surrealista, si se piensa que cinco días más tarde la Wehrmacht entró en París. El archiduque, que ya había ido a Estados Unidos en el mes de marzo, y su hermano Carlos Luis preparaban su huida a ese país y necesitaban contactos en los medios oficiales de Washington. París estaba desierta: los dos hombres podían oír el eco de sus pasos mientras atravesaban la place Vendôme. “Éramos los únicos clientes. Es increíble cuando lo pienso... [...] Nos sirvió la cena con todas las reglas personal vestido de frac, como si no pasara nada. La cena fue suntuosa, y la discusión, apasionante”.

Mucho más tarde, el archiduque se enteró de que el cliente que firmó el libro de oro del restaurante después de ellos fue nada menos que el mariscal Rommel. “¡Por supuesto que no se le escapó mi nombre!”, dijo el heredero de los Habsburgo con su simpático humor.

La huida a través de España y Portugal para llegar a Washington

Al día siguiente de esa cena en el Ritz, Otto y los suyos partieron hacia España y Portugal. Aunque estaban amenazados de muerte si eran descubiertos, ayudaban a otros a huir. En Burdeos, el descendiente de Felipe II, rey de Portugal en una época lejana, se esforzaba por conseguir en un tiempo récord visas portuguesas para decenas de refugiados austríacos. Luego, el paso por la frontera española, el 19 de junio de 1940, fue muy riesgoso. Jean Sévillia mencionó sus condiciones heroicas. Un aduanero reconoció a la emperatriz Zita, que había vivido varios años en el País Vasco español. El funcionario ordenó dejarla pasar con toda su comitiva. “Al ser interrogado sobre la composición de su caravana, Otto señaló a todos los que estaban detrás de ellos. Judíos, comunistas o socialistas, algunos ex combatientes de las Brigadas Internacionales y un centenar de austríacos pasaron así a España bajo el ala de los Habsburgo”.

Es importante destacar el clima poco cordial del encuentro entre Hitler y Franco en Hendaya el 23 de octubre de 1940, en cuyo transcurso el amo del Reich intentó convencer al Caudillo de entrar en la guerra de su lado y, por lo tanto, dejar que sus tropas ingresaran a España. El propio Otto de Habsburgo declaró: “Hacia el final de la entrevista, Franco le preguntó a

Hitler: '¿Invitaría usted a una persona de una sola pierna a bailar el vals?'. Maravillosa expresión digna de las *Las mil y una noches*, porque la península ibérica acababa de salir de la guerra civil. Antes de partir, el Führer dijo: 'Prefiero cortarme un dedo antes que volver a discutir con ese judío'. Porque Hitler odiaba a Franco en parte a causa de su (supuesto) origen judío. Por otra parte, este les había ordenado a sus diplomáticos entregar pasaportes españoles a los judíos que se presentaran en sus consulados".

Una actitud poco conocida, contraria a lo comúnmente difundido. Recordemos también que si España hubiera dado libre paso a las tropas alemanas y si estas hubieran invadido África del Norte, el resultado de la guerra podía haber sido muy diferente. El exilio del archiduque y de su hermano Félix fue extraordinariamente activo. Consiguieron la inesperada ayuda de dictadores de América latina de terrible fama, como Trujillo de la República Dominicana y Batista de Cuba. En total, un plus de 3500 visas fueron entregadas a refugiados austríacos o que supuestamente lo eran. En Washington, Otto convenció a la administración Roosevelt de que declarara el 25 de julio como el *Austrian Day* y publicó artículos en la revista *The Voice of Austria*. En esa época, Otto trabajaba en forma excesiva y fumaba tres paquetes diarios de cigarrillos.

El heredero del Imperio destruido fue recibido en la Casa Blanca por el presidente y su esposa, habló en el Senado, tuvo un encuentro con banqueros e industriales, y fue invitado por clubes de mujeres, de gran influencia política en Estados Unidos. Sus exposiciones claras y argumentadas fascinaron a un público que aún conocía poco y mal a Europa central. Muchos norteamericanos bienintencionados pero ignorantes creían que el principado de Liechtenstein, al que eran incapaces de ubicar en el mapa, era el más peligroso aliado de Hitler. En la conferencia de los ministros de Relaciones Exteriores realizada en Moscú el 19 de octubre de 1943, los Aliados declararon nulo el *Anschluss* impuesto por Alemania e hicieron votos por una futura Austria libre e independiente. Incansable defensor de la identidad austríaca, el príncipe trabajó en Washington hasta el otoño de 1944, mientras que su madre vivía en Quebec. Durante cuatro años, Otto de Habsburgo mostró la injusticia y la estupidez de los tratados de paz a partir de 1918, y puso en guardia a los estrategas de Washington contra el peligro de nuevos errores por inconsciencia, desconocimiento y menosprecio del Viejo Mundo. Otto fue el portavoz de la Europa destruida, pero que aún no estaba a salvo de lo peor. Y su acción en favor de su país superaba ampliamente su afán de hacerlo renacer.

Aunque en la actualidad se conocen mejor las advertencias y la decidida actitud del príncipe contra Hitler, se ignora que, hacia el final de la guerra, había diagnosticado un nuevo peligro. En efecto, el archiduque se enteró de que Austria, hasta entonces aprisionada por Hitler, corría el riesgo de ser asfixiada por Stalin con el pretexto de "liberar" a la Austria anexada. Un

totalitarismo podía sustituir a otro. El plan Morgenthau, que llevaba el nombre de quien lo había elaborado, el secretario del Tesoro norteamericano de la administración de Franklin D. Roosevelt, proponía una ocupación de Austria dividida en dos zonas. Viena estaría bajo el dominio de la Unión Soviética: esto transformaría la mitad de Austria en satélite de Moscú. Y Alemania, totalmente dedicada a la agricultura, sería privada de su industria. Otto de Habsburgo estaba alarmado por este plan aberrante, cuya negociación ya se había iniciado entre Roosevelt y Stalin.

El presidente norteamericano le dijo al archiduque que quizás hubiera tiempo de revisar el plan Morgenthau, siempre que lo exigiera el primer ministro británico. Otto pidió una audiencia urgente con Churchill, el único que podía hacer modificar la división de las zonas de ocupación en Austria. El primer ministro británico estaba durmiendo. El archiduque exigió que lo despertaran, pues sabía que apoyaba a Austria. “Winston Churchill fue un personaje extraordinario. Con él se podía discutir un tema completo en dos o tres minutos porque entendía inmediatamente en qué consistía el problema. ¡En ese momento decidió que la ruta hacia la India, vital para Inglaterra, pasaría por Viena y que, en consecuencia, debía modificarse el plan de ocupación de Austria!”.

Si se hubiera aplicado el plan Morgenthau, Austria habría desaparecido. Pero la revelación de sus resoluciones provocó tal escándalo que Truman, sucesor de Roosevelt, las rechazó. Churchill, como Otto de Habsburgo, había puesto al descubierto las artimañas de Stalin, el “zorro” de Yalta y Potsdam. El primer ministro británico resumió la situación con una de sus expresiones mordaces: “*We have killed the wrong pig*” (“Hemos matado al cerdo equivocado”), dando a entender que Stalin constituía una amenaza más grande que Hitler. El archiduque comprobó que algunos políticos británicos eran muy hostiles a Austria, entre ellos, Anthony Eden, tres veces ministro de Relaciones Exteriores, especialmente en 1945, y que volvió a ser primer ministro diez años más tarde. “Un día dijo: ‘Cinco Habsburgo y un centenar de judíos. ¡Eso es Austria!’”. Una sorprendente declaración de parte de un hombre que parecía un perfecto *gentleman*... Gracias a la rápida reacción de Otto de Habsburgo y a la intervención inmediata de Churchill, se evitó lo peor. El Ejército Rojo entró en Viena el 12 de abril de 1945, presentándose como “libertador”, y se temió un triunfo comunista en las elecciones. Stalin ordenó realizar un filme de propaganda que mostraba la alegría de los vieneses al ser “liberados” por los soviéticos. Se construyó un monumento a los soviéticos en la plaza Schwarzenberg. Sigue allí, oculto por una fuente.

Austria estaba dividida en cuatro zonas. La soviética (Baja Austria, Burgenland, norte de Alta Austria), la norteamericana (sur de Alta Austria y Salzburgo), la británica (Estiria, Carintia, Tirol oriental) y la francesa (Tirol septentrional y Vorarlberg). Viena formaba un enclave en la zona de influencia rusa y estaba dividida en cinco sectores y no cuatro, como se cree

a menudo, ya que uno de ellos, el del primer distrito, era interaliado y sede de las administraciones comunes a las cuatro potencias ocupantes. En 1948, Viena fue el punto de intersección de la guerra fría.

Después de un cuarto de siglo de prohibición de residencia, el hijo mayor del último emperador regresó a Austria, donde se quedó de octubre de 1945 a enero de 1946. Permaneció en la zona de ocupación francesa que estaba al mando del general Béthouart, el héroe de Narvik, ese Tirol en el que, a principios del siglo XIX, Andreas Hofer había combatido a Napoleón. Sus hermanos se reunieron con él: algunos procedentes de Londres, otros de Lisboa. Era posible pensar que, sin pretender una restauración monárquica, los Habsburgo podrían volver a vivir por fin en su país, después de haber dedicado tantos esfuerzos y correr tantos riesgos para defender a Austria e impedir que fuera entregada a otro verdugo.

El casamiento de Otto en Nancy fue un homenaje a sus antepasados loreneses

Hubiera sido normal, pero sucedió lo contrario. Por pedido del gobierno austríaco, los Aliados, con excepción del general de Gaulle y los franceses, volvieron a poner en vigor las leyes “anti-Habsburgo”. El colmo fue que las firmó el socialdemócrata Karl Renner, canciller y luego presidente de la República, pero que siendo diputado en 1938, había aprobado la anexión de Austria por parte de Hitler. La familia se vio obligada a partir nuevamente al exilio en enero de 1946. La injusticia de esta decisión hizo que el archiduque se enfermara, pero se recuperó pronto e inició una carrera de periodista y conferencista. Escribía desde hacía mucho tiempo. Brillante orador, muy bien informado, hablaba del lugar que ocupaba Europa entre los dos gigantes de la época, los Estados Unidos y la Unión Soviética, y se preguntaba si esa Europa que tanto amaba no era otra cosa que un campo de batalla en el que se enfrentaban las ideologías o si también ella podía convertirse en una gran potencia. En ese momento, vivía en Francia pero viajaba mucho.

El primer gran acontecimiento de la inmediata posguerra fue para él su casamiento. El archiduque tenía casi treinta y nueve años y era soltero. El 10 de mayo de 1951, Nancy, antigua capital del ducado de Lorena, estuvo de fiesta. Uno de los títulos de Otto era el de duque de Lorena. Se casó con Regina de Sajonia-Meiningen, de veintiséis años. Los duques soberanos de Sajonia-Meiningen se habían sucedido al frente de ese Estado desde su creación en 1680 hasta el reinado de Bernardo III, obligado a abdicar el 10 de noviembre de 1918 tras la caída del Imperio alemán. Este monarca, desaparecido en 1928, era tío abuelo de la nueva archiduquesa. La víspera de la boda, se realizó una cena de gala en el hotel Excelsior. Otto llevaba el collar del Toisón de Oro, del que era gran maestre. Regina usaba una

diadema de diamantes que pertenecía a la archiduquesa María Josefa, la abuela del novio. Al día siguiente, el cortejo nupcial atravesó Nancy a pie, escoltado por soldados vestidos con uniforme de la monarquía húngara. Varios dignatarios llevaban trajes de gala del antiguo Imperio. Detrás de la cola de la novia, sostenida por ocho damas de honor, la emperatriz Zita, siempre de negro, caminaba del brazo del duque de Sajonia-Weimar. Regina usaba una diadema que le había obsequiado su suegra, y que esta había recibido, a su vez, de Francisco José como regalo de boda. Su vestido de satén, creación del diseñador parisino Jean Dessès, armonizaba con el motivo de su velo de encaje: un doble blasón de armas de las Casas de Habsburgo-Lorena y de Sajonia. Zita le había entregado a su nuera las insignias de diamantes de la Orden de la Cruz Estrellada, que había usado el día de su boda con Carlos: una distinción femenina protegida por la esposa del jefe de la Casa de Austria desde casi dos siglos atrás.

La ceremonia religiosa se llevó a cabo en la capilla de los Cordeleros, el día del 500° aniversario del nacimiento de Renato II, duque de Lorena, vencedor de Carlos el Temerario. Este había convocado a Lorena a los hermanos cordeleros, y, en 1487, mandó construir un convento y una capilla. A partir de entonces, esta fue la necrópolis de los duques de Lorena. Esta cripta siempre ha sido muy apreciada por los Habsburgo. María Antonieta se detuvo allí cuando se dirigía a encontrarse con el delfín, el futuro Luis XVI, también su hermano José II en 1777 y Francisco José, cuando viajó a Francia en 1867. De 1815 a 1914, la Casa de Austria tuvo un capellán en ese lugar, como homenaje a la memoria de sus antepasados.

La multitud republicana aclamó con entusiasmo a la pareja rodeada por la aristocracia europea. La prensa le dedicó abundantes crónicas a la ceremonia, en particular *L'Est républicain*, y *París-Match* puso este acontecimiento en su tapa. El novio relató cómo había conocido a la que sería su esposa: “En 1950, acababa de estallar la guerra de Corea. En los campos de refugiados húngaros en Alemania reinaba el pánico. Esos campos se encontraban en la frontera alemana y, del otro lado, se veían los tanques rusos. [...] Así conocí a mi futura esposa. Ella cooperaba con la asociación Caritas, que se ocupaba de los húngaros. Se había enterado de lo que les pasaba. Los bienes de su familia, que se encontraban en la zona de ocupación soviética, llamada más tarde República Democrática Alemana, habían sido íntegramente confiscados. Esta joven valiente, exiliada como yo mismo lo estuve y proveniente de una familia que había atravesado duras experiencias, me atrajo de inmediato”.

Unos 80.000 curiosos, apiñados en el trayecto del cortejo o asomados a las ventanas, no quisieron perderse ese asombroso espectáculo. Nancy revivía las grandes horas de su gloria pasada: la de los duques soberanos herederos de una antiquísima casa feudal, cuyos Estados habían sido anexados a Francia bajo el reinado de Luis XV. ¿Cómo olvidar la unión de la emperatriz María Teresa con el duque Francisco Esteban de Lorena, que dio

origen a la dinastía de los Habsburgo-Lorena? En 1991, el archiduque Otto me dijo: “Nosotros sentimos un enorme cariño por Lorena. Muchos de mis antepasados están enterrados en la capilla de los Cordeleros”. En 2001, para sus bodas de oro, Otto y Regina volvieron a Lorena. El 10 de mayo, a las 11 de la mañana, una misa de acción de gracias fue concelebrada por el capellán de la Orden del Toisón de Oro, el padre Gregor Henckel von Donnersmarck, y el padre Bombardier. A la salida, la pareja fue recibida por el presidente de la Sociedad de Historia de Lorena y del Museo Lorenés, el profesor Francisco Streiff. En su alocución, destacó la importancia de la fiesta jubilar: “Monseñor, señora: están ustedes en su casa. La multitud que los recibe muestra el apego de los loreneses a sus raíces, a su historia y a sus príncipes. Somos franceses, nos convertimos en europeos, pero seguimos siendo loreneses”.

El archiduque, emocionado, respondió: “Jamás olvidaré que, en 1918, cuando se produjeron los acontecimientos revolucionarios en Austria, mi padre me dijo: ‘Renuncie a todo, si es necesario, pero nunca renuncie a Lorena’”.

Después de haber saludado a la multitud desde el balcón del palacio ducal, la pareja fue recibida oficialmente en el ayuntamiento por el alcalde André Rossinot. Este último rindió homenaje a los principios encarnados por el archiduque Otto: “Tolerancia, generosidad, apertura hacia los demás. Hay que reconocer que también le debe usted todo eso en gran medida a su madre, la emperatriz Zita, una mujer de una grandeza de alma excepcional, y usted ha puesto, con enorme abnegación, esa herencia que le ha sido legada, a usted y a su familia, al servicio de su país, de Europa y de las causas justas y nobles que movilizan toda su energía”.

Al comentar esa jornada en la que, con mucha distinción y sencillez, Nancy compartió la felicidad de los Habsburgo, el periodista Jean-Christophe Erbstein describió ese fervor: “En la época de internet y el teléfono móvil, la historia de amor entre la familia imperial y Lorena continúa”.

Otro periodista, Didier Hermandinguer, escribió ese mismo día: “Más allá del homenaje a una ilustre familia, la República ha saludado en el archiduque Otto al incansable mensajero de los valores humanistas y universales que constituyen la coronación de una vida”.

Una familia de hoy, pero fiel a sus tradiciones

¿Qué ocurrió en los últimos cincuenta años?

A partir de 1954, Otto y Regina se instalaron en una confortable mansión de Pöcking, a orillas del lago de Starnberg, al sur de Múnich. Un lago cargado de historia, porque allí habían encontrado muerto al rey Luis II de Baviera el 13 de junio de 1886, mientras que, cerca de Pöcking,

puede verse el castillo de Possenhofen, donde había crecido, en un ambiente distendido, Sissi, antepasada de Otto. La unión de Otto y Regina fue una verdadera historia de amor. La archiduquesa en apariencia tímida y reservada, era una mujer de una silueta elegante, bellos ojos azules y cabello rubio, valiente, que nunca trataba de llamar la atención, mientras que su marido viajaba y escribía mucho. Tuvieron varios hijos: Andrea (1953), las gemelas Monika y Michaela (1954), Gabriella (1956), Walburga (1958), Karl (el heredero tan esperado, 1961) y Georg (1964). Regina se ocupó de ellos, de su infancia, sus estudios y su juventud, más presente que su esposo, muy absorbido por sus viajes para explicar Europa.

¿Cuál era la situación del príncipe con respecto a la Austria republicana que dejó de estar ocupada y recuperó su independencia por el Tratado de Belvedere de 1955? Fue cambiando lenta y trabajosamente. En febrero de 1957, Otto obtuvo la nacionalidad austríaca, ¡pero no el derecho de regresar a Austria! Aunque el 21 de febrero de 1958, el jefe de la Casa de Austria declaró "reconocer las leyes actualmente en vigor en Austria y ser un fiel ciudadano de la República", le siguieron prohibiendo vivir en su país natal. Los socialistas se opusieron a su regreso y las polémicas sobre las medidas de 1919 se eternizaron. El 31 de mayo de 1962, Otto renunció "expresamente, conforme al artículo 2 de la ley del 3 de abril de 1919, a [su] calidad de miembro de la Casa de Habsburgo-Lorena y a las correspondientes reivindicaciones de soberanía". A pesar de ese compromiso solemne de respetar la República, el "Dr. Habsburg" provocaba temor. "¡Para algunos, yo era un hombre peligroso!", me dijo con una sonrisa mientras conversábamos en Pöcking frente a un retrato de su antepasada Sissi, que había recobrado su fama gracias a la trilogía de las películas sobre la emperatriz, protagonizadas por Romy Schneider. Me dijo además que, en una oportunidad, invitado a dar una conferencia en España, había llegado a Madrid en el mismo avión que la actriz. Pero en el aeropuerto había una multitud de periodistas que esperaban impacientes a la bella Romy-Sissi... ¡y él fue recibido por una pequeña delegación de universitarios!

Recién el 31 de octubre de 1966 pudo pisar suelo austríaco el archiduque (título que todo el mundo le daba sin que él lo reivindicara), tras un nuevo exilio de veinte años. Sin embargo, siguió residiendo en Baviera y obtuvo la nacionalidad alemana en abril de 1978, para poder ser candidato en las primeras elecciones del Parlamento Europeo que se realizarían en 1979. "Austria solo permitía la doble nacionalidad en forma excepcional: el ministro-presidente de Baja Austria aceptó que el 'Dr. Otto Habsburgo-Lorena' conservara su nacionalidad austríaca porque 'gracias a él, Austria había podido volver a figurar en el mapa del mundo después de la Segunda Guerra Mundial'".

Era el momento de reconocerlo. Hay que decir que nunca le habían

impugnado su nacionalidad húngara. Desde entonces, Otto de Habsburgo siguió actuando en diversas formas y viajando para contribuir a la construcción europea. Entre sus innumerables intervenciones, recuerdo una brillante conferencia sobre “Austria entre el Este y el Oeste”, pronunciada el 28 de marzo de 1968 en el gran teatro de Le Mans a pedido de mi padre, Guy des Cars, que dirigía entonces la Academia de Maine. Y el público del Círculo de la Unión Interaliada –la sala Foch estaba colmada– jamás olvidará la exposición, más reciente, del archiduque sobre la Europa de los años 2000. Habló de pie, sin anotaciones, durante una hora, subyugando a su auditorio. Después de esta conferencia magistral, se realizó una cena en casa de un ferviente europeo, Pierre Bordeaux-Groult, en su residencia particular del VII distrito. Era fascinante conversar con el archiduque, un hombre tan cortés, que tenía una curiosidad universal e impresionaba por su autoridad natural, y que le había dado a su nombre tan desacreditado un valor extraordinario al oponerse a los dos totalitarismos que habían destruido a Europa. Era fácil entender por qué el heredero tanto tiempo proscrito se había convertido, con naturalidad y competencia, en un interlocutor escuchado, entre otros, por Churchill, Roosevelt y el presidente Mitterrand durante la guerra en Yugoslavia. El archiduque sentía una gran admiración por el general de Gaulle, que se la retribuía. Para agradecerle a Otto el envío de su libro sobre Carlos V, el presidente de la República le había escrito el 2 de marzo de 1967:

> Monseñor,
> En virtud de Su pensamiento, bajo Su pluma, para hacer brillar Su ideal, Carlos V aparece aquí como un precursor y un contemporáneo. Aunque yo pienso que la Casa de Francia sirvió muy bien a mi propio país manteniéndolo, no sin dificultades, fuera de la lealtad a la Casa de Austria, apruebo, y admiro, todo lo que Su Alteza Imperial y Real sugiere a propósito de nuestra Europa, al pintar con tan profundo talento el carácter de la obra de Su antepasado, el gran emperador y rey.

El Imperio ha desaparecido, pero la numerosa familia de Otto sigue su camino, haciendo que su nombre persista, en forma discreta pero incuestionable. Lejos de haber sido borrados del mundo por las revoluciones y las guerras, los hijos, nietos, sobrinos, sobrinas, primos y primas de ese hombre que le dijo “no” a la barbarie han intervenido en muchas actividades diplomáticas, caritativas, administrativas y culturales. Las generaciones transmiten sus legados. Es su misión.

Desde los años ochenta, sin hablar de la caída del Muro y del derrumbe del comunismo, muchos acontecimientos pusieron en primer plano a la dinastía, su pasado, sus éxitos, sus fracasos, sus sufrimientos. ¡Y la opinión pública europea se enteró, en general con estupor, de que las reparaciones financieras debidas por Alemania en virtud del Tratado de Versalles recién

se efectivizaron el domingo 3 de octubre de 2010! Se necesitaron 92 años para pagar el equivalente de unos 200 millones de euros... El retorno de la emperatriz Zita, y luego sus exequias, han sido espectacularmente vividas y comentadas. Menos comprendida por algunos, e incluso discutida, la beatificación del emperador Carlos –la última del pontificado de Juan Pablo II, el 3 de octubre de 2004– ha permitido ver en las ventanas del Vaticano un inmenso retrato del padre de Otto, declarado beato por un milagro que la Iglesia le atribuyó tras una investigación de varias décadas. El 3 de febrero de 2010, falleció la archiduquesa Regina a los ochenta y seis años, rodeada por su marido y casi toda su familia: siete hijos, veintidós nietos y una bisnieta. El archiduque Karl, su hijo mayor, destacó que la difunta siempre había tenido una visión positiva de la vida. El 10 de febrero, durante la inhumación de Regina en la cripta del castillo de Heldburg en Turingia (Alemania Oriental), Karl dijo: “Es un día triste. Pero no debe hacernos olvidar que la vida continúa”. Y volviéndose hacia uno de sus sobrinos: “Hoy, Justin cumple veintiún años, y es importante desearle un feliz cumpleaños”. La archiduquesa Francesca, esposa de Karl y tía de Justin, había llevado desde Viena una *Sachertorte*, esa famosa torta de chocolate cuya receta se sigue manteniendo en secreto. Para los Habsburgo, la tradición era más fuerte que la muerte.

Agradecimientos

Mi profunda gratitud a las personas cuyos nombres enumero a continuación: ellas me han ayudado en mis investigaciones y en la preparación de este libro, que se han prolongado durante varios años:

Su Majestad la emperatriz y reina Zita de Austria-Hungría, por la entrevista exclusiva que me concedió para *Le Figaro Magazine*, el 10 de noviembre de 1982, en ocasión de su regreso a Viena.

Su Alteza Imperial y Real, el archiduque Otto de Habsburgo-Lorena, por nuestras innumerables conversaciones en París, Viena y Budapest, y en su domicilio de Pöcking, en Baviera, en particular para la filmación del reportaje que se le hizo, en el cual yo intervine. Esa película fue exhibida en el canal FR3, el 18 de diciembre de 1991. Nunca olvidaré a Eva Demmerle, asistente y agente de prensa del "Dr. Habsburg", de una cortesía y una eficacia sin par.

Sus Altezas Imperiales el archiduque Lorenzo de Austria, su prima la archiduquesa Alexandra, embajadora de la Orden de Malta en Chile, y su esposo el embajador Hector Riesle, y la archiduquesa Catalina. El conde Pierre de Bizemont, caballero profeso de la Orden Soberana de Malta.

Mi amigo Michel Caffier, ex jefe de redacción de *L'Est républicain*, maravilloso historiador de Nancy y de Lorena, y el servicio de archivos y de documentación de ese periódico.

Mis amigas Jutta Hufenbecher, Marguita Kracht y Ursula Painvin, que me han iluminado en las traducciones de diversos documentos. El personal del castillo de Habsburgo en el cantón de Argovia (Suiza).

Mis editores Olivier Orban, presidente-director general de Plon-Perrin, Benoît Yvert, director, y Laurent Theis, director literario, por sus consejos y sus comentarios siempre valiosos y formulados con una exquisita gentileza. El equipo editorial, en particular Grégory Berthier-Gabrièle, María de Lattre, Marguerite de Marcillac, Céline Delautre, Yann Rigo, Florence Millard y Lysiane Bouchet.

Monique Odette Victoria, mi esposa, primera y vigilante lectora, sin la cual mi trabajo hubiera sido más difícil.

A todos ellos, como a tantos otros, que me resulta imposible nombrar, les expreso mi muy sincero agradecimiento.

JEAN DES CARS (Francia, 1943) es periodista, historiador y escritor especializado en las grandes familias de la nobleza europea; en particular, los Habsburgo, los Grimaldi, los Windsor y los Romanov. Hijo del periodista y novelista

Guy des Cars, comenzó a trabajar en periódicos y revistas como *Paris Match*, *Le Figaro* y *Jours de France*. Fue condecorado como caballero de la Legión de Honor de Francia y caballero de la Orden de Grimaldi, así como oficial del Mérito Cultural del Principado de Mónaco.

Entre sus treinta y siete libros publicados, se destacan *Les Châteaux fous de Louis II de Bavière* (1986), *La Tour Eiffel* (1989), *Sur les pas des tsars à Saint-Pétersbourg* (1992), *Il était une fois Monaco* (1996), *Eugénie, la dernière impératrice* (1997), *Sissi ou La Fatalité* (1998), *Rodolphe et les secrets de Mayerling* (2004), *Dictionnaire amoureux des trains* (2006), *Le sceptre et le sang* (2014) y *La saga de los Romanov* (El Ateneo, 2015).



Alberto II de Habsburgo afrontó los estragos que causó entre sus súbditos la Peste Negra, alrededor de 1350.



Aunque el reinado de Rodolfo IV duró solo siete años, cuando murió, en julio de 1365 en Milán, a los veinticinco años, había fortalecido el prestigio de los Habsburgo, habiendo fundado la Universidad de Viena, la más antigua de lengua alemana después de la de Praga.



El emperador Maximiliano estaba muy interesado en la vida intelectual. Era un “espíritu universal” apasionado también por la música y la arquitectura. El pintor alemán más grande del Renacimiento, Alberto Durero, que era su amigo, nos dejó un magnífico retrato de él, seguramente fechado en 1512, que puede verse hoy en Viena.

Carlos V con su hijo Felipe, quien lo sucedería en el trono. El Imperio llegaría a ser tan vasto, que en él "nunca se ponía el sol".



El 23 de mayo de 1575, Felipe II festejó su 48º cumpleaños en El Escorial. La reina organizó una reunión familiar, pero lo más importante fue la inauguración, en el segundo piso, de la biblioteca, una de las más bellas de Europa.



Rodolfo II convocó a los espíritus más grandes de su tiempo, y la capital de Bohemia se convirtió en un faro de la civilización occidental. Como mecenas, apoyó al pintor italiano Giuseppe Arcimboldo, que hizo un retrato del emperador con su técnica de "cabezas compuestas", conjuntos sorprendentes de frutas, legumbres, animales y objetos.



Carlos VI fue un soberano al mismo tiempo organizado y lleno de fantasía, que respetaba los ritos de la vida oficial, pero también disfrutaba hacer bromas o envolverse en un enorme abrigo para que los centinelas no lo reconocieran.



El verdadero soberano del reinado de Felipe IV fue Velázquez, porque se encargó de su puesta en escena. *Las meninas* (1656), sin duda su obra más famosa, se atreve a mostrar al pintor en pleno trabajo, con la infanta Margarita Teresa, de cinco años, en primer plano, y el rey y su esposa Mariana de Austria reflejados en un espejo.

María Teresa constituyó un desafío para Europa. Muchos creían que era imposible que el Imperio fuera dirigido por una mujer, pero ella les demostró que estaban equivocados.



El palacio de Schönbrunn en su forma actual fue remodelado a mediados del siglo xviii por orden de la emperatriz María Teresa, que amaba vivir allí.



Cuando tenía dieciséis años, Sissi conoció a su primo, el joven emperador Francisco José, y fue amor a primera vista. Se casaron un año más tarde.



El emperador Carlos I reinó durante el período más breve de todos los Habsburgo, dos años, y el más trágico. Pacifista, heredó una guerra de dimensiones jamás vistas, que no declaró ni quiso: se esforzó por detenerla y, al no poder hacerlo, trató de atenuar sus terribles consecuencias.



En 1951, el cortejo nupcial del archiduque Otto de Habsburgo atravesó Nancy a pie, con soldados vestidos con uniforme de la monarquía húngara y dignatarios con trajes de gala del antiguo Imperio. La novia usaba una diadema que le había obsequiado su suegra, la emperatriz Zita, y que esta había recibido, a su vez, de Francisco José, como regalo de boda.

Índice

Des Cars, Jean
La saga de los Habsburgo / Jean Des Cars. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2020.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Silvia Kot.
ISBN 978-950-02-1123-9
1. Historia de Familias. 2. Historia. 3. Europa. I. Kot, Silvia, trad. II. TÌtulo.
CDD 929.2

La saga de los Habsburgo
Título original: La saga des Habsbourg
Autor: Jean des Cars

Traductora: Silvia Kot
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

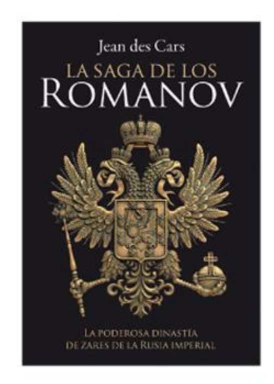
En tapa: el escudo de armas de los Habsburgo.
En contratapa: Carlos I, Carlos V, Francisco José y Sissi.

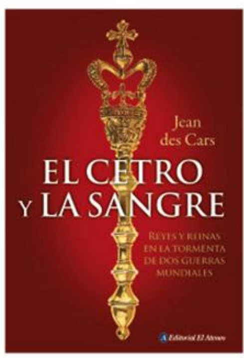
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: abril de 2016
ISBN 978-950-02-1123-9

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Otros títulos de Editorial El Ateneo









Alfonso X

Sevilla, Fabián
9789500212380
280 Páginas

"Si yo hubiera estado al lado de Dios cuando creó el mundo, algunas cosas habrían sido mejor hechas" (Alfonso X). ¿Hablas castellano? ¿Te gusta mirar las estrellas o jugar al ajedrez? ¿Disfrutas la música?

Alfonso el Sabio (1221-1284) tuvo mucho que ver con todo ello. Este rey español tan magnífico como polémico promovió las ciencias y las artes, desde la historia y la poesía hasta la astrología y la alquimia, pasando por los juegos de táctica y de azar. En una Edad Media atravesada por las guerras y las persecuciones religiosas, su corte cristiana albergaba a judíos y musulmanes. Sin embargo, algunos súbditos lo consideraban un gobernante incompetente y loco. La nobleza se rebeló, y su propia familia intrigó contra él, tanto su esposa despechada por las infidelidades amorosas, como el hijo que anhelaba arrebatarle el poder. Una apasionante biografía de quien forjó su destino como rey y como hombre.

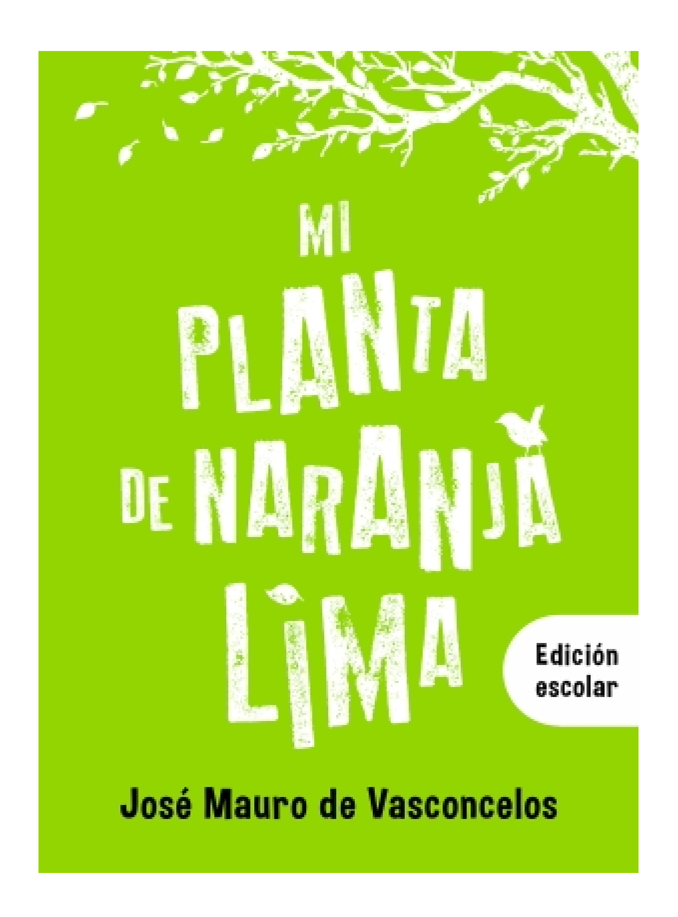


Resetea tus intestinos

Pereyra, Facundo
9789500212694
304 Páginas

La mayoría de nosotros no sabe que los problemas digestivos causan estragos en todo el cuerpo: afecciones en la piel, cefaleas y migrañas, sobrepeso,

enfermedades autoinmunes y la lista sigue... ¿Cómo recobrar la salud? Facundo Pereyra, especialista en medicina interna, gastroenterología y endoscopía digestiva, revela su método para resetear nuestros intestinos, sanar más de 15 enfermedades y recuperar nuestras ganas de vivir.

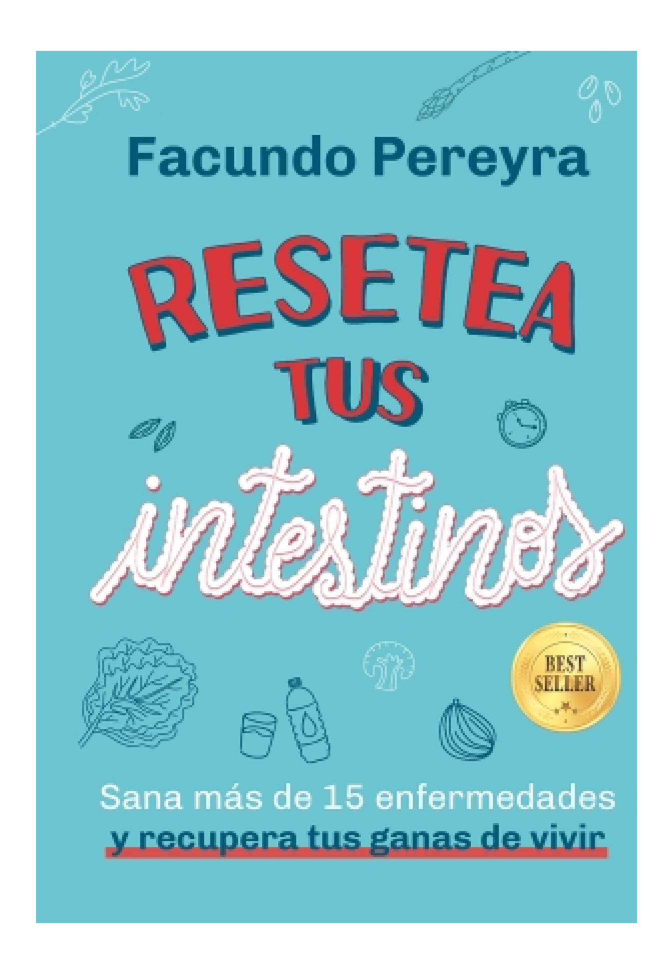


Mi planta de naranja lima

de Vasconcelos, José Mauro
9789500210645
256 Páginas

ZEZÉ tiene una imaginación gigantesca y sueña con ser sabio y poeta y usar corbata de moño cuando sea adulto. Pero ahora, que es un niño, su padre se quedó sin empleo, su madre trabaja todo el día y sus

hermanos mayores le pegan cada vez que hace una travesura. Cuando se siente triste, Zezé cuenta con un amigo muy especial, una planta de naranja lima que le habla con las hojas, las ramas, las raíces, y lo consuela haciéndole escuchar cómo palpita su corazón bajo el tronco. Una novela clásica, emocionante, que combina la crudeza de una situación de profunda miseria e incomprensión con la ingenuidad y la ternura de a infancia, que observa el mundo con una mirada limpia. Edición escolar: incluye un análisis de la obra, el autor y su época + datos curiosos sobre los personajes y los lugares de la novela.



Resetea tus intestinos - Edición aniversario

Pereyra, Facundo
9789500213769
272 Páginas

La mayoría de nosotros no sabe que los problemas digestivos causan estragos en todo el cuerpo:

afecciones en la piel, cefaleas y migrañas, sobrepeso, enfermedades autoinmunes y la lista sigue... ¿Cómo recobrar la salud? El doctor Facundo Pereyra, especialista en medicina interna, gastroenterología y endoscopía digestiva, con más de 380.000 seguidores en su Instagram, revela su método para resetear nuestros intestinos, sanar más de 15 enfermedades y recuperar nuestras ganas de vivir. En esta segunda edición, Edición Aniversario, se incluye un nuevo prólogo del autor.



Estás para más

De Lucía, Daniela
9789500212571
376 Páginas

Te conformas con poco tiempo y dinero, con una amistad que no va más, con un trabajo que no te apasiona, con una pareja sin amor... ¿Por qué seguir viviendo a media máquina? ¡ESTÁS PARA MÁS!

Daniela De Lucía, coach certificada con Tony Robbins y Cloé Madanes, con más de 120.000 seguidores en Instagram, te desafía a salir del piloto automático y a encontrar el poder para crear la vida que mereces. SI NO ES AHORA, ¿CUÁNDO?